

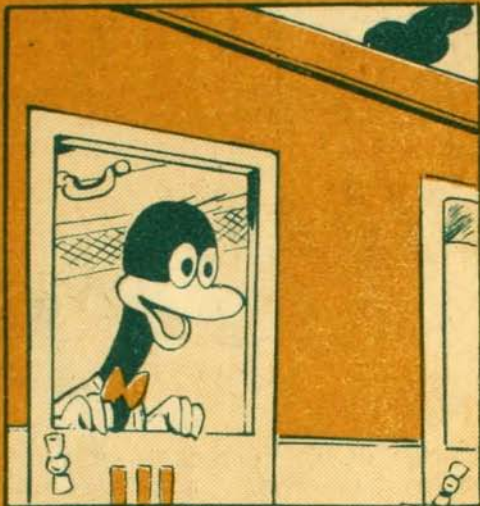
Simbad

N.º 18
VECES EL INDOMABLE

\$ 2.-



MUCHI X POCO



1. El pato Poco decidió ir de vacaciones sin llevar a Muchi. "—Jugaré con ella a las escondidas", dijo, saliendo calladito. En el tren suspiró: "—Ahora, chiqui-chaca, corre el tren".



2. Al llegar al hotel donde veranearía, exclamó: "—Resultó bien el juego de tugar, tugar, salir a buscar, sin encontrar". Se equivocaba. Muchi venía en la maleta.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 18

Precio: \$ 2.—

4-I-1950

PIRATA DEL MAR EGEO

CAPITULO III.—*La amenaza.*

Carlos Saurel navegaba en el galeón "Conquistador", enviado por el rey Luis XIV a Mesina, para romper el bloqueo español a esa ciudad siciliana.

Cerca de la isla Lipari la flota fué atacada por navíos españoles. El primero en saltar al abordaje fué Carlos. Inmediatamente cayó sobre él una nube de combatientes. Consumado espadachín, el joven se defendió con gran coraje. No se habría sostenido, sin embargo, mucho tiempo, si el marinero Gastón Lecar no acude



con su hacha a pelear junto a él. Haciendo terribles molinetes, sembró el desconcierto entre los españoles, que esquivaban aterrados el filo del hacha. Lecar era un gigantón y profesaba cariño a Carlos Saurel, que era uno de los oficiales más jóvenes. Su carácter franco y alegre le conquistaba amigos por doquier.

Otros marineros habían saltado también a bordo de la nave enemiga y entonces el combate se equilibró entre ambas fuerzas.

Carlos arengaba a sus hombres:

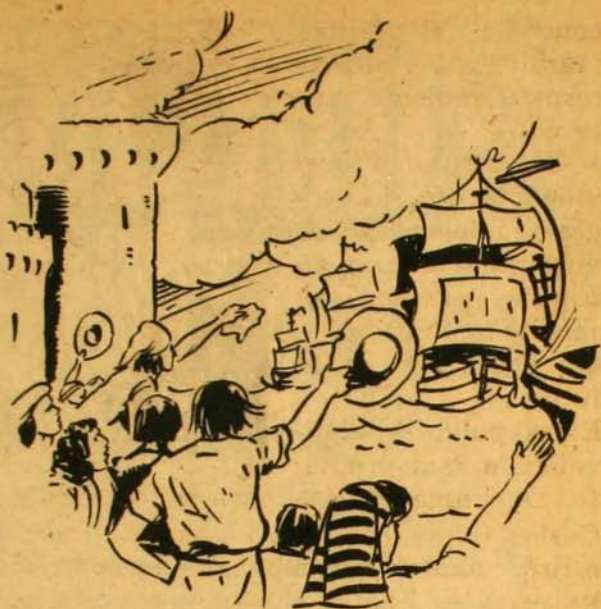
—¡Adelante! ¡Por los derechos de los sicilianos! ¡Por nuestro rey!

Los españoles resistieron con denuedo, pero, finalmente, debieron capitular. Los franceses combatían con ánimo avasallador.

La flota de España se dispersó y dos naves quedaron capturadas. En su mástil más alto se izó el pabellón del rey Luis XIV, entre las aclamaciones de la marinería.

Triunfantes llegaron los barcos franceses a la bahía de Mesina y el pueblo les acogió con delirante entusiasmo. Las aclamaciones atronaban el espacio. Las mujeres y los niños lanzaban flores al mar y un manto de aromas y color flotó sobre las aguas, en

homenaje a los vencedores. Ese mismo día se organizó un baile en el palacio de la gobernación. Duchesne, el comandante de la flota francesa, a pesar de su carácter austero, decidió asistir al festival. En el baile vió a Carlos Saurel y le llamó. El joven, conmovido por el honor que le



concedía el ilustre marino, se inclinó respetuosamente ante él.

—El capitán Fleurville me dió un elogioso informe sobre vuestra actuación en Lipari —declaró el jefe de la escuadra—. Os observaré en el futuro.

Estas palabras equivalían a una promesa. Duchesne era parco en sus expresiones.

Carlos Saurel murmuró algunas frases de agradecimiento y se retiró cuando el comandante le autorizó con un gesto.

Se mezcló a la muchedumbre que asistía al baile. En ese momento la orquesta interpretaba una pavana, danza española antigua. El joven oficial se dirigió hacia una bella siciliana. Ella aceptó con una sonrisa y susurrando algunas palabras en francés, con el acento de su lenguaje natal. Carlos sonrió y ella dijo con gracia:

—En el baile no me encontraréis tan extranjera. Creo que puedo seguirus sin equivocarme.

En efecto, la danza los igualó y, poco a poco, el teniente se acostumbró al acento siciliano de su hermosa compañera. Hablaban, sintiendo una dulce alegría por haberse conocido.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó él.

—Adriana Valli.
Carlos supo además





que ella tenía dieciséis años y que era hija de un acaudalado comerciante. Su madre había muerto hacía mucho tiempo. Cuando el baile terminó, Carlos dijo:

—¿Puedo veros otra vez?

—Si lo deseáis, venid mañana a casa. Mi padre acogerá con agrado a un oficial de Luis XIV, nuestro real protector.

El joven no olvidó la invitación. Al día siguiente se presentó en casa del señor Valli, trabó gran amistad con él, y con el transcurso del tiempo, se convirtió en un visitante asiduo de la lujosa mansión.

Pasaban las semanas. La flota francesa ancló en Mesina, esperando los refuerzos que vendrían de Toulon para combatir a los barcos españoles, que se habían retirado a Nápoles.

A Carlos no le preocupaba aquella tregua. Cuando el servicio se lo permitía, es decir, cuando no se veía obligado a estar a bordo del galeón, visitaba a Adriana y paseaba con ella por la isla, en compañía de una vieja dueña.

En su felicidad, olvidaban que los azares de una guerra les habían reunido y que, de un instante a otro, Carlos debería enfrentar al enemigo y exponerse al peligro. Para ellos sólo existían las mañanas radiantes, las alegres tardes, las noches plácidas. Adriana soñaba con Carlos y él no tenía más pensamiento que Adriana. Esta idílica paz se vería turbada por una terrible desgracia.

(CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO XVIII.— El rey Melefe.

La luna estaba ya muy alta en el horizonte cuando Dick Tabú partió de casa del portugués Gómez, sin más armas que su revólver y su largo puñal.

Durante tres semanas caminó por las selvas alimentándose de frutas y de aves que cazaba con hondas y trampas.

A veces divisaba grupos de nativos dedicados a la caza de fieras y sin dar a conocer su presencia, escuchaba las conver-

RESUMEN: Dick Hateras, consagrado por su padre como tabú de las tribus africanas, después de muchas aventuras y victorias, parte al oriente del Africa en busca de Viola Chalmers, niña raptada por los negros kopjes. En su ruta es atacado por un gigante, al cual vence, ayudado por un pigmeo. Dick examina la lanza del negro gigante, y descubre que el mango tiene la forma de un cocodrilo. Este indicio le hace ver que va en buen camino para encontrar a Viola Chalmers, la diosa de los cocodrilos. El malvado Harker arroja a Dick a un foso con cocodrilos, pero el Intocable se salva y mata a su enemigo.



saciones y se orientaba sobre el rumbo que debía seguir. Una mañana, desde la cima de un árbol, distinguió una aldea indígena con más de doscientas chozas.

“Aquél debe ser el reducto del rey Melefe —se dijo el Intocable—. Voy a intentar mi entrada al villorrio.”

Junto a la primera ruca había un grupo de negros que se calentaban alrededor de una fogata.

Al ver al joven blanco, todos se pusieron de pie y recurrieron a sus armas.

—Escuchad —dijo Dick Hateras a los indígenas—, no vengo como enemigo, sino como amigo. **SOY AQUEL A QUIEN NADIE DEBE TOCAR.** Tengo un tabú sagrado y quien me hiere, muere. Los supersticiosos negros retrocedieron y Dick prosiguió:

—Id a comunicar a vuestro rey Melefe que deseo hablarle. Volveré aquí al mediodía para conocer la respuesta de vuestro rey. Y tal como apareció, sin que nadie le sintiera venir, el Intocable se esfumó cual un espíritu, dejando muy intrigados a los crédulos nativos.

El mensajero del villorrio llegó corriendo a la ruca del rey Melefe.

—Salud, noble amo —dijo el correo—. Traigo noticias de un hombre blanco que ha penetrado en nuestro reducto y desea hablar contigo.

—¿No tengo ordenado que ningún blanco entre a mi tribu? —gritó el obeso rey.

—Verdaderamente —asintió el mensajero—; pero ese hombre no es como los demás blancos. Viste con una piel de pantera, es fuerte como un elefante y tiene la sabiduría de una serpiente. Es el hombre del **TABU** y vence a la muerte.

—No le creas, ¡oh rey! —interrumpió un horrible hechicero con dos cuernos de búfalo, a modo de casco, y un faldellín de fibras rodeando su cintura—. Sólo yo soy el dueño de la vida y de la muerte.

—Me fastidias, Mopo —expresó Melefe—. Quiero ver a ese hombre blanco que es tabú, y si su poder es mayor que el tuyo, te sacrificaré al cocodrilo sagrado.

Dos fornidos negros fueron en busca del Intocable y le impartieron la orden de comparecer ante la presencia del rey Melefe.

Los nativos discutían entre ellos la suerte que correría el joven blanco dentro de la ruca del terrible enemigo de los extranjeros,



y mayor fué su estupor cuando vieron que el hechicero Mopo salía de la estancia real lanzando denuestos y maldiciones contra el visitante.

Entretanto Dick Tabú, sin manifestar temor y siempre alerta a cualquier ataque a traición, seguía con paso firme a los dos emisarios del rey Melefe.

Entró con tal sigilo al interior de la ruca, que el obeso rey sólo advirtió su presencia cuando estaba junto a él.

—Escucha, ¡oh rey Melefe! —dijo el Intocable—, vengo a ti como amigo. Esto atestiguará mi amistad.

Y al decirlo, Dick Hateras lanzó su largo puñal, dando volteretas por encima de la cabeza del negro. El arma, como guiada por mano invisible, cayó de punta a los pies del monarca y quedó clavada allí.

—Lo que expresa mi puñal lo expresan también mis labios —prosiguió Dick—. Mi arma ha caído a tus pies como pudo caer sobre tu corazón.

—¿Es una amenaza, imprudente joven? —preguntó el rey Melefe.

—Es un saludo.

El rey Melefe se puso de pie y, sacando una flecha del carcaj que tenía a su lado, la lanzó diestramente sobre su joven visitante.

Dick había previsto la rápida

maniobra del negro, pero no movió su cuerpo ni una pulgada. Sin embargo, la flecha, que pareció atravesarle el costado, no le hizo el menor daño.

—Esto es mágico —exclamó, sorprendido, Melefe.

—No es magia, sino farsa —dijo el hechicero Mopo, entrando sorpresivamente.

—Farsa o magia —declaró el Intocable—, ambos hemos cambiado nuestras armas sin hacernos daño.

—Ya que es tan gran mago y tan amado de los espíritus —insinuó Mopo—, ¿por qué no le propones, ¡oh rey!, una lucha con uno de nuestros guerreros?

El obeso rey, que era ingenuo como un niño, vió una diversión a su vida sedentaria y necia en esa lucha guerrera, y batiendo palmas replicó:

—Bravo, bravo... Que venga el guerrero Semuké.

El rey Melefe subió al tabladillo y le rodearon los hombres, mujeres y niños de la tribu.

—Hombre del tabú —preguntó—, ¿qué armas escoges? No siendo las del trueno que usan los blancos, puedes escoger: puñal, flecha o hacha.

—El hacha —dijo Dick.

Los nativos se miraron atónitos.

—Te advierto que no es un juego de niños —indicó el rey Melefe—. Uno de ustedes dos debe morir.

El guerrero Semuké entregó un hacha a Dick Hateras, y mientras recibían la señal para comenzar el combate, ejecutaba volteretas con la suya, haciendo brillar al sol el pulido acero.

Comenzó el torneo. Semuké cargó cual un toro bravo y Dick Hateras evitó el golpe colocando de costado el mango del hacha. Tres veces embistió el negro y las tres veces el Intocable quedó ileso.

A la cuarta vez, Dick, en lugar de chocar las hachas, como lo hizo anteriormente, golpeó con el mango el estómago de Semuké y lo arrojó al suelo. Hecho esto alzó el hacha como para partir en dos el cráneo del negro, pero la desvió en el último instante, hundiendo el filo en la tierra.

—Basta, hombre del Tabú —dijo Semuké—. Mi vida estaba en tus manos y me la has devuelto. Soy tu esclavo.

Los demás negros aplaudían entusiasmados y aún el rey Melefe



se mostró encantado, a pesar de que Semuké era su sobrino favorito.

Sólo el hechicero Mopo se manifestaba enojado y trataba de convencer al rey de que el hombre blanco era un intrigante.

—Hombre del tabú —dijo Melefe—, la ruca de los huéspedes está lista para ti. Duerme sin temor. Semuké te acompañará y mañana serás mi invitado de honor en las fiestas religiosas que celebraremos.

Mopo, trémulo de rabia, oprimió el puñal que llevaba oculto. Su único deseo era matar a su rival, ese niño blanco y poderoso, cuya magia amenazaba destruir sus burdas farsas de hechicero. Pero nunca se atrevería a atacar de frente, ni su mano tenía la fuerza y la rapidez para herir el cuerpo del Intocable. Sus dedos cobardes sólo sabían crisparse y temblar.

—Lo venceré —murmuró, con los ojos refulgentes de odio.

Dick Tabú se retiró a descansar en compañía de su derrotado contendor.

—Has dicho que eres mi esclavo —indicó Dick a Semuké—. Quiero que me digas una cosa... ¿Dónde se encuentra la sacerdotisa del cocodrilo sagrado?

El joven guerrero tembló como poseído de fiebres y tras largo silencio respondió:

—En la caverna de las panteras. Es un lugar peligroso... Para nosotros es tabú... ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada —dijo el Intocable—. ¿Podrías guiarme a la caverna de las panteras?

—No —declaró Semuké—. Soy tu esclavo y puedes darme la muerte, pero yo no te guiaré a un sitio que es tabú para los de mi tribu. Puedes ir solo... La caverna está en el cerro que enfrenta nuestra aldea.

El hechicero Mopo había escuchado la conversación del sobrino del rey Melefe con Dick Tabú, y, conociendo el plan del joven blanco, resolvió esperarle en la caverna y darle muerte allí antes de que el rey Melefe pudiera defenderle.

Entretanto, Semuké decía a Dick:

—No vayas a la caverna de las panteras; mi tío el rey Melefe no podrá salvarte la vida si penetras en el santuario de nuestros dioses. Además, Mopo tiene allí soldados y panteras que atacan a todo individuo que no conocen.

—¿Tú has entrado a esa caverna? —preguntó Dick Tabú.

—Sí —expresó Semuké—; entré el día de la coronación de mi tío el rey Melefe; pero sólo en esa ocasión nos fué permitida la entrada. Mopo ejerce allí todas las magias y ofrece sacrificios humanos cuando cree que lo reclaman los dioses. Esto es cuando él desea ejercer venganza contra sus enemigos. Mi tío, el rey, no es cruel... Es más bien débil y se deja dominar por el hechicero Mopo.

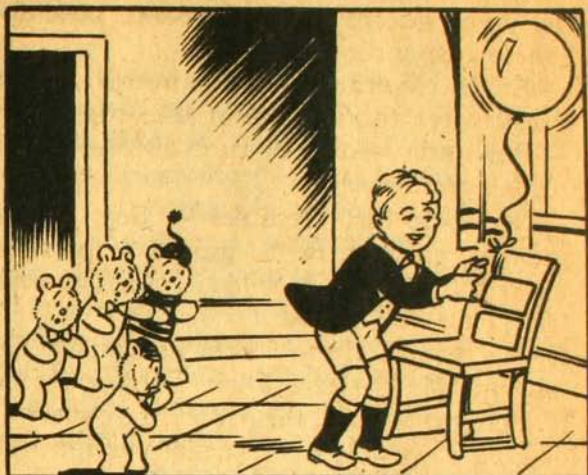
El pérfido hechicero continuaba escuchando la conversación de Dick con Semuké y, encendido de rabia, pensaba que el sobrino de Melefe era un traidor y un intrigante, a quien pronto haría desaparecer por medio de sus artes maléficas.

—Tabú o no tabú —juró Mopo—, ese muchacho blanco estará en mi poder antes de que el sol se ponga en el próximo día.

Ignorantes de la presencia del gran sacerdote de la tribu, Dick Hateras y Semuké se durmieron, por fin, uno junto al otro, como buenos amigos.

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Los ositos iban con sus respectivos globos cuando, ¡cataplún!, todos se reventaron por culpa de un cacto mala gente. En vez de consolarlos, Tomasín se rió de ellos y no les dió su globo.



2. "—Para qué son tontos de capiroto", les dijo, y se sentó a leer "Simbad". Un gato quiso afilarse las uñas en el globo, y éste se reventó (el globo, no el gato). Los ositos se rieron.

MARCO POLO

CAPITULO III.—Aparece Bengucio.

Marco Polo, en su viaje a Catay (China), cabalgaba por un desierto, cuando una banda de tártaros, capitaneados por el bandido Nogodar, lo capturó. A medianoche, en la obscuridad de la tienda donde estaba encerrado, oyó una voz que murmuraba:

—No hagas ruido y sígueme.

Marcos se estremeció, asombrado. Creía estar soñando. Aquella voz hablaba en italiano y no podía pertenecer más que a Bengucio, su criado en Venecia. Cuando el joven, alto, de ojos azules como aguamarinas y sonrisa cautivadora se perdía en la ciudad, Bengucio recorría los canales, gritando frente a todos los balcones de las casas donde había alguna niña:

—¡Marco Polo! ¡Marco Polo!

En alguno de los balcones aparecía la alta silueta de Marco y, pasando sobre la baranda, saltaba a la góndola.

Ahora, en una tierra extraña, cuando menos pensaba que pudiera ver otra vez a Bengucio, acudía a salvarle.

—No temas. Di al centinela un golpe que lo tendrá durmiendo una semana justa —añadió el fiel criado.

—Pero, ¿de dónde apareces tu?

—¡Chist! Después hablaremos.



Uno de los bandidos había desatado horas antes al prisionero para que pudiera llevarse el alimento a la boca. Esto facilitó la huida. Sin hacer el menor ruido, ambos fugitivos salieron del campamento sin ser sorprendidos.

Bengucio tenía elegido un par de caballos



y minutos después corrían a galope tendido por la vasta llanura. Como antes de emprender la cabalgata se habían alejado a prudente distancia, el resonar de los cascos, apagado por los herbazales, no llegó a oídos de los asiáticos. El mongol Nogodar perdía a su prisionero.

—¿Cómo llegaste aquí? —insistió Marco.

—Venecia no me parecía Venecia desde tu partida —contestó

Bengucio—. Averigüé cómo se viene hasta aquí y llegué justamente a tiempo de rescatarte. No puedes negar que soy fiel.

—Eres un héroe, Bengucio.

Horas más tarde se reunían con Nicolo y Maffeo y reanudaron la marcha a todo galope.

(CONTINUARA)



Ponchito

¡UF, QUE CALOR INSO-
PORTABLE! ME DARE
UN BAÑITO EN EL
ESTERO



¡BAH! ALLI ESTA PATOCO
BAÑANDOSE



¡JA, JA, JA! ¡AHI
SE BAÑAN LOS SAPOS!
NO TE VAYAS A AHOGAR



VEN CONMIGO, TE ENSE-
ÑARE DONDE SE BAÑAN
LOS HOMBRES



AQUI PARECE QUE ESTA HONDO.
AHORA VAS A VER ALGO
BUENO



¡MIRA! ¡A LO PURO
TARZAN!



¡JA, JA, JA! ADIVINA
QUE TIENES EN LA CABEZA



El patito feo



El campo se veía radiante bajo el sol. En los prados se alzaban los montones de heno, como oro en briznas. Las cigüeñas paseaban con sus largas y rojizas patas, conversando en el antiguo idioma del Egipto de los faraones, que sólo ellas hablan con pureza.

En medio de la espléndida naturaleza se elevaba un vetusto castillo rodeado de fosos.

En una tronera de la muralla se veía el nido de un ánade que empollaba sus huevos con verdadera ansiedad por verlos abrirse, pues le entristecía la soledad. Los ánades vecinos rara vez le visitaban y, como verdaderos egoístas, pasaban el tiempo en el agua.

Por fin se rompió un huevo, se oyó un dulce pío pío y asomó la cabecita un pato. Otro llegó al día siguiente y a éste siguió un tercero. Mucho se agitaban los pájaros, lanzando gozosos *rap, rap* y adelantando con curiosidad sus miradas a través de las hojas verdes que tapizaban el nido.

Lo primero que dijeron los patitos fué:

—¡Qué grande es el mundo!

—Tal vez creéis —observó la madre— que lo que veis aquí es todo el universo. Desengañaos. Se extiende mucho más allá del jardín, hasta la iglesia, cuyo campanario vi una vez. No he ido nunca más lejos. Vamos —añadió, alzándose—, ¿habéis salido todos? ¡Ay!, no se ha abierto el mayor de los huevos. ¿Cuánto durará aún? Comienzo a cansarme.

Y se echó de nuevo.

—Buenos días, amiga —le dijo de repente un ánade entrada en años, que pasaba a visitarla—. ¿Cómo va la salud?

—¡Ay! Estoy muy aburrida con uno de mis huevos que no quiere abrirse. Pero, en cambio, mirad mis patitos. ¡Cómo se parecen a su padre!

—Enseñadme ese famoso huevo —pidió la comadre—. Creedme, es un huevo de pavo. En vuestro lugar, lo abandonaría y me ocuparía al momento de enseñar a nadar a mis pequeñuelos. Pero la madre no siguió este consejo. Aguardó hasta que el cas-

carón se abrió y de él salió piando un animalillo muy grande, muy feo y muy mal proporcionado.

—¡Qué monstruo! —exclamó el ánade—. ¿Será realmente un pavo? Lo descubriré. Voy a llevarlo al agua y si no quiere entrar de grado, lo echaré por fuerza.

Al día siguiente el tiempo estaba hermosísimo. El ánade abandonó su nido, seguida por su familia y bajó a orillas del foso. ¡Pum!, hétela en el agua. *Rap rap*, grita, y los anadoncillos, uno en pos de otro, se echan al agua, se zambullen, pero vuelven a aparecer al momento y nadan de un modo admirable. Todos estaban en el agua, hasta el ceniciento que saliera del huevo grande.

—Pues, ¡no es un pavo! —dedujo la madre—. Se sirve muy bien de sus patas y se mantiene muy tiesecito. No hay duda, es hijo mío. En verdad, mirándolo con atención, no es tan feo. *Rap rap*, seguidme, hijos míos, al estanque. Voy a presentaros a los vecinos. No os despeguéis de mis alas, ¡y mucho cuidado con el gato! En el estanque había un tumulto feroz. Dos grupos de ánades se disputaban a picotazos una cabeza de anguila. En lo mejor de la



batalla, el gato, que parecía dormitar en la orilla, cogió de un zarpazo la cabeza y comenzó a devorarla tranquilamente.

—Ahí veis, hijos mío —dijo el ánade—, lo que es el mundo. Está lleno de sorpresas y acechanzas. Doblad el cuello y saludad profundamente a aquel anciano pato que allí veis. Aprended a decir *rap rap* bien a compás. No echéis las patas hacia adentro, es de mala educación.

Los pequeñuelos hacían con docilidad cuanto su madre les ordenaba. Pero por más galanura y cortesía que desplegaban, los ánades los miraban mal y decían:

—¡Cómo!... ¡Otra pollada! Como si no fuésemos ya bastante numerosos para la comida que nos echan.

—¡Por vida mía! —exclamó uno—. ¡Esto es demasiado! Mirad el aspecto de ese patito.

Y precipitándose sobre el pobre ceniciento, le tiró de las plumas y le maltrató.

—Malvado —protestó la madre—, déjalo, que no hace daño a nadie.

Otro pato añadió:

—¡Qué plumaje más feo tiene!

—No diré que no —repuso la madre—, pero es buen muchacho y de muy dulce carácter y nada mucho mejor que los otros. Además —agregó, peinandole con el pico las plumas algo despeluznadas por el ataque que había sufrido—, es un macho y no importa que sea bien o mal parecido.

La nueva cría fué aceptada por todos, excepto el patito feo, que no dejó de ser zarandeado y perseguido. Hasta las gallinas se burlaban de él. Un pavo, al verlo, se arrojó furioso contra él, pero tuvo que detenerse a orillas del estanque. Viendo que no podía alcanzarlo, se puso encendido como un pavo que era y lanzó furibundos *glus glus*. El infeliz patito no tenía un minuto de descanso. El recuerdo de los malos tratos que había sufrido durante el día no le dejaba dormir por la noche.

Sus penas fueron aumentando. También sus hermanos lo injuriaban. Incluso la madre, que lo había defendido al principio, terminó por demostrarle mala voluntad. Al fin, no pudiendo resistir más, alzó el vuelo por encima de los vallados, de los jardines y praderas. Los pajarillos que anidaban en los árboles huían asustados al oír el ruido de sus alas pesadas y sin experiencia.



El patito feo llegó a un pantano habitado por patos silvestres que miraron con curiosidad al recién llegado.

—¿De dónde sales? ¿De qué raza eres? —le preguntaron.

El patito hacía saludos muy torpes, como una criatura avergonzada.

—Puedes vanagloriarte de ser horriblemente feo —añadieron los otros—. Pero, ¿qué nos importa si no se te ocurre casarte con una de nuestras hijas?

¡Pobre patito! Seguramente que no pensaba en casarse y se consideró muy feliz de que se dignasen tolerarlo, permitiéndole buscar el sustento en los pantanos y dormir entre las cañas.

Hacía algunos días que estaba allí cuando llegaron varios anserones que venían de muy lejos. Le dijeron:

—Amigo, síguenos y serás, como nosotros, un ave de paso. Cerca de aquí, en otro pantano, hay unas ánades selváticas que son muy agradables. Como ven muy pocas bandadas y no son peritas en cuestión de hermosura, tal vez alguna de ellas te quiera, a pesar de tu fealdad.

¡Pif pat! se oyó de pronto y los dos anserones cayeron exánimes. ¡Pif pat!

Los ánades salieron de los cañaverales huyendo en todas direcciones. Los tiros seguían estallando: era una gran cacería.

Había hombres en las orillas del pantano y en las ramas de los sauces y de los álamos. El azulado humo de la pólvora formaba una nube. Los perros entraron en el agua, ladrando, acercándose al escondite del patito. ¡Qué angustiada espera! Iba a meterse la cabeza debajo del ala para no ver semejantes horrores, cuando percibió delante de él a un perro enorme. Después de haberlo mirado un instante, se alejó en busca de una presa más digna. —Después de todo —reflexionó el patito, al volver en sí—, mi fealdad me ha servido de algo.

Y diciendo esto, se escondió en lo más espeso del juncal hasta que los disparos cesaron. Entonces salió del agua y huyó con cuanta ligereza pudo.

Al anochecer llegó a una miserable cabaña.

Vivía allí una buena mujer con su gato que sabía hacer *ron ron* y despedir chispas cuando le pasaban la mano a contrapelo, y una gallina muy ponedora.

Al día siguiente notaron la presencia del intruso. El gato comenzó a maullar y la gallina a cacarear.

—¿Qué sucede? —preguntó la vieja, y, a fuerza de mirar con sus ojos cegatones, acabó por descubrir al fugitivo, al que tomó por un ánade.

—¡Qué fortuna! —exclamó—. Voy a tener huevos de patos y los haré empollar.

Y alimentó muy bien al patito. Fueron ésos los primeros días felices de su vida. Pero, ¡ay!, después de tres semanas, cuando se comprobó que no ponía, comenzaron de nuevo las tribulaciones y el patito decidió marcharse.

Vino el otoño. Cayeron las hojas de los árboles. Nubes formadas de nieve ocultaban el sol y los cuervos graznaban en los aires.

Un día, el sol lució en el horizonte. El patito vió pasar una bandada de aves grandes y magníficas. Poseían largos cuellos que retorcían con gracia y plumas blancas como el armiño: eran cisnes.

Daban un grito especial y, con las alas abiertas, iban a los países del Sur, en busca de calor. Se elevaban a una altura prodigiosa y el patito experimentaba a su vista una sensación desconocida. Se volvió en el agua hacia ellos y lanzó un grito tan agudo y singular, que se asustó a sí mismo. ¡Cuánto amaba a aquellas aves sin conocerlas ni saber a dónde iban!

Cuando desaparecieron, se zambulló hasta el fondo del agua, más conmovido que nunca lo estuvo.



El invierno fué muy riguroso.

Al fin apareció de nuevo el sol y resonó el canto de la alondra. El pato había crecido mucho. Se elevó en los aires mucho más alto de lo que hubiese esperado. Bajó a tierra y se halló en un lago. Allí había tres cisnes, que resbalaban ligeramente sobre las aguas, con las alas tendidas como las velas de una barquilla.

Una suave melancolía invadió al pato cuando los vió.

—Conozco a estas aves reales —se dijo—, quiero admirarlas de cerca. Me matarán y tendrán razón, pues un fenómeno como yo no tiene derecho a aproximarse a ellos.

Y nadó hacia las hermosas aves, que, al divisarle, se lanzaron hacia él con gran ruido de alas.

—Sí, ya sé que vais a matarme —suspiró el pobre patito y bajó la cabeza hacia la superficie del agua, esperando la muerte.

Pero, ¿qué vió en los cristales del lago? Su propia imagen: no era ya el pato feo, de color ceniciento: era un cisne.

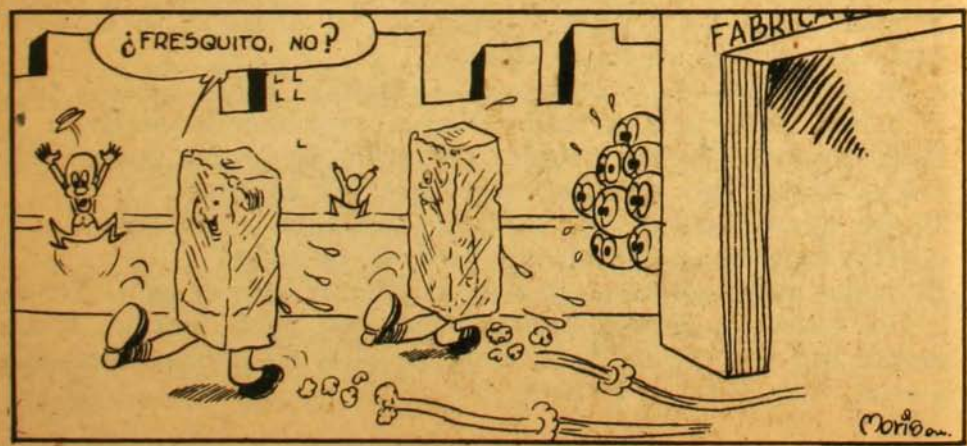
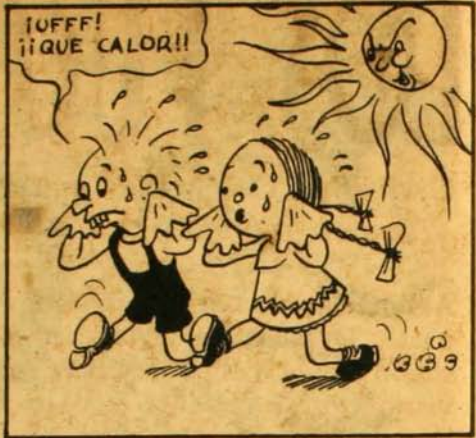
Varios niños llegaron a la orilla del estanque y gritaron:

—¡Hay otro cisne! ¡Es el más hermoso de todos!

El joven cisne, confuso, escondía la cabeza bajo el agua. Pensaba en todas las crueles persecuciones que había sufrido. Ahora decían que era el más bello entre aquellas magníficas aves: Iba a reinar con ellas en el lago.

Chelita

Por MORIS



MORIS

DOS FUGITIVAS



CAPITULO V.—La maleta con monedas falsas.

Amanecía ya cuando Silvia despertó. Deseosa de no turbar el sueño de la pequeña Lucía, se vistió cautelosamente y bajó a la cocina.

Nadie se había levantado aún en la casa. Silvia encendió el fuego en la cocina y colocó la tetera para el agua.

A las ocho bajó Alberto y ordenó a Silvia que preparara dos platos con jamón y huevos.

—Llévalos al dormitorio de la señora Mireya —dijo Alberto—. En el armario hay una lata con leche condensada. Pueden prepararse ustedes su desayuno.

—Y ni un pedacito de pan.—suspiró Lucía cuando Silvia le sirvió la leche.

—Paciencia, Lucy —suplicó Silvia—. Recuerda que si la señora Mireya no nos hubiera salvado, estaríamos en la Comisaría o en el Asilo de Huérfanos.

La mañana transcurrió rápidamente. Silvia arreglaba la casa y Lucy jugaba con su perrito, el *Guacho*.

Mireya bajó muy tarde de su dormitorio. Llamando a las dos hermanas dió a cada una un billete de cien pesos con diferentes órdenes de compra.

—Yo creo que un billete alcanza para todo —insinuó Silvia.

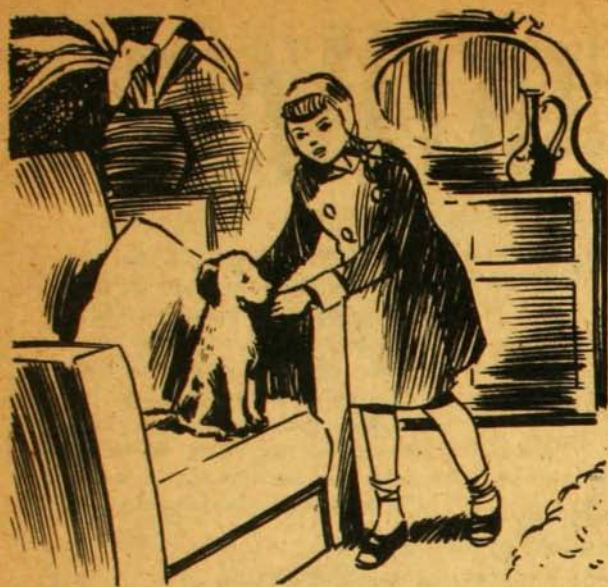
—¿Quién da órdenes aquí? —preguntó Mireya, muy iracunda—. ¿Ustedes o yo?

Era la primera vez que Mireya se enfadaba y las chicas se sobresaltaron.

Mireya recobró al punto su antipática sonrisa y dijo:

—Necesito moneda chica, niñitas. Vayan pronto y compren cada una un pastel para que lo coman en mi nombre.

RESUMEN: Silvia y Lucía Balmer andan errantes huyendo de la policía, porque la pequeña Lucía se fugó de un Asilo de Huérfanos. El perrito que las acompaña roba un pollo en una granja. Las huérfanas son amenazadas por un granjero, pero las salva Mireya, una dama que las lleva a su casa. Silvia desconfía de su protectora.



Silvia y Lucía salieron a la calle.

—Esa mujer me desagrada —decía Lucy—. No sé por qué le tengo miedo. Esta mañana estaba insultando a su marido.

—La carnicería está en la esquina —indicó Silvia a su hermana—. Continúa tú hasta la pastelería, Lucy.

Silvia pidió la carne ordenada por Mireya y la cajera, al recibir el billete de cien

pesos, habló en secreto con el patrón, mostrándole el dinero.

—Espera —murmuró el carnicero al oído de la cajera—, y dile a la chica que no tienes cambio, mientras yo llamo a la policía. Silvia se retiró, pero puso atento oído al teléfono.

—Sí, sí —decía el hombre en el fono—, son las mismas... ¿Las detengo hasta que usted venga? Conforme.

Silvia no oyó más y salió corriendo de la carnicería, sin esperar el cambio del billete.

Sin detenerse cogió de la mano a su hermana Lucía y ambas partieron sin aliento por las calles de la ciudad.

—¿Por qué huimos? —preguntó Lucía—. ¿Vienen los carabineros tras de nosotras?

—Aun no —respondió Silvia—, pero el billete con que pagué en la carnicería era falso y el carnicero llamó a la policía.

—Esta es la segunda vez que nos acusan —protestó Lucía—. La señora Mireya tiene muchos billetes en una maleta... Miles y miles...

—¿Una maleta con billetes?

—Sí —afirmó Lucía—; con billetes y monedas. Los guarda en un armario y cuando vió que yo estaba observándola me tiró las orejas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No quería molestarte y después me olvidé jugando con el perro —dijo Lucía—. Por eso te dije que esa señora me da miedo.
—Lucía, yo tengo que ver esa maleta —declaró Silvia—, y si contiene billetes o monedas falsas, tendremos que abandonar la casa inmediatamente.

Las dos hermanas entraron corriendo al chalet.

—¿Tan pronto de regreso? —les dijo Mireya.

—Señora, yo no traje la carne —expresó Silvia—, porque dijeron que el billete era falso y el carnicero llamó a la policía.

Mireya no manifestó ni susto ni desagrado.

—Esto es demasiado —exclamó, tras breve silencio—. Yo cambié mil pesos en el garage de Miraflores... Advierto que los billetes que me dió ese mal hombre eran falsos. Cuéntenme todo, niñitas.

Al terminar su relato, Silvia añadió:

—Es la tercera vez que sucede esto, señora.

—Mi marido hablará con la policía para explicarle el fraude y ustedes lo acompañarán a la comisaría —declaró Mireya.

—Nosotras no —suplicó Silvia, perdiendo toda prudencia.

—Bien, bien —sonrió, irónicamente, Mireya—. Parece que tienen cuentas pendientes con la justicia ¿eh?... Olvidemos este desagrado. Hoy dan una linda película en el Teatro Olimpo. ¿De-sean ir?

—Me encantaría —murmuró Lucía.

—Bien; preparen el té rápidamente y sírvanse dos pasteles cada una —ordenó Mireya—. Alberto y yo tenemos que salir por un asunto urgente.

Cuando estuvieron solas, Lucía besó a su hermana mayor diciéndole:

—¿No es verdad que somos muy felices? Iremos al cine, comeremos pasteles...

—Ve a jugar con el *Guacho* mientras termino mis quehaceres —sonrió Silvia, pensando en la inocencia de su hermanita y en cuán pronto olvidaba sus cuitas.

Alberto llegó a la hora del té y también extremó sus sonrisas y mimos con las huérfanas.

A la hora precisa, Silvia y Lucía, bien peinadas y con sus mejores atavíos partieron al cine.

Un joven que ocupó una butaca junto a Lucía insistió en obsequiar a la linda rubia una caja de chocolates.



—Qué tarde tan feliz —decía la pequeña Lucía cuando regresaban cogiditas del brazo a casa de Mireya.

—Cuidado —murmuró Silvia, al pasar frente a la carnicería—. Pueden perseguirnos.

Pero ya nada turbaba la felicidad de Lucía. Llegando a la casa comenzó a jugar con el perrito, en tanto que la abnegada Silvia preparaba la comida para sus benefactores.

Lejos de la presencia de Lucía, la niña cavilaba y su semblante se atribulaba.

Cuando volvió a la sala donde Lucía jugaba con el *Guacho*, Silvia dijo a su hermanita:

—Muéstrame la maleta con dinero... ¿Estará el armario con llave?

—Creo que no —respondió Lucía—. Ven conmigo. Tú, que eres más alta, alcanzarás la maleta... Allí, en la segunda tabla... Silvia trepó a una silla y cogió la maleta por el mango... Era tan pesada que cayó a la alfombra haciendo sonar los miles de monedas y esparciendo los billetes en el suelo.

Silvia recogió una moneda y al momento comprendió que era falsa. Igual cosa los billetes, idénticos al que le había dado un bochorno tan terrible en la carnicería.

—Son todos falsos —exclamó la niña—. Mireya y su marido son criminales... Lucía, tenemos que huir...

En ese instante oyeron el golpe de una puerta. Volviendo la cabeza ambas niñas divisaron en el umbral de la puerta a Mireya.

—Espías... —vociferó furibunda Mireya, cogiendo el brazo de Lucía.

—Señora, no toque usted a mi hermana —gritó Silvia, colocándose frente a la furiosa estafadora—. Esta misma noche saldremos de esta casa.

—No saldrán —declaró Mireya, cerrando el paso a las huérfanas.

(CONTINUARA)



A nuestros lectores

Victor Silva, Catalina Rivas Ruiz, Elena Aguad, Patricio Quezada.—“Ponchito” y “Muchi y Poco” están muy orgullosos, porque ustedes les admiran.

Juan Pino, Fernando Pérez de Arce, Sonia Ruiz, Rodrigo Puga.—No teman que “Ives el Indomable” se termine pronto. Aun quedan a ese héroe muchas aventuras en las cuales demostrar su valor y su audacia.

Julieta Carrasco, Washington Droguett, Luis Moreno López, Inés Elizabeth Castro.—El material de la revista se elige cuidadosamente, a fin de dar a los niños todos los temas que puedan

interesarlo, conmoverlo y despertar su imaginación.

F. Vidal.—Nos complace saber que le agradan tanto las seriales “Dick Tabú”, “Ives el Indomable” y la pintoresca pareja “Muchi y Poco”.

Rafael Garrido.—Tal como usted la define, “Simbad” es la revista infantil “pequeña de porte, pero de un corazón grande, suficiente para eclipsar con su belleza a otras revistas”. Gracias por sus gentiles elogios.

Violeta Cortés, Elsa Silva, Jorge Muñoz.—Agradecemos sus frases de aliento y felicitación.

ROXANE

Ives el indomable

CAPITULO XVIII.— Los enemigos.

Ives, con soberbia audacia, había entrado al castillo del Graal. Morgana, la hechicera, sintió crecer en su corazón un odio sin límites por el doncel que, al beber en la copa de oro, insolentemente despreocupado por las amenazas, había roto el sortilegio según el cual ella reinaría en Bretaña como soberana absoluta. Ordenó a Gorva, la hechicera, que preparara un filtro maléfico.

Ives despertó a medianoche, torturado por una sed irresistible. Con la conciencia nublada por el sueño, alargó la mano, vació agua en el vaso y bebió de un sorbo el veneno.



RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, corre tierras en busca de proezas. En el castillo del barón Gary oye hablar de la leyenda del Graal, comarca de magia y seres sobrenaturales que todos temen. Decide ir al Graal. Un duende trata de detenerlo. Ives prosigue su camino y llega hasta la fuente encantada. Bebe en la copa de oro, lanzándola después a la selva, en un gesto de desafío. Más tarde penetra al castillo del Graal, donde el enano Hua le previene contra Morgana, la hechicera. Ella encarga a Gorva, la bruja, que le dé un bebedizo maléfico.

En ese instante, Hua, el enano, saltó al balcón. Siempre aparecía como si descabalgara del viento o de la sombra. Vió que el joven había bebido el filtro y murmuró desesperado:

—Llegué tarde.

Por un instante, miró a Ives que permanecía inmóvil, como esperando una revelación terrible. De



pronto, Hua volvió al balcón y desapareció en las tinieblas, que empezaban a palidecer con la cercanía del alba. Reapareció casi en seguida con un manojito de hierbas en su pequeña mano.

—Ives —murmuró—, debes obedecerme. ¿Oyes? Mastica estas hierbas.

Minutos más tarde, el príncipe avanzaba por los corredores mal iluminados. Tenía la mirada fija, el semblante rígido e inexpresivo, los movimientos de autómatas.

En el comedor del castillo se reunían los caballeros locos. Bajo la mirada aguda y fría de Morgana, tomaban colocación en sus puestos. Ella habló con glacial acento:

—Seré soberana de Bretaña y ustedes formarán mi ejército invencible.



—Seréis la reina de la gran isla —contestaron a una voz los caballeros, que, luego de probar los bebedizos de Gorva, no tenían más voluntad que la de Morgana.

De pronto, la bella hechicera se irguió aún más en su sitial. Acababa de divisar a Ives, que se detuvo en el umbral. Cubría su cabeza y sus hombros un manto oriental. Una sonrisa de triunfo vagó por los crueles labios de Morgana. La bruja Gorva, que traía un jarro de su dañosa pócima, sonrió también,

entreabriendo su boca desdentada. El duende Gruk se estremeció.

Ives se adelantó y con voz declamatoria dijo:

—Soy un mercader que viene de la lejana Trebizonda. Mis barcos traen cargamento de telas, especias y perfumes.

Cogiendo un pesado tenedor de plata, añadió:

—¡El rey de Alejandría te envía sus respetos!

Y lanzó lejos el tenedor, luego de enarbolarlo ante Morgana, tan cerca del rostro, que los dientes de plata casi rasgaron la tersa piel de la mejilla. La hechicera se escudó con el brazo, girando levemente el esbelto cuerpo. Entonces Ives, con su puñal, sesgó el manto de Morgana y, de dos saltos, estuvo en la escalera.



—¡Sigán a ese hombre y lánquenlo a mis pies, vivo o muerto! — gritó Morgana, cuando pudo hablar.

El príncipe ya estaba lejos. Pudo matar a Morgana, pero quería devolver la libertad y la razón a los infortunados caballeros que ella mantenía sumidos en la locura.

Al advertir que le perseguían, ató el manto de su enemiga a una argolla y se deslizó por el muro. En el parapeto le aguardaba uno de sus perseguidores. Le arrebató el escudo y la espada y continuó descendiendo. Desde las torres, una lluvia de flechas cayó sobre él. De súbito, notó que la tela se rasgaba y, sin poder evitarlo, cayó al patio.

El golpe fué tan rudo, que perdió el conocimiento. Morgana ordenó que le trasladaran a una celda. Cuando Gruk, el duende, preguntó:

—¿Le atravieso el corazón con esta lanza?

Morgana repuso:

—No, Gruk. Ives debe sufrir una muerte lenta y terrible. Me engañó. No está loco.

—Sin embargo, bebió mi poción —dijo Gorva.

—Tu maldito bebedizo era muy débil o este doncel tiene más poder que nosotras —declaró Morgana—. Pero mi odio puede más que su astucia y su valor. No se burlará más de mí. Vamos, Gruk, y no pienses en causarle daño. Ives, el sobrino del rey Arturo, me pertenece.

Temblando de rencor y despecho, abandonó la celda. La bruja, encorvada, con la cabeza tan baja que sólo se distinguían bajo el manto las greñas blancas, siguió a Morgana pensando que la dueña del Graal estaba furiosa y no convenía irritarla más. Gruk caminaba detrás de ellas, arrastrando la lanza que no pudo clavar en el corazón del prisionero. Odiaba a Ives por su belleza y su valentía. Sería agradable causar la muerte del héroe, verle humillarse cuando él, tan pequeño y cobarde, pudiera amenazarlo y torturarlo. Quizás Morgana se lo permitiera.

—Quiero verle temblar y que sus labios no tengan ya esa sonrisa audaz y burlesca —murmuró Gruk, y dió un enérgico tirón a la lanza.

(CONTINUARA)

SCUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 18

El perro

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE



¿Puede decirnos qué voz emite el perro? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre las soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 6 pares de soquetes, 2 cartones de herramientas, 10 libros de cuentos infantiles, 5 pelotas de goma, 2 juegos de pimpón, 25 paquetes de Vitalmin Vitaminado, 5 tubos de pasta dentífrica BAYCOL y 5 paletas de acuarelas.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 15. El pollito pía.

Premiados CON \$ 10: Pilar Monasterio, San Antonio; Alma Ruiz, Reumén; Gustavo Godoy, Cabrero; Máximo Madrid, Valparaíso; Néstor Illanes, San Javier; Agustina Vargas, San Antonio; Rosa Contreras, Valparaíso; Alicia Montecinos, Concepción; Dirla Jiménez, La Unión; Lucila Mendoza, Curanilahue. UN TUBO DE PASTA BAYCOL: Alicia Onell, Santiago; Eduardo Eggers, Lautaro; R. Torres, Concepción; Mario Rodríguez, Victoria; Osvaldo Trujillo, Peumo. UN TAMBOR: Hernán Moraga, Lautaro; Pedro Zapata, Angol. UN CARTON HERRAMIENTAS: Rafael Faúndez, Santiago; Francisco Javier Rivadeneira, Santiago; Arturo Pino, Peñablanca; Marta Sáez, Los Angeles; José Gallegos, Concepción. UNA PELOTA DE GOMA: Fernando Rojas, Santiago; Noel Fuentes, Putaendo; María Isabel Bustos, San Antonio; Juan Pino, Valparaíso; Francisco Paredes, Angol; María Teresa Gangas, Santiago. UNA CAJA DE LAPICES DE COLOR: Inés Aída López, Valparaíso; Ramón Barricos, Lontué; Fernando Hungan, Santiago; Teresa Corrales, Santiago; Fresia Leal, Valparaíso; Hernán Castillo, Catemu; Hernán Hevia, San Antonio; Carmen Pizarro, Coronel; Ismeel Matamala, Concepción; Jaime Herrera, Angol. UN PAQUETE DE VITALMIN: Silvia Soto, Chillán; Mario Merchak, Santiago; José Manuel Ojeda, Santiago; Gloria Paravic, Viña del Mar; Hernán López, Viña del Mar; Jaime Silva, Santiago; Matilde González, Estación Convento Viejo; Eugenio Sagardia, Lautaro; María Teresa Molfino, Valparaíso; Nerva Gutiérrez, Santiago; María Mosqueira, Temuco; María Salinas, Santiago; Enzo Bustillos, Chiguayante; Berta Pérez, Santiago; Clara González, Chimbarongo; Rebeca Urbina, Isla de Maipo; Ramón Medina, Santiago; Oriana Aravena, Santiago; Benito Giglio, Santiago; Luis Moreno, Santiago; Marcelo Navarrete, Cauquenes; Oscar Vargas, Valdivia; María Teresa Pizani, Victoria; Alberto García, Temuco; Diógenes Sierra, Talcahuano. UNA PALETA ACUARELAS: Abraham Mucarquer, Santiago; Regina Figueroa, Cabrero; Raúl Sobarzo, San Javier; Mario Whittaker, Santiago, y Enrique Cruz, Talca. UNA LIBRETA PARA APUNTES: Ana Rosa Gundelach, Chillán; Iván Valdivia, Santiago; Inés Maturana, Santiago; Francisco Espinoza, Rancagua; Clara Surac, Santiago. UNA CARPETA ESQUELAS: Marta Valenzuela, Santiago; Dagoberto Arriagada, Angol; Eugenio Alvarez, Santiago; Abel Cárdenas, Talcahuano, y Arturo Astete, Yervas Buenas.

MUCHI X POCO



3. La gatita, que se había ido a veranear a la maleta, se divertía mucho en la playa. Una vez pintó caras en unas piedras. Poco vino a bañarse y preguntó: “—¿Qué tal está el agua?”



4. Y se lanzó en un elegante salto y le salió en el mate un chichón, pues se dió un cabezazo con uno de los supuestos bañistas. “—Ya es de noche, no me baño más”, dijo, viendo estrellas.

Ella fué la primera



Inés de Suárez

Fué la primera mujer blanca llegada a Chile. Venía con la expedición de Pedro de Valdivia.

Con un corazón sin miedo y un ánimo denodado, no vaciló en internarse por el país desconocido. Al llegar a las riberas del río Mapocho, donde se fundaría Santiago el 12 de febrero de 1541, fué ella quien dió a la ciudad su condición estable. Si los hombres trazaron calles y alzaron casas, mejor dicho pajizos ranchos, ella se ocupó de sembrar trigo y de atender a la crianza de puercos y pollos. Inés de Suárez preparó el hogar, que da a las ciudades su raigambre firme.

Era hogareña, pero también sabía luchar. Santiago fué atacado por las hordas de Michimalonco, cuando Pedro de Valdivia había salido precisamente en busca de ese cacique, para castigar su rebeldía. Inés no vacila. A fin de atemorizar a los atacantes, ordena que se dé muerte a un grupo de caciques prisioneros.

El soldado Hernando de la Torre balbucea amilanado:

—Señora, ¿de qué manera los tengo yo que matar?

—*De esta manera* —dice Inés, y desenvainando la espada (así lo refiere un historiador) los mató a todos con tan varonil ánimo como si fuera un Roldán o el Cid Campeador.

Salvó con este gesto a la amenazada ciudad. La batalla que se libró contra Michimalonco fué victoriosa. Al término de ella, Inés, pálida, pero serena, recorrió la plaza prodigando cuidados y vendajes. Los heridos se estremecían al sentir el contacto de una mano que había degollado indios jóvenes y bravos. Pero en sus miradas fulguraba la admiración.

Así era la primera mujer española que llegó al reino de Chile.

Simbad

N.º 19

\$ 2.-



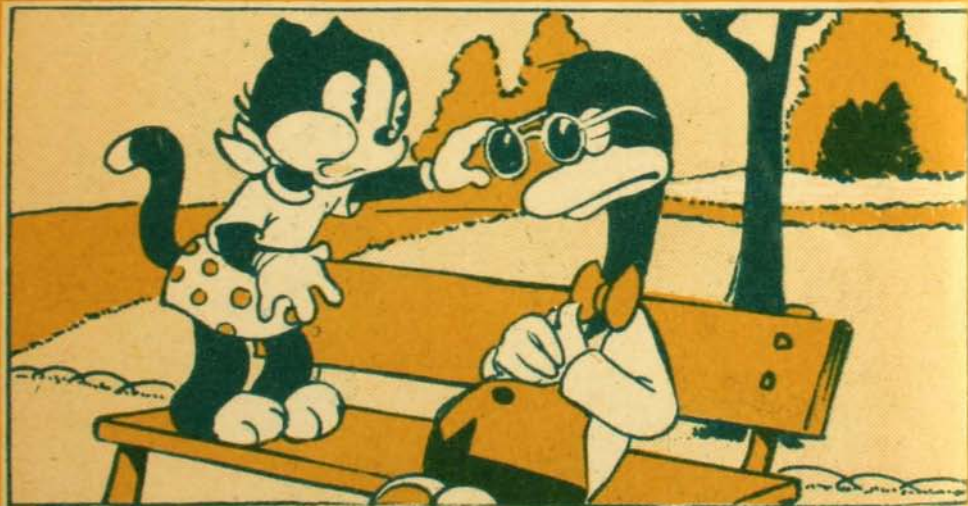
ELENA POIRIER

BARBA AZUL

MUCHI x POCO



1. Una tarde, Poco llevó a Muchi a la plaza, pero le prohibió ir a jugar con sus amigas cuchitas y morrongas. "—Te quedarás sentada, mientras yo duermo la siesta." Muchi se aburría mucho.



2. De pronto se le ocurrió una idea. Poco seguía roncando y entonces la gatita le puso unos anteojos pesimistas, que lo hacían ver todo negro. "—Ahora lo despertaré y le diré que es de noche."

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 19

Precio: \$ 2.—

11-1-1950

PIRATA DEL MAR EGEO

CAPITULO IV.— El rapto de Adriana Valli.

Carlos Saurel, teniente de Marina, conoció en Sicilia a la bella Adriana Valli. La escuadra francesa, comandada por Duquesne, había fondeado en Mesina a fin de sostener la rebelión contra España. En el puerto aguardaba refuerzos para combatir a las naves hispanas que se retiraron a Nápoles.



Durante esa tregua, Carlos visitó a Adriana. Lo atraían la dulce belleza de la siciliana de dieciséis años, su voz que hablaba con acento extranjero y sus ojos almendrados y oscuros. Un día que el joven se dirigía a



ver a la niña, atravesó un caserío situado al pie de las escarpadas alturas de San Salvatore. Vió que un jabeque se alejaba de la costa. Dominado por un mal presentimiento, apresuró el paso. Al llegar a la caleta de pescadores, donde tenía cita con Adriana, advirtió que algunas cabañas ardían, consumidas por un voraz incendio. En la calle veíanse los cadáveres de humildes isleños. También ha-

bían perecido mujeres y niños.

—¡Santo Dios! ¿Qué sucedió aquí? —murmuró Carlos, aterrado. Súbitamente, distinguió a Lorenza, la dueña de Adriana. Estaba pálida como una muerta.

—¿Dónde está la *signorina* Adriana? —preguntó el oficial, sintiendo que su corazón cesaba de latir.

—¡La secuestraron los piratas del Mar Egeo, los berberiscos, que son más feroces que los tigres!

Su mano temblorosa se extendió hacia el mar. En la lejanía se vislumbraba aún la silueta del navío pirata.

—Ocurrió en un instante —añadió Lorenza con la voz quebrada por los sollozos—. Los bandidos desembarcaron con gran sigilo y de pronto cayeron sobre la aldea. Nadie pudo detener la matanza, el pillaje y el secuestro. ¡Fué espantoso!

—Quizás aún sea tiempo de alcanzar a los infames —dijo Carlos, y se lanzó corriendo hacia el puerto. Fleurville, capitán del "Conquistador", le interrogó, al verle venir, agitado y pálido:

—¿Qué sucede?

—Los piratas asaltaron una aldea de pescadores, mataron a la mayoría de sus habitantes y raptaron a las mujeres y a los jóve-

nes. ¿Podéis dar orden para que el galeón persiga a los filibusteros?

—La misión que debemos cumplir aquí es distinta. Nuestra consigna es combatir al español y no dar caza a un navío pirata —respondió el capitán—. De todos modos, tendría que consultar a Duquesne.

—Con cada minuto que transcurre se pierde la esperanza de que podamos rescatar a los infelices prisioneros y a las doncellas sicilianas, que serán vendidas como esclavas —repuso Carlos—. Si somos protectores de Mesina, debemos defender a sus moradores no sólo contra España, sino también de otros peligros. El galeón es poderoso. Venceremos fácilmente al jabeque y en seguida podemos tornar con rapidez a la bahía.

Hablaba apasionadamente, olvidando la disciplina. Fleurville, que vacilaba, terminó por acceder.

—Tenéis razón, teniente Saurel. Iremos en persecución de los piratas.

La tripulación corrió a sus puestos y un cuarto de hora más tarde el "Conquistador", con su velamen impulsado por el viento que soplaba con fuerza desde el estrecho de Mesina, surcó el Tirreno en veloz carrera.

—La *signorina* Valli está entre las cautivas —confesó Carlos, que desde el puente avizoraba el horizonte.

—Lo deduje, por vuestra agitación —se limitó a responder el capitán Fleurville, con una semisonrisa. Durante varias horas el barco exploró inútilmente el brazo de mar comprendido entre las islas Lipari y la costa norte de Sicilia. Por fin el vigía gritó:

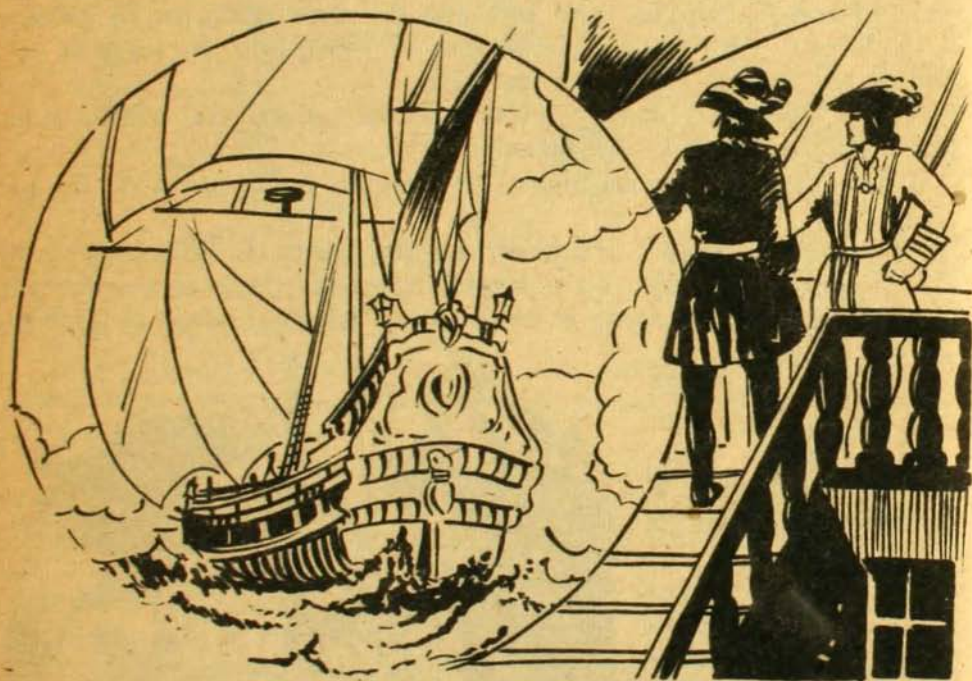


—¡Una vela a estribor!

Era el jabeque pirata. Confiado en su impunidad seguía tranquilamente su ruta, sin usar los remos y a barlovento.

El primer disparo partió del entrepuente. No causó daños en el navío pirata, pues sólo era una señal para que se detuviera.

Saurel, intensamente pálido, anhelaba el instante en que pudiera saltar a la borda enemiga. ¿En qué sitio estaba prisionera la bella siciliana? ¿En una cámara o en la bodega, hacinada junto a



las hijas de humildes pescadores, junto a los mancebos que serían vendidos como esclavos en los mercados orientales? Adriana Valli, sierva de un brutal emir. Este pensamiento le causaba un dolor intolerable y lo ennegrecía de coraje. Rescataría a Adriana, aunque para ello tuviese que correr por los siete mares en persecución de los piratas capitaneados por el cruel Ismail.

(CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO XIX.— *Lorna, la sacerdotisa sagrada.*

Antes del alba, Dick Tabú partía en dirección a la caverna de las panteras, siguiendo las indicaciones, no muy precisas, que le diera el guerrero Semuké, sobrino del rey Melefe.

Nada pudo averiguar Dick sobre la sacerdotisa sagrada, pues Semuké, transido de pavor, se negó a dar respuesta, ya porque ignoraba la existencia de la joven blanca o porque era tabú hablar de ella.

El niño prodigio caminaba abriéndose paso por una enmarañada selva.

Como de costumbre, estaba atento a todos los murmullos de la naturaleza y también a las posibles emboscadas de los seres humanos.

A mediodía ya había subido una alta montaña. El cansancio le obligó a tomar un corto reposo bajo los árboles y a comer frutos silvestres.

Aunque Dick se habituó a la soledad desde muy pequeño, sentía una extraña inquietud, como si le amenazara un peligro que su espíritu no podía interpretar.

“No es temor el que experimento —pensaba el Intocable—, pero este silencio me resulta pavoroso. Siento un extraño debilitamiento, cual si un espíritu maléfico me hubiera privado de mis fuerzas.”

Una onda de tristeza invadía a Dick Hateras. Desde los cuatro años de edad nadie le había tocado ni él pudo dar una mano de amigo a ningún ser creado.

RESUMEN: Dick Hateras, consagrado por su padre como tabú de las tribus africanas, después de muchas aventuras y victorias, parte al oriente del Africa en busca de Viola Chalmers, niña raptada por los negros kopjes. En su ruta es atacado por un gigante al cual vence ayudado por un pigmeo. Dick examina la lanza del negro gigante y descubre que el mango tiene la forma de un cocodrilo. Este indicio le hace ver que va en buen camino para encontrar a Viola Chalmers, la diosa de los cocodrilos. El malvado Harker arroja a Dick a un foso con cocodrilos, pero el Intocable se salva y mata a su enemigo. Dick prosigue su camino hasta el reducto del rey Melefe, quien, al imponerse de sus proezas, le declara huésped de honor. En cambio, el hechicero Mopo intenta matar al Intocable cuando se dirija al santuario de la diosa del cocodrilo sagrado.

“Si encuentro a la sacerdotisa sagrada y ella es la hija del señor Chalmers —pensaba Dick—, ¿qué debo hacer? ¿Romperé el tabú?”

Un *tam-tam* lejano sobresaltó al Intocable. Puso atento oído para descifrar el mensaje, como era su hábito.

—No lo comprendo —musitó atribulado—, no es un mensaje de guerra, ni correo indígena. Más bien parece convocación a fiesta religiosa.

Siguiendo los sonidos del *tam-tam*, el Intocable llegó al borde de un precipicio que separaba verticalmente la montaña.

“La caverna del hechicero Mopo se encuentra tras esas montañas, según me dijo Semuké —pensó Dick Tabú—. Me falta todavía un día de marcha para llegar allá.”

De pronto divisó un puente de cimbra que unía las dos salientes de la montaña. Sin duda el hechicero Mopo había tendido ese puente sobre el abismo para acortar la distancia.

El Intocable estaba en uno de esos raros días de inercia y desaliento. Preocupado por su deseo de terminar la fatigosa jornada, fué imprudente y ciego.

Los nativos del distrito del colono Hateras pertenecían a otra raza, tal vez menos solapada y astuta que la de los *kopjes* y sabían evitar todo ruido al deslizarse por la jungla.

Dick Tabú comenzó a surcar el puente, sin advertir la presencia de un grupo de negros que le espían.

El hechicero Mopo había colocado gente a ambos lados del puente, de modo que el joven blanco no tuviera escapatoria.

Además, el puente estaba carcomido y no podía soportar el peso de una persona.

Y aconteció que cuando el Intocable iba en la mitad, se cortaron las fibras de la barandilla del puente. Quiso el muchacho asirse de la otra barandilla, y ésta también cedió, arrojando al desventurado Dick al precipicio.

Rudo fué el golpe y largo el aturdimiento que sufrió el joven Hateras.

—Cárguenlo pronto —ordenó el hechicero Mopo a los indígenas que le esperaban en el fondo del precipicio—, y llévenlo a la caverna del dios OG.

Cuatro nativos ataron al exánime Dick y le transportaron a una

espaciosa caverna. Dos enormes panteras custodiaban la entrada de la guarida del hechicero.

Mopo las alejó con su látigo, y Dick, siempre aturdido, quedó postrado en la oscura cueva.

Cuando volvió en sí, advirtió que los negros le habían despojado de su puñal y de su revólver. Un agudo dolor en su pie derecho le hizo comprender que al caer al abismo se había herido en las rocas.

«Roto está el tabú —pensó el Intocable—, y cual Sansón cuando le cortaron los cabellos, he perdido mi mágico poder. Venía yo tras de una Dalila y me han vencido. Bien me decía el viejo



Tomasi, que el día en que yo pensara en una mujer, mi vida peligraría.”

Al cabo de una hora se acercó a la cueva un horrible negro y le dió a beber un líquido rojizo.

—El hechicero prepara a sus víctimas para el sacrificio al dios OG —díjole el carcelero—. Bebe y tendrás fuerzas. Las víctimas consagradas a nuestros dioses han de ir por sus pies y con valor a la hoguera santa.

—¿Dónde estoy? —preguntó Dick al negro que le daba de beber una infusión de coca.

—En las cavernas del hechicero Mopo —dijo el nativo—. Esta noche serás quemado vivo en la hoguera del dios OG.

Y sin decir más, el carcelero abandonó la oscura caverna, dejando a Dick sumido en tristes cavilaciones. Sin embargo, no perdía la esperanza. La infusión de coca le dió ánimo y valor. Pronto comenzaron a sonar los *tam-tams* y los tambores que convocaban a las fiestas nocturnas. Escuchaba el prisionero ruido de voces y de lanzas.

—Ya es la hora —dijeron dos guerreros a Dick Tabú—. Levántate...

Desatáronle las ligaduras de los pies y cogiéndole por los brazos le ayudaron a caminar hasta una espaciosa caverna iluminada por la luz de numerosas antorchas.

El hechicero Mopo, con su casco adornado de cuernos de búfalo y su rostro pintarrajeado grotescamente, aguardaba a la víctima al pie de una enorme estatua de piedra.

Junto al ídolo se veía el legendario poste del suplicio. Dick ya conocía los hábitos de los negros africanos y sabía que, después de atarle al madero, encenderían una fogata a sus pies y le quemarían vivo.

—Que avance el prisionero, que venga el farsante hombre blanco del tabú —ordenó Mopo—. Si su fetiche es tan poderoso, ¿por qué no se salva? Engañó al rey Melefe, pero no engañará a Mopo, que es el dueño de la vida y de la muerte.

—¡Mopo es el dueño de la vida y de la muerte! —gritaron en coro los nativos.

—OG, OG, OG —exclamó el hechicero Mopo, dirigiéndose al ídolo—, tus devotos vamos a ofrecerte este sacrificio humano.

—En nombre de OG, yo lo prohibo —gritó una voz femenina.



E-BUA POINIE

Como caída del cielo, una joven coronada de flores y vestida con un faldellín de hojas, saltó del estrado y arrebató a Mopo la antorcha resinosa.

—Detente, Mopo —ordenó la sacerdotisa—, yo reclamo en nombre de OG a ese prisionero. El hechicero quiso rechazar a la joven sacerdotisa, pero los supersticiosos negros se pusieron de parte de Lorna, la virgen sagrada de las cavernas.

Mopo se vió obligado a ceder.

—Mopo —prosiguió Lorna—, el deseo del dios OG es que ese prisionero salga de las cavernas sin que se le haga ningún mal. Posee un tabú y ¡ay de aquel que se atreva a romperlo!

Dick estaba maravillado de la fuerza y valentía de la joven sacerdotisa que tan oportuna-mente acudía a salvarle.

El astuto Mopo no se dió por vencido, pero considerando que por el momento debía ceder al mandato de la sacerdotisa de OG, suspendió la ceremonia religiosa y dejó a Lorna encargada del prisionero.

—Ven conmigo, joven blanco —ordenó Lorna a Dick—. He podido salvarte, pero temo que Mopo prepare otra intriga apenas estés fuera del templo de OG.

—¿Quién eres tú, oh hermosa doncella? —preguntó Dick Tabú, arrobado.

—Soy Lorna, la sacerdotisa de OG —dijo la coronada joven— y mi poder está sobre todo poder en la caverna del ídolo. Vamos a huir por las cavernas de la montaña antes de que Mopo suelte a las fieras que custodian la entrada de las cavernas.

—No puedo andar —dijo Dick a la doncella Lorna—; te ruego que me des un palo para afirmarme.

—Te daré el brazo —insinuó Lorna.

—Soy tabú —suspiró Dick Hateras—, y nadie me puede tocar. Hay pena de muerte para los que rompan el tabú.

—Yo también soy tabú —declaró Lorna—, y mi poder es mayor que el tuyo, pero te daré un apoyo para que camines. Toma mi cetro, joven blanco.

Mientras atravesaban los túneles de las cavernas, Dick decía a su salvadora:

—Tú también eres blanca... ¿Por qué vives entre los *kopjes*?

—El hechicero Mopo dice que soy hija de la fuente de OG y que mi encarnación es obra de los dioses —respondió la ingenua doncella—. Pero yo creo que tuve padres como todos los otros seres y que ellos vivían en una comarca donde llovía mucho y hacía frío. Por eso soy blanca.

Después de caminar más de una hora por laberintos subterráneos, ambos jóvenes llegaron a un paraje agreste y solitario.

—Aquí puedes reposar —dijo Lorna—. Sólo yo conozco esta salida y nadie vendrá a importunarte.

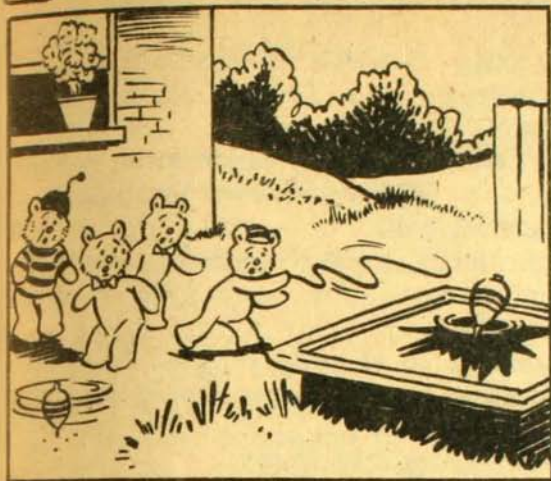
La joven Lorna no contaba con la astucia diabólica del hechicero Mopo. Su religión le prohibía contradecir las órdenes de la sacerdotisa de OG, pero podía enviar tras el fugitivo a una de sus panteras amaestradas.

Y así fué que el malvado hechicero restregó en el hocico de la fiera un trozo de la piel que cubría el cuerpo de Dick Tabú y le ordenó que siguiera el rastro del prisionero.

—Sumba —gritó el feroz hechicero a la pantera—, tráeme al muchacho blanco que viste con la piel de uno de tus hermanos. Sumba, la inteligente pantera, lanzó un formidable rugido y salió como una flecha hacia los bosques husmeando el césped y buscando el rastro indicado por el hechicero Mopo.

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Un día los ositos jugaban al trompo y quebraron el vidrio del invernadero. “—Estamos fritos”, dijo Vi, pero a Lla se le ocurrió una idea colo con sal, como diría don Juan Lanas.



2. Tomó un macetero y lo colocó en el agujero, de modo que se vieran las flores. Tomasín creyó que éstas, al crecer muy de repente, rompieron el vidrio. Los ositos se hacían los santitos.

MARCO POLO

CAPITULO IV.— Sigue el viaje por tierra.

Marco Polo, con su padre, su tío y el criado Bengucio, cabalgaba a galope tendido por el desértico llano. Temían que el mongol Nogodar y sus bandidos les persiguieran.

Después de dos horas de carrera desenfrenada, permitieron a sus caballos tomar un paso lerdo. Los pobres animales estaban cubiertos de sudor y jadeaban, extenuados.

—Los tártaros de Nogodar perdieron nuestro rastro —suspiró Nicolo—. Ya no es preciso que volemos sobre la meseta, en esta fuga que corta la respiración.

Siguieron un camino que terminaba en el golfo Pérsico. El calor era tórrido y los viajeros se tendían en cada lugar donde hubiese un poco de sombra.

—¿Cuándo llegaremos al mar? —preguntó Marco.

—Falta poco —respondía su padre.

En la ciudad de Ormuz renovaron sus víveres. El clima ardiente era aún más insoportable que en la meseta del Irán. Los venecianos se refrescaron con vino de dátiles.





—¿Cómo pueden resistir este calor los habitantes de Ormuz? —exclamó el joven Marco. Un persa, al oírle, se detuvo para decir: —Es este aire quemante, que viene del desierto, el que ha salvado a la ciudad de una invasión. Marco miró extraña-

do al viejo persa, y éste agregó:

—Hace muchos años, cinco mil infantes y seiscientos jinetes de Gengis Khan marcharon contra Ormuz con el propósito de avasallarla. De pronto, el viento del desierto empezó a soplar con fuerza. Un tempestad de arena encegució a la columna de guerreros. La leyenda dice que Alá mismo aniquiló a los infieles. El huracán destruyó todo el ejército.

Esta historia reconcilió a Marco Polo con el calor de Ormuz. Luego de reposar, los viajeros se encaminaron al puerto. Al observar las embarcaciones, Marco declaró:

—No podemos continuar el viaje por mar.

Maffeo, sorprendido, inquirió:

—¿Por qué lo dices?

—Mire, tío. Las barcas no tienen clavos, sino que están cosidas con fibras de cocotero; el oleaje de alta mar las haría naufragar.

—Sí —dijo Nicolo—. No nos queda otro camino que Pámir.

Esa meseta, llamada el "tejado del mundo" por los geógrafos, era una ruta peligrosa y difícil.

(CONTINUARA)



Ponchito

DON CHUMA TIENE UN
CABRITO NUEVO
¿VAMOS A VERLO?



¡MIRA COMO MUEVE
LA COLITA!



¡UF, UF! QUE MAL
OLOR TIENE. HAY
QUE DARLE UN BAÑO
PARA QUE SE LE PASE



¡AL AGUA PATOS!

¿SABRA NADAR?







BARBA AZUL

CUENTO DE PERRAULT

Hace muchos años, vivía en un lejano país un hombre que poseía enormes riquezas. El oro, las joyas, los lacayos, los carruajes más espléndidos eran suyos, pero nunca pudo conquistar el aprecio de sus vecinos ni el respeto de sus siervos. Unos y otros le temían. Era un hombre malvado y tiránico. Su barba de color azul le daba tan siniestra apariencia que las mujeres y los niños huían asustados apenas lo veían. Por supuesto que este hombre, como todo el mundo, tenía su nombre, pero como si no, pues se le conocía sólo por Barba Azul.

El país de nuestro cuento estaba gobernado por un rey justo, noble y bueno, cuyo único defecto era haber envejecido y estar cercano a la muerte. Al comprender que sus años llegaban a su fin, convocó a los señores feudales del reino y les dijo:

—Antes de morir quiero nombrar heredero del trono a uno de vosotros, pues no tengo hijos que me sucedan. Os impondré una prueba: durante cinco años mandaréis en vuestros dominios como si fuerais soberanos únicos. El que demuestre más habilidad para administrar los bienes del estado y sepa hacerse querer de sus vassallos, será mi sucesor.

Barba Azul se propuso hacer cuanto fuera necesario para merecer la herencia del trono. Pero, como sabía que tenía más defectos que virtudes, decidió visitar a un viejo siervo suyo, que, según los rumores del pueblo, practicaba la hechicería. Este, luego de meditar con los ojos cerrados, le dijo:

—Para gobernar bien y ser querido por los súbditos hacen falta tres virtudes: la sabiduría, la fuerza y la simpatía.

—¿Cómo puedo lograrlas? —preguntó Barba Azul, cuyo corazón temblaba en el vértigo de la codicia—. Dímelo pronto, si no quieres morir estrangulado por mis manos.

—Calma, señor. La fuerza os la dará el cazador Brazo de Hierro, que vive en el bosque; la sabiduría, el mago Luz del Alba, que hallaréis en la margen derecha del río, y la simpatía, el ermitaño Juan, cuya choza se levanta al pie del monte. Os advierto que deberéis pagar un precio muy alto.

—No me importa. Me sobra el dinero.

Y sin dar siquiera las gracias, Barba Azul se alejó de la caverna.

Después de largas y fatigosas jornadas, llegó a una cabaña enorme, construída de árboles corpulentos y cueros de animales de la selva. Allí encontró al leñador Brazo de Hierro, cubierto con una piel de oso y devorando un venado que acababa de asar.

—¿Qué quieres? —preguntó a Barba Azul, sin dejar de comer.

—Que me des fuerza.

—Te la daré a cambio de un palacio.

—Lo tendrás.

Y tres meses después se levantaba una real mansión en el bosque, pagada con el oro de Barba Azul.

Sólo entonces recibió el elixir de la fuerza, hecho con yerbas mágicas.



Barba Azul fué en busca del mago Luz del Alba. Rodeado de instrumentos de física, química y astronomía, leía un pergamino y no respondió al saludo de su visitante. Después de haber trazado una serie de signos sobre una tabla, se dignó mirar al recién llegado.

—¿En qué puedo servirte?

—Dicen que puedes conceder la sabiduría.

—La sabiduría no, pero sí la inteligencia, con la cual se puede llegar a ser sabio.

—Hazme muy inteligente y te daré cuanto quieras.

—Tráeme los pergaminos de Salomón, que están en poder del rey de Persia, y prometo cumplir tu anhelo.

Meses más tarde, el mago recibía los documentos y Barba Azul se llevaba un anillo cuya piedra poseía la virtud de conceder la inteligencia a quien lo usaba.

Finalmente, el ambicioso que quería ser rey, visitó al ermitaño Juan. Este lo recibió con los brazos abiertos. Era un santo, cuyos ojos estaban iluminados por la bondad. Sonreía con dulzura y emanaba de él una atracción indefinible.

—Enséñame cómo puedo tener simpatía —dijo Barba Azul—, y alzaré una catedral de cien agujas en el lugar que ocupa tu modesta ermita.

El ermitaño repuso, moviendo tristemente su cabeza aureolada de santidad:

—No es así cómo vas a conseguir la simpatía. Prodigas el bien, rechaza los malos pensamientos, ahuyenta la ambición y prométe darte esa virtud que es el reflejo del corazón tranquilo.

—Pides un precio demasiado alto.

—No hay otro.

—Entonces, me bastarán la fuerza y la sabiduría para hacerme querer.

Y gobernó con los dones de Brazo de Hierro y del mago. En su estado reinaba el orden más completo y florecían las artes y las ciencias. Era, sin duda, aquél el mejor feudo del país.

Cumplidos los cinco años del plazo fijado por el monarca, éste recorrió los dominios de sus caballeros. Cuando estuvo de regreso en la corte, reunió a los nobles que aspiraban al cetro y les habló así:

—El feudo que, por su prosperidad y buena administración hace honor al reino, es el de Barba Azul. Allí no hay pobres, ni igno-



BLANA POINER.

rantes, ni débiles. Allí no hay ninguna de estas desgracias, pero tampoco existe el afecto de los vasallos hacia su señor. Barba Azul ha sabido hacerse respetar, pero no por el cariño, sino por el temor. Es sabio, es fuerte, pero no es querido. Y es que la simpatía no se compra con el oro ni se impone con la fuerza.

Barba Azul se retiró, humillado y rabioso, a su castillo. Rumió su furor por bastante tiempo y un día decidió casarse. Habló con una duquesa vecina y le pidió en matrimonio cualquiera de sus dos hermosas hijas. Al saber esta noticia, ellas se negaron.

Además del color de la barba, había otra circunstancia que las atemorizaba. Y era que aquel pretendiente indeseable se casó antes con damas muy bellas y de noble familia y que todas habían desaparecido sin que nadie supiera qué les sucedió.

La duquesa dió a Barba Azul una respuesta vaga, diciendo que sus hijas no estaban aún en edad de casarse, pero el asedio del barón fué tan persistente, que la doncella menor terminó por ceder y las bodas se celebraron.

Un día, Barba Azul dijo a su esposa:

—Tengo que hacer un viaje y no puedo llevarte conmigo. Per-

maneceré ausente por seis semanas. Aquí tienes el manojito de llaves de la casa. Usalas todas, menos ésta pequeñita. Corresponde a la estancia situada al final de la gran galería.

Cuando Barba Azul partió, la joven esposa no tuvo necesidad de invitar a sus amigas y vecinas. Ellas experimentaban tal ansiedad por ver de cerca las riquezas que encerraba el castillo de Barba Azul, que apenas éste se alejó, corrieron en tropel, ansiosas de examinarlo todo. Quedaron admiradas y lanzaban gritos de asombro ante cada joya, cada mueble, cada traje magnífico. La esposa no compartía ese alboroto. Algo la preocupaba. Finalmente no pudo resistir más. Corrió al final de la galería y bajó por la escalera con tal rapidez, que estuvo en un tris de rodar por los escalones. Delante de la puerta prohibida, vaciló, recordando las amenazas de su marido. La tentación era tan poderosa que cedió a ella e hizo girar la llave en la cerradura. Avanzó cautelosamente, porque el recinto estaba a oscuras. Poco a poco se acostumbró a la penumbra y empezó a distinguir en el suelo charquitos de sangre cuajada. Alzó los ojos y vió con horror varios cadáveres que colgaban a lo largo del muro. Perteneían a las mujeres con quienes Barba Azul se había casado antes.

La curiosa de nuestro cuento creyó morir de miedo. La llave resbaló de su mano, cayendo sobre una poza de sangre. La recogió maquinalmente y abandonó el siniestro aposento.

Encerrada en su alcoba, esperó calmarse de su tremenda emoción. Al mirar la llave, advirtió que estaba manchada de sangre y no pudo limpiarla con nada.

Al día siguiente, Barba Azul regresó de improviso. No tardó en pedir las llaves, que la duquesita le entregó temblando.

—¿Y dónde está la llavecita?

—¿No está? —preguntó la infeliz, con un hilo de voz—. Tal vez la dejé en mi alcoba.

—¡Tráela! —rugió él.

Ella obedeció. Al recibirla, Barba Azul preguntó, rojo de ira:

—¿Por qué está manchada de sangre?

—No lo sé —murmuró la joven, pálida y temblorosa.

—¿No lo sabes? Pues yo sí lo sé: has entrado en el cuarto prohibido. Por tu desobediencia, regresarás a él para colocarte junto a las otras, que también me desobedecieron.

Ella le rogó que la perdonara, pero Barba Azul no se conmovió y sólo con muchas súplicas logró la esposa que le concediera media hora para rezar antes de morir.

Cuando Barba Azul se hubo alejado, la joven llamó a su hermana y le dijo:

—Sube a lo alto de la torre y mira si vienen nuestros hermanos. Prometieron visitarme hoy. Si los ves, hazles señas para que se apresuren, pues mi marido quiere matarme.

Después, angustiada, cada cierto tiempo se asomaba a la ventana y preguntaba:

—Hermana mía, ¿no ves a nadie?

—No veo más que el sol que centellea y el pasto que verdea —respondía la hermana.

La pobre esposa rezó con fervor sus plegarias. Se sentía culpable, sí, pero mucho mayor era la culpa de su marido que asesinó a sus mujeres.

Mientras tanto Barba Azul ya tenía en la mano un enorme cuchillo que acababa de afilar y gritó desafortunadamente:

—Baja pronto, mujer desobediente.

—Un instante más, por favor —le respondía ella y, volviendo a asomarse a la ventana, preguntaba:

—Hermana mía, ¿no ves a nadie?

—Sí, veo una gran polvareda en medio del camino.

—¿Son nuestros hermanos?

—¡Ay, no, pobre hermana! Es una majada de ovejas.

—¿Conque no quieres bajar? —continuaba rugiendo el feroz marido.

—Un minuto más y estoy contigo.

Y luego:

—Hermana mía, ¿no ves a nadie?

—Veo a dos caballeros que se dirigen aquí. Pero todavía están muy lejos, muy lejos... Les estoy haciendo señas para que se apresuren.

En esto Barba Azul se puso a gritar con tanta fuerza que hacía temblar toda la casa. Descerrajó la puerta y, cogiendo de los rubios cabellos a su esposa, se disponía a dar el golpe fatal, cuando los dos hermanos aparecieron en el umbral.

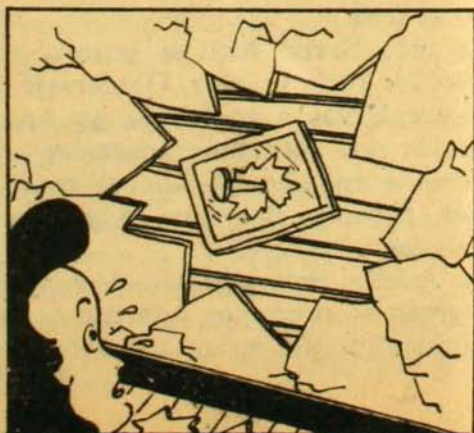
Considerándose perdido, el cobarde Barba Azul se lanzó a correr, pero los donceles lo persiguieron y lo atravesaron con sus espadas.

La infeliz esposa yacía desmayada. Al despertar, abrazó a sus hermanos, prometió que nunca más se dejaría arrastrar por la curiosidad, que es un feo defecto, y volvió a casa de sus padres.

F I N

Chelita

Por MORIS



DOS FUGITIVAS



CAPITULO VI.— En la barcaza del tío Pablo.

Mireya jamás imaginó que esas dos huérfanas a quienes ella había dado asilo iban a tornarse enemigas al descubrir que ella era una estafadora. Su cólera fué tan horrenda, que hubiera querido pulverizar a Silvia y a Lucía.

—Ahora que conocemos la verdad, no nos quedaremos un instante en su casa, señora —repitió Silvia—. No necesito que me pague por mi trabajo.

—Ni pensaba pagarte, idiota —gritó Mireya—; pero no saldrán de aquí sino para ir a la cárcel. ¿Ustedes creen que Alberto y yo ignoramos quiénes son? No hay más que mirar los carteles en las calles para saber que la policía las busca. Traten de huir y en la misma puerta serán arrestadas.

Lucía rompió a llorar murmurando:

—No quiero ir al asilo. . . Perdóneme, señora. . .

—Creo que nos vamos a entender por fin —dijo Mireya—. Silvia, tú estás equivocada al creer que el dinero y las monedas que contiene esta maleta son falsos. Ustedes comprenderán mi indignación al oír la acusación de Silvia. Tengo un carácter violento, niñitas —agregó sonriendo.

Silvia inclinó la cabeza a fin de no responder a las mentiras de la mala mujer.

—Esta noche saldremos de esta ciudad, porque a mi marido le han llamado con urgencia. Sean obedientes, niñitas. Empaqueten sus cosas y estén listas cuando las llamemos.

RESUMEN: Silvia y Lucía Balmer andan errantes huyendo de la policía, porque la pequeña Lucía se tuguó de un Asilo de Huérfanos. El perrito que las acompaña roba un pollo en una granja. Las huérfanas son amenazadas por un granjero, pero las salva Mireya, una dama que las lleva a su casa. Silvia desconfía de su protectora. Pocos días después, Lucía y Silvia descubren una maleta llena de monedas y billetes falsos y deciden huir de la casa.

—¿Y usted no nos entregará a la policía? —preguntó, tímidamente, Lucía.

—Si obedecen, nunca las delataré —replicó sonriendo Mireya—. Silvia nos resultará muy útil en la nueva casa.

—Haré lo posible —respondió Silvia, sin alzar la vista.

—Vayan a preparar sus cosas, niñas, y dejen bien arreglada la cocina —ordenó Mireya—. Partiremos apenas llegue mi marido. Silvia y Lucía salieron de la sala con aspecto de vencidas.

—Silvia —preguntó Lucía cuando estuvieron solas—, ¿vamos a seguir con esa gente ladrona? Les tengo miedo... Por favor, no partamos con esa mujer.



—No partiremos con ellos —murmuró Silvia al oído de su hermana—. Quédate aquí mientras recojo nuestra ropa y en la primera ocasión huiremos.

De alguna manera tendrían que huir con sus atados y con el perrito *Guacho*. La casa era de dos pisos, y como no podían fugarse pasando por la puerta principal, porque Mireya las sorprendería desde la sala, Silvia ató al extremo de un cordel el atado de ropa y lo dejó caer por la ventana al patio.

Entretanto Lucía esperaba a su hermana en la cocina como ella se lo había ordenado. Encontró a su hermana llorando a gritos y diciendo:

—Van a matar a mi perro... Salva al *Guacho*... Dicen que lo ahogarán.

—No te comprendo —expresó Silvia.

—Don Alberto dice que no podemos viajar con mi perro y que tampoco puede quedarse aquí. Piensa ahogarle en el canal... Anda buscando un saco. Pronto, Silvia; corre a salvar a *Guacho*... Los sollozos de la pequeña Lucía eran conmovedores.

—No lo ahogarán —expresó Silvia, consolando a la pequeña—. Yo lo impediré.

¿Pero cómo hacerlo? Alberto era un individuo brutal y que no escuchaba razones. Silvia le encontró en la carbonera y le preguntó qué buscaba allí.

—Un saco viejo —dijo Alberto—, para colocar la leña que queda.

—Hay uno en la bodega, señor —indicó Silvia—. Lo vi en la mañana, y si usted alcanza a cogerlo, está arriba del estante.

Silvia siguió al hombre hasta la puerta de la bodega y cuando le vió bajar los escalones del sótano, cerró la puerta y le dejó encerrado.

El rufián lanzó un grito de ira al ver que Silvia le había encerrado y que estaba golpeando el cerrojo con un ladrillo a fin de ajustar el candado.

En seguida la intrépida niña corrió a la cocina, llamó a su hermana Lucía y desató al perrito.

—Huyamos —dijo Silvia a Lucía—. Iremos hasta el canal.

—Eres un encanto —decía Lucy, corriendo por la oscura calleja. Por desgracia, al llegar a canal encontraron una puerta que cerraban en la noche a fin de evitar los accidentes.

Al mismo tiempo sintieron pasos tras de ellas.

—Nos persiguen —gimió Lucía—, y serán muy capaces de arro-
jarnos a los tres en el canal.

—Trepemos por la puerta —exclamó Silvia—. No nos pillarán
esos bellacos.

Las huerfanitas, afirmándose con los pies y manos, escalaron la
puerta seguidas del inteligente perro.

—Ya estamos a salvo —suspiró Lucía—. Cuidado... Siento pa-
sos... Tal vez vienen por otro lado.

—Hay un bote allí —indicó Lucía, que tenía la peculiaridad de
ver en la oscuridad—. ¿Si nos refugiáramos en esa embarcación?

—Diviso un hombre en la proa —murmuró Silvia—. Silen-
cio, Lucía... Está durmiendo, y si no hacemos ruido no nos verá.
Ambas niñas, seguidas de *Guacho*, se tendieron en la barcaza y,
arrastrándose, llegaron hasta la popa.

Estaban refugiadas allí, cuando oyeron la voz chillona de Mire-
ya que decía a su marido:

—No son fantasmas para que desaparezcan como el humo. Mira,
seguramente se han ocultado en la barcaza.

Mireya y Alberto se acercaron a la embarcación y el hombre colo-
có un pie en ella.

Inmediatamente el dueño de la barcaza se incorporó y preguntó
a Alberto:

—¿Quién es usted y qué busca en mi barco?

—Buscamos a dos niñas que han huido de nosotros —explicó
Mireya—. Creemos que se han ocultado aquí, porque hace sólo
dos minutos...

—¿Y ustedes se imaginan que yo soy sordo o ciego? —protestó
el marino—. Si hubieran trepado a mi barcaza les habría dado
un baño frío en el canal. Aquí no se acerca nadie, y pobre del
que... Apártese de aquí y prontito... No me gustan los intru-
sos...

—Escuche, señor —insistió Alberto.

—Yo no escucho a los forasteros —gritó el marino—. Sabe Dios
si son ustedes ladrones o monederos falsos...

Esta palabra fué como un golpe eléctrico para Alberto y Mireya.
Ambos se retiraron inmediatamente y continuaron buscando a las
fugitivas por la orilla del ancho y profundo canal.

—Nos hemos salvado —balbuceó Lucía abrazando al perrito que
se había conducido tan bien como si conociera el peligro que co-
rrían.



Un cuarto de hora después, el marino bajó de la proa y dijo a las trémulas niñas:

—Las vi esconderse allí, chiquillas. Pueden levantarse y explicarme por qué las persiguen esos bellacos.

—Nosotros no somos malas, señor, —murmuró Lucía—, ni hemos venido a robar

—Yo le explicaré, señor —agregó Silvia.

—Me llaman el tío Pablo —dijo el viejo marino—. Yo las vi cuando saltaron de la baranda a mi barcaza y pensé que debía protegerlas... Voy a desatar el barco y conversaremos cuando hayamos salido de esta zona peligrosa para ustedes.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, conoce a Morgana, cuya ambición es reinar en Bretaña. Da bebedizos maléficos a los caballeros que arriban a su castillo, y ellos olvidan todo. Ives prueba un filtro que prepara la bruja Gorva, pero el duende Hua, su amigo, le da un contraveneno.

CAPITULO XIX.— Contraveneno.

Ives yacía inconsciente en un lóbrego calabozo. La castellana del Graal le odiaba. Sus ambiciones de reinar en Bretaña habían causado la audaz risa del príncipe y ella quería castigarlo con terribles tormentos.





Al caer la noche, el caballero del Graal, a quien Ives derrotó en duelo singular, y Gruk, el duende que aborrecía al doncel porque era bello y valiente, se encaminaron hacia la torre donde estaba el prisionero.

En esos mismos instantes, Hua, el enano aliado de Ives, se apoderaba, en la covacha de Gorva, la bruja, de un libro

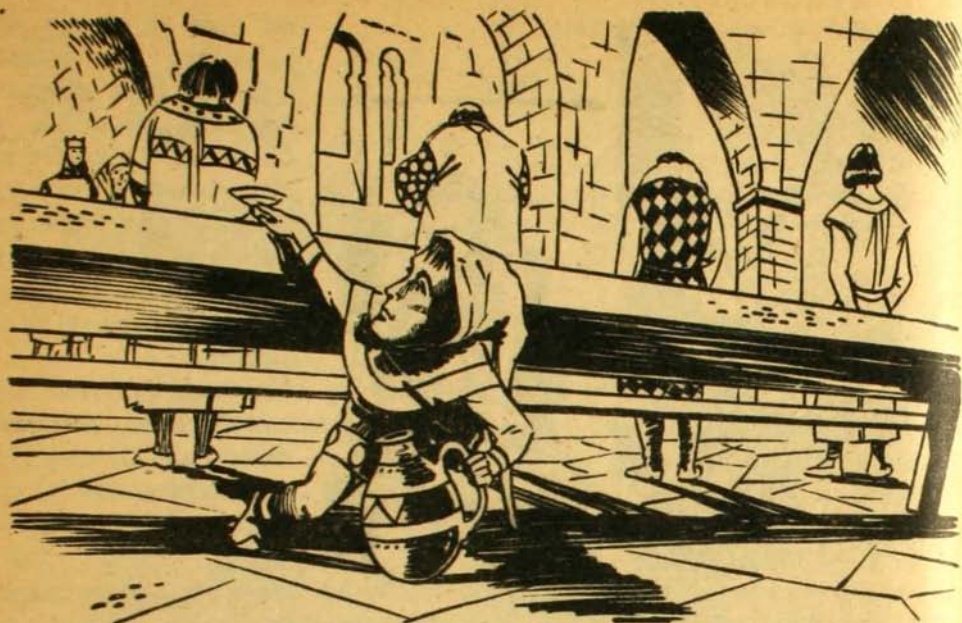
enorme, donde la hechicera tenía anotadas sus fórmulas mágicas. Deslizándose por los sombríos corredores llegó hasta la celda de Ives. le entregó el volumen a través de las rejas y le habló largamente. Cuando el gnomo desapareció, absorbido por las tinieblas, el cautivo se dedicó a una paciente y misteriosa tarea.

Ningún rumor se oía en el castillo. Los pasos del caballero del

Graal y de Gruk no se oían sobre el empedrado. Rechinó una llave en la cerradura y la puerta de la celda se abrió. El gigantesco viejo y el duende cruzaron el umbral, acercándose al lecho de Ives. A la luz del farol que sostenía Gruk, el puñal del caballero del Graal se alzó y se hundió tres veces en el cuerpo yacente. Entonces, una voz tranquila se dejó oír desde el ángulo opuesto de la prisión:

—Decid a vuestro duende





que sostenga en alto la linterna. Combatiremos de nuevo, mi viejo adversario.

Y el puño de Ives golpeó con violencia el rostro del caballero. Gruk, al verse perdido, huyó. Afuera le aguardaba Hua.

Con todas sus fuerzas, el pequeño amigo de Ives lanzó la copa del Graal a la cabeza de Gruk.

—El camino está despejado —sonrió Hua, reuniéndose con Ives.

—El caballero del Graal no asesinará más a mansalva ni su espada servirá a las ambiciones de Morgana —afirmó el joven—.

Al caer, murió. Ausculté su corazón, que cesó de latir. No nos preocupemos ya de él. Revisé el libro y encontré el brebaje que devolverá la razón a los caballeros locos. Morgana perderá su ejército.

Amanecía cuando Gorva encontró muerto a Gruk. La copa de oro macizo era demasiado pesada y el cráneo de Gruk demasiado frágil.

—No comprendo —baluceó la bruja, al informar a Morgana sobre esa extraña muerte.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 19

La paloma

—¿Qué importa la vida de Gruk? —replicó la cruel dama—. No pienses más en ese mal bufón y prepara los bebedizos para mis prisioneros.

Gorva obedeció. Minutos después escanciaba en las copas una bebida que infiltraba el olvido en la mente de los desdichados caballeros. Habían venido al Graal para descubrir su misterio y quedaron atrapados por Morgana y la bruja.

Mientras tanto, Ives con el puñal cortó la barba de su adversario y la aplicó a su propio rostro. Se colocó en seguida el largo hábito y se presentó ante Morgana, diciendo:

—El guardián del Graal me envía a decirles que regresó a la fuente, para vigilarla. Os ruego que me proporcionéis hospedaje hasta mañana.

Mientras el falso peregrino hablaba con su enemiga, Hua cambiaba el brebaje de las copas, reemplazando el veneno por una pócima salubre. Al beberla de un sorbo, los guerreros cayeron en profunda somnolencia.

Casi en el mismo instante, Gorva susurró al oído de Morgana:

—El prisionero huyó y en su celda yace muerto el caballero del Graal. Ese peregrino es un impostor.

(CONTINUARA)

GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE



5 cartones herramientas.

¿Puede decirnos qué voz emite la paloma? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 25 paquetes de Vitalmín Vitaminado, 10 libros de cuentos infantiles, 5 premios de \$ 10, 2 juegos de pimpón; 10 carpetas esquelás, 6 estuches colegial, 2 llaveros, 3 cinturones y

¡GRANDES PREMIOS!

(CONTINUACION)

SOLUCION AL CONCURSO N.º 16

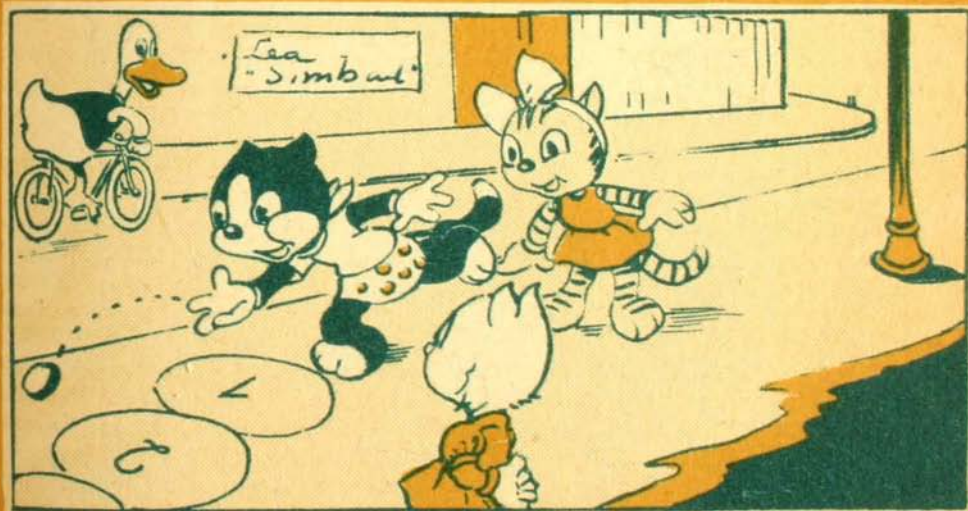
La oveja bala.

Premiados con UNA MUÑECA: María Espinoza, Concepción. UN LAPICERO FUENTE: Duilio Oviedo, Santiago. UN CARTON HERRAMIENTAS: Fernando Rioseco, Santiago; René Echeverría, Santiago; Claudio Bastías, Talcahuano; Francisco Núñez, San Felipe; Luis Riffo, Cabrero. UNA CAJA DE SOLDADOS: Joaquín Liú, Inca de Oro; Gerardo Ramenzoni, Santiago; Héctor Córdova, Traiguén. UN VELERO: Juan Niño, Santiago; Enrique Guzmán, Santiago; Aquiles Velásquez, Santiago. UN JUEGO LOTERIA: María Angélica Campusano, Santiago; Nilo Miranda, San Fernando; Fuad Nura, Melipilla; Dagoberto Arriagada, Angol; Francisco Paredes, Angol. UN JUEGO DE PIMPON: Adelaida Covarrubias, Santiago; Carlos Portales, Santiago; Andrés Ochagavía, Santiago; Clara Montes, La Serena; Juan Vergara, Quillota. UN PAQUETE VITALMIN: Nelly Santibáñez, Osorno; Ruth Arenas, Chimbarongo; Eduardo Muñoz, Santiago; Gerardo Gómez, Santiago; Viviana Robert, Chillán; Luz María Muñoz, Viña del Mar; Hernán Hevia, San Antonio; Mario Domínguez, San Bernardo; Lucía Benavente, San Bernardo; Hernán Pérez, Parral; Raúl Arangua, Rencagua; Manuel Lagos, Santiago; Luis Fuentes, San Carlos; Fernando Álvarez, Viña del Mar; Mamerto Zúñiga, Penciahue; Haroldo Nage!, Valparaíso; Guillermo Peralta, Pailahueque; Pedro Contreras, Talca; Gerarda Pérez, Santiago; Osvaldo Trujillo, Peumo; Ramón Contreras, Curicó; Alicia Lillo, Santiago; Fernando Mann, La Unión; Eliana Ulloa, Quillota; Hernán Castillo, Quillota; Guillermo Ulriksen, Santiago; Alfonso González, Santiago; Luis Bustamante, Santiago; Iván Gajardo, Mulchén; Arturo Astete, Yervas Buenas; Marta Oyarzún, Río Bueno; Irene Santibáñez, Osorno; Francisco Acuña, Santiago; Raquel Pérez, Rengo; Jorge Nawrat, Vicuña; Jorge Peña, Concepción; Inés Osmán, Cauquenes; Luis Huguett, Valparaíso; Abdón Milad, Santiago; Hilda Aguirre, Santiago. UN LIBRO: Luis Jaime, Santiago; Mercedes Torrealba, Talagante; Carlos Merino, Quillota; Teresa Corrales, Santiago; Beltramina Dubó, San Felipe; Alicia Elena Araya, Parral; Ruth Flores, Santiago; Juan Figueroa, Quillota; Fresia Navarro, Santiago; Enrique León, Santiago. UN TAMBOR. Francisco Javier Rivadeneira, Santiago; Gustavo Godoy, Cabrero; Eduardo Barrera, El Tofo; Julio Quiroz, Santiago; Salvador Bravo, Valparaíso. UN LLAVERO: Fernando Jeraz, Rancagua; Saúl Treizman, Santiago; Ismael Ma'amala, Concepción; Josefina Van Wessela, Santiago; Héctor Ogaz, Santiago. UNA BILLETERA: Teresa Mora, Santiago; José González, Quillota. UNA PELOTA DE GOMA: Roberto Wert, La Unión, Hernán Cerro, Santiago; Fernando Ibarra, Viña del Mar; Sergio Derpich, Santiago; Mario Merchak, Santiago; Marta Valenzuela, Santiago. UNA LIBRETA DE APUNTES: Romilio Luna, Los Sauces; Gloria Parovic, Alfonso Esquerre, Peñablanca; María Pereira, Santiago; Roberto Gordon, Santiago.

MUCHI X POCO



3. "—¿Dormiremos aquí toda la noche?", preguntó la pícaro gatita Muchi, fingiendo que estaba furiosa. Poco despertó muy asustado y, al ver todo oscuro, se fué pativolando a la casa.



4. Al quedar sola, Muchi llamó a sus amigas cuchitas, mininas y morronguitas y jugaron al luche. "—¿Poco no te llamará?", preguntaban las amigas. Muchi contestó: "—No. Está durmiendo".

Él fué el primero



*LAUTARO,
primer estra-
tego araucano.*

Entre la servidumbre de Pedro de Valdivia había un paje a quien el conquistador llamaba Felipe y cuyo verdadero nombre era Lautaro o *Luan-taro*, de "luan" (guanaco) y de "taro" (ave de rapiña). Hijo del cacique principal de Rago, se crió en la selva, y a los 16 años entró al servicio de Valdivia. No era un do-

méstico, sino un cautivo; no un lacayo, sino un prisionero de guerra. No podía ser esclavo servil un mozo que llevaba en el alma el amor a su tierra y que luchó para libertarla con una voluntad "levantada hasta la cúspide de los Andes", como escribe nuestro gran historiador Benjamín Vicuña Mackenna.

La raza araucana no fué dominada por el arcabuz y el látigo. Batallaba con ímpetu salvaje, en confusos tropeles, como rebaños bravíos.

Lautaro observó la táctica de los españoles y, durante su permanencia entre los huincas, aprendió a emplear la estrategia en la guerra.

Porque Lautaro fué su caudillo las fuerzas araucanas ganaron muchas victorias y los españoles se vieron frente a un genio militar que les enfurecía y les causaba pismo.

Simbad

N.º 20

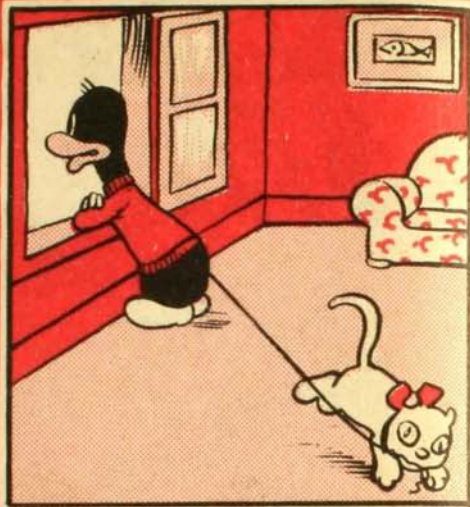
\$ 2.-

DICK TABU

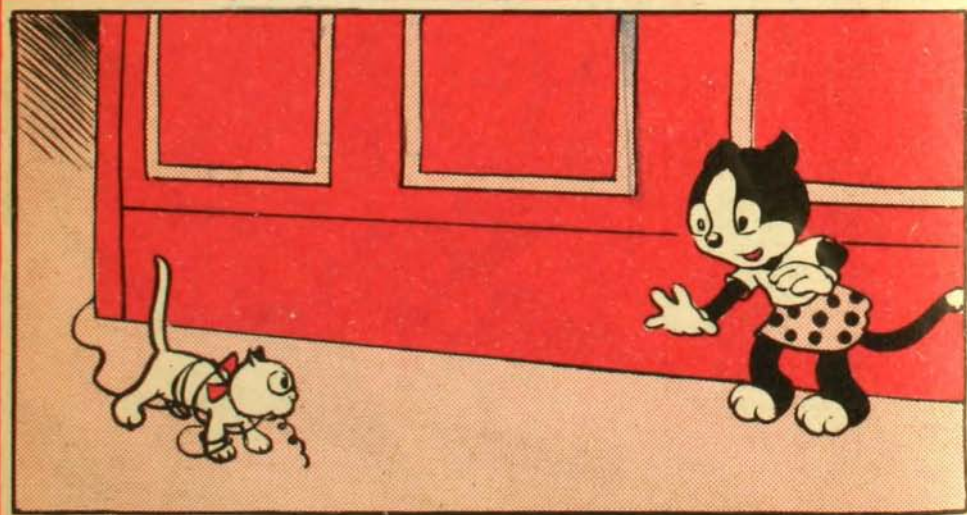


LINA POINER

MUCHI Y POCO



1. Poco se miraba al espejo, encontrándose precioso. "—Debería trabajar en el cine, para hacer suspirar a las patas", decía, sin fijarse en que el gato pescaba una hebra de su chomba.



2. El cuchito llevó la hebra a Muchi. Ella dijo: "—¿Dónde encontraste esa lana? Tal vez alcance para tejer alguna cosa". El minino dejó la lana y se fué en busca de un ratón manducable.

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

PIRATA DEL MAR EGEO

CAPITULO V.— *Peligro en lontananza.*

El galeón "Conquistador" perseguía a un jabeque pirata que asaltara una caleta de pescadores, asesinando a sus habitantes y raptando a las doncellas y hombres jóvenes. Entre las cautivas estaba Adriana Valli, hermosa niña siciliana a quien el teniente francés Carlos Saurel amaba.

El navío de Luis XIV disparó una andanada, sin dañar al jabeque. Era sólo una advertencia para que los filibusteros se detuvieran. Pero ellos, azotando a sus galeotes, emprendieron la fuga. Los remos, a un solo compás, cortaban el agua. De nuevo tronó el cañón del "Conquistador". Esta vez el disparo no era a fogueo. La bala rasó el mar, levantando una estela de espuma.

—No dimos en el blanco —murmuró Carlos, con el ceño contraído.

Una tercera nube de humo se levantó en la proa del galeón.



Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 20

Precio: \$ 2.—

18-I-1950



El único mástil del navío pirata se quebró, haciendo caer sobre cubierta un caos de gaviás, velamen y vergas.

Carlos Saurel, incapaz de contener por más tiempo su impaciencia, saltó a una embarcación, seguido de Gastón Lecar y una quincena de marineros.

Encendidos de fiebre guerrera, no vacilaron en aproximarse, desafiando el nutrido

fuego de los piratas.

Escalaron los flancos del barco y cayeron sobre el enemigo con ímpetu avasallador.

El audaz asalto sacrificó la vida de algunos marinos, pero llevó la derrota a bordo

del jabeque. Los sobrevivientes depusieron sus armas y fueron ahorcados en las

vergas, de acuerdo a las leyes.

Carlos registró la na-



ve, hallando a Adriana Valli en una pequeña cabina, donde permanecía prisionera con dos bellas hijas de pescadores.

—¡Adriana! —murmuró él.

—¡Carlos! —respondió la siciliana y en un impulso se lanzó a los brazos del joven.

Minutos después, los prisioneros rescatados eran conducidos al galeón.

—Creí que el pirata Ismail comandaba el jabeque —dijo Carlos.

—Nos llevaban hacia la nave capitana, donde él está —respondió Adriana—. Temí no veros más, ni regresar a Mesina.

—Debisteis suponer que os seguiría —observó Carlos— hasta el fin del mundo si hubiera sido necesario.

El "Conquistador" se disponía a reanudar su ruta, cuando el vigía gritó con acento de alarma:

—¡Seis velas a babor! ¡Diez velas!
¡Toda una flota!

El capitán Fleurville enfocó su catalejo para examinar los navíos que en ese momento bordeaban las pequeñas islas de Salina y Vulcano. Sombríamente, exclamó:

—La flota pirata de Ismail viene tras nosotros para vengar la destrucción del jabeque.





Carlos Saurel, instintivamente, rodeó con su brazo la fina cintura de Adriana. Ella, pálida, murmuró:

—Fué gran temeridad seguir a los piratas del Mar Egeo. No conocen la piedad, ni perdonan las derrotas sufridas. Ismail es fiero como un tigre.

—Lo venceremos —afirmó Carlos—. Estamos bien armados y el valor no falta en el pecho de nuestros hombres. Capitán Fleurville, a vuestras órdenes.

El jefe normando, uno de los más insignes capitanes de Duquesne, decidió:

—Ved que cada marinero esté en su puesto. Revisad los cañones. Disponed el combate, que será desigual. Presumo que por cada francés habrá diez o veinte berberiscos. Las balas no deben desperdiciarse y las espadas tienen que voltear rápidas.

En un instante, la tripulación se preparó. Los sicilianos, mozos robustos, de alma audaz y resueltos a no dejarse coger otra vez por los bucaneros, pidieron armas para ayudar a la defensa.

Las doncellas bajaron a la bodega, donde estarían a resguardo.

—No temáis —dijo Carlos a Adriana, antes de separarse de ella—. Lucharemos como leones.

—Y nosotras oraremos para que venzáis a esos desalmados —balbuceó una adolescente, cuyas temblorosas manos sostenían un rosario.

Carlos besó la mano de Adriana Valli y en seguida subió al puente.

Fleurville le dijo:

—Di contraorden. Huiremos porque no tenemos licencia del General Duquesne para combatir a los piratas. Nuestro deber es reunirnos con él en Mesina. Rescatados los pescadores de Sicilia, y sobre todo vuestra bella siciliana, la faena contra los bucaneros terminó. Preocupaos de que el galeón avance con la mayor rapidez posible.

(CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO XX.— *Lorna rompe el sagrado tabú de Dick.*

Mientras Lorna y Dick reposaban en un apartado rincón de la jungla, la pantera Sumba, obedeciendo el mandato del hechicero Mopo, iba husmeando el césped en busca del rastro del Intocable.

Como Lorna y Dick habían huído por los subterráneos, le fué difícil encontrar las huellas del Intocable, y sólo después de rondar por la jungla pudo llegar al sitio donde los jóvenes reposaban.

—Siento el olor de una fiera —dijo Dick Hateras, con ese poder sobrenatural que poseía para adivinar los olores, los ruidos y movimientos de la selva africana.

—No puede ser —insinuó Lorna—. Estamos muy lejos de las cavernas del hechicero Mopo.

—Sin embargo, yo presiento la cercanía de una fiera —insistió Dick—. Continuemos la fuga, Lorna.

Pero por más entereza que tuviera el Intocable, sus fuerzas se agotaban y el pie, terriblemente hinchado, no le permitía caminar.

—La pantera, la pantera —exclamó Dick—; si yo tuviera mi puñal podría defenderme. Huye, Lorna, y déjame aquí.

—Nunca —declaró Lorna.

En ese instante escucharon el rugido de la pantera Sumba.

La fiera, mostrando sus feroces colmillos, se abrió paso entre las breñas.

RESUMEN: Dick Hateras, consagrado por su padre como tabú de las tribus africanas, después de muchas aventuras y victorias, parte al oriente del Africa en busca de Viola Chalmers, niña raptada por los negros kopjes. En su ruta es atacado por un gigante, al cual vence ayudado por un pigmeo. Dick examina la lanza del negro gigante y descubre que el mango tiene la forma de un cocodrilo. Este indicio le hace ver que va en buen camino para encontrar a Viola Chalmers, la diosa de los cocodrilos. El malvado Harker arroja a Dick a un foso con cocodrilos, pero el Intocable se salva y mata a su enemigo. Dick prosigue su camino hasta el reducto del rey Melefe, quien, al imponerse de sus proezas, le declara huésped de honor. En cambio, el hechicero Mopo intenta matar al Intocable cuando se dirija al santuario de la diosa del cocodrilo sagrado. Dick Tabú va a ser quemado vivo en la hoguera, cuando aparece Lorna, la sacerdotisa sagrada, quien reclama para sí al prisionero.

Lorna colocó una mano sobre el pecho de Dick como para defender su vida.

Dick no pensó en que la niña rompía el sagrado tabú al tocarle. Con los ojos fijos en la pantera, el niño prodigio reunía todas sus fuerzas psíquicas en su retina y se esforzaba por hipnotizar a la fiera. Otras veces había logrado éxito por medio de esa fascinación que aprendió de un hechicero de su tribu.

La pantera permanecía inmóvil y sin poder desprender sus verdes pupilas de las de Dick Hateras.

—Atrás, hermana —gritó, por fin, el intocable, con la mirada fija en la pantera.

El animal retrocedió y luego inclinó la cabeza, como acatando una orden.

—Vuelve a tu caverna —prosiguió Dick, clavando sus ojos en la fascinada pantera—, y castiga a quien te envió.

Sumba lanzó un rugido, movió la cola y se alejó saltando por los malezales, poseída de diabólica furia.

Lorna, al ver tal prodigio, se prosternó a los pies de Dick, murmurando:



Después de una noche de descanso junto a un baobab, los dos jóvenes comieron frutas silvestres y con renovadas fuerzas emprendieron su ruta hacia el Norte del Africa.

Entretanto, Mopo veía llegar a la pantera Sumba a su caverna y salía a recibirla convencido de que ya había dado muerte a su enemigo Dick Tabú.

Para cerciorarse de ello, le abrió el hocico, a fin de ver si traía olor a sangre humana. La pantera, enfurecida, saltó sobre el hechicero y le hundió las garras en su garganta. Mopo quedó muerto instantáneamente.

Así cumplía la pantera el mandato del niño prodigio.

Los demás negros, al ver a Mopo despedazado por la fiera, lanzaron gritos de furor y juraron vengarse de Lorna y del joven blanco, causantes de la muerte de Mopo.

Con la ferocidad y astucia de su raza, los negros *kopjes* partieron por diversos caminos en busca de la sacerdotisa de OG.

Sonaron los tam-tams de guerra y de distrito en distrito fueron dando la voz y comunicándose la noticia. No quedó un negro de la tribu *kopje* sin escuchar el mensaje de la jungla.

También lo escuchó Lorna en la lejanía y dijo a Dick Tabú:

—Los tambores de mi tribu están enviando mensajes con orden de cautivarme. ¿Los has escuchado, Dick?

—Sí —respondió el Intocable—. Debes huir rápidamente. Creo que si logramos atravesar el precipicio donde caí anteayer, nos veremos libres de su persecución y llegaremos a otras tierras donde tengo muchos amigos.

Como los *kopjes* habían roto el puente de cimbra, era necesario bajar al abismo y pasar al otro lado por el cauce del río.

Lorna conocía un sendero secreto usado por Mopo y hacia él encaminaron sus pasos.

—Ahí está la cuerda que usan los *kopjes* —dijo Lorna a Dick—. Podemos bajar.

—Yo descenderé primero —replicó Dick— y te esperaré en la saliente de la roca.

Cerciorándose de la firmeza de la cuerda fabricada con fibras de palmera, el Intocable la ató fuertemente a un peñasco y en seguida se dejó caer por ella.

—Ya puedes bajar, Lorna —gritó Dick—. Ten cuidado con las oscilaciones, pues es fácil herirse en los picachos.

Lorna se tendió sobre la montaña cortada a pique y tuvo miedo.



—No me atrevo —murmuró la tímida doncella—. Huye solo Dick. Yo regreso a mis cavernas.

—Te mando que bajas —ordenó Dick—. Recuerda que has jurado obediencia y me has llamado tu dios y señor.

—Eres mi dios y mi señor, el dueño de la vida y de la muerte —respondió Lorna.

Tanta vacilación y pérdida de tiempo fué fatal para la sacerdotisa de OG.

Un guerrero negro avanzaba sigilosamente armado de un escudo y de un machete.

—¿Por qué no bajas? —preguntó inquieto Dick Tabú.

En vez de la niña se deslizó a los pies del Intocable la cuerda cortada.

Lorna había caído prisionera de uno de los temibles guerreros de la tribu *kopje*.

Cuando Dick Hateras vió la cuerda cortada comprendió que algo ocurría en la cima del monte.

Desde el precipicio no podía observar el drama que se desarrollaba en la altura.

Uno de los negros *kopjes*, que había escuchado el mensaje de los tam-tams reclamando a la fugitiva sacerdotisa de OG, descubrió

fortuitamente a la niña y la cogió antes que pudiera defenderse. Entretanto Dick, desesperado, continuaba llamando a Lorna.

Un grito lejano respondió a su llamado.

—Lorna, Lorna —gimió Dick Tabú—. Los negros la han raptado. Fui un necio al descender antes que ella a este precipicio.

Por suerte, el negro que luchaba por sujetar a su prisionera no se acercó al acantilado, ni vió al Intocable que pugnaba por trepar a la cima sin poder conseguirlo.

Un grito aun más agudo que el anterior convenció a Dick Tabú de la pérdida de su amiga.

“Lorna rompió el tabú —suspiraba Dick—. Dios quiera que su suerte no sea fatal.”

Desde que Lorna colocó su mano sobre el pecho del Intocable, éste sentía ansias de ternura y le parecía que aun estaba la delicada mano de Lorna haciendo latir su corazón.

Tras un instante de vacilación el muchacho volvió a trepar por la dura roca y así pudo llegar a un picacho, en el cual apoyó sus pies. Formaba esta saliente una especie de caverna, que servía de nido a una pollada de aguiluchos.

Asustados con la presencia del hombre las crías comenzaron a piar y pronto se dibujó en el espacio la sombra de grandes alas negras...

—Otro peligro —exclamó Dick Tabú—. Sin más armas que el cetro de oro, que me obsequió Lorna, no podré librarme de esas aves de rapiña, pero podré ahuyentarlas.

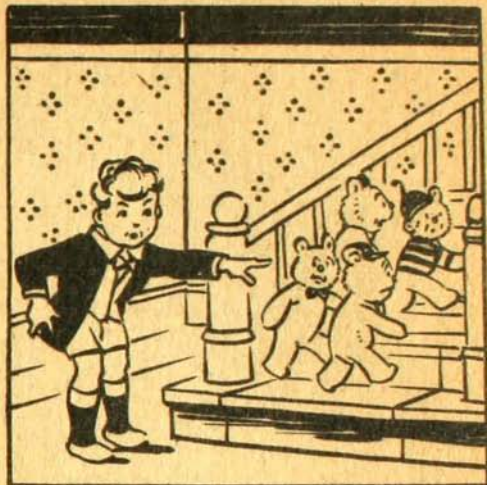
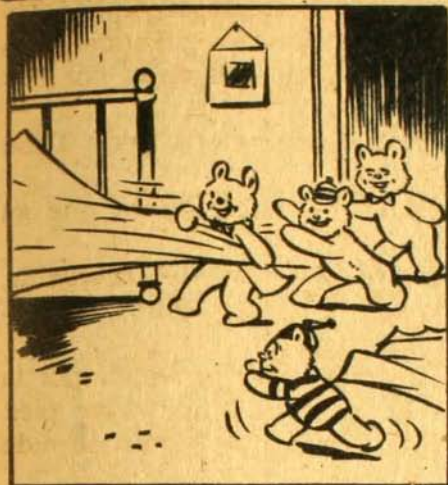
Sin amedrentarse, esgrimió el cetro y lo descargaba con fuerza cada vez que las águilas embestían. Las enormes alas batían con vigor el aire y sus rígidas plumas causaban en los hombros de Dick largos arañazos. El curvo pico amenazaba la rubia cabeza del Intocable.

Mientras luchaba contra las aves rapaces, Dick Tabú no cesaba de pensar en Lorna. ¿Cómo la rescataría? Era indudable que el hechicero Mopo había ordenado el secuestro. ¿Se atrevería el brujo de la tribu kopje a alzar su mano contra la sacerdotisa de Og? Todo podía esperarse de Mopo, que odiaba al joven Tabú y que no vacilaría en herirle en pleno corazón, dañando a la doncella blanca.

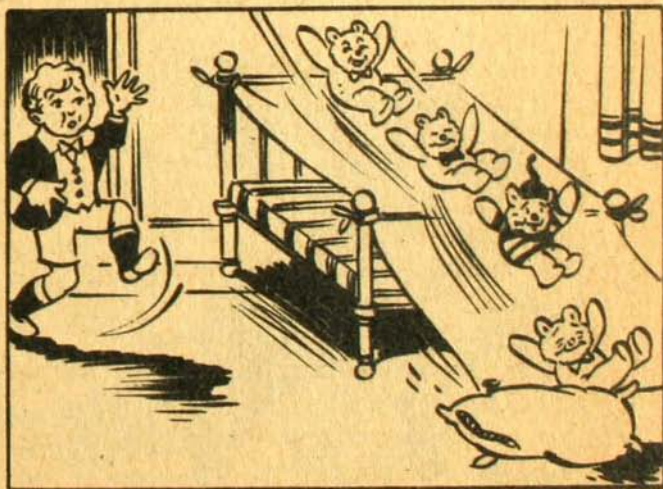
Con nuevos bríos rechazó a las águilas y logró ahuyentarlas. Antes que volvieran al ataque, era preciso que él abandonara la estrecha saliente roca. ¿Lograría su intento?

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Los ositos jugaban a la pelota y golearon un vidrio. Para castigarlos, Tomasín los mandó a acostarse. “—Camarón que se duerme no puede jugar”, dijo Ma, y sacó las sábanas.



2. Tomasín se disponía a escribir su tarea, cuando escuchó una de gritos y cataplunes que no se entendía. Fué al dormitorio de los ositos y los encontró jugando a la montaña rusa.

MARCO POLO

CAPITULO V.— Voces en el desierto.

Marco Polo, su padre, su tío y el criado Bengucio prosiguieron viaje por tierra, pues las embarcaciones asiáticas eran inseguras. Atravesaron la meseta del Pamir, llamada "el tejado del mundo". En la vertiginosa altura sintieron que su corazón latía penosamente, que el aliento les faltaba. Por fin descendieron y llegaron a un desierto.

—¿Este será el desierto de Gobi? —preguntó Bengucio, temblando—. Aquí hay espíritus malvados que tienden lazos a los viajeros para conducirlos a la muerte. Los duendes y demonios encienden en la noche tantos fuegos como estrellas hay. Marco, te salvé de los tártaros, pero no soy capaz de desafiar a los demonios. Regreso a Venecia, aunque allá esté muy fríste sin tu ausencia.

Y no pudieron disuadirlo. Bengucio, que tan valiente había sido cuando se deslizó en el campamento del mongol Nogodar, volvió grupas y descruzó la meseta del Pamir.

Marco, Nicolo y Maffeo, al llegar a un oasis, vieron una caravana en fuga.



—¿Por qué huyen? —preguntó el joven veneciano.

—¿Ignoras que éste es el desierto de Takla Maklan? —repuso un hombre, deteniéndose—. Está plagado de salteadores. ¡Ay del viajero solitario o sin armas!

—Aun no me explico esa huida.

—Al divisarte con tus dos compañeros, pensamos que se trataba de bandidos. Los habitantes de los oasis son muy desconfiados y, a la menor señal de amenaza, se ponen a salvo. Esta comarca es tan pe-



ligrosa, que el Gran Khan ha ordenado construir varias fortalezas. Efectivamente, sobre el horizonte se distinguía una maciza torre. Los viajeros continuaron la marcha. Una tarde que Marco se había retrasado para contemplar el desolado panorama, estalló una tempestad de arena. El joven se extravió. En la terrible voz del viento creía percibir gemidos y el redoblar de un tambor incansable. Las nubes de candente arena le cegaban. Espoleó a su caballo para que se lanzara entre la tormenta y después, al comprender que el pobre bruto agotaba sus fuerzas, descabalgó para conducirlo por la rienda.

Aquella caminata bajo las ráfagas de arena le pareció eterna.

¿Cuánto tiempo caminó? Jamás pudo saberlo. De pronto, entre las mil voces irreales, distinguió su nombre:

—¡Marccc! ¡M a r c o Polo!

¿Alguien le llamaba o el viento se burlaba de él?

Aquel llamado era, quizás, una ilusión, un espejismo.

(CONTINUARA)



Ponchito

**¡CAMPERO! ¡CAMPERO!
¡CAMPEEEERO!**



**¡AL FIN LLEGAS
CAMPERO! YA ESTOY RONCO
DE TANTO LLAMARTE**

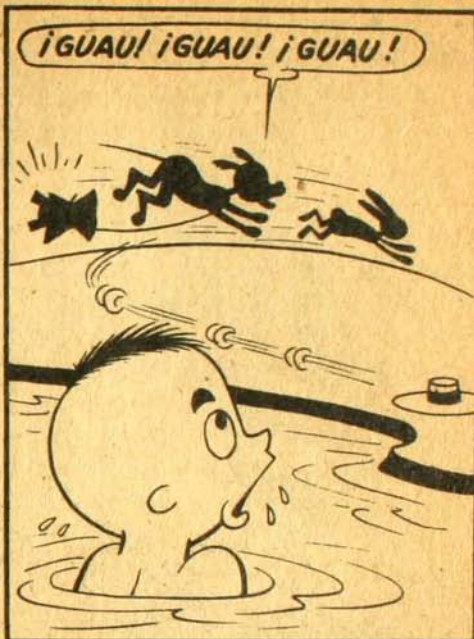


**¡VAMOS A BAÑARNOS
CAMPERITO!**



**TU ME CUIDAS LA ROPA,
MIENTRAS ME BAÑO**





LOS DOS RUISEÑORES

En China vive la gente a millones, como si fuese una familia que acabara de crecer. En tiempos antiguos los gobernaba un emperador a quien creían hijo del cielo, porque le veían sólo como si fuera el sol, en su palanquín de oro y con vestidos de oro. Pero los chinos estaban contentos con su emperador, que era un chino como ellos. Aquel emperador del cuento se metía de noche la barba en una bolsa de seda azul, para que no lo conocieran, y se iba por las calles de los chinos pobres, repartiendo sacos de arroz y pescado seco hablando con los viejos y los niños y leyendo en aquellos libros que empiezan por la última página.

Cuando los tártaros entraron en China y quisieron mandar en la tierra, salió montado a caballo de su palacio, y hasta que no echó al último tártaro del país no se bajó de la silla. Comía a caballo; bebía a caballo su vino de arroz; a caballo dormía. Y mandó por los pueblos unos pregoneros que iban diciendo:

“¡Cuando no hay libertad en la tierra, todo el mundo debe salir a buscarla a caballo!”

Hermoso era el palacio del emperador, de porcelana blanca y azul. En los jardines había naranjos enanos, con más naranjas que hojas; fuentes con peces amarillos, rosales maravillosos y un bosque donde un ruiseñor cantaba a los pobres pescadores canciones tan bellas, que se olvidaban de ir a pescar. Al oír ese canto, se abrazaban unos a otros como hermanos y se sentían tan felices, que lanzaban besos al aire.

Muchos viajeros venían al país a escribir libros sobre el jardín, las fuentes, los rosales, pero todos decían que el ruiseñor del bosque era lo más maravilloso.

El emperador leyó esos libros y, satisfecho por las alabanzas de su palacio y de su jardín, dió con el dedo tres vueltas a la punta de su barba. Pero cuando llegó a donde hablaban del ruiseñor:

—¿Qué ruiseñor es ése? —dijo—. Nunca había oído hablar de él. ¡Venga ahora mismo el mandarín mayor!

Y vino, saludando hasta el suelo, el mandarín mayor.

—¡Puh!, ¡puh! —contestaba el mandarín a todos los que le hablaban.



Pero al emperador no le decía ni ¡puh! ni ¡pih!, sino que se echaba a sus pies y esperaba temblando que el hijo del cielo hablara.

—¡Levántate! ¿Qué pájaro es éste de que habla el libro?

—Nunca he oído hablar de él, nunca —dijo el mandarín, arrodillándose en el aire y con los brazos cruzados—. No ha sido presentado en palacio.

—¡Pues en palacio ha de estar esta noche!

Y el mandarín empezó a preguntar en todas partes por el pájaro. Y el emperador mandaba cada media hora a buscar al mandarín.

—Si esta noche no está aquí el ruseñor, mandarín, los mandarines de mi corte, sin que se salve uno solo, perderán la cabeza.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé! —gimió el mandarín mayor, y él y los demás mandarines, que sentían peligrar su cabeza, buscaron con ansia el pájaro.

Llegaron hasta la cocina del palacio y allí una cocinerita les dijo que ella conocía al ruseñor.

—Yo paso todas las noches por el bosque para llevar a mi madre las sobras de la mesa imperial —confesó la doncella—, y cuando regreso muy cansada y me detengo a reposar bajo el árbol del ruseñor, él canta y es como si las estrellas conversaran y mi madre me diera un beso en la frente.

—¡Oh virgen china! —exclamó el mandarín mayor—, siempre tendrás empleo en la cocina y te concederé el privilegio de ver comer al emperador si me llevas a donde el ruseñor canta en el árbol, porque lo tengo que traer a palacio esta noche.

Y detrás de la cocinerita se pusieron a correr los mandarines, con la coleta agitada por el viento. Mugió una vaca y dijo un mandarincito joven:

—¡Oh, qué robusta voz! ¡Qué pájaro magnífico!

—Es una vaca que muge —explicó la cocinerita.

Croó una rana y dijo el mandarincito:

—¡Oh, qué hermosa canción que suena como una campana profunda!

—Es una rana que croa —dijo la doncella.

Entonces rompió a cantar de veras el ruseñor.

—¡Ese, ése es! —dijo la cocinerita.

Los mandarines contemplaron asombrados al ruseñor, no con-

venciéndose de que un ser tan diminuto valiera más que sus preciosas vidas de mandarines. Porque si no lo hubiesen hallado, habrían muerto desde el mandarín mayor al mandarincito ingenuo.

—¡Lindo ruiseñor —pronunció la doncella china—, el emperador desea oírte esta noche!

—Y yo quiero cantarle —respondió el ruiseñor.

El hijo del cielo ordenó engalanar el palacio y colocar en el centro de la sala un parral de oro, para que el ruiseñor cantase. La corte estaba de etiqueta, con siete túnicas y la cabeza acabada de rapar. Y el ruiseñor cantó tan dulcemente, que las lágrimas corrieron por las mejillas del emperador y los mandarines lloraron de emoción.

Desde entonces vivió el ruiseñor en el palacio. Tenía permiso para volar dos veces al día y una en la noche. Doce criados le sujetaban por doce hilos de oro cuando salía a volar.

Un día recibió el emperador un paquete que decía "El Ruiseñor" y creyó que era otro libro sobre el famoso ruiseñor. Pero no era un libro, sino un pájaro de metal. Por plumas tenía zafiros, diamantes y rubíes, y cantaba como el ruiseñor de verdad en cuanto le daban cuerda, moviendo la cola de oro y plata. Llevaba al cuello una cinta con este letrero: "¡El ruiseñor del bosque del emperador de la China es un aprendiz junto al del emperador del Japón!"

Cuando pusieron a cantar juntos al ruiseñor vivo y al artificial, no armonizaron, porque el vivo cantaba como le nacía del corazón, sincero y libre, y el artificial cantaba a compás. Treinta y tres veces seguidas cantó y la corte entera lo hubiera oído una vez más si el emperador no hubiese ordenado que el vivo debía cantar algo. ¿El vivo? Lejos estaba, lejos de la corte y del maestro de música. Los vió entretenidos y se escapó por la ventana.

El emperador, irritado, mandó desterrar al ruiseñor vivo y al otro se lo pusieron en la cabecera, en un cojín de seda, y lo llamaban por título "cantor de alcoba y pájaro continental, que mueve la cola como el emperador se la manda mover".

Pasó un año, y el emperador, corte y país conocían cada gorjeo del "pájaro continental", y todos cantaban su vals. Hasta que una noche saltó un resorte de la máquina del ruiseñor y la música se detuvo. El emperador mandó llamar a un médico. El

médico no supo qué hacer y acudió el relojero. Este, mal que bien, puso las ruedas locas en su lugar, pero declaró que el ruiseñor no podía cantar más de una vez al año, porque tenía gastados los cilindros.

Cinco años después había mucha tristeza en la China. El emperador se moría. El pueblo se acercaba a preguntar por el enfermo a las puertas del palacio. El mandarín mayor los miraba de arriba abajo y decía:

—¡Puh!

—¡Puh! —repetía la pobre gente, y se iba a su casa llorando.

El emperador estaba solo y la Muerte lo vigilaba. Extrañas visiones rodeaban el lecho. Unas eran bellas y otras feas y aterradoras. Estas últimas eran las malas acciones que torturaban al moribundo:

—¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?

Y el emperador gemía:

—¡Música! ¡Ruido!, para no oír las voces de mis malas acciones.

¡Oh pájaro de oro, canta, canta!

Pero el ruiseñor artificial no cantaba. Y la Muerte seguía mirando al emperador con sus ojos huecos y fríos.

De pronto se oyó el son de una dulce música. Afuera, en la rama de un árbol, estaba cantando el ruiseñor vivo. Y según iba cantando, eran menos negras las sombras y penetraba el calor de la vida en las venas del emperador. La Muerte misma escuchaba y le dijo:

—¡Sigue, ruiseñor, sigue!

El ruiseñor cantó a la hermosura del camposanto, y tan bello vió la Muerte en el canto a su jardín, que quiso ir a verlo. Se levantó del pecho del emperador y desapareció como un vaho por la ventana.

—¡Gracias, gracias, pájaro celeste! —decía el emperador—. Yo te desterré de mi reino y tú destierras a la Muerte de mi corazón. ¿Cómo puedo pagarte?

—Ya me pagaste, emperador, cuando te hice llorar con mi canto. Las lágrimas que arranca a las almas de los hombres son el único premio digno del pájaro cantor. Duerme, emperador, duerme y cantaré para ti.

Cuando el emperador despertó, vió al ruiseñor. Ni uno solo de sus criados, ni un solo mandarín había venido a visitarlo. Creían

que estaba muerto. Se levantó de su lecho, se puso la túnica imperial y sostuvo en la mano su gran espada de oro.

—Romperé el pájaro artificial en mil pedazos —prometió—. ¡Siempre estarás junto a mí! Vivirás en el palacio.

—No destruyas el ruiseñor de oro; él te sirvió bien mientras pudo. Yo no puedo vivir en el palacio ni fabricar mi nido entre los cortesanos. Vendré al árbol que está cerca de tu ventana y te cantaré en la noche para que tengas sueños felices. Los pescadores me esperan en sus casas pobres de la orilla del mar. El



ruiseñor no puede ser infiel a los pescadores. Yo te vendré a cantar si me prometes una cosa.

—¡Todo te lo prometo!

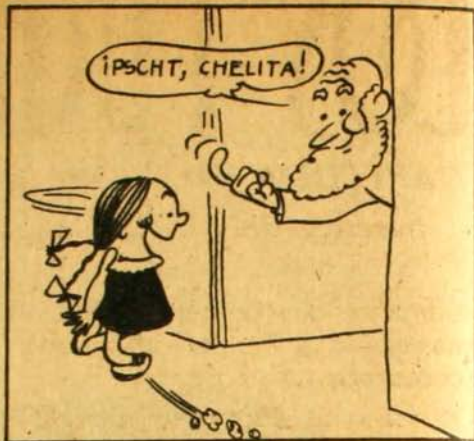
—No digas que tienes un pájaro amigo, que te lo cuenta todo, porque le envenenarían el aire al pájaro. Porque yo te cantaré de los buenos y de los malos, de los que gozan y de los que sufren, Gran Emperador, no olvides tu promesa.

Y el ruiseñor salió volando por la ventana.

Cuando los mandarines entraron para ver al emperador muerto, cayeron de rodillas al encontrarle con vida y a cada uno le temblaba la coleta en la nuca.

Chelita

Por MORIS



DOS FUGITIVAS



CAPITULO VII.— *En la barcaza del tío Pablo.*

Silvia y Lucía nunca habían navegado y no se imaginaban cómo era una barcaza.

El viejo tío Pablo las introdujo en una amplia cabina, donde una mujer estaba cocinando en una pequeña estufa a parafina. Al ver llegar a su marido con las dos niñas, la mujer preguntó:

—¿Qué traes ahí, Pablo?

—Dos *pavitos* que buscaron refugio en mi barca, Filomena. Las vi correr por la ribera y saltar la baranda como si huyeran del mismo demonio —explicó Pablo.

—Pueden ser vagabundas poco recomendables —insinuó Filomena—. Oigamos lo que tienen que decir.

A la luz del candil, la mujer observó el semblante pálido y angustiado de Silvia.

—Somos dos huérfanas desvalidas —dijo la niña—, vamos en camino a Chillán para reunirnos con el tío Jaime, y como yo carecía de dinero, me había contratado en una casa, pero la patrona resultó mala...

—Y ladrona —agregó Lucía.

Filomena acogió con ternura a las fugitivas. Mientras comían refirieron al asunto de la pareja de monederos falsos, pero nada dijeron sobre la fuga de Lucía del orfanato y la persecución de la policía.

—Sigán con nosotros —insinuó el viejo barquero Pablo—, y así acortarán el camino.

RESUMEN: Silvia y Lucía Balmer andan errantes huyendo de la policía, porque la pequeña Lucía se fugó de un Asilo de Huérfanos. El perrito que las acompaña roba un pollo en una granja. Las huérfanas son amenazadas por un granjero, pero las salva Mireya, una dama que las lleva a su casa. Silvia desconfía de su protectora. Pocos días después, Lucía y Silvia descubren una maleta llena de monedas y billetes falsos, y deciden huir de la casa. Alberto y Mireya tratan de detener a las fugitivas, pero son amparadas por el tío Pablo, dueño de una barcaza.

Silvia y Lucía durmieron en la cabina de la barcaza.
Juan, el hijo mayor de Filomena, les había cedido su cama, y él se tendió sobre la carga, tapándose con gruesas mantas.
—Qué lindo es bogar por el río —murmuró Lucía al despertar.
Filomena asomó su cabeza en la cabina y dijo a sus protegidas:
—El desayuno está listo, niñas. Encontrarán agua y jabón para lavarse en el rincón del puente.
A mediodía la barca se detuvo en un muelle del río para recibir nueva carga.



—Ustedes pueden bajar a tierra con mi hijo Juan —indicó el barquero Pablo—. Silvia, compra la carne y el pan, mientras Juan atiende a los cargadores en el muelle.
Al entrar en la panadería, Silvia dijo a su hermana:
—Lucy, quédate en la calle, a fin de que el perro *Guacho* no moleste.
—Voy a correr con él por la plaza —respondió Lucía.
Silvia no demoró más de cinco minutos en la panadería y cuando salió del local Lucía y el *Guacho* habían desaparecido.

—¿Ha visto usted a una niñita con su perro? —preguntó Silvia a un muchacho sentado en un banco de la plaza.

—Pasó por aquí una dama en un carruaje y la chica se subió a él con el perro —respondió el niño.

Alberto y Mireya habían raptado a Lucía.

—No puede ser —balbuceó Silvia, desesperada.

—Y la señora del coche me dió este papel para quien preguntara por la niñita y el perro —agregó el muchacho—. Si quiere se lo doy a usted.

Silvia cogió vivamente la misiva. Decía así:

Silvia, ¿conque creías que era tan fácil huir de nosotros? Lucía ya está en mi poder. Ven a reunirse con ella y yo te explicaré el error en que has caído, porque esas monedas no eran falsas. Te esperamos.—M.

—¿La niñita iba llorando? —preguntó Silvia al muchacho.

—Todo fué tan rápido —explicó el niño—. La señora entregó la chica a un caballero y en seguida escribió ese papel. El perro saltó también al coche y se fueron.

Silvia permanecía inmóvil mirando el camino. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo rescatar a Lucía?

Allí la encontró Juan, el hijo del barquero.

—Mi padre dice que se apresuren —dijo Juan—, porque tenemos que llegar antes de la noche al muelle del "Agua de las Niñas". ¿Dónde están tu hermana y el perro?

Silvia mostró a Juan la misiva de Mireya.

—Te da la dirección de su casa —expresó el niño—. Mira, es en el próximo muelle, justamente hacia donde vamos en la barcaza. Ven pronto. . . Papá y mamá arreglarán ese asunto.

Pablo y Filomena consolaron a Silvia y le aseguraron que arrebatarían a Lucía de manos de sus raptos.

—Lo único que me consuela —suspiraba Silvia— es que el perrito acompaña a Lucía.

Entretanto Mireya y Alberto ya habían llegado a la casa situada a orillas del río y con mimos y dulces palabras trataban de consolar a Lucía.

—Yo no quiero vivir con ustedes —gemía Lucía—. Ustedes son unos pícaros. Silvia vendrá a buscarme, se los aseguro.

—Por cierto que vendrá —declaró Alberto—, pues le dejamos un papel con la dirección de esta casa.

La barcaza "Juan María" atracó al muelle del "Agua de las Niñas" al atardecer. Apenas estuvieron en tierra, Juan dijo a Silvia: —Vamos en busca de Lucía. Yo conozco todas las casas de este balneario.

Fácilmente encontraron la indicada en la misiva de Mireya.

—Iré sola —dijo Silvia.

—Yo te acompaño —afirmó Juan—, y veremos si se atreven a negarnos a la chica.

Salió al llamado Mireya en persona.

—Entra, hijita —dijo la mala mujer—. Lucía te espera en el jardín.

—No entraré —respondió Silvia—. Entrégueme a mi hermana, señora.

—En tal caso la entregaré a la policía —dijo Mireya.

—Señora —intervino Juan—, lo más posible es que usted y su cómplice vayan a pudrirse en una cárcel.

Mireya cerró violentamente la puerta.

—Dijo que Lucía estaba en el jardín —insinuó Juan—. Silvia, dirígete a la otra calle y llama al perrito, que debe estar con tu hermana en el jardín. Mientras tanto yo vuelvo a llamar y entretengo a la señora proponiéndole algo que pueda convenirle. Silvia contorneó la casa y por entre las vallas divisó a Lucía sentada en un banco con el perrito en sus brazos.

—Pist, pist —murmuró quedamente Silvia.

Inmediatamente el *Guacho* movió la cola y ladró.

Lucía dirigió sus miradas hacia la valla y saltó de alegría al ver a su hermana.

—Corre, Lucy —dijo más bien con gestos que con palabras la hermana mayor.

Lucía y el *Guacho* saltaron la valla y echaron a correr, en tanto que Juan aun parlamentaba con Mireya.

Momentos después Lucía, Silvia, el perro y Juan ya estaban en la barcaza.

—Voy a desatar las amarras —informó Juan—, porque parece que el hombre se acerca. Allí le veo corriendo por el muelle.

En efecto, Alberto llegaba al embarcadero, pero en el preciso

instante en que pretendía saltar a la barcaza, Juan movió los remos y le dejó en tierra.

—Juan, has estado maravilloso —dijo riendo a carcajadas la simpática Lucía—. Poco le faltó para caer al río a ese hombre malo.

Aquella noche todos estuvieron felices y comieron en el puente para celebrar una preciosa noche de luna.



—Navegaremos dos días más por el río y en seguida iremos a nuestra casa —decidió el viejo Pablo.

Aquellas horas fueron las más felices en la vida de las dos fugitivas.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

CAPITULO XX.— *Fin de
la leyenda del Graal.*

RESUMEN: *Ives, sobrino del rey Arturo, conoce a Morgana, cuya ambición es reinar en Bretaña. Da bebedizos maléficos a los caballeros que arriban a su castillo, y ellos olvidan todo. Ives prueba un filtro que prepara la bruja Gorva, pero el duende Hua, su amigo, le da un contraveneno. Subtrae a Gorva un libro donde la bruja tiene anotadas sus fórmulas mágicas y prepara un contraveneno que devolverá la razón a los caballeros locos que Morgana mantiene prisioneros.*

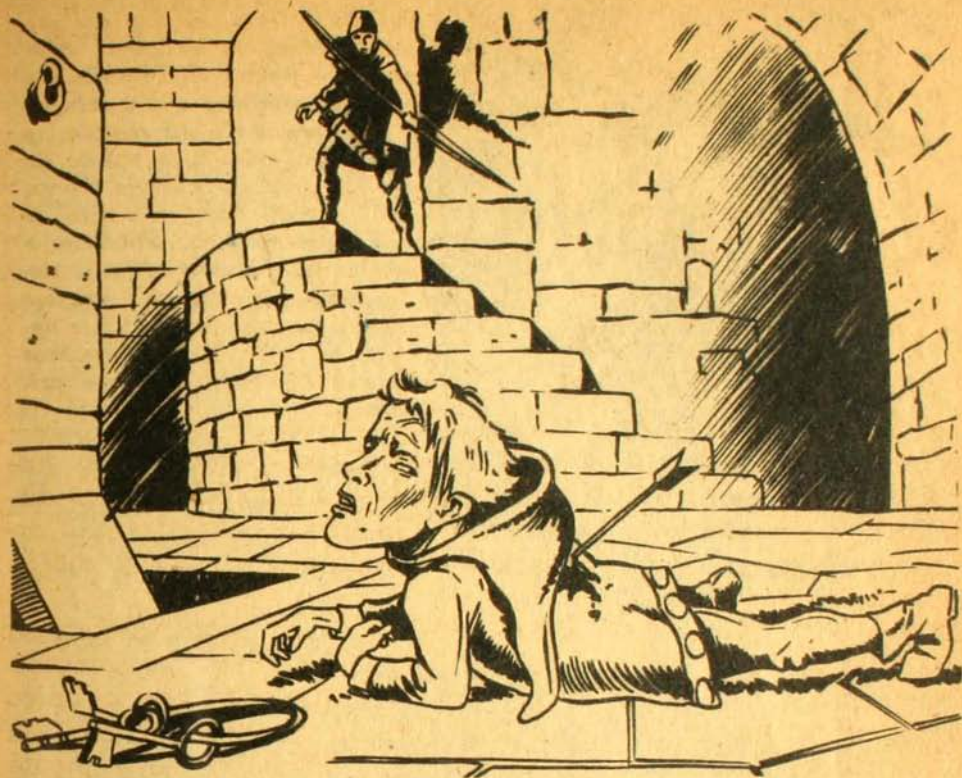
Gorva, al descubrir que el caballero del Graal yacía muerto, sospechó que el peregrino de barba blanca era el príncipe Ives disfrazado. Comunicó esta sospecha a Morgana y entonces ella ordenó a sus esbirros que apresaran al falso romero y le condujeran a un calabozo de los sótanos.

El hijo de la princesa Ghislene meditaba en la obscuridad de su prisión, cuando el fulgor de una antorcha ahuyentó las sombras. Ives distinguió el rostro dulce y grave del duende Hua, su único amigo en la tétrica fortaleza. Casi instantáneamente apareció la bruja Gorva y su látigo cayó sobre Hua, silbando siniestramente

en el silencio.

Anhelante, furioso por su impotencia, aferrado a los barrotes, Ives asistió a la confusa lucha que se libraba en las tinieblas. ¿Quién triunfaría? ¿El pequeño y ágil Hua, o la huesuda Gorva, cuyas manos eran como garras? Resonó un terrible alarido, y en la humosa claridad de la antorcha el prisionero vislumbró al duende que tenía en su mano el llavero y miraba aterrado el foso donde la





bruja cayó para no volver más a la faz de la tierra. La exclamación de alegría se ahogó en la garganta de Ives al resonar un lamento de agonía. Atraído por el grito de Gorva, un guardia acudió al sótano y disparó una flecha a Hua. El enanito, gimiendo de dolor, murió bajo la mirada de su amigo, que, por primera vez en su vida de indomable y de audaz, sentía correr el llanto por sus mejillas.





Por fin Ives se apartó de la reja y, con las fuerzas duplicadas por la ira y la desesperación, desprendió bloques del muro. La hebilla de su cinturón le sirvió en esa faena que ensangrentó sus dedos y quebró sus uñas. Dos horas mortales y lentas pasaron antes que el boquete quedara abierto. El joven descansó un instante y luego se deslizó por el estrecho túnel. Salió por un pozo a un bosque no distante del castillo. Sin vacilar se dirigió a la poterna, murmurando:

—Los cautivos de Morgana

probaron el brebaje que les salvará.

Del libro secreto de Gorva, él copió la fórmula que devolvería la razón a los caballeros a quienes Morgana mantenía dementes. La ambiciosa castellana del Graal pretendía ser reina de Bretaña. El ejército que la alzaría al trono codiciado estaría formado por los donceles y barones locos. Ellos, como Ives, llegaron al Graal para descubrir el misterio que aterrorizaba a la comarca. Perdieron la memoria y eran simples autómatas que obedecían al capricho de Morgana.

De pronto, Ives percibió tras los muros un clamor creciente. Se detuvo, intrigado, y vio que Morgana huía hacia la floresta. Sin vacilar, la siguió.

Por los bosques solitarios, sumergidos en la luz de la luna, comenzó una tenaz persecución. Veinte veces la castellana malvada intentó extraviar su rastro, pero Ives no apartaba sus ojos de la silueta fugitiva. Observó que se internaba en una gruta y, cuando intentó alcanzarla, un gigantesco guerrero se interpuso. Vestía como los vikings y en su diestra sostenía un hacha. Tres veces el arma hendió el aire, sin herirlo. Ives era demasiado ágil. Saltó a la espalda de su agresor, sus piernas se ciñeron a la gruesa cin-

tura y sus brazos oprimieron la garganta hasta que se oyó el crujir de la tráquea rota. El gigante cayó sin exhalar un suspiro.

Ives se internó por el dédalo de piedra. Al salir, divisó a Morgana al borde de un abismo. Ella comprendió que estaba derrotada. Sus ojos verdes cruzaron una mirada fría con las pupilas implacables de Ives y luego, antes que él pudiera detenerla, se lanzó a los pantanos, a las misteriosas ciénagas sobre las cuales no flotaría ya el son de la flauta de Gorva, esa música extraña que se vertía en los oídos como un veneno sutil.

Con andar lento, Ives retornó al bosque. El alba nacía. Rojas llamaradas se alzaban en el confín de la selva. ¡El castillo ardía

como una pavesa, entre remolinos de humo y chispas! Los caminos se llenaron con el desfile de los caballeros que recuperaron la razón y volvían a sus lares.

Ives sonrió. ¡La leyenda del Graal había muerto!

La sonrisa se borró de sus labios al evocar a Hua. El fiel duende no existía.

—Es inútil sentir tristeza —murmuró después, sacudiendo la cabeza—. Cada vez que defienda a un ser débil o castigue a un malvado, te recordaré, Hua, en lo hondo de mi corazón.



(CONTINUARA)

SCUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 20

El caballo

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE

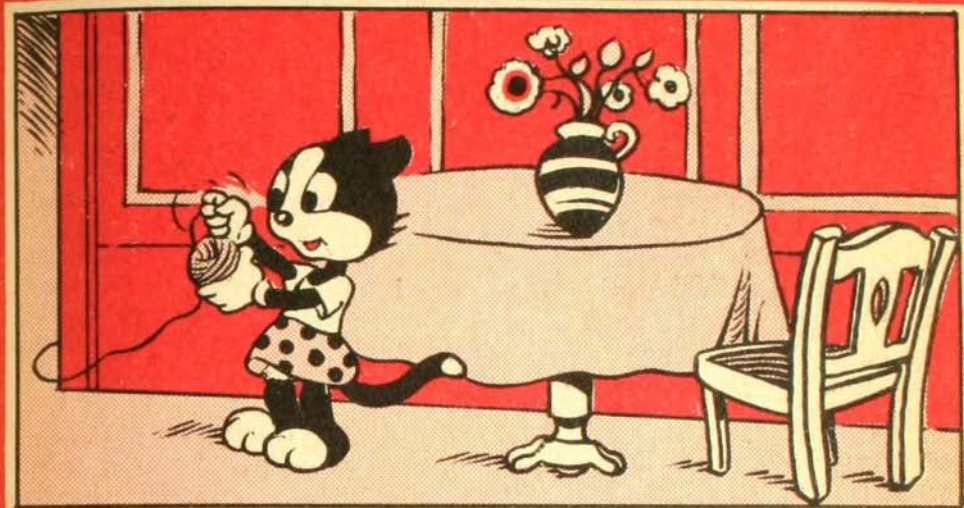


¿Puede decirnos qué voz emite el caballo? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 20 premios de \$ 10.—; 20 libros de cuentos infantiles; 10 paquetes de Vitalmín, 3 llaveros, 2 juegos de pimpón, 5 juegos lotería.

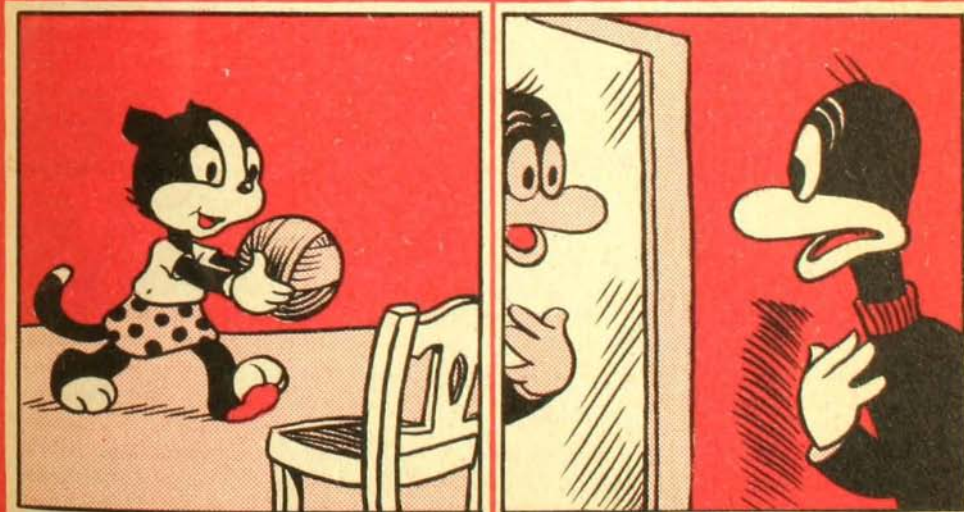
SOLUCION AL CONCURSO N.º 17.— El cuervo grazna.

Premiados con UN PAQUETE VITALMIN: Jorge Zegers, Santiago; Hernán Ruiz, San Fernando; Juan F. González, Santiago; Jorge Araneda, Lebu; Justino Vásquez, San Fernando; Elías Daniels, Viña del Mar; Norma del Campo, Lo Espejo; Eugenio Bello, Santiago; Carlos Rojo, Santiago; Alex Rivera, Santiago; Juan Pablo Beca, Santiago; Oscar Molina, Valparaíso; Alicia Lillo, Santiago; Florín Bustamante, Santiago; Gerardo Romenzani, Santiago; Fernando Alvarado, Santiago; Ramón Ramírez, Santiago; Eugenia Saavedra, Curanilahue; Manuel Abufarue, Talcahuano; Hernán Guzmán, San Fernando; Ernesto Egers, Santiago; Eduardo Villaruel, Santiago; Clarisa Soumastre, Rengo; Ismael Metamala, Concepción; Rosalía Saavedra, Talca; UN LIBRO: María A. Gálvez, Santiago; Sandra Wilhelm, Traiguén; Néstor Illanés, San Javier; Guillermo Vera, Melipilla; Mercedes Torrealba, Talagante; Patricio Fernández, Santiago; José Parra, Chiguayante; Margarita Sepúlveda, Valparaíso; Lucía García, Santiago; Raafel Garrido, Rucapuquén. UNA PASTA BAYCOL: Alfonso González, Santiago; Erasmo Vásquez, San Antonio; Juan Sepúlveda, Concepción; Hernán Sarasúa, Pailahueque; Eduardo Egers, Lautaro. UN JUEGO LOTERIA: Raúl Ortiz, Santiago; Raúl Sobarzo, San Javier; Roberto Alvarez, Santiago; Alejandro Garretón, Santiago; Sergio Navón, Santiago. UN JUEGO PIMPON: Onofre Roa, Inca de Oro; Omar Ortiz, Constitución; Jaime Giordano, Concepción; Jorge Contreras, Santiago; Elsa Peralta, Pailahueque. UNA CARPETA ESQUELAS: Juan Glasser, Santiago; Anemarie Moller, Temuco; Mirna Grollmus, Lautaro; Gladys Vásquez, San Fernando; Omar Talhouk, Concepción; Tito Carrasco, Temuco; Victoria Arriagada, Purén; Irma Gallardo, Los Andes; Alicia Montecinos, Concepción; Silvia Franchino, Quillota. UNA LIBRETA APUNTES: Alfredo Vergara, Quillota; Lucía Valenzuela, Santiago; Mario Bello, Santiago; Gastón Pabst, Valparaíso; Mario Peralta, Pailahueque; Lucía Bravo, Valparaíso; Guillermo Aguila, Santiago; Fresia Molina, Santiago; Alina Morales, San Fernando; Sergio Stuvén, Santiago.

MUCHI Y POCO



3. Muchi ovilló a más y mejor. "—¡Qué suerte! —murmuraba con alegría—. Me tejeré una linda chomba. Mis amigas morronguitas, cuchitas y mininas me felicitarán por mi gran elegancia."



4. Poco volvió a mirarse otra vez al espejo y descubrió patidifuso que de su chomba sólo quedaba el cuello. "—No sólo se corrieron los puntos, sino que se corrió toda la chomba", dijo Poco.

Ella fué la primera

Gabriela Mistral

Ella es la primera poetisa de América agraciada con el Premio Nóbel. Gabriela Mistral, orgullo de Chile, ejerció la misión de maestra. En el aula escolar se inclinó sobre el corazón de los niños y les cantó sus rondas, cuyo eco nunca se apagará, porque las voces de madre son eternas. Su verdadero nombre es Lucila Godoy Alcayaga. Nació en Vicuña, en el valle de Elqui.

Tiene en preparación la

Vida de San Francisco de Asís. México le alzó una estatua, en homenaje a la sencilla maestra, a la gran poetisa, a la mujer excepcional. Falta que su patria la inmortalice en el bronce o en el mármol, en una plaza donde resuenen risas infantiles.

Gabriela tiene poemas torturados. Cruzó el umbral de la fama con los "Sonetos a la Muerte". Para el niño, sin embargo, su voz se transforma, se ilumina milagrosamente, se torna simple y pura. *Gabriela de los niños* debería ser uno de los títulos de la poetisa, nombrada "hija adoptiva de toda América" y ciudadana honoraria de países que la admiran.



Simbad

CHIQUITITA \$ 2.-

N.º 21

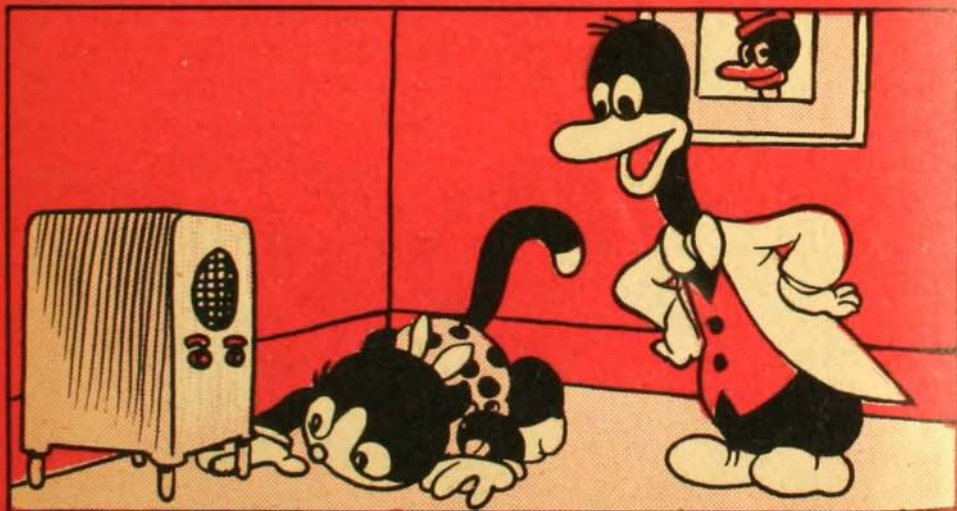


BLENA POIRIER

MUCHI x POCO



1. La gatita Muchi revolvía toda la casa en busca de su almohadilla de agujas. No dejó rincón por registrar ni rezongo por decir. “—¡Poco! —gritó—, Ayúdame, que estoy desesperada.”



2. “—No te ayudo, para que aprendas a ser ordenada —la empezó a sermonear el pato Poco—. Hay que tener un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. ¿Entiendes, cucha desordenada?”

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

PIRATA DEL MAR EGEO

CAPITULO VI.— *Rumbo a Argel.*

Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N° 21

Precio: \$ 2.—

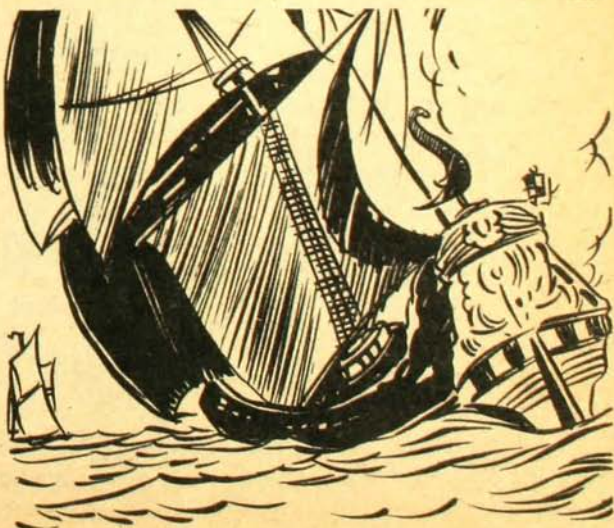
25-1-1950

El galeón "Conquistador", que en 1675 ancló en Mesina para sostener la rebelión de la isla contra España, persiguió a un jabeque pirata que raptó a doncellas y mozos de una aldea de pescadores. Entre los cautivos estaba Adriana Valli. Fueron rescatados gracias a la temeridad del teniente francés Carlos Saurel. De pronto, una flota pirata comandada por el feroz Ismael apareció en el horizonte. El capitán Fleurville decidió huir, pues no tenía orden de combatir a los bucaneros, sino de custodiar Mesina.

El galeón, con todas sus velas desplegadas, emprendió la fuga, tomando rumbo hacia la punta del Faro, situado a la entrada del estrecho de Mesina. Pero no contaba con la tenacidad de sus perseguidores. Los remos de los bergantines hendían el agua con rítmica fuerza.

Súbitamente, desde la cofa del trinquete el vigía anunció:

—¡Tres barcos a la vista!



Los navíos piratas surgieron detrás de un islote rocoso y obstruían la ruta del "Conquistador". El galeón intentó abrirse paso a cañonazos. Hundió un jabeque, pero los otros, lanzando sus ganchos de abordaje, lo inmovilizaron. Los demás barcos acudieron como tiburones atraídos por una presa.

Con desesperado valor, los franceses rechazaban a los asaltantes. Una descarga cerrada fusiló a los primeros que habían saltado al combés. Pero surgieron nuevos agresores, y se inició la batalla cuerpo a cuerpo. La ola de piratas hizo retroceder a los marinos del rey. Cercados por sus enemigos, se reunieron al pie del gran mástil. Uno a uno sucumbían, luchando hasta su último aliento. Gastón Lecar, al proteger con su cuerpo al teniente Saurel, cayó



herido por un yatagán. El capitán Fleurville también fué derribado. Sólo quedaba un reducido grupo de sobrevivientes.

—¡Rendíos o moriréis todos! —aulló un árabe alto, vestido con lujo oriental.

Carlos vaciló. Los demás oficiales yacían muertos o heridos. El debía responder. Si ordenaba seguir combatiendo, vería masacrar a Fleurville, a Lecar y a los marinos que aun vivían. Todos, en suspenso, aguardaban su decisión. Después de un silencio, en que su pulso latió con angustia, Carlos lanzó la espada al mar. Sus hombres se rindieron.

Los berberiscos, lanzando aullidos de triunfo, encerraron a los franceses en la cala. Antes de desaparecer, Carlos tuvo el dolor de ver a Adriana llevada a la fuerza por tres berberiscos. La niña

se debatía, y luego desfalleció en los brazos de sus captores. Los ojos negros estaban llenos de lágrimas y el rostro se veía intensamente pálido.

—¡Adriana! —exclamó.

Diez piratas debieron abalanzarse sobre él para contenerlo. El joven luchaba con desesperación, y sus juveniles energías parecían centuplicadas. Por fin, el número de sus adversarios le derrotó.

—La visión de la *sig-norina* lo volvió loco —dijo uno de los filibusteros, con una risa burlesca.

—¡Quieto ahí, perro! —añadió otro—, o inundaremos la cala para que mueran ahogados como ratas. En su encierro, donde la obscuridad era permanente y el aire irrespirable, sufrieron los cautivos durante días y semanas. Para ellos no existía esperanza. La ansiedad les corroía el ánimo; la rebelión quemaba



su sangre. No se resignaban a soportar pasivamente aquel destino. Querían morir batallando.

Carlos sabía que Adriana había sido trasportada a la nave capitana de Ismail. Procuraba no pensar en esto y dedicaba su tiempo a cuidar a los heridos. Hizo vendas con su camisa, y reservaba una ración de agua para lavar las heridas. Lecar y Fleurville mejoraban lentamente.



—¿Hasta cuándo estaremos sumidos en este infierno? —protestó un marino, a quien la fiebre hacía delirar en las noches.

—Valor —contestó el teniente Saurel, aunque su propia alma estaba abatida.

Por fin una mañana fueron sacados de su prisión flotante y conducidos al puente. La radiosa luz del día hirió sus pupilas, habituadas a las tinieblas. Cuando Carlos abrió los ojos, vió que se encontraba en la rada de Argel.

Los piratas berberiscos, que asolaban el mar Egeo, fondeaban cada cierto tiempo en Argel, y en su mercado vendían los prisioneros y cautivas.

—Adriana —murmuró Carlos, palideciendo— será vendida como esclava.

—La salvaremos —repuso Gastón Lecar, situándose junto a su teniente. La terrible herida causada por el yatagán había cicatrizado casi. El marino era un coloso difícil de quebrantar.

Fijando sus huraños ojos en el puerto argelino, repitió:

—La salvaremos, señor.

(CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO XXI.— *Evo- caciones de Lorna, la sacer- dotisa.*

Dick Tabú se encontraba en la saliente de una roca, la cual servía de nido a una pollada de aguiluchos.

Dick se vió poco después atacado por las águilas que acudían a proteger a sus crías.

Por un momento logró ahuyentarlas con el cetro de oro que le había obsequiado Lorna. Enseguida recogió la cuerda cortada, la ató al picacho y bajó de nuevo hasta el fondo del precipicio. De ahí le fué fácil llegar hasta la ribera del río.

Presentábasele al Intocable un problema difícil de resolver. ¿Hacia dónde habrían llevado a Lorna prisionera? Lo más posible era que Mopo la ocultara en la caverna del dios OG, y la reintegrara a su oficio de sacerdotisa del ídolo.

—Pobre Lorna —suspiraba Dick—; por salvarme la vida será castigada. Ese hechicero la hará sufrir.

Los tam-tams y los tambores de los nativos continuaban enviando mensajes que Dick recogía. Anunciaban la captura de Lorna y urgían a los perseguidores del Intocable para que le aprisionaran.

RESUMEN: Dick Hateras, consagrado por su padre como tabú de las tribus africanas, después de muchas aventuras y victorias, parte al oriente del Africa en busca de Viola Chalmers, niña raptada por los negros kopjes. En su ruta es atacado por un gigante, al cual vence ayudado por un pigmeo. Dick examina la lanza del negro gigante, y descubre que el mango tiene la forma de un cocodrilo. Este indicio le hace ver que va en buen camino para encontrar a Viola Chalmers, la diosa de los cocodrilos. El malvado Harker arroja a Dick a un teso con cocodrilos, pero el Intocable se salva y mata a su enemigo. Dick prosigue su camino hasta el reducto del rey Melefe, quien, al imponerse de sus proezas, le declara huésped de honor. En cambio, el hechicero Mopo intenta matar al Intocable cuando se dirija al santuario de la diosa del cocodrilo sagrado. Dick Tabú va a ser quemado vivo en la hoguera, cuando aparece Lorna, la sacerdotisa sagrada, quien reclama para sí al prisionero. El hechicero Mopo se ve obligado a obedecer y Lorna huye con Dick por las cavernas. Mopo envía a la pantera Sumba tras los fugitivos. La fiera, en vez de atacar a los jóvenes que huyen, mata a Mopo. Al pretender atravesar el precipicio, Lorna es capturada por un guerrero negro.

—Esos mensajes vienen del Sur —se dijo Dick Tabú—, por consiguiente los negros se encuentran a este lado del río. Voy a cruzar el torrente y pediré amparo al buen rey Melefe y a su hijo Semuké. Ellos juraron defenderme y castigarán a Mopo por su traición.

Dick Tabú se lanzó a la vertiginosa corriente y nadó hasta el medio del río.

Allí se colgó de una roca y escudriñó la ribera. Un grupo de rucas se afirmaban en los corpulentos árboles de la jungla. No era el villorrio del rey Melefe, como el Intocable creía, sino una aldea de indígenas de otro distrito.

Después de un corto descanso, Dick volvió a nadar y llegó a la ribera opuesta.

Considerando imprudente dar a conocer su presencia a los ha-



bitantes del reducto, trepó a un árbol y se mantuvo escondido allí algunos instantes.

Entretanto la sacerdotisa Lorna caminaba junto a su raptor, sin hacer la menor resistencia. Por su parte el negro se manifestaba respetuoso y no se atrevía a tocar a la sacerdotisa de OG.

—¿Quién te ha enviado en mi persecución? —preguntó Lorna al guerrero.

—El hechicero Mopo.

—¿Ignoras mi poder? —protestó Lorna—. ¿No sabes que soy tabú y que el dios OG castigará a quien ofenda a su sacerdotisa?

—Mopo ha dicho que el dios OG te reclama en su templo —replicó el negro Sulim—, y que si no vuelves a la caverna, se se-

carán nuestros campos y los espíritus malos enviarán pestes y enfermedades a nuestra tribu.

Lorna creyó más conveniente fingir sumisión y esperar la ocasión de evadirse por medio de un astuto plan.

—¿A dónde me llevas, Sulim?—interrogó la doncella momentos después.

—A la caverna de Mopo —repitió Sulim.

—Estoy fatigada —musitó Lorna—. No puedo dar un paso más. Allí en el río hay una piragua. ¿Por qué no nos embarcamos en ella y llegamos a la caverna del dios OG por esa vía? Tú no debes cargarme sobre tus hombros, porque eres impuro y yo no puedo caminar.

El negro Sulim caviló un instante. La vía fluvial era larga, y para llegar a la caverna del hechicero Mopo tendría que dar un gran rodeo. Pero de todas maneras la vía fluvial sería más cómoda y menos fatigosa para la joven sacerdotisa.

—Subamos a la piragua —dijo por fin Sulim.

Lorna ocupó un sitio en la embarcación y guardó silencio.

La valiente doncella había resuelto tirarse a nado cuando estuvieran en medio del río, a fin de huír hacia la tribu que vivía en la otra ribera. Esa tribu la protegería de la persecución de los *kopjes*, pues era enemiga del hechicero Mopo.

De esta manera, Dick Tabú y Lorna, sin haber cambiado ideas, iban por el mismo camino, y por una extraña telepatía habían forjado ambos idéntico plan.

Sin dar tiempo a Sulim para evitar su fuga, la intrépida Lorna saltó fuera de la piragua y se lanzó de cabeza al agua. Formóse un remolino alrededor de su cuerpo y desapareció.

El negro Sulim quedó estupefacto... ¿Cómo era posible que esa joven se arrojara a un río plagado de cocodrilos?

—No la seguiré —exclamó el tímido Sulim—. El dios OG me castigaría.

La superstición religiosa del nativo pudo más que la orden del hechicero Mopo.



“No tengo para qué decir que capturé a Lorna y la dejé huir —reflexionó Sulim—. Mientras la sacerdotisa caminaba a mi lado, yo sentía un malestar y un miedo horrible. Prefiero la tortura de Mopo a las venganzas de los espíritus.

Nosotros sabemos que Mopo había muerto castigado por la pantera Sumba, de modo que Sulim no recibiría reproches.

Desde su alto mirador en la copa de un árbol, Dick Tabú presenció la heroica acción de la sacerdotisa de OG.

¿Saltaría tras ella el negro de la piragua?

Su cavilación tuvo pronta respuesta. Sulim acercaba la piragua a la orilla derecha y se perdía en la jungla.

Al punto Dick bajó del árbol y a su vez se lanzó al río. Ya Lorna estaba reposando en la misma roca que el Intocable ocupara horas antes.

—¡Lorna, Lorna, estoy aquí! —gritó Dick.

La doncella nadaba como un pez. Desde muy pequeña los negros la habían adiestrado en la natación y enseñado el juego de las corrientes.

—Aquí estamos en salvo —dijo Lorna al reunirse con Dick Hateras—. En este distrito viven negros *talus*, que son pacíficos y bondadosos.

—¿No crees que Mopo nos perseguirá hasta aquí? —preguntó el Intocable.

—El poder del dios OG no se extiende más allá del río —declaró Lorna—. Si Mopo está aún vivo (porque yo creo, ¡oh mi amo y señor!, que la pantera obedeció tu orden de matarle), los dioses no le oirán si pide venganza. Los *talus* adoran al dios Kaluma y su ídolo es de oro puro. Una vez, cuando pequeña, fuí a verlo a escondidas. Está en una caverna cerca de este lugar, pero si bien los nativos son pacíficos, darían muerte a cualquier blanco que se atreviera a profanar su santuario.

—Lorna —dijo Dick—, ¿tú crees en dioses de piedra y oro?

—Yo creo en los dioses —respondió pensativa Lorna— que hacen salir el sol cada mañana, que dan frutos a la tierra y que nos salvan de todo peligro... A esos dioses hay que tenerlos contentos, ofreciéndoles sacrificios. Por eso yo temo que el dios OG me castigue por haber dejado apagarse el fuego sagrado que yo mantenía encendido en su santuario... Dick, ya puedes seguir tu ruta por la jungla.



ELENA PINCA

—Lorna —dijo solemnemente el Intocable—, me has llamado tu amo y señor.

—Eres mi amo y señor y el dueño de la vida y de la muerte—, respondió humildemente la doncella—. Te ruego que me permitas volver a mi tribu.

—Tú perteneces a otra tribu, Lorna —explicó Dick—. Eres de raza blanca como yo...

—Mopo decía que yo había nacido de una fuente clara y que por eso era blanca —expresó Lorna.

—Mentiras —protestó Dick—; tú tienes padre y madre de raza

blanca, y si has vivido entre los *kopjes* es porque te raptaron cuando chica.

—¿Cómo lo sabes tú, gran Tabú? —preguntó la doncella.

—Mis dioses me lo han dicho —afirmó el Intocable—. Ellos me ordenan llevarte al distrito donde están tus padres. Tú te llamas VIOLA. . .

—Viola, Viola —murmuró Lorna apretando su cabecita con ambas manos—. ¿Has dicho Viola? En sueños he oído que me llamaba así una voz muy suave.

—La voz de tu madre —pronunció Dick Hateras con autoridad suprema.

Como se comprenderá, ambos jóvenes hablaban en el idioma de los nativos, idioma que Dick y Lorna conocían a la perfección por haber vivido siempre en tierra africana.

Por cierto que Dick Hateras también hablaba el inglés, lengua de su padre y de todos los colonos europeos a quienes frecuentaba en su distrito. Pero habitualmente y con sus servidores, Dick usaba el idioma indígena.

—Tu mamá o tu *mamy* era quien te llamaba —repitió Dick a la turbada niña.

—*Mamy, mamy* —balbuceó Lorna como en éxtasis—. Ella tenía los cabellos como el oro. . . Recuerdo que cuando yo bailaba en torno al dios OG, y había mucha fragancia de hierbas aromáticas, la veía entre el humo de las fogatas, pero yo creía que era la diosa de la fuente clara. . . La diosa que me había traído al templo de OG.

—Mixtificaciones —musitó Dick Tabú—; las hierbas aromáticas avivaban tus recuerdos, Lorna. Esos recuerdos de tu primera edad cuando vivías con tus verdaderos padres allá en el Norte. Volverás a verles y serás dichosa.

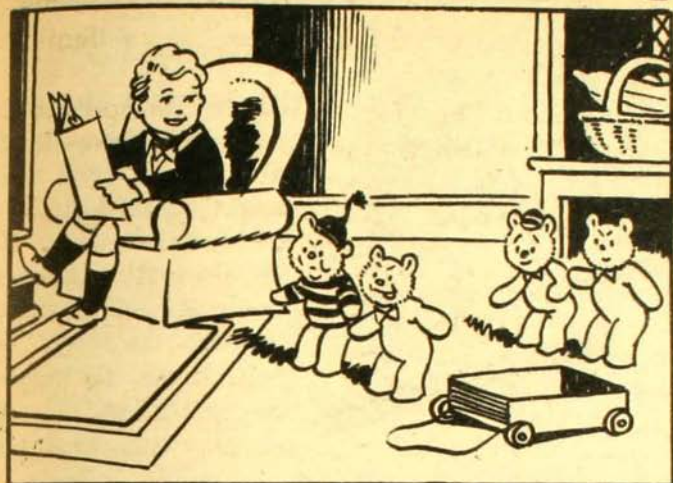
—¿Tú lo crees, oh gran amo y señor? —preguntó Lorna—: Mop decía que los blancos eran malos.

Llegó la noche y los jóvenes, ocultos bajo la maraña de la ribera, continuaban en sus evocaciones y recuerdos.

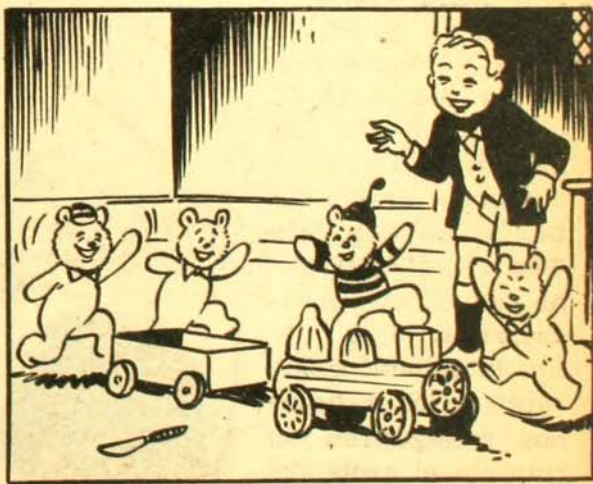
Después de una frugal merienda de frutos silvestres y tiernos tallos de bambú, Dick y Lorna se durmieron tendidos sobre el verde césped.

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. "—¡Qué bueno sería jugar con una locomotora!", suspiraban Ma, Ra, VI y Lla. "—Tengo una idea", exclamó Tomasín. "—Lo que tiene es hambre", dijeron los ositos, al verle ir a la cocina.

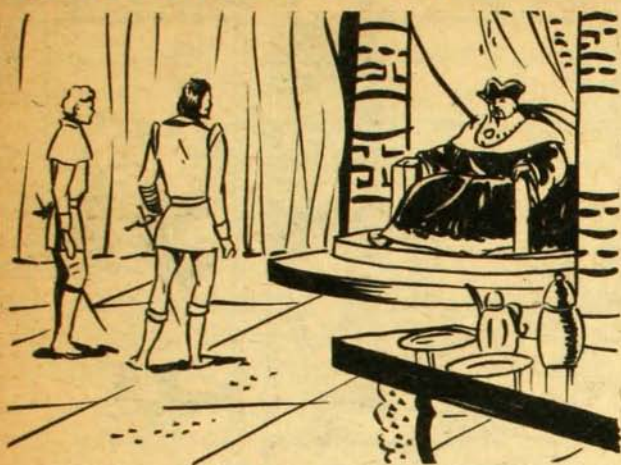


2. Tomasín cortó un pepino en varias partes y construyó una estupenda máquina. Los ositos le agregaron su carro, y gritaron, saltando de alegría: "—¡Chiqui, chaca, corre el tren!"

MARCO POLO



CAPITULO VI. Kublai Khan.



Marco Polo, cegado por una tempestad de arena, creyó que había llegado el último instante de su vida. El tambor que resuena en el desierto, llenando de terror el corazón de los viajeros, redoblaba en sus oídos. A través de los

gemidos del viento, el joven oyó su nombre:

—¡Marco! ¡Marco Polo!

Creyó que era una ilusión de su mente próxima a estallar. Sin embargo, contestó:

—¡Aquí! ¡Auxilio!

Distinguió la silueta de dos jinetes a través de las ráfagas cegadoras, y minutos después se reunía con su padre y su tío. Se abrazaron. Ya no necesitaban pronunciar palabra alguna. Además, al gritar, la arena penetró en sus bocas secas.

Por fin amainó el huracán, y los venecianos prosiguieron su ruta sin el azote del desierto.

A mediados de mayo de 1275 llegaron a Changtú, la ciudad



del Gran Khan, el rey Kublai. Era éste un hombre de estatura mediana, de sesenta años de edad. Su palacio estaba rodeado de grandes muros que encerraban una superficie de dieciséis millas cuadradas. Allí había ríos y fuentes, dilatadas praderas y bosquesillos de hermosos árboles. En el centro del parque se alzaba un pabellón



de bambú, columnas doradas, capiteles en forma de dragón y el elevado techo cubierto con placas de oro. El Gran Señor de los Mogoles había llegado de su capital, Cambaluc, y concedía audiencias. Acogió afablemente a Nicolo y Marco Polo, a quienes ya conocía, y, observando al alto adolescente, preguntó:

—¿Quién es?

—Mi hijo y tu servidor —contestó Nicolo, inclinándose.

—Es bien venido a mi palacio —dijo Kublai.

Invitó a sus huéspedes a compartir su cena, abundantemente regada con vino de palma, de arroz, hidromiel y cerveza de cebada. Nicolo refirió su travesía. Cuando quiso narrar el segundo viaje, se detuvo, confuso. No recordaba los nombres de las ciudades que atravesaron.

—¿Puedes nombrar tú, Marcos, las poblaciones que cruzamos después de Tabriz?

El joven enumeró, sin vacilar:

—Savah, Yezd, Kirman y Camadi.

Admirado, el Gran Khan formuló otras preguntas sobre su territorio. Marco Polo contestaba con seguridad, revelando que era un observador sagaz.

—Portentoso —dijo el rey—. Joven *messire* Polo, quedáis a mi servicio.

(CONTINUARA)

Ponchito

**¡PONCHITOOO!
¡PONCHITOOO!**



**¡YA VOY
ABUELITA!**



**MAÑANA NOS VAMOS DE
PASEO A SANTIAGO.
EMPAQUETA TODAS
TUS COSAS**



**¡QUE BUENO, AL FIN
CONOCERE LA CAPITAL!**



AL RATO

¡ABUELITAAAA!
YA ESTOY LISTO



¿QUIERE VER
COMO ESTAN LOS
PAQUETES?



NO SE' SI HABRE'
OLVIDADO ALGO



Chiquitita

Erase una vez una viuda que ansiaba tener una niña, pero una niña pequeña y que no creciese nunca, para conservarla siempre a su lado. Visitó a una hechicera y le manifestó su deseo.

—Toma este grano de cebada, siébralo en una maceta de flores y se cumplirá tu anhelo —dijo la maga.

Dió las gracias la viuda y pagó gustosa doce monedas que pidió la hechicera por el grano de cebada. Lo plantó y en un capullo nació una preciosa niñita.

Era tan diminuta, que la viuda le puso de nombre Chiquitita.

Una noche que dormía en su cuna, un sapo entró en la habitación por un agujero de la ventana.

—Linda novia para mi hijo —murmuró, y alzando la cuna se volvió al jardín.

Corría en un extremo un arroyuelo de orillas pantanosas, y en el lodo habitaban el sapo y su hijo.

—¡Croac, croac! El sapo hijo no supo decir otra cosa al ver a la linda criaturita que seguía durmiendo en su cáscara de nuez.

—Vamos, no grites —dijo el viejo—; podría despertarse y escaparse, pues es más ligera que una pluma de cisne. Coloquémosla sobre una de esas anchas hojas de nenúfar que se extienden en el centro del riachuelo; estará ahí como en una isla y no podrá fugarse. Luego iremos a adornar nuestra casa y a preparar todo para la boda.

Y haciéndolo como lo dijera, el sapo llevó la cáscara de nuez hasta el centro del arroyo y la puso sobre la hoja de nenúfar.

Al amanecer, Chiquitita se despertó muy contenta. Pero, ¡qué pena la aguardaba! En torno suyo, agua por todos lados; era imposible salir de allí y llegar a la orilla. Amargo fué su llanto, que era el primero que derramaba. Después de haber adornado su palacio con cañas, pétalos de iris y de nenúfares, en honor de su futura nuera, el sapo fué a ver a Chiquitita y le presentó su hijo como novio.

—¡Croac, croac! —era todo lo que decía el estúpido sapito.



Chiquitita lloraba más aún al saber que debería pasar la vida con aquellos dos monstruos. Los peces del arroyo, que habían oído las palabras del sapo, sacaron la cabeza fuera del agua para ver a la futura, y la hallaron tan deliciosa, que pensaron que sería lástima casarla con el sapo.

—No debe ser esto —dijo uno de ellos; y, en unión de sus amigos, comenzó a roer con sus dientes el tallo de la hoja de nenúfar, hasta que, desprendiéndose de la planta, flotó libremente sobre las ondas, llevando encima a Chiquitita. En breve se encontró la niña en libertad. La hoja pasó delante de aldeas, bosques y prados. En los árboles los pajarillos saludaban con sus más alegres cantos a la encantadora niña, que había olvidado ya su pesar. Una mariposa de blancas y azules alas revoloteó algún tiempo encima de su cabeza y acabó por posarse en la hoja de nenúfar. La cogió Chiquitita, sin que el insecto opusiese resistencia, y atando su cinturón a una de sus alas, la mariposa pudo tirar de la frágil embarcación.

En esto llega un abejorro, ase por el talle a Chiquitita con sus largas patas y la sube a la copa de un árbol. La hoja de nenúfar siguió vagando en pos de la mariposa. ¡Dios mío!... ¡Qué miedo el de Chiquitita al verse suspendida tan alto! Tenía, además, la angustia de ignorar si la mariposa podría desatarse sola, pues, de lo contrario, era evidente que se moriría de hambre.

Habló de ello al abejorro, que se encogió de hombros; luego fué a posarla en una margarita y desapareció.

La niña tejió con ramitas de hierba una hamaca y la colgó de la hoja de una anémona, donde, en caso de lluvia, podía guarecerse. Comía el polen de las flores, y por las mañanas bebía una gota de rocío. Así se pasó el verano, así se pasó el otoño y llegó el invierno. Los pajarillos, que con sus cantares la distraían, huyeron presurosos hacia los países cálidos; perdieron su verdor los árboles y las plantas; se enco-





gió la hoja de anémona que le servía de lecho y quedó expuesta a los cuatro vientos la inocente Chiquitita. ¡Sufrimientos infinitos padeció! Al fin, con valeroso esfuerzo, se puso en marcha, en busca de un albergue, y, pasada la linde del bosque, se encontró en un campo cubierto de rastros. Corría temblando de frío, cuando metió el pie en un agujero, puerta de la casa de una rata campesina que poseía, bajo tierra, una habitación templada, bien almacenada de granos.

—¡Infeliz criatura! —dijo la rata, que, por casualidad, tenía buen corazón—. Entra, comerás y te calentarás.

Le agradaron tanto los modales de Chiquitita, que le dijo al día siguiente:

—Escucha, puedes permanecer aquí todo el invierno, pero tendrás que ayudarme a limpiar mi casa, y terminados los quehaceres me contarás cuentos, pues me gustan mucho.

Chiquitita accedió a la petición de la rata, que la trató, por su parte, como si fuese hija suya.

—Vamos a recibir una visita —anunció, días después, la rata—. Mi vecino viene todas las semanas. Tiene una morada más hermosa que la mía; su pelaje es negro y reluciente como la seda. Grande sería tu suerte si quisiera casarse contigo. La desgracia es que no ve mucho y no apreciará tu belleza. Pero relátale los cuentos que sabes y lo conquistarás.

Chiquitita sabía que el afamado vecino era un topo. Cuando llegó éste, la rata le hizo pomposos elogios sobre su mansión, sus abundantes provisiones de invierno, su carácter serio y reflexivo.

Cantó Chiquitita a petición de la rata y el topo quedó encantado con su hermosa voz. Convidó a la rata y a Chiquitita a visitar su palacio, advirtiéndolas de que no tuviesen miedo de un pájaro que encontrarían a la entrada.

—No os hará nada —dijo—, pues es ya un cadáver; sin duda ha muerto de frío la noche pasada.

Pusiéronse en camino por una obscura galería, y al llegar al sitio donde el pájaro yacía, el topo dió con el hocico en el techo, separó la tierra y un tibio deajo iluminó el cuerpo de una linda golondrina. Tenía las patas pegadas al cuerpo, la cabeza bajo las plumas; no cabía duda de que había perecido helada.

Chiquitita se afligió, pues amaba a los pájaros que la habían distraído con sus cantos todo el verano.

Cuando hubieron pasado los dos graves animales, se inclinó sobre la golondrina y la besó en los ojos.

Era ya de noche, y la rata había regresado al hogar. Chiquitita no podía dormirse pensando en la golondrina; se levantó, tejió un cobertor con heno y fué a envolver al pajarillo para que no tuviese frío en su tumba.

—Adiós, amor mío —le dijo. Y reclinó su cabeza sobre el corazón de la golondrina. Esta comenzó a moverse y no tardó en reanimarse, pues sólo estaba aterida por el frío. Habíase quedado rezagada, al partir sus hermanas en el otoño, y no había tenido más tiempo que guarecerse en la morada del topo para no ser sepultada bajo la nieve.

Chiquitita cuidó a la golondrina durante el invierno, sin decir nada a la rata ni al topo. Al primer rayo de sol primaveral, la golondrina anunció a Chiquitita que iba a dejarla, y la niña, aunque apesadumbra-da, practicó una abertura para que el pájaro pudiese salir. Un rayo solar iluminó el oscuro corredor de la mansión del topo.

—¡Qué tiempo más hermoso debe hacer! —dijo la golondrina—. ¿Quieres venir conmigo? Te sentarás en mi lomo y te llevaré al bosque verde.

Chiquitita, pensando en la gratitud que debía a la rata, no quiso abandonarla de un modo tan brusco.



—No puedo —respondió.

—Queda con Dios, entonces —replicó la golondrina—, queda con Dios, hermosa niña.

Y se lanzó por los aires, dejando a Chiquitita anegada en lágrimas.

Un día, la rata le anunció:

—El topo ha pedido tu mano —dijo—, y no serás tan insensible a este honor. Voy a hacer preparar tu ajuar, que será soberbio, pues te casas con un elevado personaje.

Y mandó venir a cuatro arañas, que se pusieron a tejer las más finísimas telas.

El topo la visitaba todos los días, diciendo puras tonterías, como por ejemplo, que hacía mucho calor y que pasado el verano haría más fresco.

Chiquitita no tenía más distracción que asomar la cabeza entre los trigos, desde donde veía el cielo azulado.

“¡Qué hermoso es el aire libre y qué triste vivir siempre en un agujero! Si a lo menos tuviese a mi lado a la golondrina; pero me habrá olvidado en la selva verde”, pensaba.

Cuando llegó el otoño, el ajuar estaba completo.

—Dentro de cuatro semanas será la boda —dijo la rata; y como Chiquitita lloraba y protestaba, añadió:

—No te rebeles o te doy un mordisco, amiguita. El topo es un personaje muy rico, ¿qué más quieres? Deberías dar gracias a Dios por la felicidad que te envía.

La fecha del matrimonio llegó al fin; era el día en que Chiquitita iba a ser enterrada en vida, en que no sólo no vería el sol, sino que ni hablar de él podría, pues el topo lo odiaba. Suplicó a la rata que la dejase ir a dar un eterno adiós al sol, y consintió ésta, recomendándole que no tardase.

Estaba Chiquitita admirando por última vez la campiña, cuando un piar agudo la hizo levantar la cabeza y vió con sorpresa a su amiga la golondrina. Sollozando le confió su pena.

—Vente, pues —dijo la golondrina—; verás los países de eterno sol y de flores tan bellas como nunca las soñaste. Ven y dame el gusto de prestarte ese servicio; te salvaré de tu asqueroso topo, como tú me salvaste de la muerte.

—¡Sea! —exclamó Chiquitita—, te acompaño.

Subió sobre el pajarito, se ató a una de las plumas más recias y la golondrina se elevó, se elevó hasta por encima de altas montañas que corona la nieve el año entero. Cruzaron bosques de limoneros y naranjos, en los que se veían mariposas de vistosos colores, y al fin llegaron a un lago, en cuya orilla se alzaba un palacio de mármol. Bajo el alero del tejado veíanse muchos nidos de golondrinas.

—Esta es mi casa —dijo la amiga de Chiquitita—; pero no es bastante hermosa para ti; voy a llevarte abajo: hay flores divinas y escogerás aquella que más te agrade para habitarla.

—Eso es —respondió Chiquitita alegremente.

Entre los intersticios de una columna que yacía por tierra brotaban blanquísimas flores. La golondrina fué a dejar en una a Chiquitita. Mas, ¡oh prodigio!, había en ella un precioso joven, tan diminuto como la niña. Luminoso y transparente era su cuerpo, nacaradas sus alas y una corona de oro ceñía sus sienas. Era el rey de las flores vecinas, donde moraban sus súbditos.

—¡Qué hermoso es! —murmuró Chiquitita.

Turbóse el príncipe ante la golondrina, que era un ser gigantesco a su lado, mas le calmó la presencia de Chiquitita; nunca había visto tan delicada hermosura. Le preguntó si quería ser su esposa y reina de las

flores. Muy distinto marido era éste que el sapo y el topo, y Chiquitita dijo que sí con toda su alma. Entonces se abrieron las flores, y salieron donceles y doncellitas que acudieron a tributar homenaje a su nueva soberana.

Tal es la historia de Chiquitita, como la cuentan las golondrinas, cuando charlan, puestas en fila, en los aleros de los tejados.



Chelita

Por MORIS



DOS FUGITIVAS



CAPITULO VIII.— El tío Jaime.

Ya estaban las dos huérfanas muy acostumbradas en compañía del barquero Pablo, de su esposa Filomena y del joven Juan.

—Tenemos un día libre, chiquillas—, dijo el hijo del barquero a Silvia y Lucía. ¿Qué les parece ir a un cine?

—No tenemos dinero —murmuró Silvia.

—Yo las invito —indicó Juan—. Arriba niñas.

Silvia no se movía... Frente a ella se detenía un carabinero que estaba conversando con el viejo Pablo.

—Siempre calculé yo que esas dos niñas no eran hijas tuyas, don Pablo —decía el carabinero—. Me fijé en ellas cuando bajaron de la barca y recordé algo que no pude localizar de pronto. Ahora ya sé... Esas dos chicas son buscadas por la policía y sus retratos han estado largos días en los muros de toda la provincia. Mi deber es llevarlas al cuartel, amigo don Pablo. Lo lamento mucho...

Lucía apretó la mano de Silvia y tembló de miedo.

—Calma, hermanita —balbució Silvia—, desde allí no nos puede ver el carabinero.

El gran temor de la niña era que el perro Guacho ladrara.

Entretanto Juan, que había escuchado el balbuceo de Silvia, retrocedió con las dos huérfanas y se ocultó con ellas en un sitio resguardado.

—¿Qué significa esa notificación de la policía? —preguntó a Silvia—. ¿Han cometido ustedes algún delito grave?

—Ninguno, Juan —declaró temblando Silvia—. Yo se lo expli-

RESUMEN: Silvia y Lucía Balmer andan errantes huyendo de la policía, porque la pequeña Lucía se fugó de un Asilo de Huérfanos. El perrito que las acompaña roba un pollo en una granja. Las huérfanas son amenazadas por un granjero, pero las salva Mireya, una dama que las lleva a su casa. Silvia desconfía de su protectora. Pocos días después, Lucía y Silvia descubren una maleta llena de monedas y billetes falsos, y deciden huir de la casa. Alberto y Mireya tratan de detener a las fugitivas, pero son amparadas por el tío Pablo, dueño de una barcaza. Mireya continúa persiguiéndolas. Consigue raptar a Lucía, pero Juan, el hijo del barquero, la rescata.

caré todo, pero ahora déjanos huir, Juanito, y despídenos de tus padres.

—No se irán —expresó Juan—. ¿Dónde dormirían esta noche, sin alimento y sin dinero? Escuchen... Yo me acercaré al muelle y hablaré con el carabinero. Espérenme hasta que regrese.

—Gracias, Juan —suspiró Lucía—. Tal vez no registren la barca. Acurrucadas entre la carga, las dos fugitivas permanecieron en acecho.

Entretanto Juan subía al embarcadero.

El agente de policía había terminado su conversación con don Pablo, pero permanecía en el muelle espiando la calle, a fin de sorprender a las chicas cuando volvieran a la barca.

—Padre —dijo Juan al barquero Pablo—, supongo que no intentas entregar a las chicas a ese carabinero.

—Jamás —declaró el buen Pablo—. Dije al carabinero que Silvia y Lucía andaban de compras y las está esperando. Vamos a partir inmediatamente.

La barcaza se alejó del muelle entre las tinieblas de la noche, sin que el carabinero advirtiera la maniobra.

—Ya pueden bajar al camarote —indicó Juan a sus protegidas. Lucía lloraba y Silvia inclinaba la cabeza como una culpable.

—Don Pablo —murmuró la hermana mayor—, yo debí confesar a usted desde el momento que la policía nos buscaba. Lucy huyó de un orfanato y yo no tuve corazón para devolverla a ese asilo donde ella sufría tanto. Por eso nos persiguen.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Filomena—. Pobres angelitos... Se quedarán con nosotros hasta que encuentren a ese tío Jaime que buscan.

—Bien dicho, mujer —insinuó Pablo—, pero la policía cuando tiene una pista no la suelta, y mañana encontraremos otro carabinero en el próximo muelle del río.

—Eso ya lo había pensado también —expresó Juan—. Mi plan es que Silvia y Lucía desembarquen antes de llegar al muelle y sigan por tierra hasta la laguna de LOS PATOS. Allá las volveremos a recoger después que la policía haya visitado la barcaza. ¿Qué piensan ustedes?

—Espléndido tu plan, hijo mío —respondió el barquero—. Y ahora a comer y a dormir, palomitas.

—Gracias —murmuró Silvia—. Ustedes arriesgan todo por nosotras. Son demasiado buenos.



Aun no amanecía, cuando Silvia se levantó y vistió a su hermanita Lucía.

Juan asomó su cabeza por la cortina del camarote y preguntó: —¿Están listas las fugitivas? Mamá les ha preparado un paquete con emparedados, termos calientes y pan. El primitivo plan que anoche esboqué ha cambiado totalmente, niñas. Mi padre va a detenerse en una estación de botes a la vela, y mientras él entrega la carga en el embarcadero de Los Patos, yo seguiré con ustedes en el bote, hasta una aldea ribereña. Allí tendrán que aguardarnos uno o dos días, pero llevan dinero para hospedarse en alguna choza de pescadores. Mamá dice que tra-

ten de cambiar sus trajes y que oculten sus abrigos mientras bogamos en el bote.

—Tenemos trajes, pero muy delgados —insinuó Lucía.

—Mejor es soportar el frío que el encierro en un asilo —declaró sonriendo Juan.

El plan se realizó tal como lo proyectaba el valiente muchacho. Contratado el pequeño velero, las fugitivas cruzaron el río y llegaron a una aldea cuyas casas se situaban en los cerros.



—Adiós, niñas —dijo Juan—. Aquí no hay temor a carabineros, porque no llegan a estos sitios casi nunca.

Silvia, Lucía y el inseparable perro perdiguero, el *Guacho*, saltaron a tierra y caminaron por la pintoresca aldea.

Lucía corría feliz por los prados, seguida de su inseparable amigo el *Guacho*.

A mediodía merendaron bajo los árboles y durmieron la siesta.

—Ningún carabinero —decía jovialmente la chica fugitiva del orfanato—. ¡Qué feliz sería yo si nunca más volviera a verlos!

De pronto el *Guacho* partió corriendo y ladrando hacia la ribera.

—No hay que dejarle vagar —exclamó Silvia—; el Guacho es muy pendenciero.

Ambas niñas corrieron tras el perdiguero y le vieron persiguiendo a un perrito pekinés, tan pequeño, que bien podía guardarse en un bolsillo.

—Ven, Guacho —gritaba Lucía.

Pero el Guacho continuaba persiguiendo al diminuto can.

De súbito se oyó el agudo grito de una joven:

—Aquí, San Tan... San Tan.

Era la dueña del pekinés.

La jovencita, enardecida por el ataque a su regalón, dió un fuerte puntapié al Guacho y éste para vengarse le mordió un tobillo. Entretanto el pekinés, enloquecido por la persecución del perro grande, llegó hasta un acantilado y calló a una poza.

—¡Al agua, Guacho! —ordenó Silvia con severa voz—. Recoge al perrito.

—Me lo ahogaron —gritaba la jovencita desesperada.

El Guacho ya había saltado al agua, cogía en su hocico al lanudo pekinés. Pero poco acostumbrado a esas maniobras de salvamento, no podía trepar a la ribera.

Silvia se inclinó entonces sobre la movediza duna y pretendió coger al perrito, con tan mala suerte, que también resbaló.

—Mi hermanita —gemía Lucía— se va a ahogar por ese perro.

—No hay cuidado, niñita —dijo la dueña de San Tan—. Esa poza no es muy honda.

Por fin Silvia salió del agua con los dos perros en brazos.

—Perdone, señorita —dijo la niña con gran cortesía.

—Soy yo quien tengo que pedir excusas y agradecer a usted—.

Vengan a casa... Vivimos muy cerca, en ese chalet de persianas verdes. Usted necesita secar su ropa.

En la puerta del chalet recibió a la jovencita una dama que le dijo:

—¿Dónde andabas, Doris? Tu tío Jaime Balmers quería verte...

—¿Jaime Balmers? —preguntó asombrada Silvia—. ¿Dónde está?

—Ya sube a su automóvil —dijo la tía de Doris—. Va en la esquina.

—Atájenlo, —suplicó Silvia—. Nosotras somos sus sobrinas.

Y anhelante corrió Silvia tras el automóvil de Jaime Balmers.

(CONTINUARA).

Ives el indomable

CAPI TULO XXI.— La floresta cantadora.

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, conoce a Morgana, cuya ambición es reinar en Bretaña. Da bebedizos maléficó a los caballeros que arriban a su castillo, y ellos olvidan todo. Ives prueba un filtro que prepara la bruja Gorva, pero el duende Hua, su amigo, le da un contraveneno. Subtrae a Gorva un libro donde la bruja tiene anotadas sus fórmulas mágicas y prepara un contraveneno que devolverá la razón a los caballeros locos que Morgana mantiene prisioneros.

Ives, luego de destruir la aterradora leyenda del Graal, prosiguió su ruta para cumplir la ley de los caballeros andantes: proteger a los débiles y castigar a los felones.

No tardó en llegar al bosque donde, muchos años antes, transcurrió su niñez. Ives era hijo de la princesa Ghislene, que se casó con un doncel que era bello y valeroso, pero de humilde cuna: Ives el leñador. Ambos debieron huir para librarse de la venganza del rey Arturo, furioso porque su noble hermana había desposado a un plebeyo.

Nació Ives, que se crió en los bosques y fué el caudillo de los leñadores jóvenes. Ahora el príncipe quería visitar la floresta donde transcurrió su infancia, pero la encontró cambiada. Los moradores del bosque habían huído hacia la costa y el desierto, y llevaban una vida errante, sin hallar dónde establecer sus cabañas. El hambre y el frío les rodeaban con un cerco de miseria. El fértil bosque estaba convertido en un lugar embrujado.

—Está maldito —balbucieron los campesinos, cuando Ives les interrogó—. Nadie que penetre en él regresa. Las piedras cantan y rugen, llenando de pavor el corazón de quien las oye. Por eso huímos, para no oír a las piedras que gritan.

—Es absurdo —murmuró Ives.

—No vayas. El bosque te enloquecerá con sus rumores.

—Iré, para que podáis regresar a vuestras cabañas y no estéis desterrados —contestó Ives—. Ni antes ni después que el rey Arturo me dió las espuelas de oro de la caballería he retrocedido ante un peligro.

Y sin oír las aterradas advertencias, el doncel se puso en marcha. Por colinas y valles siguió a su caballo. Luego de mucho andar, llegó a una choza habitada por un viejo. Este, al verle, dijo:

—Noble extranjero, la floresta cantadora me dejó sordo. Pero no necesito oírte para saber que vienes a desafiar el maleficio de esta comarca. Me parece que te conozco, mancebo. Hace muchos años había aquí un niño que tenía en los ojos la llamarada que arde en tus pupilas y en los labios la firmeza que veo en tu boca. Se llamaba Ives, y era hijo de una princesa desterrada por el rey Arturo.

—Yo soy Ives, Fabricio.

El anciano sordo miraba los labios del joven y comprendió su respuesta.

—¡Ives! —murmuró, conmovido—. Ya no me importa morir. Sé que tú librarás el bosque de su maldición y mis paisanos podrán regresar a él, en vez de vagar por la costa, miserables y desesperados.

Le invitó a su humilde vivienda y le ofreció una hogaza de pan y una fuente con leche de cabra salvaje.

—Descansa esta noche, Ives. Mañana partirás.

Destellaba la primera luz del alba, cuando el príncipe inició su jornada. La vegetación era tan densa, que en algunos sitios debió quebrar los ramajes para abrir paso a su cabalgadura. Por fin llegó a un claro, donde se alzaba un gigantesco menhir, o monumento de piedra.

“Cuando era niño, intenté varias veces traspasar el bosque, pero mis fuerzas no eran suficientes para vencer la barrera de árboles y la maraña sólida. Ningún hombre de ese tiempo la atravesó tampoco, por miedo y superstición. Mis padres y yo nos mar-





chamos pronto, y esta región siguió sin explorar. Ahora sabré qué secreto encierra. Fabricio me habló de las piedras que cantan y de aves embrujadas." El jinete pasaba entre árboles de altura vertiginosa. Se detuvo al borde de un arroyo, para que su corcel abrevara. De pronto, un ruido formidable estalló con tal violencia, que Ives sintió zumbiar sus oídos. Hasta su cerebro resonaba con aquel hórrido canto de piedras. El joven se protegió las orejas con las bandas del yelmo. Sintiendo aún el estruendo supersónico, pero más apagado, continuó su camino hasta avistar inmensos dólmenes, antigua





construcción de piedra, que se forma con una gran laja horizontal colocada sobre dos o cuatro piedras verticales.

Advirtiendo que su caballo parecía enloquecido con la estridencia, Ives le palmeó cariñosamente el cuello y, en seguida, le dió libertad. El animal volvió grupas y emprendió el regreso, mientras Ivés continuaba solo su camino.

Una bandada de aves pasó, batiendo el aire con sus largas alas. Súbitamente, detrás de un dolmen surgió la harapienta figura de un vagabundo. Aprestó su arco y uno de los pájaros cayó, con el corazón atravesado por una flecha. Ives advirtió que era un petrel, ave marina. El vagabundo lo cogió en su garra, subió con agilidad sobre los dólmenes y corrió sobre ellos. Ives lo siguió, iniciándose una desenfrenada persecución sobre las mesas de piedra. De una a otra roca saltaba el mendigo, sin que Ives, con toda su briosidad juvenil, pudiera aventajarlo en velocidad. Los harapos agitados al viento, las rojas greñas en desorden, el extraño fugitivo desapareció de pronto. Ives descubrió, escondida bajo uno de los dólmenes, una choza, y, sin vacilar, saltó sobre su techo de paja.

(CONTINUARA).

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal** ⌘
SIMBAD N.º 21

América tiene
países.

GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE



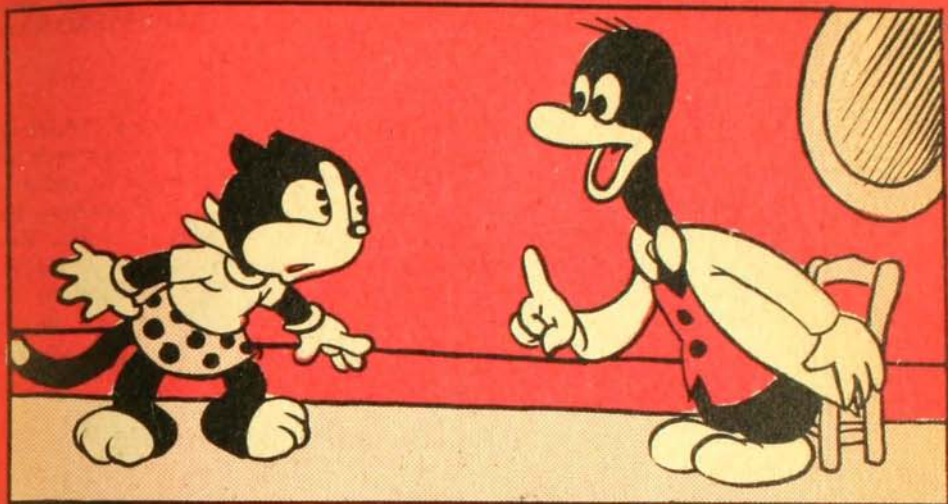
¿Puede decirnos cuántos países tiene América? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 5 cajas de construcción, 10 paletas de acuarelas, 10 cajas de lápices de colores, 20 premios de \$ 10, 10 paquetes de Vitalmin, y 10 libros de cuentos infantiles.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 18.

El perro ladra.

Premiados con UN PAR DE SOQUETES: María Eugenia Campos, Valparaíso; Enrique Cruz, Talca; Jaime Herrera, Angol; Manuel Hidalgo, Chillán; Arturo Benavides, Talcahuano; Lucy Uteau, Santiago. UN CARTON DE HERRAMIENTAS: Tito Cárdenas, Talcahuano; Enrique Pizarro, Coronel. UN LIBRO: Sonia Ruiz, Barrancas, de San Antonio; Harold Nagel, Valparaíso; Eliana Echeverría, Concepción; César Fernández, San Carlos; Jaime Ramírez, Talca; Olga Bórquez, Viña del Mar; Luis Jiménez, Talagante; Benigno Arcos, Santiago; Carmen Frez, Santiago; Guillermo Aguila, Santiago. UNA PELOTA DE GOMA: Victor Maturana, Concepción; Milena Muñoz, Santiago; Patricia Olmedo, Santiago; Haffe Saray, Santiago; Edwin Carter, Santiago. UN JUEGO DE PIMPON: Raúl Saavedra, Santiago; Reemberto Escalona, Santiago. UN PAQUETE DE VITALMIN: Carmen Parra, San Antonio; María de la Luz Puente, Santiago; Lautaro Campuzano, Santiago; Manuel Gándara, Valparaíso; Raimundo Castillo, Santiago; Clara García, Santiago; Alfonso González, Santiago; Marta Mahué, Valparaíso; María Gómez, San Antonio; María del Carmen Rencoret, Santiago; Francisco Núñez, San Felipe; Ricardo Galdames, Santiago; Guillermo Gutiérrez, Estación Palos Quemados; María Cristina Della Santa, Curicó; Antonio Muñoz, Santiago; José Parra, San Antonio; Hilda Morales, Santiago; Luis Bustamante, Santiago; Héctor Quinteros, Rengo; César Avila, La Unión; Mirta Olivos, Los Andes; Hernán Parra, Coihueco; Silvia Blaset, Linares; Alicia Solís, Renca; Daniel Ramírez, Santiago. UN TUBO DE PASTA BAYCOL: Luis Sixto, Santiago; Carmen Toscanini, Santiago; René Flores, Valparaíso; Hernán Hevia, San Antonio; Carlos Vargas, Valparaíso. UNA PALETA DE ACUARELAS: Hugo Ripoll, Estación Los Lirios; Silvia Segura, Chillán; Inés Carrasco, Los Andes; Alma Ruiz, Reumén, y Luis H. Jara, Santiago.

MUCHI X POCO



3. "—“Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar —re-pitió Muchi—. Lo mejor de todo sería un lugar para las cosas perdidas.” Poco se sentó para pronunciar su sermón número dos.



4. Pero en la silla estaba el alfilerero y, en vez de un sermón, soltó un chillido. Muchi quedó encantada. "—Gracias por hallarme la almohadilla", dijo, mientras el pato refunfuñaba.

Él fue el primero

*Don Andrés Bello,
Primer Rector de la
Universidad de Chile.*

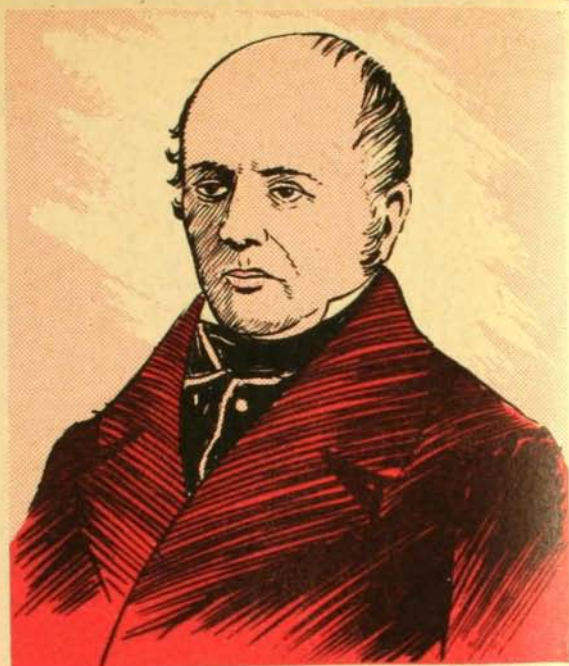
Nació en Caracas en 1781, y desde muy temprana edad se aficionó a los estudios. Tradujo a los clásicos griegos y latinos y es autor de una gramática castellana.

Se dedicó a la enseñanza y desempeñó varios cargos diplomáticos. Es célebre su traducción de "La Oración por Todos", de Víctor Hugo, que supera el original.

Este maestro de la lengua

castellana fue el primer rector de la Universidad de Chile. Ayudó en la reforma de las leyes del país. Uno de sus biógrafos escribe: "Tocaba a los cincuenta años cuando llegó a Chile, pero su espíritu estaba pleno de actividad, así como su corazón del entusiasmo tranquilo que sólo poseen los hombres de un gran carácter. Al lado de los Ministros de Estado, era siempre el consejero de la moderación, de la templanza y de la dignidad".

Andrés Bello fue rector de la Universidad de Chile varias veces, por reelección del claustro. El insigne americano realizó una labor que elevó el nivel cultural de los países por donde él pasó como educador, poeta y filólogo.



Simbad

\$ 2.-

N.º 22



BIEN PODRÍA
PREMIO Y CASTIGO

MUCHI x POCO



1. Un día Muchi abrió la jaula del canario y como éste no tenía ni una pluma de tonto, se voló. “—Ven, mi corazón te llama”, gritaba la gatita, pero el canario se hizo el sueco. “—Poco me va a castigar”, dijo Muchi. Luego tuvo una idea salvadorina.



2. Poco se acercó a la jaula para oír cantar a su canario. “—No canta”, exclamó preocupado. Lo sacó de la jaula y descubrió que no era un canario, sino un plátano. Nunca se pudo explicar este misterio, y Muchi tampoco se lo explicó.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 22

Precio: \$ 2.—

1.º-II-1950

PIRATA DEL MAR EGEO

CAPITULO VII.— *El mercado de esclavos.*

El galeón "Conquistador", nave del rey de Francia, cayó en poder de los piratas berberiscos de Ismail.

Carlos Saurel se consumía de angustia y coraje, prisionero con los demás sobrevivientes en la cala del navío capturado. La bella siciliana de dieciséis años, Adriana Valli, fué trasladada al barco del capitán pirata y seguramente sería vendida como esclava en el mercado de Argel.



Los cautivos desembarcaron en el puerto africano. Una muchedumbre se agolpó en el muelle, para verles. Entre esa turba, compuesta de árabes, cabilas, moros, negros y algunos europeos, pasó la fila de marineros franceses.

Carlos fué separado de su leal marinero Gastón Lecar, y junto con el capitán Fleurville se le situó en lugar aparte. Los bucaneros pensaban exigir rescate por ellos.

—Desechad esa tristeza —murmuró Fleurville, que estaba intensamente pálido porque su herida aun no cicatrizaba y le producía agudo sufrimiento—. Pagado el rescate, volveréis a Marsella.

—Lo dudo, señor.

Fleurville le miró asombrado.

—¿No disponéis de fortuna?

—Cuando mi padre desapareció en el Mediterráneo, con el valioso cargamento que llevaba su velero, sólo nos quedó una pequeña hostería, que regenta mi madre. No la privaré de su único sostén.

En ese momento, Ismail gritó:

—¡Que avancen mis esclavos!



Los prisioneros, custodiados por los piratas que llevaban en la mano el yatagán, reanudaron la marcha.

—¡Perros! ¡Hijos de perra! —aullaban algunos mu sulmanes al paso de los cautivos, que desembocaron finalmente en una gran plaza. En aquel sitio, donde transitaba una abigarrada multitud, se vendían telas, cántaros de barro, joyas, alfombras, alimentos

variados y... hombres y doncellas.

Mientras los árabes y los turcos se ocupaban de la subasta, Ismail se aproximó al teniente Saurel y con acento respetuoso dijo en pésimo francés:

—Tú, sidi, ¿eres el capitán?

—No. Sólo soy un pobre teniente.

La voz de Carlos era sarcástica. Sin desanimarse, Ismail insistió:

—Eres demasiado modesto, sidi. No me sorprendería saber que eres el general de la escuadra francesa.

—Pero te sorprendería descubrir que mi bolsa está vacía —rebatíó el joven, con irónico gesto.

Su mirada se fijó en los ojos codiciosos del berberisco, en su gesto adulator, en la falsa sonrisa.

—Créeme, Ismail, sólo dispongo de mi paga de oficial. Si la quieres por mi rescate, debes pedírsela a Su Majestad Luis XIV.

Una sombra de duda obscureció los ojos del pirata.

—¿No me engañas, sidi?

—No, mi estimado bribón.

El rostro del moro se contrajo de furor. Cogiendo a Carlos de un brazo, lo lanzó hacia el grupo de marineros.

—¡A reunirse con los miserables! —rugió—. ¡A ser vendido como esclavo para que alguien te marque la espalda a latigazos y te obligue a trabajar hasta que mueras de cansancio!

Carlos se estrelló contra el firme cuerpo de Gastón Lecar. El marino, con los dientes apretados, masculló:

—¡Ese chacal inmundo! ¡Atreverse a poner sus sucias manos sobre mi teniente! ¡Yo...!

—¡Quieto, Lecar! —ordenó el joven.

Ismail no les oyó. Los gritos que resonaban en el mercado apagaron las voces de Lecar y de Carlos. El joven prosiguió:

—Por ahora, mantengámonos sumisos. Luego idearemos la ma-





nera de fugarnos y...
—Y de buscar a la
signorina Adriana
—terminó el buen
Gastón. Sabía cuál
era el secreto que
guardaba el corazón
de Carlos Saurel.
—Sí, amigo mío
—respondió él—. La
buscaremos por mar
y tierra, hasta hallar-
la.

Dudaba de que la niña fuese traída al mercado de esclavos. Hasta ese instante no había aparecido, ni Ismail parecía dispuesto a dar la orden para que la trasladaran al tablado por el cual desfilaban uno a uno los prisioneros, desnudos hasta la cintura para que los postores apreciaran su fuerza física.

(CONTINUARA).

A nuestros lectores

Astrid Mann.— Pida el ejemplar número 8 de la revista "Simbad" a la sección "Suscripciones", enviando su valor en sellos postales.

Arturo Pino Batoy.— Nos alegra saber que es usted un fiel lector de nuestra revista y que guarda celosamente todos los números publicados. Suponemos que después empastará esa linda colección.

Fernando Jara Palacios.— Trasmitimos sus felicitaciones a Elena Poirier.

Hugo Cann Díaz.— Agradecemos sus elogios por "Ives el Indomable" y "Dick Tabú", series que, tal como usted opina, dan "renombrada fama" a "Simbad", el amigo del peneca.

Orlando Vergara H.— Trataremos de complacerle.

Judith Basso.— La sugerencia que nos hace ya está cumplida. "Dick Tabú" se publicó antes en "El Peneca".

ROXANE.

DICK TABÚ

CAPITULO XII.—' Los espíritus de los árboles.

La joven Lorna dormía plácidamente sobre su lecho de hojas secas. En sus labios se dibujaba una sonrisa que hacía aún más hermoso su semblante.

—¡Qué linda es! —murmuró el Intocable—. Así hubiera querido tener una hermana.

Experimentaba un loco deseo de tocar sus cabellos, de ceñirle otra corona de flores frescas en su sien, pero se lo impedía el tabú...

—Siempre he de ser aquel que nadie debe tocar —suspiraba el muchacho—. Mi padre me impuso un doloroso tabú. Sólo ahora comprendo mi triste destino.

Para olvidar su tristeza, comenzó a recoger flores silvestres que crecían entre el césped, y preparó una coronilla para Lorna.

Cuando la doncella despertó, encontró a su lado la fresca diadema.

—Dick, ¿dónde estás? —gritó sobresaltada Lorna—. ¿Habrá partido?

Pronto divisó a Dick saliendo de un remanso. Se había bañado y frotado su cuerpo con arena del río, peinado sus cabellos y sacudido el polvo de su piel de pantera.

Dick Hateras semejaba un dios de las selvas, un efebo griego de fuerte musculatura.

RESUMEN: Dick Hateras, consagrado por su padre como tabú de las tribus africanas, busca a Viola Chalmers, niña raptada por los negros kopjes. La encuentra en poder del hechicero Mopo, quien nunca le reveló que pertenece a la raza blanca. La doncella es sacerdotisa del dios Og, pero salva a Dick Tabú de ser sacrificado y huye con él a través de la selva.



—Eres hermoso, ¡oh mi amo y señor! —exclamó la sencilla Lorna.

—La aurora no es más bella que tú —respondió Dick con insólita timidez.

Lorna se dirigió a su vez al remanso para lavarse y peinar sus ensortijados cabellos.

Mientras tanto, Dick Tabú pescaba truchas en el río y encendía una fogata.

Cualquier hombre civilizado que hubiera visto a esos dos adolescentes en medio de la jungla, los habría comparado con la primera pareja humana.

Ambos eran hermosos, esbeltos e inocentes.

Lorna se admiró de la manera cómo Dick preparaba el pescado asándolo sobre piedras enrojecidas al fuego. Admiró también la gracia con que presentaba la trucha en grandes hojas de parra silvestre.

—Eres tan distinto a todos los nativos en tus costumbres —insinuó Lorna—. ¿Por qué vistes esa piel de pantera?

—Mi padre me vistió así desde pequeño —explicó Dick—, a fin de que mi epidermis se habituara a las picaduras de los insectos, y para que mis pies desnudos se acostumbraran a correr por terrenos pedregosos. Puedo saltar de un árbol a otro y recorrer largas distancias sin tocar tierra. Así vine desde mi lejano distrito hasta el país de los *kopjes*.

—Yo nunca salí de la caverna del dios OG y de sus valles y montañas —dijo Lorna—. Desde que recuerdo, me destinaron a ser sacerdotisa del ídolo, y el hechicero Mopo me tenía siempre a su lado. Mis obligaciones eran encender y mantener la antorcha del dios OG, sin que nunca se apagara, y dar la señal para que se iniciaran los sacrificios humanos. Por eso, el día que te iban a sacrificar a ti, yo pude detener el sacrificio y salvarte de la muerte. Como sacerdotisa, todos tenían que obedecerme dentro del santuario del dios OG.

—Ahora tú irás conmigo a otras regiones, Lorna, y es posible que encuentres una dicha infinita —dijo el Intocable.

Después de merendar, y cuando ya el sol estaba en el cenit, ambos adolescentes emprendieron la marcha hacia el Norte.

Mientras caminaron por la desierta jungla, no corrieron más peligro que el encuentro con fieras y reptiles, pero era posible



que alguna vez se vieran detenidos por tribus salvajes o caníbales.

—Allá lejos diviso un grupo de rucas —dijo Dick al término del día—. Convendría que fuera yo a explorar el campo. Trepas a un baobad, Lorna, y no te muevas de aquí hasta que regrese.

—Vamos juntos —suplicó Lorna—. La obscuridad de la noche nos permitirá ocultarnos.

—No —respondió Dick Tabú—. En caso de ataque o si me aprisionan, tú puedes huir sola. Estando juntos, nuestra desgracia sería irreparable.

Lorna se resignó a la orden de su compañero, y trepó a un árbol que crecía junto a una laguna.

Entretanto Dick Tabú avanzaba sigilosamente hasta la aldea indígena.

“Por los tambores y tam-tams, advierto que realizan una fiesta religiosa”, pensó el Intocable.

Escabulléndose por entre los árboles, divisó el más extraño espectáculo. A la luz de la luna desfilaba una curiosa procesión. —**LOS ESPIRITUS DE LOS ARBOLES** —clamaban los negros, alzando en alto sus brazos.

En fila indiana avanzaban los espíritus de los árboles. Eran altos, delgados y se coronaban con ramas de abetos y cocoteros. La procesión caminaba lentamente, perfilándose en el circuito como una pavorosa visión.

—Los espíritus de los árboles —gritó el jefe de la tribu—. ¿Que hemos hecho para que salgan de la jungla a visitarnos?

—Los espíritus piden sacrificios —respondió el hechicero Nipai—. Han hablado a mi mente y dicen que no tardará el castigo. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! —clamaron todos los negros doblando las rodillas.

Los espíritus continuaron el desfile hasta que se perdieron, o mejor dicho, hasta que se desvanecieron en la selva.

“Qué maravillosa figuración —pensó Dick Tabú—: ¿Cómo han podido efectuar tan sorprendente hechizo?”

Temiendo ser descubierto por los nativos que regresaban a las rucas, el Intocable se dirigió al sitio donde había quedado aguardándole la doncella Lorna.

Sólo entonces recordó que había tardado dos horas, distraído con la estupenda ceremonia.

Un grito lejano llegó a sus finos oídos.

—Lorna me llama —murmuró Dick angustiado.

Efectivamente, Lorna, después de una hora de espera, decidió bajar del baobad y salir en busca de Dick. Como la selva era muy tupida, casi no veía el camino.

Así fué que de súbito se hundió en el fangoso lago y no pudo salir.

Fueron sus gritos los que escuchó Dick Tabú. Desgraciadamente, también los había oído un indígena que circulaba por la laguna.



ELENA
FORNER

—¡Me hundo, Dick! —gritó Lorna—. Este es un castigo del dios OG por haberle abandonado.

—Calla, Lorna —respondió Dick—. Corro a salvarte.

El Intocable ya no pensaba en su tabú. Todo su deseo era salvar a Lorna que se hundía rápidamente en el cieno.

El negro que iba tras de Dick dió un salto y cogió a Lorna por la cintura, sacándola del fango antes que interviniera el Intocable.

La victoria era más fácil para el indígena que conocía palmo a palmo el cenagoso lago.

—¡Dick, defiéndeme! —gritaba Lorna luchando con el negro que huía con ella hacia el reduto.

—Lorna, calla —ordenó el Intocable.

Después de la ceremonia religiosa que había presenciado en el reduto indígena, Dick comprendía que si el hechicero Nipai tomaba conocimiento de que Lorna era una sacerdotisa fugitiva, la castigaría sin remisión y la ofrecería en sacrificio a LOS ESPIRITUS DE LOS ARBOLES.

Usando de todas sus fuerzas pudo al fin salir del fango, pero ya

el negro estaba próximo a las rucas y sus gritos de guerra repercutían en el villorrio.

Con la agilidad de un gato montés, Dick trepó a la copa de un árbol y de ahí a otro gancho vecino, hasta que pudo colocarse en una rama que caía sobre la primera ruca del reducto indígena. El negro ya estaba en la puerta de una choza llamando al hechicero de la tribu.

Más de cincuenta nativos acudieron entonces a ver a la prisionera, que, cumpliendo las órdenes de Dick Tabú, guardaba silencio.

—El jefe, el jefe Sumán —dijeron los negros, abriendo calle a un individuo obeso y viejo.

Sumán examinó a Lorna de pies a cabeza, y ordenó que encendieran una gran fogata.

—Sabio hechicero —preguntó Sumán a Nipai—, ¿quién es esta doncella?

—La envían los **ESPIRITUS DE LOS ARBOLES**, para que sea sacrificada —respondió el farsante Nipai.

—¡Han hablado los espíritus! —gritaban los negros—. ¡Oh tú, sabio Nipai, danos su mensaje!... ¡Los espíritus de los árboles han hablado!...

Los demás nativos que aún no habían visto a Lorna comenzaban a agruparse en torno de la prisionera, y, como eran muy supersticiosos, se dejaban engañar por la verba del hechicero Nipai.

Dick Tabú, desde la copa del árbol, urdía un plan fantástico.

En el momento preciso se dejaría caer en medio de los negros y defendería con artes mágicas a su compañera de aventuras.

—¡Que la doncella sea sacrificada! —gritaban los más entusiasmados—. Hay que quemarla en la hoguera sagrada.

—¿Quién eres tú? —interrogó Sumán a Lorna.

Cumpliendo la orden de Dick, la doncella no respondió.

—Es el genio del mal —declaró el hechicero Nipai—. Si no la sacrificas, Sumán, se quemarán tus cosechas, se secarán tus campos y nunca más alumbrará el sol.

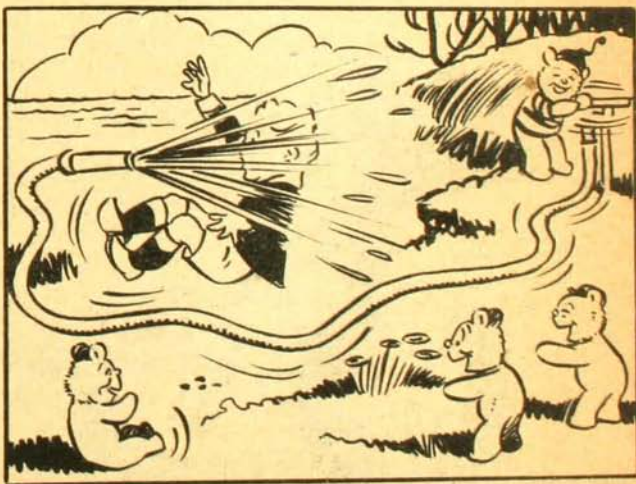
El jefe Sumán ordenó que ataran a Lorna con las manos a la espalda, y entrelazaran sus tobillos a fin de que no pudiera huir. Lorna quedó así prisionera y de rodillas, precisamente bajo el árbol donde Dick Tabú se ocultaba.

(CONTINUARA).

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. —“El telescopio no es para jugar”, dijo Tomasín a Ma, Ra Vi y Lla. Los ositos decidieron castigarlo por egoísta, y cambiaron el telescopio por el pistón de una manguera.



2. Tomasín quiso ver un buque, y tomó la manguera. Ma, abrió la llave y una ducha cayó sobre Tomasín. —“Miró el mar de muy cerca y se mojó”, rieron los ositos.

MARCO POLO

CAPITULO VII.— *La princesa Kukachín.*

Después de un viaje que duró cinco años, Marco Polo, su padre y su tío llegaron a la China, en 1275. El Gran Khan, Kublai, les brindó una cordial acogida, y, admirado de la inteligencia que demostraba el joven veneciano, le agregó a su servicio. Meses más tarde, el emperador mongol se dirigió a Cambaluc (Pekín). Allí tenía su palacio de invierno.

Marco admiró la riqueza de la mansión imperial, pero quien llenó su corazón de asombro infinito y de otro sentimiento extraño y dulce fué la princesa Kukachin, maravilla de maravillas, una diosa asiática, de cabello negro azulado, ojos rasgados, boca pequeña y sonrosada como la flor del durazno. Entre el esplendor del palacio, ella brillaba por su belleza.

Los ojos de almendra miraron al veneciano, que se destacaba más alto que nunca entre los cortesanos y los servidores de estatura media. Detrás del abanico, las pupilas de dorado fulgor se iluminaron de admiración. Marco Polo, feliz, sonrió, olvidando toda etiqueta. No estaba allí su fiel criado Bengucio para clavarle el codo en las costillas y hacerle recobrar su digna gravedad.

En el palacio de Cambaluc, a fin de celebrar la llegada del emperador, se ofre-





ció un suntuoso banquete y allí probó Marco Polo el *kumis*, leche fermentada de yegua. Por un locuaz vecino de mesa supo que sólo era bebida por el monarca y sus huéspedes.

Los días que siguieron fueron de encantamiento para Marco Polo. Hablaba con la princesa Kukachin en los jardines del palacio. Ella le escuchaba absorta y sus ojos sesgados reflejaban el asombro que le causaban los relatos del veneciano. —¿Tu ciudad está en el mar? repetía—. ¿Cómo puede flotar?

—Gruesas pilastras y basamentos la sostienen sobre el Adriático —explicaba Marco—. El agua cubre los escalones con limo y algas verdes. Mi casa está en San Giovanni Crisóstomo.

Ella murmuraba aquellos nombres exóticos y le agradaba especialmente repetir un nombre: Marco Polo.

Mientras ambos jóvenes vivían en las nubes de su felicidad, graves acontecimientos se avecinaban. Ahmed, un tártaro musulmán, cuyo poder sólo era inferior al del propio Kublai Khan, fraguaba un complot contra el emperador. Por su crueldad, era odiado y temido.

Una noche que el Khan y sus huéspedes se habían trasladado al palacio de verano, a varias jornadas de marcha de Cambaluc, los secuaces de Ahmed, dirigidos por el capitán Toctai, se apoderaron de la mansión imperial. El primer paso para derrocar a Kublai Khan estaba dado.

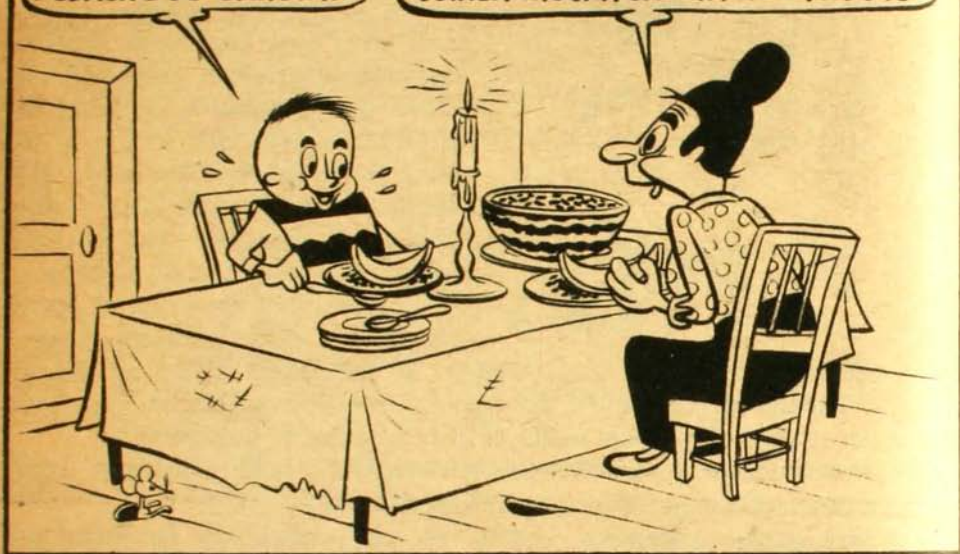


(CONTINUARA).

Ponchito

¡ABUELITA, DEME OTRO PEDACITO DE SANDIA!

¡NO SEÑOR! LOS NIÑOS NO DEBEN COMER MUCHA SANDIA EN LA NOCHE



¡YA ES HORA DE QUE VAMOS A ACOSTARNOS



MAS TARDE



¡EH! ¿OIGO UN RUIDO EN LA OTRA PIEZA, O ESTOY SOÑANDO?



¡OH! ¡PONCHITO ES SONAMBULO! ¡POBRE ANGELITO!



LO SEGUIRE, NO LE VAYA A PASAR ALGO



MAÑANA LE DIRE A MI ABUELITA QUE LAS LAUCHAS SE COMIERON LA SANDIA



Premio y castigo

Esto sucedió cuando había gnomos y hadas y los encantamientos ocurrían a cada paso.

Viajaban, en la época de nuestro cuento, dos jóvenes en busca de trabajo. Uno era aprendiz de sastre, y el otro de joyero. Hacía diez días y más que habían salido de su país natal.

Una tarde se entretuvieron tanto en el camino, que, al caer la noche, se encontraban todavía a gran distancia de la aldea donde habían proyectado cenar y dormir.

El aprendiz de joyero era cobarde, y cualquier rumor le llenaba de pánico. El otro, en cambio, un poco más valiente, procuraba animar a su compañero.

De este modo seguían andando, cuando al atravesar un bosque percibieron una extraña música, tan dulce y agradable, que al punto sintieron desaparecer el cansancio de la ruda caminata.

Era tan fascinante la música aquélla, que los dos aprendices abandonaron el camino real para seguir un sendero que, penetrando más en el bosque, parecía conducir al lugar donde sonaba la melodía. No hay qué decir cuánto fué el miedo que pasó el aprendiz de joyero; hasta la joroba —porque tenía esa desgracia— se le estremecía de pánico.

Guiándose por los agradables acordes, llegaron finalmente al borde de una especie de hondonada, en cuyo fondo tenía lugar un curioso espectáculo.

Una verdadera multitud de enanitos y doncellitas estaban entregados a los placeres de la danza. Si los hombrecitos resultaban muy pequeños, las mujercitas aún eran más diminutas. Y asidos todos de las manos, formando círculo, bailaban y saltaban al son de la melodía, al tiempo que, con sus vocecillas, entonaban alegres canciones. Era algo realmente maravilloso.

En medio del corro de danzarines se hallaba otro enano, si bien un poco más alto que sus compañeros. Este gnomo tenía una hermosa y larga barba blanca. Vestía un traje tan rico, que, apenas se movía, lucían en todas direcciones los destellos de la pedería que llevaba montada en tejidos de oro y plata.

Así que los aprendices asomaron a la hondonada donde tenía



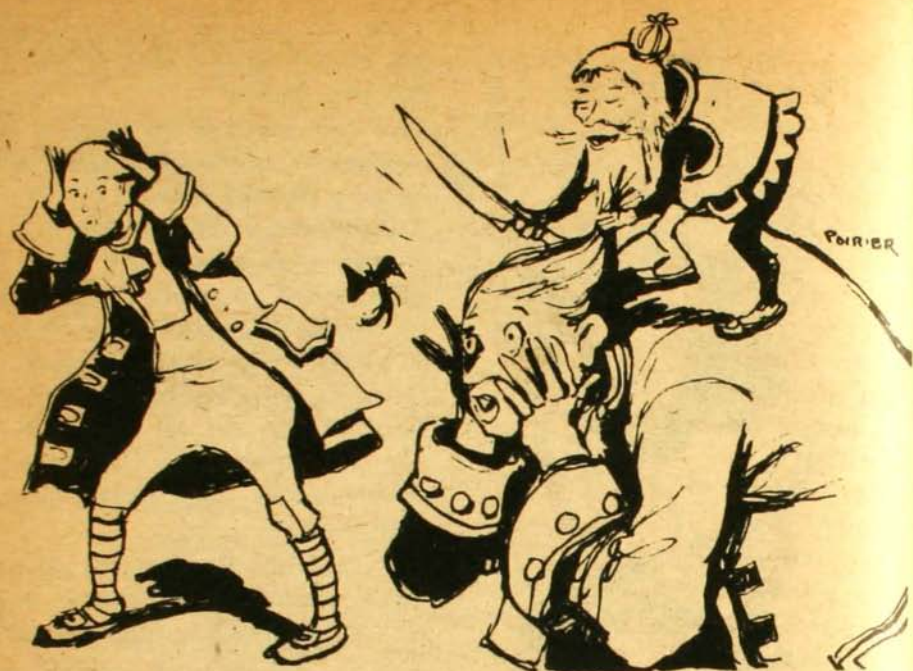
lugar la extraña fiesta, el gnomo de la barba blanca les llamó por señas.

Los dos jóvenes se sentían demasiado admirados para atreverse a dar un paso.

Entonces, los demás gnomos se sumaron al mayor de ellos, invitándoles a acompañarles en su fiesta. El aprendiz de joyero se adelantó y entró decidido en el corro, colocándose al lado del hombrecillo de la barba blanca. Un momento después, el sastre hacía lo mismo que el jorobado.

Los hombrecillos y las mujercitas parecieron alegrarse tanto de su presencia, que reanudaron la danza y los cantos con más brío y alegría que un momento antes.

Por su parte el gnomo de la barba blanca echó mano de su cuchillo y se puso a afilarlo con el mayor cuidado. Esto ya no agradó tanto a los aprendices. Ya se preparaban a escapar, cuando, repentinamente, el gnomo dió un brinco y cogiéndoles por el cuello con una fuerza prodigiosa les afeitó la cabeza con la mayor destreza, y en menos tiempo del que se necesita para contarlo. ¡Y, cosa extraña, el estupor o tal vez un encantamiento no permitió que ninguno de los dos huyera en tanto que el otro era sometido a tan raro sacrificio!



En seguida, el gnomo barbudo les dejó en libertad y, lo que es mas, les hizo señas de que se marcharan. Parecía muy satisfecho. Los asombrados aprendices iban, pues, a irse, cuando nuevamente el extraño gnomo les hizo unas señas. Pero ahora señalaba un montón de carbón que se veía allí cerca. Y con gestos inconfundibles les invitó a que se llenaran los bolsillos.

El primero en hacerlo fué el aprendiz de sastre y luego le imitó el joyero. Por cierto que éste, mientras lo hacía, refunfuñaba, diciendo que de poco iba a servirles el carbón, y menos seguramente para hacerles crecer el pelo.

En fin, que se llenaron los bolsillos y se marcharon muy de prisa del extraño lugar. El joyero iba refunfuñando y maldiciendo el momento en que se le ocurriera meterse en el corro de bailarines. Antes de partir definitivamente, volvieron la cabeza para ver, por última vez, a los pequeños bailarines. En aquel momento comenzaron a sonar las doce en el campanario de un monasterio cercano y al instante quedaron interrumpidas la danza y la música de los gnomos, que desaparecieron como por encanto. Siguieron su marcha, y media hora después los dos viajeros llegaban a una aldea y obtenían albergue para pasar la noche. Ves-

tidos como iban, se dejaron caer en los camastros que les dieron, y, al momento, se quedaron dormidos.

Les despertó, con sobresalto, la sensación de que alguien tiraba de ellos. Apuntaba ya el día.

Pronto se dieron cuenta de que no era que les tirasen de la ropa, sino que todo se debía al peso que llevaban en los bolsillos. Se acordaron del carbón, lo sacaron y descubrieron asombrados que los trozos de carbón, que recogieran la noche anterior por indicación del enano de la barba blanca, se habían convertido en otros tantos pedruzcos de oro macizo.

Un momento después, descubrían, con igual estupor, que durante la noche les habían vuelto a crecer el cabello y el incipiente bigotillo.

Claro está que se sintieron muy felices. Unas horas antes eran pobrísimo y ahora, cuando menos podían esperar, se encontraban dueños de inesperadas y cuantiosas riquezas.

De los dos, el más rico era el aprendiz de joyero. En efecto, el jorobado, que era muy codicioso, había tomado doble cantidad de carbón que su compañero. Por lo tanto era doblemente más rico. Esto no era obstáculo para que se lamentara amargamente de su imprevisión de no coger mayor cantidad de carbón.

—Sólo un tonto —decía— puede no haber comprendido que el enano de las barbas no nos iba a hacer cargar con carbón, de no ser con objeto de recompensar nuestra docilidad al dejar, como hicimos, que nos rapara la cabeza.

No quiso desayunar tampoco, a pesar de que no había cenado. Le preocupaba la idea de aumentar la fortuna inesperada que le había venido a las manos.

Al fin creyó haber dado con el medio: volver aquella noche nuevamente a la hondonada del bosque en busca de más carbón. Y así se lo propuso a su compañero.

Pero el sastrecillo, que no era codicioso como el otro, se negó en redondo, diciendo:

—Gracias, amigo; pero yo tengo bastante con lo que he conseguido. Regresaré a mi aldea y pondré un taller de sastrería. Luego me casaré con la moza que es mi novia y ambos seremos muy felices. Si vuelves al bosque esta noche, te aguardaré hasta mañana para regresar juntos.

Tan pronto anocheció, el jorobado, que continuaba con su propósito de enriquecerse, tomó el caminito que conducía a la hondonada del bosque. Llevaba consigo dos grandes sacos.

En el mismo lugar de la noche anterior encontróse con el corrillo de enanos que danzaban y cantaban. También estaba el gnomo de la barba. Sin vacilar, el aprendiz de joyero se metió en el corrillo. Su codicia le había hecho olvidar el miedo que siempre tuviera a la noche.

Ocurrió todo exactamente igual. El barbudo gnomo le afeitó la cabeza y luego le invitó a que tomara el carbón que quisiese. La única diferencia fué que el enano no parecía tan contento. Pero el codicioso jorobado no se dió cuenta de ello. Estaba muy ocupado metiendo carbón en los sacos, que llenó hasta reventar. No contento con esto, se llenó las faltriqueras y hasta el gorro quería, pero, como tenía afeitada la cabeza, sintió frío y desistió de ello.

Cargado con los pesados sacos, que a duras penas pudo llevar, regresó junto a su compañero, que dormía a pierna suelta.

También el jorobado se echó en su camastro, pero no pudo dormir. Ansiaba que llegara el día para contemplar su tesoro.

Así que brilló la primera luz de la aurora, saltó el aprendiz de joyero de su cama. Febrilmente, desató las bolsas, afanoso por ver cuánto oro poseía. . .

¡Qué amarga desilusión!

Los sacos sólo contenían carbón. Y carbón también era lo que había en los bolsillos de sus ropas.

Su desesperación fué enorme ante semejante desengaño. Luego, se conformó un poco. Aun era más rico que el sastre: tenía el oro de la vez anterior.

Así pensando, lo buscó debajo del jergón donde lo dejara. ¡Nuevo desencanto! ¡También aquel oro se había vuelto carbón!

Tanto fué su furioso dolor, que se llevó las manos a la cabeza para arrancarse los cabellos. Pero se encontró con la cabeza monda y lironda. ¡El pelo no le había vuelto a crecer! ¡Se había quedado calvo!

Ya no dolor, sino rabia sintió el desgraciado. Y, sin embargo, aún no conocía la totalidad de su castigo por la codicia de que diera pruebas: formando juego con la joroba que tenía en la espalda, al aprendiz de joyero le había nacido otra en el pecho. El sastrecillo, que se había despertado y vió cuanto le sucediera a su compañero, dejó entonces su lecho, y, poniéndole la mano en la espalda, le consoló con estas palabras:

—Amigo, cesa en tu desesperación. . . Si todo lo perdiste, yo aún

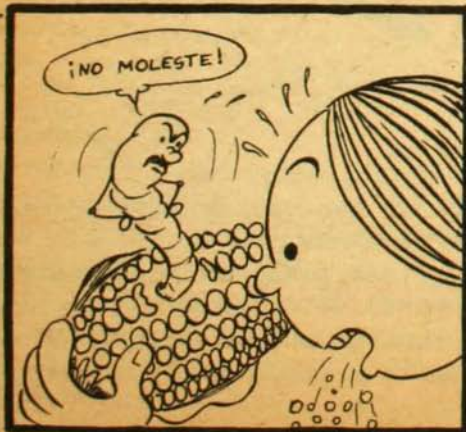


tengo mucho. Toma la mitad de mi oro, que, a pesar de ello, aún poseeré más de lo que pueda necesitar.

Y gracias al buen sastrecillo, el joyero pudo, como él, establecerse y buscar en el trabajo la fuente de la verdadera riqueza. Llegó a ser dueño de un bonito capital, pero en recuerdo de su codicia tuvo siempre la doble joroba y jamás volvió a crecerle pelo.

Chelita

Por MORIS



DOS FUGITIVAS



CAPITULO IX.— Jaime Balmers, traidor.

—Espere, niñita —decía la madre de Doris a Silvia—. Su traje está mojado. Colóquese por lo menos este chal en la cabeza.

Silvia se detuvo un instante para recibir el chal, y partió como un celaje tras el automóvil que ya se alejaba por la carretera. Para ella, antes que la salud importaba el encuentro con el tío Jaime Balmers, porque con la protección del hermano de su padre terminaría toda persecución.

—¡Deténganse!, ¡deténganse!
—gritaba la niña.

Los dos individuos que ocupaban el automóvil no oyeron el llamado de Silvia.

Su respiración se hacía anhelante y un terrible dolor de cabeza la aquejaba; pero continuó su vertiginosa carrera hacia la estación ferroviaria.

Cuando entró al andén, aun no llegaba el tren.

Silvia comenzó a examinar a las pocas personas que circulaban

RESUMEN: Silvia y Lucía Balmers andan errantes huyendo de la policía, porque la pequeña Lucía se fugó de un asilo de huérfanos. El perrito que las acompaña roba un pollo en una granja. Las huérfanas son amenazadas por un granjero, pero las salva Mireya, una dama que las lleva a su casa. Silvia desconfía de su protectora: Pocos días después Lucía y Silvia descubren una maleta llena de monedas y billetes falsos, y deciden huir de la casa. Alberto y Mireya tratan de detener a las fugitivas, pero son amparadas por el tío Pablo, dueño de una barcaza. Mireya continúa persiguiéndolas. Consigue raptar a Lucía, pero Juan, el hijo del barquero, la rescata. A fin de evitar que un carabinero arreste a las dos fugitivas, Juan, el hijo del barquero, las conduce a una aldea riberana. El perro "Guacho" ataca a un pequinés, y Silvia por salvarle cae a una poza; Doris, la dueña del perrito, lleva a su casa a las huérfanas. Silvia se informa de que Jaime Balmers ha partido camino de la estación y le sigue.

en la plataforma, y no viendo a ninguna que pudiera ser de la edad de su tío Jaime, preguntó al portero:

—¿Quiénes eran los pasajeros que llegaron en ese automóvil azul que está en la puerta?

—Uno es el señor Rider, dueño del chalet de las Brisas, y el otro no sé quién es, pero venía con el señor Rider. ¿Se cayó al agua, señorita? Está completamente mojada...

Silvia avanzó hacia el individuo que venía en el automóvil. Era un joven de pelo colorín, vestido con elegancia.

—¿Es usted el señor Jaime Balmers, que tiene una fábrica en Chillán? —preguntó Silvia.

—Sí —dijo el joven, sorprendido ante la cortante interrogación—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Creo que soy su prima —declaró Silvia, muy sonrojada—. Yo... yo vengo del chalet de Las Brisas... Mi hermana Lucía y yo buscamos a mi tío Jaime de Chillán, y yo...

Cuando Silvia refirió brevemente todas sus aventuras, la fisonomía de Balmers se alteró en forma tan agresiva, que Silvia se atemorizó.

—Qué impavidez —exclamó por fin el colorín, tras un tenso silencio—. ¿Porque tú tienes un tío llamado Jaime Balmers sacas en consecuencia que yo soy tu primo? Debes ser una muchacha idiota...

Silvia retrocedió como si la hubiesen golpeado. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y, afligida, murmuró:

—Perdóneme... Yo pensé...

Silvia se alejaba cuando la voz áspera y dura exclamó:

—Espera, muchacha... No debí hablarte con tanta rudeza. No pertenezco a tu familia, ni he vivido jamás en Chillán, pero tal vez pueda ayudarte. Efectuaré algunas investigaciones, y si estás viviendo con la familia Rider en Las Brisas...

—No vivimos allá... Fué por un accidente...

—La señora Rider es muy buena y las amparará —prosiguió Balmers—. Ella puede proporcionarte un empleo. Te daré una tarjeta para ella, y mientras tanto yo averiguaré sobre tu tío Jaime.

—Gracias, señor, gracias —musitó Silvia.



El colorín borroneó unas letras en su tarjeta de visita, y la entregó a Silvia. Si la niña hubiera permanecido un rato más en la estación, se habría dado cuenta de que el joven colorín no subió al tren, sino que avanzó hacia el telégrafo para enviar una misiva, y si hubiera sabido a quién escribía Jaime Balmers, su sorpresa habría sido tan grande como su temor.

La huerfanita ya comenzaba a sentir la reacción de su caída al agua helada: latían sus sienes y le aquejaba un terrible malestar.

Nunca supo cómo llegó al chalet de Las Brisas. Sólo recordaba que al llegar a las rejas, todo se oscureció y cayó exánime.

Cuando recobró los sentidos, estaba tendida en un blanco lecho y atendida por Doris, la jovencita dueña del pequinés San Tan. —¿Cómo te sientes? —preguntó la dulce voz.

Inmediatamente se acercó Lucía, arrojándose en los brazos de su hermana. El perro *Guacho* también saltó a la cama.

—Estábamos tan asustadas —murmuró Lucía—. ¿Por qué corrías tanto sin esperarme? Creí que huías de mí.

Silvia explicó como pudo su entrevista con Jaime Balmers y entregó la tarjeta a la señora Rider.

—Ya había decidido ofrecerles mi hogar, niñas —dijo la excelente dama—, mientras encuentran a sus parientes.

—Ese señor colorín dijo que no era pariente mío —explicó Silvia— y que nunca había vivido en Chillán.

—Comprendiste mal, hijita —respondió le señora Rider—. Ese

joven es el hijo adoptivo de don Jaime Balmers. Por lo menos así lo ha dicho mi marido.

“¿Por qué me mintió entonces? —pensó Silvia—. ¿Y por qué su semblante se demudó cuando yo le dije que era su prima?”

Silvia pasó el día en cama, pero a la mañana siguiente recobró todas sus energías y pudo salir a la playa con Lucía y el *Guacho*.

—Tenemos que esperar la venida de Juan, el hijo del barquero —indicó Lucía.

—Verdad —exclamó Silvia—. Con tantos sucesos extraños, había olvidado enteramente a nuestros amigos de la barcaza. Es

posible que anoche pasaran por esta costa. Escribiremos a don Pablo y le daremos nuestra nueva dirección.

Fueron días muy felices los que pasaron ambas huérfanas en casa de la señora Rider. Silvia ayudaba en los menesteres de la casa, aun cuando la dueña del chalet la instaba a reposar.

—Mi hija Doris partirá hoy, y ustedes quedarán acompañándome —decidió la buena señora—. Que Lucía vigile a su perro, a fin de que no pelee con San Tan.

El perdiguero y el pequinés ya eran íntimos amigos.

Ambas huérfanas, en aquel hogar que las acogió cariñosamente, olvidaron las penalidades sufridas.

—Si los carabineros no nos persiguen y la señora Mireya con su marido nos dejan en paz, nada más deseo para ser feliz.



—¿Y el tío Jaime? —preguntó la pequeña Lucía—. Tenemos que encontrarlo.

—Sí —respondió la jovencita—. El tío Jaime es toda nuestra familia y junto a él no temeremos que te lleven otra vez al orfanato.

Las niñas no sospechaban que les sería muy difícil hallar a Jaime Balmers, porque su hijo adoptivo, el colorín, tenía interés en mantenerlas separadas de él.

“Estas advenedizas no me perjudicarán”, pensaba mal el muchacho, sin sentir piedad por las hermanas que vagaban sin protección a

través del país. Una tarde, Silvia y Lucía salieron de paseo con el *Guacho* y San Tan. De pronto el *Guacho* comenzó a gruñir.

Silvia vió por entre los árboles un automóvil que se detenía en la calzada, y comprendió el gruñido del perro.

—Aquí, *Guacho* —balbu-

ceó Silvia, aterrada—. Lucía, ocúltate en este matorral.

Dos automóviles ocupaban ahora la calzada. Uno grande y lujoso, y el otro, pequeño y desvencijado.

Junto a los carruajes se detenían dos hombres y una mujer; el colorín Jaime Balmers y los estafadores Alberto y Mireya.

“¿Cómo han venido a esta aldea riberana? —pensaba Silvia—. Ese colorín nos ha traicionado. Yo le referí todas nuestras aventuras, y él, con fines que ignoro, ha querido entregarnos a nuestros enemigos. Debemos huir y pronto.”

(CONTINUARA)



Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, visita el bosque donde transcurrió su infancia y descubre que todos sus moradores se han visto obligados a huir porque la floresta está maldita. Sin vacilar, se interna en la comarca donde "las piedras cantan", enloqueciendo a los que oyen ese estruendo maléfico. Persigue a Irka, un vagabundo del bosque.

CAPITULO XXII.— La druidisa Gulna.

Ives perseguía sobre los dólmenes al mendigo Irka. De pronto, el cuerpo cubierto de andrajos desapareció. Ives no tardó en descubrir una choza oculta bajo un dolmen quebrado. Sin vacilar, saltó sobre el techo de paja y de allí al suelo. Con su espada llamó a la sólida puerta. En seguida, como no obtuviera contestación, trepó de nuevo al techo y abrió en él una brecha para deslizarse al interior.



Intenso asombro le causó la escena que se presentó a sus ojos. Las paredes de la cabaña estaban cubiertas de cadáveres de pájaros. Un martín pescador gritaba enloquecido en una hendidura. Sobre un zócalo primitivo se veía la maravillosa escultura de un ave con las alas abiertas.

De pronto el martín pescador se abalanzó hacia un brocal en mitad de la choza, y desapareció por él. Ives, colocando la daga entre sus dientes, bajó también. El foso no era muy profundo. Luego de sostenerse del borde con las dos manos, Ives se soltó, cayendo de pie. Observó que se encontraba en una amplia gruta.

La vacilante luz de una antorcha iluminaba miles de pájaros embalsamados.

El terrible sonido de las piedras que cantan resonó de nuevo, como si provinieran de las entrañas de la tierra y de los abismos. Ives, cuyo cerebro parecía estallar, ciñó con más firmeza las bandas de su yelmo y aguardó. Cuando el estrépito cesó, dejando sus nervios vibrantes, caminó por la gruta y salió al bosque. Sobre una gran piedra divisó al mendigo, que pensativamente acariciaba al martín pescador posado sobre su hombro. Esta vez no huyó. Con absoluta indiferencia permitió que el joven se tendiera en la hierba, cerca de él, y habló:

—Me llamo Irka. La vieja Gulna me dejó sordo y ya no oigo el canto de los pájaros. Esto me causa pena. Sólo sé que me consolaré cuando halle al pájaro del blasón.

—¿Qué ave es ésa?

Irka no respondió, y en sus ojos fulguró la desconfianza. Luego, sin agregar otra palabra más, se internó en la floresta. Ives le seguía, entre los árboles milenarios.



Irka se esfumó como un espíritu, sin dejar rastros, y el príncipe continuó solo hasta llegar ante una larga fila de menhires, invadidos por las malezas.

Había dado algunos pasos entre aquellos monumentos antiquísimos, cuando un sordo gruñido lo obligó a detenerse. Dos lobos avanzaban hacia él. En sus pupilas rojizas ardía la ferocidad. Agazapado ante las bestias, el joven lanzó el grito de los lobos. Lo había aprendido en los bosques de Camelot, donde era el capitán de la banda juvenil formada por leñadores que soñaban con realizar proezas épicas.

Sorprendidas las fieras, permanecieron inmóviles, sin abalanzarse a la garganta de Ives.

A poca distancia de allí, en una cabaña destartalada, una vieja druidisa (sacerdotisa antigua) hablaba sola. Ante ella hervía un caldero, lanzando vaharadas de humo verdoso.

“Yo soy Gulna, la madre de las piedras” —decía la estrafalaria mujer.

De flacura extremada, semejaba un árbol seco. Sus largos cabellos eran blancos, y sus ojos, sumidos en las órbitas, brillaban alucinados.

La puerta se abrió de golpe y en el umbral apareció Ives. A

la derecha e izquierda del extraño amo que aullaba como ellos, se detuvieron los lobos.

—Gulna, quiero descubrir el secreto de las piedras que cantan y...

—¡No continúes, impío! —gritó Gulna furiosa—. Tus labios profanos no deben hablar del ave del blasón. Castigaré tu osadía. La vieja se había inclinado bruscamente sobre la hoguera. Ives la oyó mascullar palabras incomprensibles.

Ella se irguió con agilidad increíble. Dos puntas de hierro, calentadas al rojo, ardían en sus manos.





—¡Te quemaré los ojos! —aulló, lanzando las astas. Ives eludió el ataque y los dos hierros candentes se clavaron en la puerta semi destruída por la carcoma. El incendio se produjo instantáneamente. La choza ardió como una antorcha.

Gulna desapareció entre el humo y aunque Ives procuró hallarla, sus brazos sólo hallaron el vacío y sus oídos percibían el aullar de los lobos. Renunció por fin a salvar a la druidisa y casi asfixiado por el humo, salió de la cabaña incendiada.

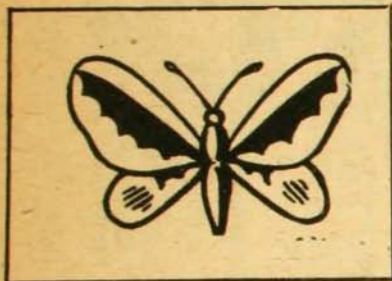
(CONTINUARA).

⊗ **CUPON DEL**
CONCURSO
Semanal ⊗
SIMBAD N.º 22

La mariposa tiene...
patas.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO DIGANOS EL NUMERO



¿Puede decirnos cuántas pa'as tiene la mariposa?

Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 5 tubos de pasta dentífrica BAYCOL, 20 premios de \$ 10,—, 5 juegos de pimpón, 6 pelotas de goma; 10 carpetas de esquelas; 10 libros de cuentos infantiles, y 10 paquetes de Vitalmín.

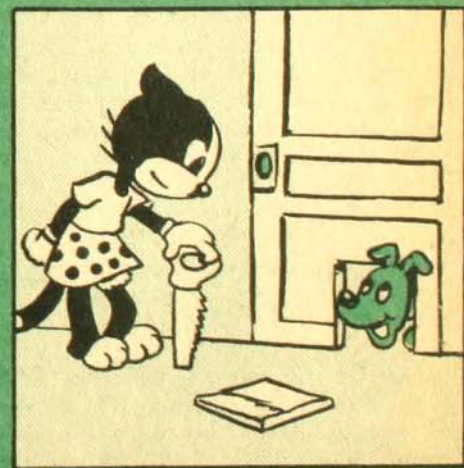
SOLUCION AL CONCURSO N.º 19: La paloma arrulla.

Premiados con UN PAQUETE DE VITALMIN: Aura Giacaman, Santiago; Chabelita Bello, Santiago; Miriam Sarasúa, Pailahueque; Hernán Guíñez, Santiago; Mario Wittakers, Santiago; María Tapia, Viña del Mar; Julio Block, Santiago; Angel Menéndez, Los Andes; Silvia Vega, Santiago; Eduardo Muñoz, Santiago; Jerónimo Nervi, Santiago; Paz Ximena Torrealba, Talagante; Carlos Pacheco, Rancagua; Raúl Mujica, Santiago; Sergio Cheviakoff, Santiago; María Laborderie, Santiago; Amador Abuseleme, Santiago; Mario Merchek, Santiago; Georgelina Corrales, Santiago; Roberto Mascareño, Valparaíso; Radomiro Navia, Santiago; Juan Campos, Santiago; Gloria Rajcevic, Rancagua; Luis Durán, Santiago; Oscar Flores, Santiago. UN LIBRO: María Cristina Sepúlveda, Santiago; Saúl Treizman, Santiago; Graciela Silva, Santiago; Adelina Italiani, Santiago; José Melo, Santiago; Luis Bustamante, Santiago; Carlos Gómez, Valparaíso; Alfredo Ulriksen, Santiago; Amanda Angulo, Paine; Victoria Diez, Santiago. CON \$ 10: Benito Giglio, Santiago; Guillermina Castro, Santiago; José Valenzuela, Santiago; Luis Oyanedel, Santiago; Anita Westermeyer, Santiago. UN JUEGO DE PIMPON: Luisa Casanova, Rencá; Jorge Salinas, Santiago. UNA CARPETA ESQUELAS: Juan Guzmán, Santiago; Enrique Salas, Constitución; Rogelio Osorio, Santiago; José Antonio Zelada, Coelemu; Florin Bustamante, Santiago; Enrique Krombliut, Santiago; Iván Valdivia, Santiago; Jorge González, Santiago; Francisco A. Soza, Santiago; Rosa Sepúlveda, Chillán. UN ESTUCHE PARA COLEGIAL: Miguel San Juan, Itzehue; Manuel Flores, Santiago; Luis Germán Moreno, Santiago; Alfredo Vergara, Quillota; Ramón Medina, Santiago; Stella Sichenger, Quillota. UN LLAVERO: Inés Cortés, Valparaíso; Jorge Zegers, Santiago. UN CINTURON: Carmen González, Melipilla; Enrique Stany, San Bernardo; Miguel Meyer, Santiago. UN CARTON DE HERRAMIENTAS: Daniel Valdés, Calera; Enrique León, Santiago; Carlos Rojo, Santiago; Risiere Miguel Ratto, Santiago, y George Neumann, Santiago.

MUCHI X POCO



3. La gatita Muchi oyó ladrar a su perrito. “—Ah, quiere salir”, dijo. Le abrió la puerta y en menos que canta un gallináceo, el perro estaba otra vez ladrando, porque quería entrar. Muchi acudió a abrir, diciendo: “—Pase adelante, señor quiltro.”



4. Al señor quiltro se le ocurrió salir otra vez, y se puso a ladrar para que le abrieran la puerta. “—¿Crees que me pasaré de mis siete vidas dejándote salir y entrar?”, gritó Muchi. Pero después encontró un serrucho y una solución. No está mal, ¿verdad?

Ella fué la primera

Javiera Carrera, primera dama revolucionaria de Chile.



Entre los gloriosos nombres de mujer que figuraron en nuestra Independencia (Paula Jaraquemada, la chillaneja María Cornelia Olivares, Manuela Rozas, Dolores Prats de Huici, Paulina Pineda, etc.) figura en primer lugar, cronológicamente, el nombre de Javiera Carrera. Ella animó a su hermano José Miguel Carrera a establecer un gobierno decididamente chileno, en los inestables tiempos de la Patria Vieja. Las demás heroínas surgieron durante la persecución de los patriotas,

cuando ya la antorcha de la libertad brillaba encendida y la revolución estaba en marcha. Ellas pronunciaron con soberbio valor estas frases que perduran en la historia de Chile:

"La afrenta que se recibe por la patria, en vez de humillar, engrandece" (María Cornelia Olivares).

"Ahora, podéis hacer mi autopsia" (burlona frase de Manuela Rozas al temible capitán San Bruno, cuando se comió una carta de los emigrados para evitar que él la leyera).

"¡Ahí tenéis fuego!" (Paula Jaraquemada).

Las palabras de Javiera Carrera se pronunciaron en el secreto de la conspiración, en las sombras de la noche, cuando figuras embozadas cruzaban rápidamente las calles y acudían a la casa donde ella presidía las reuniones de los patriotas exaltados. La inmensa voluntad de Javiera Carrera condujo a sus hermanos José Miguel, Juan José y Luis a las asonadas militares, al palacio de gobierno, al destierro y al sacrificio.

Se llamaba Francisca Javiera, y los revolucionarios usaban su primer nombre como santo y seña.

Simbad

DES EL INDOMABLE

Nº 23.



\$ 2.-

ELENA FOAHER

MUCHI Y POCO



1. Muchi salió muy pituca, luciendo un cuello de piel. Se moría de calor, pero no le importaba, con tal de verse elegante. Un ladrón le quitó la elegancia y huyó pativolando.



2. Muchi regresó a su casa y conversó con su amiga la guardaño. Le contó la triste aventura y ella prometió ayudarla. Minutos después, salía otra vez a pasear nuestra gatita.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

PIRATA DEL MAR EGEO

CAPITULO VIII.—*Proyecto de fuga.*

El galeón "Conquistador", atacado por los piratas del mar Egeo, se rindió cuando a su bordo quedaba un puñado de marineros, el capitán Fleurville y el teniente Carlos Saurel.

Ismail, capitán de los filibusteros, tomó rumbo hacia Argel, y en el mercado de esclavos ofreció a los cautivos. Pretendía cobrar rescate por el teniente marsellés, pero éste se burló de él y no reveló su nombre, a fin de que su madre no se sacrificara por libertarlo.

"Desde que desapareció mi padre, la familia se sostiene con las ganancias de la hostería. Mi madre no vacilaría en vender todo por pagar mi rescate", pensaba Carlos, y sus labios permanecieron sellados ante la insistencia de Ismail.

—¡Si yo quedara con vos, mi teniente! —dijo el marinero Gastón Lecar, interrumpiendo sus reflexiones—. ¡Si nos compra el mismo amo!



Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 23

Precio: \$ 2.—

8-II-1950



—*Inch Allah!* (¡Alá lo quiera!) —contestó Carlos, sonriendo. En ese momento, se acercó al tablado un mercader en legumbres. Con ojos de conocedor, examinó a los esclavos en venta. —Me gustan esos dos —declaró señalando a Carlos y a Gastón. Ambos se estremecieron. ¿Accedía el destino a sus deseos? El mercader preguntó:

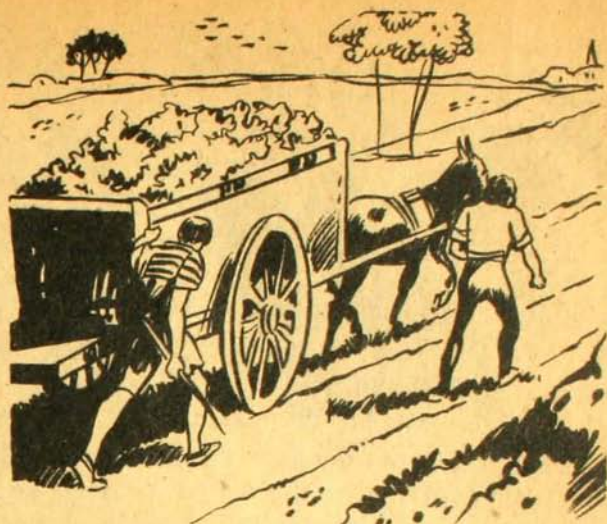
—Dime, Ismail, ¿cuánto valen los dos rumís? Se inició entre el pirata y el mercader una larga discusión. Ismail elogiaba a sus cautivos, a fin de obtener mayor precio. Mostrando la profunda herida que un yatagán marcó en el pecho de



Lecar, exclamaba con acento ampuloso:

—¿Qué prueba más palpable quieres de su fortaleza? Otro hombre, con esta herida, estaría muerto. El sigue en pie y su vigor no ha decaído.

—Un convaleciente como él no vale más de veinte paras (moneda turca de poco valor) —contestó el mercader.



Cerca de una hora estuvieron regateando, y por fin llegaron a un acuerdo. Por trescientos veinte piastras, Taieb se llevó a los dos esclavos, que le siguieron sumisamente.

El turco vivía más allá de la Kasbah, ciudadela de los antiguos gobernantes árabes. Condujo a sus siervos a una trastienda llena de legumbres. Por medio de gesticulaciones y de algunas palabras en francés, comunicó a Carlos y a Lecar que su faena consistía en salir, bajo vigilancia, a los alrededores de Argel para abastecer el almacén de hortalizas.

Transcurrieron varias semanas. Carlos y el marinero cumplían su



faena: recorrer las granjas vecinas para cargar de legumbres una carreta y llevar luego este cargamento a su amo. Al atardecer eran encerrados con llaves en un sótano.

—Huiremos de noche —decidió Carlos.

—¿Cómo saldremos de nuestro encierro?

—observó Lecar—.



La puerta está revestida de hierro.

—No te inquietes por eso —respondió el joven con absoluta calma y no añadió explicación alguna. Lecar tampoco se la pidió.

Al día siguiente, cuando descargaban una barrica de aceite, Carlos dió un paso

en falso y el tonel resbaló de sus manos. Todo el líquido se derramó. Trémulo de rabia, con una fusta en la mano, Taieb cruzó el umbral de su almacén y azotó la espalda de Carlos. El marcellés se volvió con rapidez y arrancó el látigo de manos de su amo. Al ver sus ojos oscurecidos por la indignación, Taieb sintió miedo. A pesar de su corpulencia y de su carácter brutal, era un cobarde. Temiendo que aquel rumi vehemente se lanzara contra él para ahogarlo entre sus jóvenes manos, gritó despavorido: —¡Alí! ¡Selim! ¡Mohamed! ¡Sambo! ¡A mí! ¡Auxilio!

Acudieron sus servidores, pero también acudió Gastón Lecar. Sin una palabra, el fiel marinero se situó al lado de su jefe. Los dos franceses se trabarían en lucha contra diez o más adversarios.

(CONTINUARA)

Lea en el próximo número

Los Gladiadores

Magnífica historia de los esclavos de Roma, que desafiaban a la muerte en la arena del circo.

DICK TABU

CAPITULO XXIII.—La magia de Dick Tabú.

Mientras Lorna yacía de rodillas, lista para el sacrificio al espíritu de los árboles, Dick Tabú, desde la copa del baobab, forjaba un plan fantástico para salvar a la doncella.

Los indígenas no eran feroces ni sanguinarios, pero el fanatismo del hechicero Nipai podía inducirles al sacrificio horrendo de Lorna.

Suman, el jefe de la tribu, aun no había alzado la mano para ordenar la muerte de la doncella. Era tan hermosa esa niña que prefería hacerla su esposa antes que ofrecerla de víctima a los dioses.

—Nipai —dijo por fin el obeso Suman—, esperaremos hasta que alumbre el sol para disponer el destino de la cautiva. Que mis guerreros vigilen toda la noche y mañana convocaré a la tribu. Estas palabras provocaron protestas entre los nativos afectos al hechicero Nipai, pero la voz del jefe les obligó a respetar su mandato.

Dick Tabú, entretanto, se despojaba de su piel de leopardo y estrujando el zumo de las hojas de baobab, se teñía todo el cuerpo verde oscuro. En seguida fué cortando ramas y con ellas se cubrió el busto y la cabeza hasta quedar convertido en mitad árbol y mitad ser humano.

Su transformación le asemejaba punto por punto a los fantasmas que poco antes habían desfilado a la luz de la luna en la fantástica procesión de los espíritus.

De súbito saltó de la copa más alta del baobab y cayó como un bólido en medio de la tribu indígena.

Un grito de espanto conmovió a los supersticiosos negros.

—Necios —gritó con voz de trueno—. ¿No habéis comprendido que la joven que los dioses os envían es la hija del sol? Nipai os engaña, oh gran Suman! Yo soy el gran espíritu de los árboles. Os ordeno que la dejéis en libertad.

RESUMEN: Dick Hateras, llamado el Intocable, tras grandes aventuras se encuentra con la doncella Lorna, niña de raza blanca con la cual huye hacia tierras del Norte. Las tribus indígenas aprisionan a Lorna.



ELENA PARIER

—Es un embustero, un farsante —protestó el hechicero Nipai. El Intocable se había colocado ya junto a Lorna y sin mover los labios le indicaba que se pusiera tras de él y de espaldas al baobab.

—Cuando yo alce la cabeza —murmuró el astuto muchacho—, cógete de los dientes al cordel que pende del tronco y no efectúes el menor movimiento.

—Suman —prosiguió el hombre-árbol—, Nipai iba a hacerte culpable de un crimen contra los dioses. Tus campos se secarán, tus cosechas serán arrasadas por el fuego si pones manos en la sacerdotisa de los dioses. ¡Ay de los que desobedezcan el mandato del gran espíritu!

Y al decir esto el hombre-árbol alzó la cabeza. Lorna mordió inmediatamente la cuerda que pendía del tronco, cuerda verdeoscuro que no podía divisarse en la penumbra de la noche, y como por arte diabólico fué elevándose en el aire.

Los indígenas no advirtieron que Dick Tabú iba recogiendo la cuerda con la mano que tenía oculta bajo las ramas del baobab.

—Ya lo veis —dijo el Intocable—, los dioses se llevan a sus dominios ocultos a la hija del sol. ¡Ay de aquel que pretenda perseguir a la amada de los espíritus!

Dick había terminado de enrollar la cuerda y Lorna, que sabía trepar a los árboles como una ardilla, se ocultaba ya en la copa del árbol.

—Suman —declaró por fin el hombre-árbol—, vuelvo a la región etérea de donde salí. Quedad todos en oración a fin de que los dioses os perdonen el ultraje a su gran sacerdotisa.

Aun no terminaba de hablar, cuando por arte de magia el joven Intocable comenzó a elevarse en los aires y se perdió de vista en la copa del baobab.

—¡Qué escapada! —balbuceó Lorna al hallarse junto a Dick—. ¿Cómo urdiste esa trama?

—Muy fácilmente —explicó Dick Hateras—. Mientras los nativos te ataban las manos a la espalda, yo bajé al campamento y les sustraje dos largos cordeles que hice funcionar como roldanas en un grueso gancho. Tenía arrollada a mi cintura la punta de ambos cordeles. Ahora, Lorna, vamos a huir saltando de un árbol a otro, a fin de que el hechicero Nipai no descubra nuestras huellas al rayar el día.

Despuntaba el alba y ya estaban a muchos kilómetros de la aldea

indígena, cuando Dick indicó a Lorna que podían bajar a tierra. —He divisado una piragua a orillas de un arroyo —explicó el Intocable—, y si podemos subir a ella, seguiremos tranquilos nuestra ruta hacia el Norte.

—Eres un prodigio de sabiduría, ¡oh mi amo y señor! —exclamó Lorna—. No soy digna de ser tu compañera, sino tu esclava. Dick contempló embelesado a la linda niña de los bosques y sintió ansias locas de acariciar su cabellera.

Pero su tabú no le permitía ni siquiera rozar levemente los rubios cabellos.

Tal como la mañana anterior, ambos jóvenes se desayunaron con frutos silvestres y se bañaron en el río.

Dick Tabú volvió a cubrirse con su piel de leopardo y desató la piragua que parecía estar aguardándoles en una ensenada.

Pronto se encontraron en medio del río. Lorna y Dick remaban con vigor siguiendo la corriente que les llevaba hacia el Norte. Cuando comenzó a declinar el día, Dick Hateras dijo a su valiente compañera:

—No podemos pasar la noche en medio del río, que está pobla-





do de cocodrilos. Allá lejos di-
viso las luces de un villorrio.
Por prudencia no nos aproxi-
maremos a él hasta que yo in-
vestigue a qué raza pertenecen
esos negros.

Lorna y Dick ataron la piragua
en la ribera y se internaron por
la tenebrosa maraña. Era la
hora en que las fieras ham-
brientas buscaban su presa. Por
lo tanto, había prisa en buscar
seguro refugio donde pasar la
noche.

A pocos pasos de la ribera Dick
se encontró con una cabaña
"derruida, pero de construcción
sólida.

"Es un *bungalow* en ruinas" —
pensó el Intocable—; esto sig-
nifica que han habitado hombres

blancos en la región."
Volviendo sobre sus pasos, llamó a Lorna y le mostró la cabaña.
—Allí pasaremos la noche —opinó el muchacho—, y mañana
antes del amanecer visitaré el villorrio.

El Intocable arregló un lecho de hojas para Lorna, tapó con ra-
mas las aberturas del muro y del techo y encendió una fogata, a
fin de ahuyentar los insectos dañinos.

—¿A dónde me conduces, Dick? —interrogó de pronto Lorna—.
Veo tu vista fija en un punto cual si un imán te atrajera allí.
¿Por qué no establecemos nuestra morada en las selvas y vivi-
mos de la caza y de la pesca como los nativos de la tribu *kopjes*?
—Lorna —respondió dulcemente Dick—; tú has vivido siempre
entre los negros y no conoces otra vida, pero bien has de com-
prender, por el color de tu cuerpo y el de tus cabellos largos y
sedosos, que no perteneces a esa raza.

—Ya te lo dije —insistió Lorna—, que el hechicero Mopo ase-
guraba que yo era hija de una fuente clara y del dios OG.

—También me has dicho que algunas veces, en medio de tus dan-
zas sagradas, ante el ídolo de la caverna, te parecía ver a una
mujer rubia a quien llamabas *mami*...

—Eran visiones nada más —murmuró Lorna—. Si he de vivir siempre contigo estoy feliz. Pero no me llesves a otras regiones te lo suplico. Quiero estar a tu lado, mi amo y señor.

Dick sentía que su corazón latía como si fuera a estallar. Turbado y atraído por la hermosa hija de la naturaleza, la miró intensamente y luego dijo:

—Voy a contarte mi historia, Lorna. Soy hijo de un colono inglés y de una mujer de raza blanca. Vivíamos en una casa grande, cultivábamos el campo y éramos felices. Otro hombre blanco, muy malo, mató a mi madre e incendió nuestra casa. Mi padre, para defenderme, me hizo tabú. **YO SOY AQUEL QUE NADIE PUEDE TOCAR.** Mi padre murió por salvarme la vida y desde entonces fuí el amo de mi distrito. Viví siempre entre los nativos que me respetaban como a un dios. Un día visité una región vecina, donde un hechicero y otros hombres blancos mataban a la gente fingiendo que la muerte de esos hombres era causada por un “Leopardo Fantasma”. Yo descubrí que no existía esa fiera, sino que el mal era causado por dos criminales venidos de tierras lejanas. Un hechicero me hirió y fuí curado por las manos de una mujer muy buena. Esa mujer era la señora Chalmers. Ella me contó que hacía muchos años le habían robado a su hija Viola los negros de la tribu *kopjes*. Cuando te vi en la caverna del dios OG sospeché que la niña robada eras tú y por eso deseo conducirte a la casa de los esposos Chalmers.

—Y si no fuera la hija que ellos han perdido, ¿me abandonarías? —inquirió emocionada Lorna.

—No —respondió impetuosamente Dick—, si no eres la hija de Juan Chalmers, te irás a vivir conmigo en mis tierras.

—Entonces —murmuró Lorna, en el colmo de la dicha—, llévame donde tú quieras y seré tu esclava. A ese padre y a esa madre de que tú me hablas no los conozco y no los quiero. ¿Qué me importan que no me reconozcan?

—Lorna —suspiró Dick—, tú no sabes lo dulces que son las caricias de una madre y el afecto que se profesa a un padre. Duérmete, hermanita... Mañana tendremos que hacer una larga jornada.

La doncella se durmió plácidamente, mientras Dick Tabú, reclinado en el umbral de la ruinoso cabaña, meditaba y soñaba despierto.

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Tomasín escondió un barril de manzanas para que sus ositos gol-ositos no se las comieran. Ellos lo vieron y en un dos por tres inventaron una manera de manducárselas.



2. Con un taladro abrieron un hoyo en el techo, que correspondía al piso de la despensa. Pero no rompieron el barril, sino un estanque y recibieron un baño frío como el agua del río.

MARCO POLO

CAPITULO VIII y final.—Cuenta una leyenda que...

En Catay (China) estaban ocurriendo sucesos trascendentales. Marco Polo, el aventurero veneciano, y la princesa Kukachin, hija del Kublai Khan, sentían latir su corazón con el mismo sentimiento. Ahmed, el tártaro musulmán, que ambicionaba el trono de la China y Mongolia, penetró al palacio de Cambaluc y se apoderó de él durante la ausencia del emperador y de sus huéspedes.

Estos dos sucesos, al parecer tan distintos, se enlazaron extrañamente. La princesa había quedado en el palacio y Marco Polo, de súbito, determinó que regresaría.



—¿Por qué? —preguntaba Kublai Khan—. No veo el motivo. Bengucio, el criado de Marco Polo, hubiera visto perfectamente el motivo y hasta habría sabido que tenía un nombre de doncella china. Sin aceptar separarse de su huésped más apreciado, el Gran Khan ordenó el regreso, aunque Marco intentó disuadirlo.

—Regresaré solo, señor.

—No. Volveremos todos, incluso mi guardia.

Esta guardia fué quien salvó la situación, pues, aunque Marco era valiente y estaba dispuesto a destrozarse a todo el que intentara causar daño a Kukachin, nada hubiera podido contra los cómplices de Ahmed. La conspiración terminó en una batalla campal, en la cual salieron triunfantes los súbditos de Kublai Khan.



Las crónicas de aquel tiempo cuentan que el rey, agradecido, nombró a Marco Polo su consejero, uno de los doce dignatarios del imperio. El joven prestó importantes servicios al señor de los mongoles. Tomó parte en la defensa del país cuando un príncipe enemigo, Nayan, quiso invadirlo y someterlo. Usando elefantes que portaban ba-

yonetas en sus colmillos, hicieron retroceder a los invasores y el rebelde cayó prisionero.

Mucho se ha escrito sobre Marco Polo, que llegó a la lejana Catay, para establecer con Venecia el comercio de telas y especias. Estas interesaban especialmente a los occidentales, pues con ellas se confeccionaban perfumes, ungüentos, remedios, condimentos. Se le atribuían cualidades casi milagrosas y por este motivo alcanzaban precios fabulosos.

El cruzó arenas y regiones salvajes. Aprendió idiomas exóticos y descubrió tesoros sencillos, pero de inmenso valor, y el temible secreto de la pólvora.

De todo esto hablan los libros sobre Marco Polo. Kukachin sólo es mencionada como una bella princesa que debía ir a Persia a casarse con el rey Argón, que tal vez era viejo y ventrudo. Pero hay una historia que dice que la hermosa doncella de ojos almendrados siguió a Marco Polo a su ciudad del mar y que fué muy feliz con él.



Ponchito

¿SABE DONDE QUEDA LA
CASA DE LA FAMILIA
GONZALEZ ?

¡NO, SEÑOR!



¡QUE CANSADO ESTOY,
YA NO PUEDO MAS!



¡SEÑOOOR!





EL APRENDIZ DE ORFEBRE

por Germán Berdiales

Había una vez un rey tirano que ultrajaba y despojaba sin remordimiento a sus vasallos.

En uno de sus habituales paseos acertó a pasar por delante del taller de un viejo orfebre. Abrió la puerta y, dirigiéndose al modesto artista que lo había abandonado todo para atender a su egregio visitante, dijo:

—Toma este anteojo de aumento y mira allá abajo la plaza vecinal.

Obedeció el buen hombre, e iba ya a devolverle con cierta vacilación el instrumento, cuando el monarca, rechazándolo, agregó:

—Invierte los focos y mírala otra vez.

El artista, que en vano trataba de disimular su azoramiento, cumplió la orden llevándose los cristales a los ojos con mano temblorosa. Pero era tan bello el panorama que el anteojo mostraba ahora, en diminutas proporciones, que poco a poco recobró el total dominio de sus nervios: aquella visión de la plaza enana era como una preciosa miniatura, de fino color y mágico dibujo.

Contempló largamente aquel país de encantamiento, y, por fin, con una sonrisa, tendió el anteojo al rey.

—¿Has visto bien?

Asintió con mudo gesto el orfebre, y luego de limpiar los cristales con la manga, volvió a hacer el ademán de entregar el anteojo. Pero otra vez lo contuvo la mano del rey.

—¿Cuánto tiempo emplearías para reproducir en metales finos y en tamaño no mayor que ese tablero de ajedrez el panorama de la plaza?



—¿Una reproducción exacta?

—Exacta —repitió el rey.

—¿Es decir, señor, que he de colocar, en tan estrecho espacio la iglesia con sus torres, su columnata, su atrio y su verja; la vieja fuente con su pilón y su quintuple chorro; los palacios del contorno con sus graderías, sus pórticos y sus balcones; las callejas con sus tiendecillas, sus faroles, su...?

—¡Todo! ¡Todo cuanto se ve y como acabas de verlo y admirarlo con este anteojo! La iglesia con sus campanas y sus palomas, la fuente con las mozas de cántaro y los soldados siempre sedientos, los palacios con sus lacayos, las callejas con sus viejecitas, sus mendigos y sus perros...

—Y digo, señor, ¿los materiales?...

—Te proporcionaré cuanto necesites.

—Plata para los muros, oro para las puertas, rubíes para las tejas, diamantes para los ventanales, perlas para la fuente, esmeraldas para los árboles...

—Aquí tienes una llave del tesoro; toma todo eso de mis cofres. ¿Cuánto tiempo te llevará esa obra?

—Digamos dos años, señor.

—Trabaja en secreto, que yo sabré recompensar tu discreción tanto como tu habilidad.

Día y noche trabajó el orfebre a puertas cerradas. Sólo el rey entraba de cuando en cuando en su taller. Empuñaba el anteojo, y luego de enfocar la plaza, consideraba atentamente la perfección y fidelidad con que el artista reproducía los detalles en su maravillosa labor.

En el transcurso de una de sus visitas, el monarca preguntó al orfebre:

—¿Estás satisfecho de tu obra?

—Sin jactancia, señor: creo que esta pieza hará ilustre mi nombre.

Un extraño resplandor, como de incendio, pasó por los ojos del rey, mientras de sus labios, finos y pálidos, brotaban estas palabras:

—No pongas tu firma mientras yo no te dé la real aprobación.



ELSA POINER

El artista sintió cierto desasosiego. ¿Desconfianza? ¿Temor? No sabía interpretar aquella inquietud. La verdad es que en adelante no vivió ya tranquilo. ¿Qué se propondría su señor? Y por fin la obra quedó terminada. El rey, al saberlo, acudió al taller.

El orfebre lo recibió sonriente. El monarca miró y remiró, desde todos los ángulos, la miniatura: era perfecta.

Lleno de emoción y de respeto, el artista esperaba el fallo de su señor. Este buscó entre los cien objetos que cubrían la revuelta mesa del orfebre, tomó entre los dedos una pequeña placa de oro, y mandó:

—Graba sobre esta plaquita esta leyenda —y le tendió un billete escrito.

Obedeció el orfebre, y en pocos minutos el buril había trasladado al metal los caracteres escritos por el rey en el papel.

—Ahora, fíjala en el sitio más visible. Aquí.

La pequeña placa quedó fijada en lugar conveniente.

El rey lanzó entonces una atroz carcajada.

—¿Sabes qué dice ahí?

—¿Cómo he de saberlo, señor? No sé leer. Apenas si me enseñaron a garrapatear mi nombre para ponerlo al pie de mis trabajos de orfebrería.

Volvió a reírse el rey, y exclamó:

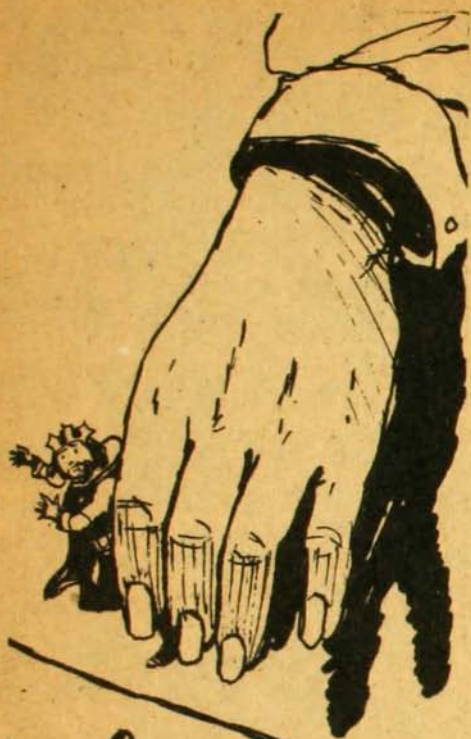
—Pues óyeme bien. Aquí, puesto de tu mano, dice: “Esta obra fué inspirada y realizada por el rey”.

El inocente, cruelmente herido en lo más íntimo del alma, allí donde tienen su nido la ilusión y la confianza, abrió la boca para gritar su honrada protesta, pero incapaz de soportar semejante injusticia, rodó por tierra, sin sentido. Sin embargo, no tardó en reponerse. Se irguió lentamente, contempló su obra, miró al rey, y su semblante no traslucía odio, rencor, ni siquiera desdén; sólo expresaba una tristeza sobrehumana.

—Ahora —dijo el monarca—, júrame que guardarás fielmente este secreto.

Y conforme iba diciendo estas palabras, sacaba la daga y le presentaba la cruz de la empuñadura. El orfebre tendió sumisamente la diestra, y quiso articular la fórmula del juramento que se le exigía, pero su garganta no emitió más que sonidos ininteligibles.

—¡Habla! ¡Di! ¡Jura ya! —tronó fuera de sí el rey, creyéndose burlado.



Pero era inútil su ira como eran vanos los esfuerzos del infeliz orfebre: había enmudecido de dolor, y sólo gemidos escapaban de su boca. El rey se estremeció a pesar suyo, mas no era hombre que se dejara llevar por sentimientos de piedad, así es que, dominándose, exclamó fríamente:

—El cielo está conmigo. Nunca podrás traicionar mi secreto.

Desde los más apartados rincones del reino llegaban a la ciudad gentes ansiosas de admirar la maravillosa obra de orfebrería salida, poco menos que por milagro, de las manos del rey.

—Ha hecho su largo aprendizaje en secreto... A la vista está que traía vocación decidida por este difícil arte... El trabajo revela maestría consumada.

Estos y otros elogios escuchaba el monarca, cuando de pronto vió avanzar entre la multitud al viejo orfebre. Temió el falsario que, pese a la mudez providencial, hubiera hallado el infeliz alguna manera de revelar la indigna farsa, y acudiendo a su encuentro, gritó:

—Oídme todos. Aquí llega un maestro del oficio.

Y con hipócrita sonrisa dijo al artista:



—Te esperaba. Quiero saber qué piensas de mi trabajo. El orfebre hizo un amargo gesto y lanzó un gemido de dolor. El usurpador, en el colmo de su diabólico orgullo, sonreía. Sonrió hasta que, con estentórea voz, rebosante de malignidad, dijo: —¡Ha enmudecido de envidia, señores!

Pues, apenas hubo pronunciado estas palabras, instantáneamente, vertiginosamente, su cuerpo se empequeñeció hasta quedar reducido a las proporciones comunes de un soldadito de plomo.

El artista recogió del suelo al pequeño rey, y como éste chillara desesperadamente, no supo qué hacer con él, y en su desconcierto acabó por soltarlo dentro de la plaza en miniatura.

Y la gente empezó a reír, a reírse del rey pulgarcito, que cruzó la plaza a la carrera, entró en la iglesia, subió a la torre, se miró en la fuente, y de bruces en su pílón, se puso a llorar.

El orfebre no reía, pero sonreía... y de pronto, ¡oh Dios misericordioso!, sintió que recobraba el don de la palabra. Y dijo:

—Para un espíritu tan mezquino como el de nuestro rey, es bastante un reino tan pequeño como ése.

—¡Perdón! ¡Perdóname! —gimió entonces el rey liliputiense.

El viejo orfebre volvió a tomar entre sus dedos la ridícula personilla de su señor, y diciendo: “Te perdono”, lo dejó otra vez en el suelo, junto a sus botas.

En ese mismo instante cesaron las risas, porque en un abrir y cerrar de ojos el rey creció hasta alcanzar su verdadera estatura, aunque no tenía el gesto de insoportable soberbia.

Amanece.

El orfebre ya está trabajando en su taller.

De pronto empujan la puerta y alguien viene en silencio a ponerle una mano en el hombro. El artista levanta los ojos y mira con curiosidad a su visitante.

—Señor...

—Ya no soy tu señor. Vengo a pedirte que me enseñes tu oficio.

—¿Un caballero de vuestro linaje?

—No me lo recuerdes. No fuí digno de la corona que recibí al nacer. He abdicado y confesé mi crimen. Ya puedes firmar la portentosa obra que ha de hacerte inmortal.

—¡Oh señor, gracias! ¡Gracias! —y quiso besarle las manos.

—No, eso no. Yo seré quien ha de besar las tuyas, si me aceptas a tu lado. Te lo imploro.

Y así fué cómo empezó nueva vida el aprendiz del orfebre.

Chelita

Por MORIS



DOS FUGITIVAS



CAPITULO X.— Refugiados en un pajar.

Silvia y Lucía continuaban ocultas entre los árboles observando la actitud de Jaime Balmers y de los estafadores Alberto y Mireya.

—Huyamos —suplicó Lucía—. Ese hombre y esa mujer son malos, muy malos...

El *Guacho*, que tal vez comprendió la palabra *malo*, lanzó un gruñido feroz.

Inmediatamente Alberto y Mireya volvieron la cabeza y divisaron a sus víctimas.

—Vengan acá, rapazuelas —gritó Mireya.

Lucía cogió en sus brazos al pekinés San-Tan y emprendió la fuga seguida de Silvia y del *Guacho*.

Alberto corría tras las fugitivas, pero éstas le ganaron la delantera y, saltando por la verja, se refugiaron en el chalet de Las Brisas.

—Ya estamos en salvo —declaró Lucía—. Hasta aquí no llegarán esos pillos.

—Son capaces hasta de un crimen —respondió Silvia—. Reuniremos nuestra ropa y caminaremos hasta Chillán a pie.

Ambas niñas colocaban sus pocos objetos en un atado cuando sonó la campanilla de la calle.

La pequeña Lucía abandonó el dormitorio y, al pasar por una habitación continua, Doris la llamó, para decirle:

—Acaba de subir la camarera para decir que mi madre desea verlas.

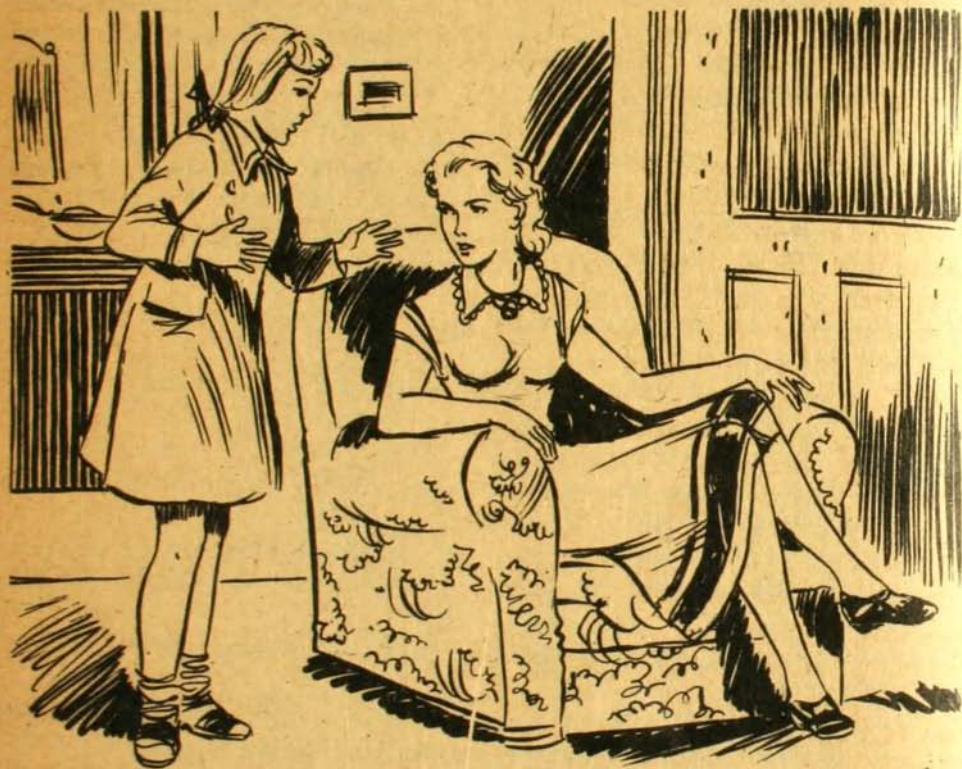
¿Sería posible que Alberto y Mireya vinieran a perseguirlas hasta la villa de Las Brisas?

RESUMEN: Silvia y Lucía Balmers andan errantes huyendo de la policía porque la pequeña Lucía se fugó de un asilo de huérfanos. Buscan a su tío Jaime Balmers, y encuentran a un joven colorín, que es su hijo adoptivo, y que trama una intriga para entregar a las niñas a una pareja de estafadores, Alberto y Mireya.

Silvia y Lucía bajaron la escalera como reos que se presentan ante el juez.

Allí estaba la pareja de monederos falsos hablando con la señora Rider.

—Silvia —comenzó a decir la señora Rider, con gesto adusto—, estas personas han venido a reclamarlas. Dicen que las han adoptado legalmente e insisten en llevárselas.



—Vengan con nosotros, niñitas —expresó Alberto—. Ya saben que no les queda otra alternativa. La policía las busca y hay orden de arrestarlas.

—¿Qué dice? —preguntó atónita la señora Rider—. ¿Que la policía las reclama?

—Examine usted ese cartel, señora —dijo Mireya, desenvolviendo el papel mural con las fotografías de Silvia y Lucía.

—Ustedes nada me comunicaron sobre este asunto —dijo severamente la señora Rider a Silvia—. ¿Qué tienes que decir ahora, niña?

—Es verdad que somos perseguidas por la policía —expresó Silvia, con el semblante pálido y acongojado—, pero no hemos cometido un delito. Lucía huyó de un asilo de huérfanos y yo le ayudé en su fuga. En cuanto a esas dos personas nada tienen que ver con nosotras. Créame, señora Rider...

—Les creo —afirmó la señora Rider, con bondad—. En cuanto a ustedes —agregó con visible molestia, dirigiéndose a Mireya y Alberto—, tendrán que mostrarme los documentos legales que les acreditan como tutores de estas huérfanas antes de que yo se las entregue. Silvia, no te aflijas —dijo tras breve silencio la señora Rider—, nada teman. Yo las ampararé. Pero si la policía las reclama...

—Señora —interrumpió Lucía, acercándose al sillón que ocupaba la señora Rider—, esos dos mamarrachos nada tienen que ver con nosotras, y si la policía quiere entregarnos a ellos, yo les diré que fabrican monedas falsas... Que son ellos unos ladrones...

—Pero entonces tú volverás al orfanato —insinuó Silvia, tratando de acallar a su hermanita enfurecida—. Señora Rider, Lucía no puede volver a ese asilo porque moriría de pena.

—Yo las protegeré —declaró la dama—, pero mi obligación es dar parte a la policía. Esperen tranquilas.

La señora Rider se dirigió al escritorio de su marido.

Alberto y Mireya estaban tan alarmados como las dos huérfanas con la resolución de la señora Rider.

—Niñitas, huyamos —insinuó Mireya—. Tenemos ahí el automóvil. A ustedes les conviene.

—Lucía, vamos en busca de nuestra ropa —dijo Silvia, cogiendo de la mano a su hermanita.

Silvia pasó al cuarto que habitaban, recogió el atado de ropa y ambas salieron por la puerta del jardín, corriendo hacia los bosques.

—La señora Rider se formará mala idea de nosotras —decía Silvia—, pero nos amenazaban dos grandes peligros.

—¿Y si nos persiguen en el automóvil? —preguntó Lucía.

—Precisamente hemos seguido una ruta emboscada donde no puede transitar un automóvil —declaró Silvia—. Además, con la denuncia que tú hiciste sobre fabricación de monedas falsas, te

aseguro que esos dos facinerosos también habrán huído tan rápidamente como nosotras.

Por fin, al atardecer y ya muy lejos de la aldea riberana, ambas fugitivas salieron al camino público y buscaron un indicador de vías.

En un alto poste con letreros que terminaban en flechas, Silvia leyó:

“A Concepción, 100 kilómetros.”

“A Chillán, 47 kilómetros.”

—Sigamos la flecha que indica Chillán —expresó Silvia—. Será muy larga la jornada, pero algún día llegaremos.

De pronto comenzaron a caer grandes goterones; el cielo se oscureció y un vendaval azotaba los árboles.

—Tempestad —murmuró Lucía, atemorizada por los truenos y relámpagos.

—No podemos seguir —declaró Silvia—, busquemos un refugio, Lucy.

La noche encontró a las dos huérfanas luchando valientemente con la lluvia.

Por fin llegaron a los suburbios de un villorrio campesino y descubrieron un rancho deshabitado y lleno de paja.

Silvia quitó a Lucía su ropa mojada, la envolvió en un chal y la cubrió con la paja.

—Tuvimos suerte —sonrió la valiente Silvia—, porque viene el diluvio.

En efecto, la lluvia era torrencial y a lo lejos se escuchaba el rumor de las aguas turbulentas del río, que poco a poco iba a convertirse en un aluvión.

Silvia se acurrucó junto a su hermanita, y así abrazadas se dieron mutuamente calor.

—Silvia —decía Lucía, a su hermana—, ese colorín que dice llamarse Jaime Balmers es el culpable de esta nueva persecución de Alberto y Mireya. La señora Rider aseguró que ese colorín sólo era hijo adoptivo de mi tío Jaime.

—Ahora comprendo todo —replicó Silvia—. Ese colorín no desea que nosotras lleguemos a casa del tío Jaime y por eso pretendía que Alberto y Mireya nos secuestraran de nuevo. Pero ya llegaremos a Chillán, te lo aseguro.

Poco a poco las fugitivas se quedaron dormidas sobre la paja y despertaron con los ladridos del perrito *Guacho*.



—Tiene hambre —murmuró Lucía—, y nosotras nada podemos ofrecerle. Pobre *Guacho*, buscaremos un hueso para ti en alguna granja.

Ambas niñas se vistieron y caminaron hasta una casa de campo contigua al río.

De lejos oyeron los alaridos de una vieja mujer y el piar de gallinas y pollos.

—Algo grave ocurre allí —expresó Silvia—. Parece que se ha inundado el gallinero y una mujer anciana grita porque se le están ahogando las aves. Quieto, *Guacho*. Lucía, sujétalo... Yo iré a salvar a esas gallinas.

—¿Y si te ahogas? —preguntó Lucía.

—Tonterías —sonrió Silvia—, es un pantano nada más. Apenas me llegará el agua a la rodilla. En cambio, la pobre viejecita no se atreve a meterse al barro.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

CAPITULO XXIII.—
Galia la rubia.

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, visita el bosque donde transcurrió su infancia y descubre que todos sus moradores se han visto obligados a huir porque la floresta está maldita. Penetra a ella y conoce a la druidisa Gulna, quien amenaza cegararlo porque él pretende arrebatarse sus secretos. Al atacar a Ives, provoca un incendio en su cabaña.

En vano intentó Ives rescatar a Gulna de entre las llamas. La vieja druidisa parecía haberse esfumado. El príncipe se internó en la floresta, con el alma ensombrecida por aquella tragedia. No odiaba a Gulna, y aunque ella intentó quemarle los ojos para que no viera el pájaro del blasón, ni descubriera sus secretos, Ives no habría vacilado en arriesgar su vida por salvarla.

Gulna no había muerto aún. Se arrastró fuera de la cabaña incendiada, y con su última energía, hizo resonar un cuerno de caza en dirección a los menhires. Aquel sonido era el único que podía oír Ilka, el vagabundo. Acudió al llamado, y alzando en sus brazos el descarnado cuerpo de la druidisa, corrió a través del bosque. Ives lo vio pasar y lo siguió.

—Gulna está viva —exclamó, con un suspiro de alivio.

La fila de menhires, incrustados de conchas, descendía hacia el mar. Ilka desapareció en una gruta y depositó a la moribunda a los pies de una doncella de extraña belleza. Era esbelta como una ninfa, de largos cabellos, tan rubios, tan claros, que tenían reflejos de plata dorada. Sus ojos eran intensamente azules, de mirada huraña. Su boca no sabía sonreír.





Formó una almohada de algas para que Gulna reposara. Observó con terror que el cabello blanco estaba quemado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con lentitud, pues casi nunca hablaba.

—Muerdo —contestó simplemente Gulna—. Llama a tu hermana Gonor la morena.

—Está muy lejos, madre. No alcanzará a llegar antes que tú...

—Entonces oye con atención, Galia, la rubia. Gonor será la druidisa. Entrégale esta hoz, como insignia de su poder. Ella es ahora la madre de las piedras y debes obedecerla.

—Sí, madre.

Irka se había alejado. Ives le aguardaba a la distancia. No se acercó a la grupa, de modo que no vió a Galia.

El vagabundo caminaba despreocupadamente, cuando dos brazos poderosos le retuvieron y una voz burlona le preguntó:



—¿A dónde vas, Irka? Esta vez no huirás.

Para evitar que el cazador de pájaros se escurriera, le ató las manos a la espalda, con su propio cinturón.

—Ya sé que eres sordo, Irka. El canto de las piedras quebró tus tímpanos. Pero puedes hablar y quiero que me expliques quién es Gulna y a qué brujerías se dedica. Tengo paciencia, Esperaré hasta que te decidas a ser más parlanchín que tus pájaros embalsamados.

Se apoyó en un árbol. Irka miraba atentamente los labios de Ives. De pronto, alzó la cabeza y un fulgor de codicia brilló en sus ojos. Una bandada de aves se posó en el árbol. El príncipe no conocía esa especie y deseó capturar una. Subió a la elevada rama, usando una soga, y preparó una trampa, disimulada entre el follaje. Aguardó por largas horas. Bajo el árbol, Irka ni siquiera respiraba. El acecho no fué en vano. Uno de los pájaros cayó en la cuerda y aunque se debatió frenéticamente, no pudo escapar.

Ives ató el pájaro de modo que no se lastimara y lo dejó pender ante los ojos de Irka. El vagabundo miraba oscilar la soga y no resistió por mucho tiempo.



Hablaré —dijo—, si me entregas ese pájaro.

—Para ti lo he cazado —sonrió Ives.

Y el vagabundo habló de la druidisa Gulna, de Gonor la morena, y de Galia la rubia, que guardaban los secretos de la comarca embrujada.

Habló largamente y por fin tuvo en sus manos el ave codiciada. Ives, siguiendo las indicaciones del cazador que embalsamaba pájaros porque no podía oír su canto, se ale-

jó entre los cañaverales que anunciaban la proximidad de los pantanos.

En un lago, Ives halló una nidada de cisnes y se entretuvo lanzándoles bayas rojas y moras de los zarzales. De pronto, las aves alzaron el vuelo, espantadas.

El estruendo de las piedras que cantan inundaba el aire con su eco infernal.

Ives se protegió los oídos y buscó un sitio donde pasar la noche. El estrépito rugía aún y por fin se acalló.

Extendiendo su alto cuerpo en una rama, guarecido bajo las hojas, el príncipe tardó en dormirse. La noche era plácida y la luna se reflejaba en el lago.

Ives pensaba en Gulna y en las dos doncellas, la morena y la rubia. ¿Lograría vencerlas?

Aun oía decir a Irka:

“Las tres tienen el corazón podrido por la ambición de reinar y el deseo de causar mal.”

Pero después habíase corregido:

“No. Galia no es perversa. Pero su hermana Gonor la convertirá en una criatura maléfica.”

(CONTINUARA)

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal** §
SIMBAD N.º 23

Las maravillas del
mundo antiguo son

.....

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO DIGANOS EL NUMERO



¿Puede decirnos cuántas son las maravillas del mundo antiguo?

Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 5 pares de soquetes, 10 libros de cuentos infantiles, 10 paquetes de Vitalmín, 10 paletas de acuarelas, 10 estuches para colegial, 10 libretas para apuntes, y 10 premios de \$ 10,—.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 20.

El caballo relincha.

Premiados con \$ 10: Fernando Zamorano, Santiago; Andrés Monardes, Valparaiso; Ximena Gautier, Santiago; Roberto Olivos, Los Andes; Silvia Crisóstomo, Quillota; Agustín Orellana, Limache; Beltramina Dubó, San Felipe; María A. Muster, Purén; Mira Gelten, Andacollo; Haydée Cecilia López, Valparaíso.

UN LIBRO: Manuel Rojas, Iquique; José Roche, Valparaíso; Roberto Welhr, La Unión; Jenaro Guerrero, Concepción; Rubén Ortúzar, Concepción; Clemencia Fuentes, Los Sauces; Margarita Hormazábal, Los Angeles; Jaime Herrera, Angol; Anemarie, Moller, Temuco; Adriana Martínez, Santiago; María Vial, Quintero; Eduardo Hert, Santiago; Jorge Gormáz, San Fernando; Mercedes Figueroa, Santiago; Anselmo Trepiana, Santiago; Luis Jiménez, Talagante; Carlitos Ravest, Viña del Mar; Ana María Moraga, Santiago; Inés Espinoza, Viña del Mar; Asunción Morín, Viña del Mar. UN PAQUETE DE VITALMIN: Nelson Campos, Santiago; Silvia Mege, Santiago; Federica Ramírez, Lota; Lucía Valenzuela, Santiago; Enriqueta González, Ercilla; Patricia Solís, Peñablanca; Héctor Quinteros, Rengo; Marta Valenzuela, Santiago; Jorge Ruiz Tagle, Estación Miraflores; Carlos Novoa, Talagante. UN LLAVERO. Raquel Lucy Vera, San Lorenzo; Alejandro Garretón, Santiago; Tercila de Esparza, Traiguén. UN JUEGO DE PIMPON: Oscar Novoa, Concepción; Raquel Roberts, Pailahueque. UN JUEGO LOTERIA: Teresa Corrales, Santiago; Eduardo Bunster, Traiguén; Regina Bustamante, Concepción; Marta Abde, Lautaro; y Heriberto Romero, Santiago.

MUCHI x POCO



“—No hay primera sin segunda”, dijo el ladrón, aprontándose a robar. Resultó que Muchi llevaba al cuello la garduña viva, como la garduña tiene muchas uñas...



El ladrón quedó con la nariz para las catacumbas. “—Muy bien, garduña —dijo la gata Muchi—. Gracias a ti, recobré mi cuello de piel. Te invito a comer pasteles.”

Él fué el primero



Bernardo O'Higgins, primer presidente de Chile.

Mereció ampliamente ser el primero que terciara en su valeroso pecho la banda de los presidentes chilenos.

El escribió:

“Esta patria, desde los 15 años de mi edad, fué el ídolo de mi corazón en la tierra y lo será hasta rendirle el último aliento.”

Sus proclamas reavivaron el espíritu de los héroes que lucharon por nuestra independencia. Citamos algunas de sus frases:

“Renazca entre vosotros el sagrado fuego de la libertad...”

La dulce patria, el hermoso Chile, vuelve a ocupar el rango de nación... Corred hacia nosotros a participar en la gloria de vuestros hermanos.”

Como Director Supremo de la República veló siempre por defender a Chile del invasor y por ahogar las disensiones internas que pudieran ser una amenaza para la independencia, lograda con tanto esfuerzo, valor y sangre.

O'Higgins demostró su patriotismo en el desastre de Rancagua, en la victoria de Chacabuco, en el Roble, en Maipú, y en todas las batallas donde su espada y su voz fueron guía y ejemplo del ejército chileno. Pero cuando adquirió su estatura de gran patriota fué en su abdicación del mando, pues entregó la banda presidencial para evitar a Chile una guerra civil.

Nació el 20 de agosto de 1778 y murió el 24 de octubre de 1842. Sus padres fueron don Ambrosio O'Higgins y doña Isabel Riquelme.

Simbad

N.º 24.

LOS GLADIADORES



\$ 2.-

MUCHI x POCO



1. Muchi estaba saltando a la cuerda, cuando vió un ladrón que entraba a su casa sin pedir permiso. “—Yo juego a los saltos y ése a los asaltos”, dijo, con gran sobresalto.



2. Como no tiene racionadas las ideas ni en tiempo de escasez, se le ocurrió la manera de pillar al ladrón. Ató su cuerda a los dos postigos, formando una trampa.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

PIRATA

DEL MAR EGEO

CAPITULO IX.—*Taieb cuida a sus esclavos.*

El teniente marsellés Carlos Saurel y su fiel marinero Gastón Lecar fueron vendidos como esclavos al mercader Taieb. Este descargó un azote sobre la espalda de Carlos porque, al dar un paso en falso, derramó un tonel de aceite. El joven le arrebató el látigo y, por su gesto de rebeldía, debió enfrentarse a una decena de servidores de Taieb, que acudieron a los gritos de su amo. Lecar se situó junto a su jefe y esperó el ataque.

La pelea fué épica. Los dos franceses luchaban con soberbio esfuerzo. Parecía increíble que pudieran sostenerse por tan largo tiempo sin caer ni retroceder. Carlos empleaba sus puños. Lecar, además de la fusta que el teniente arrebató a Taieb, asestaba sus manos, pesadas como mazas, y sus pies, de estu-penda agilidad, tan pronto hundían una costilla como dejaban un ojo amoratado.



Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 24

Precio: \$ 2.—

15-II-1950

Quizás hubieran triunfado en el desigual combate, pero los transeúntes, que habían sido testigos del gesto sublevado de Carlos, empezaron a gritar, furiosos:

—¡Los perros infieles osan levantar la mano contra los verdaderos creyentes!

—¡No lo permitamos!

—¡Esto clama venganza!

Y se abalanzaron contra los dos blancos. Toda esperanza de vencer se desvaneció en el corazón de los valientes marseleses, pero opusieron resistencia hasta que sus adversarios formaron sobre ellos una montaña. Entonces no pudieron moverse.

—Ahora, Taieb —aulló un vecino—, apalea a los perros rumís hasta que mueran.

Un súbito silencio siguió a estas palabras. Carlos y Lecar pensaron que su propio aliento y la respiración de todos aquellos energúmenos se había suspendido por un minuto eterno.

Por fin habló Taieb. Con una calma que desmentían la palidez de su semblante y el temblor de sus manos, dijo:



—Ordenaré que encierren y encadenen a los dos esclavos y que hoy se les prive de comida.

—¿Y no les darás garrote?

—El Profeta dijo: “Sed humanos y justos entre vosotros”.

Estupefactos, los vecinos y servidores miraron a Taieb como si estuviera loco. Luego reflexionaron que su corazón era bondadoso, incluso con los miserables rumís, y se alejaron pensativos.

En realidad, Taieb



estaba aún atemorizado por la mirada de Carlos, llameante de cólera cuando se apoderó del látigo. Por otra parte, la muerte de dos esclavos significaba para él una sensible pérdida de dinero. Había pagado trescientos veinte piastras por ambos. Sin violencia, los rebeldes fueron conducidos a un calabozo. Dos días más tarde, se reintegraron a su trabajo. Cuando regresaban a Argel, vigilados por un servidor de Taieb, Carlos dijo a Lecar:

—¿Divisas ese bosque de olivos?

—Sí —respondió el marinero, asombrado—. ¿Por qué?

—Al atravesarlo, atacaremos a nuestro guardia.

Para dos temerarios, que estuvieron muy cerca de vencer a diez contendores, fué tarea fácil derribar al turco encargado de vigilarles. En realidad, la custodia de los esclavos no era muy estricta, porque la fuga se consideraba imposible. Un siervo fugitivo no encontraba quien le ofreciera protección y en cambio todos estaban dispuestos a denunciarle o a darle muerte.

Luego de atar sólidamente al turco, Saurel y el marinero huyeron. El guardia yacía tras un seto de cactus y la carreta



estaba oculta en una hondonada. Tardarían en ser descubiertos. —Debemos esperar la noche para acercarnos al puerto —advirtió Carlos.

Comprendía la audacia de su fuga. Pero no hubiera renunciado a ella ni aún bajo mortal amenaza. No olvidaba a Adriana Valli. Era preciso que buscara su rastro. Ismail, el pirata que assolaba el mar Egeo, podía darle noticias de ella y se las arrancaría aunque tuviera que estrangularlo.



—Señor, descansemos aquí —propuso Lecar, señalando una gruta. El teniente accedió. Gastón, que en su profunda lealtad hacia el joven parecía leer sus pensamientos, dijo:

—Tal vez el chacal Ismail aún tiene su nave fondeada en Argel. Podíamos interrogarlo esta misma noche.

—¿Qué pregunta le harías? —inquirió Saurel, con una sonrisa.

—La pregunta se la haréis vos, señor. Yo, si es preciso, ayudaré a que el berberisco responda.

Carlos sonrió de nuevo. No necesitaba hablar con su fiel marinero. Sin cruzar palabra, sabían proceder con el mismo propósito y con idéntica idea.

(CONTINUARA)

DICK TABÚ

CAPITULO XXIV.—

Los hijos del sol.

Dick Tabú fué el primero que despertó antes que el sol matinal filtrara sus rayos en la enmarañada jungla.

Cuando se levantó la doncella Lorna, ya Dick había encendido el fuego para cocer el fruto del árbol del pan y un ave que cazó al vuelo.

La palmera que cobijó su sueño les proporcionó exquisitos cocos. Estaban ambos jóvenes sentados en el umbral de la cabaña cuando vieron aparecer a un negro muy obeso, que vestía faldellín de hojas de baobab.

Su figura risueña y grotesca no alarmó a Dick Tabú.

—Que los espíritus buenos te protejan —dijo el Intocable, usando el habitual saludo de las razas indígenas.

—Que broten los frutos de la tierra a tu paso —respondió el jefe Semur—. ¿De dónde venís, hombre blanco con piel de leopardo?

—Del país de los *kopjes* —replicó Dick—. Mi compañera es sorda y muda y voy en busca de un hechicero mayor para que le devuelva la palabra y el oído.

El obeso negro examinaba a Lorna y sus labios se alargaban de admiración y codicia.

—Aquí tenemos un hechicero que hace milagros en nombre de los espíritus —dijo Semur—; venid conmigo al reducto de mi tribu.

Dick consideró prudente no manifestar desconfianza e indicó a Lorna que le siguiera.

Cuando habían caminado algunos pasos, el Intocable murmuró al oído de Lorna:

—Finge no oír, ni escuchar hasta que yo te lo ordene. Temo más a los hechiceros que a sus guerreros.

Pronto llegaron al recinto de la tribu y Semur convocó a los na-

RESUMEN: Dick Hateras, llamado el Intocable, tras grandes aventuras se encuentra con la doncella Lorna, niña de raza blanca con la cual huye hacia tierras del Norte. Las tribus indígenas aprisionan a Lorna. Dick se disfraza de espíritu de los árboles y salva a su compañera, continuando su ruta hacia la casa de los esposos Chalmers.



ELENA POINIER

tivos. Inmediatamente Dick se dió cuenta de que no eran hostiles, sino muy primitivos y temerosos.

—¿Quién eres tú? —preguntó al Intocable un negro que ostentaba en su cabeza un par de cuernos de búfalo.

—*Soy Dick el Intocable* —respondió el joven—. Los espíritus me protegen.

—Si eres tabú, ¿cómo es tu cuerpo blanco y también el de tu compañera? —preguntó el hechicero.

—Los espíritus nos dieron ese color para señalarnos entre los demás hombres —explicó Dick—. Somos hijos del sol.

—Mentira, mentira —gritó el hechicero—; sois de la raza maldita que asesina a los nativos. Gran jefe Semur, sometédlos a la prueba del fuego... Si pasan sobre las llamas sin quemarse creemos que son hijos del sol.

Los nativos, crueles por naturaleza, comenzaron a reunir leña para la pira del tormento.

Dick Tabú reflexionaba. Sin armas con qué defenderse y rodeados por más de quinientos negros, era peligrosa la fuga.

De súbito, Dick Hateras miró al cielo, como para pedir auxilio, y advirtió que la luz del sol era menos refulgente que de ordinario. "Un eclipse total —pensó el inteligente muchacho—. Voy a servirme de este fenómeno natural para atemorizar a los negros."

—Gran jefe, y tú, hechicero de la tribu —exclamó el Intocable—, no enciendas la pira para quemar a los *hijos del sol*... Mira cómo sus rayos disminuyen, mira cómo apaga su luz. Si tocáis una hebra de la cabellera de Lorna, quedaréis en tinieblas para siempre. ¡Ay de vosotros, hombres de la tribu de Semur!

El eclipse del sol se iba intensificando mientras Dick peroraba con majestad y soberbia.

Poseídos de espanto, los nativos cayeron de rodillas, dando gritos y alaridos salvajes.

—¿Lo veis? —repitió Dick—. Nuestro padre el sol ha descubierto la mala intención de vuestro hechicero mayor y os castiga.

—Perdón, perdón —balbucían los negros—. *Hijos del sol*, devolvednos la luz.

—Os la devolveré si juráis no hacernos daños ni a mí ni a mi compañera.

—Lo juramos, lo juramos —profirieron los atemorizados indígenas—, y que los espíritus de los árboles, de los vientos y de las aguas nos castiguen si no cumplimos el juramento.



ELENA POIRIER

—Repetid conmigo —ordenó Dick Tabú— lo que os voy a decir: **HIJO DEL SOL, SEÑOR NUESTRO AMO Y SEÑOR.**

Todos los negros repitieron sus palabras.

—**SOMOS CHACALES.**

—Somos chacales —repetían los ingenuos negros.

—Ahora la diosa del sol va a danzar ante el poder supremo y vos permaneceréis con la frente inclinada en el polvo... Tañid los tam-tams y los tambores y que los cantos se eleven mientras la diosa baila.

Como aún continuaba el eclipse total, el espacio estaba en tinieblas.

Dick Tabú pidió que arrojaran hierbas aromáticas en la hoguera y Lorna inició su danza. Entretanto el joven Intocable recogía una lanza por allí, un arco y una flecha acullá y los ocultaba entre el matorral. Era preciso estar listo para la defensa y, si fuese necesario, para la fuga.

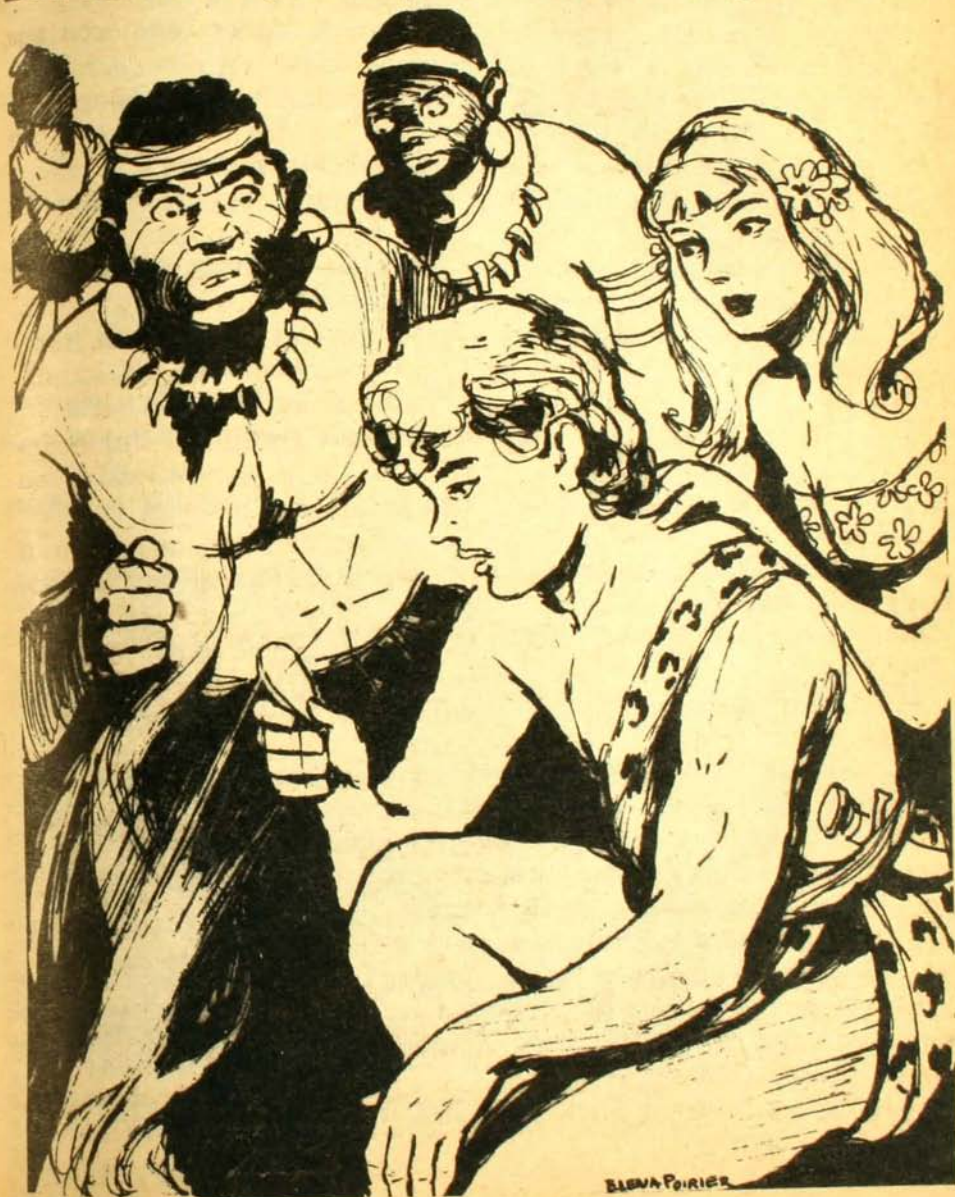
Guardadas las armas, Dick fué acercándose a la fogata humeante por las hierbas verdes que habían arrojado en ella, y sin que lo advirtieran los prosternados negros, fué extinguiendo con cántaros de agua las brasas de la hoguera.

—Sigue bailando, Lorna —suplicaba Dick cada vez que pasaba junto a la doncella.

Como los indígenas eran en extremo supersticiosos, continuaban con la frente en el polvo y repitiendo las invocaciones a los espíritus.

De pronto Dick lanzó un alarido salvaje y la danza terminó. La hoguera estaba completamente apagada.

—Otra prueba más de la ira de los dioses, necios chacales —gritó el Intocable—. Estáis privados de sol y de fuego. Dick Tabú sabía que la mayoría de las razas indígenas no cono-



cían el pedernal y que para no verse privados del fuego, mantenían constantemente una hoguera encendida. Por lo tanto, la extinción del fuego era para ellos una catástrofe tan espantosa como el eclipse del sol.

—Somos necios chacales, somos necios chacales —gemían los nativos, golpeándose el pecho y mesándose los crespos cabellos. El Intocable miró al sol y advirtió que ya el eclipse disminuía.

—Levantáos, necios chacales —ordenó a los negros tristes y humillados—. Mi padre el sol os perdona.

En efecto, el sol volvía a resplandecer sobre la tierra.

—¿Qué haremos ahora sin fuego? —preguntó el jefe Semur, humildemente.

—Yo haré caer fuego del cielo —declaró el Intocable, sacando de su cinturón un pequeño vidrio de aumento.

Este cristal le servía para encender fogatas en los bosques y nunca le abandonaba.

—¿Queréis fuego? —gritó Dick Tabú a los sumisos negros—. Bien. Voy a pedir a mi padre el sol que envíe sus rayos a la tierra.

Acercándose a un montón de hojas secas, el Intocable lo enfocó ante el sol.

Tras breves momentos las hojas se encresparon y una llama roja surgió en espiral.

Desde ese instante Dick Tabú fué como un dios para la tribu indígena.

Ya no necesitaba recurrir a las armas, ni estimular las supersticiones de los negros.

El Intocable se orientó sobre el camino que debía seguir para llegar al distrito del colono Juan Chalmers, y sus rendidos súbditos no sólo le proporcionaron piraguas, sino que les acompañaron a través de los bosques, escoltándoles, y muchas veces llevando en litera a la fatigada Lorna.

El kraal de Juan y Doris Chalmers se avecinaba.

—¿Escuchas los rumores de la jungla, Lorna? —decía Dick a su inquieta amiga—. Los tam-tams de mi distrito llegan hasta aquí. Sin duda mis fieles guerreros Tomasi, Samuké y Tusó me buscan incesantemente.

—Llévame a tu kraal, Dick —suplicó Lorna, por centésima vez—. Seré tu esclava.

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Un día los ositos se asustaron de una araña que no era nada de María Bonita. —Los lesos, que le tienen miedo a una araña”, dijo Tomásín, y de tanto reírse, se quedó dormido.



2. Cuando despertó, dió un chillido de julepe. Delante de él tenía una araña espantosa. Ma, Ra, Vi y Lla se rieron, diciendo: —Leso, que le tiene miedo a un coco y a cuatro platanitos inocentes”.

Los gladiadores

CAPITULO I.—La fuga de los esclavos.

Al principio de la Era cristiana, los tracios vivían en una región montañosa, al Norte de Grecia. Pueblo de orgullosos guerreros, ni Darío, el rey persa, ni Filipo, de Macedonia, pudieron someterlo bajo su dominio. Las legiones de Roma también fracasaron. En una de las batallas capturó a un grupo de tracios. Entre ellos venía un joven cuya belleza física produjo asombro entre los romanos.

—¿Quién eres? —preguntó el general.

—Espartaco —repuso el altivo prisionero.

Este nombre, con el transcurso del tiempo, estremecería a Roma. Espartaco fué entregado a Léntulo Batuato, director de la escuela de gladiadores y se convirtió en la mayor atracción del circo. Las multitudes enloquecían por él, por su fuerza y agilidad, por su belleza varonil, por el supremo dominio de sus nervios y de sus movimientos cuando la muerte le amenazaba. Era el héroe en los duelos *ad gladium*, es decir, de hombre a hombre, y en los *ad bestiarum*, hombre contra bestia.



Tenía por compañeros a Crixo, el gladiador galo, sombrío, de cabeza de foca y gestos lentos y peligrosos; a Casto, pequeño, ágil, maligno, incisivo como un chacal; a Urso, el gigante; a Enomao, joven que prometía ser un luchador formidable, etc. Los esclavos aceptaban sumisamente su destino. Pero el público romano, sediento de sangre y de espectáculos violentos, exigía cada vez más y sólo

quedaba complacido cuando en la arena yacía la mayor parte de los gladiadores, muertos o agonizantes.

El espíritu de la rebelión se encendió entre aquellos hombres sacrificados, y una noche setenta de ellos emprendieron la fuga.

Fanio, dueño de una posada al Sur de Capua, vió llegar una vocinglera muchedumbre. Pidieron cena y vino. Cuando terminaron de merendar, Fanio, inquieto, dijo:

—Ahora, pagad y marchaos.

Un hombre, que parecía una foca triste, se levantó de su mesa y sin apresurarse, llegó junto a Fanio. El pretendió golpearlo, pero el huésped fué más rápido. Su rodilla se hundió en el estómago del posadero y éste se estrelló contra la pared, donde permaneció doblado, jadeando.



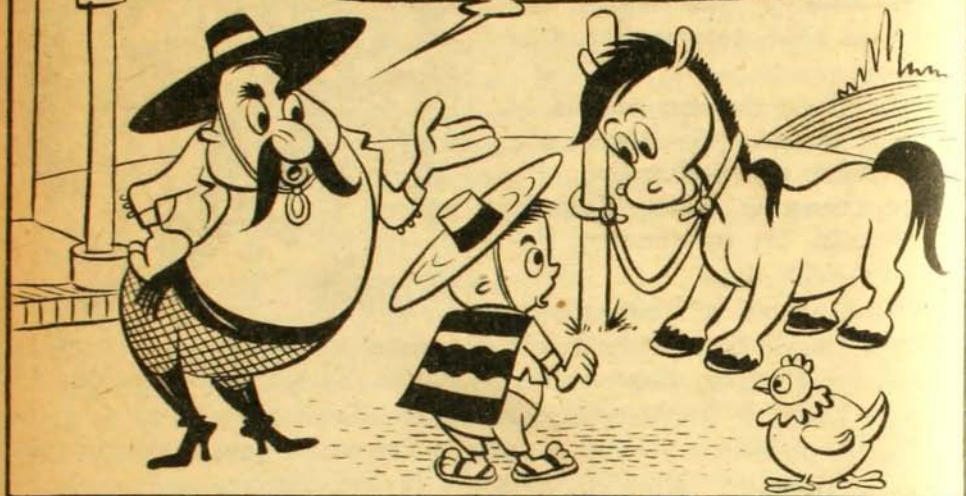
—No busques gresca y menos a Crixo —dijo el vencedor—. Esta noche yo y mis compañeros dormiremos aquí. A ti y a los criados os encerraremos con las vacas, para que no nos molestéis.

Fanio comprendió. Eran gladiadores. ¿Cómo defenderse contra ellos, habituados a desquijarar leones y a burlar la muerte?

(CONTINUARA)

Ponchito

¿QUE TE PARECE EL CABALLITO QUE TE TRAJE, PONCHITO? PARA QUE NO ANDES TANTO DE A PIE



ESTE CABALLO CHILOTE ES MUY CHICO PARA MI, PATRON



AL OTRO DIA

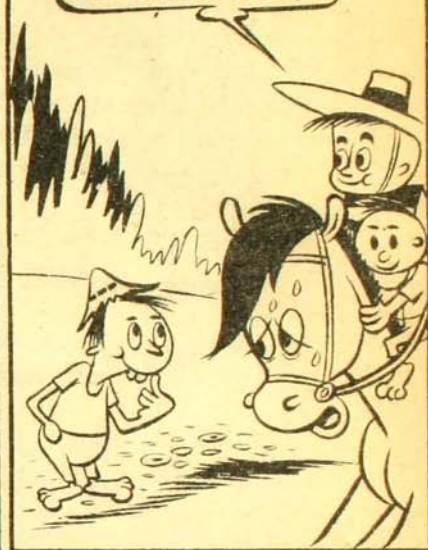
IRE A VER AL PATRON Y LE DEMOSTRARE QUE NECESITO UN PINGO MAS GRANDE



¡LLEVANOS AL ANCA
PONCHITO !



¿ QUIERES SUBIR
CHUMINGO ?



¿ VE PATRON, NO LE DIJE QUE
ESTE PINGO ERA MUY
CHICO PARA MI ?



El anillo mágico

Había una vez dos hermanos que se llamaban Alí y Solimán.

Alí era inteligente, Solimán también.

Alí tenía buen corazón, Solimán también.

Alí era franco, leal, valiente, y Solimán también.

Pero a Solimán le gustaba el trabajo y el estudio, y a Alí las distracciones y las travesuras.

Solimán era juicioso, prudente, ordenado, y Alí era impetuoso y no reflexionaba sino después de haber hecho alguna tontería.

En pocas palabras, Solimán era razonable, y Alí no lo era.

Sin embargo, los dos hermanos se querían, se querían de todo corazón.

Al morir el padre de estos jóvenes, Alí tenía veintiún años, y Solimán, veintisiete. Recibieron como herencia cada uno mil dinares de oro.

Alí resolvió ir a Bagdad.

Solimán decidió acompañarle, aunque hubiera preferido quedarse en su aldea natal.

Llegaron a Bagdad el día que Omar Hassan Astadar sería coronado.

Alí, al verle pasar, feo y pomposo, no pudo contener la risa. El califa, indignado, rugió:

—¡Prended a esos extranjeros!

Diez guerreros saltaron sobre Solimán y Alí, los cogieron y los condujeron a la prisión destinada a los más grandes criminales del estado.

Los dos hermanos, llevados por los guardias, atravesaban el mercado.

¡Una idea feliz cruzó la mente de Alí!

¡Plum!, de un puntapié botó una pirámide de naranjas y limas:

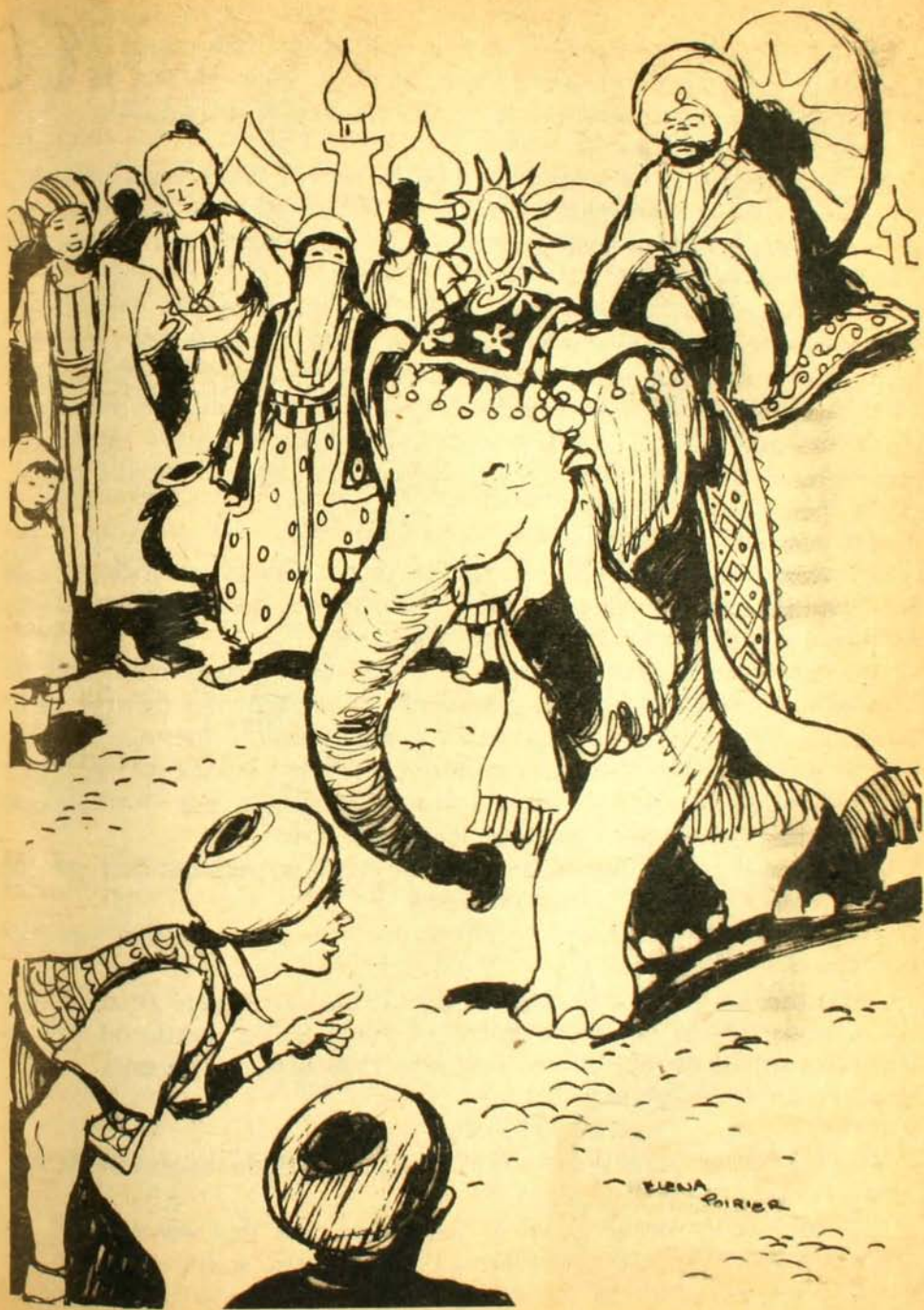
¡Plum!, de un segundo puntapié desparramó un cerro de melones y sandías. ¡Y aquellas frutas redondas comenzaron a rodar y

los guardias del rey tropezaban y caían y renegaban y gritaban!

Y, no hay para qué decir, Alí y Solimán emprendieron la fuga a todo lo que les daban las piernas.

Desgraciadamente, Solimán pisó una naranja y cayó de bruces.

Los soldados volvieron a cogerlo.



Alí corría sin mirar hacia atrás, y no paró hasta trasponer la puerta de Basora y llegar al bosque de Leila Roumanu. Vencido por el cansancio y las emociones, se dejó caer al pie de un gigantesco algarrobo y se durmió con un sueño intranquilo.

Al despertar, gimió:

—¿Qué habrá sido de mi hermano Solimán? Con seguridad que lo condenarán a la pena de muerte. Y soy yo, su hermano Alí, con mi intempestiva risa, quien lo he condenado a muerte. ¡Oh hermano Solimán! ¿Dónde estás?

Estaba así lamentándose el travieso e infortunado Alí, cuando llegaron de la ciudad cuatro niños. Uno de ellos llevaba un gato. Los cuatro niños se sentaron en círculo, depositaron el gato en el centro y comenzaron a acariciarlo y a decirle palabras cariñosas. El animalito, feliz y agradecido, maullaba suavemente, encorbaba el lomo, ronroneaba y lamía el rostro y las manos de los niños. Y los niños reían, reían.

De pronto uno de ellos dijo:

—¡Qué tontos somos! ¡Yo no me divierto! Tengo una idea mejor que la de acariciar al gato. Colguémosle de las patas traseras y lo asamos lentamente. ¡Eso será divertido!

Y los demás niños aprobaron la idea del perverso y cruel Atmed. Ataron al gatito de las patas traseras y lo colgaron de una rama del árbol. Recogieron ramas secas y encendieron fuego.

Alí, que observaba aquella crueldad, corrió hacia el grupo, y ¡plum!, bofetones por la cara; ¡plum!, bofetones por donde caían y dispersión general de los verdugos del gato.

No habían corrido mucho cuando se vieron perseguidos por un tigre feroz y Alí los perdió de vista.

Mas, ¡oh horror!, el tigre volvió sobre sus pasos y fijó sus ojos en Alí.

Persuadido de que había llegado su última hora, éste se dejó caer al suelo y ocultó el rostro entre el césped. Ya sentía el aliento del tigre en su cuello; en un segundo más sería devorado.

Pero una voz le ordenó:

—¡Levántate, Alí, mira y escucha!

Alí obedeció y vió delante de él a un doncel de maravillosa hermosura que le dijo:

—Yo soy un genio y adoro a los niños. De vez en cuando me transformo en animal doméstico, perro o gato, a fin de estar cerca de ellos; otras veces me transformo en pájaro y recompenso a



los que son buenos conmigo. Pero hoy he caído en manos de niños malos y crueles y los he castigado dándoles un gran susto bajo la forma de tigre. Y has de saber, ¡oh Alí!, que el que es cruel con los animales lo es también con los hombres, y si estos niños desarrollaran sus malos instintos, serían después unos malvados dignos de morir en la horca.

Permaneció un instante en silencio y luego prosiguió:

—Tú eres bueno y quiero recompensarte. ¿Qué deseas? Alí se arrojó a los pies del genio y, sollozando, le suplicó:

—¡Salva a mi hermano!

—Cesa de llorar —dijo el genio—. Tu hermano será salvado.

—¿Ves este anillo? Tiene la virtud de hacer invisible a quien lo lleve puesto en el dedo y a quien toque al que lo lleva. Con él podrás salvar a tu hermano. Pero después me lo devolverás. Vé y que Alah te proteja.

Con estas palabras desapareció el genio dejando el anillo en manos de Alí.

Loco de alegría, el joven se puso el anillo en el dedo anular de la mano derecha y se dirigió a la ciudad.

Cruzó la puerta en las nari-

ces de los centinelas sin ser visto; atravesó las calles más populosas sin ser notado; por fin entró a un café, se deslizó en un rincón y se sentó sin que nadie fijara en él su atención.

Escuchó con oído atento las conversaciones de los parroquianos. —Mañana será la ejecución del condenado —decían unos.

—A las nueve, frente al palacio real —agregaba otro.

Al día siguiente, al aclarar, Alí, con el anillo en el dedo, se encontraba en el medio de la plaza real, sentado sobre la rama de un majestuoso plátano, debajo del cual estaba el cadalso.

Poco a poco fué llegando la gente, ansiosa de presenciar la ejecución del criminal. Después apareció la guardia, en seguida el sultán, acompañado de sus ministros y de su corte.

Y, por último, llegó el desgraciado Solimán, cargado de cadenas. El aguacil mayor dió lectura a la sentencia de muerte.

Después, en medio del silencio general, resonó una voz alta y clara y se oyeron estas palabras:

—¡Oh gran rey! ¡Oh rey de reyes! En nombre de Alah el justo y el misericordioso, dignate escucharme. El que insultó a tu augusta majestad, no fué ese hombre que has condenado al último suplicio. Por el contrario, si él hubiera podido impedir el crimen cometido, lo habría hecho aún arriesgando su vida. El culpable es su hermano Alí, soy yo y yo solo. ¡Que tu generosidad conceda la vida y la libertad a Solimán y yo me entregaré a tu justa venganza!

Al oír tales palabras, el califa llegó al extremo del furor. Con voz temblorosa por la cólera gritó:

—¡Guardias! ¡Coged a este hombre y que sufra la misma pena que el condenado!

Como la voz había partido de arriba del plátano, los soldados treparon rápidamente y hurgaron entre el ramaje. Naturalmente sus esfuerzos fueron infructuosos. Alí, invisible por el anillo, se escabullía de rama en rama y nadie logró tocarlo.

El rostro de Omar se tornó amarillo de rabia.

—¡Ejecutad la sentencia! —ordenó—. ¡Acabemos de una vez con este malhechor!

El desgraciado Solimán estaba atado a una cruz en forma de X, y el verdugo levantó sobre su cabeza una pesada barra de hierro. Pero el verdugo fué cogido bruscamente del puño por una mano invisible y desapareció de la vista de la concurrencia.

Al mismo tiempo, el esbirro escuchó una voz que le decía:

—¡Vete, miserable! ¡Vete, o te arrojó al infierno!

Y Alí, porque ya se comprende que era él quien hablaba, cogió al verdugo y lo arrojó en medio de la turba. Loco de terror, el verdugo se levantó y echó a correr gritando a voz en cuello:

—¡Ech Chitán! ¡Ech Chitán! (¡El diablo, el diablo!).

Los curiosos espectadores de aquel extraño acontecimiento se quedaron mudos de terror. El califa sintió que le temblaban las piernas y un sudor helado corría por su rostro bermejo.

Alí ya no podía contener su humor travieso; se acercó al trono y sacudió al califa por el cuello, diciéndole al oído:

—¡Oh rey cruel, tirano sin piedad! ¡Estás entre las manos del Chitán! ¡Vas a morir y te llevaré a los infiernos!

Y el rey olvidó su majestad y gritó como el verdugo:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ech Chitán! ¡Ech Chitán!

Y he aquí que, estando el rey cogido por Alí, que llevaba en su dedo el anillo mágico, él también se hizo invisible, y la muchedumbre escuchaba aterrada sus clamores, creyendo que ya se lo llevaba el Chitán. Sopló una brisa de pánico y la gente huyó despavorida. Sólo quedaron en la plaza el califa y Alí, invisibles, y el infortunado Solimán, atado al tormento y sin explicarse lo que acontecía a su alrededor.

Alí, sin soltar al califa, le dijo:

—Te perdono la vida. Pero desgraciado de ti si continúas siendo el cobarde y cruel tirano que has sido hasta el presente.

Y diciendo esto, Alí soltó al sultán, que huyó a toda velocidad de sus torcidas piernas.

Alí se acercó a su hermano, diciendo:

—No temas, Solimán. Yo soy tu hermano Alí, invisible por la virtud del anillo mágico. Voy a darte libertad.

Cortó las ligaduras de Solimán y por un instante se quitó el anillo del dedo.

—¿Ves cómo soy Alí? Ahora es necesario que nos hagamos ambos invisibles, a fin de abandonar para siempre esta ciudad.

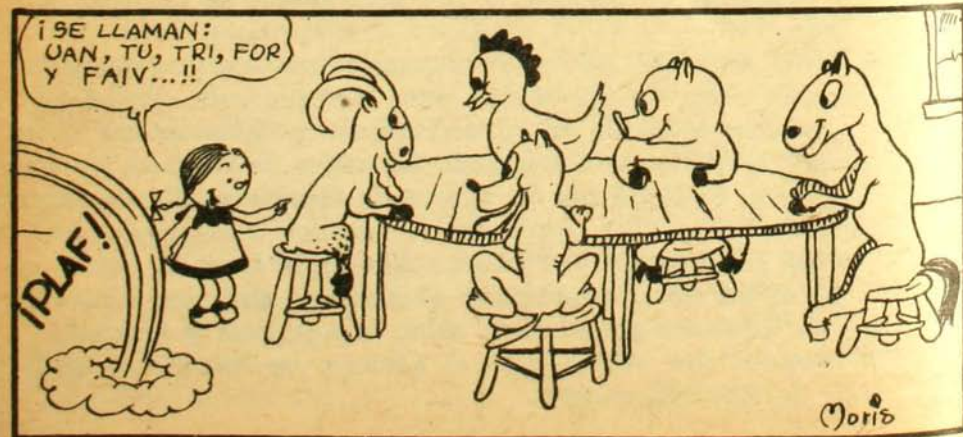
Volvió a colocar el anillo en su dedo, tomó a Solimán del brazo y se fueron tranquilamente cruzando las calles de Bagdad, sin que nadie los viera. Salieron por la puerta de Basora y allí encontraron al genio.

—¡Oh genio bienhechor! —exclamó Alí—. ¡Gracias al anillo he salvado a mi hermano y obligado al califa a abrir los ojos! Espero que en adelante gobierne su reino con justicia y bondad.

—¡Has obrado bien, Alí! —dijo el genio, y recibiendo el anillo de manos de Alí, desapareció.

Chelita

Por MORIS



DOS FUGITIVAS



CAPITULO XI.—En una compañía de circo.

El aluvión de la noche anterior había inundado la casa de campo de la anciana campesina, quien clamaba porque alguien le salvara sus gallinas y pollos.

Silvia Balmers avanzó entre el charco y gritó a la enloquecida vieja:

—Yo le salvaré sus aves, señora.

Sin aguardar la venia de la anciana, Silvia se despojó de sus zapatos y de sus medias y entró al charco. Pero las gallinas, en vez de dejarse coger, pataleaban en el agua y se alejaban.

Por fin Silvia consiguió coger un gallo y retrocedió para entregárselo a la desesperada viejecita.

—Dios te bendiga, hijita —decía la anciana cada vez que Silvia le entregaba un ave salvada del aluvión.

En su deseo de complacer a la campesina, Silvia llegó hasta recoger una nidada de polluelos en un corralillo inundado.

—Y ahora entra a secarte la ropa, hijita —ordenó la anciana—. Seguramente no han tomado ni desayuno estos pobres ángeles.

—En verdad, tenemos hambre —se atrevió a decir Lucía—. Si nos pudiera dar un pedacito de pan.

—Pan con mantequilla y de la buena —exclamó doña Felipa. Mientras comían con voraz apetito, se inició el interrogatorio de la curiosa anciana.

—¿Quiénes son sus padres? ¿Dónde viven? ¿Son forasteras de este lugar?

—Carecemos de hogar y somos huérfanas —respondió Silvia—. Vamos camino a Chillán en busca de un tío.

RESUMEN: Silvia y Lucía Balmers andan errantes huyendo de la policía, porque la pequeña Lucía se fugó de un asilo de huérfanos. Buscan a su tío Jaime Balmers, y encuentran a un joven colorín, que es su hijo adoptivo, y que trama una intriga para entregar a las niñas a una pareja de estafadores: Alberto y Mireya. Silvia y Lucía, atemorizadas por la presencia de los monederos falsos, huyen de nuevo. Una lluvia torrencial les obliga a buscar refugio en un pajal.

—En pleno invierno y con estas lluvias torrenciales no llegarán ni en primavera —declaró doña Felipa—. Con el torrente desbordado no podrán pasar en unos cuantos días. Se quedarán conmigo.

—Si pudiéramos servirle de algo para ganar nuestra comida —insinuó Silvia—. Yo sé cocinar, lavar, planchar. . .

—Basta con que me hagan compañía, hijitas —suspiró la vieja—. Vivo muy sola y aislada, pero aquí nada falta. A ver, chiquilla, comienza por cocinarnos una tortilla de huevos.

Silvia se expidió como excelente cocinera.

—¿Nos vamos a quedar aquí? —preguntó Lucía a su hermana, cuando se retiraron a descansar.

—Ciertamente que no —respondió Silvia—. Ya conocemos las intrigas del colorín Jaime Balmers, aliado de los estafadores Alberto y Mireya. En cualquier momento pueden descubrirnos y encerrarnos en una prisión, de donde nunca más saldremos.

Después de una buena noche, Silvia se levantó de madrugada y vió que aun continuaba la inundación en los campos, pero buscando algún sendero junto a la montaña podrían proseguir su ruta a Chillán.

—Ya que no desean permanecer conmigo no insisto —dijo por fin doña Felipa—, pero llevarán víveres para el camino y unos cuantos pesos que les obsequia esta vieja.

Doña Felipa fué generosa con las huérfanas y las miró alejarse con los ojos turbios de lágrimas.

Silvia, Lucía y el perrito *Guacho* caminaban por el cenagoso camino siguiendo la ruta que les había señalado doña Felipa.

—Tenemos que atravesar un puente en el río —dijo Silvia—. Allá lejos lo diviso.

Lucía volvió la cabeza al oír un ruido en la lejanía. Siempre temía la pobre chica que sus enemigos vinieran persiguiéndolas.

—Son grandes camiones con toldo —dijo Lucía—; vienen bajando la ladera del monte y seguramente van a pasar también el río.

—Apresurémonos —indicó Silvia.

Estaban a pocos metros del largo puente cuando el *Guacho*, que siempre inspeccionaba el camino, comenzó a ladrar y a tirar de los vestidos a sus amitas como indicándoles que retrocedieran.

—¿Qué ocurre, *Guacho*? —preguntó Silvia.

El perro continuaba obligándolas a retroceder.

—Comprendo —exclamó de pronto Silvia—. El puente está cor-



tado y hay un profundo hoyo. Si el *Guacho* no nos detiene habríamos caído al río.

—Y esos camiones que avanzan también pueden caer —insinuó Lucía.

Ya Silvia corría a enfrentarse con el primero de los vehículos alzando los brazos para detenerles.

En vez de obedecer el chófer tocaba la bocina como pidiendo paso.

Una silueta femenina asomó la cabeza y divisó a Silvia.

—¿Qué pasa? —interrogó entonces.

—El puente está roto —explicó Silvia—. No pueden cruzarlo, señora.

Inmediatamente descendió del camión una hermosa gitana, la que al informarse de la catástrofe, ordenó detener la marcha y

envió a uno de los bohemios a comunicar al jefe lo que ocurría.

—Es una compañía de circo —dijo Silvia a Lucía.

El primer chófer inspeccionaba el puente y decía a sus compañeros:

—Nos hemos escapado de morir ahogados, jefe.

—Debemos, pues, la vida a estas dos pequeñas heroínas —dijo el gitano Marcos.

—Era nuestro deber avisarles —sonrió Lucía—. Pero fué mi perrrito *Guacho* quien descubrió el profundo hoyo en el barranco.

El gitano abrió su bolsa para extraer algunas monedas con qué recompensar a sus salvadoras.

—Preferimos no recibir dinero —dijo la prudente Silvia—. Si ustedes conocen otro camino les ruego que me lo indiquen.

—Suban con nosotros —indicó la gitana—. Vamos a seguir por la ruta de la montaña.

Lucía, Silvia y el *Guacho* subieron al camión y fueron ovacionadas por los alegres gitanos, que las aclamaban como heroínas.

—Apenas lleguemos a Chillán —decía el jefe del circo—, pediremos a la prensa que venga a entrevistarlas y tome fotografías de ustedes, a fin de que todo el mundo sepa su noble acción.

—Preferimos que no se publique este suceso —balbuceó Silvia.



—¿Por qué no? —preguntó el gracejo de la compañía—. Saldrán ustedes retratadas en una página entera de los diarios... Nosotros pagaremos... Dirán: "He aquí a las dos heroicas niñas que salvaron al Circo de las Águilas..."

—Es que no nos conviene por la policía —declaró la imprudente Lucía.

—Ese es otro cantar —expresó el jefe de la caravana—. ¿Qué han hecho ustedes para huir de la policía, chiquillas? Confiesen. Los gitanos somos fieles hasta la muerte.


Silvia refirió su triste odisea. Lucía había huído de un asilo de huérfanos y por eso la policía las perseguía y en todas las ciudades había carteles con sus retratos.

—Caramba, caramba —murmuró la bella gitana Mayra—. Cuando entremos a cualquiera ciudad vendrán los carabineros a registrar nuestros documentos y las descubrirán.

—Se me ocurre una idea —insinuó Lucía, con su natural vehemencia—. Vístannos de gitanas a nosotras también...

—Eso... —dijo sonriendo Mayra—. Magnífica idea, preciosa chiquilla. Mañana quedarán ustedes transformadas en lindas gitanitas.

(CONTINUARA)



A nuestros lectores

Luis Moreno López, Felipe González Cortés, Juan Ferrari, Jorge Bagoni.—Agradecemos sus felicitaciones por "Piratas del Mar Egeo", que ha interesado a los niños a quienes atrae el clima de aventura... es decir a todos los niños.

Luis Durán.—Tal como usted opina, nuestro concurso semanal es instructivo y ha tenido enorme éxito. Elena Poirier agradece sus elogios.

Ramón Nieto García.—Nos alegra saber que es usted un propagandista entusiasta de nuestra revista y que le ha creado un ambiente de admiración en

tre los alumnos del Liceo donde usted se educa y también en su barrio. Transmitimos sus felicitaciones a Elena Poirier. Gracias por su amistad con "Simbad".

María E. Parra.—Su familia es ferviente lectora de "Simbad" y usted espera con ansias el día miércoles para leer sus seriales favoritas. Son dos declaraciones que nos colman de orgullo.

Sergio Z. Jiménez, Iván Gálvez, Mario Contreras.—Oímos su coro de risas por las divertidas aventuras de "Ponchito", creación de nuestro dibujante Nato.

(Roxane)

Ives el indomable

CAPITULO XXIV.—

Enemigas terribles.

Durante la noche no resonó el espantoso estruendo de las piedras que cantan. Ives pudo conciliar el sueño. Cuando el sol surgió en el horizonte, el joven se desvistió, lanzándose al lago. El agua estaba fresca y era una delicia bañarse.

Después de la zambullida, alcanzó la ribera, y estaba casi oculto por los cañaverales, cuando, cayendo por una cascada de agua, distinguió un esbelto cuerpo, casi cubierto por la cabellera rubia



RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, visita el bosque donde transcurrió su infancia y descubre que todos sus moradores se han visto obligados a huir porque la floresta está maldita. Penetra a ella y conoce a la druidisa Gulna, quien amenaza cegararlo porque él pretende arrebatarle sus secretos. Al atacar a Ives, provoca un incendio en su cabaña. Moribunda, Gulna lega su poder a Gonor, la morena. Contra ella y contra Galia, la rubia, debe luchar Ives.

que después flotó como una niebla de oro sobre la superficie del lago. Asombrado, Ives la vió desaparecer, también sumergida.

—Una doncella —murmuró—. Sin duda es Galia, la rubia de quien me habló el vagabundo Irka.

Se hundió, nadando bajo el agua. Galia reapareció y se dirigía hacia la orilla, cuando una fuerza terrible la atrajo hacia el fondo y después la dejó libre. Estremecida de terror subió a la superficie y entonces vió, sólo con la cabeza fuera del agua y riendo

jubilosamente, a un forastero. Pálida de cólera se izó sobre la rama que la sostenía y saltó a la arena. Recordaba las palabras de Gulna antes de morir. Un doncel audaz pretendía arrebatarse el secreto del dominio de las piedras.

—Debes irte —pronunció con dificultad, pues hablaba raras veces—. ¿No sabes que estas piedras están malditas y que todo el que camina sobre ellas, muere?

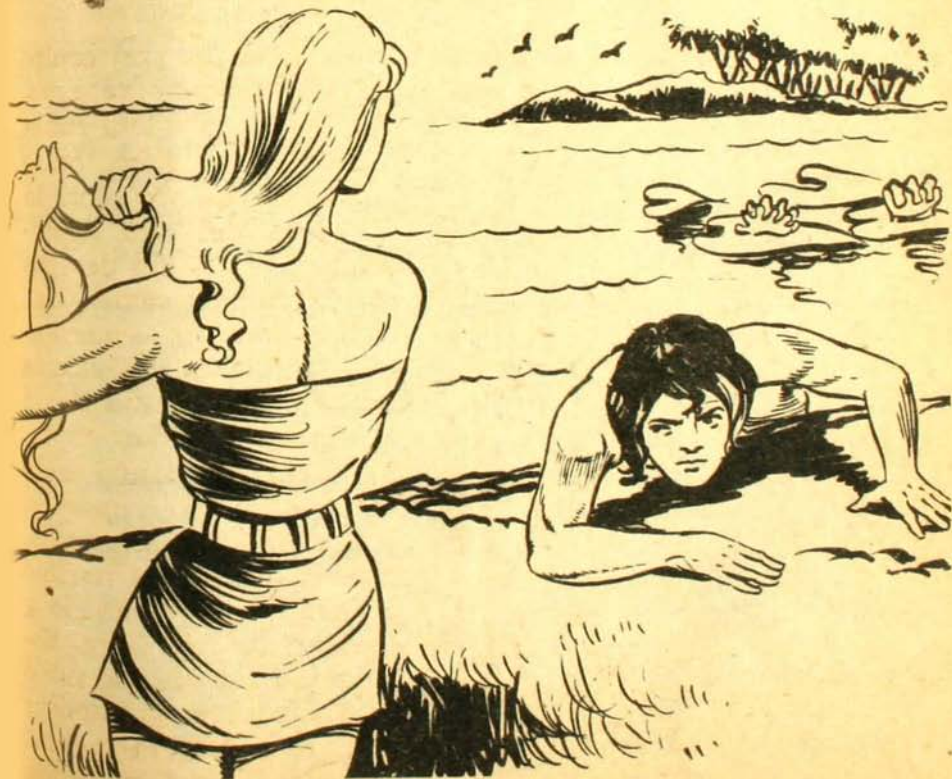
—No lograrás atemorizarme, ninfa —rió él—. Eres tan poco aterradora, a pesar de tu fama, que deseo jugar contigo. ¿Te sumerjo de nuevo?

Intentó llegar a la playa, pero entonces ella le rechazó con su pie, haciéndole caer.

—No sigas burlándote, forastero, o el lago será tu sepulcro.

—No sabes amenazar, ninfa mía —contestó Ives—. Tu acento es demasiado dulce.

Procuró subir y de nuevo fué rechazado.





—Tienes fuerzas Galia, a pesar de tu aspecto frágil. Me declaro vencido. Déjame salir del lago. Ella, retorciendo sus largos cabellos para escurrir el agua, dijo: —Sube, extranjero, y te desafío tres veces.

La primera competencia era tirar al arco. Ives talló dos con ramas flexibles. Galia señaló como blanco el nudo de un roble, a cincuenta pasos de distancia. Dis-

pararon al mismo tiempo y las dos flechas se hundieron juntas. La segunda prueba, una lucha, encontró desprevenido a Ives. El blanco puño, con un vigor insospechado, le golpeó, derribándole. En seguida ella, manteniéndole contra la tierra, le quitó la daga del cinto para herirle, pero su adversario, irguiéndose brusca-

EL DIBUJO SE LO DICE



Es santa y no es bautizada
y trae consigo el día;
es muy gorda y colorada
y tiene la sangre fría.

¿Cuál es aquel caballero
que no sale de su casa
si no la rompe primero?





mente, la volcó sobre la arena. Después de recobrar su arma, la alzó con un solo brazo y rápidamente ató a una rama baja el espléndido cabello, anudando las guedejas como si fuesen bandas doradas. Galia se sostuvo con ambas manos, para evitar el dolor. En su corazón batallaban la ira, el asombro, la admiración. Por primera vez se encontraba con otro hombre que no fuese el mendigo Irka. Pensó que le vencería fácilmente y era él quien la había dominado y se alejaba con una risa triunfal.

De pronto, vio la silueta de Gonor, la morena. Avanzaba con paso cauteloso detrás de Ives y con su cetro le asestó un brutal golpe en la nuca.

El joven cayó sin exhalar un gemido. Gonor desató a Galia. Después, ambas druidisas contemplaron al doncel exánime. La morena lanzó una carcajada escalofriante. La rubia palideció.

(CONTINUARA)

SCUPON DEL
CONCURSO
Semanal

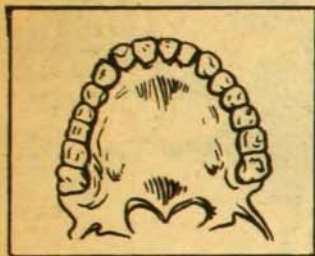
SIMBAD N.º 24

El hombre tiene...

dientes.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO DIGANOS EL NUMERO

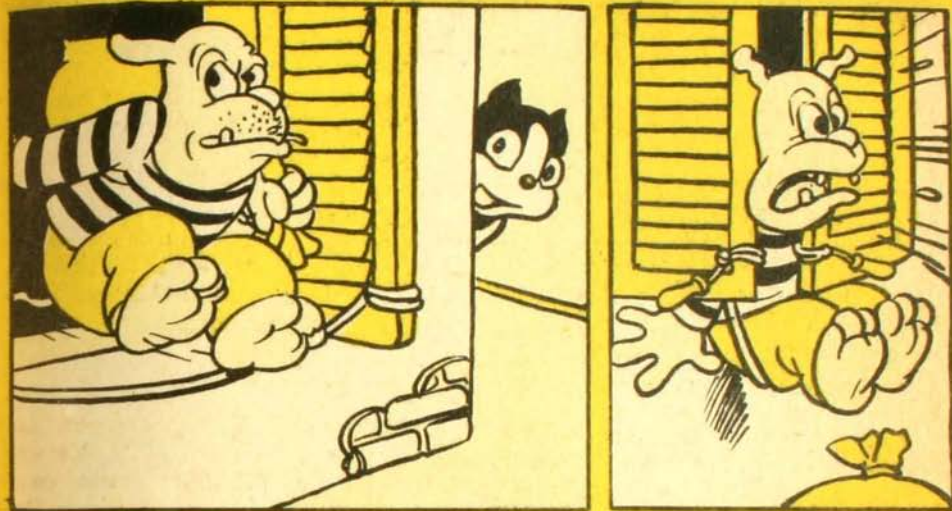


¿Puede decirnos cuántos dientes tiene el hombre? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 paquetes de Vitalmín, 10 libros de cuentos infantiles, 5 juegos de escobillas, 10 libretas para apuntes y 5 chaucheras.

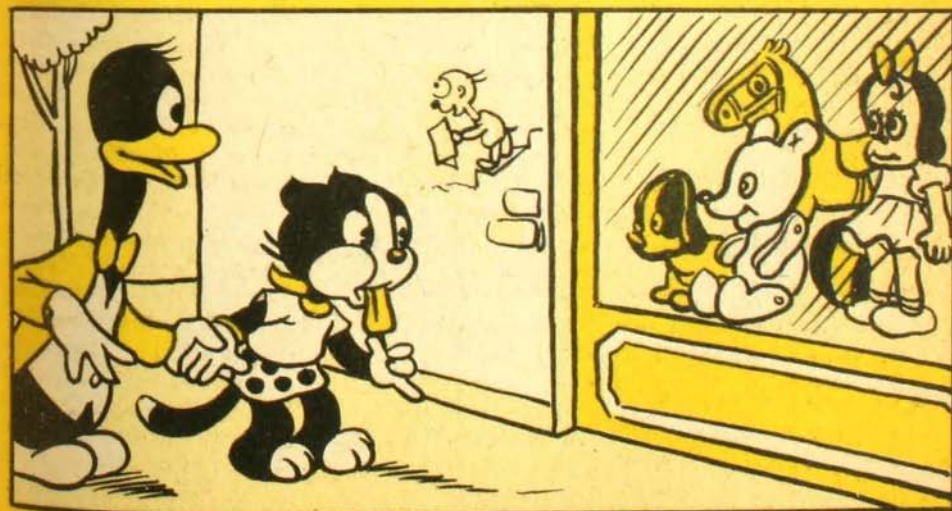
SOLUCION AL CONCURSO N.º 21.— América tiene 21 países.

Premiados con UNA CAJA CONSTRUCCION: Ives Loyer, Temuco; Luis Moreno, Santiago; Adriana Torres, Valparaíso; Jorge Nielsen, Villa Alemana; María Mosqueira, Temuco. UNA PALETA ACUARELAS: María de la Soledad Notario, Santiago; Inge Bienig, Loncoche; Roberto Ramírez, Rancagua; Pablo Concha, Santiago; Víctor Maturana, Concepción; Claudio Iturra, Curicó; Eliana Cisterna, Santiago; Clara González, Chimbarongo; Juan Oliva, Santiago; René Arcos, Santiago. UNA CAJA LAPICES DE COLORES: David Márquez, Santiago; Silvia Leiva, Casablanca; José Arriagada, Purén; Sonia Kimura, Santiago; Aurelia Amado, Viña del Mar; Ricardo Meneses, Santiago; Fresia Ester Morales, Coquimbo; Doris Yáñez, Santiago; Claudio Ortiz, Temuco; Cristina Fernández, Santiago. CON \$ 10.—: Raúl Lagos, San Javier; Manuel Barra, Malloa; Juan Inostroza, Concepción; Manuel Reyes, Quinta Tilcoco; Jorge Villarroel, Santiago; José Tapia, Rancagua; Adriano Soto, Valdivia de Paine; Luisa Teresa Orozco, Quilpué; Ismael Matamala, Concepción; Ernesto Ponce, Villa Alemana; Sara Fernandois, Valparaíso; Luz Vera, San Lorenzo; Eduardo del Valle, La Obra; Nancy Rodríguez, Valparaíso; Inés Garcés, La Calera; Juan Valdebenito, Concepción; María Angélica Solís, Renca; Eduardo Alfaro, La Cruz; Norma Navarrete, Santiago; Yolanda Migueles, Coronel. UN PAQUETE VITALMIN: Artemio Baeza, Tomé; Aurora Logán, Santiago; Agustín Mascareño, Valparaíso; Felipe González, Valparaíso; Mario Peralta, Pailahueque; Alfredo Vergara, Quillota; Carlos Capicelli, Copiapó; Beatriz Berna, La Serena; Ximena Maldonado, San Javier; David de la Fuente, San Carlos. UN LIBRO: Guillermo Vergara, Quillota; Elba Calderón, Requínoa; Mardoqueo Bitrán, La Serena; Walter Rojas, San Antonio; Francisco Acuña, Santiago; Inés Guamán, La Serena; María Hilda Gaete, Talcahuano; Renato Arriagada, Talcahuano; Luis Estrada Otaíza, Rengo; Eduardo Moreno, Coronel.

MUCHI X POCO



3. El ladrón llenó su bolsa y dijo: "—Adiós, pampa mía." Pero al saltar cayó en la cuerda, los postigos se cerraron y el caco vió estrellas y después vió un policía que se lo llevó.



4. Cuando el pato Poco supo que la gatita había salvado la casa, le compró un helado. Pero Muchi no se contentó con eso y le pidió una muñeca. Poco tuvo que hacerse el amable.

Ella fué la primera

ELOISA DIAZ, primera doctora en medicina.



A una mujer chilena correspondió el mérito y la gloria de ser la primera que obtuvo título profesional en América del Sur. Dos eminentes maestras, Antonia Tarragó e Isabel Le-Brun Pinochet, lograron, tras una esforzada campaña, que las alumnas tuvieran derecho a ingresar en la Universidad.

Eloísa Díaz, durante sus estudios, mereció numerosos premios. Al publicarse su memoria, el eminente argentino Bartolomé Mitre la felicitó. El 2 de enero de 1887, recibió de

manos del Presidente de la República, José Manuel Balmaceda, su diploma de médico cirujano.

Don Jorge Huneeus, rector de la Universidad, ordenó dejar constancia en el acta de que la señorita Díaz era la primera mujer chilena que obtenía un título profesional.

Ocho días más tarde, el 10 de enero, se recibió de médico la alumna Ernestina Pérez.

La primera mujer matriculada para seguir estudios universitarios fué Dolores Egaña Fabres, en 1810. Este dato es admirable si se considera que sólo setenta y siete años más tarde las puertas de la Universidad se abrieron para el alumnado femenino.

Simbad

\$ 2.-

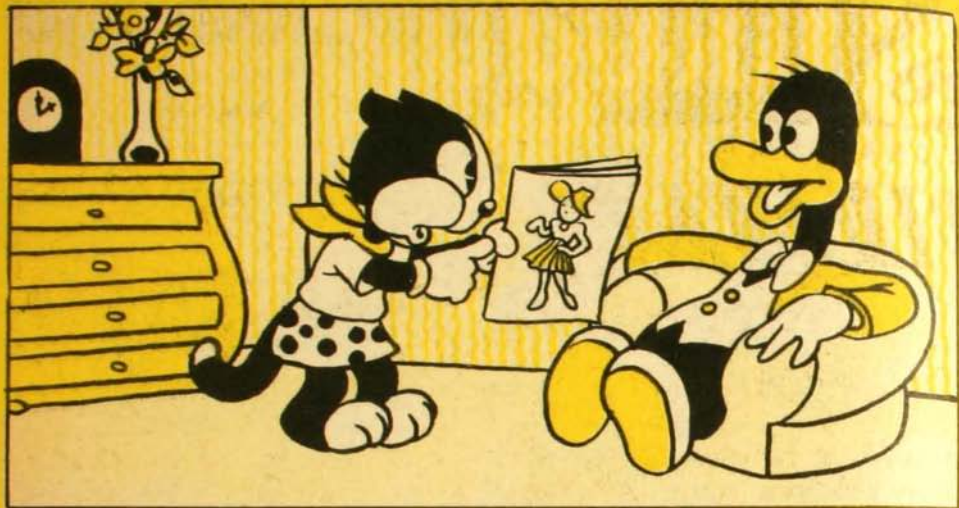
N.º 25.

VUELTATRAS



ELENA POIRIERA

MUCHI x POCO



1. Muchi le dijo a Poco: “—Se usan las faldas con mucho ruedo. Cómprame una.” El pato respondió: “—Ni pienso”. En vano la gatita suplicó y lloró como una triste cocodrila.



2. “—No me molestes, que quiero dormir en mi silla de flojear”, dijo el pato, y Muchi se marchó muy ofendida. Más tarde se le ocurrió una idea para solucionar el conflicto.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 25

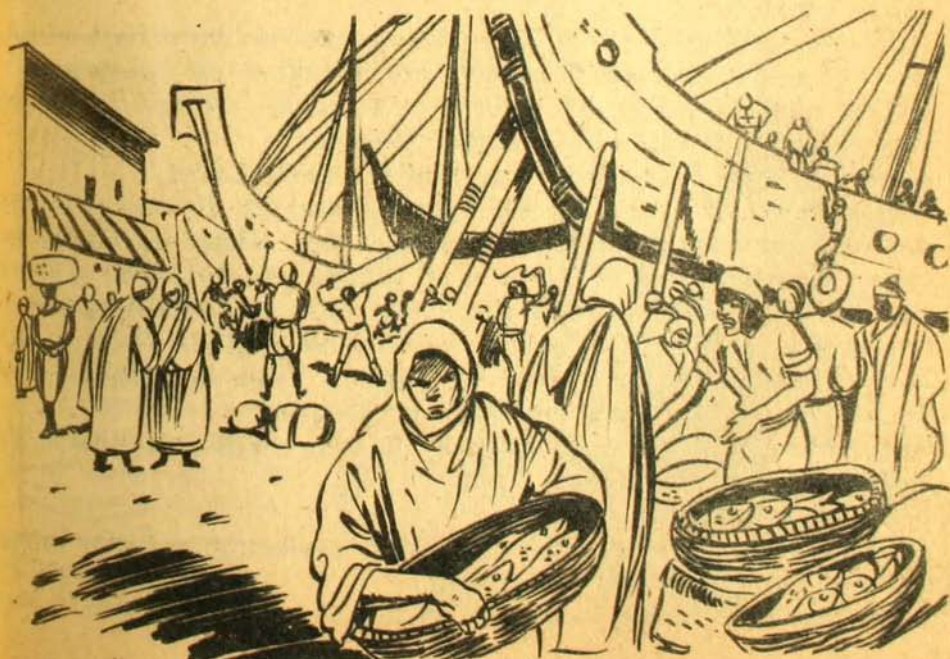
Precio: \$ 2.—

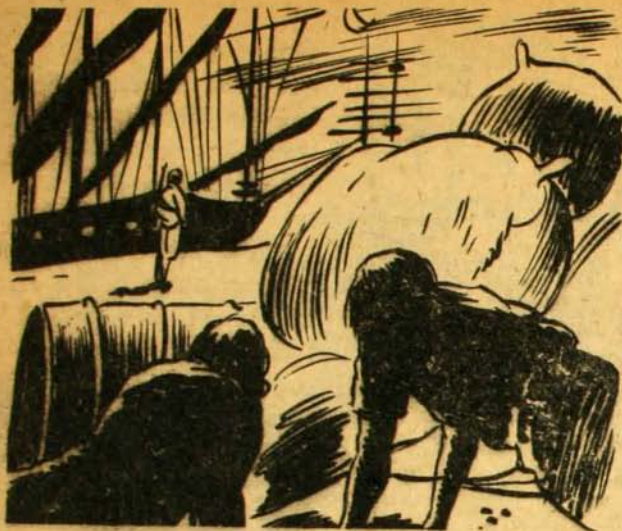
22-11-1950

PIRATA DEL MAR EGEO

CAPITULO X.— *Sin escapatoria.*

En 1675, el teniente Carlos Saurel y el marinero Gastón Lecar fueron vendidos como esclavos en el mercado de Argel, por los piratas berberiscos. Un día, ambos franceses atacaron a su guardián, y, dejándole maniatado, huyeron a través del bosque. Se refugiaron en una gruta, a fin de esperar que anocheciera.





Cuando llegaron al puerto, aun había gran actividad en los muelles. Un barco proveniente de Siria desembarcaba su cargamento y los estibadores corrían por el puente. Varios esclavos, vigilados por árabes, carenaban una galera. No lejos de allí, los pescadores ofrecían su mercancía, discutiendo a gritos los precios.

Nadie prestó atención a los esclavos fugitivos. Sin embargo, por prudencia, Carlos y Lecar se guarecieron a la sombra de una montaña de fardos.

—Confío que Taieb aun no haya descubierto nuestra fuga —murmuró el teniente Saurel—. Al desertar, nos hemos expuesto a un grave riesgo.

—Prefiero esa amenaza a mantenerme sumisamente bajo el látigo de Taieb —respondió Gastón, encogiéndose de hombros.

—Hay aquí en Argel una milicia fanática, el "Odjac". Se dedica especialmente a capturar siervos prófugos.

—Los haremos desesperar —se limitó a decir Lecar.

Carlos sonrió. No experimentaba temor, aunque en cualquier momento podían surgir los genizaros para apresarles. El ánimo heroico del marinero se igualaba a su propia temeridad. Si era preciso luchar y morir, estaba dispuesto. Pero no se entregaría, ni renunciaría a evadirse. No sólo su libertad y la de Gastón estaban en juego, sino también la de Adriana Valli, la siciliana amada que el pirata Ismail mantenía prisionera.

El puerto había quedado desierto y sólo algunos soldados del "Odjac" montaban guardia.

—Ahora —murmuró Carlos.

Se deslizaron entre los bultos hasta el borde del muelle. Luego, sigilosamente, ocuparon una barca.

—¡A remar de firme! —susurró el joven.



del teniente. Siguió una descarga cerrada. Finalmente, desde el islote de la Marina tronó un cañón.

—¡Pardiez! Nos harán naufragar con tanta bala —gruñó Lecar. El joven marsellés se puso en pie de un salto para izar la vela. Su figura elevada ofrecía un blanco seguro a los disparos. El destino lo protegió, sin embargo. Ningún plomo se hundió en su cuerpo.

—Así iremos más rápido —indicó, volviendo al banco. Pero el mar estaba en calma y el viento era muy débil. No tardaron en advertir que una embarcación les perseguía. Estaba tripulada por doce remeros y varios genízaros armados.

—La "Odjac" no nos suelta —dijo Gastón. Con el rostro congestionado, remaba furiosamente, mientras Carlos Saurel gobernaba la barra del timón y atendía la vela. Pronto comprendieron que sus esfuerzos eran inútiles. La chalupa de los perseguidores acortaba la distancia.





Un cuarto de hora más tarde, las dos barcas rozaron sus flancos. Apuntándoles con su arma, un genízaro ordenó:

—¡Ríndanse, perros!

—Si resistimos, nos matarán —dijo Carlos—. Y nos interesa vivir. Huiremos de nuevo.

—Sí, señor —asintió Lecar, dejando que los musulmanes lo maniataran.

—Esclavos prófugos, ¿eh? —rió el capitán de la "O djac"—.

Vuestro amo os

brindará una tierna acogida. No quisiera estar en vuestro pellejo.

—Ni nosotros en tu piel inmundada —contestó Lecar, en francés—.

El genízaro no comprendió y continuó riéndose.

Trasladados a la barca de los guardias y llevando a remolque la otra, Carlos y el marinero normando regresaron a Argel.

Con sombría mirada, el joven teniente observó los muelles vacíos y los barcos en la rada. A bordo de uno de ellos estaba tal vez Adriana Valli. ¿O había sido vendida y algún emir la llevó al interior del Africa?

“No acepto la derrota —cavilaba Saurel—. Me fugaré en la primera ocasión propicia y Lecar vendrá conmigo. No hay amo que pueda encadenarme para siempre, ni látigo que me haga temblar, ni tormento que anule mi voluntad. Iré en busca de Adriana cuándo y cómo sea.”

La dulce imagen de la siciliana iluminaba su corazón y le daría valor para desafiar los más graves riesgos.

(CONTINUARA)

DICK TABU

CAPITULO XXV.—

Viola Chalmers suspira por Dick Tabú.

Como ya el Intocable caminaba por sendas conocidas, pudo seguir en línea recta, deteniéndose nada más que para preparar una merienda ligera o para descansar algunas horas.

Lorna no dormía... Suspiraba y gemía como un niño:

—Dick, Dick, mi amo y señor, no quiero separarme de ti. Me moriré... Llévame a tu kraal y, si no quieres, sacrifícame a los dioses antes de llegar a tu choza.

—Calma, Lorna —respondía Dick tan emocionado como la doncella—. A la casa donde voy a llevarte vas a ser muy feliz. Conocerás las ternuras de una madre.

—Prefiero ser tu sierva —insistía la porfiada niña.

—Duerme, Lorna —terminaba por decir con voz temblorosa el Intocable.

Una tarde, cuando ya se extinguían los destellos del sol, los dos viajeros llegaron a la empalizada que protegía el chalet de los esposos Chalmers.

Acudió don Juan al llamado de Dick Hateras y casi no le reconoció al verle tan crecido y robusto.

—Hijo mío, bienvenido seas —exclamó Juan Chalmers—. Doris y yo hemos pensado mucho en ti. Entra a nuestra casa.

—No vengo solo —respondió Dick, señalando a la doncella de rubios cabellos que se ocultaba en la sombra.

—Lorna —suplicó el Intocable—, avanza... Te lo ordeno.

—¿Es ella? —interrogó anhelante Juan Chalmers.

—Así lo creo —declaró Dick—. Es preciso que la señora Doris la examine. Ella, como madre, la reconocerá.

Juan Chalmers no se atrevía a creer aún en su dicha y vacilante

RESUMEN: Dick Hateras, llamado el Intocable, tras grandes aventuras se encuentra con la doncella Lorna, niña de raza blanca con la cual huye hacia tierras del Norte. Las tribus indígenas aprisionan a Lorna. Dick se disfraza de espíritu de los árboles y salva a su compañera, continuando su ruta hacia la casa de los esposos Chalmers. La astucia del Intocable sobrecoge a los indígenas y así él y Lorna pueden proseguir su viaje hacia las regiones del Norte.



llamó a su esposa.

Doris, al ver a la doncella coronada de flores y con su falda de fibras vegetales, gritó enajenada:

—Es ella, es mi Viola... El instinto maternal me lo dice... Viola, hijita mía.

—¿Estáis seguros de que soy vuestra hija? —preguntó Lorna, muy ansiosa.

—Sí, si eres mi hija —repitió Doris Chalmers—. Dick, nunca sabremos cómo agradecerte esta felicidad.

Dick Hateras miró a Lorna y entre ambos se cruzó una mirada de ansiedad.

Viola Chalmers dejábase acariciar por sus padres con timidez y extrañeza, pero sus ojos iban a cada momento en busca de Dick como para solicitar su protección.

Encendida la luz en la salita del chalet, los esposos Chalmers no se cansaban de contemplar a la hija recobrada. Acosábanla a preguntas y le hacían repetir una y mil veces las aventuras de su vida.

—Por suerte los *kopjes* la respetaron —decía Doris—, y como sacerdotisa de sus ídolos no la trataron mal.

—Yo tengo que volver a la selva —murmuró débilmente Lorna.

—No debes volver, Lorna —expresó Dick Hateras, con voz

temblorosa—. Te he traído a casa de tus padres y con ellos has de vivir.

—Obedezco a mi amo y señor —balbuceó Lorna, con timidez.

—Dick, ¿por qué te llama amo y señor? —inquirió, celosamente, Doris—. ¿Has adquirido tú un poder sobre ella?

—Lorna no conoce otras costumbres que las de los nativos —sonrió Dick—, y me considera un ser superior. Ya se acostumbrará a los usos de la gente civilizada y será una amante hija.





Cuando llegó la hora del reposo, ya Lorna estaba más conforme con su nueva familia y les sonreía con ternura.

Dick Tabú también se retiró a descansar a la habitación que le señalaron sus huéspedes.

Pero apenas quedó todo en silencio, saltó fuera de la empalizada y se perdió en la jungla.

Volvía a su kraal con el alma atravesada de dolor. Había cumplido una sagrada misión y ahora renovarí su vida de semidiós intocable entre los nativos que laboraban sus tierras.

Dick Tabú llegó a su distrito al día subsiguiente de su partida del chalet de Juan Chalmers.

Sus fieles guerreros Tomasi, Yensi, Semuké y Tuso salieron a recibirle con gritos de júbilo. Hubo fiestas, bailes y regocijos en el kraal de Dick Hateras.

Los nativos no se cansaban de admirar al hermoso joven, que era para ellos un dios.

—Tú eres nuestro amo y señor —decían los negros, rodeando al Intocable.

Hierático y absorto en sus pensamientos, Dick alzaba sus bellos ojos hacia el cielo y entre las nubes veía dibujarse la silueta primorosa de Lorna.

“¿Qué será de Lorna? —pensaba Dick—. ¿Se habituará a las costumbres de los seres civilizados, ella que es la reina de la jungla?”

Tres meses de vida familiar habían transformado a Lorna, la sacerdotisa de OG, en una elegante jovencita inglesa, por su traje, su peinado y sus modales. Pero el espíritu de la doncella que raptó Dick Tabú al hechicero Mopo aun no se doblegaba. Vivía añorando su selva, su vida libre y hasta su cuerpo sufría con la ropa que le cubría.

Juan y Doris Chalmers eran los padres más amantes, más tiernos y más solícitos. No había comodidad que no le ofre-



cieran a la hija recobrada, ni deseo que no le satisficieran. La mayor preocupación de los Chalmers era educar a Viola conforme al uso de la sociedad inglesa, enseñarle su idioma y hacerla olvidar su vida entre los salvajes. Ya había comenzado su aprendizaje, estudiando el silabario inglés y trazando palotes y letras. Cuando Viola se apartaba de sus padres, sumíase en la más honda melancolía y con lágrimas en los ojos evocaba el recuerdo de su amo y señor.

No es para describir su desesperación la mañana que siguió a su llegada a casa de los Chalmers.

—Quiero seguirle, quiero ir tras él —sollozaba la triste doncella.

—Viola —replicó Juan Chalmers—, durante trece años hemos llorado por ti y hemos vivido en la selva africana buscándote. ¿Y ahora tú pretendes abandonarnos?

—Perdón —decía Viola, abrazando a sus padres—. Yo los quiero a ustedes, pero déjenme llorar por el amigo que se fué.

Transcurridos los tres meses, Juan anunció a Doris su deseo de regresar a Inglaterra.

—Somos ricos —decía el colono Chalmers—, y Viola podrá tener una gran posición en la sociedad inglesa. Venderé estos campos y juntaré todas nuestras riquezas.

—Partamos —asintió Doris—. Mientras Viola no abandone estos parajes, nunca será verdaderamente nuestra.

Viola, aunque no comprendía bien el idioma inglés, sospechó que se trataba de llevarla a otro país para alejarla definitivamente de Dick Hateras.

Con toda la astucia y sigilo adquiridos en su vida entre las tribus indígenas, la doncella fingió no conocer el proyecto de sus padres y se mostró sumisa.

Una noche, noche oscura y sin luna, Viola sacó de un baúl su coselete y su faldellín de fibras y huyó del chalet.

Su ausencia sólo fué notada cuando Doris la llamó para el desayuno.

—Otra vez perdida —lloraba Doris—. Algún malvado negro la habrá raptado.

Los esposos Chalmers armaron a todos sus criados y peones y salieron en patrullas a recorrer la jungla.

Viola no apareció.

(CONCLUIRA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Un día Tomasín y sus ositos se pusieron a jugar a la gallina ciega que busca una aguja y un dedal para coserse las plumas. Un cabro se acercó a mirar el juego.



2. Tomasín lo pescó de la barba y entonces el cabro, que era muy serio en sus cosas y no le gustaba que le faltaran al respeto, persiguió a Tomasín. "—¡Vuela, gallinita!", gritaban los ositos.

Los gladiadores

CAPITULO II.— *Difícil captura.*

Espartaco, el tracio, y Crixo, el galo, sublevaron a un grupo de esclavos gladiadores y emprendieron la fuga. Estaban cansados de su atroz existencia en el circo. Los romanos querían emociones violentas y, para satisfacerlos, el director Léntulo Batuato sacrificaba a sus gladiadores, cuya sangre teñía la arena mientras estallaban los aplausos del público.

Los prófugos pasaron su primera noche de libertad en la posada de Fanio.

Cien mercenarios de Campania salieron esa misma tarde a recobrar a los fugitivos. Durante cuatro horas ambularon por aldeas y senderos. Les acompañaban algunos esclavos de Léntulo, encargados de identificar a los gladiadores.

Tanto los soldados como los sirvientes se mostraban nerviosos. La captura no era fácil. Todo el mundo sabía que esos hombres del circo eran poco más que animales y que no tenían nada que perder. Además, usaban armas extraordinarias: redes, lazos, tridentes, jabalinas.

Fanio, el posadero, logró huir y no tardó en hallar a la legión



romana. Con lágrimas en los ojos refirió al centurión el asalto. Les guió después hasta la casa. Descerrajaron la puerta, entrando a un patio. En todas las ventanas del piso alto vieron a los gladiadores asomados. A la luz de las antorchas se distinguían sus rostros burlescos.



—¿Váis a venir voluntariamente o no? —gritó el centurión.

Desde arriba llegaron risas.

Nicos, uno de los siervos de Léntulo, dijo:

—Volved. El amo está muy disgustado.¹

Hubo más risas. Nicos, desconcertado, preguntó:

—¿Dónde está Espartaco?

El joven se inclinó por una de las ventanas y saludó con una sonrisa:

—¡Ave, Nicos!

—¿No puedes hacerlos entrar en razón? —preguntó el viejo criado—. Tú parecías más sensato.

Espartaco sonrió, sin contestar.

El capitán de la centuria, fastidiado, quiso avanzar, pero una voz aulló:

—¡Quédate donde estás, cebolla partida!

El capitán dió unos pasos más. Luego algo informe bajó flotando y el centurión cayó al suelo. Sus pies y sus manos se debatían en la red que lo rodeaba. Los gladiadores rugieron de risa.

El preso juraba con violencia. Algunos soldados se acercaron para liberarlo y entonces se desencadenó el infierno: cuchillos, piedras y jabalinas volaban desde las ventanas. Los legionarios corrían levantando los escudos sobre sus cabezas y soltaron las antorchas.

(CONTINUARA)

Ponchito

ALLI ESTA LA
PANCHITA



¡OYE PONCHITO! ¿SERAS
CAPAS DE SALTAR ESA
TRANQUERA?



¡CLARO QUE SI!



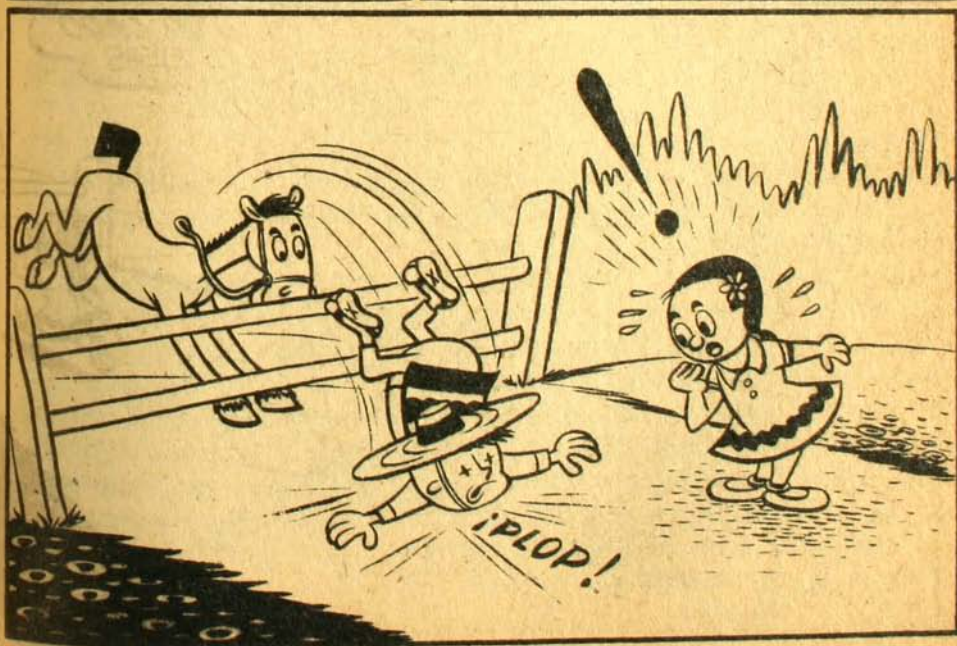
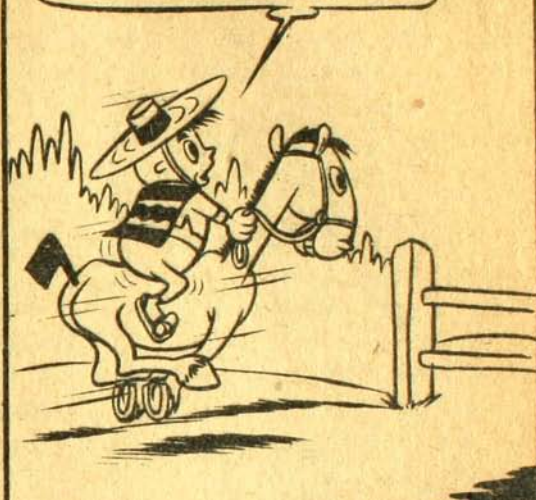
COLOCATE AL OTRO LADO
PARA QUE ME VEAS
MEJOR



AHORA VERAS, ESTE
CABALLO ES ESPECIALIS-
TA EN SALTOS



DESPUES HARE UNA
PRUEBA MAS DIFICIL



Vueltratrás

Juan Mandinga era malo y el apellido le venía muy bien, porque Mandinga es el nombre del diablo.

Como nadie quería ser amigo suyo, vivía lejos del pueblo, sin más compañía que la de un pobre huérfano, que soportaba sus malos tratos.

Una tarde, Juan Mandinga arreaba una vaca lechera para encerrarla en el corral; pero la vaca, al recordar, seguramente, los ricos y sabrosos pastos que había en el campo, trataba de escaparse.

Juan, enfurecido, la atropelló con su caballo, y de un fuerte pechazo la derribó en tierra.

Entonces, el malvado se bajó del caballo, sacó la filosa cuchilla que llevaba en el cinto y, sin lástima, la degolló.

Todavía le duraba la ira, cuando, al llegar a las casas, sorprendió al huérfano leyendo un libro de cuentos, de esos hermosos cuentos de hadas y brujas, gigantes y enanitos, que hacen la alegría de los niños.

—¡Traiga esa basura! —gritó Juan. El llamaba basura a los libros, porque era un ignorante; no sabía leer ni había ido jamás a la escuela.

El niño, asustado, le entregó el libro, y Juan lo dió contra el suelo, con todas sus fuerzas.

—¡Brum!

Al golpear el libro en la tierra, se oyó un terrible estampido, y, en seguida, de entre las revueltas hojas, salieron un montón de enanitos y una hermosísima hada.

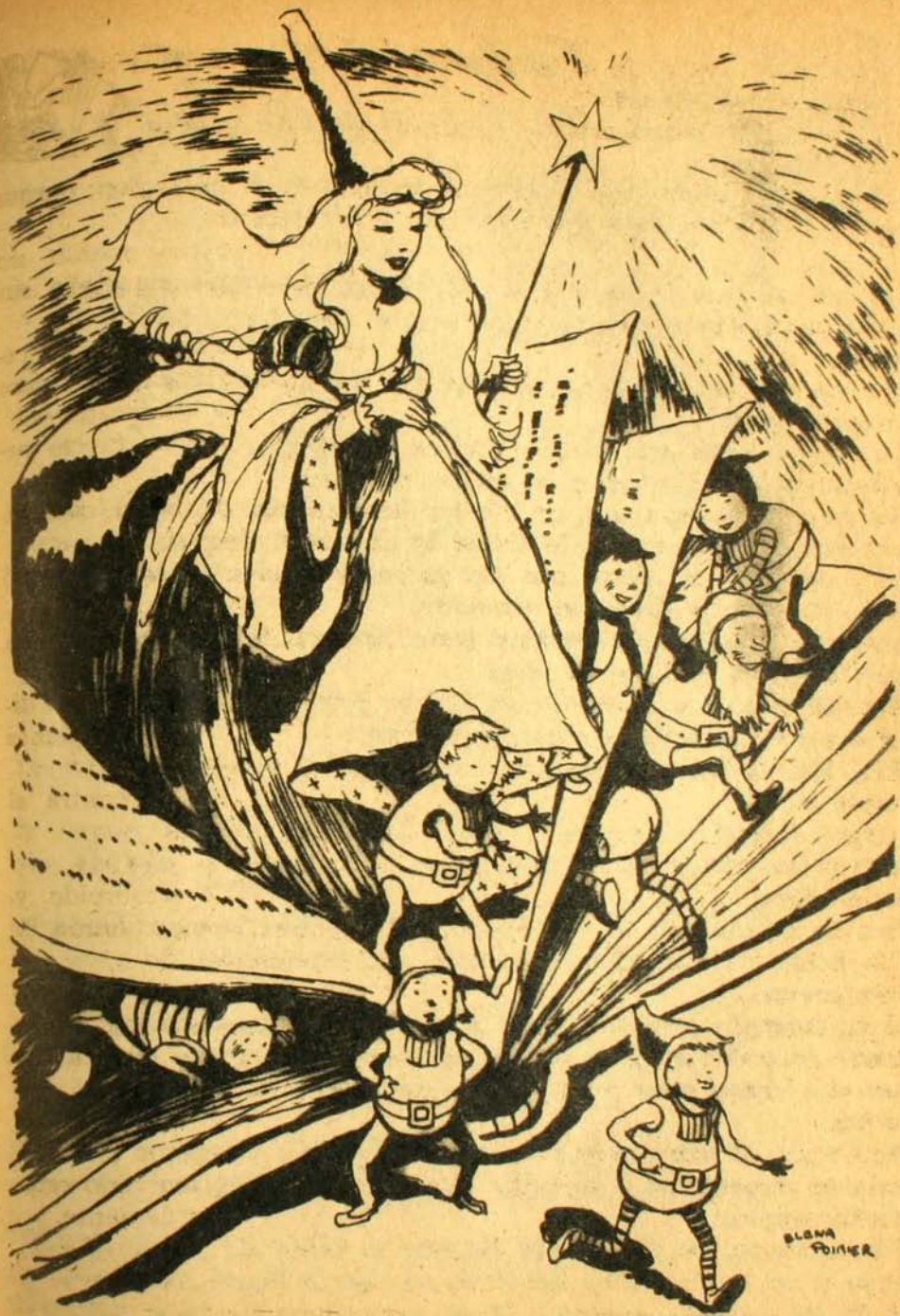
En un abrir y cerrar de ojos, los enanitos se arrojaron sobre el hombre, lo voltearon y lo sujetaron, colgándosele de las orejas, de los dedos, de los brazos, de los bigotes, con una fuerza tan grande, que él no podía moverse.

Luego, a una señal del hada, otros enanitos corrieron a donde estaba la vaca muerta, la cuerearon rápidamente y trajeron el cuero.

—Ahora —dijo el hada— vamos a castigar a este malvado retobándolo en el cuero de ese animal que él mató cobardemente.

Juan comenzó a decir lleno de temor:

—Señora hada, perdóneme usted.



BLANA
FOSTER

Viendo que ni el hada ni los enanitos le oían, trató de asustarlos con gritos y amenazas:

—¡Pronto, suéltense pronto o los haré pedazos a todos! ¡Yo soy Juan Mandinga!...

—Eras Juan Mandinga —contestó el hada—. A los malos se les hace volver atrás para que aprendan a ser buenos.

* * *

Pasaron muchas horas y Juan Mandinga iba sintiendo cómo el cuero se reseca y lo apretaba más y más, cortándole la respiración.

Tenía miedo, un miedo tan grande, que de buena gana se hubiera puesto a llorar.

De pronto sintió que alguien tocaba la bolsa.

“¿Será un tigre?”, dijo, y se asustó más aun.

No, no era un tigre; era un cóndor hambriento, y aquella bolsa, con olor a carne fresca, le llamó la atención; después de removerla un poco, la aferró con sus garras y echó a volar hacia su nido, dispuesto a darse un banquete.

Pero otro cóndor, que también tenía hambre, le salió al encuentro y trató de quitarle su presa.

Los dos pájaros se trabaron en furiosa pelea, y el que llevaba la bolsa tuvo que soltarla para defenderse.

¡Paf!, hizo la bolsa, al chocar contra la tierra, rompiéndose en mil pedazos.

—¡Qué suerte! —empezó a gritar Juan, saltando de alegría al encontrarse libre y sano, pues no se había hecho ni siquiera una lastimadura.

Pero la satisfacción le duró poco; los cóndores venían siguiendo a la bolsa y se le echaron encima, con intenciones de apresarlos nuevamente.

Juan, asustado otra vez, miró a todos lados, buscando un lugar donde esconderse; pero estaba en medio del campo y lo único que vio fueron unas vizcacheras, esas cuevas que hacen las vizcachas.

Pero trató de introducirse en una de aquellas cuevas, y ¡cuál no sería su sorpresa al comprobar que entraba fácilmente por el estrecho agujero!

Sólo entonces se dió cuenta de que la bolsa de cuero, al encojarse y apretarlo, había achicado su cuerpo hasta convertirlo en el de un raquítico chicuelo. Y se dió cuenta, también, del signi-



ficado de las palabras del hada cuando lo castigó: "A los malos se les hace volver atrás para que aprendan a ser buenos".

Desesperado por este descubrimiento, y, sobre todo, por el peligro que corría, trató de escapar por la boca de las otras cuevas, pero, cada vez que se asomaba, los cóndores se le echaban encima.

La situación del pobre Juan Mandinga, convertido ahora en una criatura, era terrible. ¡Si salía, lo mataban aquellos feroces pajarracos; si se quedaba en las vizcacheras moriría de hambre!

* * *

Cuando Vuelatrás abandonó las vizcacheras, empezaba a obscurecer. Pasó la noche entre las ramas de un árbol, afligido por el hambre y sin dormir.

Al amanecer, tras mucho caminar, dió al fin con una casa.

Dos o tres perros, de aspecto feroz, le salieron al encuentro, ladrando. En seguida apareció una mujer.

—¿Qué buscas, muchacho?

—Quisiera trabajar —dijo Vuelatrás.

—Llegas en buen momento, pues ayer despedimos al pastor que teníamos. ¿Sabes cuidar ovejas?

—¡Como no, señora.

Y así empezó Vuelatrás a trabajar en aquella casa.

Un día, el muchacho, montado a caballo, arreaba la majada, cuando unos gritos raros le llamaron la atención.

—¡Cuec... , cuec... , cuec!

Vuelatrás miró a todos lados.

—¡Cuec... , cuec... , cuec! —oyó de nuevo.

Entonces se bajó del caballo y revisó los yuyos que crecían a orillas del camino.

Buscó y buscó, hasta que al fin descubrió un sapito casi moribundo.

—¡Pobrecito! —dijo Vuelatrás, al verlo tan lastimado—. Lo llevaré a la laguna.

* * *

El sapito, agradecido, se hizo muy amigo de Vuelatrás. Todas las mañanas, al llegar el muchacho con la majada, encontraba a su amigo que lo esperaba.

Se daban los buenos días y se ponían a conversar, pues en aquellos tiempos los animales hablaban lo mismo que nosotros.

El sapo había viajado mucho y era capaz de contar cuentos desde la mañana hasta la noche; por eso, los animales de y vecindad venían a visitarlo.

No bien llegaba el muchacho, ya comenzaban a caer los visitantes. Primero era el cuervo, con su traje de negras plumas; luego la liebre, saltando sobre sus largas patas; después el loro, verde como una lechuga, y diciendo con su roca voz: “¡Buenos días, buenos días, señores!”. Más tarde la lechuza, muy seria y moviendo los ojos para mirar a todos lados; unas blancas orejas que parecían de algodón indicaban la llegada del conejo.

La última en llegar era la tortuga; la pobre traía su casa a cuestas y se movía despacio, por miedo de estropear sus muebles.

Y el sapito contaba cuentos.

—¿Dónde aprendes esas cosas tan lindas? —preguntó un día Vuelatrás.

—¿Dónde? ¡En los libros! —respondió el sapo.

—¡Ay! —dijo el muchacho—, yo no sé leer...

—Si tuviera un libro, te enseñaría —afirmó el sapito.

—¡Esperen un poco! —gritó el cuervo—. La otra tarde vi uno tirado en medio del campo. No recuerdo bien el lugar, pero creo que no será difícil encontrarlo, si lo buscamos entre todos...

Deseosos de ayudar a su amigo, los animales partieron, en seguida, a buscar el libro que había visto el cuervo.

Media hora después, la liebre regresaba trayéndolo sobre su lomo. El muchacho lo agarró, lo dió vueltas, mirándolo por todos lados, y, de pronto, se echó a llorar. ¡El libro que acababa de traerle la liebre era aquel mismo libro del cual habían salido los enanitos y el hada que lo castigaron convirtiéndolo en Vuelatrás!

* * *

Vuelatrás era un alumno muy aplicado, y el sapo un excelente maestro, así que en poco tiempo aprendió a leer.

Y sucedió que una vez, por escuchar un cuento muy bonito, todos se descuidaron y el granjero, que andaba recorriendo el cam-

po, llegó hasta allí sin que nadie lo sintiera.

—¿Qué demonios están haciendo ustedes? —gritó, al ver la extraña reunión.

En menos que canta un gallo, los oyentes de Vueltatrás desaparecieron, volando unos, corriendo otros.

—¡Ajá! ¿Usted se entretiene con lecturas, en lugar de cuidarme las ovejas? —dijo el granjero, muy enojado, a Vueltatrás, quien no sabía qué hacer ni qué decir para disculparse—. ¡Déme ese libro!

—¡Por favor, no me lo quite, señor! —rogó el muchacho, a punto de echarse a llorar.

Pero el hombre no le hizo caso; se lo arrebató de las manos y, revoleándolo por encima de la cabeza, lo arrojó lejos.

¡Brum!

Al chocar el libro contra el suelo, se oyó el terrible estampido que ya conocía Vueltatrás y aparecieron los mismos enanitos y el hada de la otra vez.

Y la escena se repitió; los enanitos sujetaron al hombre, inmovilizándolo, y el hada pronunció:

—¡Ahora vamos a castigar a este malvado que no respeta los libros!

Al oír estas palabras, Vueltatrás corrió hacia el hada y se arrodilló, diciendo:

—Señora: yo soy Juan Mandinga, a quien usted convirtió en Vueltatrás. ¿Se acuerda? Pues bien, yo le ruego, señora hada, que no castigue a mi amo tan cruelmente como me castigó a mí. Yo también odiaba los libros, pero los odiaba porque no sabía leer.

—¡Suelten a ese hombre! . . . Y tú —agregó, dirigiéndose a Vueltatrás—, cuéntale tu historia.

El muchacho, entonces, contó lo que le había ocurrido a él y cómo había sido castigado; habló del sapito y de las hermosas cosas que se aprenden en los libros. . .

—Desde mañana —prometió— aprenderé a leer.

En el mismo instante, Vueltatrás sintió que lo llevaban por el aire. Asustado, cerró los ojos y, cuando los abrió, se encontró en un campo muy conocido. Lleno de alegría miró a todos lados y, allí cerquita, vió su casa, ¡su casa, su casa de otros tiempos!

Y en seguida, creció y engordó, de golpe, hasta recobrar su figura primitiva. Pero su alma ya no era la misma: ahora Juan Mandinga era un hombre bueno.



DOS FUGITIVAS



CAPITULO XI.—Mireya descubre de nuevo a las fugitivas.

La gitana Mayra, que se había encariñado con las dos huérfanas, las acogió en su camastro y les prodigó toda clase de atenciones.

—Tenemos un día entero de viaje antes de llegar a una ciudad —dijo Mayra a sus protegidas—. Entretanto arreglaré vestidos gitanos para ustedes y les pintaré la cara.

—¿Para qué nos pintará la cara? —preguntó Lucía.

—Porque son ustedes muy blancas y rubias para ser de nuestra raza —explicó Mayra.

La gitana bajó del camión en busca de disfraces y Lucía dijo a Silvia:

—¿No serán también estafadoras como Alberto y Mireya?

—No, Lucy —expresó la hermana mayor—. Estos gitanos sólo quieren nuestro bien, pero como los carabineros registrarán todo cuando lleguen a la ciudad, Mayra piensa que pronto nos descubrirían, en tanto que como artistas de circo nadie nos molestará.

—Aquí vengo con mis cosméticos, niñitas —dijo la buena Mayra—. Las voy a transformar de tal manera que ni su abuela las reconocería. Usted primero, niñita —añadió, dirigiéndose a la rubia Lucía.

La gitana comenzó por teñir el cabello de Lucy. en seguida oscureció su carita sonrosada y colocó en su cabeza un pañolín de colores vistosos.

RESUMEN: Silvia y Lucía Balmers andan errantes huyendo de la policía porque la pequeña Lucía se fugó de un asilo de huérfanos. Buscan a su tío Jaime Balmers, y encuentran a un joven colorín, que es su hijo adoptivo, y que trama una intriga para entregar a las niñas a una pareja de estafadores: Alberto y Mireya. Silvia y Lucía, atemorizadas por la presencia de los monederos falsos, huyen de nuevo. Una lluvia torrencial les obliga a buscar refugio en un pajar. Después de varias peripecias, Silvia, Lucía y el Guacho son declarados héroes por la Compañía de circo "Las Águilas".

Cuando terminó la transformación de ambas huérfanas, Mayra les pasó un espejo de mano para que se contemplaran.

—¡Maravilloso el disfraz! —exclamó Silvia—. Nadie nos reconocerá.

—Ahora ya pueden tomarles fotografías —dijo Mayra.

—No te asustes, Lucy —decía Silvia a su hermanita, cuando el fotógrafo las enfocó.

—Bien —insinuó el jefe gitano—, falta ahora darles un nombre. Zena y Lola Trent... ¿Convenido? Sí... Dos de las mejores muchachas que he contratado en el Circo de "Las Aguilas", y, además, heroínas en el suceso del puente.

—Cualquiera persona habría hecho igual cosa —murmuró Silvia.

—¡Bravo, niñita!... Son ustedes muy modestas... Acostúmbrense con los nuevos nombres que les he dado —prosiguió el jefe Zami—, y dén la impresión de que han vivido siempre con nosotros.

Silvia y Lucía continuaron su jornada hacia Chillán, muy entretenidas con la graciosa charla de los gitanos. El perrito *Guacho* se acurrucaba en un rincón del vehículo, como si supiera que su presencia podía exponer a un peligro a sus amas.

La primera detención de la caravana se hizo en una pequeña ciudad.

El jefe Zami presentó sus documentos al sargento de policía y todo transcurrió sin dificultades.

—¿Puedo ayudar en algo, señora? —preguntó Silvia a Mayra:

—Se necesita mucha experiencia para levantar las carpas —dijo Mayra—. Salgan a distraerse un poco, niñitas. Ya ha pasado todo peligro. Pueden salir de paseo con Pip y Pepo. Esos burros son mansos y se dejan montar.

Lucía estaba en el colmo de la dicha montada en Pip, mientras Silvia galopaba sobre el lomo de Pepo.

—Hemos tenido suerte —decía Lucía a Silvia—. Todos los gitanos son gentiles con nosotras.

—¡Muy felices! —exclamó Silvia—, y sólo faltan tres días para llegar a Chillán. Lucía, no te apartes de mí. *Guacho*, ven acá.

El perrito que las había acompañado tan fielmente en todas sus aventuras, ladraba gozoso pirueteando por entre los malezales.

Sin darse cuenta las dos huérfanas avanzaban por los bosques cantando de alegría en aquella radiante mañana.



De súbito llegaron a una casaquinta, y como el *Guacho* començara a ladrar furiosamente, Silvia le llamó repetidas veces.

—¡*Guacho, Guacho*, aquí! —gritaban ambas niñas.

En vez de obedecer, el *Guacho* ladraba con mayor furia.

En ese momento Silvia oyó una voz que heló la sangre en sus venas:

—Ahí van dos gitanillas —decía la voz aborrecida de Mireya—. Acerquémonos a ellas para preguntarles si han visto a las chicas fugitivas.

Sólo entonces divisó Silvia junto al muro de la casaquinta a los esposos estafadores.

—Huyamos —indicó Silvia a Lucía—. Aun no nos han descubierto. Nos creen gitanas del Circo de Las Águilas.

Silvia fustigó a Pepo y el burrito emprendió el trote seguido de Pip y del indiscreto *Guacho*.

Alberto y Mireya pretendieron seguir a las que ellas creían gitanas, pero no pudieron alcanzar a los corredores burritos.

—¡Nos hemos salvado! —exclamó Lucy al divisar las carpas del circo.

—Siempre estamos en peligro —indicó Silvia—, porque Alberto y Mireya ya han entrado en dudas y vendrán a visitar el circo esta noche. ¿Y el *Guacho* adónde se quedó?

Ya iban a volver en busca del perro cuando éste apareció moviendo furiosamente la cola y ladrando como si quisiera referirles algo muy importante.

—Gracias a Dios ya todo pasó —suspiró Lucía—, y estamos de nuevo protegidas por los buenos gitanos.

Pero todo peligro no había cesado, como lo suponía Lucía Balmers. Alberto, al intentar seguir el trote de los burritos, había caído en un pantano y se enfurecía por las risas burlescas de Mireya.

—No veo de qué te ries tanto, mujer —protestó el fabricante de monedas falsas—. Hice un magnífico descubrimiento. El perro que ladraba era el *Guacho*, de las hermanas Balmers. Cuando me vió caer al pantano avanzó con intención de morderme y casi lo consiguió. . .

—Siempre te odió ese perro —expresó Mireya—. En esto reconozco que no te equivocas, Alberto. Si ese perro es el *Guacho*, las gitanillas son Silvia y Lucía. Ahora comprendo por qué huyeron al divisarme.

—En fin, ya sabemos dónde se encuentran, Mireya —insinuó Alberto—. Sube al auto pronto. . . Es preciso urdir un plan discreto y seguro.

Silvia y Lucía quedaron maravilladas de la prontitud con que los gitanos habían armado la carpa del circo, instalado tribunas, ferias, luz eléctrica y trapecios.

—Vengan a almorzar, niñitas —indicó la buena Mayra.

—Permítame que les ayude en algo, señora —suplicó Silvia.

—Les daré una ocupación en el *stand* de la feria —respondió Mayra—. Pueden ustedes vigilar al público que suele llevarse los palitroques, las bolas y otros objetos para tirar al blanco.

A las seis de la tarde una numerosa concurrencia comenzó a



detenerse en la feria. El sonido discordante de la orquesta circense, el estampido de los rifles de salón, los gritos de los niños probando su puntería en los emboques, las ruletas con premios en chocolates y las ruedas giratorias formaban tremendo bullicio. Silvia y Lucía, que jamás habían concurrido a una feria popular, olvidaron completamente a sus enemigos Alberto y Mireya y se sintieron seguras.

De improviso, Silvia divisó al colorín Jaime Balmers, ese elegante mocetón, hijo adoptivo del tío Jaime Balmers y cómplice de los estafadores Alberto y Mireya.

Jaime Balmers se detuvo junto al tiro al blanco, a pocos pasos de las huerfanitas y fingió estar muy absorto en el juego de los tiradores.

“Vestidas de gitanas no nos puede reconocer —pensó Silvia—, pero conviene que no me separe de Lucía. En realidad, sólo tenemos sospechas de ese joven. Es posible que no sea cómplice de Alberto y Mireya. Si él se acerca fingiré no conocerle, pero no huiremos de él.”

(CONCLUIRA)

Ives el indomable

CAPITULO XXV.— El
ejército devorador.

Ives, llamado el Indomable porque jamás aceptó la dominación de nadie y menos la del rey Arturo, su tío, se había internado en una comarca de la cual Huyeron todos sus moradores porque las piedras estaban malditas. Producían cada cierto tiempo un estruendo que desgarraba los oídos de quienes lo percibían, llenando su corazón de terror. Gulna, la druidisa, la madre de las piedras, murió cuando, por su propia culpa, se incendió su cabaña. Legó su poder y sus secretos



RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, visita el bosque donde transcurrió su infancia y descubre que todos sus moradores se han visto obligados a huir porque la floresta está maldita. Penetra a ella y conoce a la druidisa Gulna, quien amenaza cejarlo porque él pretende arrebatarle sus secretos. Al atacar a Ives, provoca un incendio en su cabaña. Moribunda, Gulna lega su poder a Gonor, la morena. Contra ella y contra Galia, la rubia, debe luchar Ives.

a Gonor, la morena, quien debía reinar desde entonces en el dominio de los menhires y dolmenes. Su hermana Galia, la rubia, prometió obedecerla en todo.

Gonor, con salvaje odio, hirió a Ives. Le culpaba de la muerte de Gulna y le aborrecía porque intentaba descubrir el enigma de las piedras que cantan.

El joven, inconsciente, fué trasladado a una choza. En los días que siguieron, deliró de fiebre, custodiado por los hurraños ojos de Gonor. Afuera, apoyada en las rocas, Galia, la rubia, parecía soñar melancólicamente.

Sus ojos azules tenían una mirada lejana y su corazón se estremecía con extrañas emociones.

Toda su vida transcurrió en el páramo, en la selva, al borde de los pantanos. Jamás conoció otros seres humanos que Gulna, Gonor y más tarde el vagabundo Irka. Retraída, casi no hablaba. Era ágil y fuerte. Se la consideraba una druidisa (sacerdotisa antigua), pero no le interesaban los ritos ni el poder. En cambio, Gonor era como Gulna. Tembló al pensar que con el tiempo, la doncella morena se convertiría en un ser decrepito, de cabellos sin color, boca desdentada y corazón disecado por el odio y la maldad.

En las noches, cuando Gonor se internaba en el bosque y en las grutas, la druidisa más joven penetraba a la cabaña y curaba al herido. Le ofrecía de beber y calmaba su fiebre aplicando hojas húmedas a la ardorosa frente. Sumido en la inconsciencia, Ives recibía aquellos cuidados como el sediento que halla una fuente. En el quemante desierto de su delirio, sentía de pron-



to, como una brisa, las manos de Galia. A su contacto, las sienes ya no latían con dolor.

La rubia niña velaba su sueño inquieto, ansiando protegerlo. Sabía que Gonor le preparaba una muerte horrible en el arenal. Sin verla, adivinaba que en ese momento revolvía en vasijas de madera una mezcla de denso olor. Más tarde, lanzaba puñados de ella a la playa; mientras la floresta cantaba sordamente. Y de pronto, sobre la arena avanzaban sombras desmesuradas. Cuando se acercaban más, podían distinguirse tenazas enormes, caparazones gruesos, patas que se movían lentamente, marcando pesadas huellas. Eran cangrejos gigantes.

La herida de Ives cicatrizó, pero el doncel había perdido la memoria. Un día, con absoluta indiferencia, dejó que Gonor le atara las manos a la espalda. En su rostro enflaquecido, los ojos no tenían expresión ni voluntad. Por los caminos de la floresta, Gonor le guió, llevándole de la soga, como a un esclavo.



Al llegar a la playa, lo amarró a un menhir o monumento de piedra. Gonor alzó los brazos y exhaló un grito penetrante. Llamaba a los desconocidos cangrejos, que conocían su reclamo.

Galia volvió a la cabaña luego de vagar por el bosque, y, al advertir la ausencia de Ives, palideció.

—¿Dónde está el forastero? —preguntó a Gonor.

—En el arenal. Las piedras toman venganza.

Galia la rubia intentó salir. La zarpa de Gonor la detuvo.

—¿A dónde vas?

—A librarlo. No debe morir.

Y con violencia, se desprendió de la druidisa y corrió hacia el arenal. Tras ella, la voz de Gonor aullaba:



—¡Maldita! ¡Regresa o también perecerás!

Los terribles crustáceos avanzaban sobre el arenal. Sus caparazones tortuosos brillaban con reflejos rojizos. Las tenazas estaban cada vez más cerca del supliciado... Ives se estremeció.

Un vago instinto le advertía el peligro.

(CONTINUARA)

© **CUPON DEL**
CONCURSO
Semanal ©
SIMBAD N.º 25

El violín tiene.....
cuerdas.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO DIGANOS EL NUMERO



¿Puede decirnos cuántas cuerdas tiene el violín? Envíe su respuesta adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 estuches colegial, 10 premios de dos cuadernos c.u., 10 juegos de 2 lápices y una goma, 10 libretas para apuntes y 10 reglas para colegiales.

SOLUCION AL CONCUSO N.º 22.—La mariposa tiene 6 patas.

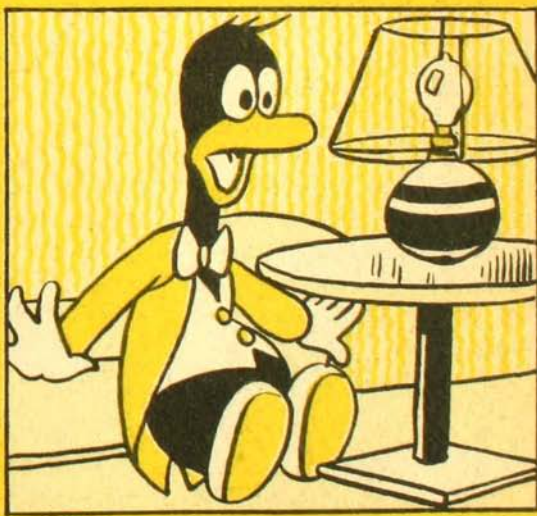
PREMIADOS con UN TUBO DE PASTA BAYCOL:—Sonia Sedano, Rancagua; Sergio Moya, San Bernardo; Max Ibarra, Santiago; Hugo Soldano, Talcahuano; Sergio Tapia, Santiago. **CON \$ 10.—**

Sonia Bórquez, Viña del Mar; Zvonir Marinkovic, Santiago; Abelardo González, Santiago; Emilio Escalona, Santiago; Fresia Iturriaga, Santiago; Juan Inostroza, Concepción; Héctor Quinteros, Rengo; Ilse Oberleiter, Recreo; Agustín Nervi, Santiago; Horacio Rojas, Quillota; Sergio Carrasco, Temuco; Patricia Apioleza, Santiago; Guilio Agurto, Tomé; Francisco Martínez, Santiago; Luis Durán, Santiago; Duilio Oviedo, Santiago; Omar Zamora, Santiago; Sonia Jiménez, Santiago; Andrés Soriano, Santiago; Carlos Gómez, Valparaíso. **UN JUEGO DE PIMPON.** Orlando Guerrero, Putaendo; Pedro Contreras, Talca; Hernán Hevia, San Antonio; Alejandro Garretón, Peñaflores; Patricio Whitaker, Santiago. **UNA PELOTA DE GOMA.** Carlos Morales, Villa Alegre; Norma Franchino, Quillota; Carlos Vargas, Valparaíso; Aurora Barrera, Santiago; Humberto Segura, Chillán. **UNA CARPETA ESQUELAS.** Jorge Salinas, Santiago; Mario Bustos, Santiago; Arturo Astete, Yervas Buenas; Pedro Jiménez, La Unión; Delia Palacios, Concepción; Carmen Ponce, Villa Alemana; Sonia Mirreya Pino, Santiago; Oscar Novoa, Concepción; Carmen Pizarro, Coronel. **UN LIBRO.** Fernando Moreno, Coronel; Máximo Castro, Santiago; María Inés Concha, Puente Alto. **UN PAQUETE VITALMIN.** Eliana Echeverría, Angol; Gerónimo Nervi, Santiago; Jaime Latham, Puente Alto; Luz Estrada, Rengo.

MUCHI X POCO



3. Cuando Poco terminó su siesta número diez, se asomó a la ventana y vio a Muchi que, muy orgullosa, iba de paseo con una falda a la moda. “—Adiós”, trino ella, alegremente.



4. “¿De dónde habrá sacado esa falda? —pensaba el pato—. Adivina, buen adivinador.” Y de pronto vio que la lámpara de la sala estaba sin su pantalla a la moda.

Él fue el primero



*Luis Alberto Acevedo,
primer mártir de la
aviación nacional.*

Fue el primer piloto chileno. Cuando volaba sobre diversas ciudades del país, la muchedumbre corría a presenciar sus audacias aéreas.

Obtuvo su brevet en la Escuela Bleriot, de París. La aviación estaba en sus primeros pasos y

la máquina de Acevedo no era la más segura ni la más sólida. Sin embargo, él, como soberano del aire, se paseaba por el espacio realizando pruebas que en aquellos tiempos constituían verdaderas hazañas. Era un apasionado de la gloria y de su título de recordman sudamericano de altura, pues batió el del argentino Macías, con 3.180 metros.

De ciudad en pueblo y de pueblo en ciudad, iba dando a conocer los soberbios resultados del vuelo mecánico.

En 1913 decidió hacer el raid más grande de aquellos tiempos: Concepción a Santiago. El 13 de abril se lanzó a los aires, aclamado por la multitud. A la altura de San Pedro falló el motor y el avión se precipitó al vacío.

El país le rindió un homenaje impresionante. El trayecto desde Concepción a Santiago parecía el paseo triunfal del heroísmo. Los pueblos se vaciaban al paso del cortejo. El homenaje del niño, del anciano, del obrero, del marino y de las autoridades, emergía de todas partes, en un sentimiento incontenible de admiración y dolor.

Acevedo había nacido en Santiago, el 23 de septiembre de 1885. Falleció a los 27 años.

Simbad

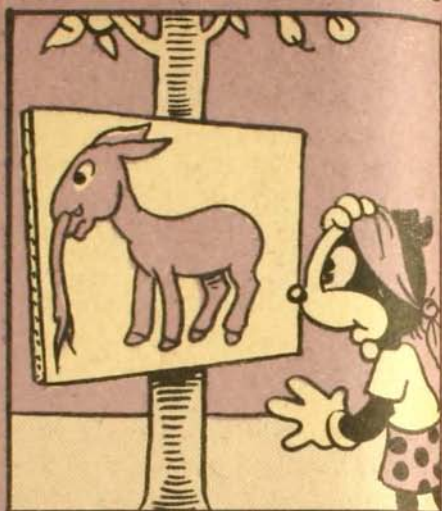
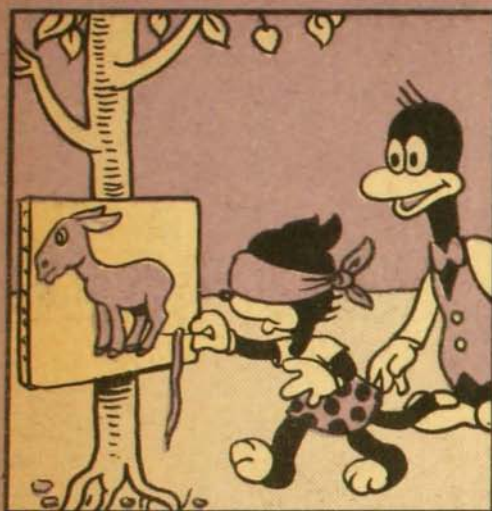
N.º 26

\$ 2.-

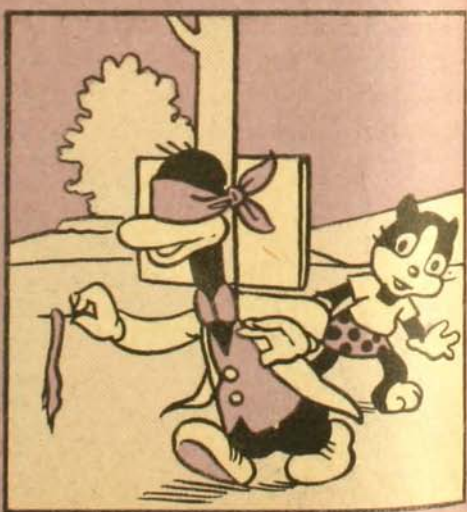
PIRATAS DEL MAR EGEO



MUCHI Y POCO



1. Un día Muchi y Poco jugaban a colocarle la cola a un burro. La gatita, con los ojos vendados, se la puso en el hocico. “—¡Ja, ja! —reía el pato—. Eres tonta de un viaje.”



2. Muchi no se enojó. Esperaba su turno para reírse. Poco tomó la cola y caminó hacia el cuadro. Pero calculó mal y siguió gambeteando. “—Esa cola resultó viajera”, sonrió Muchi.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

PIRATA DEL MAR EGEO

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 26

Precio: \$ 2.—

1.º-III-1950

CAPITULO XI.—*El castillo de las Siete Torres.*

Carlos Saurel, teniente de la Armada naval del rey de Francia Luis XIV, cayó prisionero de los piratas berberiscos y fué vendido como esclavo en el mercado de Argel. Igual suerte corrió su marinero Gastón Lecar. Adquiridos por el mercader Taieb, quisieron huir, pero ese intento fracasó.

A las primeras horas de la mañana, Taieb se sorprendió al ver llegar a sus esclavos con un grupo de genízaros.

—Esos perros merecen que les des, por lo menos, cien palos en la planta de los pies —declaró un vecino, que demostraba gran hostilidad a los dos franceses, y que ya antes había sugerido que les dieran muerte bajo el garrote.





—No —replicó Taieb—. ¿Por qué perder mi dinero? Les venderé en el mercado. Me dan muchos disgustos.

La avaricia pudo más que su odio a Carlos Saurel. Temía especialmente al joven, porque su mirada fulgurante de soberbia le obligaba a desviar los ojos. También su sonreír irónico le crispaba los nervios. Taieb era cobarde y aunque él era el amo y podía hacer matar a sus esclavos, Carlos le atemorizaba.

A mediodía, los marseleses, encadenados, se dirigieron a la plaza.



Delante de ellos marchaba Taieb, y a ambos lados sus servidores, con los ojos alertos y el arma en la mano, para refrenar cualquier movimiento de fuga que hicieran los malditos rumís.

Al llegar al mercado, Taieb anunció:

—¡Vendo estos dos bellos esclavos!

—No deja de ser gentil al encontrarnos hermosos —sonrió Carlos.

Un comprador se acercó. El teniente francés y Gastón Lecar no pudieron reprimir un gesto de estupor: era el pirata Ismail.

—Los compro por ciento cincuenta piastras —declaró.

Taieb, indignado, protestó:

—¡Pero tú me los vendiste en más de trescientas piastras!

—Si los revendes con tanta prisa es porque deben tener muchos defectos —repuso Ismail, burlonamente.

Taieb discutió largamente y terminó por aceptar el precio que le ofrecía Ismail. Le interesaba librarse de aquellos esclavos escurridizos que tarde o temprano desertarían de su lado. Salvaba siquiera parte del dinero que pagó por ellos.

Carlos y Gastón fueron conducidos a la nave de Ismail. Antes de desaparecer en la cala, el joven interrogó al pirata:

—¿Dónde está la doncella blanca?

—¿La *signorina* de ojos negros y cuerpo de hurí? —preguntó a su vez el musulmán—. ¿No es el Paraíso de Mahoma el lugar que le corresponde por su belleza?

—¡Responde! —gritó Carlos, sin poder contenerse. Intentó lanzarse sobre el filibustero, pero sus secuaces lo cogieron y de un brutal empujón lo precipitaron en la bodega.

Con el rostro oculto entre los brazos, el teniente se mantuvo silencioso. Junto a él,

Gastón permanecía también sin hablar.

El barco levó anclas y tomó rumbo a Estambul. Allí los marseleses fueron vendidos por tercera vez.

Les compró el Kaimakan, gobernador del castillo de las Siete Torres, para su servicio personal.

Reconociendo en Saurel un hombre instruido, le dijo:

—Serás bien tratado, pero si pretendes huir, morirás en la





que soñaba. En uno de los patios encontró a Rucairol, uno de los amigos de su padre.

—¿Cómo pudisteis entrar? —exclamó estupefacto, examinando con incredulidad aquella faz redonda y sonrosada, en la cual sonreían los ojos azules con un brillo de infantil picardía. El obeso Rucairol, con un aire de satisfacción que le asomaba por todos los poros, era un buen compañero para las horas alegres. Pero también se le hallaba dispuesto a ayudar a un amigo en los instantes de aflicción.

—¿Cómo entrasteis? —repitió Carlos.

—Muy fácilmente. Hice reír a los centinelas con algunos cuentecillos y me dejaron entrar para dar una mirada a los patios. Supe que dos franceses estaban prisioneros aquí y deseé verlos y saber quiénes eran.

—¿Y ahora que lo sabéis?

—Os ayudaré a huir, *mon petit* (mi pequeño).

Desde ese día visitó diariamente a los cautivos. Los genizaros de guardia le registraban antes de permitirle el paso y no les llamó la atención que el gordo comerciante se atara los calzones con un cinturón de sogas. Ni advirtieron que, al salir, esta sogas había disminuído en la mitad.

Un día Carlos le dijo:

—El cable ya está bastante largo, Rucairol.

—Entonces, usadlo esta noche, *mon petit*.

Y salió del castillo, con un aire más satisfecho que nunca.

(CONCLUIRA)

estaca. Yo tengo una sola palabra y jamás revoco una decisión mía. Tenlo presente.

T r a s c u r r i e r o n d o s años.

Carlos y Gastón dudaban ya que pudieran fugarse del castillo cercado por altas murallas. Al pie de la mayor parte de ellas rugía el mar.

Un día Carlos creyó

DICK TABÚ

CAPITULO XXVI y FINAL.—Una pareja feliz.

Dick Tabú había renovado su vida de semisalvaje. Organizaba cacerías de fieras con sus guerreros, armaba trampas en la jungla, se ejercitaba en el manejo de la lanza y el machete y dirigía sus trabajos agrícolas.

El Intocable sentíase poseído de un ansia de luchar y entonces se le veía corriendo por la selva, en persecución de un tigre o de un leopardo, con los mismos ímpetus que antes de su viaje al país de los kopjes.

Pero otras veces se iba solo por la jungla y recostado a la sombra de los árboles se abstraía en dolorosa ensoñación.

Sus guerreros le observaban entristecidos.

Su buen amigo, el capitán Darcy, le encontró un día sumido en negra melancolía.

—Estás hecho un hombre, Dick —díjole el gran amigo del colono Hateras—, pero me parece que has perdido vigor y energía. ¿No sería conveniente que abandonararas la jungla africana y volvieras al mundo civilizado? En Inglaterra tienes parientes cercanos. Allí podrías hacer la vida de un joven adinerado. Posees gran cantidad de piedras preciosas de un valor incalculable... Puedes vender tus tierras a otro colono.

—No me alejaré jamás de estas tierras —declaró Dick Tabú—. He vivido siempre entre los indígenas y mi deseo es morir aquí.

—¿Tan en serio aprecias tu *tabú*? —preguntó el capitán Darcy—. ¿Has pensado en tu terrible soledad? ¿Continuarás siendo toda la vida el INTOCABLE?

—Mi padre así lo decidió —suspiró Dick Hateras.

—Tu padre quería tu felicidad, Dick —opinó el capitán Darcy—. Has llegado a una edad en que puedes afrontar todo peligro. Adiós, mi querido hijo, reflexiona en mis palabras y si algún día me necesitas, vendré en tu ayuda.

—Gracias, capitán —respondió Dick—. Cuando visite este distrito, no olvide pasar a visitarme. Tal vez necesite la ayuda que me ofrece.

Al quedar otra vez solo, Dick se arrojó sobre el césped que orillaba el bosque y con ahogados sollozos murmuró:



—Lorna, Lorna, mi Lorna...

—Le han arrojado una suerte —decía el guerrero Yensy, observando la tristeza del amo querido.

—Es *mal de ojo* —agregaba Semuké.

—El Intocable suspira —declaró por fin el viejo Tuso—, porque le falta compañera. Así he visto a los leones y a los tigres en la selva. Quiere una compañera, pero se lo prohíbe el tabú.

Los fieles nativos, que adoraban al semidiós, hacían preces a los espíritus y por las noches, reunidos en sus campamentos, ejecutaban ritos mágicos para que el amo recobrarla la alegría.

Así transcurrieron tres meses y Dick Tabú veía crecer su tristeza. Evocaba el recuerdo de Lorna, y tentado estuvo por ir a robársela a los esposos Chalmers.

—No, no —gemía en seguida—, yo no puedo quebrantar el tabú. Soy el Intocable.

Entretanto, y como ya sabemos, Lorna o Viola Chalmers había

huído de su casa una noche oscura y sin luna y vagaba por la selva sin rumbo ni derrotero.

Cuando oía el rugido de las fieras, trepaba a los árboles y saltando de rama en rama, iba acercándose al río que la separaba de Dick Hateras.

—Mi amo y señor no me rechazará —murmuraba la intrépida doncella—. Seré su sierva, pero que me permita estar cerca de él, que la luz de sus ojos me sirva de aliento, porque si no, yo muero. Mis pobres padres llorarán, pero no puedo vivir sin mi amo y señor. Hay un imán que me atrae... Ignoro el camino, pero llegaré donde mi amo y señor.

Y estas palabras eran como una cantinela que ritmaba sus inciertos pasos.

Una mañana divisó una piragua atada a la ribera del río.

—Los grandes espíritus me envían esta piragua —exclamó la semisalvaje Lorna.

Valientemente subió a la solitaria embarcación y remó siguiendo la corriente.

Al atardecer llegó a un sitio donde el riacho se convertía en un angosto arroyo, sobre el cual caían las ramas de frondosos árboles.

Lorna se tendió bajo un baobab y se quedó dormida, hasta que el sol envió sus rayos a jugar con su carita morena.

Junto a ella se detenía un negro que la contemplaba embelesado. —¿Quién eres y de dónde vienes, joven mujer? —le preguntó el indígena.

—Voy en busca de Dick Tabú, mi amo y señor —respondió Lorna.

—Yo soy Yensi, uno de sus fieles guerreros —respondió el negro—. El también es mi amo y señor y puedo conducirte a su kraal.

Yensi subió con Lorna a la piragua y desde el arroyo silbó con estridencia.

—¿A quién llamas? —interrogó Lorna.

—A los guerreros de mi tribu —dijo Yensi—. Ellos conocen el llamado y acudirán al río.

Un silbido lejano respondió al llamado de Yensi.

—Ya acuden —declaró el leal Yensi—. ¿Escuchas los tambores de la jungla, blanca doncella? También los habrá escuchado el Intocable...

Yensy repetía sus sonoros silbidos y los nativos del kraal respondían cada vez de más cerca a su llamado.

Yensy batía los remos con prisa y energía.

—Hemos llegado a la ensenada del kraal —dijo por fin Yensy—. Saltemos a la ribera.

Lorna trepó a la proa de la piragua y de un brinco estuvo en la ribera, mientras Yensy se ocupaba de atar la embarcación.

Abriéronse los malezales y de súbito apareció Dick seguido de sus guerreros favoritos.

—¡LORNA! —gritó el Intocable.

La doncella, sin tomar en cuenta el sagrado tabú de **AQUEL A QUIEN NADIE PODIA TOCAR**, se arrojó en sus brazos sollozando.

El estupor de los nativos fué indecible.

—¡Has roto el tabú, imprudente mujer! —gritó Yensy.

—Bien roto está —declaró el anciano Tomasi, avanzando hacia los enamorados jóvenes—. Los dioses así lo han querido. Anoche me hablaron los espíritus y me anunciaron la llegada de la esposa de nuestro amo y señor. ¡Ay del que no escuche la voz de los espíritus!

Tomasi era el hechicero de la tribu y su palabra una ley para





los nativos del kraal de Dick. Su autoridad no podía ser discutida y nadie se atrevió a protestar.

—Yensy, mi buen amigo —dijo Dick al guerrero—. Sal en busca del capitán Darcy y pídele que venga a mi kraal. Dile que su visita significa para mí la vida.

Días después llegó al kraal de Hateras el buen capitán Darcy, e impuesto de los sucesos, decidió casar a Dick Hateras con Viola Chalmers.

—Que sean ustedes muy felices —dijo al final de la ceremonia el capitán Darcy—, yo me encargaré de comunicar este matrimonio a los esposos Chalmers.

Los padres de Viola tuvieron que conformarse con la decisión de su selvática hija, a quien no habían podido civilizar a su manera. Poco tiempo después regresaron a su país, resignados al ver la felicidad de los dos jóvenes.

—Resignémonos, Juan —dijo Doris—, peor habría sido que la niña se casara con un negro...

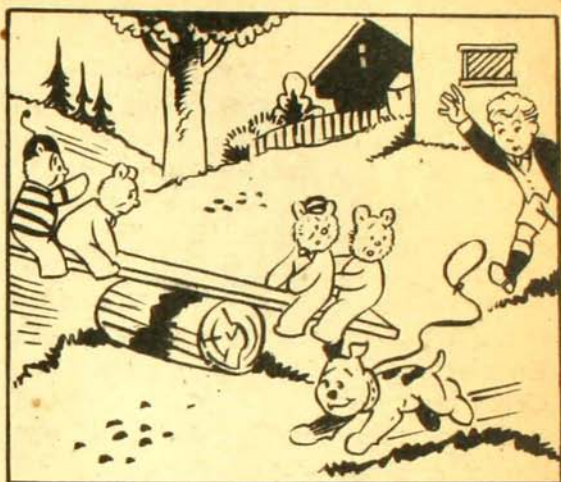
Viola Chalmers nunca quiso que la llamaran Viola, y tal como Dick, jamás suspiró por vivir en países de otra civilización. Para ellos la jungla era su paraíso y el estar unidos su felicidad suprema.

—Dick —dijo un día Lorna a su esposo—, nuestros hijos nunca serán tabú.

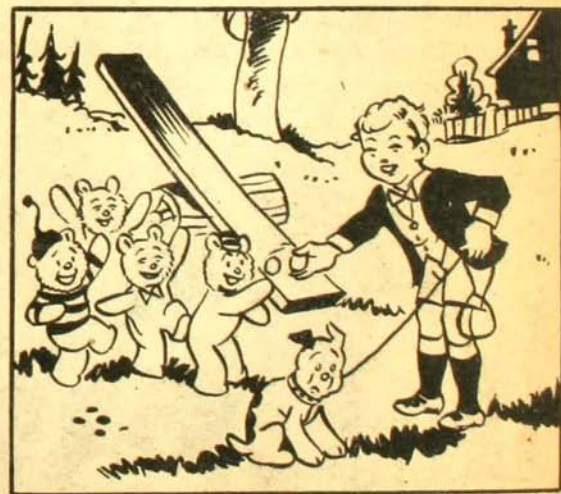
—Jamás —asintió el semidiós de los negros—, porque lo que yo he sufrido por falta de ternuras no quiero que lo sufran los míos. Lorna, vivamos como colonos sencillos y seamos generosos con nuestra gente. Negros o blancos todos somos seres humanos. Y así, en medio de la dicha más completa, Dick y Lorna formaron una pareja ideal en un verdadero paraíso terrenal.



LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Los ositos jugaban al balancín, cuando oyeron que Tomasín gritaba: “—¡Atajen a Pirulí, que se escapó!” En efecto, el perro se iba de paseo y de correteo sin pedir permiso.



2. Al bajar la tabla del balancín, pescó la soga de Pirulí y lo detuvo. Tomasín se apoderó del prófugo y dió a Ma, Ra, Vi y Lla monedas contantes, sonantes y gastantes.

Los gladiadores

CAPITULO III.— *La horda.*

Espartaco y Crixo, dos gladiadores, sublevaron a un grupo de sus compañeros y huyeron del circo romano. Una legión que les perseguía para obligarles a regresar les sitió en la posada de Fanio, iniciándose una batalla campal, en la cual triunfaron los rebeldes. Los criados de la posada se unieron a ellos bajo la condición de que se nombrara jefe a Espartaco. El joven miró a Crixo con ojos tranquilos y atentos. La expresión del galo era lúgubre. Sus compatriotas querían elegirle a él, mientras todos los demás preferían a Espartaco. Finalmente se designó a ambos.

En cierto momento, cuando los dos comandantes quedaron solos, Crixo insinuó:

—Si nos fuéramos los dos solos, jamás nos alcanzarían. Podríamos ir a Alejandría.

—No —respondió Espartaco—. No puede hacerse. Tal vez luego.

—Sí, después —gruñó el galo—, cuando nos hayan ahorcado.

Sin oírlo, el joven saltó sobre una mesa, levantó los brazos y gritó:

—¡Nos vamos a Lucania!

Los gladiadores se aprestaron a la marcha, quitando a los soldados todas sus armas y escudos.





Corrían rumores por la tierra de Campania. Una banda de intrépidos ladrones caía sobre posadas y tabernas, robaba a viajeros, saqueaba carros de mercancías, quemaba las casas de campo de los nobles, robaba el buey de su pesebre, el caballo de su establo. Estaban en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Esta noche podían acampar en los pantanos junto al río Clanio, la próxima en los bosques de las montañas de Virginia. Contra ellos se enviaban legiones aguerridas, pero los soldados desertaban o se unían a los bandidos. Estos tenían dos jefes: un galo triste y cruel, y un tracio de ojos luminosos. Quien los resistía era muerto, y quien escapaba era atrapado.

Aquella horda contaba ya con más de trescientos hombres y corría el rumor de que no eran bandidos ordinarios, sino gladiadores que se reían de la muerte y que imponían su voluntad en todas partes. A sus filas ingresaban peones, pastores y jornaleros, cuidadores de ganado de Hirpinia, mendigos y bandidos de Samnio, esclavos de origen griego, asiático, tracio, galo.

La rápida banda de gladiadores se convirtió en un ejército pesado, que no podía avanzar velozmente. Y tuvo que buscar un campamento estable.

—Una isla —declaró Espartaco.

Y la horda se instaló en una isla de los pantanos, resguardada en tres lados por los juncos.

(CONTINUARA)

Ponchito



¡AH! SE ME
OCURRE UNA IDEA



YA TENGO EL
REMEDIO PARA
HACERLO ANDAR



VEREMOS SI
AHORA SE VA A
MOVER O NO



¡JA, JA, JA! ¿VES LO
QUE TE PASA POR
PORFIADO?



La casita de plumas

Había una vez una pobre viuda que tenía tres hijas y tres patos. La mayor de las hijas, Deseada, era hermosa pero soberbia; la segunda, Victoria, poseía belleza, pero también vanidad; la tercera, Humilde, era la más bella de todas y tenía un corazón de oro.

En cuanto a los patos, que eran hembras, se llamaban: la primera Desdeñosa, porque andaba con el pico en alto y el plumaje hinchado de orgullo; la segunda, Blanca, alba como la nieve, también ostentaba sus airecillos de desprecio. La tercera, flaca, fea, perdía las plumas a cada momento, y por eso la llamaban Desplumada. Era tan tímida que no se atrevía siquiera a hacer "¡cuac, cuac!"

Un día de riguroso invierno la madre se sintió morir y llamó a sus hijas.

—Les aconsejo que nunca se separen —balbuceó, con voz fatigada—. Si viven juntas, en buena armonía, podrán subsistir, mal que mal, con sus patos. Pero si se apartan unas de otras, será una desgracia, sobre todo para aquella a quien le corresponde Desplumada, que nada produce.

Las tres hijas prometieron no separarse. Asistieron a su madre hasta el último instante, después la lloraron y después la enterraron. Y quedaron solas.

Transcurridos algunos días, Deseada y Victoria comenzaron a rezongar.

—¿Y por qué habíamos de estar siempre juntas?

Humilde, asustada, apenas se atrevió a protestar, tímidamente:

—Hemos prometido a mamá estar juntas, y no debemos desobedecerla...

Pero las otras interrumpieron:

—¡Tú te callas, que vives a expensas de nuestros dos patos, ya que el tuyo no produce nada!

Humilde no se atrevió a decir nada más, pero se puso a llorar desconsolada, al pensar que tendría que marchar sola por el mundo con Desplumada.

Sus hermanas vendieron la choza, se apoderaron de la ropa blanca y de los mejores vestidos, dejándole a ella sólo algunos harapos, y partieron llevándose a Desdeñosa y a Blanca, diciéndole:

—¡Tú, márchate por tu cuenta; te hemos mantenido demasiado tiempo

No era verdad, porque Humilde se había encargado siempre de hacer la comida y arreglar la casa; pero las dos perversas hermanas no la querían, y se expresaban de esa manera para mortificarla.

Humilde lloraba y lloraba, pero, ¿qué podía hacer? Tomó a Desplumada y se marchó.

Entretanto, camina que camina, Deseada y Victoria llegaron con sus patos, a una granja, donde pidieron hospedaje.

—¿Qué es lo que poseen? —preguntó, ásperamente, la granjera.

—Estos patos —respondieron las dos hermanas—. Su pluma produce mucho.

Las dos patas eran, realmente, tan hermosas, que la mujer no tuvo inconveniente en aceptarlas junto con las dos hermanas. Pero, ¿qué queréis? La soberbia y la presunción acaban mal, tarde o temprano. Desdeñosa y Blanca, cuando estuvieron en medio de los otros patos, se pusieron a mirar a todos de alto abajo y a lanzar un "¡Cua, cua!" tan despreciativo y burlón, que los otros animales se sintieron ofendidos e indignados. En la noche tuvieron un conciliábulo en el corral y todos expusieron sus quejas:

—¡Abajo las dos intrusas!

—¡Abajo las dos orgullosas!



—¡Que mueran!

—¡Que mueran!

El hecho fué que una desgraciada mañana las dos patas no fueron halladas. El zorro las había cogido y las había llevado lejos, de acuerdo con los animales de la granja. Luego, en su cueva, las había matado y se las había comido con gran satisfacción. ¡Y bien! No se puede decir que aquello estuviera bien hecho, pero, ¿por qué las dos patas se creían con derecho de despreciar a los otros y a mirar a todos de alto abajo?

Cuando las patas no se pudieron encontrar y se supo que habían servido de banquete al zorro, la granjera se enfureció con Deseada y Victoria:

—Debían de haber cuidado mejor a sus patos. Ahora tienen que ir a trabajar a la cocina, si les agrada, y si no les agrada, pueden marcharse.

¿Marcharse? ¿A dónde? Ya no tenían los patos y no poseían nada. Se pusieron a hacer el fregado, lamentando su mala suerte. ¡Ah! ¡Cómo echaban de menos la tranquila choza donde ellas podían estar a sus anchas, cuidando sus patos, mientras la hermana menor trabajaba por ellas!

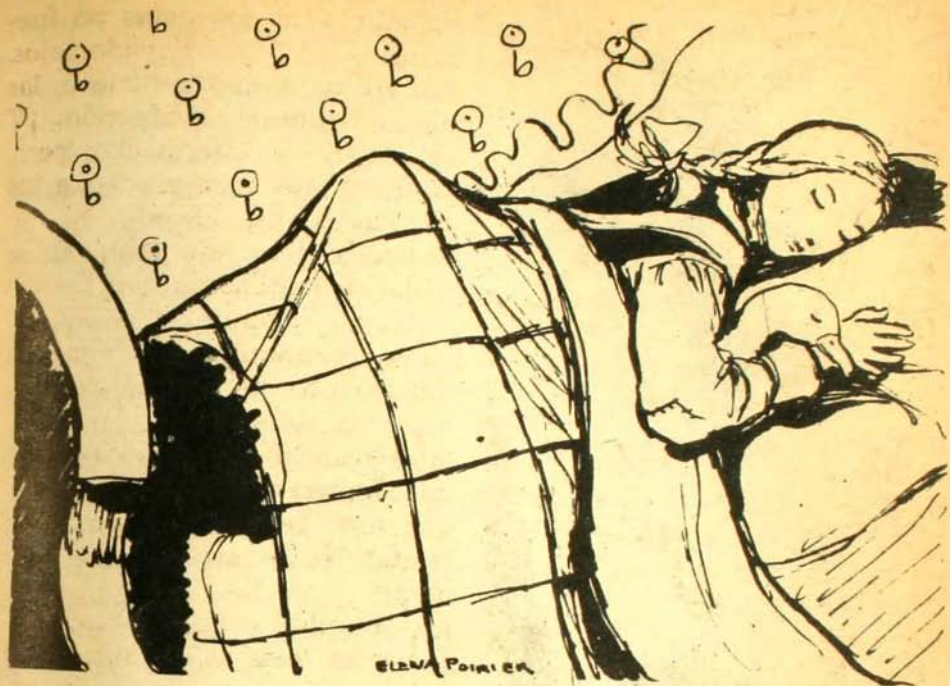
Pero ahora volvamos a Humilde. La pobrecilla se encaminó, llorando, seguida de Desplumada. Camina que camina, no se atrevió en todo el día a detenerse en ninguna casa, porque temía ser expulsada de todas partes. ¡Estaba tan mal vestida con aquellos harapos que le habían dado sus hermanas!... ¡Y aquella Desplumada tenía un aspecto tan miserable!...

Camina que camina, pues, llegó la tarde sin que pudiera posar la cabeza aquella noche y sin haber podido comer siquiera un bocado. Sentada al pie de un árbol, en un bosque, se puso a llorar.

—¡Pobre de mí! —decía—. ¿Qué será de mí y de ti, pobre Desplumada? ¡Mañana nos hallarán, seguramente, muertas de hambre y de frío! ¡O peor todavía, encontraremos un lobo que nos engulla de un bocado! ¡Pobres de nosotras!

Desplumada, que hasta ese día había estado siempre callada, le dijo:

—¡No llores, amita, no llores! Yo te ayudaré. Tus hermanas me han maltratado siempre y se han reído de mí, porque no era bella y blanca como sus patas, pero tú me cuidabas y yo quiero recompensarte. No nos moriremos de hambre ni de frío, ni tampoco encontraremos un lobo, porque te voy a fabricar una hermosa casita.



En efecto, en un momento, Desplumada se sacó del cuerpo tantas y tantas plumas, que formaban una pequeña montaña, y con aquellas plumas fabricó una hermosa casita suave y cálida como un nido, y provista de todo, con ventanas y puertas que se cerraban con llave, su buena chimenea y provisiones dentro de un armario.

Entraron en la casita, cerraron por dentro, se sentaron a la mesa y se sirvieron una exquisita cena. Después de haber hecho tan espléndida comida, se hicieron las camas, no sin antes haber sacudido bien los colchones, y se acostaron, teniendo cuidado de echarse el plumón a los pies. Y cuando estuvieron tan bien acostadas, al calor del lecho, Humilde murmuró:

—No puedo expresarte, Desplumada, todo mi reconocimiento. ¡Nunca he estado tan bien en mi vida! ¡Qué comida más buena! ¡Qué camita más tibia!... Sin embargo, debo confesarte que todavía siento miedo de que venga el lobo. Si pasa por aquí y nos siente dentro, derribará la casita que es de plumas y nos devorará.

—Nada de eso —respondió Desplumada—, porque ésta, aunque



es de plumas, es una casita encantada y no se puede romper ni abrir.

En efecto, después de un momento, sintieron al lobo rondar en torno y olfatear. "¡Uuh, uuh!". Trató de abrir, rasguñó con las garras, empujó con el hocico, y como no pudo hacer nada, se marchó furioso.

Entonces, Humilde, completamente tranquila, se durmió dulcemente con un solo sueño hasta la mañana siguiente. Y, falta decirlo, se despertó con una sonrisa en los labios. ¡Ah, qué bien se estaba en aquella casita! No le faltaba absolutamente nada. Por un largo tiempo, Humilde y Desplumada llevaron la más agradable vida del mundo, sin acordarse siquiera de los malos tiempos. Hasta que, habiéndose esparci-

do por los alrededores la noticia de aquella casita extraordinaria, llegó hasta las dos hermanas que hacían el fregado en la granja. Llenas de rabia y envidia hacia la afortunada hermana, se dijeron: —Vamos a ver de qué se trata.

Humilde, apenas las vió, salió a recibirlas con todo cariño, pero Deseada y Victoria le preguntaron ásperamente:

—¿Quién te ha dado esta casita?

—Desplumada.

—Y bien, ella es tan nuestra como tuya, más nuestra, porque nosotras somos las mayores. Así, pues, nosotras también queremos estar en esta bella casita.

Dicho esto, se instalaron, tomando los sitios mejores, los bocados más exquisitos, los lechos más blandos, y maltratando, como antes, a Humilde y Desplumada cuando éstas no acudían a servir las. Un día pasó por allí el rey en persona y vió la linda casita.

—¡Quiero comprarla! —exclamó—. ¿Cuál es el precio?

—Un saco de monedas de oro —dijo Deseada.

Fué traído el saco de monedas de oro. Cuando el rey trató de tomar posesión de la casita, ésta desapareció y no quedó allí más que un montón de plumas. El rey se enfureció:

—¿Quién es el culpable de esta infame burla?

—¡Son ellas! ¡Son ellas! —gritaron Deseada y Victoria, señalando, pérfidamente, con el dedo a Humilde y Desplumada.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo el rey—. Pues, entonces, que sean inmediatamente llevadas a prisión.

Y fueron encerradas en una prisión. Humilde lloraba desolada, pero Desplumada le daba ánimos.

—No temas, yo te haré de nuevo la casita. Y te la voy a construir al momento; mira, aquí mismo, en la prisión.

Y comenzó a sacarse tantas plumas, hasta que formó una pequeña montaña, y con aquellas plumas fabricó la casita.

Cerraron la puerta, prepararon la mesa y se sirvieron una cena deliciosa. Después se fueron a dormir, teniendo cuidado de taparse bien, para no sentir frío.

Al día siguiente, Humilde despertó sonriente y encontró sobre la silla, al lado de su cama, un magnífico traje blanco, recamado de plata. Se lo puso y, en seguida, se asomó a la ventana en el preciso instante en que el rey visitaba la prisión.

Desplumada vino también a asomarse a la ventana. El rey le preguntó:

—¿Me la vendes ahora sin engañarme?

—Sí, majestad, con una sola condición.

—¿Cuál?

—Que os caséis con mi amita.

—¡Con mucho gusto! ¡Es tan bella!

Y Desplumada añadió:

—Y también tan buena. Y ésta es su recompensa.

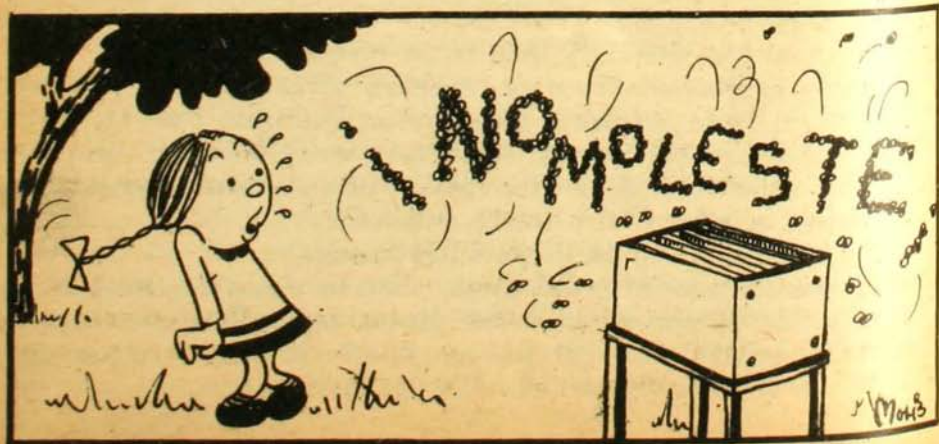
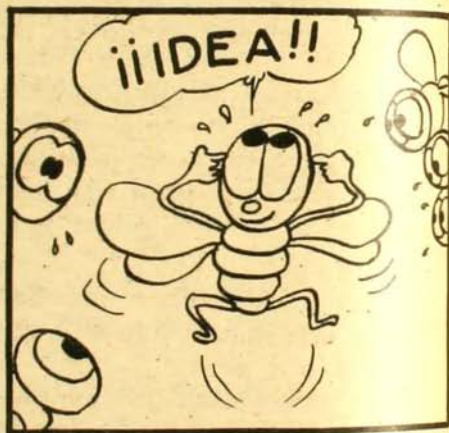
Dicho esto, la fea y pobre pata recuperó su verdadera forma, que era la de un hada bellísima y luminosa. Humilde y el rey cayeron de rodillas a sus pies, y ella, después de haberlos abrazado, sonriente, emprendió el vuelo, rápida como una mariposa, para ir a premiar a alguna otra buena muchacha.

De esta manera, Humilde llegó a ser reina.

Cuando las hermanas lo supieron, echaron a correr, sin aliento, para llegar a tiempo a las fiestas de la boda. Pero encontraron la reja del palacio real cerrada con doble llave, y tuvieron que quedarse afuera royéndose las uñas de envidia.

Chelita

Por MORIS



DOS FUGITIVAS



CAPITULO XII y FINAL.—*Las cautivas en libertad.*

Jaime Balmers, el pérfido hijo adoptivo de don Jaime Balmers, había concurrido a la feria del circo de "Las Aguilas" con el objeto de engañar a Silvia y Lucía Balmers, a fin de evitar que llegaran a Chillán y fueran acogidas por su padre adoptivo.

"Si encuentra a sus verdaderas sobrinas —pensaba el mal hombre—, no seré yo el heredero. Es preciso que esas chicas desaparezcan."

Jaime Balmers fué acercándose, pues, al *stand* vigilado por Silvia Balmers; ensayando su puntería ganó dos cajas con chocolates.

—Se las obsequio, gitanitas —dijo a Silvia y a Lucía.

Después de observarlas detenidamente agregó:

—Me parece que yo las había visto antes a ustedes...

—Sí —dijo la imprudente Lucía—. ¿No es usted el señor Jaime Balmers?

—Sin duda —respondió sonriendo Jaime—, y ustedes son mis primitas.

Su voz era suave y su sonrisa bondadosa.

—Usted nos prometió informar a mi tío Jaime —insinuó Silvia.

—Y lo hice —declaró el cínico joven—, pero me encontré en mi camino con un par de facinerosos que me ganaron la delantera y fueron en busca de ustedes a casa de mis amigos Rider. Cuando llegué allí ya habían huído ustedes. Volví entonces a casa de mi padre adoptivo y él me encargó que las buscara por cielo y tierra. El no puede salir porque está postrado en cama... Si ustedes quieren venir conmigo esta noche...

—Tendremos que avisar primero a la señora Mayra, que ha sido tan buena con nosotras —observó Silvia.

—Vayan al momento —indicó Jaime Balmers—. Las aguardo en la avenida con mi automóvil.

Zami y Mayra abrazaron a sus protegidas y les desearon buena suerte.



En la avenida había numerosos automóviles.

—Suban aquí —gritó Jaime Balmers, alegremente. Silvia y Lucía, maravilladas de su buena suerte, saltaron al lujoso vehículo, seguidas, como siempre, por el *Guacho*.

Cuando se cerró la puerta y partió el automóvil, una voz chillona y aborrecida exclamó con sorna:

—Hola, niñitas, nos volvemos a ver. Supongo que estarán contentas en compañía de su amiga Mireya. No salten... Alberto maneja y las puertas están con llave. Nos dirigimos a una casa especialmente alquilada para ustedes.

Jaime Balmers había traicionado a las dos huérfanas. Silvia y Lucía permanecían atontadas en el interior del automóvil, y como para defenderse se abrazaban llorando.

—No es para tanto —dijo Mireya—. Vivirán juntas y no las privaré de su perro. Ahora tenemos mucho dinero y lo pasarán muy bien a la orilla del mar.

El *Guacho* saltó a la falda de Lucía y lamió sus lágrimas como diciendo:

—Yo las protegeré siempre.

El automóvil viajó toda la noche y las niñas cautivas terminaron por dormirse.

De súbito el vehículo se detuvo y Alberto descendió para abrir un portón.

Mientras no estuvieron dentro de la casa, Mireya custodió a Silvia y a Lucía, y fué Alberto quien las bajó del automóvil para conducir las a una habitación en el segundo piso del chalet.

—¿Linda casa, no es verdad, niñas? —decía la malvada Mireya—. Tiene una gran ventana con vista al mar y toda clase de comodidades. Les aconsejo que no traten de huir.

—Esto significa que somos prisioneras —exclamó altivamente Silvia.

—¿Prisioneras? —protestó Mireya—. De ningún modo. Son ustedes nuestras huéspedes.

—La palabra no hace diferencia —exclamó Silvia—. Estamos en una prisión.

Sólo a las horas de comida podían las cautivas bajar al comedor, siempre custodiadas por Alberto y Mireya.

—Parece que ahora son ricos, porque nos dan buena comida —dijo Lucía a su hermana.

—El traidor Jaime Balmers les paga para que nos tengan prisioneras —indicó Silvia—, pero trataremos de enviar un mensaje a nuestro tío y él nos libertará.

Pasaron tres días tristes y monótonos para las cautivas.

Mientras brillaba el sol las huerfanitas permanecían en la ventana contemplando el mar y observando el movimiento de boteros y bañistas.

—Si yo pudiera enviar un mensaje —murmuró Silvia.

—Grítale a ese joven del bote —indicó Lucía—. Todas las mañanas se detiene bajo nuestras ventanas y puede oírnos.

—Nos oíría Mireya y entonces cerraría los postigos —declaró Silvia—. Tengamos paciencia, Lucy. Mientras tanto yo escribiré un mensaje a mi tío Jaime.

El mensaje escrito por Silvia decía lo siguiente:

Querido tío Jaime Balmers, dueño de una fábrica en Chillán:

Lucía y yo estamos prisioneras en la casa de las rocas que enfrenta con el faro de la bahía. Socórranos. Un joven colorín, que dice llamarse también Jaime Balmers, nos raptó y nos ha entregado a dos facinerosos. Sus sobrinas Silvia y Lucía Balmers.

Un día de viento, varios niños jugaban al volantín, y uno pasó rozando la ventana de las cautivas. Inmediatamente Silvia se apoderó del hilo del volantín y ató a él la misiva para su tío Jaime.

El melancólico joven del bote vió la maniobra de las prisioneras



que veía constantemente en la ventana y sintió curiosidad por leer el papel que ellas ataron al volantín.

Avartando a los niños que reclamaban el juguete, cogió el papel y lo leyó ávidamente.

Ni Silvia ni Lucía pudieron ver al joven solitario del bote y creyeron que su misiva se había perdido en el espacio.

—Paciencia, Lucy —murmuró Silvia, besando a su hermanita—. Otra vez tendremos más suerte.

Pero su voz temblaba de dolor al decir estas consoladoras palabras.

Entretanto el solitario joven del bote leía la misiva de las huérfanas y la llevaba al cuartel de policía.

—Silvia y Lucía Balmers —leyó el oficial de guardia—. Justamente hemos recibido orden de buscar a esas niñas que el señor Jaime Balmers reclama. Hoy mismo visitaré la casa de las rocas y a la vez enviaré un telegrama al señor Balmers. La distancia de Dichato a Chillán es muy corta.

Horas después sonaba el timbre eléctrico de la casa de las rocas y un oficial de policía se detenía en el umbral.

—Alberto —dijo Mireya, aterrada—. La policía...

—Huyamos con las chiquillas por el sendero del mar —aconsejó Alberto.

Pero ya la casa estaba sitiada.

El oficial volvió a golpear sin recibir respuesta.

Intentaba ya derribar el portón cuando se detuvo frente a la casa un automóvil, del cual bajó un anciano señor.

—Señor oficial —dijo el viajero—. Soy Jaime Balmers y vengo en busca de mis sobrinas secuestradas aquí.

Los carabineros derribaron la puerta y subieron al segundo piso, donde encontraron a las cautivas y al perro *Guacho*.

Alberto y Mireya se habían esfumado.

—Soy vuestro tío, hijitas —declaró el buen señor, abrazando a Silvia y a Lucía—, y he venido muy a tiempo para salvarlas. Ese joven, a quien yo había adoptado por hijo, es un bellaco, al cual he desheredado y arrojado fuera de mi casa. Salgan ustedes de su prisión y vengan a mi hogar, donde vivirán como hijas mimadas de este solitario viejo.

—Gracias, tío —murmuraron las felices huerfanitas—. Mucho hemos sufrido, pero ya tenemos nuestra recompensa.

Desde ese día Silvia y Lucía fueron muy dichosas.

F I N

INFIMO EL MOSQUITO

En el próximo número de "SIMBAD" se inicia esta magnífica serie. Es la historia de un mosquito que en la mañana de su boda no pudo recordar quién era su novia. Pero conoció a una linda hormiguita y...

¡Léala! ¡Le encantará!



Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, penetra a una comarca donde "las piedras cantan". Está decidido a descubrir el enigma. Allí reinan Gonor la morena y Galia la rubia. Ambas deben combatirlo, pero la doncella rubia se siente impulsada a proteger al forastero contra el odio de Gonor.

CAPITULO XXVI.— El corazón de la druidisa.

Ives recibió una grave herida que le mantuvo entre la vida y la muerte durante varios días. La fiebre nublaba su razón. Sus enemigas eran Galia la rubia y Gonor la morena, guardianas del dominio de las piedras.



Gonor le hirió, pero Galia decidió protegerlo. El joven, que había perdido la memoria, fué atado a un henhir de la playa. Cangrejos gigantes se acercaban a él y, de pronto, una mordedura terrible ensangrentó la pierna derecha del prisionero. Ives, a puntapiés, quebró la tenaza que le hirió y rechazó a los cangrejos más cercanos. Pero la terrible marea de crustáceos seguía subiendo hacia él. No podría defenderse por mucho tiempo.

Galia la rubia, pasó a la gruta donde se guardaba la hoz, insignia del poder de Gonor, y, mostrándola a Irka, el vagabundo, se aseguró su obediencia.



Ambos iniciaron una desenfrenada carrera hacia la playa. Saltaban de dolmen en dolmen, con una precisión y agilidad admirables, como si una misma fuerza los impulsara. Pero a Irka lo dominaba el signo de la druidisa y a Galia un amor que aún no sospechaba, pero que existía en su corazón.

En el arenal, la doncella lanzó un grito de horror, temiendo haber llegado tarde. El vagabundo, con una risa amenazante, trituro a golpes de garrote a los cangrejos más feroces. Recobrando el valor, Galia se acercó a Ives y, con su hoz de oro, cortó las ligaduras que le aprisionaban. El joven, con una piedra, ayudó a Irka en su obra de destrucción.

Cuando la batalla quedó ganada, Irka desapareció, y Galia, cogiendo el brazo de Ives, dijo con voz extrañamente solemne:



—Te salvaré, forastero, porque eres puro como el agua de las piedras.

El príncipe se pasó la mano por la frente, como si ahuyentara un mal sueño. No comprendía aún qué había sucedido, pero el dulce acento de Galia lo tranquilizaba.

Las gaviotas se abalanzaron sobre el arenal para devorar los restos de los crustáceos muertos.

Galia condujo a Ives a la gruta de la cascada y lo atendió tiernamente, curando las heridas de sus piernas. Las llagas cicatrizaron y poco a poco Ives recobró la memoria.

Evocó a Gulna, la hechicera, que había muerto cuando su cabaña se incendió; a Irka, el cazador de pájaros; a Gonor, la temida; y reconoció a Galia. Era bella. Había ternura en sus ojos y en su sonrisa. ¿No se contaminó, entonces, con la perversidad de las druidisas? Irka sugirió una vez que Galia terminaría por ser tan despiadada como Gonor.

“Es imposible —meditó Ives—. Ella es distinta.”

En las noches, al borde del lago, escuchaba a Galia, que pulsaba una lira. De súbito, el canto de las piedras rugía, acallando la música. A través de los dolmenes, de las gargantas de piedra, el sonido se extendía.

—Galia —murmuraba Ives—, tu vida en esta comarca terminó.

Te llevaré conmigo.

Pero Galia la rubia temía la venganza de su hermana Gonor.

Un día ambos jóvenes se internaron en la floresta. Caminaban bajo las ramas de los árboles, gruesas y nudosas como brazos de gigantes. Ninguno de los dos sospechó que Gonor les espiaba.

Llegaron a un valle sembrado de piedras que tenían formas de animales fabulosos y de elevadas torres.

De pronto, el sonido de las





piedras estalló, más aterrador que nunca. Buscaron refugio en una caverna. Cuando el embrujado estruendo cesó, una recia tormenta desencadenó su furia. La lluvia caía a torrentes y los rayos incendiaban la obscuridad. Los álamos y las hayas se quebraban como débiles cañas.

“Gonor nos persigue — pensó Galia, involuntariamente—. Reconozco su furia. Le temo, pero no la obedeceré si pretende que cause daño a Ives. Prefiero morir.”

Se estremecía y sus ojos se oscurecieron.

Ives, rodeando los hombros de Galia, la guió al interior de la gruta. El agua se deslizaba en numerosos riachuelos por los declives de roca. Desde ese refugio oyeron rugir la tormenta.

—Vayamos más adentro — insinuó él.

Galia también ignoraba los misterios de aquella comarca, aunque nació allí.

Era Gonor quien se ocupó siempre de esos enigmas y recibió las confidencias de la vieja druidisa Gulna. La doncella rubia se mostraba indiferente a los ritos secretos y se limitó a vivir como una sencilla criatura de la selva, de las grutas y del lago. Soñaba con otra vida distinta y, al conocer a Ives, supo que él representaba sus sueños. Le siguió sin protesta y sin temor, aunque estaba quebrantando las leyes que le impuso Gulna. Ella debía odiar a Ives, impedir que penetrara en el reino secreto. Debía traccionarlo y darle muerte si se empecinaba en su audaz propósito. Pero su corazón le daba órdenes muy distintas.

(CONTINUARA)

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal** ⌘
SIMBAD N.º 26

El pulpo tiene
tentáculos.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO DIGANOS EL NUMERO



¿Puede decirnos cuántos tentáculos tiene el pulpo?

Envíe su respuesta, adjuntando el cupón que se publica en la página anterior. Dirija su carta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos, se sortearán los siguientes premios: 2 lapiceros fuente, 3 bolsones colegiales, 10 cajas lápices de colores, 10 carpetas de

esquelas, 10 libretas para apuntes, 10 paquetes Vitalmín y 10 estuches colegiales.

SOLUCIÓN AL CONCURSO N.º 23.— Las maravillas del mundo antiguo son siete.

PREMIADOS CON UN PAR DE SOQUETES.— Hilda Aguirre, Santiago; Ernestina Rivera, Santiago; Jorge Moraga, Penco; María A. Infante, Santiago; Eliana Ulloa, Santiago; Edith Benner, Loncoche.

UN LIBRO.— César Avila, La Unión; Jorge Aravena, Talca; Patricia Villanueva, La Serena; Abel Avila, Copiapó; Alma Hoffmann, Santiago; Nelson Naour, Rancagua; Dante Corti Santiago; Osvaldo Cepeda, Talca; María Valenzuela, Santiago; Arnoldo Baeza, Molina.

UN PAQUETE VITALMIN.— Fresia Iturriaga, Santiago; Brenda Orozco, Quilpué; Eliana Martínez, Talcahuano; María López, Viña del Mar; Fernando Martínez, Temuco; María Astrid Aguirre, Santiago; Bárbara Bravo, Reñaca; Marta de Freitas, Santiago; Hernán Sarasúa, Pailahueque; Arturo Gómez, Santiago.

UNA PALETA ACUARELAS.— Sonia Kimura, Santiago; Luis Jara, Santiago; Teresa Urrutia, Santiago; Luis Solar, Santiago; Rodolfo Arancibia, La Serena; Teresa Lanas, Viña del Mar; Cristina Fernández, Santiago; Roberto Berrios, Santiago; Raúl Ide, Santiago; Leopoldo Valero, Santiago.

UN ESTUCHE COLEGIAL.— Marcos Valenzuela, Valparaíso; Lucía Bravo, Valparaíso; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; José Sepúlveda, Santiago; Domingo Larrea, Santiago; Juan de Dios Salazar, Santiago; Raúl Retamal, San Carlos; George Neumann, Santiago; Marta Silvester, La Serena; Francisco Núñez, San Felipe.

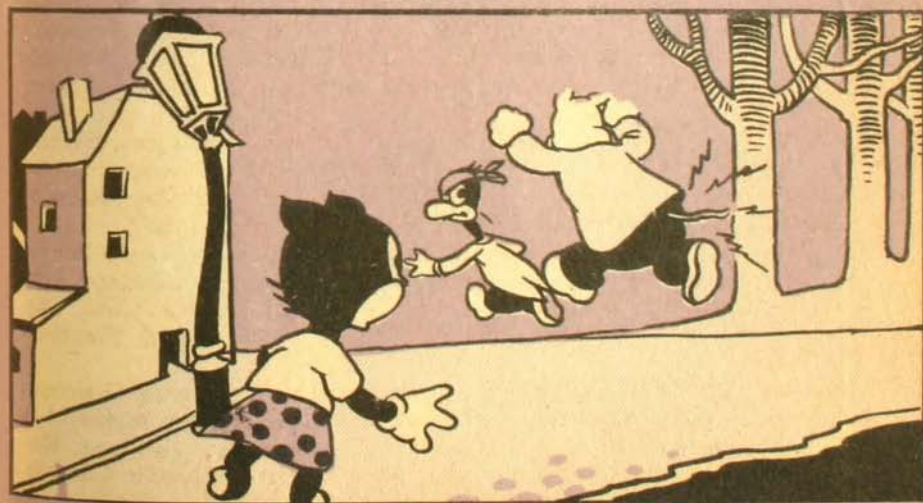
UNA LIBRETA APUNTES.— Violeta Flores, Los Lagos; Ricardo Guerrero, Santiago; Hernán Castillo, Quillota; Rubén Guarda, Los Angeles; María Muñoz, Talcahuano; Ramiro Carrasco, Santiago; Luis Corominas, Santiago; Roberto Echeverría, Santiago; Roberto Rodríguez, Santiago; Rómulo Campos, Victoria.

CON \$ 10.— Etelinda Peralta, Pailahueque; Arturo López, Valparaíso; Eduardo Barra, Quilpué; Antonio Atala, Peumo; Carmen Vargas, Valparaíso; Miguel Katow, Santiago; Felipe González, Valparaíso; Laura de la Jara, Coronel; Rafael Garrido, Rucapequén; Héctor Quinteros, Rengo.

MUCHI x POCO



3. Sucedió que don Chanchín estaba fumando encantado de la vida, sin sospechar que el pato se acercaba a ponerle una cola postiza. "Ya voy llegando", se decía Poco.



4. Y le llegó... Cuando don Chanchín sintió que lo clavaban, se puso furioso y persiguió a Poco, gruñendo: "—¡Yo te pondré cien colas, pato bandido!" Muchi dijo: "—Se acabó el juego".

Ella fué la primera



La Sargento Candelaria

Candelaria Pérez nació en Santiago en 1810, junto con la Patria Vieja.

En la guerra de la Confederación Perú-boliviana tomó parte activa. Disfrazada de marinero, informaba de las maniobras de tierra al contraalmirante Simpson, jefe de la escuadrilla chilena que bloqueaba el puerto del Callao. Denunciada, se la condenó a la horrible prisión de Casas Matas.

Cuando el ejército chileno ganó la batalla de Guías, el general Bulnes puso en

libertad a Candelaria, quien se enroló en las filas. Verdadero jefe, dirigía los asaltos y se batía como un veterano. En el combate animaba a los tímidos y cuidaba a los heridos. En el campamento cuidaba del rancho y del forraje.

El ejército chileno volvió a la patria cubierto de gloria. Su entrada en Santiago fué triunfal. La sargento Candelaria, con chaqueta de soldado y su arma al brazo, marchaba al frente de su batallón, atrayendo las miradas de todos. El pueblo no cesó de vitorearla.

El gobierno le dió el grado de alférez y una pensión de diecisiete pesos mensuales, con la cual vivió pobremente hasta su fallecimiento, que ocurrió el 28 de marzo de 1870.

Tuvo el grado militar de la famosa Monja Alférez. Pero aquélla cometió muertes y asesinatos injustificables, mientras nuestra heroína se consagró a su país.

Simbad

N.º 27

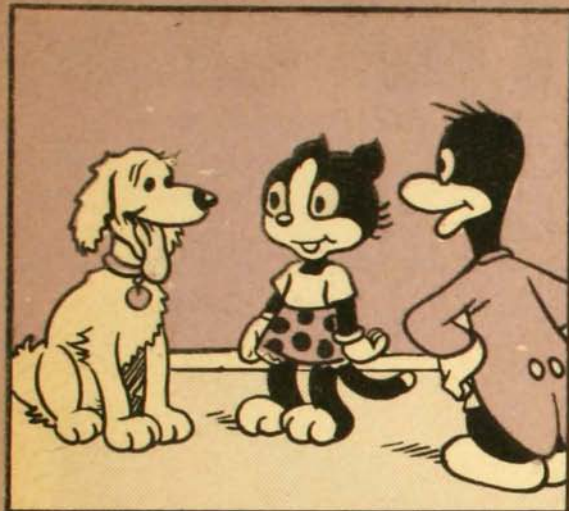
\$ 2.-

LAS CUATRO AVENTURAS
DE UN ENANITO

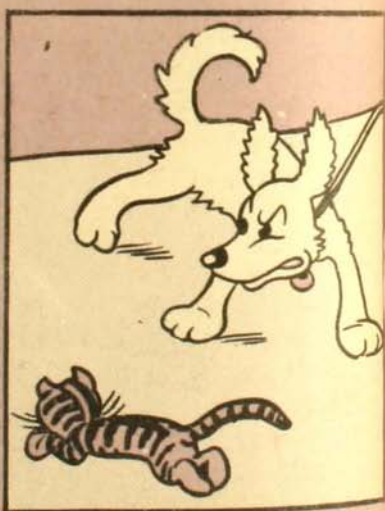
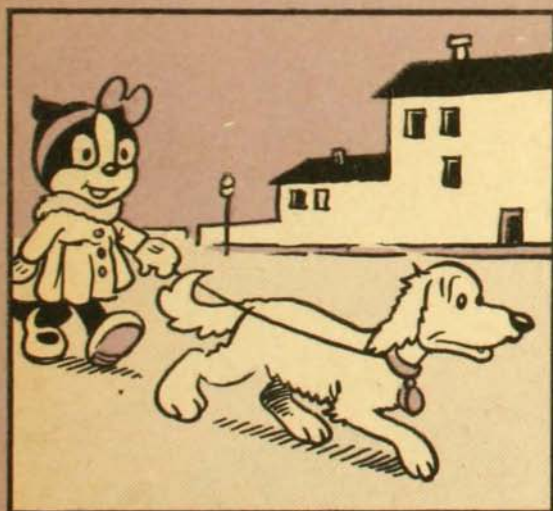


ELENA POIRIBR

MUCHI X POCO



1. Castañazo, el perro de Poco y de Muchi, se sacó el primer premio en un concurso de canes. El pato Poco decidió fotografarlo y pidió a Muchi que se pusiera Mariábonita.



2. Poco se fué primero. "—El burro adelante", dijo la pícará Muchi. Más atrás salió ella con Castañazo. De pronto, un gato pasó corriendo y el perro decidió perseguirlo.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 27

Precio: \$ 2.—

8-III-1950

PIRATA DEL MAR EGEO

CAPITULO XII Y FINAL.—Regreso y boda

Carlos Saurel, teniente de la escuadra real de Francia, estaba prisionero en Estambul. Compartía su cautiverio el fiel Gastón Lecar. Transcurrieron dos años, y perdían ya las esperanzas de recobrar la libertad, cuando apareció el alegre Rucairol, un mercader amiguo del padre de Carlos.

Cada día llegaba Rucairol a conversar con los guardias del castillo de Siete Torres y les hacía reír con sus regocijadas ocurrencias.

Luego de ser registrado, pasaba a los patios y se reunía con Carlos Saurel, a quien entregaba un trozo de sogu que llevaba a modo de cinturón alrededor de su ancha panza.

—La cuerda está del largo suficiente — anunció un día el joven teniente.



Dejaron caer la sogu, para escapar.



Una embarcación aguardaba a los fugitivos.

A medianoche la dejaron caer, atando firmemente su extremo a la ventana. Descendieron, oyendo rugir bajo ellos la resaca. Una embarcación les aguardaba y fueron izados a bordo. Ningún centinela advirtió la silenciosa fuga.

El oficial del rey creía estar soñando. ¡Al fin estaba libre para buscar a Adriana Valli, la niña siciliana, secuestrada por Taieb el pirata! Abstraído, no oía el apagado golpe del remo ni supo el tiempo que tardaron en acercarse a la fragata de Rucairol. Le arrancó de su ensimismamiento el vozarrón del comerciante:

—¡Muchacho! ¡Sube para abrazarte!

El joven se apresuró a obedecer y un instante más tarde sentíase estrujado en un abrazo titánico.

—¡A toda vela! —gritó después Rucairol—. Mientras más pronto nos alejemos del castillo de Siete Torres, tanto mejor.

Se dispusieron los aparejos, crujieron las lonas tendidas por el viento y el barco emprendió su ruta. Hizo escala en la isla de Malta. Fueron acogidos cordialmente, y uno de los caballeros de la orden, hablando con Carlos, dijo:

—Vuestro nombre me recuerda el de un capitán francés. Como yo, estuvo prisionero de los piratas berberiscos. Se llamaba Ernesto Saurel.

—¡Es mi padre! —exclamó el teniente, palideciendo—. ¿Vive aún?

—Cuando yo fuí rescatado, hace un año, en Argel, conservaba todavía la vida.

Carlos temblaba convulsivamente. El y su familia pensaban que el mercader había perecido a manos de los piratas que infestaban el mar Egeo. Suponían, por otra parte, que una tempestad hundió tal vez su navío. Estas conjeturas no eran ciertas, afortunadamente. Quizás lograra reunirse con su padre y retornarlo al hogar afligido por su presunta muerte.

Esa tarde suplicó a Rucáiol que enfilara rumbo a Francia. En su patria, equiparía un barco, a fin de intentar el rescate de Ernesto Saurel.

Durante el viaje, sólo se detuvieron una vez: en el puerto de Mesina, donde Carlos desembarcó para inquirir noticias sobre Adriana. Una débil esperanza alentaba en su corazón: tal vez la niña había regresado. Los filibusteros exigían rescate por sus prisioneros importantes y la familia Valli era rica.

El anciano señor Valli acudió a recibirle. Estaba envejecido por los padecimientos sufridos. Con voz opaca, murmuró:

—A pesar de mis desesperados esfuerzos, no he encontrado a Adriana. Ignoro si vive o ha muerto.

De sus ojos se desbordó el llanto y él ni siquiera intentó ocultarlo. Su intenso dolor vencía su orgullo de hombre.



Rucáiol abrazó a Carlos con titánica fuerza.

—Juro que la encontraré, señor —prometió Carlos, emocionado—
No descansaré hasta traeros noticias de ella.

En Tolón, el general Duchesne le llamó. Preparaba una expedición contra los piratas.

—Conozco las tragedias que han desolado vuestro hogar y...
vuestro corazón —dijo el marino—. Venid con nosotros y tal vez
halléis al capitán Saurel y a la doncella de Mesina.

Por supuesto que el joven aceptó y en los combates demostró
un valor indomable y una audacia que sembraba el desconcierto
y el pánico entre los bucaneros. Finalmente, Argel fué bombar-
deada y los incendios amenazaron dejar en ruinas la ciudad. Ate-
rrorizado, el *dey* (jefe que gobernaba la regencia de Argel) pro-
metió devolver los cientos de esclavos cristianos. Entre ellos ve-
nían Adriana y Saurel.

Dos meses más tarde, se realizaban en Mesina las bodas del ga-
llardo teniente y de la doncella siciliana.



Las bodas de Carlos y Adriana se efectuaron en Mesina.

EL PIRATA DANDY

Pasmosas aventuras de aquellos días en que los piratas infestaban los mares. Un gran señor, a quién circunstancias especiales obligan a ser pirata.

CAPITULO I.—El capitán Duval

La goleta "Primorosa" conducía hacia Jamaica a cuarenta conspiradores sentenciados a trabajos forzados en la penitenciaría de aquella isla. Esta sentencia significaba la más dolorosa esclavitud para los infelices condenados.

Dandy Duval y sus compañeros eran revolucionarios, pero no criminales. Después de una larga navegación, amontonados en las bodegas, desnutridos y sucios, habían adquirido el aspecto de porcosos piojosos.

El campeón revolucionario, Dandy Duval, no perdía, sin embargo, su buen humor y jamás desaparecía de su hermosa y viril fisonomía una sonrisa feliz.

La goleta luchaba en esos momentos contra un barco pirata; el capitán del barco, Carlos Dane, individuo cruel y cobarde, por falta de pericia y de valor, iba a ser vencido por sus asaltantes.

—¿Qué hacemos aquí encerrados como ratas? —exclamó Dandy Duval—; el barco estallará de un momento a otro y nos ahogaremos todos.

—No creo que esté en mejor posición que nosotros el viejo Dane —argulló el tuerto Matías.

Dandy lanzó una mirada de desprecio al tuerto Matías, individuo villano y traidor, y en seguida, saltando sobre una tarima, arengó a sus compañeros:

—Vamos a la lucha, amigos. . . Forcemos la puerta y lancémonos al abordaje del barco pirata.

—¡Al abordaje! —gritaron los conspiradores.

En ese instante una granada de mano destrozó la puerta de la bodega y los cuarenta presidiarios salieron como un alud hacia la cubierta de la goleta.

—Es un velero español —exclamó Dandy Duval—, y por San Andrés que no soportaré la esclavitud de los godos. La cubierta estaba llena de humo; ya varios piratas habían saltado al barco inglés.

Dandy cogió una barra de hierro y se lanzó contra un español que blandía filuda espada de acero toledano. El pirata cayó fulminado por el golpe de Duval, y éste, enarbolando la magnífica espada, arrastró a sus compañeros a lo más ardiente de la pelea. Los marineros de la "Primorosa", al divisar a los presidiarios, renovaron su vigor.

El capitán Dane gritó al improvisado jefe:

—A mí, Duval... Ayúdanos a echar de la goleta a estos rufianes y yo te recompensaré debidamente.

Dandy Duval dió un tremendo salto y abordó en el velero pirata,

La goleta fué atacada por un barco pirata.



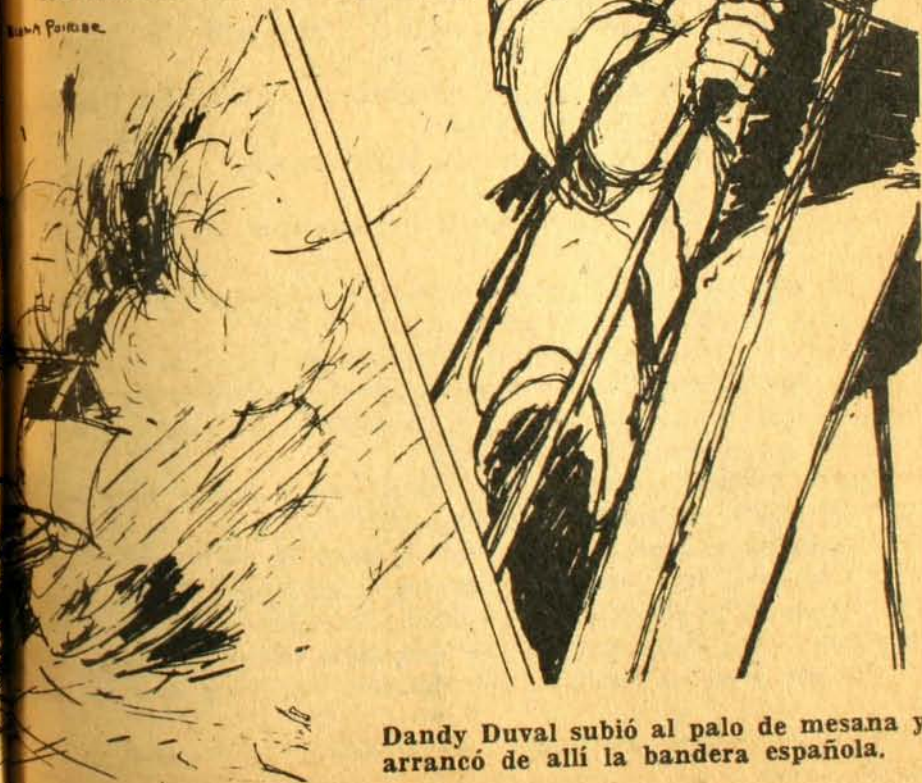
siempre seguido por sus compañeros.

En vez de entrar en abierta lucha, Duval trepó al palo de mesana y arrancó de allí la bandera española.

Los piratas que luchaban en la goleta "Primorosa", al ver arriar la bandera española, se atemorizaron y, obedeciendo a la orden de un marino, volvieron al velero.

Allí les aguardaba Duval. Con admirable prontitud, el valiente joven se había colocado tras los cañones del velero pirata y,

UNA PÁGINA



Dandy Duval subió al palo de mesana y arrancó de allí la bandera española.

haciendo girar las piezas, lanzó nutrido fuego contra la tripulación que huía de la goleta inglesa.

Un montón de cadáveres llenó la cubierta.

Desde la "Primorosa" se escucharon gritos de triunfo. Hasta el capitán Dane aplaudía el heroísmo de los presidiarios.

Entre tanto, Duval y sus compañeros continuaban exterminando a los filibusteros, hasta no dejar uno solo con vida.

Como algunos barriles de pólvora amenazaban incendiarse, Duval ordenó a su improvisada tropa que retiraran los explosivos y arrojará al mar los que amenazaban estallar.

Efectuadas las órdenes de Dandy Duval, los presidiarios se reunieron en torno suyo y le proclamaron capitán del velero capturado.

—Nuestro barco —exclamó Dandy Duval—. Desde aquí podremos ponerle condiciones al viejo capitán Dane. O nos da la libertad al llegar a Jamaica o nos independizamos.

Tres formidables hurras respondieron a la arenga de Dandy Duval.

En ese momento se oyó la voz estentórea del capitán Carlos Dane, quien gritaba a Dandy Duval:

—Prisionero... , baja un bote y ven a buscarme..

—¿Con qué objeto, mi capitán?

—Reclamo ese velero en nombre de su majestad el rey de Inglaterra.

—¿Y qué suerte correré yo y mis compañeros? —preguntó Dandy desde la barandilla del velero pirata.

—¿Cómo te atreves a interpelarme, bandido sin vergüenza? —rugió el capitán Dane—. No te corresponde exigir condiciones, pero tal vez consiga de mi Gobierno que les reduzca la pena de presidio perpetuo a diez años de galeras.

Una alegre carcajada, coreada por los treinta y nueve presidiarios, respondió a las palabras del capitán.

—Me confunde su generosidad, señor capitán Dane —respondió Dandy Duval—, pero no puedo acceder a su deseo. Usted está muy bien en su goleta y yo en mi velero. Me parece mucho más cómodo que la bodega en que nos guardaba como animales... Navegue usted en su barco y en Jamaica nos volveremos a ver...

—Te has convertido en pirata, rufián miserable —vociferó el capitán Dane.



—Estoy sentado sobre los barriles de pólvora y conmigo volará el barco.

Somos guerreros y no limpiamugres. Piratas y no mercaderes.

—A los piratas generalmente los ahorcan —insinuó Dandy Duval, con su sempiterna sonrisa—. No soy de opinión de convertirnos en piratas, Matías; sino de obtener del Gobierno inglés nuestro indulto y como recompensa la propiedad de este velero.

—No, capitán Dane —replicó Duval, alzando en alto el tricornio y la espada toledana—. Hasta la vista en Jamaica...

La goleta "Primorosa" tenía averías de consideración que le imposibilitaban por el momento la navegación, en tanto que el velero español, casi intacto, desplegaba sus velas y se alejaba con su tripulación de cuarenta presidiarios.

Como ya dijimos, estos hombres, condenados a perpetuidad, no eran vulgares criminales, sino revolucionarios políticos que el gobierno inglés enviaba a la penitenciaría de Jamaica.

Por desgracia había entre ellos algunos individuos indeseables; se destacaba como el más aleroso y traidor el tuerto Matías.

—Y ahora, muchachos —ordenó Dandy Duval a sus compañeros—, a limpiar este inmundo barco. Que todo brille como el bronce. Cada cual a lavar y asear bodegas, camarotes y cubiertas. Esos cañones están negros como humo... Después les pintaremos y dejaremos como nuevos...

—Al diablo con la limpieza —protestó el tuerto Matías—.

Pero lo primordial es llegar a Jamaica. Deseo que todos me obedezcan. Yo soy el capitán.

—¿Quién te nombró capitán? —preguntó el tuerto Matías—. Si no quieres ser pirata, vete de aquí o haz tú el oficio de limpiamugres.

—¿A quién deseas nombrar capitán del velero, Matías? —interrogó con toda calma Duval.

—A mí mismo —replicó el cínico tuerto.

—Muy bien —respondió Duval—, aquí está la rueda del manejo; ven a dirigirla.

Disimuladamente Dandy había sacado un tornillo de la rueda timonera y sin inmutarse entregó el comando a Matías.

—Puesto que eres el capitán, dirige el barco —repitió Duval, alejándose por el puente.

El tuerto Matías cogió el comando pero la rueda no giraba. El velero perdió el rumbo y se balanceaba de Este o Oeste; después comenzó a dar vueltas y vueltas como un remolino.

El tuerto llamó a Zacarías Gullet, a quien había nombrado contramaestre y le pidió ayuda, pero el improvisado marino tampoco pudo enmendar el rumbo.

—Duval —ordenó Matías—, ven a manejar el comando

—Iré si soy el capitán del velero —respondió Dandy.

El tuerto Matías cogió su carabina recortada y trepó furioso al puente; le seguían otros forajidos.

—Toma el manejo o te destapo los sesos —ordenó Matías.

—Dispara —respondió Duval—, pero junto conmigo volará el barco. Estoy sentado sobre los barriles con pólvora y dispararé mi pistola antes que tú, miserable.

Matías y sus compañeros capitularon.

—Vamos a entendernos muy bien —prosiguió Duval—, pero es necesario limpiar primero este inmundo barco. Vosotros también tenéis mala traza. Id a la cámara de los oficiales y vestíos con decencia una vez que hayáis limpiado cañones, cubiertas, bodegas y puente. . .

Momentos después los cuarenta presidiarios trabajaban ardorosamente y al terminar el día, el velero tenía un hermoso aspecto.

—Ya ven ustedes cómo todo brilla en la "Estrella del Sur" —dijo Duval a sus compañeros, mientras cenaban en la cámara de los oficiales.

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Tomasín se columpiaba, mientras Ma, Ra, Vi y Lla jugaban un partido amistoso. De pronto la ramá se quebró y los ositos gritaron: “—¡Tomasín se está columpiando para abajo!”



2. Ma, que es el “ma” vivaceta, corrió a colocar la pelota para que Tomasín cayera en blando: “—Gracias, mis ositos salvadorinos —dijo él—. Les invito a tomar helados.”

Los gladiadores

CAPITULO IV.—En el cráter del Vesubio

Setenta gladiadores, fugitivos del circo romano, formaron un ejército rebelde, que en su marcha creció, pues toda clase de prófugos se unía a él. Acampó en una isla, cerca del río Clanio. Era un terreno amplio, donde cada grupo encendió su fuego: la hoguera de las mujeres, la de los sirvientes de Fanio, la céltica, la tracia.

Un día supieron que el Pretor Clodio Glaber y tres mil legionarios marcharían contra ellos para exterminarles.

Espartaco decidió:

—Iremos al Vesubio.

Se refugiaron en el volcán, y el Pretor se encontró ante un extraño problema que nunca se había presentado en la historia de las guerras romanas. Era el décimo día del sitio. No rodeaba una ciudad, sino una montaña y ni siquiera una montaña, sino un agujero en la montaña, con un solo sendero entre las rocas para ascender al borde del cráter. Los sitiadores no podían subir. Los

sitiados no podían bajar.

El asalto era imposible. Bastaba un hombre para defender el paso. ¿Y quién se arriesgaba a batirse en duelo con un gladiador?

—Los rendir e mos por el hambre —determinó Clodio.

Veinte soldados habían muerto cuando intentaron cruzar el sendero. Otros se despeñaron al trepar por las rocas.



No sitiaban una ciudad, sino una montaña.

—Evitaremos esos sacrificios inútiles —añadió el jefe romano—. Dejemos esto al tiempo.

Calculaba que los sitiados eran quinientos o seiscientos. Poseían caballos y mulas (durante las noches se oían relinchos fantasmagóricos en el interior de la montaña).

—Cuando el hambre les acose, matarán a sus animales. Pero esto no les durará mucho. Y el agua les faltará.

Pero al séptimo día llovió y con esto los gladiadores tuvieron reserva de agua para tres días más de resistencia.

Espartaco, el tracio, meditaba. Sus hombres le observaban. Tenían confianza en él. Siempre hallaba ideas para solucionar las situaciones difíciles.

—Bajaremos por medio de cuerdas —declaró.



Descendieron silenciosamente por las cuerdas.



Cayeron sobre el dormido campamento romano.

La asombrosa noticia recorrió el campamento y los esclavos rompieron febrilmente sus vestidos para fabricar sogas.

No había centinelas por aquel lado del monte. Las rocas eran tan verticales, que ningún pie humano podía sostenerse en ellas. Pero los gladiadores bajaron, sosteniéndose de las cuerdas. Y cayeron sobre los legionarios dormidos.

(CONTINUARA)

Ponchito



MAS TARDE

¡CARAMBA, ESTE SOL
ACHICHARRA A
CUALQUIERA!



¡AHORA ME COMERÉ
UN BUEN PEDAZO
DE SANDÍA!



¡OH!



Las 4 aventuras de un enanito

Habéis de saber que había una vez un enanito que andaba con las piernas, comía con la boca y miraba con los ojos.

¿Cuándo había nacido? Nadie lo sabía, ni de dónde venía tampoco. El sólo se acordaba de haberse encontrado un día en medio de una avenida blanca, iluminada por el sol.

El enanito se dijo entonces:

—Bueno, vamos a ver el mundo.

Pero no sabía dónde ir. Entonces decidió:

—Tomaré unas piedrecitas a ojos cerrados. Si cojo una piedra negra, voy a la montaña, si levanto una piedra blanca, voy a la llanura.

Pero cogió una piedra café y entonces eligió el camino que iba al bosque.

Esta fué la primera aventura del enanito, pero lo más lindo del cuento viene después.

Había caminado mucho, pero mucho también había reposado a la sombra de los árboles. Había comido a veces bien y a veces mal; a ratos estaba alegre, otros preocupado, y algunas veces se sentía lleno de melancolía y tristeza.

Esto era divertido en un enanito que no sabía cuándo había nacido ni de dónde venía. Pero el bosque era grande y se encontraban tantas cosas, que llegaba uno a sentirse atacado de nostalgia.

Un día el enanito dijo:

—Tengo que buscarme algún empleo. Mañana se me ocurre casarme y no tengo un céntimo partido por la mitad.

Y dicho y hecho. Salió en busca de empleo.

Se dirigió donde una ratona que se ocupaba en el comercio menudo para vivir. Tenía una especie de agencia. El enanito le expuso su caso.

—¡Hum, hum! Estamos en tiempo difícil con tanto cesante. Sin embargo, conozco una vieja urraca de gran familia que busca un administrador, pues ha quedado viuda.

—Bien, allí voy —dijo el enanito.

—Pero, ¿sabrás lo que tienes que hacer?

—No he hecho otra cosa en la vida que administrar.

—Entonces, mañana ven temprano para que te acompañe allá. Hay que ser puntual.

—No lo dudes...

Y el enanito partió feliz y contento.

Pensar que iba a ser administrador de una urraca rica y noble, y capaz de que le llamaran hasta señor conde...

El enanito no pudo guardar el secreto y fué a contarle a una rana del estanque, que se alegró mucho. Y al topo, que no se dignó felicitarlo. "Envidia", pensó el enanito. Después de hablar con la rana y el topo emprendió el camino de regreso.

La noche estaba serena, la luna brillaba y el enanito entonaba un canto. Pensaba que su traje estaba ya viejo y le convenía hacerse uno de brocado amarillo o de damasco solferino, cuando de repente se dió cuenta de que había extraviado el camino. Esos árboles no los había visto nunca, y cerca se sentía el ruido de una cascada desconocida para él.

El enanito se detuvo, pero sólo se veía la luna y no se oía otra cosa que el canto de los grillos.

Anduvo, anduvo, y la aurora lo encontró casi muerto de cansancio. Se sentó sobre una piedra. Tenía el traje empapado por el rocío, los pies helados y estaba muy melancólico.

El sol salió a calentarlo y los pájaros comenzaron a cantar para alegrarlo; pero no se le pasaba la tristeza, pensando en que a esa hora debería haber ido donde la urraca que lo esperaba y, sin duda, le tenía preparada una gran comida y un traje de terciopelo.



—¡Hum, hum! Estamos en tiempos difíciles —dijo la ratona.

Con este pensamiento, el pobre enanito no pudo menos que ponerse a sollozar amargamente.

Estaba llorando así, cuando sintió que lo llamaban.

—¡Oh, oh!... —exclamó.

Levantó la cabeza y vió otro enano tan pequeño como él, con larga barba blanca, que llevaba un gorro rojo y un traje chocolate. Este enano parecía bueno y le preguntó:

—¿Por qué lloras?

—¿Quién eres?

—Soy el Conde Enanito, Procurador General de Su Alteza la Princesa Urraca.

—Serás... —dijo el enano—. Pero eres el vivo retrato de Ticó, hijo del enano Choco. El viento se lo llevó cuando era pequeño.

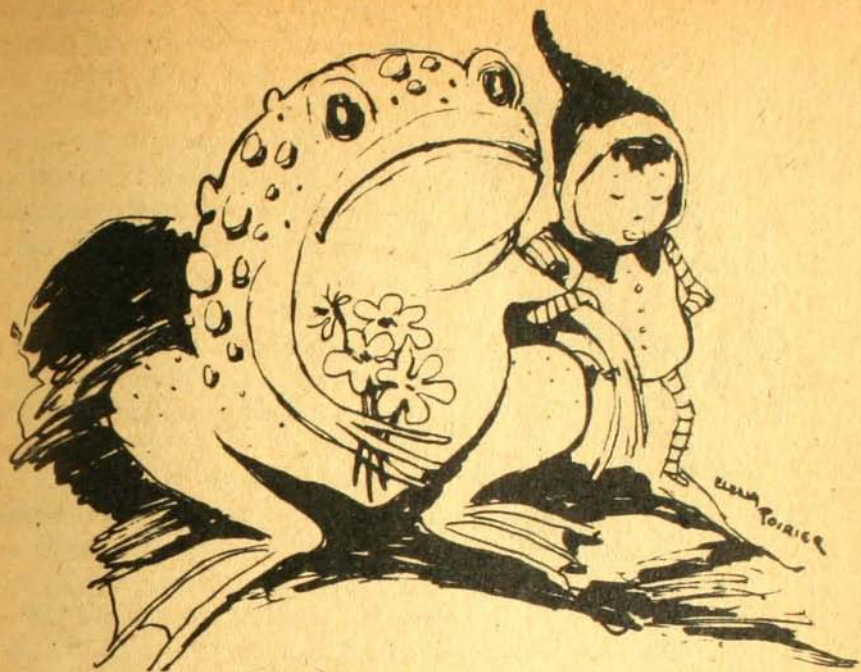
—¿Quién era el enano Choco?

—El enano Choco murió —suspiró el viejo—. Era un hombre honrado, barredor de profesión.

El enanito se puso rojo de cólera.



—¿Por qué lloras? —preguntó el enano viejo.



¡Boda más divertida que la de una rana vieja y un enanito joven!

—¡Yo soy de sangre noble, pariente cercano de Su Alteza la Urraca, que es la señora más rica del bosque!

Y se marchó furioso.

Aquella noche se acomodó bajo una encina para dormir. Pero venían a su mente los recuerdos del pasado, y sin saber por qué sentía una voz que lo llamaba: “¡Ticó! ¡Ticó!”

Y una sombra pasaba ante él con una escoba en la mano.

Esta fué la segunda aventura del enanito, más fea y triste que la primera.

Nuestro amigo comenzó su vida errante. Fué a la llanura y vió las casas de los hombres, fué al monte y vió dónde nacían los ríos. Conoció un rruiseñor, una familia de lagartos y a un tordo enfermo de gota. A todos se presentaba como el Conde Enanito, Procurador General de Su Alteza la Princesa Urraca. Y por eso todos le rendían honores.

También hizo amistad con una vieja rana, que tenía su casa frente al pantano y pasaba por muy rica, pero era avara y tenía mal carácter.

La vieja rana comenzó a pensar que sería bueno ser pariente de



Terminó trabajando de barredor en un convento de hormi-

Esta fué la tercera aventura del enanito, la más fea de todas. La noticia corría por el bosque, y todos los pájaros lo señalaban riéndose.

El enanito salió de nuevo a rodar tierras, pero envejecía y no podía seguir esa vida vagabunda.

Tenía que alojarse en alguna parte. ¿Sabéis qué oficio encontró? ¡De barredor, en un convento de hormigas!

Allí le dieron casa, comida, y una escoba nueva.

Cuando la Madre Superiora le preguntó su nombre, se puso rojo de confusión, pero contestó, humildemente:

—Enanito Ticó, hijo del enano Choco, barredor de profesión, y hombre honrado.

Y ésta fué la cuarta aventura del enanito y la más bella de todas. Pues cuando se descende del enano Choco, barredor de profesión y hombre honrado, es inútil buscar a las urracas de sangre principesca, porque están muy alto, ni buscar a las ranas viejas, porque están muy bajo.

Mejor es permanecer enanito Ticó, hombre honrado y barredor de profesión. Allí se encuentra la felicidad...

la rica Urraca, y el enanito se decía que no sería malo ser dueño del oro que, según decían, había en la casa del pantano. Y así se arregló el matrimonio. ¡Boda más divertida que la de una rana vieja con un enanito joven! Y con razón estuvieron de acuerdo en que la boda fuera privada, ya que ésta fué la última cosa en que estuvieron de acuerdo, pues luego empezaron las discusiones.

Cuando la rana supo que la Urraca no existía, y el conde menos, en fin, que todo era mentira, fué tal su enojo, que se desmayó en la puerta de esa casa donde, a pesar de su avaricia, no había podido reunir oro.

CHISTES DE DON OTTO

—Miga, Otto —dice Fritz—, cuando yo como queso, no puedo dogmig.
—Y yo, cuando duegmo..., no puedo comeq queso.

Llega Don Otto a una ciudad en el mismo instante en que se produce un violento terremoto. Presa de pánico, la población abandona sus hogares y corre enloquecida a la calle.

Don Otto, que entiende poco el castellano, comienza a temblar asustado, sin saber qué hacer, y al oír a una señora que grita "¡Misericordia! ¡Misericordia!", echa a correr también, gritando a toda boca:

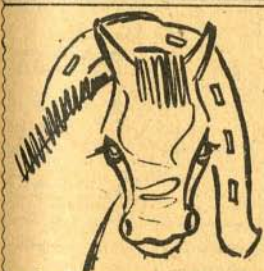
—¡Mi seg alemán! ¡Mi seg alemán!

El moscardón



Enfundado en
[su levita,
con algo de se-
[nador,
se va el señor de visita
a casa de doña Flor.

Alfredo R. Bufano.



EL CABALLO "INCIATUS"

Calígula, emperador romano que reinó en los años 37 al 41 de nuestra era, tenía un caballo llamado "Inciatus", al que guardaba toda clase de consideraciones. Le hizo construir una caballeriza de mármol con pesabres de marfil. Las mantas que se le colocaban eran de púrpura. Tenía muchos esclavos para atenderlo. Cuando el caballo dormía, todo el vecindario debía guardar silencio para no turbar su sueño.

ASOMBRESE

Cuando Vercingetorix, el héroe francés, fué proclamado jefe supremo de los pueblos galos confederados, en el año 52 A. C., no había cumplido aún los 20 años.

El aviador francés Bleriot, el primero que cruzó en avión el Canal de la Mancha, es el aeronauta que sufrió más accidentes. Estos sumaron alrededor de cincuenta.

Chelita

Por MORIS





CAPITULO I.—*Blanquita,
la hormiga negra*

En una fría mañana de primavera, Infimo, el mosquito, despertó bostezando.

“Este rayo de sol me recuerda

algo —se dijo—. Ya sé... Ayer me despedí de mis treinta hermanos porque iba a casarme. Cuánto bailamos al son de la música que yo había compuesto... Porque yo soy músico y poeta. ¿Pero con quién me voy a casar? No recuerdo ni el nombre de mi novia...”

Infimo se puso a llorar, pero poco duró su pena, pues se lanzó por el aire y fué a posarse sobre un rosal florido.

De súbito divisó una tela de araña.

—Vieja bruja —gritó al insecto que tejía su fina malla—. ¿Crees que voy a caer en tus redes? Malvada hechicera, fea, vieja.

Era tal su furia contra la peluda araña que cayó de la rama y quedó aturdido en el suelo.

Recobró los sentidos al sentirse movido de un lado a otro con vigor excepcional.

—¿Qué ocurre? —murmuró Infimo.

Un grito de miedo le respondió.

—Excúseme —dijo una voz temblorosa—. Yo lo creía muerto.

—¿Y si lo estuviera? —preguntó el aturdido Infimo.

Con sorpresa vió a su lado a una linda hormiga negra, quien le respondió así:

—Si hubiera estado muerto me lo habría llevado para ponerlo en conserva.

—Muy amable de su parte —exclamó, con sorna, el mosquito—
Permítame que me presente: soy Infimo, el mosquito.

—Y yo Blanquita, la hormiga negra.

“¡Qué linda, qué fina, qué encantadora!”, pensó Infimo.

—Me despido —agregó Blanquita—, porque tengo que llevar
una brizna de paja, una hoja o un cadáver de insecto...

—¿Y si no lo encuentra matará alguno? —inquirió Infimo.

—No, no —protestó Blanquita—, no soy criminal, pero tengo que
llevar algo para el almacén.

—¿Quiere que yo le ayude? —preguntó el galante Infimo.

—Por favor —asintió la coqueta Blanquita.

El mosquito emprendió el vuelo y poco después gritó:

—Aquí, Blanquita; he descubierto algo maravilloso.

La hormiga negra se deslizó presurosa.

—¿Dónde está ese objeto, Infimo?

—Aquí a tus pies. ¿No ves esa cosita redonda y luminosa? —
exclamó el mosquito.

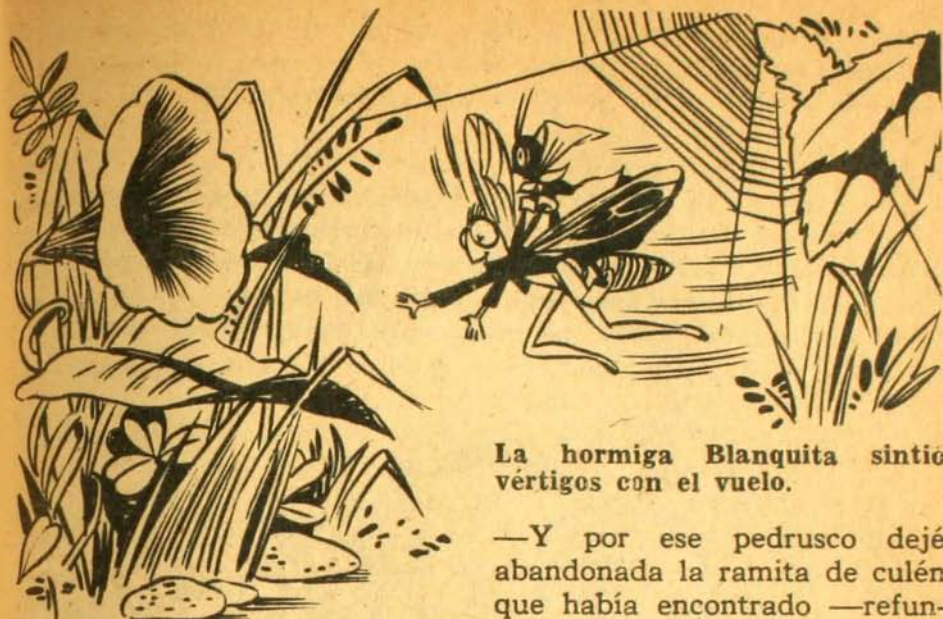
—Es un pedrusco. Eso no sirve para nada —declaró Blanquita,
visiblemente descontenta.

—Yo lo encontré tan bonito...

Brillaba al sol con múltiples
colores y su forma redonda...



—Permítame que me presente: soy Infimo, el mosquito.



La hormiga Blanquita sintió vértigos con el vuelo.

—Y por ese pedrusco dejé abandonada la ramita de culén que había encontrado —refunfuñó la hormiga—. Tanto tiempo perdido.

—Blanquita, mi querida amiga —dijo el conciliador Infimo—, voy a llevarte sobre mis alas y podrás encontrar muchas ramitas y acaso cadáveres de insectos en la copa de los árboles.

—Bien —respondió la hormiga negra—, pero apresurémonos, Infimo, porque desde que te conocí hace cinco minutos no he trabajado.

—¿Trabajar? —inquirió Infimo—. ¿Qué es eso?

Blanquita, preocupada con el esfuerzo que hacía para subir a la espalda de Infimo, no respondió.

—Atención a la bruja —gritó el mosquito al pasar frente a la araña que tejía su red—. Es una fiera salvaje esa vieja bruja. Al lanzarse en el espacio con su carga, Infimo pasó rozando las telas de la araña, y Blanquita gritó despavorida.

—Infimo, me siento mal —balbuceó la temblorosa hormiga. El mosquito depositó a la atribulada hormiga en el suelo completamente desmayada...

—Las mujeres, las mujeres —murmuró Infimo—, por todo se asustan.

En seguida voló hasta el cáliz de una flor, recogió de allí una gota de rocío y la dejó caer sobre la cabecita negra de la hormiga.

—¿Ahora piensa ahogarme? —gimió Blanquita.

—Perdóname otra vez, Blanquita —suplicó el seductor Infimo—. Yo no he tenido culpa alguna.

—Te perdono, pero tengo que buscar algo para llevar al hormiguero.

—¿Qué es un hormiguero?

—Es el dominio de las hormigas, donde tenemos nuestras viviendas y nuestros graneros. ¿Lo ignorabas tú, Infimo?

—Sin duda —expresó el mosquito—. Nosotros vivimos en cualquier parte; nada almacenamos y Dios nos asiste.

—Allí divisó una ramita de culén muy conveniente —exclamó Blanquita.



—Ya no tengo fuerzas —gimió Infimo, bañado en sudor.

—Espera, yo te ayudaré a cargarla —ofreció Infimo.

La hormiga negra, de blanco delantal y pañolín en la cabeza, tenía una fuerza enorme para cargar tanto peso.

—No camines tan ligero, por favor —decía el mosquito, secándose el sudor de la frente—. Descansemos un momento y explícame lo qué es un hormiguero.

—Te lo explicaré mañana. Adiós... Ya es la hora de entrar a casa.

Pero Infimo ya se había enamorado de Blanquita y volvió a coger la punta de la rama para aliviarla del peso.

“Sin duda Blanquita no es la novia que yo tenía y con la cual debía casarme —reflexionaba Infimo—, pero me gusta esta hormigueta. Su belleza es ideal; negrita como un azabache. Lo único que no me agrada es su afán de trabajar, pero en mi compañía perderá esa mala costumbre porque yo la haré a un eterno ocio.”

Ya estaba otra vez Infimo agotado y sudoroso.

—Blanquita —suplicó, con voz extinta—, detente un instante.

—¿Qué te ocurre? —preguntó la hormiga, fastidiada.

—Que ya no tengo fuerzas. . .

Blanquita disimuló una sonrisa de piedad al ver al pobre Infimo bañado en sudor.

“Qué importa perder un minuto —reflexionó la coqueta Blanquita—. Me agrada este mosquito haragán y poeta.”

—Explicame lo que es un hormiguero —suplicó Infimo—. ¿Viven muchas hormigas juntas o se dividen en familias?

—Somos trescientas cincuenta —explicó Blanquita—, de las cuales trescientas son negras y cincuenta rojas, más grandes y gordas.

—¿Hormigas rojas? —preguntó Infimo—. Han de ser horribles. Seguramente que esas hormigas devoran a los mosquitos. ¿Y qué hacen ustedes en ese hormiguero?

—Las hormigas negras nos ocupamos de los menesteres domésticos, de los niños y de las provisiones —dijo Blanquita—. Bueno ya hemos conversado mucho. Adiós, Infimo.

—No me abandones, Blanquita —insistió Infimo—. Tengo tantas cosas que decirte.

—Y yo tengo que cargar con mi ramita de culén —declaró la hacendosa hormiga, colocando sobre su dorso el diminuto palo. Blanquita avanzaba hacia el dominio de las hormigas y el mosquito no podía seguirla. Su corazón se destrozaba de pena.

—Qué necesidad de trabajar —murmuraba Infimo, siguiendo con la vista el ligero paso de la hormiga—. La perdí de vista. . .

Entonces, reuniendo todo su coraje, voló a ras del suelo.

De un salto estorbó el paso de Blanquita, quien soltó fastidiada la ramita de culén.

—Déjame pasar —ordenó la altiva hormiga.

—Espera, Blanquita —suplicó Infimo—. Tengo que decirte algo muy importante. *Yo quiero también trabajar.*

(CONTINUARA)

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, penetra a una comarca donde "las piedras cantan". Está decidido a descubrir el enigma. Allí reinan Gonor, la morena, y Galia, la rubia. Ambas deben combatirlo, pero la doncella rubia se siente impulsada a proteger al forastero contra el odio de Gonor.

CAPITULO XXVII.—El último canto de las piedras

Galia, la rubia, seguía a Ives por una gruta profunda. Por él había desafiado la cólera de su hermana Gonor, madre de las piedras desde que Gulna murió.

En ese reino, donde las rocás vibraban con un canto aterrador, existía un misterio que el príncipe ansiaba descubrir.

Sin temer a los peligros, el joven caminaba hacia el lugar donde creía hallar la revelación definitiva. Galia, la rubia, marchaba con él. Era también druidisa (sacerdotisa), pero renunciaba a todo

por el doncel que había llegado audazmente a la comarca donde nadie antes penetró.

Avanzaron por la gruta y escalaron la roca, hiriéndose los pies con las filudas aristas. Una tenue claridad fulgió suavemente en las tinieblas.

No tardaron en llegar ante un foso natural. Asomándose a él, Ives halló la solución del misterio: un viejo imprimía movimiento a una roca y esta oscilación se transmitía a las demás piedras, dispuestas de manera especial, de modo que el eco iba en



Entonces Ives comprendió por qué "las piedras cantaban".



El joven se desprendió de su puñal.

aumento, hasta formar el
hórrido canto de las pie-
dras.

—Es imposible bajar por
aquí —susurró Ives—. Re-
gredemos al bosque.

La tempestad había cesa-
do. Abriéndose camino en-
tre los helechos húmedos
por la lluvia, el joven des-
cubrió una abertura sobre
gran caverna. Una soga
atada a un árbol servía
para bajar e izar un ca-
nasto de mimbre.

—Gonor debe usarlo para
dar alimentos al anciano
—murmuró Galia.

Instantes más tarde, el
cesto bajaba lentamente.
El viejo observaba su des-
censo con ojos ansiosos.
Pero en el canasto no ve-



—¡Galia! —llamó, luego de atar al
viejo de la caverna.



—¡Si das un paso, mis lobos te destrozarán!

dós años. Pero Ives, aunque no tenía un potencia tan avasalladora, poseía agilidad. Supo esquivar los golpes demoledores y atacaba en cuanto su adversario abría su guardia.

El ermitaño, comprendiendo que aquella lucha terminaría por cansarlo, se inclinó, a fin de recuperar su lanza. Ives, rápidamente, se inclinó para recoger un puñado de arena y con ella engegució al viejo. Sin pérdida de tiempo, lo maniató. En seguida llamó:

—¡Galia!

Ignoraba que la rubia doncella no estaba ya al borde del foso. En su sitio hallábase Gonor la morena, cuyos ojos resplandecían siniestramente. A un mandato suyo, dos lobos empezaron a tirar la soga para subir el canasto.

Asombrado porque Galia no aguardaba su indicación, Ives alzó la mirada. Entonces su corazón cesó de latir. El maligno rostro de Gonor se inclinaba sobre él.

—Galia está en mi poder —declaró la druidisa—. Entrégame al ermitaño y ella no sufrirá.

nían provisiones, sino un joven caballero que saltó ágilmente al suelo. Estremecido de furor, el ermitaño disparó su lanza, que Ives eludió, haciendo una leve torsión del cuerpo, sin mover los pies ni un centímetro. Con absoluta calma, se desprendió de su puñal y dijo:

—No pretendo causarte daño. Si insistes en combatieme, te espero, sin armas. Ciego de cólera, el viejo se abalanzó contra Ives. Al rodearlo con sus brazos, el príncipe advirtió la dureza de su musculatura. Un hombre que era capaz de mover piedras gigantes, vencería sin esfuerzo a un doncel de veinti-



En la gruta de la cascada, Galia recobró la conciencia.

retrocedió. Con gesto rápido soltó la soga para que sus lobos quedaran libres. El canasto volvió a caer a la caverna, mientras la druidisa continuaba retrocediendo.

—Si das un paso, mis lobos te destrozarán —amenazó. Ives sonrió fríamente. El sabía cómo domar a las fieras. En ese momento, un lejano ruido de cabalgata lo distrajo. Gonor, frenética, se precipitó hacia el bosque. Ives no la persiguió, porque debía buscar a Galia. No tardó en verla. Yacía inconsciente y temió que... Desechó el sombrío pensamiento al comprobar que respiraba. Alzándola en sus brazos, la condujo hasta el lago, en cuya ribera había una canoa. Al remar, contemplaba a Galia, cuya espléndida cabellera rubia dejaba una estela de oro en el agua.

Llegaron a la gruta de la cascada. Allí, Galia recobró el conocimiento. Cuando Ives le refirió los recientes sucesos, dijo: —Cada siete años, cuando las piedras hacen estallar su canto más atronador, vienen todos los caballeros de los contornos y traen su tributo a la druidisa. Ninguno se resiste, porque los domina la superstición y el miedo.

(CONTINUARA)

Ives no podía negarse. Esperó que el canasto bajara de nuevo y colocó en su interior el cuerpo del viejo. Los lobos avanzaron, mientras Gonor reía, gritando:

—¡No verás más a Galia, maldito forastero!

Pero de pronto, la risa murió en sus labios. Ives no había confiado en ella y, cuando el canasto se elevaba, se cogió de él por debajo.

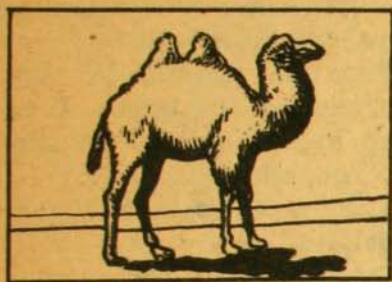
Gonor le vió surgir y, ante su mirada implacable, re-

**SCUPON DEL
CONCURSO
Semanal** &
SIMBAD N.º 27

El camello tiene
estómagos.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos estómagos tiene el camello?

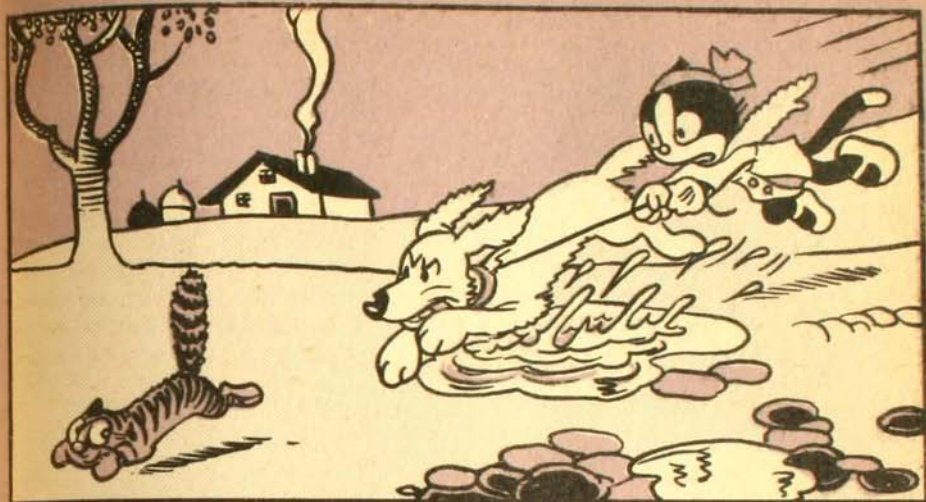
Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 libros de cuentos infantiles, 10 paquetes de Vitalmín, 10 paletas de acuarelas, 10 cajas de lápices de colores, 10 libretas de apuntes, 10 carpetas esquelas.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 24

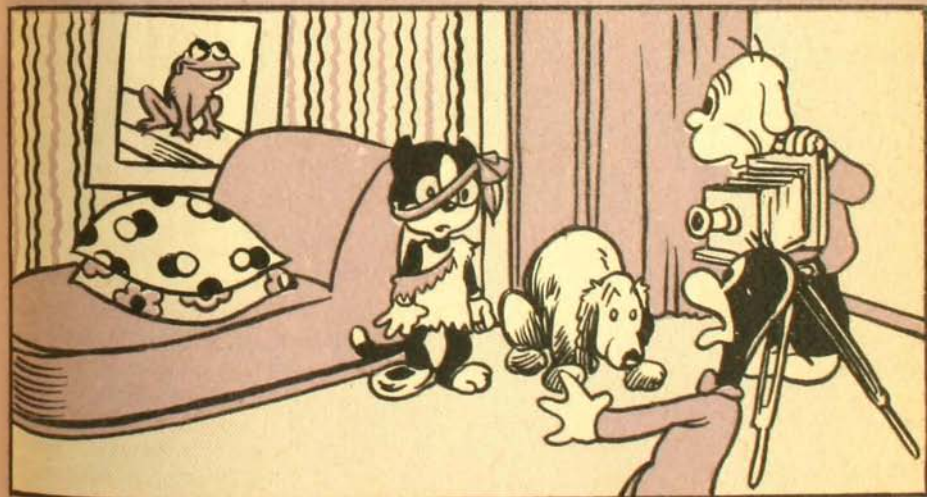
El hombre tiene 32 dientes.

PREMIADOS CON UN PAQUETE DE VITALMIN: María Verónica Vial, Quintero; Silvia Ríos, Temuco; Beatriz Solís, Renca; Luis Ebensperguer, Santiago; Enzo Jorquera, Santiago; Alfredo Vergara, Quillota; Emperatriz Montoya, Santiago; Sergio Tapia, Santiago; Angela Caselli, Santiago; Celinda Pizarro, Santiago. **UN LIBRO:** Clara Surac, Santiago; Juan Tupper, Santiago; Francisco Guerra, Angol; Elsa Arriagada, Purén; Marta Sáez, Los Angeles; Marcia Martínez, Temuco; Reinaldo Quilodrán, Curacautín; Inés Reyes, Mallea; Ana Aurora, Angol; Olga Velásquez, La Unión. **CON \$ 10:** Francisco Paredes, Angol; Carlos Lizana, Linares; Mario Gangas, Santiago; Tomasa Maldonado, Temuco; Norma Franchino, Quillota; Ester Sánchez, Cauquenes; Víctor Hugo Mauri, Lota; Odette Turconi, Purrانque; Carmen Carrasco, Temuco; Silvia Mege, Santiago; Gastón Echaiz, Santiago; Juan Muñoz, Valdivia; Luis Cabezas, Santiago; José Infante, Santiago; Gertrudis Fuentes, Río Negro; Ana María Moraga, Santiago; Raúl Figueroa, Concepción; Raúl Rojas, Santiago; Enrique Quezada, Santiago; Raúl Arlegui, Chillán. **UN JUEGO DE ESCOBILLAS:** Carlos González, San Antonio; Alfonso García, Concepción; María Luisa Pérez, Santiago; Silvia Higuera, Laja; Mario Bello, Santiago. **UNA LIBRETA DE APUNTES:** Silvia Margot Sepúlveda, Santiago; Mirta Ayarza, Santiago; Patricia Baquedano, Santiago; Adriana Tapia, Valparaíso; María Munita, Santiago; Doris Yáñez, Santiago; Edith Nangari, Santiago; Miguel A. Solís, Renca; Nelson Sanhueza, Santiago; Marina Gutiérrez, Santiago. **UNA CHAUCHERA:** Lino Santander, Santiago; Inés Herl, Santiago; Silvia Olate, Santiago; Carmen Hermosilla, Santiago; Sonia Carrasco, Santiago.

MUCHI x POCO



3. En vano Muchi gritaba: "—¡No, Castañazo!" El perro se lanzó detrás del cucho para darle unos cuantos mordiscos. El gato huía, pativolando, a fin de salvar sus siete pellejos.



4. La persecución terminó en un charco del camino. Cuando Muchi y el premiado se presentaron en casa del fotógrafo, no se veían bonitos, ni limpios, ni elegantes.

Él fue el primero



*Camilo Henríquez, primer
Periodista de Chile*

Camilo Henríquez fué el cerebro de la libertad en los albores de nuestra Independencia.

Nació en Valdivia en 1769 y a la edad de veintún años profesó como fraile de la Buena Muerte.

En 1811 hizo circular proclamas con el pseudónimo de *Quirino Lemachez*, incitando al pueblo a sublevarse contra la dominación española. Publicó "La Aurora de Chile", primer periódico nacional.

"Si sois capaces de sentimientos heroicos, de altos intentos y de virtudes su-

blimes, es para que conservéis vuestra dignidad. Nada de esto se necesita para ser esclavos." Así escribía Fray Camilo Henríquez.

En prosa y en verso atacaba el régimen colonial. Pidió hasta ser escuchado la apertura del Instituto Nacional, sosteniendo con fogosa elocuencia que la instrucción debía estar al alcance de todos. Publicó un *Catecismo de los Patriotas* y redactaba el *Semanario Republicano*.

Estas actividades le señalan como el primer hombre de prensa de Chile, y el espíritu libertador de su pluma le destaca entre los padres de la patria.

Simbad

POSADA



N.º 28



\$ 2.-

GIL BLÁS DE SANTILLANA

MUCHI X POCO



1. "—Dame platita sonante y gastante para ir al teatro", pidió Muchi. "—¿Estás enferma de la azotea? —protestó el pato Poco—. No tengo dinero, pero te prestaré mis patines."



2. Muchi aceptó, y en menos que canta un gallináceo, había desaparecido. "—Ahora me dejaré tranquilino —dijo Poco, sentándose a leer—. No hay como la paz y no hay... ¡ay, ay, ay!"

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 28

Precio: \$ 2.—

15-III-1950



GIL BLAS de SANTILLANA

CAPITULO I.—*Comienzan las aventuras.*

Gil Blas era hijo de un soldado y de una humilde paisana de Asturias. Hubiera crecido sin más educación que la acémila montada por su padre, pero su tío, el canónigo Pérez, observando que era despierto, le proporcionó un buen profesor. En pocos años, Gil Blas podía leer griego y latín y conocía los laberintos de la lógica. En la ciudad adquirió fama de sabio.

Un día su tío le dijo:



—Has cumplido diecisiete años y eres un mozo despabilado.



Cabalgaba orgullosamente hacia la villa de Salamanca.

Orgullosa de su fortuna, sacaba cada cierto tiempo los ducados, a fin de contarlos y volverlos a contar. La mula, con la brida suelta, caminaba según le parecía. De pronto se detuvo y el muchacho vió en la senda un sombrero vuelto hacia arriba. Contenia un rosario de gruesas cuentas.

—¡Joven caballero, una limosnita para este pobre soldado lisiado! —imploró una voz quejumbrosa.

Gil Blas descubrió, emboscado detrás de unos arbustos, a un mendigo que lo amenazaba con un arcabuz. ¿Quién podía negar una limosna al pobrecito? Lanzó al sombrero algunos reales y espoleó a la mula para que si-

—Has cumplido diecisiete años y eres un mozo despabilado. Es hora de que te vayas a la universidad de Salamanca donde puedes obtener una colocación. Para el viaje te daré cuarenta ducados y te regalaré mi mula que bien valdrá sus diez o doce doblones cuando la vendas. Fué así cómo un día Gil Blas se encontró cabalgando hacia la villa de Salamanca.



—¡Una limosnita para este pobre lisiado!



El mesonero colmó de atenciones al incauto Gil Blas.

guiera cabalgando. Esta reanudó su lerdo paso. Gil Blas no conseguía hacerla trotar. Por suerte el pordiosero no le exigió más. El viajero llegó a Peñafior. En el mesón fué atendido por el mesonero Corcuelo, quien a fuerza de sonrisas obsequiosas y serviles reverencias, impresionó tanto a Gil Blas, que pudo soncacarle cuanto quería saber.

—¿Casi fuisteis asaltado? —gritó, con grandes aspavientos.

—Así es y no quiero seguir viajando solo. Venderé la mula y me marcharé tras un arriero, hasta Salamanca —declaró Gil Blas.

—Yo os presentaré a un chalán que se interesará por el animal —dijo Corcuelo.

Vino el tratante de caballos y halló tantos defectos a la mula, que Gil Blas se sintió avergonzado de ella y recibió casi agradecido los tres ducados que el bellaco le dió. Cuando guardó las monedas en su bolso, el mesonero le espiaba. Descubriendo que a aquel huésped había mucho que robarle todavía, le presentó a un caballero que tenía un tremendo espadón, un chafarote más bien. El desconocido, inclinándose para saludarlo, pronunció:

—¿Es verdad que sois el señor Gil Blas de Santillana, honra de Oviedo y antorcha de la Filosofía? ¿El joven sabio que asombra a los hombres de ciencia? ¡Ah, vosotros! —añadió, dirigiéndose a los demás parroquianos del mesón—. ¿Ignoráis quién está aquí? ¡La octava maravilla del mundo, Gil Blas de Santillana!

El estudiante asturiano enmudeció de estupor. Luego la vanidad se le subió a la cabeza. El caballero del espadón lo siguió adu-



—No seáis el hazmerreír de ellos.

Por fin su invitado cesó de comer. Ahito, reposó un momento contra el respaldo de la silla.

El joven Santillana suspiró con alivio. Pero otra clase de inquietud comenzó a rondar su ánimo. La expresión de su glorificador cambiaba. Ya no había embeleso en su rostro, sino ironía; sus labios no pronunciaban elogios y sonreían burlones; sus ojos no se desorbitaban de admiración y ahora veíanse entrecerrados.

Observó también que los demás parroquianos le miraban y que parecían esperar algún regocijado acontecimiento.

Por fin el caballero del gran chafarote y del gran apetito habló: —¡Ah, señor Gil Blas! Habéis sido muy gentil y es justo que os retribuya vuestra amabilidad. Os daré un consejo que no os conviene olvidar: desconfiad de los aduladores. Guardaos de los falsos elogios. Corréis peligro de encontrar otros que, como yo, quieran divertirse a vuestra costa. No seáis el hazmerreír de ellos y, por favor, nunca penséis que sois la octava maravilla del mundo. ¡Ja, ja, ja!

Y riendo estrepitosamente, el hombre abandonó el mesón.

(CONTINUARA)

lando, hasta que Gil Blas pensó que debía invitarle a cenar. Era lo menos que podía hacer por su admirador. Este aceptó y, entre alabanza y alabanza, engulló tres tortillas, una rica trucha, una garrafa de vino y otras cosillas.

La cena resultó cara, pero el gorrón la pagaba con loas y elogios que resonaban como trompetazos de gloria entre las cuatro paredes. A veces Corcuello sonreía ladinamente, sin cesar de traer platos a la mesa.

Gil Blas empezaba a sentir una gran desazón. ¿Cuánto le costaría aquello?

EL PIRATA BANDY

CAPITULO II.—Dandy vence al gobernador de Jamaica.

Una completa calma dominó en el velero "Estrella del Sur" durante tres días de feliz navegación.

Una mañana el tuerto Matías, que servía de vigía, anunció la presencia de un navío en lontananza.

—¿Qué bandera lleva? —preguntó el capitán Duval.

—Española —respondió Matías.

—Los piratas hacen flamear cualquier bandera —insinuó Duval—, ya ves tú cómo la bandera de nuestro velero "Estrella del Sur" engañó al capitán Dane. Ordena a Zacarías Gullet que dispare un cañonazo.

El contramaestre Gullet no tardó mucho en lanzar el grueso proyectil al barco que avanzaba.

—Ohé, ohé —gritó Duval desde el puente—, este es un buque inglés. ¿Qué comercio hacen ustedes?

Súbitamente el navío que ostentaba la bandera española se transformó como por arte de magia. Cayeron los maderos que cubrían los cañones y el puente se llenó de piratas armados hasta los dientes.

—Piratas tártaros, mi capitán —exclamó el tuerto Matías—. Huyamos.

Dandy Duval arregló los encajes de su bocamanga y en seguida dijo a Matías, mientras escudriñaba el barco con el antejo de larga vista:

—Es el pirata Nico Bonete y su barco "El Loro de Mar". ¡Qué magnífica conquista haremos para llevar a Jamaica!

—¿Estás loco? —protestó Matías—. Nico es el más formidable pirata de estos mares.

Duval había tomado posesión de la rueda del comando y en un instante el "Estrella del Sur" dió un espilonazo al "Loro de Mar".

RESUMEN: Cuarenta revolucionarios son conducidos a la isla Jamaica en la goleta "Primorosa". Un velero pirata ataca la goleta. Dandy Duval vence a los piratas y se apodera del velero del cual se constituye capitán.



El "Estrella del Sur" y el "Loro de Mar" fondearon en el muelle de Jamaica.

Entretanto Zacarías Gullet hacía funcionar el cañón y, aunque los piratas respondían al fuego, pronto se vió que la victoria sería de los tripulantes del velero que capitaneaba Duval.

Entregando el manejo a Gullet, Dandy saltó al "Loro de Mar" acompañado de veinte presidiarios. La espada toledana de Dandy Duval remolineaba sobre las cabezas de los enemigos y las cortaba de golpe.

Por fin Duval se apoderó del famoso Nico Bonete, y con su eterna sonrisa le dijo:

—Nico Bonete, ¿eras tú el terror de estos mares? Tu barco podría llamarse "Pollo Mojado". No me gusta tu bigote de salteador y vistes como pordiosero... Estás mal oliente... Chipito, ven a hacer un arrollado de este hombrecillo.

Los demás piratas, al ver prisionero a su jefe, se rindieron, y Dandy les arengó de esta manera:

—Les perdono la vida con la condición de que militen bajo mi bandera y obedezcan mis órdenes.

Los piratas aceptaron las condiciones del vencedor.

El tuerto Matías quedó como capitán del “Loro de Mar” y la tripulación se dividió por mitad entre ambos barcos.

El tesoro de Nico Bonete, compuesto de joyas, azúcar, sederías y numerosos barriles de pólvora, fué trasladado al “Estrella del Sur”.

—Y ahora a Jamaica —ordenó triunfante Dandy Duval—. Matías, no te alejes de nuestro lado y no olvides que mis cañones están con la puntería fija en el “Loro de Mar”. Nada de traiciones, amigo.

Ambos barcos navegaron dos días más, hasta que una mañana divisaron el puerto de Jamaica.

El “Estrella del Sur” y el “Loro de Mar” enarbolaron bandera inglesa.

La entrada al muelle de Jamaica fué imponente.

Desde lejos se divisaba la muchedumbre que acudía al arribo de esos barcos desconocidos.

Dandy Duval, el tuerto Matías y Zacarías Gullet bajaron en un bote y se dirigieron a tierra.

—Deseamos ver al gobernador —explicó Duval al centinela que custodiaba la Aduana.

—Aquí viene —respondió el soldado.

El gobernador de Jamaica venía ataviado como un príncipe oriental. Su uniforme rojo estaba adornado de grandes galones de oro y cubría su cabeza un tricornio con vistosas plumas.

—Excelencia —dijo Duval al gobernador—, he traído al “Estrella del Sur” y también al “Loro de Mar”, capturados por mí. Solicito permiso para comandar ambos barcos cambiándoles nombre y colocándolos al servicio de su majestad el rey de Inglaterra. Yo...

Dandy Duval se detuvo, pues en ese instante se dió cuenta de que el gobernador de Jamaica era el propio Carlos Dane, capitán de la goleta “Primorosa”.

—Dandy Duval, perro insolente —gritó el viejo Dane—. Soldados, aprisionad a este pirata y a todos sus secuaces... Además de piratas son presidiarios.

—Escuche mi proposición con calma —insinuó Duval—; no queremos ser piratas y ofrecemos nuestros servicios al rey de Ingla-



—No es un camino de rosas el que os ofrezco —dijo Duval con burlona sonrisa.

lado de su jefe dispuestos a defender su libertad.

—Sería muy sensible que esta linda ciudad se viera arruinada por mis cañones —siguió diciendo Dandy Duval—, y también peligraría su vida, señor gobernador. Las plumas de su tricorno volarían por el aire. Venga usted con nosotros, señor Dane.

terra; pero si pretende encarcerarnos nos convertiremos en los más encarnizados enemigos.

—Aprisionadles —ordenó Dane a sus soldados—, Hundid el bote. Dandy Duval, no volverás a bordo de esos barcos. Si lo intentas ordenaré que disparen todos los fuertes de Jamaica. Con una orden mía quedarán pulverizados.

—Usted puede ordenar que disparen desde los fuertes de Jamaica contra mis barcos —replicó Duval—, pero yo di orden a mis marinos de disparar contra la ciudad si nos veían en peligro.

—Atrevido —rugió Dane—, la horca mereces por tu insolencia. Soldados, coged a estos tres hombres y llevadlos al presidio.

—¡Atrás! —gritó Duval, alzando su espada toledana—. El que se acerque será traspasado con mi espada.

El tuerto Matías y Zacarías Gullet se colocaron al

El gobernador era tan cruel como cobarde y, como sólo tenía a su lado a dos centinelas criollos, tuvo miedo.

—Suba a nuestro bote —ordenó sonriendo Duval—, hará un paseíto por la bahía.

Y con la punta de su espada Duval empujaba al viejo Dane.

Una vez en la embarcación, Matías y Gullet remaron de prisa y cuando los centinelas dieron aviso del rapto ya estaban lejos de la bahía.

En ese instante todas las iglesias de Jamaica repicaron sus campanas y los fuertes lanzaron fuego de sus cañones.

Dandy Duval saltó al puente de la goleta “Estrella del Sur” y ordenó a Matías que desplegara las velas del “Loro de Mar” y se alejara del puerto.

Momentos después ambas goletas navegaban fuera del alcance de las baterías porteñas.

El viejo Dane temblaba de espanto al verse rodeado de los presidiarios.

—Duval, te concedo la libertad —suplicaba el gobernador.

—No me la concediste cuando te pedí que nos dejaras al servicio del rey de Inglaterra —replicó Duval—, y ahora nos obligas tú a ser piratas por la fuerza.

—Te juro que no les molestaré más —insistió el viejo Dane.

—Vas a volver a la gobernación de Jamaica —declaró en seguida Duval—, pero no por tierra, sino por mar.

Dandy ordenó a sus compañeros que abrieran el portón de la goleta y colocaran una tabla horizontal.

—No es propiamente un camino de rosas el que os ofrezco, señor gobernador —dijo Duval al prisionero—, pero no tengo otra manera de librarme de vuestra noble presencia.

Y con una reverencia de corte, arrastrando su tricornio hasta el suelo, el pirata Dandy invitó al gobernador a un baño de mar.

El gobernador tuvo que obedecer y cayó de cabeza al agua.

La goleta, amenazada por las baterías de los fuertes, debió huir rápidamente, dejando que los marinos de Jamaica acudieran en auxilio del gobernador náufrago.

Sin embargo, la victoria no fué completa. Los cañones del fuerte porteño hicieron saltar el puente del “Loro de Mar”, donde estaba prisionero el pirata Nico Bonete.

—Matías, baja un bote —ordenó Duval—, y vente a este barco con los nuestros. Allá se las avendrán los otros.



—Te has dejado coger como un necio —gritaba Dane.

A media noche el gobernador Dane penetraba clandestinamente al calabozo de Nico Bonete y así le apostrofaba:

—¿Y te llamas pirata, Nico Bonete? Te has dejado coger por Dandy Duval como un necio. ¿Dónde está la parte del botín que me corresponde por el aviso que te envié sobre la ruta de los barcos ingleses?

—Dandy Duval se llevó el botín —respondió Nico Bonete.

—Que todas las plagas del infierno caigan sobre Dandy Duval —vociferó Dane—. Tú tendrás que salir de este calabozo y formar una alianza con todos los piratas para vencer y capturar a ese petimetre sonriente que pretende avasallarnos.

Nico Bonete hizo un gesto de furia. Sus dientes se descubrieron como los de un lobo.

—¡Que me cuelguen de una verga si no me desquito de ese insoponible pisaverde! —gruñó—. De un mandoble le cortaré la cabeza y los preciosos encajes de la pechera. ¡Maldito pirata elegante!

Los fuertes continuaban disparando, pero el “Estrella del Sur” ya estaba a cubierto de todo ataque.

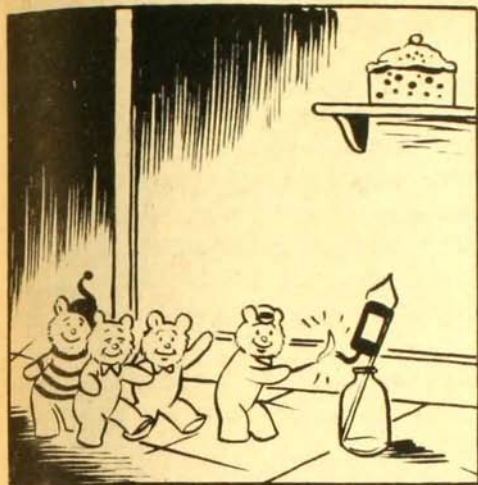
—Y ahora —declaró Dandy Duval a sus compañeros reunidos—, ahora somos piratas. El “Estrella del Sur” se llamará el “Venganza”. Nos han obligado a ser hombres fuera de la ley, y por San Andrés que nos vengaremos de ese bandido que gobierna en la isla Jamaica.

Carlos Dane no sufrió mucho con el baño helado. Recogido por los marinos de un barco de guerra tuvo la satisfacción de saber que el “Loro de Mar” había sido capturado por los marinos ingleses.

Nico Bonete fué encerrado en un calabozo y la averiada goleta entró al dique de Jamaica.

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. "—Esa torta en alto vive, en alto mora —dijeron Ma, Ra, Vi y Lla—; la haremos bajar." Encendieron un cohete y éste se estrelló en la repisa. "—Somos maravill-ositos", alcanzaron a decir.



2. Y después quedaron turulatos bajo la tabla. En ese momento llegaba Tomásín y pescó la torta en el aire. "—La compré para ustedes —anunció—, pero parece que no les gusta."

Los gladiadores

CAPITULO V.—A sangre y fuego

Espartaco, jefe de los gladiadores fugitivos del circo de Roma, guió su hueste contra el campamento del pretor Clodio Glaber. Los legionarios dormían y muchos despertaron sólo para morir. En vano pedían misericordia. Estos enemigos que surgían de la negra noche no eran seres humanos, sino demonios sueltos. Pasaron los meses. En el interior del volcán, Espartaco moldeaba su ejército. No les faltaban provisiones. La horda hacía incursiones por la Campania, asaltaba las fincas y saqueaba las mansiones de los romanos.

Las muchedumbres de esclavos, de siervos y de aventureros continuaban subiendo hacia la montaña, para unirse a los gladiadores y buscar con ellos la libertad.

Transcurría el tiempo y se avecinaban las lluvias. Espartaco reunió a la población, llamada de los Cinco Mil y les habló. Su voz resonaba en las paredes del cráter y mantenía fascinada a la multitud:

—Vienen las lluvias y la comida escasea. Tenemos que conseguir cuarteles de invierno. Conquistaremos una ciudad con murallas



La horda saqueaba las mansiones de los romanos.



Ruinas, cadáveres y desolación marcaban el paso de la turba.

alrededor y será la Ciudad de los Esclavos. Después habrá muchas más y nacerá el Estado del Sol...

Habló incansablemente y a veces él mismo se asombraba del poder de su voz.

Marcharon en busca de la ciudad amurallada y pasaron como un huracán destructor por Nola, Suesula, Calacia. Ruinas, cadáveres y desolación marcaban el paso de la turba. Cada vez se ensombrecía más el bello semblante del jefe tracio, porque su hueste de guerreros era sólo una manada de fieras. No eran ya los Cinco Mil. Ahora avanzaban veinte mil, sembraban fuego y recogían cenizas.

—El Estado del Sol —murmuraba Espartaco, amargado, mientras se dirigían a la ciudad de Capua.

¿Lograría cumplir su sueño? La marea de hombres que le acompañaba era cada vez más indócil. Ante la sombría mirada del joven gladiador, decían:

—¡Por los ceñudos dioses! ¿Por qué se enoja? ¿Qué somos, después de todo? ¿Luchadores o piadosos peregrinos?

Capua resistió. Las otras ciudades se habían rendido. El mensaje de Espartaco penetró en sus trincheras, los siervos abrieron las puertas y las murallas se habían desmoronado. Pero Capua resistió. ¿Qué sucedería ahora?

(CONTINUARA)

Ponchito

FIJATE QUE MI ABUELITA FUE AL PUEBLO Y ME TRAJO ZAPATOS NUEVOS



PERO ME LOS VOY A PONER SOLAMENTE LOS DIAS DOMINGO, PARA QUE ME DUREN MAS TIEMPO



¡CHAO, PATOCO!

¡CHAO!



¡AYYYYYY! ME CLAVE UNA ESPINA EN EL PIE





AL OTRO DIA

ME CLAVE UNA ESPINA EN EL PIE POR SUERTE NO ANDABA CON LOS ZAPATOS NUEVOS, QUE SI NO, LES HABRIA ROTO LA SUELA.

¿QUE TE PASO, PONCHITO?



EL TROMPO y la PELOTA

Había una vez un niño muy rico. Tenía muchos juguetes y se pasaba el día jugando con ellos, de modo que no los dejaba nunca quietos y los pobres no podían nunca descansar ni hablar. Pero un buen día sucedió que la mamá del niño se lo llevó de paseo. ¡Imaginaos la alegría de los juguetes al quedarse solos! Lo primero que hicieron fue echar un lindo sueño y descansar bien.

Luego se pusieron a conversar muy animadamente. ¡Hacía tanto tiempo que no hablaban! Un soldadito de plomo comenzó a dar grandes voces de mando, un muñeco a bailar y un lindo monito a hacer cabriolas. En un rincón apartado, un trompo de vistosos colores estaba consolando a una pelota que se quejaba débilmente, pues era la que estaba más cansada, porque todo el día el niño la hacía saltar o rodar. El trompo estaba muy enamorado de la pelota, así es que le pidió que se casara con él.

Pero la pelota era muy, pero muy orgullosa y se burlaba de él con toda desconsideración.

Vosotros os preguntaréis qué motivos tenía la pelota para ser tan orgullosa, ¿verdad? Pues, tal vez fuera porque tenía un hermoso forro de tafilete de todos los colores y al rodar formaba un arco iris perfecto. Pero también debéis saber que, por más cualidades que se tengan, es un defecto muy feo el ser orgullosos.

Bueno, pues, la pelota aquélla se sentía muy superior a todos los demás juguetes que allí había; decía que ella era una señorita muy distinguida y ni siquiera se dignaba contestar al pobre trompo, que tan-



Al día siguiente, ya estaba de nuevo el niño entre sus juguetes.

la quería y que le pedía que se casara con él. El pobre trompo era muy bueno y muy humilde y toda la tarde se pasó rogando, sin que ella, muy orgullosa, le prestara la más mínima atención.

Al día siguiente, bien de mañana, ya estaba de nuevo el niño entre sus juguetes, de modo que todos estaban muy ocupados y atentos en complacer el más mínimo deseo de su dueño. Este lo primero que hizo fué revisarlos a todos, y cuando le llegó el turno al trompo de nuestra historia lo tomó entre sus manos, le observó bien y, finalmente, le colocó una punta de cobre, flamante y pulida, que relucía al sol con dorados reflejos. Luego le hizo bailar, y ustedes hubieran visto

qué maravilloso espectáculo era el trompito cuando giraba y giraba, haciendo alternar sus brillantes colores y despidiendo reflejos de oro de su punta nueva.

El niño quedó muy entusiasmado, y el trompo no cabía en sí de contento y no dudaba de que ahora su adorada pelota se casaría con él, ya que estaba más lindo que nunca. Apenas se marchó el niño a comer y pudieron hablar, se acercó a ella muy presuroso y le dijo:

—Querida pelotita, ¿qué tal me encuentras? ¿No es verdad que estoy muy hermoso y que ahora me quieres y podremos casarnos?

Y se ponía muy colorado, porque era muy tímido y no le gustaba alabarse a sí mismo. Y seguía diciendo:

—Ya verás qué felices vamos a ser. Los dos somos muy alegres y mientras tú saltas, yo bailo. Haremos una pareja perfecta.

Mas, ¡ay!, la pelota no estaba conforme, se rió desdeñosamente y, mirando con burla al trompo, le dijo:

—Pero, ¿es que no sabes quiénes fueron mis padres? Pues te lo diré para que lo tengas bien presente y no se te olvide más: mis padres

fueron un magnífico par de zapatillas de tafilete. Además, y para que te enteres, sabe que mi cuerpo está formado de legítimo corcho de España. Ya ves que no puedes compararte a mí.

—Está bien —le contestó el enamorado trompo—, mas no creas que yo no valgo nada, pues estoy hecho de roble legítimo y mi padre es el ilustre comandante en persona, que en sus ratos de ocio se dedica a labrar toda clase de objetos en su torno, y he oído decir a mis amigos que soy una de sus mejores obras.

Claro que al oír tantas cosas acerca del trompo, la pelota ya no se mostró tan orgullosa. Comenzó a prestarle atención y hasta le preguntó:

—¿Es cierto?

—Mira —le contestó el trompo—, yo sé que es muy feo jurar, pero para que me creas y porque yo te quiero mucho, te juro que es cierto o si no que nunca más pueda yo volver a bailar y que se borren mis hermosos colores y se apague el brillo de mi dorada punta.



El pobre trompo había caído en el tarro de la basura.

Y al decir esto le caían al pobre cillo las lágrimas, porque creo que vosotros sabréis que los juguetes hablan, lloran y ríen, aunque no podamos verlo nosotros.

—Basta, basta —dijo entonces conmovida la pelota—, te creo, porque veo que eres sincero, pero aún así no podemos casarnos.

—¡Oh! ¿Por qué, por qué? —preguntó el trompo ansioso.

—Te lo voy a contar todo —dijole la pelota—. Estoy comprometida con una golondrina, y ¿sabes tú cómo nos conocimos? Pues, cada vez que el niño me arroja a lo alto, en el jardín, la golondrina asoma su cabecita fuera del nido y me dice tiernas palabras. La última vez, como yo me había queda-

do bastante tiempo en el aire, nos comprometimos y nos juramos un amor eterno, porque yo quiero mucho a mi linda golondrina, y ella a mí y seremos muy felices cuando yo pueda reunirme con ella en su hermoso nidito, que tiene muy escondido en un alto árbol de frondosas ramas. Ya ves que no puedo quererte ni tampoco casarme contigo.

No sabían los dos que la conversación que sostuvieron en esos instantes sería la última que tendrían en la pieza llena de juguetes del niño. Más tarde se iban a encontrar y hasta volverían a hablarse, pero la conversación del trompo con la pelota sería muy distinta.

Sucedió que al día siguiente el muchacho dueño de la hermosa pelota, jugando con ella en el jardín, la arrojó fuertemente al aire. La pelota volaba como el mejor de los pájaros, y se remontó tanto, tan alto, que se perdió.

Imaginaos la tristeza que sintió el trompo al desaparecer para siempre la pelota.

Todo el día se lamentaba por ello. Pero el niño no sabía nada de lo que le pasaba al trompo. Apenas entraba al cuarto de juguetes, le hacía dar vueltas y más vueltas.

El pobre trompo giraba y giraba sin dejar de pensar en su querida compañera, y, ¿sabéis qué le ocurrió? Pues, que, de tanto llorar, sus lindos colores se fueron borrando y el pobre estaba todo viejo y descolorido. Entonces su dueño, que le quería mucho, le hizo pintar nuevas rayas rojas y doradas, pero luego terminó por regalárselo a un amiguito suyo que siempre había deseado poseerlo.

El trompo quedó muy atrayente y no cabía en sí de satisfacción. Además su nuevo dueño era muy bueno y le dejaba descansar.



Sucedió un día que la golondrina declaró su amor al trompo.

Ahora deseaba encontrar a la pelota para que viese su gallardía. Pero un día en que el dueño lo arrojaba fuertemente tropezó con una piedra y fué despedido lejos, de tal suerte que se perdió. Lo buscaron en vano por todas partes.

Sin embargo, si a alguien se le hubiese ocurrido explorar en el cajón de la basura, lo hubiese encontrado, pues allí había caído. Se encontraba cubierto de cenizas y polvo, entre desperdicios repugnantes. Se lamentaba. ¿Qué sería ahora de sus hermosos colores en medio de toda la basura que le rodeaba? A su alrededor vió una hoja de lechuga, una manzana podrida y una pelota saturada de humedad, por haber pasado mucho tiempo en un charco. Su aspecto era lamentable y de seguro que ningún chico la tomaría para jugar, ni aún el más pobre.

El trompo la reconoció. ¡Qué diferencia entre la pelota de tiempo atrás y la que ahora veía!

Así estaba pensando cuando se presentó una criada para vaciar el cajón de la basura.

—¡Toma! —dijo—, miren donde vino a parar el trompo de los niños.

Agarró el trompo y corrió a llevárselo a su dueño, que ya había perdido toda esperanza de encontrarlo.

En cuanto a la pelota, fué arrojada a la calle. Ella no había reconocido al trompo, pues éste, a pesar de haber caído, sin quererlo, en el cajón de la basura, estaba más lindo y brillante que nunca.

La pelota se daba cuenta de lo orgullosa que había sido y, sin embargo, no había perdido nada de su altivez.

Entretanto, la golondrina, afligida por la pérdida de su amiga la pelotita, resolvió buscarla. Primero había probado, como de costumbre, asomarse fuera del nido, para ver si la pelota venía a buscarla para casarse; pasaba un día, luego otro, y después pasaron muchos días sin que la pelota viniese. Entonces la golondrina levantó vuelo, decidiendo buscarla por otros países. Pero tampoco la encontró. Cierta día se le ocurrió mirar a una calle llena de barro, y vió una cosa que la hizo llorar. Ella pudo adivinar quién era esa bola sucia y rota que venía empujada hacia uno y otro lado por las patadas que le daban los que pasaban. Nadie la recogía. Había quedado abandonada de todos. ¿Qué creéis que hizo la golondrina? Ni fué capaz de ayudar a la desgraciada pelota.

Ya no le gustaba. La veía tan fea y manchada que no tenía ganas

de casarse con ella, como iban a hacer antes, cuando eran amigos. Antes la pelota le gustaba porque tenía lindos colores. En cambio, ahora le gustaba un hermoso trompo.

Pero lo mejor del caso era que ella no sabía hacerle notar al juguete su simpatía. Y, además, el trompo jamás podría visitarla, pues no sabía volar.

Un buen día el ave, que estaba más enamorada que nunca del trompo, bajó a hablarle cuando él estaba muy ocupado en bailar, mientras su joven dueño silbaba.

Terminada la danza, el trompo quedó acostado en el suelo, pues estaba muy cansado, y entonces la golondrina empezó a cantar, guiñando sus ojitos que no dejaban de mirar al hábil bailarín. A éste le gustó mucho también el dulce y tierno canto del ave, y ahora se daba cuenta de cómo la pelota había podido enamorarse de la golondrina. Pero él ni pensaba casarse con la golondrina, como había pensado la pelota. El sólo deseaba que la golondrina fuese su amiga y que viniese todos los días para verle bailar y también para que le cantase suavemente cuando él se acostaba a descansar, después de sus bailes.

Hasta que sucedió un buen día que la golondrina le declaró que lo amaba. Pero el trompo le dijo que amaba a una pelota que mucho antes se había perdido al tirarla su dueño.

La golondrina, que sabía tan bien como él de qué pelota se trataba, se puso triste y pensativa. Ella había visto abandonada a su antigua prometida y no había querido ayudarla.

Entonces, arrepentida, resolvió llegarse otra vez hasta donde había visto a la pelotita. Cuando llegó al lugar en donde debía estar la pelota, ya no la encontró.

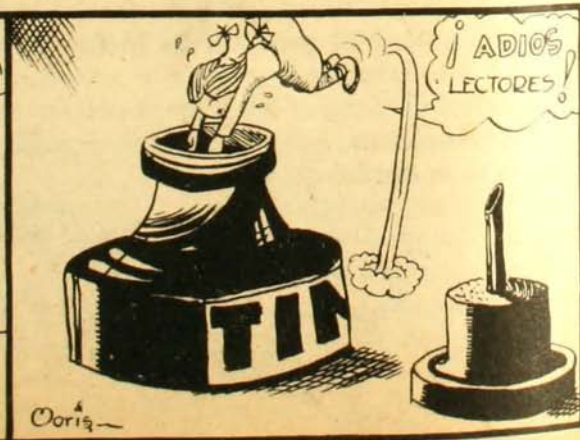
La infeliz había muerto sin dejar de ser orgullosa. Unos chicos malos que pasaban por allí la hicieron pedazos y arrojaron sus restos a una cloaca.

Ahora la golondrina y el trompo están casados, pero no olvidan nunca a la pelotita, que, siendo tan orgullosa, quiso volar demasiado lejos y se perdió.



Chelita

Por MORIS



MORIS



CAPITULO II.—El romance de la hormiga negra.

—Déjame pasar, Infimo —repitió Blanquita—. Ya me has hecho perder bastante tiempo.

—Oyeme —exclamó el enamorado poeta y soñador—, quiero trabajar como una hormiga, a fin de no separarme de ti.

Blanquita soltó por tercera vez su ramita de culén y preguntó asombrada:

—¿Quieres venir conmigo al hormiguero para trabajar?

—Eso digo —asintió el mosquito.

—Allá se necesita un mozo para los mandados —sugirió Blanquita.

—Vamos andando.

—Espera un poco, Infimo. Así no se entra al hormiguero —respondió Blanquita—; tengo que presentar tu candidatura.

—¿Cómo?

—Alguien tiene que responder por ti... Una madrina.

—¿Y tú serías mi madrina, amorcito?

—Tal vez —susurró la coqueta hormiga—, pero yo no estoy muy segura de tus aptitudes. Se necesitan prudencia, valentía y amor a las hormigas...

—Yo adoro a las hormiguitas —exclamó el farsante mosquito—. Por ellas afrontaré todos los peligros, haré cuanto me ordenen, cargaré ramitas...

RESUMEN: Intimo el mosquito se enamora de Blanquita, la hormiga negra, y para no separarse de ella decide trabajar.

—También es preciso saber callar... Saber escuchar...

—¿Y nada más?

—Eso es todo —dijo Blanquita—. Seré tu madrina ante la "asamblea de las hormigas unidas".

—¿Qué es eso?

—Infimo, eres un ignorante —expresó Blanquita—. En la asamblea se delibera y se dictan las leyes...

—¿Y tú también deliberas?

—No, yo estoy dedicada a los menesteres domésticos —confesó Blanquita—. ¿Quieres en verdad entrar a nuestro servicio?

—Soy tu más humilde servidor y es un honor para mí...

—Y para mí un placer —insinuó Blanquita, pavoneándose—. Verás cuánta satisfacción produce el trabajo. Una jornada aplastante de fatiga, un sueño corto y otra vez la tarea abrumadora...

—Sí, sí —se apresuró a decir Infimo—. ¿Qué no afrontaría yo por ti, Blanquita?

—Comienza por arrastrar esta ramita de culén —indicó la hormiga negra.

—¿Es muy lejos?

—Ya comienzas a acobardarte... Aquí estamos... Espérame en la puerta mientras te propongo a la asamblea. Las hormigas rojas te aceptarán, pero hay tres hormigas negras muy porfiadas. Posa en esa planta y espera.



La Margarita se moría de risa, porque Infimo estaba enamorado de la hormiga.



—¡Hurra! —gritó Infimo, al saber que era aceptado en el hormiguero.

La hormiga desapareció bajo una piedra.

—¡Qué calor! —gemía el mosquito—. Voy a buscar sombra bajo esta margarita.

En efecto, la corola redonda de la blanca flor le daba alivio contra los rayos del sol.

De pronto escuchó una risa burlesca.

—¿Quién se burla de mí? —protestó el mosquito.

—Yo —respondió la margarita—. Me río de verte tan deseoso de entrar a ese antro oscuro. Tú, Infimo, que amas el aire puro, el sol, las flores...

—Amo también a la hormiguita negra —confesó Infimo.

—¡Qué gusto tan raro! —musitó la flor.

El mosquito no se dignó responder e hizo esfuerzos poderosos para no dormirse en ese lindo día de primavera.

Por fin surgió Blanquita por debajo de la piedra y le llamó.

Infimo seguía a la hormiga por una oscura y estrecha galería.

—Mi destino está aquí —decía Infimo, temblando de emoción—.

Si me rechazan seré infeliz, tendré una atroz desilusión, un...

—Te gustan los discursos... —protestó Blanquita.

—Bien, me callo.

Abrióse una puerta y una voz murmuró:

—Anunciad a Blanquita, nuestra abnegada hermana, que su protegido es aceptado como mozo de cuadra.

—¡Hurra! . . . —gritó Infimo.

—¿Cómo? —preguntó la voz.

—Ven, ven —se apresuró a decir Blanquita—. Voy a mostrarte algo que aprecio más que todo en el mundo.

Llegaron a una galería tapizada de pequeñas cajitas, llenas de moléculas blancas.

—¿Es un armario de provisiones? —interrogó el mosquito.

—Qué estúpido eres —balbuceó Blanquita con dolor—. Te equivocas, Infimo. Estas son larvas dormidas. Es la generación que nace, la esperanza del hormiguero.

—A ti también te agrada hacer discursos —insinuó Infimo—. Yo no podía adivinar que esas moléculas eran hormigas en germen.

—Te burlas —dijo Blanquita, llorando.

—No me rompás el corazón, amada mía —suplicó Infimo—.

¿Tú también fuiste alguna vez una larva?

—Sí, yo también tuve ese sueño inocente —expresó Blanquita—. Basta de charlas; ahora vas a trabajar. Coge ese balde y vamos en busca de alimentos.



—¡Tra, la, la, Blanquita es preciosa! —cantaba el enamorado mosquito.

—¿Dónde vamos?

—A los rosales —dijo Blanquita.

Siguiendo a la hormiga negra, el mosquito salió del hormiguero, pero estaba tan cansado que vacilaba sobre sus delgadas patitas y por fin dejó caer el balde.

Luego, llegaron al aire libre.

Infimo extendió sus diáfanas alas y exclamó:

—Salud, radiante sol; salud, divina luz; salud, graciosas margaritas de perfumado cáliz; salud. . .

—Sígueme —ordenó la prosaica Blanquita—; tenemos que trepar al cogollo de esta planta.

Blanquita comenzó a trepar al rosal, y el mosquito, embriagado de amor, comenzó a danzar y cantar con alegres zumbidos:

—Tra, la, la, Blanquita es exquisita, es bella, y preciosa. El corazón rebosa en mi pecho, tra, la, la.

—¿No ves que te estoy esperando? —gritó sulfurada la hormiga. De un vuelo el mosquito estuvo junto a su adorada.

—¿Por qué has escogido esta rama que está llena de piojillos? —preguntó Infimo.

La hormiga negra se lanzó a reír tan fuerte, tan fuerte, que el mosquito se amostazó.

—¿He dicho alguna tontería? —preguntó fastidiado.

—Una enorme. . . —respondió Blanquita—. No trajiste el balde, Infimo.

—Se me cayó a la entrada del hormiguero —confesó humildemente el mosquito soñador.

Una indecible indignación desfiguró el semblante de la hormiga negra.

—Perdona, perdona —suplicó Infimo—, y no te enojés Blanquita. Ya verás cómo te sirve tu esclavo.

Rápido como una flecha el mosquito aterrizó a la entrada del hormiguero, cogió el balde y subió hasta la rama del rosal.

—Te aseguro, Infimo, que para soportarte se necesitan paciencia y un gran cariño —balbuceó Blanquita.

—Qué cosas tan lindas me dices —exclamó el incorregible Infimo, saltando al cuello de la hormiga negra.

El balde resbaló, quedando colgado de una espina del rosal después de haber reventado varios piojillos.

—Miserable —rugió Blanquita, con furor.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

RESUMEN: Ives, sobrino del rey Arturo, penetra a una comarca donde "las piedras cantan". Está decidido a descubrir el enigma. Allí reinan Gonor, la morena, y Galia, la rubia. Ambas deben combatirlo, pero la doncella rubia se siente impulsada a proteger al forastero contra el odio de Gonor.

CAPITULO XXVIII.—Las piedras ya no cantan.

Ives, el príncipe bretón, había descubierto el misterio de "las piedras que cantan". Un gigantesco anciano les imprimía movimiento como a un inmenso órgano y el aterrador sonido se es-



—La madre Gulna murió, legándome su poder.

parcía por toda la región. Gonor, la druidisa, hirió a Galia la rubia porque era aliada de Ives. Ansiaba dar muerte al doncel, pero, al oír un rumor de cabalgata, corrió hacia el bosque. Más tarde, Galia explicó a Ives que, cada siete años, los caballeros de los contornos acudían a pagar tributos a la "madre de las piedras". Dominados por un supersticioso terror, cumplían este rito sin que por sus mentes cruzara siquiera la idea de rebelarse. Dejando en la gruta a la doncella rubia, Ives presencié la extraña ceremonia. Irka, el vagabundo, colocó grandes antorchas en los menhires. Erguida sobre uno de aquellos monumentos primitivos, Gonor alzó los brazos y pronunció:



Como un joven tigre, Ives cayó sobre el ofensor de la druidisa.

—¡Escuchad, hombres de la tierra! Las piedras cantarán. Yo soy la madre de las piedras. La madre Gulna murió, legándome su poder. ¡Oid a las piedras!

Un hálito de espanto estremeció a los jinetes. Pero el estruendo de las rocas no inundó el aire, porque el viejo de la caverna estaba muerto. La druidisa olvidaba que ella misma había soltado las cuerdas del canasto que servía de ascensor al ermitaño y éste se estrelló contra las piedras.

Tensos, anhelantes, los caballeros aguardaban que estallara el horrible canto. Las rocas permanecieron mudas. Cautelosos, desconfiados, los jinetes descabalgaron. El silencio se prolongaba. Finalmente, uno de los barones preguntó:

—Druidisa, ¿pretendes engañarnos?

Gonor descendió del menhir. Sus ojos relampagueaban y un gesto de odio deformaba su boca.

—Yo sé quién es el culpable de que las piedras hayan enmudecido. Porque se rompió el hechizo, una maldición pesa sobre nosotros. Una plaga...

—Tú eres la peor plaga —vociferó un guerrero, avanzando con la mano alzada para abatir a la druidisa.

Agil como un tigre, Ives saltó del árbol y detuvo al ofensor.

—¡Es una mujer y debes respetarla!

Un guerrero desenvainó
su espada.



Y en su corazón pensaba: "Es la hermana de Galia". —¡Matadle! —rugió Gonor—. ¡El es el culpable! Un guerrero desenvainó su acero. Ives, con la armadura que le dió uno de los testigos del combate, se aprestó a luchar. No sabía con certeza si defendía su propia vida o estaba protegiendo a Gonor. Ninguna otra palabra se cruzó entre los combatientes. Sólo hablaron las espadas y la de Ives dominaba a la del antagonista.

El príncipe no sólo combatió con un adversario. Al caer el primero, se presentó otro y en seguida otros más. Cuando el alba destelló, a ún combatía Ives. Finalmente ya ningún guerrero avanzó para enfrentar al héroe.

—¿Por qué no le matáis entre todos? —gritó Gonor.

Nadie le obedeció. Aquel torneo en el cual había un solo triunfador, no se realizó por la druidisa ni por hostilidad a Ives. Los largos años de superstición y de vasallaje sufridos por los barones encendieron esa llama frenética. Los combatientes demostraron



Les contempló hasta que desaparecieron en una nube de polvo.

que aún eran hombres y que no aceptarían ya el dominio del terror impuesto por una mujer. La humillación les impulsó a hacer derroche de valor, a derramar su propia sangre en el campo donde tantas veces inclinaron la cabeza y doblaron la rodilla.

—Gonor, esto ha terminado —habló el príncipe, con voz hesitante por la fatiga—. Compréndelo.

Y volviéndole la espalda, se reunió con los caballeros de Bretaña.

—Regresad con nosotros, noble doncel! —invitó uno de los barones.

—Os agradezco vuestra gentileza, pero debo quedarme —respondió Ives.

—Venid, entonces, cuando os convenga. Soy el barón Gerardo y mi castillo no está lejos.

Tendió su mano al joven y luego todos se alejaron. Ives se encaminó hacia la gruta. Ignoraba que la hallaría vacía, pues Gonor era vengativa.

(CONTINUARA)

SCUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 28

El naípe inglés tiene

.... cartas.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO DIGANOS EL NUMERO



¿Puede decirnos cuántas cartas tiene el naipe inglés?
Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 6 juegos de damas, 6 juegos de dominó, 3 cinturones para niños, 5 juegos de pimpón, 10 libros de cuentos infantiles, 10 paquetes de Vitalmín, y 10 cajas de lápices de colores.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 25.

El violín tiene cuatro cuerdas.

PREMIADOS CON UN ESTUCHE COLEGIAL: Sigifredo Martínez, Santiago; María Eugenia Saul, San Bernardo; Sergio Riquelme, Santiago; Eduardo Celedón, Santiago; Ana González, Quillota; Pablo González, Santiago; Teresa Toledo, Angol; Margarita Muñoz, Santiago; Silvia Urrutia, Pailahueque; María Contreras, Victoria. **CON DOS CUADERNOS:** Guilio Agurto, Tomé; Mauricio Muñoz, Collipulli; Mila Valenzuela, Santiago; María Surac, Santiago; Carlos Morales, Villa Alegre; Miguel Nenadovic, Rancagua; Osvaldo Vidal, Quilpué; Sergio Reyes, Los Angeles; Nancy Rodríguez, Valparaíso; Raquel Lucy Vera, San Lorenzo. **CON DOS LAPICES Y UNA GOMA:** Gonzalo Verdugo, Santiago; Isabel Santander, La Serena; Rebeca Gaete, Santiago; Juana Soto, Quillota; Silvia Castro, Curicó; Adriana García, Concepción; René Enrique Vera, Chiguayante; Adelaida Valenzuela, Ercilla; Gladys Matus, Concepción; María Munita, Santiago. **UNA LIBRETA DE APUNTES:** José Parra, Chiguayante; María Martínez, Renaico; Irene Olarán, Santiago; Yolanda Vargas, La Unión; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Antonio Ormeño, Los Angeles; Chabelita Bello, Santiago; Carmen Abarza, Santiago; Raúl Palma, Chiguayante; Tomy Tallor, La Serena. **UNA REGLA PARA COLEGIAL:** Lisandro Martínez, Santiago; María Olavarría, Santiago; Carmen Coello, Santiago; Manuel Logan, Santiago; María A. Montes, Santiago; Lino Santander, Santiago; Miguel Meyer, Santiago; Nelly Figuerca, San Antonio; Matilde Leyton, Valparaíso, y Enrique Olivares, Angol.

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD";

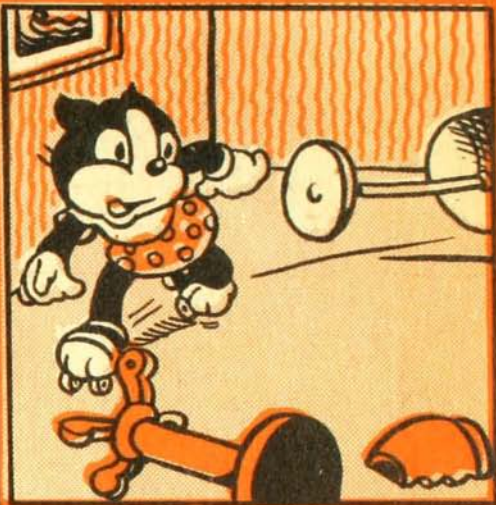
ANUAL. \$ 90.—

SEMESTRAL. \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque. Letra Bancaria. Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

MUCHI X POCO



3. ¿Qué había sucedido? Se oía una de cataplunes que daba miedo. "—¡Piratas! —chilló Poco—. ¡Piratas que quieren comer patol!" Pero no eran piratas, sino Muchi que patinaba.



4. A fin de salvar su hogar del desastre, Poco se resignó a dar dinero a la gatita para que fuera al teatro. Encantada, Muchi fué a ver la película de misterio "Un ¡ñau! en la noche".

Ella fué la primera

Rosario Rosales, primera patriota desterrada a

Juan Fernández



En 1814 fueron deportados al presidio de Juan Fernández los más ilustres patriotas chilenos. Con el desastre de Rancagua, Chile volvía al coloniaje y a la dominación española. Una sola mujer, Rosario Rosales, pudo vencer la intransigencia de los realistas y acompañar a su anciano padre al destierro. Infatigable, abnegada, con

el corazón desbordante de ternura y un temple heroico extraño en una niña, atendió no sólo a su padre, sino también a los demás desventurados que marchaban al exilio.

En la isla, con sus propias manos labró la tierra para obtener el sustento diario. En ranchos de paja que la lluvia traspasaba implacablemente y que los temporales amenazaban destruir, vivió más de dos años, sin desfallecer.

El gobierno español les daba una escasa ración de fréjoles y charqui. Juan Enrique Rosales decía a su hija:

—Vuelve a Chile, amada Rosario. No podrás soportar mucho tiempo esta vida.

La niña replicaba:

—La suerte de usted debe ser la mía. Permítame que siga acompañándole.

La batalla de Chacabuco puso término al infortunio de los desterrados, que pudieron tornar a su patria y verla, por fin, libre y feliz.

Rosario Rosales figura en la historia como un modelo de amor filial y de patriotismo.

Simbad

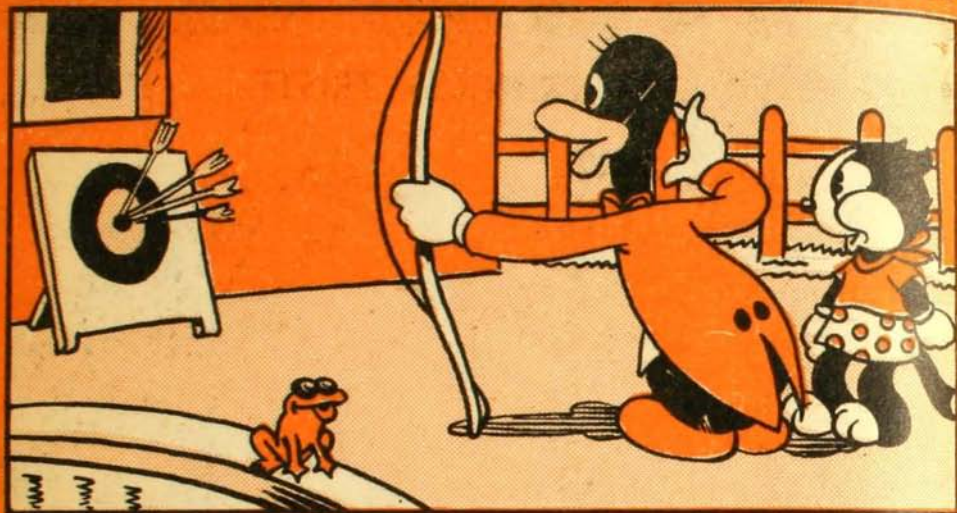
N.º 29

LA PRINCESA TRISTE

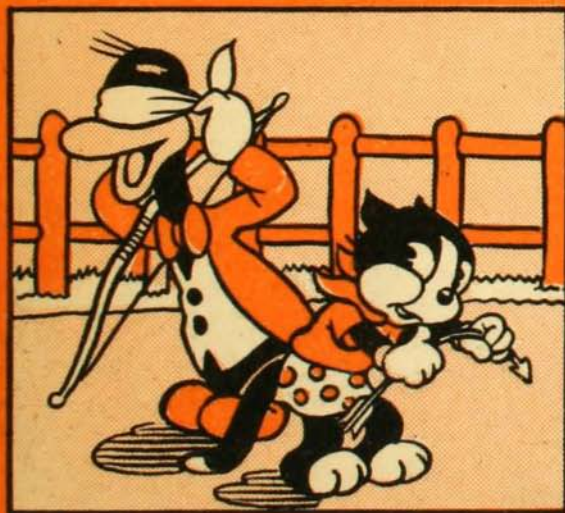


2.-

MUCHI x POCO



1. Poco estaba orgulloso de su puntería. “—Así no es gracia — dijo Muchi—. Lo bueno sería que dispararas con los ojos cerrados.” El pato contestó: “—¿Y qué me demoro? Trae un pañuelo.”



2. “—¿Vas a llorar?” le preguntó Muchi. “—No, voy a vendar-me los ojos.” La pícaro Muchi, mientras el pato se amarraba el pañuelo, tomó la flecha y la dobló. “—A la una, a las dos...”

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 29

Precio: \$ 2.—

22-III-1950



GIL BLAS de SANTILLANA

CAPITULO II.—Una cueva de ladrones

Gil Blas de Santillana iba a Salamanca para ingresar a la universidad. En el mesón de Peñafior sufrió dos estafas: un chalán le compró su mula por un precio irrisorio, y un desconocido, luego de adularlo para que le pagara la cena, se rió de él en sus narices.

Para terminar de amargarlo, el mesonero Corcuero cobró a su cándido huésped una subida cuenta. Al amanecer, Gil Blas continuó el viaje con un arriero. Varias personas formaban la caravana. Al llegar a una posada, se detuvieron a almorzar y saboreaban ya el primer plato cuando entró el arriero y empezó a gritar como un energúmeno:



—¡Me robaron mi —¡Me robaron mi bolsa con cien doblones!



La hoguera o la horca aguadaba a los sospechosos.

bolsa al arriero y por tu culpa seré quemado o sacaré diez palmos de lengua en el patíbulo? Pues no saldrás con la tuya. Y los viajeros huyeron en desbandada.

En realidad, el taimado arriero no había perdido ni un solo ochavo. Sus gritos no tenían otro objeto que asustar a sus clientes para que se dispersaran. Sin conducirlos hasta el fin del viaje, ganaba su dinero con poquísimos trabajos.

Gil Blas huía a campo traviesa, cruzó de un salto cuantos fosos y matorrales encontró en el camino y cesó de correr en el lindero de un bos-



Gil Blas fué de los primeros en huir.

bolsa con cien doblones! ¡Los denunciaré al juez y él les sacará la confesión en la hoguera o en la horca!

Salió, al parecer en busca de la justicia y los viajeros se miraron con recelo unos a otros. Los alguaciles y jueces tenían siniestra fama. Todos aquellos ojos que se escrutaban desconfiados parecían decir:

—¿Tú le hurtaste la



—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? Dinos la verdad o te mataremos.

que. Luego de respirar, examinó la floresta, donde no le sería difícil hallar un escondite. Antes que pudiera buscarlo, dos hombres a caballo le interceptaron el paso.

—¿Quién va?

Pusieron sus pistolas en el pecho de Gil Blas y continuaron preguntando:

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? Dinos la verdad o te mataremos.

Aquellos hombres tenían una terrible manera de interrogar y el estudiante se apresuró a decir su nombre, el destino que llevaba, el susto que acababa de pasar por culpa del arriero y cómo se había escapado, temiendo que la justicia le aplicara tormento.

Los jinetes rieron a más no poder y uno de ellos dijo:

—Tranquilízate, amigo. Acompáñanos y no tengas temor, que vamos a ofrecerte un refugio seguro.

A una señal suya, el muchacho saltó a la grupa y se dejó llevar. Al pie de una colina descabalgaron.

—Ya estamos en casa.

En vano Gil Blas miró en torno suyo. No avistaba ni siquiera una modesta choza. Pero uno de los hombres levantó una trampa cubierta de tierra y ramaje, que ocultaba la entrada a un sub-



Un palafrenero negro se encargó de los caballos.

sus acompañantes hasta una cocina, donde una vieja estaba preparando la cena. Era una mujer de barbilla puntuda, nariz curva y ojos rojizos. Parecía una bruja.

—Aquí os traemos un ayudante, señora Leonarda.

El estudiante comprendió entonces que había caído en una cueva de ladrones. Uno de los truhanes le indicó:

—Desempeñarás el puesto de un mozo de salud delicada que hace quince días murió.

Gil Blas no rehusó el trabajo de pinche. Si no era dócil, su salud también podía ser “delicada” y no soportar ni siquiera el simple tajo de un cuchillo o el puñadito de pólvora de un arcabuz. Por lo tanto, sumisamente, esperó las órdenes de la cocinera Leonarda.

—Antes que meta su nariz en las ollas, conviene que el mozuelo conozca nuestro palacio —dijo el ladrón más parlanchín.

Recorrieron cuevas donde se guardaban provisiones y botijas de vino y otras en las cuales había ricas telas, alhajas y vajillas decoradas con diversos escudos de armas.

terráneo. Gil Blas, aterrado, bajó convencido de que iba a perder allí dentro la vida además de los ducados.

Luego de caminar unos doscientos pasos por un túnel con muchas vueltas, llegaron a una cuadra alumbrada por dos lámparas de hierro. Un palafrenero negro se encargó de los caballos.

Más muerto que vivo, Gil Blas siguió a

(CONTINUARA)



EL PIRATA DANDY

CAPITULO III.—La isla de la Calavera

Mientras la goleta "Venganza" navegaba a velas desplegadas por el mar Caribe, el gobernador Dane conversaba con el prisionero Nico Bonete y le prometía la libertad a cambio de una alianza contra su odiado enemigo Dandy Duval.

—Atráelo a una trampa —decía el viejo Dane a Nico Bonete—. Hazte su aliado si es posible. Si no eres capaz de capturarlo solo, busca al pirata Barba Negra o al Ganso Blanco. Ambos son aliados míos. ¿Me entiendes? Te daré 500 libras.

—Que me cuelguen de una verga si no capturo al *pije* Duval —respondió Nico Bonete.

—Está bien —declaró el traidor Dane—, esta noche se abrirán las puertas de la cárcel para ti y para tus compañeros. Yo arreglaré todo.

El gobernador Dane sobornó a todos los gendarmes de la cárcel y así pudieron huir Nico Bonete y sus secuaces. Nunca se supo en Jamaica quién había dado libertad a los piratas; el gobernador Dane, vil aliado de todos los filibusteros, continuó gobernando como un déspota en la floreciente Jamaica.

Dandy Duval, ajeno a las intrigas que se urdían para perderle, torció rumbo a la isla de la Calavera del mar Caribe, a fin de depositar allí el botín que le quitó al pirata Nico Bonete.

Esa isla no era conocida por los navegantes, y Duval decidió establecer allí su cuartel general.

Al segundo día de navegación, el tuerto Matías divisó un barco en lontananza y dió aviso al capitán.

—¿Qué bandera flamea en el mástil? —preguntó Duval.

RESUMEN: Cuarenta revolucionarios son conducidos a la isla Jamaica, en la goleta "Primorosa". Un velero pirata ataca la goleta. Dandy Duval vence a los piratas y se apodera del velero, del cual se constituye capitán. Poco después captura al famoso pirata Nico Bonete y su goleta "Loro del Mar". Dandy ofrece al gobernador de Jamaica sus barcos y su tripulación para servir al rey de Inglaterra. Dane rechaza su oferta y Duval declara que en adelante será pirata.

—Bandera francesa —declaró Matías—, pero tal vez sea una estrategia...

Duval cogió su antejo de larga vista y examinó el velero.

—Es un buque mercante —indicó el pirata Dandy—. No vale la pena dar batalla. Nos atravesaríamos en la ruta hacia la isla de la Calavera.

Matías amotinó a los demás tripulantes del "Venganza" y exigió al capitán Duval que atacaran al velero francés.

—No permito que se dispare contra un barco indefenso —gritó

Duval—. Vamos a abordarlo y le pediremos el botín, pero sin asesinar a sus tripulantes.

El velero parecía extraordinariamente cargado y, al advertir que el buque pirata se aproximaba, pretendió huir.

—¡Arrojen el ancla! —gritó el capitán Duval al enemigo que huía—. Si obedecen no atentaremos contra sus vidas. Que remos parte del botín.

Los navegantes

franceses se vieron obligados a ceder, pues eran sólo una docena de marineros y dos oficiales.

Dandy bajó a las bodegas del velero y se llevó de allí un centenar de barriles de azúcar. Poco más pudieron saquear los piratas, pues el velero no era rico en sederías o joyas.

El capitán francés ardía de indignación al ver cómo le robaban sus mercancías, pero ante la fuerza bruta debió aceptar su destino.

Dandy Duval estaba realmente fastidiado. Al proscrito le agrada



—No permito que se dispare contra un barco indefenso.

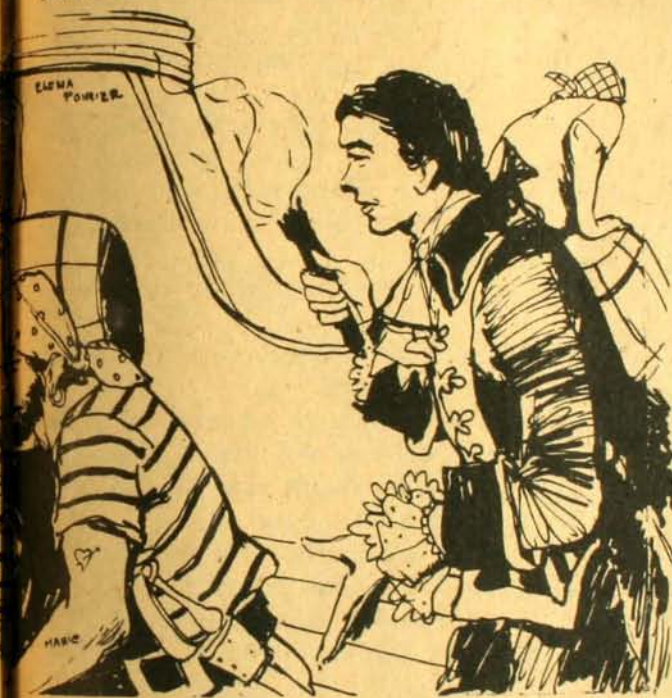
daba trabar batalla, pero no robar a mansalva.

La demora en llegar a la isla de la Calavera fue fatal para los piratas del "Venganza".

Cerca de mediodía se avistaron tres naves que surcaban veloces el océano en dirección a la costa.

—¡Barco de guerra inglés! —gritó el tuerto Matías.

Dandy ordenó quemar los cien barriles de azúcar.



—Te lo dije yo —protestó Duval—;

la demora nos resultará perjudicial. Además, esta goleta está demasiado cargada y no podrá acelerar su andar como precisa para una fuga.

El barco inglés avanzaba rápidamente, y ya el portavoz enviaba un mensaje a los piratas.

—Ríndanse o cañoneamos la goleta.

Duval no pensó en rendirse, sino que abandonando el comando al contramaestre Gullet,

dirigió sus cañones hacia el barco inglés.

Pero el combate era desigual y ya avanzaba otro navío con marineros británicos.

De pronto aconteció algo inesperado. Los cañones del barco inglés volvieron la puntería a otro velero que parecía hallarse prisionero entre los dos navíos ingleses.

Duval cogió su largo catalejo, observó la maniobra de los marineros y se dió cuenta de que ambos buques de guerra británicos venían persiguiendo al famoso pirata Barba Negra.

En efecto, el pirata del mar Caribe, erguido en el puente de su velero, se trababa en furiosa batalla con sus perseguidores. Duval comprendió que aun no cesaba el peligro para el "Venganza", y con gran presencia de ánimo decidió salvar su goleta y ayudar a Barba Negra.

—Suban los cien barriles de azúcar —ordenó Dandy a sus subalternos.

—¿Qué locura se te ocurre, Duval? —preguntó el tuerto Matías.

—Ya lo sabrás —respondió Dandy—. A cargar barriles o te tras-paso con mi espada.

Matías obedeció furibundo y juró que algún día se vengaría del capitán Duval.

Colocados los barriles sobre el puente de la goleta, Duval les prendió fuego.

La humareda fué tan densa que no sólo ocultó la goleta al fuego de los británicos, sino que también pudo el barco de Barba Negra escabullirse y huir precipitadamente.

—¡Bravo, capitán! —gritaron en coro los marineros del "Venganza".

—Y ahora en dirección recta a la isla de la Calavera —ordenó el victorioso capitán.

La isla de la Calavera no estaba señalada en los mapas, ni tenían noticia de su existencia los navegantes del mar Caribe, por lo tanto, el capitán Duval había encontrado un sitio seguro para el botín que sus victorias le proporcionaban.

Después de acercar el barco a una ensenada, Duval ordenó a Gullet que anclara a una milla de la desierta playa.

—Capitán —dijo de improviso el tuerto Matías—, usted dice que la isla está desierta... Mire esa fila de hombres estacionados a la orilla del mar.

Duval cogió su largo anteojo y, en efecto, divisó entre los cañaverales, a un grupo de individuos inmóviles.

—No bajemos a tierra —insistió Matías—, seguramente nos aguarda una celada o una traición.

—Bajaremos —declaró Duval—. Yo no le temo a las emboscadas.

—Yo no bajo —replicó Matías.

—¡Bajarás a tierra! —gritó furioso Duval—. No tengo confianza en ti y bien podrías zarpar con el barco mientras nosotros desembarcamos.



—Están todos muertos —dijo Dandy al acercarse a la macabra fila.

El capitán Duval fué el primero en bajar a la isla de la Calavera. Adelantándose a los cargadores del botín, el pirata se enfrentó con los hombres que parecían montar guardia en la ribera.

—Están todos muertos —dijo Dandy al acercarse a la macabra fila—. Alguna plaga les ha fulminado.

—Merece su nombre esta maldita isla de la Calavera —musitó Matías—. Volvamos al barco.

Los demás piratas también deseaban alejarse.

—Esta isla es volcánica —explicó Duval—, y tal vez se asfixiaron con los gases de una erupción. Dejemos a esos hombres en su sueño eterno. Voy a guiarles a una caverna donde ocultaremos nuestros tesoros.

Un túnel estrecho y largo atravesaba la isla. Allí fueron colocando los barriles, los cofres con joyas, pedrerías y barras de oro.

De pronto, Dandy Duval, quien como jefe iba a la cabeza de los cargadores, sintió que algo pesado caía sobre su cabeza. Alzando los brazos para equilibrarse, el pirata dió un paso adelante y cayó a un precipicio.

¿Cuántas horas estuvo inconsciente? No podría decirlo, pero cuando recobró los sentidos se



El audaz pirata juró buscar por todos los mares al traidor Matías.

jos harapos que me servirán de velamen —se dijo Dandy—, y buscaré por todos los mares al traidor Matías.

Antes de embarcarse, Duval cubrió su galoneado pantalón con una raída prenda marinera, volvió al revés su casaca y ató a su cabeza un pañuelo de vistosos colores.

Para disfrazarse mejor se colocó un parche en el ojo izquierdo y así ataviado navegó con rumbo al Norte.

Había remado tres horas cuando avistó una goleta.

Dandy Duval gritó con fingida voz, diciendo:

—Soy un náufrago...

—Puedes ser también un espía —gritó Nico Bonete—. Disparen, muchachos...

El pirata Dandy evitaba las balas con pasmosa maestría, hasta el punto que los secuaces de Nico Bonete comenzaron a maravillarse de la destreza del náufrago y éste, poniéndose de pie en el bote, les arengó así:

—Se han divertido mucho con este deporte, perillanes... Lancen un cable ahora para subir a bordo.

Así lo hicieron. Dandy Duval saltó entonces a la cubierta del "Loro de Mar" y se despojó de sus andrajos y parches.

(CONTINUARA)

vió sobre la arena de una playa circundada de altas rocas. Dandy recordó lo ocurrido. Primero pensó en un derrumbe del túnel, pero al tocarse una oreja advirtió que sangraba y que un proyectil había traspasado su tricornio.

—¡Maldición! —exclamó Dandy—, el tuerto Matías me ha traicionado... Demonios, mis encajes se han mojado... Mi tricornio agujereado...

Trepando sobre las rocas, Dandy advirtió que se habían llevado el botín y que la goleta "Venganza" no estaba ya en la ensenada. Sólo quedaba un bote a la orilla del mar.

—Arreglaré este bote con vie-

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Tomasín quería leer él solo el "Simbad". En vano los ositos lloraban la lágrima cocodrila. Tomasín, encantado con la lectura, no vió que atravesaba una calle con alquitrán.



2. Se quedaron pegados sus zapatos y después sus calcetines. "—¡A "pata pelá" y con "Simbad"! —gritaron los ositos—. Darnos la revista a nosotros, que somos lectores finos."

Los gladiadores

CAPITULO VI.—El ejército se divide

El alud de esclavos libertados, de siervos y de bandoleros que formaban el ejército de Espartaco arrasaba las ciudades que hallaba a su paso. Pero Capua resistió.

En la mesnada del héroe tracio había hombres que se conducían como fieras. Las atrocidades que realizaban llegaron a oídos de los esclavos de Capua y entonces ellos decidieron unirse a sus propios tiranos para combatir a la hueste.

Al duodécimo día del sitio, vino un anciano como delegado de la ciudad al campamento esclavo. Al reconocerlo, Espartaco sonrió. Era su primera sonrisa desde el incendio de Nola.

—Nicos —dijo suavemente—, ¿cómo está el amo, Nicos?

Era el viejo sirviente que ya una vez intentara persuadirlo de que regresara a la arena de los gladiadores, a la mansedumbre.

—Me hallo aquí en nombre del Consejo Municipal de Capua —declaró.



—Su ejército llegará y te destruirá
—había vaticinado Nicos.

—A la orden —repuso Espartaco, y la sonrisa tiñó su voz.

Evocaba el gran patio cuadrado de la escuela de luchadores, los dormitorios con su atmósfera sofocante de establo... y la fraternal proximidad de la muerte.

—Vengo a negociar el levantamiento del sitio —añadió Nicos—. La ciudad tiene en sus graneros suficiente trigo y en sus bodegas suficiente vino para esperar hasta que la lluvia haya ablandado tus huesos y te haya arrastrado al in-

fierno. Sin embargo, el Consejo desea que acampes en otra parte. Te conviene obedecer. El pretor Cayo Varinio ha sido enviado por el Senado romano con dos legiones completas para limpiar la Campania. Dentro de pocos días, su ejército llegará y te destruirá. —¿Por qué nos previenes? —inquirió Espartaco, y en sus ojos ya no había amistad. Su faz era una roca labrada.



La hueste de Espartaco se dividió en dos bandos.

—Capua no quiere ser rescatada por Roma. Sus legiones exigen después un pago muy alto y la ciudad se arruina.

Luego de dar su mensaje, Nicos se marchó.

Hubo gran agitación en el campamento. Corrían rumores de que las fuerzas iban a dividirse. Unos querían combatir a Varinio y asaltar Roma; otros deseaban ir a Lucania, a las montañas, a implantar el Estado del Sol. Espartaco se sintió satisfecho. Por fin se apartarían los que llevaban una ira grande y justa en el corazón y los que sólo eran guiados por la codicia y el salvajismo. Los primeros se irían con él y los otros con Crixo, el jefe de los celtas, y con Casto, el hombrecillo que dirigía un grupo temido, "Las Hienas".

El ejército de esclavos se dividía. Casto sonreía siniestramente, evocando los saqueos. Crixo pensaba con indiferencia en la muerte. Las legiones de Roma eran poderosas. Destrozarían a la horda rebelde. Pero a Crixo no le importaba. Debía separarse de Espartaco, a quien odiaba. El día que huyeron de la casa de Léntulo, habían sido destinados para luchar entre sí en la arena. Uno habría muerto... y quizás el trágico signo de los gladiadores aun les amenazaba.

(CONTINUARA)

Ponchito

ESTE ES TU PRIMO PITUCO QUE HA LLEGADO DE LA CAPITAL. ACOMPAÑALO Y PRESENTALE TUS AMIGOS.



MIRA PONCHO LO QUE YO QUIERO, ES QUE ME PRESENTE'S UNA CABRA AMIGA TUYA Y QUE SEA BIEN ENCACHADA



MUY BIEN ESPERAME UN RATITO Y TE TRAERE UNA DE LAS MAS LINDAS



¡CHITAS EL TONTO PESADO,
YA ME TIENE HASTA LA
CORONILLA!



¡OH! QUE BUENO, AHI
ESTA LA CHEPITA, SE
LA PRESENTARÉ A
PITUCO



¡CHEPITA, TE PRESENTO A MI
PRIMO PITUCO!



La princesa triste



El pajarito cogió una horquilla de oro de la princesa y huyó.

Los cortesanos, acostumbrados a adular, encuentran bellas a todas las princesas. Pero Ari, la princesa de nuestro cuento, era bella de verdad. De rostro muy blanco, ojos grandes y alegres, color del jacinto, y largas trenzas doradas y sedosas.

La estancia de Ari daba al parque. A veces, con todos los cabellos sueltos a la espalda, se asomaba al balcón para admirar el lago y los preciosos árboles y flores. Una mañana que se hallaba, según su costumbre en el balcón, un pajarito verde esmeralda voló rápido a la estancia, y tomando en el pico una horquilla de oro de los cabellos de la niña, salió volando como una exhalación.

Ari se quedó estupefacta, luego se rió de esta aventura. Y todos los días siguientes volvió el pajarito, llevándose una vez una diadema de perlas, otra un pendiente de brillantes, objetos que no se volvían a ver. Ari, que se había reído de todo esto, sentía una extraña alegría al ver al pajarito verde; pero cuando éste no volvió más y estuvo segura de que no recobraría sus joyas —esto no le importaba mucho, pues sabía que su padre podía darle otras mejores—, entonces, sin llorar, sin confiar su pena a nadie, cayó en una profunda tristeza.

Ya no reía ni jugaba, ya no se escapaba a la sala del trono ni hacía

bromas a los cortesanos. Al verla silenciosa e impassible, los pajes y las damas estaban tristes por su tristeza. Su padre y su madre le decían, suplicantes:

—¡Ari, hijita linda, por amor nuestro, dinos tu secreto!... ¡Pide lo que quieras!... ¡Daremos el reino por verte sonreír!

Pero ella no contestaba; y sentada, inmóvil en su sillón de terciopelo azul, perdía la mirada en lejanos horizontes de misterio.

Vinieron bufones para alegrar a la princesa; trovadores, que en sus versos cantaban la vida y la alegría; pero todo era inútil. En suma, cuanto era una agradable novedad, todo lo que creían que podía distraerla, le fué llevado a su presencia. ¡Cómo habría reído Ari pocos días antes con aquellos bufones! Mas no, Ari no reía, ni siquiera hablaba, y cada día más pálida, se agotaba como una flor sin sol.

Un día, una viejecita pidió que la llevaran donde la princesa. En aquellos tiempos, la miseria no entraba a un palacio. Pero tal era el deseo de distraer a Ari, que la viejecita fué llevada a su presencia. Mas la anciana no se contentó con eso y pidió que la dejaran sola con la princesa. Era una anciana chiquitita, de rostro alegre y malicioso, y rogó con muy buen modo que la dejaran sola con



¿Quién podía sospechar que el avecilla era un hermoso mancebo?

Su Alteza. Todos, pues, aunque de mala gana, salieron de la pieza y se contentaron con mirar por el ojo de la cerradura. Cuando estuvieron solas, la viejecita, sin ceremonia alguna, se sentó y dijo: —Princesa, hija mía, tengo que contarte una historia. . .

¡Ari había oído tantas historias aquellos días! . . .

—Oye, hija mía —continuó la anciana—. Ayer me encontraba en la montaña recogiendo leña. Tú dirás que estamos en primavera y hace calor, pero a mi edad se tiene siempre frío y se ama un buen fuego. Había hecho, pues, mi atadito de leña y reposaba, escuchando la canción maravillosa de todos los pajaritos de la montaña. Debo decirte que hay en aquel monte una fuente cristalina junto a una gruta de piedra gris. Fatigada como estaba, entré a la gruta de piedra gris en busca de algo en qué sentarme. De pronto, noté que la gruta se agrandaba y se hacía más luminosa. Me senté entonces sobre una piedra y me dispuse a descansar, cuando vi salir un pajarito verde. . . La avecita se detuvo en medio de la gruta y vi que se bañaba en una poza de agua blanca como la leche. Y, ¡oh maravilla!, el pajarito se convirtió en un hermoso joven, bello como ningún otro. . .

La princesa Ari, agitada, trató de levantarse, pero la vieja continuó:

—Este joven tomó una horquilla de oro y la besó, diciendo: “¿De quién es esta horquilla?” Y lo mismo hizo con un pendiente de brillantes y una red de oro. . . Y nadie respondía. ¿Quién podía responder? . . . ¿Verdad, princesita?

Calló la anciana. Pero Ari había recobrado su sonrisa y también su impaciencia.

—¿Dónde está esa gruta encantada, mi buena anciana? . . . ¿Me llevarás allá? ¿Vamos ahora mismo?

Al ver este feliz cambio, entraron todos los que estaban mirando por la cerradura y, felices, abrazaban a la viejecita y a la princesa, ofreciéndole a la vieja esto y lo otro. Luego corrió la noticia por toda la corte, y los cortesanos, los pajes y hasta los cocineros bailaban de contento.

Pero la princesa Ari no quería esperar.

Tomando a la anciana del brazo, le pidió que la acompañara a la montaña donde existía aquella gruta maravillosa. Y partieron. Camina que camina llegaron a la gruta y se escondieron tras una piedra gris. Después de mucho esperar, como una esmeralda aérea, entró en la gruta un pajarito verde, que, bañándose en el pozo



Ni los trovadores conseguían alegrar a la princesa.

de líquido color de leche, se convirtió en un joven alto y hermoso. Bellísimo era, en realidad, pero ¡qué triste! Tomó la horquilla, la diadema, luego la red y el pendiente, e hizo las preguntas acostumbradas:

—¿De quién es esta diadema? ¿De quién es esta horquilla?...

La última pareció costarle mortal angustia, y después de formularla, esperó un momento y dijo:

—Bien, ya que no hay ninguna respuesta, pues la bella niña amada no ha querido romper mi encantamiento, mi pobre corazón no puede contener tanta amargura y, tal como pronosticó la pérfida hechicera que me tiene encantado, debo morir...

Pero lejos estaba el pobre príncipe de sospechar que la salvación estaba allí, en la persona de la gentil y bella princesita, que, al ver la desesperación de su amado, salió de su escondite rápida como una ardilla, diciendo al joven con voz armoniosa:

—¡No, no morirás, pues yo estoy aquí para librar-te de tu encantamiento! ¡Al fin te he encontrado, príncipe mío!...

El joven, sorprendido en un primer instante, no supo qué decir,



pero luego corrió a besar las manos que le tendían. Cuando hubo pasado el primer momento de alegría, quisieron dar las gracias a la anciana, pero ésta había desaparecido sin dejar rastros. Entonces el joven le contó que, por haber desobedecido una vez a sus padres, que eran los reyes del país vecino, una hechicera lo había encantado, aun contrariando los deseos de sus buenos padres, pues éstos no querían que su hijo sufriera tal castigo, y lo había convertido en un pajarito verde, diciéndole que sólo el amor de una doncella lo sacaría de su encantamiento, y ése era el último día en que esto podía suceder.

Mientras esto decía el príncipe, los cortesanos, que habían se-


La viejecita condujo a la princesa hasta la gruta encantada.

guido secretamente a la anciana con la princesa, les salieron al encuentro y los llevaron al palacio de los padres de Ari. Después de haber contado su historia, el príncipe pidió la mano de la bella princesa.

Imposible es describir la alegría de la corte al saber la grata noticia. Los festejos de la boda duraron varias semanas, y en ellos tomaron parte desde los reyes hasta el más humilde de los súbditos.

Ari fué otra vez una princesa alegre. Su risa volaba por el palacio, sin que los bufones tuvieran que hacer contorsiones y muecas. Los juglares cantaban romanzas, viendo aparecer la sonrisa en los labios de Su Alteza.

Los reyes, felices con la alegría de su hija, sólo tenían un motivo de pesar: nunca pudieron hallar de nuevo a la viejecita, para darle las gracias. Con la débil esperanza de que algún día reapareciera, la reina le tejió un manto con lana de ovejas cuidadas especialmente, para que su vellón fuese negro y brillante como una noche estrellada. El rey mandó forjar unas gafas de oro puro y la princesa bordó unas chinelas de piel suave y abrigada.



A nuestros lectores

A. L. Kasten.—Su observación es muy justa. Son nuestros dibujantes quienes ayudan a que "Simbad" sea tan hermoso y completo.

René Scháper, Irma Gallardo, José José Vásquez, Carmen Medel, Sergio Rojas.—Cartas como las de ustedes, tan alentadoras, son las que nos impulsan a mejorar cada día las páginas de "Simbad".

Rafael Garrick.—Gracias por sus expresiones elogiosas. Dirijase a la Sección Subscripciones, Empresa Editora Zig-Zag, Casilla 84-D, Santiago.

Isaac Abuhadla Núñez.—Envíenos esas colaboraciones y juzgaremos su mérito.

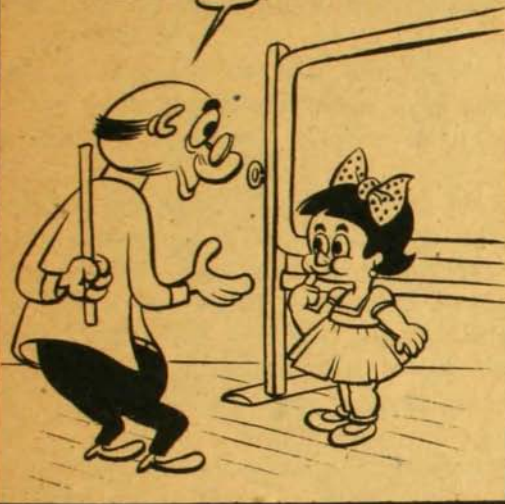
Antonio Ferrand, Rosa Arroyo, Medardo Lagos de la Fuente, Ana Navarro Castro, Germán Riveras.—Agradecemos sus felicitaciones por "Ives el Indomable".

Luis Hernán Araya.—Nos complace saber que usted y sus hermanos son tan entusiastas lectores de "Simbad". Transmitiremos sus congratulaciones a Nato y a Moris.

Patricia Bahamondes, Abdón Milad, Luis Rojas, Marta Hantke, José Silva.—Para corresponder a ustedes nuestro propósito es ofrecerles siempre las mejores seriales en la mejor revista infantil: "Simbad".

ROXANE.

A VER PELUSITA, NOMBREME
UNA FECHA MEMORABLE QUE
RECUERDE USTED



EL 18 DE.....
DE SEPTIEMBRE,
SEÑOR



¡MUY BIEN, MUY BIEN!
¿Y POR QUE ES UNA
FECHA MEMORABLE?..



PORQUE PARA ESE DIA MI PA-
PITO PROMETIO REGALARME
UNA BICICLETA



INFIMO EL MOSQUITO



RESUMEN: Infimo, el mosquito, se enamora de Blanquita, la hormiga negra, y para no separarse de ella decide trabajar. La asamblea del hormiguero contrata a Infimo como mozo de cuadra. Blanquita y su amigo van en busca de alimentos.

CAPITULO III.—La leche de los piojillos

Blanquita se cogió la cabeza con sus patitas delanteras y repitió: —Miserable...

Infimo revoloteó alrededor del rosal y volvió a posarse junto a la hormiga después de haber recogido el balde.

—Creo que nunca podré enseñarte a trabajar —sollozaba Blanquita—. Eres incorregible.

—Te afliges por tan poca cosa —respondió Infimo—. ¿Qué significan unos piojillos más o menos? No alcancé a aplastar más de cien.

—Ellos constituyen nuestro mejor alimento —protestó Blanquita—. Coge el balde y comienza a ordeñar.

—¿A ordeñar? —preguntó, espantado, Infimo.

—No agrandes tanto los ojos —sonrió la hormiga negra—. Ven acá... Coges un piojillo, le aprietas la cintura y destilas en el balde una rica leche. Cuando el balde esté lleno lo llevarás al hormiguero.

—Qué horror —murmuró Infimo—. Por lo que veo, los piojillos son las vacas que alimentan a esas horribles hormigas rojas.

—Ellas merecen toda nuestra atención, porque son las que nos defienden —insinuó Blanquita—. Son nuestros guerreros.

—¿Y por qué no se buscan ellas mismas su alimento?

—Basta de preguntas —ordenó Blanquita—. Llena el balde y lo llevas al hormiguero. Yo tengo que ocuparme de las cunas...

—¿Estás enojada conmigo, Blanquita? —preguntó el enamorado Infimo.

—Me enojaré si no ejecutas bien tu trabajo. Hasta pronto.

“Qué esclava del trabajo es mi Blanquita”, pensaba Infimo, mientras ordeñaba a los piojillos.

De súbito sintió deseos de gustar la leche de los piojillos y la encontró deliciosa.

Encantado con el sabroso néctar, metió su otra pata en el balde y lo volcó.

Infimo reanudó su trabajo sudando la gota gorda y haciendo reflexiones sobre la mansedumbre de los piojillos que se dejaban exprimir sin protestas.

Cuando llenó el balde voló hasta el hormiguero, pero al llegar al oscuro túnel advirtió que el pequeño recipiente estaba vacío.

—Al diablo, las hormigas, los piojillos y la ordeña —vociferó Infimo.

—¿Qué te decía yo? —dijo una voz burlesca.

Era la hermosa flor, la radiante margarita, quien se reía del mosquito. Con increíble paciencia, Infimo volvió al rosal y tras muchas precauciones logró llegar al hormiguero con el balde lleno de leche.

Veinte hormigas negras observaron la llegada de Infimo.

—¿Este que mete tanto ruido es el nuevo mozo de cuadra? —preguntó una hormiga.

—¿Para servirle, señora? —respondió Infimo, con una reverencia.

—Por aquí, Infimo —llamó Blanquita—. ¿Has trabajado bien?

—Sí, mi amorcito...

—No traes lleno el balde —murmuró Blanquita.

—Y yo que creía que estarías tan contenta —balbuceó el pobre Infimo.

Blanquita vació el lechoso líquido en una cuba colocada en medio de la galería central.

—Y ahora ve por otra lechada —ordenó la hormiga, entregando el balde vacío a Infimo.

—Otro trabajo más —exclamó Infimo, lleno de consternación.

—Tienes que llenar por lo menos quince baldes hoy —declaró Blanquita—. Hay ciento veinte hormigas rojas que alimentar.



—Tienes que traer, por lo menos, quince baldes de leche.

—Alimentar a esa gente ociosa. —protestó Infimo.

—Son guerreros, entiende —expresó Blanquita—. Tenemos que servirles porque es nuestra milicia de guerra.

—¿Cuándo me dejarás hablarte de amor? —preguntó el mimoso mosquito.

—Cuando hayas llenado esta cuba... Por lo menos hasta la mitad...

—Tesoro mío, vuelvo en seguida —musitó Infimo, volando fuera del hormiguero.

Suspendido en las hojas del rosal el mosquito cantaba a la luz, al sol, a la brisa y apostrofaba así a los piojillos:

—Den harta leche... Tenemos que nutrir a esas horribles hormigas rojas.

Infimo cumplió por fin la tarea señalada por Blanquita y pensó que ya podía descansar. El mosquito había advertido que alrededor de la cuba había unos diminutos vasos alineados como en una mesa de cóctel.

—Es conveniente que yo piense en el porvenir —se dijo Infimo—. Llenaré un vasito de esta leche y lo esconderé para cuando tenga apetito.

Pero allí le aguardaban unas hormigas muy guapas, verdaderas arpías que pretendían abusar del trabajo de Infimo, sin respetar la jornada de ocho horas.



—Ese mozo merece el suplicio
—chillaban las hormigas.

—No queremos más a este
mozo —decían las hormigas—.
Ha flojeado todo el día.

—La cuba no está ni hasta la
mitad —decían otras negras,
muy *pitucas*.

—Por favor, hermanas —inter-
vino Blanquita—. Infimo aun
no está habituado al trabajo,
pero tiene muy buena volun-
tad. Para juzgarle les pido que
esperen hasta mañana. ¿Acep-
tan, hermanas?

—Aceptamos por agradarte a ti, Blanquita —respondieron tras
breve pausa las inconformistas hormigas.

—Gracias, Blanquita —murmuró Infimo—. Estoy muerto de
cansancio.

Y el mosquito se durmió inmediatamente.

Al día siguiente, Blanquita le despertó de madrugada y le obligó
a reanudar sus faenas.

Antes de salir del hormiguero, Infimo ocultó el vasito que había
sustraído de la cuba en el fondo de la galería. Al salir vió que
cinco hormigas negras estaban alimentando a las gordas hormigas
rojas con el néctar que tanto le costara reunir el día antes.

Como el aire matinal le provocó apetito, Infimo bebió el primer balde que llenó con leche de piojillos.

—No podía seguir viviendo de aire —suspiró muy satisfecho Infimo—. Ciertamente el aire es algo delicioso, pero el estómago pide otra cosa. Benditos piojillos que vivís apretujados como sardinas en caja y que tenéis siempre a la mano tallos y hojas perfumadas del rosal. Y esos *perlas* de vientre rojo se deleitan con leche de rosas... Que el diablo se lleve a los hormigones rojos... Transcurrió el día y el mosquito avanzaba poco en su tarea. Además, iba haciendo provisiones para él en los diminutos vasos hurtados de la galería central.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Blanquita a su amigo al ver apretar con las patas el lechoso jugo de los vasos robados.

—Fabrico queso —dijo el petulante Infimo—. Prueba esta pasta, Blanquita.

—Deliciosa —confesó la hormiga—. Deberías fabricar un queso para los guerreros.

—¡Los guerreros! —exclamó Infimo, fastidiado—. Si pudiera los devoraría a todos. Come todo el queso, Blanquita. Mañana amaso otro para mí.

Llegó la noche y la cuba estaba menos de media. Las obreras comenzaban a indignarse.

—Ven acá —dijo Blanquita al mosquito—. Tengo miedo por ti... Ocúltate tras la cuba.

Infimo se escondió con la nariz metida en su exquisito queso.

“Cuando todos duerman me lo comeré enterito”, pensó Infimo.

Entretanto las hormigas domésticas comenzaban a protestar por el poco trabajo del mozo de cuadra.

—Menos leche que ayer —decía una—. Despediremos a este sirviente.

—Hermanas, tomen en cuenta —empezó a decir Blanquita...

Estas palabras suscitaron la furia de las hormigas...

—Qué afán de defender a un flojo —exclamaban las hacendosas hormigas—. No es propio de una obrera consciente...

—Ese mozo merece el suplicio...

—Antes de castigarle tendrá que reunirse la asamblea general —insinuó Blanquita—. Yo me opongo a la tortura previa...

“Qué buena es Blanquita”, pensaba Infimo, oculto tras la cuba.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

RESUMEN: Ives penetra a una comarca donde "las piedras cantan". Allí reinan Gonor, la morena, y Galia, la rubia. Descubre el misterio, destruyendo el dominio que Gonor ejerce en la región. Ella jura vengarse.

CAPITULO XXIX.—Irka obedece

No sospechaba Ives que Gonor, su mortal enemiga, se vengaría de él causándole el más terrible dolor de su vida. Cuando la druidisa comprendió que estaba derrotada, se dirigió hacia la gruta que servía de refugio a su hermana Galia la rubia. Llevaba la capa del príncipe, desgarrada por el filo de las espadas y teñida de sangre.

—El extranjero ha muerto —anunció a la doncella—. Desafié a los caballeros de Bretaña, que venían a pagarme tributo, y ellos le atravesaron con sus aceros. Aquí está la sangre de sus numerosas heridas y la de su corazón, que ya no latirá más.



Gonor mostró a Galia la capa desgarrada por el filo de las espadas.

Los azules ojos de Galia se dilataron horrorizados. ¡Ives yacía muerto! Nunca ya vería sus pupilas brillantes de audacia, ni oiría su risa despreocupada, ni sentiría el roce de sus manos. Por siempre se había extinguido el eco de su voz. Y su alta sombra no pasaría otra vez sobre la hierba del bosque.

De súbito, prorrumpió en sollozos. Gonor le dijo con voz melosa:

—Toma esta bebida reconfortante, Galia, y te conduciré donde está él para que llores sobre su cuerpo.

Ambas hermanas se pusieron en camino. A vanguardia marchaba Gonor, con la mirada ardiente de odio. La seguía Galia. Porque tenía la cabeza inclinada, sus cabellos formaban un grueso velo de oro ante su rostro, impidiéndole ver por dónde caminaba. De todos modos, el llanto la enceguecía y no advirtió que atravesaban sendas escarpadas. Cuando Gonor se detuvo, Galia cayó de rodillas, casi inconsciente. En el agua que le ofreció la druidisa, ésta había mezclado un poderoso estupefaciente.

Erguida sobre una colina, Gonor sopló sobre un cuerno de caza. La vibración, surcando el aire, llegó a oídos de Irka, el cazador de pájaros. Era sordo. El único sonido que percibía era el de aquel cuerno. Ives también lo escuchó. Había descubierto ya la desaparición de Galia y experimentaba profundo temor y angustia.

—Galia... —susurró—.



La druidisa dió a la doncella rubia, una bebida estupefaciente.



El sordo Irka escuchó el lejano llamado.



¡Dios, protégela!
Irka se lanzó corrien-
do a través del do-
minio de las piedras
y se presentó ante
Gonor. Ella, hablan-
do con lentitud para
que el vagabundo le-
yera las palabras en
sus labios, dijo:

—Quiero que arreba-
tes la vida a Galia.
Prefiero verla muer-
ta antes que junto al
maldito forastero. Si
obedeces, verás al
ave del blasón.

En esa comarca exis-
tía la leyenda de “las
piedras que cantan”,
destruida por Ives, y
la leyenda del ave
del blasón, fabuloso
volátil que daría in-
menso poder a quien
lo encontrara. Según
la supersticiosa
creencia, el pájaro
serviría de símbolo a
su dueño, quien lo
grabaría en su escu-
do de armas para
conservar siempre su
imperio.

El huracán semblante
de Irká resplandeció.

Sobre la roca se er-
guía, un formidable
pájaro de piedra.

¿Podía ser el rey de la isla? ¿Tener un palacio y súbditos que le sirvieran de rodillas y besaran sus pies?

Movió la cabeza en signo afirmativo y siguió a las dos hermanas hasta un valle secreto. Allí se destacaba contra el cielo un gigantesco pájaro de piedra. Era una escultura formidable. Sobre el roquedal abrupto se posaba, con una inmovilidad que parecía dotada de vida, con la quietud del ave de presa antes de caer como un relámpago sobre la desprevenida víctima.

Los labios de Irka temblaron. Confusas palabras surgían de su garganta. Honor, señalando hacia la altura, ordenó a Galia:

—¡Sube! El está sobre ese peñasco. Ve a llorar su muerte.

La doncella obedeció. Caminaba como en un sueño, escalando la áspera senda. Las aristas hirieron sus manos, pero ella no sentía el dolor físico. Sólo pensaba en el forastero.

—¡Más arriba! —gritó la pérfida hermana—. Tu héroe yace a los pies del ave del blasón.

Galia vaciló de pronto. Las fuerzas la abandonaban. ¿Alcanzaría alguna vez la altura para tenderse silenciosamente junto al cuerpo inmóvil del príncipe? Estaba fatigada y el sopor cerraba sus párpados. ¿Cuándo llegaría al final de su terrible camino?

Desde abajo, Irka la contemplaba y había en sus ojos la misma expresión que reflejaban al espiar a un pájaro. El cazador, en su mente lerda, creía en ese instante que Galia era un ave prodigiosa. Cuando lanzara la flecha, ella caería con el cabello extendido en el aire como un ala dorada.

(CONTINUARA)

**COUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 29

El número de masa del
uranio natural es....

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO DIGANOS EL NUMERO



¿Puede decirnos cuál es el número de masa del uranio natural?

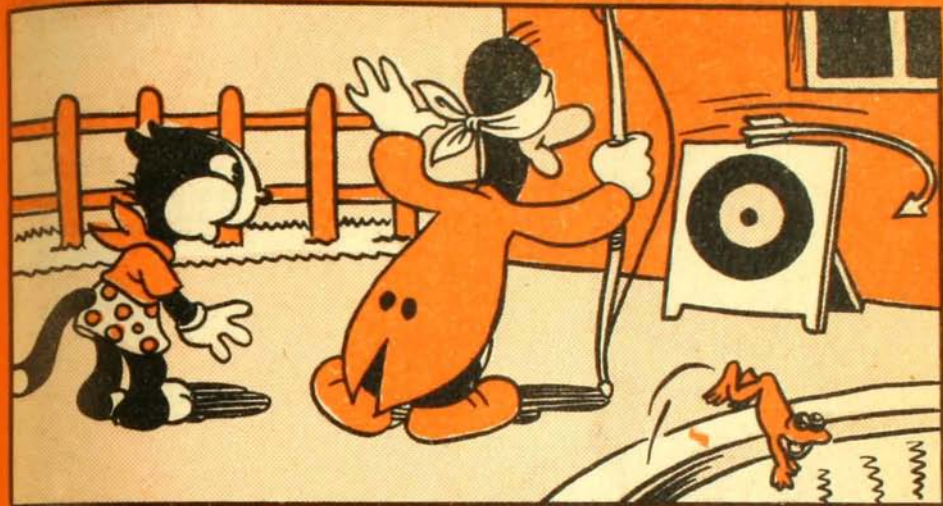
Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 20 premios de tres forros para cuadernos, 20 premios de cinco secantes cada uno, 20 tinteros para colegiales y 10 paquetes de Vitalmín.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 26.

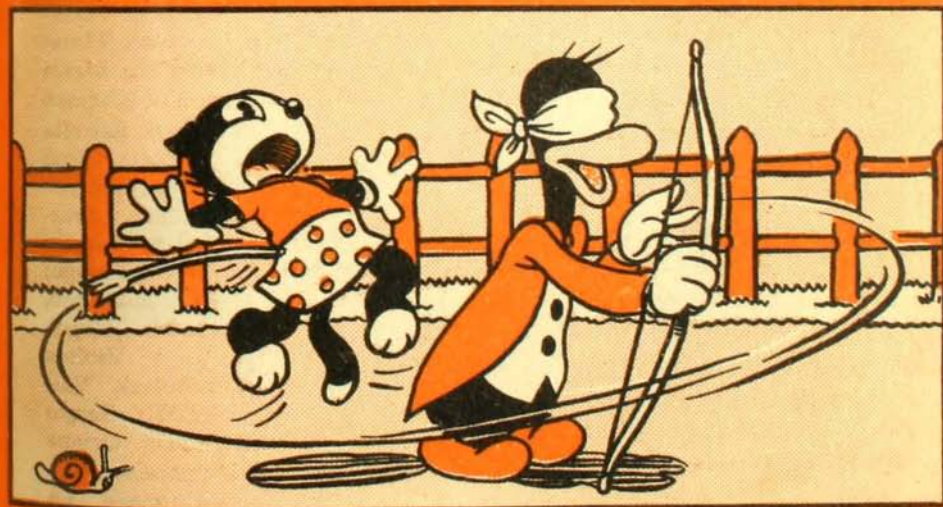
El pulpo tiene ocho tentáculos.

PREMIADOS CON UN LAPICERO FUENTE: Manuel Mayorga, Santiago; Alam Netle, Santiago. **UN BOLSON PARA COLEGIAL:** Luis Durán, Santiago; María Cristina Sepúlveda, Santiago; Pablo Schapiro, Santiago. **UNA CAJA LAPICES DE COLORES:** Rigoberto Guerrero, Talca; Susana Montecinos, Concepción; Nenito González, Santiago; Alfonso González, Santiago; Hugo Apelgreen, Puente Alto; Irma Ribes, Santiago; Carmen Contador, La Obra; René Arcos, Santiago; Raúl Rojas, Santiago; Lorenzo Matamala, Mininco. **UNA CARPETA ESQUELA:** Luis Moreno, Santiago; María Bustamante, Concepción; Juan Palominos, Curanilahue; Victoria del Carmen Navarrete, Santiago; Gastón Acuña, Angol; Iván Alvarez, Santiago; Estrella Gaus, Talcahuano; Alberto Sotelo, Santiago; Nelson Zagal, Victoria; José Miguel Izzo, Santiago. **UNA LIBRETA APUNTES:** Eugenio Bello, Santiago; Matilde Leyton, Valparaíso; Hugo Rivera, Viña del Mar; Eugenio Guzmán, Maipú; Luis Fuentes, San Carlos; Juan Urrutia, Talcahuano; Jaime Latham, Puente Alto; María Mosqueira, Temuco; Patricio Wagner, Santiago; Carmen Calvo, Santiago. **UN PAQUETE VITALMIN:** Gerardo Romenzo, Santiago; Sonia Díaz, Santiago; Rubén Sáez, Santiago; Reinaldo Rojas, Santiago; Miguel González, Santiago; Francisco Vallejos, Santiago; Violeta Quiroz, Santiago; Isabel Lara, Concepción; María Cristina Sanhueza, Valparaíso; María Pérez, Quillota. **UN ESTUCHE PARA COLEGIAL:** Sergio Tapia, Santiago; Eliana Ulloa, Santiago; Lino Santander, Santiago; Oriana Peña, San Bernardo; Sonia Kimura, Santiago; Gastón Pabst, Valparaíso; Milán Trsich, Santiago; Raúl Figueroa, Concepción; Patricia Villanueva, La Serena; Ana María Moller, Temuco.

MUCHI X POCO



3. "—... ¡y a las tres!", gritó Muchi. Poco soltó la flecha y ésta salió silbando un tango de moda. Un sapo que había por allí se lanzó al agua para salvarse. Muchi reía.



4. Pero su alegría fué poquita y se acabó. La flecha describió un círculo y ya ven ustedes dónde se clavó. La gata estuvo una semana sin sentarse y sin poder mover la cola.

Él **fué** el primero

Monseñor José María Caro, primer Cardenal

de Chile



Monseñor José María Caro sintió desde muy niño la vocación religiosa. Criado entre el campo y el mar, pues es hijo de agricultores de Pichilemu, estudió primeramente en la humilde escuela de Ciruelos, antes de llegar al Seminario Conciliar de Santiago.

En 1887, cuando contaba 21 años, partió a Roma con el que más tarde sería Monseñor Gilberto Fuenzalida. Ellos fueron los

primeros egresados del Seminario que la Arquidiócesis de Santiago enviaba al Colegio Pío Latinoamericano, para completar sus estudios teológicos. De regreso a Chile, volvió al Seminario, pero esta vez como profesor de gramática, filosofía, teología, griego y hebreo.

En 1899 se trasladó a Mamiña, región de oasis en la tórrida zona del Norte chileno, y fué el querido y reverenciado "señor cura", que a todos prestó ayuda y consuelo.

Consagrado obispo de Tarapacá en 1912, a menudo abandonaba su mansión apostólica para recorrer la extensa pampa calcinada y, por su bondad infinita, mereció ser llamado "el obispo de los pobres".

En 1925 fué nombrado obispo de La Serena, y su trabajo siguió siendo incansable. Recibió muchos títulos a través de su santa misión y ahora figura entre los herederos del trono pontificio de la Iglesia Católica Romana.

Simbad

INFIMO EL MOSQUITO

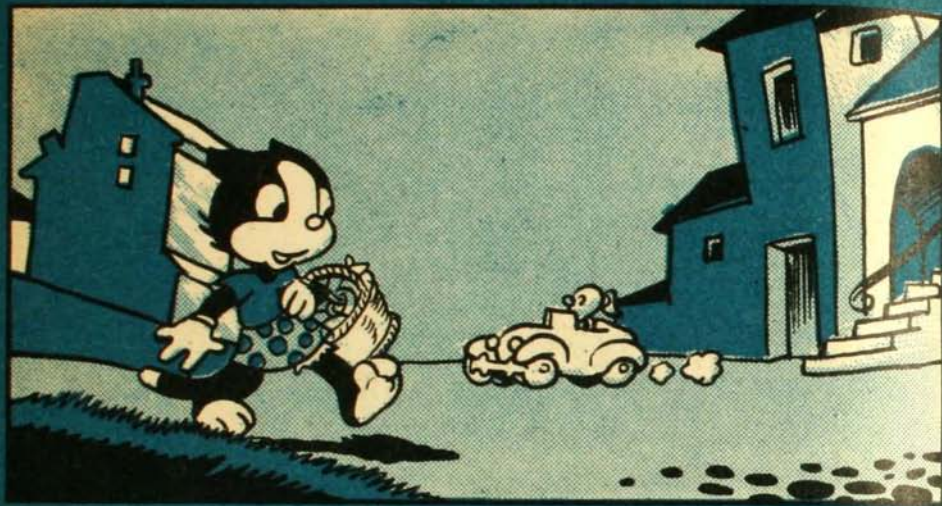
N.º 30

\$ 2.-



ELENA FORIER

MUCHI Y POCO



1. Muchi salió al campo a cazar callampas. Regresó a la ciudad con un canasto lleno. "—A la hora del almuerzo seré feliz y comeré perdiz... , es decir, comeré callampas."



2. Al pato Poco también le gustaban las callampas y dejó el canasto más vacío que su mollera. Cuando Muchi vino a buscarlas, dijo: "—¿Serán callampas nailon, que no las veo?"

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 30

Precio: \$ 2.—

29-III-1950



GIL BLAS de SANTILLANA

CAPITULO III.—Planes de fuga.

Gil Blas de Santillana, estudiante asturiano, se dirigía a Salamanca para ingresar a la universidad. Por azares de la vida, no llegó al colegio donde haría gala de ser un sabio joven. Cayó a una cueva de ladrones y allí no lució otras habilidades que las de pelar papas, vigilar las ollas y oír con paciencia los rezongos de la cocinera Leonarda.

El capitán de la banda se llamaba Rolando. Día a día aumentaban las riquezas atesoradas por los truhanes: oro, joyas, vestiduras dignas de un rey, vajilla con escudos de armas, espadas con guarda incrustada de piedras preciosas.

Por supuesto que nuestro héroe no disimulaba su tristeza.

—¿Qué diablos te pasa? —le preguntaba Leonarda—. Estás poniéndote ama-



—Estás poniéndote amarillo como un limón.

rillo como un limón. ¿En qué lugar del lugar del mundo estarías mejor que aquí? Los alguaciles no te encontrarán.

—Por cierto que no —añadía Rolando—.

La guardia es segura. Fué construída en tiempos de la invasión morisca en España, cuando los cristianos que seguían a don Pelayo necesitaban esconderse.

Un día el joven ya no resistió más aquel

encierro y decidió fugarse. Aguardó que llegara la noche y que sus carceleros se durmieran. Llevando una lamparilla de aceite para alumbrarse el camino, se dirigió hacia la cuadra. Con gran furor comprobó que la puerta era de hierro y tenía un cerrojo sólido. Gil Blas intentó, sin embargo, abrirlo. Sólo consiguió inter-



Gil Blas decidió fugarse y esperó que anocheciera.



Con gran furor comprobó que la puerta era de hierro.

rumpir el silencio con un metálico chirriar que despertó a Domingo, el palafrenero negro. Cuando menos lo esperaba, el estudiante sintió que llovían sobre él los vergajazos. Gil Blas no gritó, pero las voces del africano atrajeron a Rolando y a sus secuaces.

—¿Qué demonios pasa? ¿Es que un honesto salteador no

puede dormir en paz ni siquiera en su propia madriguera? Aunque Gil Blas estaba muy ocupado esquivando los golpes de vergajo, no pudo dejar de asombrarse por aquel "honesto salteador", dicho con tanto descaro.

—¿El mocito quería huir? —preguntó el capitán, y, lentamente sacó de la vaina su temible cuchillo.

—Yo... —balbuceó Gil Blas.

—Tú, mozalbete —agregó Rolando—, mucho cuidado con que te sorprendamos otra vez en un intento de fuga. No volvería a perdonarte y te desollaríamos como a un carnero. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien, entonces. Todo el mundo a la cama.

Desde ese fracaso, el joven asturiano se abstuvo de hacer incursiones nocturnas. Pero no renunciaba a la idea de evadirse.

"Tengo que discurrir una manera", pensaba, mientras ayudaba a Leonarda en la cocina.

Por fin halló el ardid que buscaba. Desde entonces cada vez que era posible, repetía:

—¡Cómo quisiera ser aventurero como vosotros! ¡Ser el dueño de los caminos! ¡El bravo ante quien tiemblan los nobles y los plebeyos! ¡El audaz que vive con el puñal en la mano y el arcabuz contra el hombro!

Tanto majadereó con aquellas exclamaciones, que Rolando, estudiándole con detenimiento, observó:

—No harías mal salteador. Eres ágil y tienes una gallarda figura. La presencia física sirve mucho para engañar a los incautos.

—Y a las damitas ingenuas —a g r e g ó un truhán, soltando la risotada.

—Exacto, mient r a s las víctimas te miran,



—Si otra vez intentas huir, te desollaré como a un carnero.



Gil Blas recibió lecciones de tiro.

sin convencerse de que seas un forajido, tú les quitas la bolsa y las joyas.

Gil Blas sintió que temblaba interiormente, pero fingió entusiasmo. Lo importante era salir de la cueva. Luego sería fácil emprender las de villadiego.

—Me parece buena idea —continuó Rolando—. Compañeros, bebamos con nuestro nuevo camarada.

Escanciaron en las jarras un vino que hizo toser a Gil Blas cuando pasó por su garganta.

—Desde hoy harás ejercicios de puntería —decidió el capitán—. Mis mejores tiradores te darán lecciones. Como asimismo de esgrima.

Gil Blas distribuyó desde entonces su tiempo entre la cocina y los ejercicios. Adquirió tal destreza y pulso, que apagaba la luz de un candil a veinte pasos y podía hacer blancos que muchos de sus nuevos compañeros no lograban. En cuanto a la espada, era más hábil que un gentilhomme para esgrimirla.

—Bien —decía Rolando, fijando su mirada aprobadora en el aprendiz de salteador—. Prometes, mocito.

Gil Blas callaba.

—Quisiera verte en un asalto —añadió el capitán.

“Vas a verme en mi fuga —pensó el estudiante—. Es decir, espero que no me veas, para huir sin sobresaltos.”

(CONTINUARA)



EL PIRATA DANDY

CAPITULO IV.—Dandy se burla del gobernador

El gesto teatral del pirata Dandy, despojándose de parches y andrajos al subir al puente del "Loro de Mar", dejó atónitos a los marineros.

—¡Truenos y relámpagos! — exclamó Nico Bonete—. Dandy Duval en persona.

—Nico Bonete —replicó con fingida sorpresa el pirata Dandy—. Gusto de veros. Temí que os hubieran ahorcado en Jamaica.

—Atenle —ordenó Nico Bonete a los piratas—; este bandido nos llevó prisioneros a Jamaica.

Dandy Duval dió un paso atrás y, alzando su espada de acero toledano, arengó así a los piratas:

—Ya conocen esta espada, ¿eh? Primero tengo que parlamentar contigo, Nico Bonete, y después armaremos pelea. ¿Cómo pudiste librar de las garras del gobernador Carlos Dane?

—Carlos Dane, Gobernador de Jamaica, es mi amigo —declaró el pirata—; yo le pago el 20 por ciento del botín. Me dejó en libertad con la condición de que te llevara prisionero y me ofreció 500 libras oro por tu captura. Piloto Gay, vamos rumbo a Jamaica.

—Permíteme que haga volar tu feo chambergo, Nico —dijo sonriendo Duval.

Y con la punta de su larga espada arrojó al suelo el sombrero de Nico Bonete. Se inició un duelo a muerte entre Dandy y Nico Bonete. Los tripulantes del "Loro de Mar" aplaudían como si estuvieran en un torneo de esgrima.

Dandy Duval no erraba golpe. Su espada toledana pinchaba por

RESUMEN: Cuarenta revolucionarios son conducidos a la isla Jamaica, en la goleta "Primorosa" Dandy Duval vence a los piratas y se apodera del velero, del cual se constituye capitán. Poco después captura al famoso pirata Nico Bonete y su goleta "Loro de Mar". Dandy ofrece al gobernador de Jamaica sus barcos y su tripulación para servir al rey de Inglaterra. Dane rechaza su oferta y Duval declara que en adelante será pirata. En la isla de la Calavera, Duval es traicionado por el tuerto Matías, quien se apodera de su goleta. El pirata Dandy distraído de naufrago sube al puente de la goleta de su enemigo Nico Bonete. Un velero pirata ataca a la goleta.



Dandy esgrimía su espada con la finura de un gentilhomme.

todas partes a Nico Bonete, sin que éste pudiera hacerle ni un rasguño.

El pirata rugía de rabia y por su boca salían espumarajos. Entretanto, Dandy Duval esgrimía su espada con la finura de un gentilhomme y reía a carcajadas con cada pinchazo.

—Niquito, no es posible que quieras entregar a tu compañero —decía Duval—. Entre amigos, es una traición.

Pero en ese instante uno de los íntimos de Nico Bonete se acercó por la espalda a Duval y disparó su pistola. Dandy, a quien ningún ruido escapaba, volvió la cabeza y el proyectil le atravesó el tricornio.

Con pasmosa agilidad Dandy atravesó de parte a parte con su espada al pirata que le atacaba tan cobardemente.

—Sangre de tiburón —vociferó Nico Bonete—. Todos contra él, muchachos...

Antes que los piratas atacaran a Dandy, éste se había colocado tras un cañón, y desde allí gritó a los tripulantes del "Loro de Mar":

—Ustedes tienen por capitán a un pollo mojado, que no resiste al filo de mi espada toledana. Ese traidor se ha vendido al Gobernador de Jamaica, y por 500 libras quiere entregar a un compañero de oficio. Esta es una villanía que ningún hombre que se dice pirata debe soportar. Yo, en vez de 500 libras por la sangre de un hermano, les ofrezco el botín de los mares. Iremos en busca de mi goleta la "Venganza" y formaremos la **FLOTA INVENCIBLE**. Escojan ustedes entre el aliado del viejo Dane y Dandy Duval.

—¡Viva el capitán Duval! —gritaron los tripulantes del "Loro de Mar".

—Ha vencido en un duelo legal y merece el mando de la goleta —dijeron otros.

Nico Bonete, al ver la desertión de sus compañeros, temblaba de miedo.

—Nunca he sido sanguinario, Nico —expresó Duval—, ni tienes por qué temblar. Vas a encerrarte en tu camarote y de allí no saldrás hasta que te dé permiso.

Nico Bonete comprendió que el castigo era suave para lo que merecía y se dejó encadenar y encerrar como un cautivo.

—Y ahora en busca de mi goleta "Venganza" —ordenó Dandy Duval.

El tuerto Matías, después de abandonar a su jefe en la isla de las Calaveras, siguió rumbo a las islas vecinas de Jamaica. El contramaestre Gullet y varios marineros no estaban contentos con la actitud traidora del tuerto Matías y se lo dejaban ver con la lenta marcha de la goleta.

—¡Un barco a la vista! —gritó el vigía del "Venganza"—. Trae los colores de un velero pirata.



Duval se transformó en Nico Bonete.

Ya Dandy Duval, trepado en el palo mayor, había descubierto su barco y con la espada en alto saludaba a sus compañeros, indicándoles que detuvieran su andar.

—Trabaremos batalla —dijo el tuerto Matías.

—Jamás —gritaron los ex presidiarios fieles a Duval—. Tú nos engañaste, Matías, en la isla de la Calavera, pero nosotros somos leales a nuestro capitán.

Vencido por el número, Matías tomó una actitud hipócrita y él en persona bajó la escala para recibir a Dandy Duval.

—Capitán —expresó el tuerto Matías—, al veros desaparecer en el abismo creímos que habíais perecido y como mis compañeros temblaban de espanto en esa isla macabra, decidí zarpar.

—Bien, bien —replicó Dandy, fingiendo creer las mentiras de Matías—. Me he apoderado del “Loro de Mar” y juntos volveremos a Jamaica, donde tengo cuentas que ajustar con el gobernador. Gullet, te confío el manejo del “Venganza” mientras yo sigo en el “Loro de Mar”, donde tengo prisionero a Nico Bonete. Ambas goletas se ocultaron en una ensenada contigua a la rada de Jamaica.

—Espérenme aquí —ordenó Duval a los tripulantes del barco—, mientras voy a conferenciar con el viejo Dane.

Entrando a la celda donde tenía prisionero a Nico Bonete, dejó a éste de su traje y de su ridículo chambergo. En seguida, por medio de lápices y ungüentos, fué transformando su hermosa fisonomía hasta que su semejanza con Nico Bonete resultó realmente asombrosa.

—Adiós, Niquito —dijo el travieso Dandy—. ¿Nada le mandas decir a tu compadre el gobernador?

—Que te descuere y después te ahorque —replicó furioso el prisionero.

—Gracias por tus buenos deseos, Niquito.

Haciéndose pasar por Nico Bonete, aliado del gobernador, Dandy Duval logró introducirse en la fortaleza de la Gobernación. Llamóle la atención a Dandy Duval la facilidad con que los guardias le dieron entrada, pero nunca imaginó que, traicionado una vez más por Nico Bonete, ya el gobernador estaba en antecedentes del disfraz del valiente Dandy.

Y fué así que cuando subía la escalinata del palacio por todas partes surgieron guardias armados gritando:

—¡A muerte el pirata Dandy!...



—Necesito una plancha para los encajes de mi corbata.

Duval inició el terrible juego de su espada toledana, y comprendiendo que su fuga por los jardines le acarrearía la muerte, trepó por una columna al techo del palacio y allí se escabulló sin que sus enemigos se dieran

cuenta de esa estratagema.

—Idiotas, estúpidos, no le dejen escapar —gritaba el viejo Dane. Entretanto, Duval, arrastrándose por el techo, llegó hasta una claraboya, y por ella bajó a un cuarto del segundo piso.

—La ropería del gobernador —exclamó Dandy Duval al ver colgados en los muros casacas galoneadas, pantalones con franjas doradas y un sinnúmero de tricornios.

—Aquí abandono los fétidos harapos de Nico Bonete y me visto como un gobernador —murmuró el pirata Dandy.

Gracias a su vistoso traje y a la obscuridad podía engañar a sus perseguidores.

Deslizándose por los sombríos corredores, llegó hasta la cocina

de la residencia gubernativa. Un negro trabajaba allí con la espalda vuelta hacia la puerta.

Dandy Duval, olvidando todo peligro, fijó sus miradas en una plancha y pensó que le convendría mucho ese objeto casero para planchar los encajes de su levita.

—Continúen su trabajo, muchachos —ordenó Dandy, imitando la voz meliflua de Carlos Dane—. Sólo vengo en busca de una plancha.

—¿Una plancha, excelencia? —exclamó el negro, con extrañeza.

—Sí —respondió Dandy—, me hace falta para mi corbata y mis encajes. Mi lacayo, el tuerto Matías, las estira con alfileres, pero no resulta bien. Miren qué desastre. . .

Los negros rieron alegremente y uno de ellos entregó la plancha. En ese momento entraba a la cocina el camarero del gobernador. Al divisar a Duval, exclamó:

—Este es el pirata Dandy. . . Yo lo vi cuando pretendió visitar al gobernador disfrazado de Nico Bonete. Deténganlo.

Duval permaneció inmóvil.

—Para qué tanto emocionarse —murmuró con su habitual sonrisa—; yo necesitaba una plancha para mis encajes y corbatas. Diciendo esto, Duval retrocedió hasta la puerta y la cerró con llave antes que los negros o el camarero pudieran perseguirle.

En vez de correr precipitadamente, Dandy se alejó de los corredores del palacio y bajó al jardín.

Como llevaba el traje y el tricordio emplumado de Carlos Dane, caminaba airoso y despreocupado.

—¿Aún no han encontrado al pirata? —preguntó a unos soldados—. Sin duda ha saltado el muro. . . Corran en su busca. Ofrezco 500 libras al que lo traiga.

—A su orden, excelencia —respondieron los guardias, corriendo hacia los muros.

Ya más seguro, Dandy Duval se dirigió a la gran puerta de la fortaleza. Pero allí el centinela le colocó la linterna en el rostro y al punto dió la voz de alarma.

—Aquí soldados. . . Este no es el gobernador. . . Auxilio.

—Yo nunca dije que era el gobernador, idiota —respondió Dandy, propinando un fuerte bofetón a la sien del centinela.

En seguida saltó por encima del soldado y corrió hacia la enseña donde había anclado el "Venganza".

(CONTINUARA)

LOS OSITOS DE TOMASÍN



1. Tomasín y sus ositos se despiden hoy de "Simbad". Tomasín decidió ir solo a la fiesta de despedida. Cuando volvió, arrepentido, a buscarlos, encontró una tarjeta de adiós para siempre.



2. Asustado se adelantó y cayó cuando Tomasín era. Ma, Ra, Vi y Lla estaban escondidos debajo de la alfombra y salieron pativolando. "—¡Nosotros iremos a dar el adi-osito a "Simbad"!"

Los gladiadores

CAPITULO VII.—El Estado del Sol.

Los veinte mil hombres capitaneados por Espartaco, el joven tracio que soñaba con la libertad de los esclavos, se dividió. Unos seguirían a Crixo y a Casto para continuar sus correrías, dejando a su paso cadáveres, ruinas, desolación. Los otros marcharían con Espartaco hacia las montañas de Lucania, para fundar la ciudad libre, el Estado del Sol, donde el espectro de la esclavitud no se asomara jamás.

Una noche, los que permanecían fieles a Espartaco vieron que los desertores abandonaban el campamento, con mucho ruido y múltiples bravatas. Y ese ejército fué destrozado por las legiones romanas. Los sobrevivientes que no pudieron huir, fueron clavados a los árboles de la vía Apia.

Cuando el jefe tracio recibió las funestas noticias, se ensombreció aún más su bello rostro. Dió orden de marchar hacia Lucania, que en lengua griega significa "el país blanco", debido a la cal que inunda su suelo.



Tuvieron que batallar contra los romanos durante su avance.

Tuvieron que batallar contra los romanos durante su avance. Cosinio fué atacado y el propio Espartaco le dió muerte. Igual ocurrió con Furio y después enfrentaron al pretor Varinio. Los pastores y esclavos iban armados con hoces, horquillas, rastrillos, mayales, hachas y otros utensilios agrícolas. El odio a sus viejos torturadores, avivaba su ingenio. Muchos trajeron con-

sigo sus propias cadenas para forjar con ellas puntas de flechas y espadas.

Y nadie pudo detenerlos. Toda la Italia del Sur cayó en poder de la hermandad de insurrectos, que eran aclamados a su paso. La ciudad de Turio acogió al héroe, a quien ya en todas partes se llamaba el Príncipe de Tracia. Cerca de las murallas de Turio se



Las riquezas obtenidas en los saqueos sirvieron para levantar el Estado del Sol.

empezó a edificar la Ciudad del Sol. No tardó en alzarse, austera y desafiante, la Ciudad Esclava, incrustada en la llanura, entre los ríos Cratis y Síbaris, sus cuatro puertas custodiadas por impresionantes centinelas. Ante cada casa, el emblema de la ciudad: una cadena rota. Junto a la Puerta del Norte estaban las

cruces para los que quebrantaran las leyes de libertad y fraternidad.

Las riquezas que provenían de los romanos sirvieron para levantar el Estado del Sol, y Espartaco vió que la codicia crecía entre los suyos. Las cruces nunca se veían vacías. El tracio era inflexible y cada día arengaba a su pueblo para que respetara las leyes.

(CONTINUARA)



Arengaba a su pueblo para que respetara las leyes.

Ponchito



¿TIENE POCAS
GALLINAS?



COMO VEINTE,
NADA MAS



¿Y CUANTAS LE
PONEN DIARIO?

OIGA CASERO, SI LAS GALLINAS
NO DONEN DIARIOS, PONEN
HUEVOS



BIF, BAF y BUF

Bif, Baf y Buf eran tres duendecitos que vivían en el País de las Hadas. Por casualidad un día hicieron un favor a una vieja bruja y ella se sentó a meditar en qué forma los premiaría. Pensaba, con la frente muy arrugada y con la cabeza tan baja, que su nariz puntuda le tocaba los zapatones negros que usan las brujas.

Luego de mucho pensar y pensar, dijo:

—Les entregaré una fórmula para fabricar una pintura roja.

—Yo sé hacer pintura roja —dijo Bif, encogiendo los hombros.

—Yo también —añadió Baf, arriscando la naricilla.

—Y yo, ¿creen que no sé? —gritó Buf, haciendo chasquear los dedos.

—Pero esta pintura no se borra jamás, ni con el tiempo, ni con el agua. Con nada, con nada.

Esto ya les pareció mejor a los duendes.

—Y tiene un brillo y un color maravilloso.

Cada vez les parecía mejor a Bif, Baf y Buf.

En cuanto la bruja les comunicó el secreto, corrieron los tres a su casita. Hicieron la pintura y, para probarla, embadurnaron una vieja silla. Esta se convirtió en un objeto brillante y nuevo. Seguramente en todo el País de las Hadas no había un mueble más hermoso que la silla roja.

Bailando de alegría, los duendes cantaban a coro:

—¡Vamos a hacer fortuna! ¡Iremos al palacio del rey!

Llenaron un pote con el espléndido tinte y se pusieron en camino. Atravesaron el bosque y anda que andarás llegaron al palacio. Los soldados que montaban guardia en la puerta principal no les dejaron pasar.

—¿Qué insolencia es ésta? —protestó Buf—. ¿No permiten el paso a los tres pintores más estupendos del mundo?

—¡Largo de aquí, si no quieres que te haga correr con la punta de mi alabarda! —amenazó uno de los soldados.

No había modo de discutir con aquel palurdo y los tres estupendos pintores dieron la vuelta al palacio. En la puerta por donde entraban los sirvientes, vieron a una doncella que barría el patio.



—Somos tres pintores maravillosos —dijo Bif, haciendo una reverencia.

—¿Quiénes sois? —preguntó ella, cesando de levantar polvo con los escobazos.

—Tres pintores maravillosos —contestó Bif, haciendo una reverencia—. Hemos venido a preguntar al Rey si quiere que le pintemos algo con nuestra pintura roja, que es brillante y alegre como ninguna y que rejuvenece las cosas. Un trasto viejo lo deja convertido en una joya.

—Me parece que sois muy embusteros —dijo la criada.

—Os probaremos que sólo decimos la verdad —repuso Bif, y, de dos brochazos pintó el mango de la escoba. La pintura se secó instantáneamente.

—Ahora, seguir barriendo —invitó el duendecito.

La doncella obedeció y vió, maravillada, que la escoba pesaba menos que una pluma, barría sin dejar una sola basura y no alzaba polvo. La criada corrió a mostrar la escoba al cocinero y éste salió a ver a los pintores.

Bif, Baf y Buf le hicieron una profunda reverencia.

Minutos después, las bandejas y frascos de la cocina estaban pintados y jamás se habían visto más bonitos.

—¡Qué bien! —exclamó el cocinero—. Se lo diré al señor Chambelán y si a él le parece prudente, se lo dirá al Rey.

Bif, Baf y Buf dieron una voltereta en el aire para demostrar su alegría.

El Chambelán acudió a la cocina, a fin de examinar el trabajo de los pintores que el cocinero ponía por las nubes. Olió los frascos, miró con sus cegatones ojos las bandejas y por fin dijo:

—Esperad. Informaré a Su Majestad.

No tardó en regresar.

—El Rey —declaró— quiere que pintéis las sillas y mesas del salón rojo y que luego veáis qué partes del palacio necesitan un toque de pintura roja. Pero no hagáis tunanterías.

Los duendes, pintores empezaron a trabajar con gran entusiasmo. En breve, las antiguas sillas veíanse flamantes y con un aspecto alegre como el de las amapolas.

—Me gusta pintar aquí —decía Bif.

—Pero el Chambelán me cae como veneno —confesó Buf, pensativo—. Creo que no nos quiere.

En efecto, el viejo Chambelán hostilizaba a los duendes. Ellos, apenas veían dibujarse en el piso del palacio la sombra larga y angulosa del Chambelán que se acercaba, empezaban a temblar. Luego oían su voz áspera:

—¿Qué están haciendo ahora? El Rey no los mantiene para que vean volar las moscas. Este sillón, ¿por qué no está pintado todavía?

Cuando hallaba en su camino una brocha o algún otro utensilio de los pintores, tronaba:

—¿Cuál de los tres tunantes dejó esto? Otra vez que suceda, buscaré al culpable y le daré de latigazos.

No habían pasado ni cinco minutos de esta rabieta, cuando el Chambelán, al cruzar una puerta, hundió el pie en un tarro de pintura. El escarpín le quedó rojo y su cara se puso verde de rabia. Cogió a Bif y a Baf que estaban en la sala y les dió tales zurras, que los dejó llorando a mares.

Y estas terribles escenas se repetían casi todos los días, porque de todos los geniecillos sucios y desordenados, Bif, Baf y Buf eran ciertamente los peores.

Por fin terminaron su trabajo y se disponían a salir a la mañana siguiente, llevando cada uno cinco monedas de oro en el



Los duendes pintores empezaron a trabajar con gran entusiasmo.

bolsillo, cuando los tres se miraron unos a otros. La misma idea se les había ocurrido. Y no era una idea santa como ve-réis.

—Esta noche, cuando el Cham-belán se haya dormido, entraré a su alcoba y le pintaré de rojo la barba —murmuró Bif.

—Pues yo le pintaré las orejas —agregó Baf.

—Y yo la nariz —concluyó Buf, frotándose las manos de gusto—. Sería divertido oír lo que dirá, por la mañana, cuando se despierte.

En cuanto hubo anochecido y en el palacio reinó el silencio, los tres pintores se deslizaron en la alcoba del Chambelán.

A la mañana siguiente, muy temprano, se dirigieron hacia el comedor, donde el Chambelán había de desayunar con los re-yes y se ocultaron detrás de una cortina.

Ocurrió que aquella mañana el Chambelán se levantó tan tar-de, que ni siquiera tuvo tiempo de cuidar de su tocado. Se la-vó presuroso, se cepilló el ca-bello, sin mirarse al espejo, y luego, a toda prisa, se dirigió al comedor.

No podía comprender por qué los lacayos se quedaban asom-brados al verle pasar.

El Chambelán hundió el pie en el tarro de pintura roja.



No tenía la menor sospecha de que sus orejas, nariz y barba estuviesen pintadas de rojo brillante.

Cuando llegó al comedor, el Rey le dijo:

—Venid. Precisamente nos disponíamos a . . .

Pero Su Majestad se detuvo en seco y abrió la boca. Miraba al Chambelán como si no pudiera creer lo que estaba viendo, y luego desvió sus ojos. Un momento después volvió a mirarlo y parpadeó. No había ningún error en lo que veía; el Chambelán tenía, sin duda alguna, la barba, nariz y las orejas de color rojo y brillante.

Entonces se fijó la Reina en él, y dió un grito de susto.

—¿Qué pasa? —preguntó el Chambelán, mirando, sorprendido, a los Reyes.

—Miraos al espejo —le aconsejó el monarca.

El Chambelán se acercó inmediatamente a un espejo y contempló su figura.

—¡Han sido esos pintores del infierno! —exclamó, rabioso—. ¡Oh, si los cogiese! . . .

Los tres pintores estaban ocultos detrás de la cortina y se habían divertido mucho con la escena; mas, al observar la cólera del Chambelán, empezaron a temblar. La cortina se estremeció y, de pronto, el dignatario se arrojó hacia ella y sorprendió a los tres traviesos pintores.

Los sacó a rastras, les dió numerosas sacudidas y luego el Rey les obligó a confesar su culpa.

—Tened la bondad de perdonarnos —suplicaron—. Nos arrepentimos. Debéis haceros cargo de que el Chambelán nos trató con mucha dureza.

—Eso no justifica vuestra maldad —contestó el Rey, severamente—. Saldréis en el acto del Palacio, llevándoos vuestros potes de pintura, y no os detendréis hasta llegar a las puertas del País de las Hadas. No quiero que permanezcáis un momento más en mi reino.

Llorando a lágrima viva, los tres pintores salieron del País de las Hadas y llegaron a nuestra tierra. Y si queréis saber a qué se dedican, os lo diré:

Bif, en otoño, pinta de rojo las hojas de los árboles. Baf, pinta las amapolas y las pimpinelas; y en cuanto a Buf, se dedica a colorear el pecho de los petirrojos, y puedo aseguraros que lo hace muy bien.



INFIMO EL MOSQUITO



CAPITULO IV.— *Infimo estrangula una hormiga.*

—Yo me opongo a que torturen a Infimo —repitió Blanquita—. Llevemos el asunto a la Asamblea general.

—No, no, no —gritó un centenar de hormigas.

—Le quebraremos las patas...

—Le arrancaremos las alas...

—Le cortaremos la cabeza...

—Piedad, piedad —suplicó Blanquita.

—No hay piedad —gritaron las hormigas negras en coro—. Ni hay razón para perdonarle.

—Hay una muy poderosa —declaró Blanquita—. Infimo fabrica quesos.

Un silencio profundo tradujo el estupor de las obreras. Blanquita corrió en busca del trozo de queso que quedaba detrás de la cuba. Infimo, oculto allí, quiso oponerse a que Blanquita le quitara el queso, pero la hormiga con vigor inaudito se lo arrebató:

RESUMEN: Infimo, el mosquito, se enamora de Blanquita, la hormiga negra, y para no separarse de ella decide trabajar. La asamblea del hormiguero contrata a Infimo como mozo de cuadra. Blanquita y su amigo van en busca de alimentos. La tarea del mosquito consiste en ordeñar a los piojillos de un rosal, los que dan un líquido lechoso muy del agrado de las hormigas rojas. Infimo es acusado de flojo y piensan castigarle.



Infimo se salvó de morir porque sabía hacer quesos.

—No me cortarán la cabeza, pero moriré de hambre —gemía el mosquito.

Entretanto Blanquita decía a las severas hormigas:

—Prueben, hermanas, este apetitoso manjar.

—En verdad, Blanquita, tus razones son poderosas —declaró la más opinante de las hormigas—. Infimo, el perezoso y holgazán mosquito, tiene talento para fabricar quesos.

—Este alimento es fácil de trasportar —dijo triunfante Blanquita—. Servirá para las expediciones de nuestros valientes guerreros.

—La pérdida —protestaba Infimo— le dará mis quesos a las horribles hormigas rojas. ¡Si yo no la quisiera tanto!...

—Sí, sí, para nuestros guerreros —decían las hormigas negras.

—Escuchen lo que les propongo —continuó Blanquita—. Las obreras irán en busca de la leche de los piojillos e Infimo se dedicará a fabricar los quesos para nuestros soldados. También puede ayudarme a cuidar las ninfas. ¿Qué les parece?

—Aprobado —declararon todas las obreras negras.

—Y ahora a dormir —insinuó Blanquita—. Buenas noches, hermanas.

Las hormigas se dispersaron. Los valientes guerreros hacía una hora que roncaban en sus nidales.

Blanquita se aproximó entonces a Infimo.

—¿Y mi queso? —preguntó el mosquito.

—Se lo comieron ellas. ¿Eso es todo lo que tienes que decirme

después de haber salvado tu vida? Buenas noches, Infimo. Eres un ingrato.

—Perdóname, Blanquita... Te juro que te adoro...

A la mañana siguiente se inició el trabajo. Las obreras llenaron la cuba con una rapidez que dejó pasmado a Infimo. El mosquito comenzó a llenar pequeños vasos con la leche de los piojillos para que fermentaran. En seguida colocaron los quesos en la galería de las provisiones para el invierno y dieron una buena parte a las hormigas rojas.

—Me revientan esos zánganos —exclamó Infimo, volando fuera del hormiguero para respirar aire puro.

—Brisa —murmuraba el mosquito poeta—, dadme aliento para soportar la noche en el hormiguero, porque el afecto que siento por Blanquita es tan inmenso como el horizonte.

Y la brisa le traía las burlas sarcásticas de la margarita y del clavel.

—Ríanse de mí, frívolas flores —respondía el mosquito—. ¿Qué me importa? El amor resplandece en mi corazón con los colores del arco iris... ¿Qué ha ocurrido? La vieja bruja, la araña fea ha desaparecido. Gloria al monstruo que la ha devorado... Araña fea, has vuelto al reino de las tinieblas.

Y para celebrar la muerte de su enemiga, Infimo comenzó a revolotear en la copa de un rosal florido.

Además de la fabricación de los quesos, Infimo ayudaba a Blanquita en el cuidado de las ninfas. Un día refrescó mucho la temperatura del hormiguero.



—¡Pronto! Hay que llevar las cunas al sótano —dijo Blanquita.



Una de las ninfas cayó a la cuba de leche.

—Comienzo mal —refunfuñó el mosquito.

Blanquita había efectuado cuatro viajes cuando Infimo llegó a la galería inferior.

Con cuidado recibió las larvas y las colocó en sus respectivos nidos.

—Infimo, tú no te das cuenta de la gravedad del momento —murmuró la hacendosa hormiga—. Eres incapaz de ayudarme en las situaciones difíciles.

—Ya verás —indicó Infimo, volando por la oscura galería. Pronto regresó con un atado de cunas, hasta que rendido de cansancio cumplió el treintavo viaje de la galería al sótano.

—¿Qué traes ahí, Infimo? —gritó Blanquita de súbito—. Ese es un queso.

Infimo retrocedió hasta la galería, balbuceando:

—Por todos mis hermanos alados... En vez de comerme siete quesos, me he comido siete larvas de hormiga.

Loco de ira, se precipitó sobre las ninfas que quedaban sin trasladar, las arrojó al suelo y las pisoteó.

En seguida dijo a Blanquita:

—Ya no quedan más ninfas en esta galería.

—Pronto, Infimo —ordenó Blanquita—, tenemos que llevar las cunas al sótano.

—Es un trabajo de gigantes —protestó el perezoso Infimo.

—No discutas las órdenes que te doy —replicó Blanquita—. Es un trabajo de hormiga... Infimo suspiró. Cuán caro le costaba su amor...

—Es el porvenir del hormiguero el que está en peligro —prosiguió Blanquita—. No es posible que perezcan las ninfas inocentes.

Descuidadamente, Infimo cogió cinco o seis larvas que cargó una sobre otra; por desgracia tropezó en la cuba y una de ellas cayó en la leche de piojillos.

—Bien —asintió la hormiga negra—. Pero ahora trabajaremos en otra galería.

—Te digo que ya no hay más —insistió Infimo—. Lo he registrado todo.

Y en voz baja agregó para sí: “¿Qué importan esas ninfas? El mundo no vive por las hormigas... Hay flores, pájaros, mosquitos...”

—Blanquita... Espero que mañana reposaremos... Estoy rendido.

—¿Mañana? —exclamó Blanquita—. Es probable que mañana caliente el sol y entonces volveríamos a trasladar nuestras crías, a fin de que no se sofoquen.

Fué Infimo quien se sofocó al oír esas palabras.

Entretanto las demás obreras del hormiguero se dedicaban a otros menesteres y era un ir y venir de puntitos negros por las galerías. Una hormiga lanzó un grito de horror, mostrando en el suelo las larvas pisoteadas por Infimo.

—¡Auxilio, socorro!... Todas las ninfas muertas...

—Muertas, muertas —repetían las hormigas, apretándose la cabeza con las patitas delanteras.

—Tengo hambre —gritó una hormiga roja, es decir, un guerrero. Para satisfacer el apetito de su amo y señor, una hormiga negra se acercó a la cuba y en vez de leche extrajo el cadáver de la ninfa que Infimo había dejado caer allí.

—Infimo, sal de aquí. No quiero verte más —ordenó Blanquita. El mosquito se había refugiado a la entrada de la galería.

—¡A muerte! ¡A muerte! —gritaban las hormigas, exaltadas.

—No —declaró el mosquito, con toda calma—. Estrangularé a la primera hormiga que se atreva a acercarse a mí...

Una hormiga se atrevió y fué estrangulada.

Las otras retrocedieron espantadas.



Sin vacilar, estranguló a la hormiga.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

RESUMEN: Ives penetra a una comarca donde "las piedras cantan". Allí reinan Gonor, la morena, y Galia, la rubia. Descubre el misterio, destruyendo el dominio que Gonor ejerce en la región. Ella jura vengarse.

CAPITULO XXX.—La venganza de las piedras.

La druidisa Gonor dió a su hermana Galia una bebida que adormeció su conciencia. En ese estado de hipnotismo, la doncella rubia empezó a ascender por el áspero peñascal, en cuya cima se erguía un gigantesco pájaro tallado en la roca. Sólo pensaba en Ives, el príncipe que, según la pérfida Gonor, yacía muerto junto a las garras del ave del blasón. En realidad, el doncel había ven-



—¡Una flecha de piedra, Irka! —ordenó Gonor.

cido a sus adversarios y sólo recibió heridas de poca importancia. Galia, al ver su capa traspasada por las espadas y tinta en sangre, creyó en las palabras de su hermana.

No pudo llegar a la última roca. Vencida por la desesperación, agotada por el esfuerzo, cayó de rodillas. Gonor, que en su feroz egoísmo, prefería ver la muerte antes que unida a Ives, ordenó con fría voz: —Una flecha de piedra, Irka.

El cazador de pájaros obedeció con lentitud. En su alma primitiva existía un vago sentimiento de ternura por Galia. Su cabelleira de oro lo deslumbraba. Sus ojos tenían a veces el gris luminoso que fulgura en el primer rayo del alba. Pero más poderosa era la codicia. Prometió matar a Galia si la druidisa le conducía hasta el valle secreto donde se alzaba hacia el cielo el ave del blasón. Ella cumplió. Ahora le correspondía a él. Cuando la cuerda de su arco estaba tensa, apareció Ives. Había seguido las huellas de su enemiga. Al ver el gesto de Irka, su corazón se paralizó, pero su



La cuerda del arco estaba tensa cuando Ives apareció.



El príncipe se reunió con Galia, la rubia.



brazo fué rápido. La espada cruzó el aire y se clavó profundamente en la espalda del cazador.

—Tú lo has querido, Irka — murmuró Ives.

La estocada fué mortal. Irka, sin una queja, resistiéndose a morir, escaló las gigantescas piedras. La ágil silueta de Ives pasó junto a él, para reunirse con Galia. Suavemente la alzó en sus brazos y descendió a la arena. Gonor, con la mirada llameante de furia, gritó:

—¡Maldito forastero! ¡Las piedras se vengarán!

El príncipe replicó:

—No te engañes, Gonor. Tu absurdo reinado terminó. Y Galia se va conmigo.

Se alejó, sin alterarse por las maldiciones de la druidisa.

Mientras tanto Irka alcanzaba la altura. Tenía la vista nublada, su respiración se tornaba cada vez más jadeante. Por fin llegó cerca del ave y, suspendiéndose sobre el abismo, se abrazó a la desmesurada cabeza.

La escultura, equilibrada sobre su pedestal, se precipitó desde lo alto. Las enormes alas cayeron sobre Gonor. El derrumbe atronó el espacio.

Las piedras hacían vibrar su

Irka se abrazó a la desmesurada cabeza.



Vieron desaparecer, entre nubes de tierra, el reinado de Gonor.

Había terminado para siempre la leyenda de las piedras que cantan y del ave del blasón. Los aldeanos podían volver al bosque, del cual huyeron. Los barones ya no acudirían a pagar su tributo a la druidisa.

—¿A dónde iremos? —preguntó Galia.

—Al castillo del barón Gerardo. Prometió dejar para mí un caballo en la cabaña del leñador Fabricio.

—Nunca he oído hablar de él.

—Vive en el límite de la selva y quedó sordo con el atronador canto de las piedras. Cuando yo era niño, viví en ese bosque. Más tarde, nos vimos obligados a marcharnos.

—¿Obligados? ¿Por qué? ¿Por quién?

A Galia le parecía increíble que hubiera alguien que pudiese imponer su voluntad a Ives, ni siquiera cuando él era un niño.

—Por el rey Arturo, hermano de mi madre —contestó el príncipe—. Un día te referiré mi historia, Galia. Ahora debemos salir de aquí.

(CONCLUIRA)

último canto, un salmo fúnebre por Gonor y por su esclavo.

Estremecidos, Ives y Galia vieron alzarse las nubes de tierra y contemplaron después las desoladas ruinas.

Ocultando su rostro en el hombro de Ives, Galia lloró silenciosamente.

—No te angusties —susurró el príncipe—. Gonor hubiera deseado morir así. Era, según ella decía, “la madre de las piedras”.

Sin pronunciar palabra, ambos abandonaron la comarca.

SCUDON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 30

Las musas son

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas son las musas? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 premios de libros de cuentos infantiles, 10 paquetes de Vitalmín, 10 premios de \$ 10 c/u., 10 tubos de pasta Baycol, 5 juegos de lotería, 5 paletas de acuarelas.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 27.

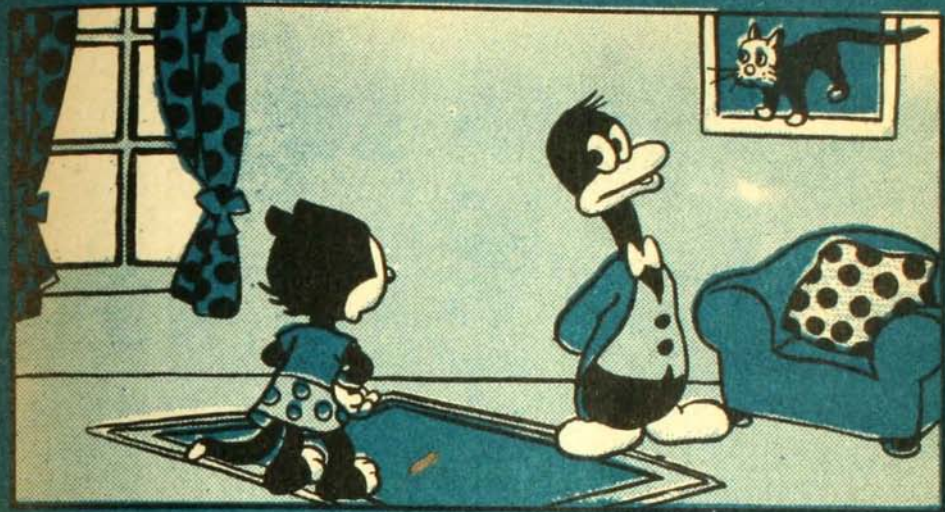
El camello tiene cuatro estómagos.

PREMIADOS CON UN LIBRO DE CUENTOS:

Eugenia Alvarez, Santiago; Augusto Figueroa, Rancagua; Rodolfo Robinson, Santiago; Juan E. García, Concepción; Elisa Alaluf, Valparaíso; Silvia Brill, Curicó; Andrés Ochagavía, Santiago;

Duilio Oviedo, Santiago; Inés Ullca, Concepción; Annemarie Moller, Temuco. UN PAQUETE DE VITALMIN: Liliana Sánchez, Santiago; Fresia Venegas, Angol; Gladys Merino, Angol; Pedro Contreras, Talca; María Gumercinda Irribarra, Lota; Rolando Suárez, Chillán; Angel Mora, Santiago; Eliana Muñoz, Santiago; Gabriel Gálvez, La Serena; Olga Díaz, Santiago. UNA PALETA DE ACUARELA: Carmen Vargas, Valparaíso; Alfonso González, Santiago; Teresa Lanas, Viña del Mar; Enrique Salazar, Santiago; Abdón Milad, Santiago; Eduardo Alfero, La Cruz; Bruno Ide, Santiago; Francisco Villar, Santiago; Carlos Gabrielli Vélez, Santiago; Akira Susuki, Santiago. UNA CAJA DE LAPICES DE COLORES: José Miguel Izzo, Santiago; Blanca Goñi, Santiago; Lautaro Venegas, Valparaíso; Miguel Meyer, Santiago; María Astrid Aguirre, Santiago; Milau Trsich, Santiago; Eliana Die Domenico, Valparaíso; Humberto Segura Cid, Chillán; Hernán Fuentes Muñoz, Talca; Hernán Parodi, Santiago. UNA CARPETA ESQUELAS: Carmen Correa Avila, Viña del Mar; Grichi Wierema, Llo-Lleo; Demetrio Rebolledo, Valparaíso; Francisco Dendarien, Traiguén; Narcisa Toro, Los Angeles; Fernando Muñoz, Concepción; Chabelita Bello, Santiago; María Inés Concha, Puente Alto; Guillermo Rojas Gutiérrez, Santiago; Simón Sacks, Valparaíso.

MUCHI X POCO



3. Como es buena adivinadora, supo que el pato se las había comido. Le preguntó: "—¿Has visto un canasto con...?" Poco agregó: "—¿Con callampas? No. Y tampoco me las comí".



4. "—Muy bien. Porque eran hongos venenosos", añadió la pícara gatita. Poco, asustado, salió pativolando en busca de un doctor que fuera buen desvenenador y lo desvenenara.

Él fué el primero



*Alonso de Ercilla
y Lúñiga*

El cantor de "La Araucana" vivió su infancia y parte de su juventud en el palacio real, como paje del príncipe Felipe, hijo de Carlos V. Al venir a Chile tenía 21 años. Ciñó la espada para combatir a la indiada, pero ante su heroísmo escribió la epopeya de Arauco. Reconoció la valentía de sus hombres, admiró su inteligencia, respetó la noble causa que defendían, alabó su indómita bravura y la altivez de

sus mujeres. Pidió clemencia en más de una ocasión para los prisioneros, deslumbrado por el valor con que despreciaban la muerte y sufrían los tormentos. Grabó en estrofas inmortales el espíritu gigante de esa raza que se negaba a ser domada. Según lo refiere el mismo Ercilla, "La Araucana" fué escrita de noche por quien la vivió de día.

Evocados por el canto de Ercilla, surgen los héroes que defendieron su tierra nativa, la soberbia tierra que no había sido "por rey jamás regida, ni a extranjero dominio sometida". En aquella época de dominación, de esclavitud, de yugo, la raza araucana se mantuvo libre. Otros pueblos inclinaban la frente y doblaban las rodillas, pero Arauco resistió con el grito de libertad que vibraba en los labios de Lautaro, Caupolicán, Galvarino y otros caciques y toquis inmortalizados por "La Araucana".

Simbad

EL PIRATA DANDY

31



\$ 2.-

W. P. ...

MUCHI Y POCO



1. Muchi y Poco se trasladaron a su casa de campo, a descansar. Pero el que bartoleaba era el pato, mientras Muchi trabajaba como una china, mejor dicho, como una mi-china.



2. Por supuesto que la gatita maullaba de rabia. "—Mientras yo me mato, el señor Poco, muy poco señor, se calienta... y se quema", añadió al verlo salir arrancando.

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 31

Precio: \$ 2.—

5-IV-1950



GIL BLAS de SANTILLANA

CAPITULO IV.—El primer asalto de Gil Blas.

Gil Blas de Santillana, cautivo de los ladrones comandados por Rolando, fingió que deseaba convertirse en salteador. Su propósito secreto era huir. Encerrado en la caverna, con la cocinera Leonarda vigilándolo, con sus ojos de lechuza, no tenía la menor esperanza de fugarse. En cambio, saliendo a los caminos podía hacer la tentativa.

Por fin un día el capitán Rolando le entregó las lujosas vestiduras de un gentil-hombre recientemente desvalijado. Le dió, además, un arcabuz, pistolas, espada y puñal.

—Mañana saldrás con nosotros —le anunció.

Cuando el joven abandonó su encierro, la luz de la aurora le produjo casi la sensación de una



Se detuvieron al borde del camino real.



Vieron acercarse una carroza.

quemadura en los ojos. Había estado demasiado tiempo viviendo en las tinieblas.

Los bandidos cabalgaron hasta el linde del bosque, deteniéndose al borde de la carretera real. Allí aguardaron que apareciera la víctima.

Transcurrió el día sin que nada sucediera. Al caer la tarde, avanzó por el camino una carroza tirada por cuatro mulas.

—¡Por fin! —exclamó Rolando—. Aquí llega la presa deseada.

Gil Blas no pudo ocultar su tremenda emoción. Se puso pálido, sintió temblores, brotó sudor de su frente. Rolando, fijando en él su mirada, advirtió:

—Atiende, Gil Blas... Has de portarte bien. Si retrocedes, te rompo la cabeza de un pistoletazo.

El estudiante comprendió que no le



—Si retrocedes, te rompo la cabeza de un pistoletazo.

amenazaba en vano y procuró dominarse.

La carroza venía escoltada por cuatro jinetes que no esperaron el ataque y se lanzaron a luchar con denodado esfuerzo. A Gil Blas le temblaban tanto las manos que no podía coger su espada. Cerrando los ojos disparó su arcabuz y la bala hirió a un árbol, a una nube o simplemente se perdió en el aire. Gil Blas nunca lo supo.

Los cuatro caballeros se defendían como leones, pero el número de sus adversarios les venció. No tardó Rolando en aullar:

—¡Victoria! ¡Victoria!

El joven asturiano abrió los ojos. Los jinetes y un bandido yacían de cara al cielo. Una bala o una estocada había puesto fin a sus vidas. El cochero huyó al principio de la refriega y por este motivo no figuraba como el muerto número seis.

Los ladrones se precipitaron hacia la carroza. En el interior yacía, desmayada sobre los cojines, una doncella muy hermosa.

—¡Rediez! ¡Qué magnífica prisionera! —dijo Rolando.

Gil Blas, que miraba también con las pupilas dilatadas, no comprendió si la exclamación de su jefe delataba admiración por la



Se trabaron en un combate feroz.



Vieron una hermosa doncella desmayada.

La viajera permaneció inconsciente durante el trayecto de regreso a la cueva. Rolando la colocó en el arzón de su montura y dió orden de marchar.

Aquella noche hubo gran fiesta en la guarida. Los bandidos celebraron el éxito del asalto, sin preocuparse ni mucho ni poco de la prisionera que gemía, enferma y desolada, en el lecho de la vieja Leonarda.

—¿Aun estás temblando, Gil Blas? —rió el capitán, burlándose del novel saltador.

Pero esta vez, la palidez del estudiante no era por miedo, sino porque había decidido libertar a la doncella y esta proeza requería mucha audacia.

El capitán de la banda resolvió que al día siguiente irían a Mansilla a vender las mulas y los caballos robados.

A medianoche, Gil Blas empezó a quejarse.

—¿Qué demonios te pasa? —gritó Rolando.

—¡Ay, ay! —seguía lamentándose nuestro héroe.

Los demás truhanes acudieron también.

belleza de la niña, o complacencia, porque era a todas luces una dama de alto abolengo, por quien podía obtenerse espléndido rescate. —¿Es una princesa? —preguntó un truhán, con los ojos brillantes de codicia. —Es un rehén principesco, de todos modos —replicó el capitán.

En la carroza había también varios cofres que contenían joyas, oro y atavíos dignos de una reina.

(CONTINUARA)



EL PIRATA DANDY

CAPITULO V.— Barba Negra, el rey de los piratas.

Los soldados de la Gobernación, que perseguían a Dandy Duval, le vieron trepar a la goleta "Venganza", y furiosos recibieron el saludo de despedida que el alegre pirata les brindaba con el emplumado tricornio del gobernador.

El tuerto Matías vió llegar al pirata Dandy como un fugitivo y burlándose de él le dijo:

—¿Viene corrido, mi capitán?

—¿Trae el botín y los planes que debía entregarle el gobernador?

—Traigo una plancha que me hacía falta para planchar los encajes de mi corbatín —respondió el pirata Dandy con su acostumbrado cinismo.

—¿Y para esto hemos afronta-

do tantos peligros? —exclamó furioso el tuerto Matías—. Mire usted cómo se arman los jamaquinos. Pronto los cañones del fuerte pulverizarán nuestros barcos.

El contramaestre Gullet y el piloto Gay levantaban entretando las anclas del "Venganza" y del "Loro de Mar" y se hacían mar afuera.

—Vamos a las Antillas —ordenó el capitán Duval—. El gobernador Dane ha dicho a sus aliados que habrá abundante botín y que el pirata Barba Negra necesita ayuda.

Al día siguiente el vigía del "Venganza" señaló en lontananza la presencia de un barco español.

Dandy Duval cogió su anteojo de larga vista.

RESUMEN: Cuarenta revolucionarios son conducidos a la isla Jamaica en la goleta "Primorosa". Un velero pirata ataca a la goleta. Dandy Duval vence a los piratas y se apodera del velero, del cual se constituye capitán. Poco después captura al famoso pirata Nico Bonete y su goleta "Loro del Mar". Dandy ofrece al gobernador de Jamaica sus barcos y su tripulación para servir al rey de Inglaterra. Dane rechaza su oferta, y Duval declara que en adelante será pirata. En la isla de la Calavera, Duval es traicionado por el tuerto Matías, quien se apodera de su goleta. El pirata Dandy, disfrazado de náutico, sube al puente de la goleta de su enemigo Nico Bonete. Allí se bate en duelo con Nico Bonete, y, después de vencerle, se hace dueño del "Loro del Mar". Poco le cuesta recuperar a la goleta "Venganza", y ya con sus dos naves, regresa a Jamaica, donde se burla del gobernador.



—Es una goleta mercante —dijo el capitán Duval.

—Es una goleta mercante —dijo el capitán Duval—. Buen negocio. Gullet, vamos a coger un magnífico botín.

El barco español comprendió que la flotilla pirata iba a atacarle y al momento emprendió la fuga.

Pero era difícil escapar a la persecución del estratega Duval.

Poco a poco fué acortándose la distancia entre el barco que huía y su perseguidor.

La goleta española parecía indefensa y sólo algunos marineros se afirmaban en la barandilla llenos de temor.

El "Venganza" y el "Loro de Mar" se hallaban a cortos metros de distancia y al alcance de la voz.

—Ríndanse, hidalgos —gritó el pirata Dandy—, y les concedo cuartel. Respetaremos sus vidas. Bajen la bandera.

Los tripulantes de las dos goletas, al mando de Dandy Duval, lanzaron tres hurras triunfantes al ver que el barco perseguido bajaba la bandera española, pero este grito de triunfo se trocó en denuestos y blasfemias.

—¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! —repercutían los cañones de la goleta hispánica, destrozando el velamen del “Venganza” e hiriendo a algunos piratas. Hasta el tricornio emplumado de Dandy Duval se vió agujereado por las balas.

—Me pagarán caro esta villanía —gritó Dandy—. Al abordaje, muchachos. Veremos si se atreven esos godos. . .

Seguido de los cuarenta presidiarios, el pirata Dandy saltó a la goleta española, y con su espada toledana fué diezmado a la tripulación enemiga. Ni una manada de tigres habría sido más feroz.

—Guerra sin cuartel —ordenaba Duval—; han deteriorado mi tricornio y mi traje recién planchado.

Los españoles se rindieron y entregaron a Duval un riquísimo botín. Sederías, tabaco, barras de plata y de oro fueron transportados a las bodegas del “Venganza”.

De pronto se escuchó la aguda voz del vigía, que anunciaba peligro.

A gran velocidad avanzaba un buque de guerra inglés.

—Caballeros —dijo Duval a sus prisioneros—, nuestra visita se ve interrumpida. Les digo adiós por el momento. Si ustedes se hubieran conducido con más hidalguía no les habría tratado como traidores.

El pirata Dandy separó las goletas y sólo pensó en huir.

Como en anterior ocasión, ordenó a sus tripulantes que prendieran fuego a un centenar de barricas con azúcar y a merced de la humareda que se formó en sus barcos pudo huir del poderoso enemigo.

—Nos dirigiremos a la bahía de los filibusteros —dijo Duval al tuerto Matías—. Hasta ese punto no llegan los buques de guerra. En efecto, a esa bahía, que era un verdadero antro de piratas, no llegaban ni buques de guerra ni navíos mercantes.

Aquel rincón del mar de las Antillas estaba reservado a los bandidos del mar, lo que por esos tiempos eran el terror de los barcos que surcaban de La Habana, de Honduras y de Santo Domingo el Atlántico.

Dandy Duval había encontrado magníficos trajes en el barco español recientemente saqueado y otra vez lucía casaca azul con encajes, pantalón doblado bajo la rodilla y botas enceradas. Un nuevo tricornio lucía sobre su cabellera empolvada.

A esta lujosa indumentaria se unía su natural prestancia y la espada de acero toledano que le hacía invencible.

Tan limpias y gallardas como las del capitán Duval, estaban ambas goletas cuando hicieron su triunfal entrada en la **BAHIA DE LOS FILIBUSTEROS**.

Desde lejos se divisaban los barcos, naves y veleros de la flota pirata. No había menos de trescientas embarcaciones ancladas allí.

—Una inmundia guarida —exclamó Dandy—. Estaremos sólo el tiempo necesario para cargar agua dulce. Allá diviso al capitán Barba Negra y al Ganso Amarillo. Matías, ordena que disparen los 21 cañonazos de saludo. Seguramente Barba Negra contestará a nuestras salvas.



Los piratas diezmaron la tripulación del barco español.

Pero no fué así... Los hermanos piratas guardaron silencio. —Ese Barba Negra no tiene educación —murmuró Dandy, arreglándose la corbata de encajes—. Iré a visitarle y juntos estudiaremos un plan de ataque al traidor Carlos Dane, gobernador de Jamaica. Matías, haz bajar un bote.

Entretanto el famoso pirata Barba Negra, aliado secreto del gobernador de Jamaica, observaba a Dandy Duval con su antejo de larga vista.

—Por San Neptuno —exclamó el astuto pirata—, es Dandy Duval en persona. ¿Qué le trae a esta bahía? Me gustan sus barcos... Juro por mi compadre Satanás que no volverá a comandar sus goletas.

Ignorantes de la intriga que se cernía sobre ellos, Duval y Matías atracaron al barco del pirata Barba Negra.

—Bienvenido —gritó el coloso de la barba frondosa y renegrada, desde la baranda del buque.

Duval trepó por la escalera y era tal el mal olor de la nave, que instintivamente el elegante joven llevó a sus narices un poco de rapé y levantó altivamente la cabeza.

Deseando impresionar a Dandy con su poderío y riquezas, el rey de los piratas le hizo visitar todo el barco, desde el puente hasta las bodegas.

También le ponderó sus hazañas y sus crueldades.

En seguida Barba Negra invitó a Dandy Duval a su camarote. Al advertir que el tuerto Matías también pretendía instalarse en un sillón, Barba Negra exclamó furibundo:

—¿Desde cuando los piojentos entran a la cámara de los capitanes? Sal de aquí, cara de sapo.

—Sangre de tiburón —replicó el tuerto Matías—, me quedo junto a mi capitán Dandy Duval y no admito órdenes tuyas, barba de chivo...



—¡Sangre de tiburón!— dijo el tuerto Matías.



—Yo soy rey en la bahía de los Filibusteros y hago aquí lo que me place.

Barba Negra comprendió toda la ironía del pirata Dandy e inconscientemente dió una mirada a su traje sucio y manchado, a sus botas sin lustre y a su camisa color tierra.

Matías vacilaba.

—Matías, te ruego que te retires —insistió Dandy Duval, con su mejor sonrisa.

El tuerto Matías lanzó una mirada feroz al capitán Duval y salió golpeando tras sí la puerta del camarote.

—¿Pita usted rapé? —preguntó con toda calma Dandy al rey de los piratas—. Le recomiendo este tabaco habano. Lo reservo sólo para las personas de alto rango: piratas, almirantes, gobernadores...

Barba Negra colocó sus dedos en la rapecera de oro y después de breve silencio exclamó con duro acento:

—Basta de cursilerías, Duval. Yo soy rey en la Bahía de los Filibusteros y hago aquí lo que me place.

—Está usted en todo su derecho —insinuó sonriendo Duval.

—Es posible que no le haga pagar el tributo debido —prosiguió Barba Negra—, porque pienso unir nuestras flotas y usted sería un magnífico almirante.

El rey de los piratas se encolerizó y desenvainando su larga daga pretendió agredir a Matías; pero éste saltó sobre una silla decidido a luchar.

—No deben tener secretos para mí —decía el tuerto Matías—. Tengo que saber qué asuntos van a resolver ustedes dos. A lo mejor se repartirán el botín sin participarme a mí.

—Matías —dijo Dandy, sacudiendo los encajes de su manga—, me avergüenza tu proceder. Podemos ser piratas, pero no es preciso ser hombres mal educados. Modera tus sentimientos, compañero... Te ruego que te retires, ya que así lo solicita nuestro huésped.

(CONTINUARA)

EL SUPERPALLO



Cocoró y Cuacúa estaban cesantes. Un buen día pidieron trabajo en el tenebroso estudio del doctor Buho Dracula.

Sí, necesito dos ayudantes.



Estoy creando la criatura H.

Será tan poderosa como la bomba del mismo nombre.



¡Ay mamita gallina!

¡Qué terrible!

Ya preparé la fórmula.



Descansen. Mañana trabajaremos.

Buenas noches, señor Buho.



Estoy muy asustada.

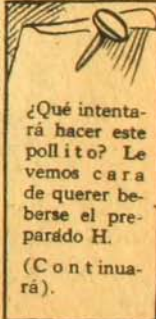
Yo no.



¡Ya es medianoche!
¡Ahora o nunca!



¿Qué intentará hacer este pollito? Le vemos cara de querer beberse el preparado H. (Continuará).



Los gladiadores

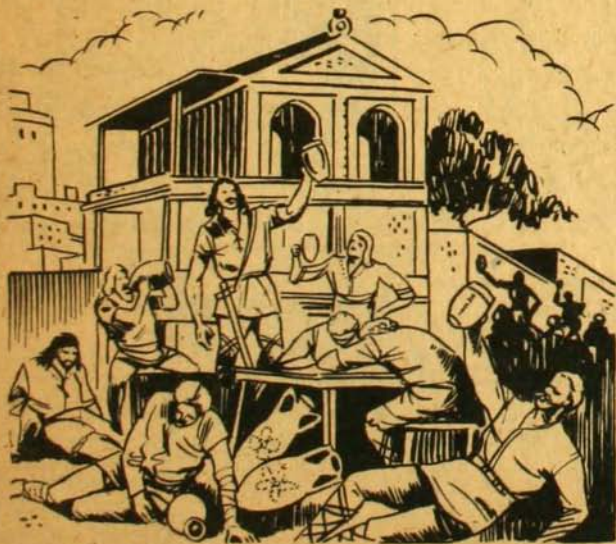
CAPITULO VIII.—*El triunfo de Crixo.*

En el Estado del Sol, la esclavitud había sido anulada y las cadenas yacían con los eslabones quebrados.

El tracio Espartaco, nombrado Emperador, luchaba para que su gran sueño no se derrumbara. Ahora pocas veces se presentaba en el campamento, permaneciendo en su tienda púrpura. Los guardias de lustrosos yelmos y rígidos ojos trasmitían su órdenes.

Setenta mil habían construído la ciudad. Cien mil vivían ya dentro de sus murallas.

Crixo, el galo, estaba de regreso. Fué el capitán de los renegados cuando éstos abandonaron el ejército de esclavos para asaltar Roma. Escapó milagrosamente de la masacre y volvió al campamento. Y la hueste recordó que una vez lo eligió jefe. Los galos y los germanos lo consideraban aún como tal y de nuevo empezó la discordia. Eran muchos los que querían como Emperador a Crixo, el lúgubre.



Las leyes de Espartaco ordenaban trabajar y negociar en paz. Obtener las provisiones por medio de convenios y pagando por ellas. El ansia de lograr mucho más por medio del saqueo y la violencia empezó a crecer. Metaponto era una ciudad rica y quienes la tomaran por asalto conseguirían un botín cuantioso.

Crixo los guiará al saqueo y a la violencia.

Por fin se decidieron.

Una actividad secreta conmovió el campamento. El barrio celta, poblado por galos y germanos, se llenó de ruidos apagados. Corría un santo y seña:

—¿A qué distancia está Metaponto?

—Sesenta millas, una noche oscura y un día corto.

Y circuló en susurros un rumor:

—Crixo está con nosotros.

Esa noche, tres mil conspiradores abandonaron la ciudad y avanzaron velozmente por la carretera que bordeaba el brillante mar.

Los habitantes de Metaponto murieron ahogados por un diluvio de sangre y fuego. Cuando los gallos cantaron al alba, la

ciudad estaba ardiendo, desde la bahía hasta la Puerta Latina. Cuando el Emperador supo esta noticia, comprendió que se aproximaba el fin de la Ciudad del Sol. Con la mirada sombría, dió órdenes implacables. Mil de sus hombres partieron en busca de los conspiradores. Tuvieron que luchar, y cuando volvieron, estaban diezmados. Espartaco ordenó crucificar a veinticuatro de los principales cabecillas. Crixo no apareció.

Algunos capitanes protestaron contra aquel mandato y también sucumbieron en la cruz.

La multitud empezó a clamar por Crixo, hasta que logró su regreso. Entonces el ejército se dividió nuevamente.

Treinta mil hombres siguieron al galo, que los llevaría a través de los Alpes y el río Pado a Galia.

Los jefes se despidieron con un abrazo. Espartaco murmuró:

—¿No habría sido mejor que se hubiera cumplido nuestro duelo en la arena de los gladiadores?

El galo, fijando en él sus ojos que se asemejaban a las pupilas muertas de un pescado, replicó:

—Estamos marcados por el destino. Uno matará al otro. Adiós.

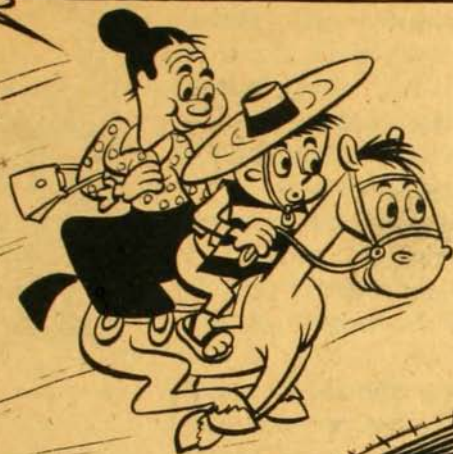
(CONTINUARA)



El ejército se dividió nuevamente.

Ponchito

CUANDO LLEGUEMOS AL RUEBLO NO TE BAJES DEL CABALLO, NI TE METAS CON LOS PALOMILLAS



YA SABES, NO LE HAGAS CASO A LOS PITUCOS

TIENDA



¡VENGAN CABROS, VENGAN!







EL PETIRROJO Cuento SELMA LAGERLOFF

Era en el tiempo en que Nuestro Señor creó no sólo el cielo y la tierra, sino también todos los animales y plantas.

De aquella época podrían contarse muchas historias, y si todas se conocieran se nos aclararían muchas cosas del mundo, que ahora no podemos comprender.

El día que Nuestro Señor pintó los pájaros se le agotaron los colores de la paleta. El jilguero hubiese quedado incoloro de no darse la casualidad de que el buen Dios no había limpiado aún todos sus pinceles.

Fué también entonces cuando Dios dotó al asno de unas largas orejas, por su dificultad para retener su nombre. Lo olvidó apenas hubo dado unos pasos por las vegas del Paraíso, y tres veces volvió a preguntar cuál era su nombre. Así es que Dios, un poquito impaciente, lo tomó por ambas orejas y le dijo:

—Tu nombre es: burro, burro, burro.

Y mientras así hablaba estiró las orejas del asno, de modo que éstas fueron creciendo a fin de que oyera mejor y no olvidase lo que se le decía.

El mismo día tuvo que imponer un castigo a la abeja. Apenas fué creada, ella comenzó a acumular miel. Y cuando el hombre y los animales percibieron su aroma acudieron para probarla. Pero la abeja quiso guardarla toda para sí y rechazaba a todos los que se acercaban al panal clavándoles su venenoso aguijón. Viéndolo Dios, llamó inmediatamente a la abeja y sentenció:

—Te he dotado de la facultad de acumular miel, que es el producto más dulce de la creación; pero no te he concedido el derecho de ser dura con tus prójimos. Así, pues, no olvides que toda abeja que pique a alguien que quiera probar su miel, expiará con la vida la picadura.

Sí; esto sucedió el día en que el grillo se tornó ciego y la hormiga perdió sus alitas. ¡Sucedieron tantas cosas curiosas aquel día! Dios, majestuoso y amable en su trono, lo pasó crea que te crea, animándolo todo con su hálito. Hacia el fin de la tarde se le ocurrió crear todavía un pajarillo gris.

—¡Te llamarás petirrojo! —dijo Dios, cuando lo tuvo terminado. Y colocándole sobre la palma de la mano, lo dejó volar.

Cuando el pajarillo hubo revoloteado durante un rato, contemplando la hermosa tierra donde viviría, deseó contemplarse a sí mismo. Entonces observó que era completamente gris, y su pecho, por consiguiente, del mismo color que el resto de su cuerpo. El petirrojo volvíase y revolvíase mirándose en el agua; pero en vano: ni una sola pluma colorada descubrió en sí mismo.

Y el pajarillo volvió presuroso junto a Nuestro Señor.

Dios permanecía sentado, bondadoso y amable, en su trono. De sus manos se desprendían mariposas que revoloteaban en torno a su cabeza, las palomas gorjeaban en sus hombros y en torno suyo brotaban de la tierra rosas, azucenas y margaritas.

El corazón de la avecita palpitó violentamente, lleno de miedo, pero, trazando airoso círculos, fué acercando más y más a Dios, hasta que se posó en su mano.



El petirrojo hablaba a sus pequeñuelos sobre el día de la Creación.

—Ya el primer petirrojo cantaba tan bien, que su pecho se llenaba de entusiasmo y esperanza.

“¡Ah! —pensó—. Las plumas de mi pecho se teñirán por el ardor de mi canto entusiasta.”

Pero no lo consiguió, como ninguno lo ha conseguido ni tampoco vosotros, lo conseguiréis. De nuevo fluyó un gorjeo quejumbroso.

—Confiamos, además, en nuestro atrevimiento y en nuestra valentía —continuó el pájaro—. Ya el primer petirrojo luchó como un valiente con otros pájaros y su pecho ardía de entusiasmo belicoso. Las plumas de su pecho se tiñeron en el ardor de la pelea; pero después volvieron a ser grises.

Los pequeñuelos gorjearon llenos de confianza. A pesar de todo, tratarían de alcanzar el anhelado premio; pero el pájaro les respondió afligido que aquello era imposible. ¿Cómo iban a alcanzarlo si otros antepasados famosos no habían podido conseguirlo? ¿Qué más podrían hacer ellos que amar, cantar y batallar? ¿Qué iban a...?

El pájaro no acabó su frase.

Por la puerta de Jerusalén se acercaba una multitud hacia la colina donde se hallaba el nido de los pájaros.

Se aproximaban caballeros en briosos corceles, guerreros con largas lanzas, ayudantes del verdugo con clavos y martillos, sacerdotes y jueces, mujeres que sollozaban y, tras todos ellos, una masa del pueblo bajo y salvaje.

El pajarillo gris hallábase, tímido, al borde de su nido. A cada momento temía que aplastaran el débil zarzal en que se refugiaba y mataran a sus pequeñuelos.

—Tened cuidado —gorjeó para prevenir a los inermes pajarillos—. Apretaos unos contra otros y no rechistéis. ¡Cuidado, que viene un caballo que va a pasar por encima de nosotros! Allí llega un soldado con sandalias claveteadas.

De pronto, el pajarillo detuvo sus exclamaciones, quedóse mudo e inmóvil, olvidando casi el peligro en que se hallaban, y finalmente penetró en el nido.

—¡No, eso es demasiado terrible! —gorjeó—. Quiero evitaros esa visión. Allí van a ser crucificados tres malhechores.

Y extendió sus alitas para que los polluelos no pudieran verlo. Sólo percibieron atronadores martillazos, lamentos y los insultos del populacho furibundo.

El petirrojo siguió con la vista el horrible espectáculo, y sus ojos se dilataron por el espanto.

—¡Cuán crueles son los hombres! —gorjeó al cabo de un rato—. No les basta clavar en la cruz a esos tres seres, sino que, además, le han puesto a uno de ellos corona de espinas. Veo claramente manar sangre de su frente, herida por la corona. Y ese hombre es tan bello y mira tan dulcemente, que todo el mundo debiera amarle. A la vista de sus martirios parece que me traspasan el corazón con una flecha.

La pena del pajarillo por el ajusticiado que llevaba la corona de espinas fué creciendo por momentos.

“Si yo fuera hermano del águila —pensó—, arrancaría los clavos que perforan sus manos y con mis fuertes garras ahuyentaría a todos sus verdugos.”

El petirrojo vió cómo la sangre goteaba de la frente del crucificado, y no pudo permanecer más tiempo quieto.

—Aunque soy pequeño y débil, es preciso que haga algo por ese pobre mártir —gorjeó para sí.

Y abandonó su nido y voló por los aires. Trazando amplios círculos dió varias vueltas en torno al crucificado sin acercarse a él, pues era un pájaro tan tímido que nunca había osado aproximarse a las personas. Pero, poco a poco, fué tomando ánimos hasta llegar a la cruz y con su menudo piquito sacó una de las espinas de la frente del crucificado.

Y mientras esto hacía, salpicó una gota de sangre el pecho del pajarillo, tiñendo de color rojo el delicado plumaje de su garganta.

Y el crucificado abrió los labios y susurró al pajarillo:

—En premio a tu piedad has merecido lo que toda tu stirpe viene anhelando desde el día de la creación.

Cuando el pajarillo volvió a su nido, le gorjearon su pequeños:

—¡Tu pecho es rojo, las plumas de tu garganta son más rojas que las rosas!

—Esto no es más que una gota de sangre de la frente de ese mártir. Desaparecerá en cuanto me bañe en un arroyuelo o en una fuente —gorjeó el pajarillo por toda respuesta.

Pero por más que el pajarillo sumergiése en el agua, el color no se borró de su pecho, y cuando crecieron sus pequeñuelos, brilló la mancha, roja como la sangre, en las plumitas de sus pechos, tal como brilla aún hoy día en el pecho de todo petirrojo.

PELUSITA

POR NATO

PREPARARE UNA TORTITA Y LE DARE UNA SORPRESA A MAMA CUANDO LLEGUE. UN POQUITIN DE HARINA...



...UN POQUITIN DE SAL Y UN POCO DE ESTE POLVITO PARA QUE LEVANTE



A FALTA DE PAN, BUENAS SON LAS TORTAS



¡BANG!

NATO.

¡QUE LASTIMA MAMA, TENIA UNA SORPRESA PARA TI!



INFIMO EL MOSQUITO



CAPITULO V.—Derrota del ejército de hormigas

El estrangulamiento de la hormiga por el valiente Infimo tuvo un efecto mágico en el hormiguero.

—A la asamblea, a la asamblea general todas —ordenó una voz.

Infimo quedó tras la puerta aguardando las terribles decisiones de las hormigas parlamentarias.

—¡Infimo! —gritó Blanquita con voz glacial—, mañana nuestros soldados partirán en guerra contra un hormiguero vecino...

—Blanquita...

—Calla... Tú has comprometido el porvenir de nuestra familia. Nuestros valientes guerreros saquearán un hormiguero vecino y traerán miles de larvas para acrecentar nuestra población.

—No es indispensable —argumentó Infimo.

—Calla, insensato. Me infundes horror, asesino... Yo propuse a la Asamblea que tú fueras el general en jefe de nuestros soldados, poniendo de relieve tu valor y tu sangre fría para defenderte cuando fuiste atacado por mis hermanas.

RESUMEN: Infimo, el mosquito, se enamora de Blanquita, la hormiga negra, y para no separarse de ella decide trabajar. La asamblea del hormiguero contrata a Infimo como mozo de cuadra. Blanquita y su amigo van en busca de alimentos. La tarea del mosquito consiste en ordeñar a los piojillos de un rosal, los que dan un líquido lechoso muy del agrado de las hormigas rojas. Infimo es acusado de flojo y piensan castigarle. Infimo es condenado a muerte por graves desacatos en el hormiguero.

Entre la desesperación de haber ofendido a Blanquita y el ardor guerrero que se despertaba de súbito en él, Infimo murmuraba: —En realidad, las hormigas me admiran, o acaso me temen desde que estrangulé a la negrilla que osó enfrentarse conmigo. Volveré coronado de gloria al frente de los soldados cargados de ninfas raptadas. Me coronarán como a un héroe de la victoria. Entonces Blanquita se dignará concederle la mano a su adorado mosquito.

Esta perspectiva le infundió el deseo de danzar, pero como el hormiguero era muy estrecho, salió fuera.

—Noche serena —declamaba el mosquito poeta—, brisas perfumadas...

—¿Quieres callarte? —rezongó la Margarita—. ¿Ignoras que cuando alguien me despierta no puedo conciliar más el sueño?

—Tus insomnios me dejan frío como el mármol —replicó Infimo—. ¡Oh diosa de la noche, protégeme con tu misterio divino!... Mañana los ejércitos del hormiguero se pondrán en marcha y yo seré su general en jefe...

—Dirigidos por un loco de tu especie, irán a la derrota —dijo la Margarita.

—La envidia te aturde, pobre Margarita —insinuó Infimo—. Tienes celos de mis alas y de mi genio poético.

Adelante, compañeros... ¡Venceremos!



Con gran exaltación Infimo continuó apostrofando a la luna, a las estrellas, a todo lo que veía y a todo lo que no veía. En seguida se durmió sobre la piedra que disimulaba al hormiguero. Desde el alba comenzó un gran movimiento en el interior de la mansión subterránea. Las hormigas negras equipaban a los guerreros con cascos y corazas; en seguida se alinearon y marcharon en columnas cerradas hacia la puerta del hormiguero. Veinte hormigas cantineras seguirían al ejército llevando provisiones de boca.

—¡Qué hermosos están! —decían las obreras—. Van a la victoria.

—Sólo falta el general —dijo la presidenta de la asamblea.

—El general, el general —corearon todas.

Blanquita salió enloquecida en busca del amado mosquito.

—Infimo, Infimo, ¿dónde estás?

Ninguna respuesta a sus llamados... Tuvo entonces Blanquita la idea de escalar la piedra plana y divisó al dormilón mosquito.

—¡Qué atrocidad! —exclamó Blanquita.

—¿Qué ocurre, amada mía?

—Todo el ejército listo y tú durmiendo —protestó la hormiga negra—. ¿Cómo te atreves a hacer esperar al ejército?

—Estoy listo para volar a la victoria...

Infimo partió como una flecha y, posándose en la puerta interior del hormiguero, gritó:

—Adelante, compañeros... Venceremos...

—Adelante —replicaron los guerreros.

Infimo a la cabeza de la columna enarboló su espadín mientras Blanquita admiraba el espectáculo.

—A la victoria —rugían las hormigas rojas.

“Serán estúpidas”, pensaba el general.

Para impresionarlas emprendía el vuelo, formaba tres círculos en el aire y se posaba lejos de ellas; después volvía al frente de la columna cantando una marcha guerrera.

—Adelante, adelante...

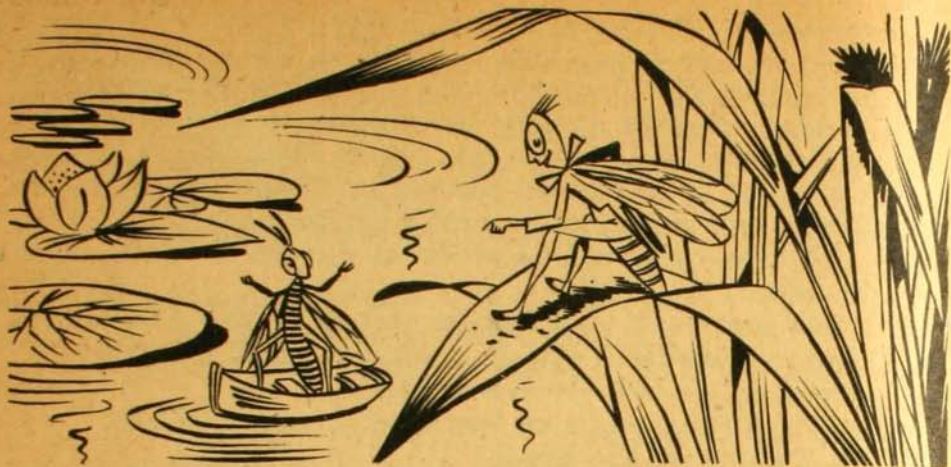
—Adelante —repetían los guerreros.

De súbito Infimo gritó:

—Alto,

Acababa de descubrir el hormiguero, que en pocos instantes más caería en su poder bajo los golpes de su ejército.

—Soldados —vociferó el general—, ¿veis ese tronco con profundos hoyos? Allí se disimula la fortaleza enemiga. Al ataque,



—Buenos días, primo —saludó el mosquito al zancudo.

compañeros... Saquead las galerías, los víveres y las larvas. Al enemigo.

—Muerte al enemigo —respondieron los guerreros.

La columna avanzó con su general en jefe. Era tal el entusiasmo que llevaba el ejército entero, que sin poder dominar su impulso cayó de cabeza al estanque que el tronco de árbol disimulaba. Todas las hormigas se ahogaron...

En cambio, el general no temió por su vida, pues tenía alas para volar. Sin embargo, sufrió un terrible dolor al ver que en la catástrofe no sobrevivió ni una sola hormiga roja.

—Ciudadela maldita, infame hormiguero —murmuraba el derrotado general—. Yo había preparado tan bien el ataque... Has exterminado el hormiguero de mi Blanquita... Destruyes para siempre mi porvenir. ¿Cómo le anunciaré este desastre a mi amada?

Transido de dolor se posó en un cañaveral.

—Destino cruel —declamaba el mosquito poeta—, cesa de golpearme... Apíadate de mí...

De pronto se interrumpió y miró con interés algo que se movía en el agua estancada. Una treintena de embarcaciones minúsculas se movían llevando cada cual un pasajero.

Infimo quedó encantado con aquella visión desconocida.

Una de las embarcaciones se acercó al cañaveral e Infimo distinguió un pequeño insecto alado.

—Buenos días, primo —dijo el intruso poeta—. Yo soy Infimo el mosquito.

—Y yo soy un zancudo recién nacido —respondió el insecto—. Mira mi botecito; es el capullo donde dormía durante mi transformación. Aquí puedo flotar al sol y secar mis alas.

—Es admirable —observó Infimo—. Salta al cañaveral, querido primo.

—Aún no tengo fuerzas —dijo el zancudo—, estoy recién nacido, pero si tú me ayudas...

Infimo tendió una de sus patas al minúsculo zancudo y le depositó en el cañaveral.

—Ay, primo zancudo —suspiró Infimo—, he perdido el amor de mi Blanquita.

—¿Quién es Blanquita?

—La más linda de las hormigas negras. Ahora no tengo amigos, ni afectos.

Y el mosquito poeta lloraba.

—Yo seré tu amigo —dijo el zancudo, batiendo sus nacientes alas—. Yo también estoy solo en el mundo.

—Tengo hambre —dijo Infimo, secándose las lágrimas.

—Yo también —asintió el zancudo—. ¿Tienes algo que ofrecerme, querido primo?

—Nada...

—Espera —indicó el zancudo, cuyos instintos raciales ya se habían desarrollado—. Voy en busca de una gota de sangre y te convidaré ese brebaje.

—¡Sangre, qué horror! —exclamó Infimo—. ¿De dónde sacarías esa gota de sangre?

—De esos animales enormes que pastan en el campo —explicó el zancudo—. Acompañame, Infimo...

—No...

—Espérame entonces aquí, primo. Yo te traeré una gota de sangre.

—No, primo... Nuestros destinos son diferentes. Tú gustas de la sangre de los animales y a mí me agradan las flores, las brisas, la palidez irisada de la aurora... Yo vivo de amor y tú de sangre. Tú picas y yo amo... Adiós...

Pero el zancudo no escuchó el discurso, pues ya se dedicaba a chupar la sangre de un ternero en la ribera.

(CONTINUARA)

Ives el indomable

CAPITULO XXXI Y FI-
NAL.—Celebración en pa-
lacio.

Ives el Indomable abandonaba la comarca donde un día reinó Gulna, la druidisa. Esa región permaneció deshabitada porque las piedras resonaban horrendamente, quebrando los tímpanos de quienes las oían y enloqueciendo a aquellos que tardaban en ensordecer. La terrible maldición había cesado. Ives descubrió que el canto de las piedras era producido por inmensas rocas dispuestas hábilmente para que resonaran como un armonio.

—En estos bosques pasé mi infancia —dijo a Galia, hermana de la druidisa Gonor—. Conocí a los leñadores que ahora están



Llegaron al castillo del barón Gerardo.

muy ancianos. Por ellos debía destruir la leyenda que les aterrorizaba y les obligó a huir. Ya no vagarán más por la costa, como pordioseros, con sus familias que sufren hambre, frío y miseria.

El príncipe y la doncella rubia pasaron por la choza del leñador Fabricio y allí encontraron un caballo, que el barón Gerardo, cumpliendo su

Galia se lanzó a los brazos del hermoso doncel.



Lanzarote del Lago era famoso en la corte del rey Arturo.



promesa, enviaba cada día para que Ives, al salir del bosque, pudiera dirigirse al castillo. La noticia de que la floresta ya no encerraba maleficios y que sus moradores podían volver confiadamente a ella, se esparció con rapidez, y las caravanas de leñadores inundaron los caminos.

Mientras cabalgaban, Ives refirió a Galia la historia de su vida.



—Creí que no vendrías —dijo el monarca.

cruzaban, los castillos. Sin embargo, un presentimiento, vago al principio, más poderoso después, la indujo a observar a su alrededor.

—¡Qué extraño! —susurró—. Me parece que antes he recorrido esta comarca...

Reconoció algunos lugares, y, sin vacilar, señaló a Ives el sendero hacia la fortaleza del barón Gerardo.

El príncipe, asombrado, exclamó:

—¿Te alejaste alguna vez del bosque, llegando hasta aquí?

—Nunca.

Al llegar al castillo, fueron conducidos a presencia del barón. Junto a él había un joven alto, esbelto, de sorprendente belleza. Sus cabellos destellaban como oro bruñido. Miró a Galia como si no diera crédito a sus ojos, y de pronto ella se lanzó a sus brazos, exclamando:

—¿El rey Arturo te odia mucho? —preguntó ella.

—No sé. A veces mandaría que me decapitaran. Otras veces, parece dispuesto a llenarme de honores. La boda de mi madre, la princesa Ghislene, con un leñador, lo hirió en el corazón y su orgullo le impide perdonar. He estado mucho tiempo lejos de mi patria, y es tiempo de regresar. Ansío abrazar a mi madre y decirle... Guardó silencio. Pensaba en Galia.

—¿Decirle qué? —interrogó ella con voz temblorosa.

El joven guerrero no contestó.

Galia no insistió en sus preguntas. La tristeza que la invadió le impedía ver el camino, las aldeas que



Ives se reunió con su madre, la princesa Ghislene.

—No acudas al llamado del rey —murmuró Galia, alarmada—.

Si tú lo deseas, príncipe mío, iré contigo al bosque o te seguiré a donde quieras.

El la tranquilizó, y, acompañando a los dos hermanos, se dirigió a Camelot.

—Creí que no vendrías, —le dijo Arturo.

—Nunca he huído del peligro ni de los enemigos.

—Ya no soy tu enemigo, Ives. Tu madre está aquí. Tu padre también. Esta noche habrá celebración en Camelot.

Ives creyó que soñaba cuando en la mesa del rey pudo atender a su madre, brindar con Ives el leñador y oír que el rey Arturo anunciaba su próxima boda con Galia.

—¡Lanzarote!

—Hermana —susurró él, incrédulo—. ¡Tú!

La explicación era sencilla. Galia había sido raptada cuando era muy pequeña. Lanzarote del Lago, famoso en la corte del rey Arturo por su valor, su belleza y sus asombrosas aventuras, la creía perdida para siempre.

La increíble noticia llegó a oídos del rey y éste envió en busca de Lanzarote, de Galia y de su sobrino. Grandes cosas habían ocurrido en la corte del monarca durante la ausencia del guerrero. El rey se había reconciliado con su hermana y ésta habitaba en el palacio. Ives el leña-

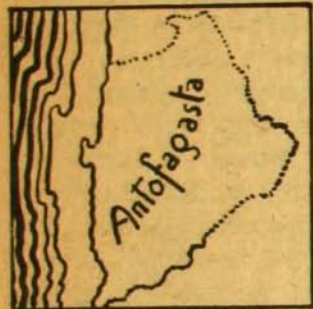
SCUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 31

Chile tiene pro-
vincias.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿PUEDE decirnos cuántas provincias tiene Chile? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 cajas de lápices de colores; 10 tinteros colegiales; 10 carpetas de esquelas; 10 reglas colegiales; 10 paquetes Vitalmín, 5 libretas apuntes.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 28: El naipes inglés tiene 53 cartas.

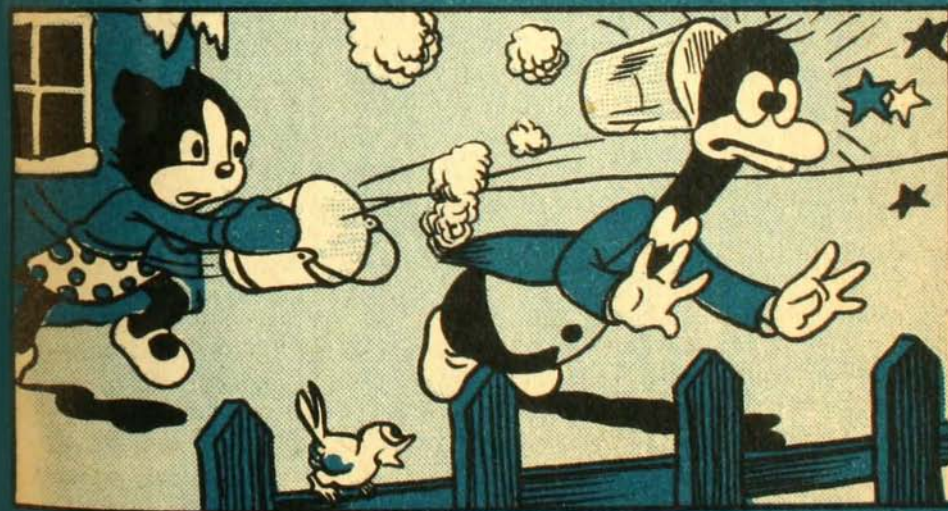
PREMIADOS CON UN JUEGO DE DAMAS: Mario Farías, Santiago; Eliana Oviedo, Santiago;

Eduardo Barra, Quilpué; Gustavo Alvarez, Paillaco; Manuel Espinoza, San Antonio; Matilde Leyton, Valparaíso. UN JUEGO DE DOMINO: María Adela Vergara, Santiago; Luisa Pérez Montt, Santiago; Rómulo Campos, Victoria; Mauricio Muñoz, Collipulli; Miguel Nenadovic, Rancagua; Máximo Madrid, Valparaíso. UN CINTURON PARA NIÑO: Tommy Tallar, La Serena; Urbano Cortés, Chillán; José Martínez, Temuco. UN JUEGO DE PING PONG: Aura Giacomán, Santiago; Carmen Quevedo, Vilcún; Dinorah Cameratti, Santiago; Benigno Salas, Santa Juana; Merio Consuegra, Santiago. UN LIBRO DE CUENTOS INFANTILES: Amanda García, Santiago; María Julieta Robles, Santiago; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Luis Jaime, Santiago; Osvaldo Calderón, Ovalle; Omar Arévalo, Llo-Lleo; Carlos Pacheco, Rancagua; Rosa Horinchi, Rengo; Teresa Aldana, Santiago; Humberto Díaz, Santiago. UN PAQUETE DE VITALMIN: Roberto Echeverría, Santiago; Elías Yávar, Santiago; Luz Said, Santiago; Roberto Velvet, La Unión; José Olate, Coronel; Francisco Dendarién, Traiguén; Raquel Hernández, Valparaíso; Miguel Antonio Ríos, Lota; Lina Cortés, Talcahuano; Alfonso González, Santiago. UNA CAJA LAPICES DE COLORES: Carmen Romann, Temuco; Hilda Aniranda, Los Andes; Elena Castañeda, Santiago; Herminio Escudero, Santiago; Graciela Zúñiga, Valparaíso; Juana Soto, Quillota; Manuel Concha, Concepción; Hugo Soldano, Talcahuano; Guillermo Rodríguez, Coquimbo; Victoria Arriagada, Purén.

MUCHI X POCO



3. "—¡Agua, agua, que me quemó!", gritaba el pato. Muchi tenía un balde con agua y le dijo: "—Yo seré la bombera que te salvaré heroicamente del incendio. No te muevas".



4. Poco no se movió, pues quedó aturdido. El agua, con el frío, se había congelado y el hielo dió un golpe en la cabeza del pato. Muchi exclamó: "—No sirvo para bombera".

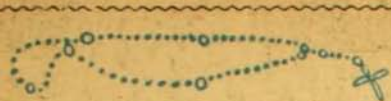
SEMANA SANTA ROMANCE DEL CAMINO

San José era carpintero
y la Virgen panadera,
y el Niño Jesús los día
que llueve y no tiene escuela
va a recoger las virutas
que se escapan de la sierra
y en el horno de su madre
sus santas manos la echan.
Mientras las piedras del horno
lentamente se caldean,
vuelve al taller de su padre
y con manos inexpertas,
ayudado por los ángeles,
labra una cruz de madera.
Y San José dice, al verlo:
—¿Por qué, Jesús, siempre

[juegas

con escoplos y cepillos
a hacer cruces de madera?
Y el Niño Jesús responde,
con su voz alegre y fresca:
—¡Porque quizás algún día
me habrán de clavar en ella!
Y los rubios angelitos,
al escuchar la respuesta,
abandonan el trabajo
y llenos de espanto vuelan
derramando entre las nubes
tristes lágrimas de pena.

FRANCISCO VILLAESPESA.
(español)



Simbad

N.º 32

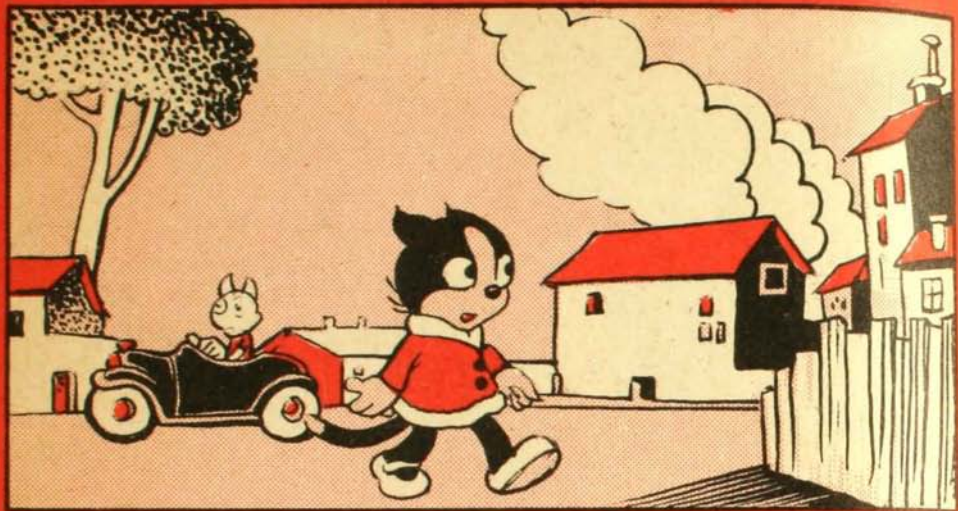
EL DUENDECILLO
Y EL DRAGON



\$ 2.-

ELENA
POIRIER

MUCHI x POCO



1. Muchi iba caminando con los pies y pensando con la cabeza. "—¿Qué le regalaré a Poco? —decía—. Hoy me despido de él, pues nos vamos de "Simbad". ¡Ah, ya sé!"



2. Mientras tanto, Poco estaba con el mismo problema. "—¿Qué se le regalará a una gatita de buena familia? Tiene que ser algo fino y durable. ¡Ah, ya sé! Iré pativolando a comprar algo."

(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 32

Precio: \$ 2.—

12-IV-1950



GIL BLAS de SANTILLANA

CAPITULO V. —*Gil Blas sale de una prisión y entra a otra.*

Gil Blas de Santillana había decidido no sólo huir de la cueva de los ladrones, sino también salvar a la hermosa prisionera que los bandidos secuestraron en su último asalto. Estas decisiones eran muy graves para un mancebo de diecisiete años, pero Gil Blas estaba resuelto a hacer alguna hazaña sonada. Se rebelaba ante la idea de continuar siendo el ingenuo, el dominado, el que inclina la cabeza.

—Ya verán que no soy tan cándido como ellos creen.

A medianoche empezó a quejarse, y formó tanto alboroto, que el capitán Rolando y los bandidos acudieron a saber qué le ocurría.

—¿Son horas de dar berridos? —protestó Rolando—. ¿Qué diablos te sucede?



Huyeron en el caballo más veloz.



La bella viajera dijo que se llamaba Mencía.

—Estoy enfermo —gimió el joven asturiano—. ¡Me muero!
—¡Que vas a morirte! —rugió el jefe—. Valiente salteador. Primero tiemblas porque asaltamos a unos viajeros y ahora chillas porque te duele. . . , ¿qué demonios te duele?

—El estómago, jefe. . . ¡Ay!

—Leonarda —ordenó Rolando a la vieja cocinera—. Da a este majadero alguna tisana. Deseo dormir.

—Nosotros también —apoyaron los demás truhanes—. Tenemos que madrugar para vender en Mansilla las mulas y los caballos robados.

—Gil Blas no irá —indicó el capitán—. No quiero cabalgar con pillastres enfermos.

Gil Blas reprimió una sonrisa. Eso era precisamente lo que él anhela. Quedarse en la caverna a fin de disponer su huida.

A la mañana siguiente, apenas el alba despuntó, se marcharon los bandidos. En la guarida sólo permanecieron el estudiante, la cocinera, la cautiva y el negro palafrenero, que estaba en cama desde hacía tres días, atacado por la gota y el reuma.

Gil Blas se levantó y, cogiendo sus pistolas y la espada, se encaminó hacia la cocina. Encañonando a Leonarda, le ordenó:

—Entregadme la llave de la reja o juro que os dejaré la piel con

olor a pólvora. La vieja comprendió que no se trataba de una broma y se apresuró a obedecer. Saludando con una gentil reverencia, Gil Blas dijo luego a la viajera:

—No temáis. Saldremos de este antro y os llevaré a donde os plazca. Soy vuestro más rendido servidor.

La niña, recobrando el valor, ayudó al joven a atar a Leo-

narda. Concluída esta faena, le acompañó hasta el sótano donde los ladrones guardaban sus riquezas. Gil Blas llenó de doblones sus bolsillos y explicó a la doncella:

—Sólo recupero parte de vuestra fortuna robada.

Se dirigieron en seguida a la cuadra. El negro, inmovilizado por su dolencia, no pudo oponerse a la fuga, menos aún cuando vió



Gil Blas y su compañera fueron encerrados en la cárcel.



—¡Ese es el ladrón! —gritó el gentilhomme, señalando a Gil Blas.

que Gil Blas esgrimía una pistola. Abrir la verja fué sencillo, pero levantar la trampa resultó más complicado. Gil Blas era sólo un adolescente y poseía más agilidad que fuerza. La fugitiva carecía asimismo de vigor. Sin embargo, la desesperación les dió energías para alzar el madero y salir a campo abierto.

Habían elegido el mejor caballo y no tardaron en atravesar el bosque. Al llegar ante un cruce de varios caminos, el jinete escogió uno al azar. A las dos de la tarde llegaron a la villa de Astorga y se detuvieron en un mesón.

Mientras les guisaban por orden de Gil Blas una liebre y una perdiz, él refirió a la dama sus recientes aventuras.

La bella viajera dijo que se llamaba Mencía de Mosquera y era hija de un distinguido oficial.

De pronto el corregidor de la villa, un joven caballero y varios alguaciles, irrumpieron en la hostería. Al ver a Gil Blas de Santillana, el gentilhombre gritó:

—¡Ese es el ladrón que me robó mis vestidos! Afuera tiene mi caballo, el muy infame.

Gil Blas y Mencía no tuvieron tiempo de dar explicaciones. Los alguaciles, con bruscas maneras, les condujeron a la cárcel y les encerraron con doble cerrojo.

—¡Dejadme salir! —gritaba el estudiante, enfurecido por aquella injusticia—. Estáis equivocados.

El carcelero, asegurando la puerta, contestó:

—¡Cállate, bandido, si no quieres recibir una paliza!

Gil Blas, indignado, pensaba en Mencía. ¿En qué lóbrega celda habían encerrado a la frágil doncella?

Eran inútiles las lamentaciones, inútil sentir en el alma el ansia de correr a libertar a la prisionera. Gil Blas maldijo la hora en que se vistió con los atavíos del gentilhombre. El jubón y las calzas de terciopelo, el cuello y los puños de encaje le molestaban como si fueran una vestimenta áspera. Muy orgulloso había estado de su gallarda elegancia, pero mejor habría sido vestir harapos.

(CONTINUARA)

Pimpín

El aventurero.



¿Quién dijo miedo? "PIMPÍN EL AVENTURERO" es audaz, es valiente, es atropellador. Lo presentaremos desde el próximo número en una historieta de Themístocles Lobos.



EL PIRATA DANDY

CAPITULO VI.— *Dandy Duval, traicionado.*

El rey de los piratas, apodado Barba Negra, continuaba exponiendo sus planes a Dandy Duval.

—Es usted mi hombre —decía Barba Negra.

—¿Cuáles son sus planes? —interrogó el pirata Dandy, llevando a sus narices el perfumado rapé.

—Apoderarme de la isla de Jamaica y exigir por ella un rescate de 20 mil libras oro, y si no las pagan en un plazo convenido, incendiar y saquear la ciudad. Ha mucho tiempo que pienso en ello, y con un aliado como usted, capitán Duval, yo triunfaría. Por cierto que cuando esos idiotas paguen el rescate también saquearemos la ciudad. ¿Qué dice usted, Dandy?

—Digo que no —repuso Duval—. Nunca cometeré un crimen semejante. Yo respeto a mi país y nada intentaré contra los buques ingleses.

—Tienes miedo —rugió el rey de los piratas.

—Nadie me dirá cobarde dos veces —exclamó Dandy, fijando sus centellantes pupilas en las de Barba Negra—, pero escuche usted. Tengo un plan mejor: capturar al infame gobernador Carlos Dane y exigir un subido precio por su rescate.

El rey de los piratas, que era aliado del gobernador, quien le había procurado pingües ganancias y le dispensaba su protección, replicó en el acto:

—No puedo atentar contra el gobernador de Jamaica.

—Entonces hemos terminado —declaró Dandy Duval—. Yo advertiré a las autoridades de Jamaica de su nefasto proyecto.

—Detente, idiota y loco —gritó Barba Negra—. Estás en mi poder. Me apoderaré de tus navíos y te ahorcaré en el palo ma-

RESUMEN: Dandy Duval es desterrado con un grupo de revolucionarios. La goleta donde viaja es atacada por los piratas. Duval dirige la defensa y se apodera del navío enemigo. Más tarde captura también el velero de Nico Bonete. Ofrece a Carlos Dane, el gobernador de Jamaica, sus barcos y su tripulación para servir al rey de Inglaterra. Dane, que es cómplice de los filibusteros, se niega a aceptar, y entonces Dandy Duval se convierte en bucanero. En la Bahía de los Filibusteros se entrevista con el pirata Barba Negra.



Duval llevó a sus narices el perfumado rapé.

Con su invencible espada el pirata iba dispersando a sus asaltantes.

—Al bote, Matías —ordenó Duval, reteniendo a sus enemigos con magistrales estocadas.

Dos filibusteros de Barba Negra avanzaban con sus pistolas cargadas, pero en el acto de disparar se vieron envueltos en la bandera del barco, cuyo cable cortó muy oportunamente Dandy con el filo de su espada.

yor de mi goleta. Hola, marineros, aquí... Traigan cordeles y aten a este traidor.

El camarote se llenó de piratas, y Dandy Duval, desenvainando su larga espada, se dispuso a defender su vida.

—Si no quieres unirte conmigo eres un traidor —repetía Barba Negra—. Mañana mismo enviaré tus orejas al Gobernador de Jamaica y reclamaré el precio ofrecido por tu captura.

—Eres muy impolítico, Barba Negra —exclamó Dandy—. No cabe duda de que perteneces a una familia plebeya.

Y diciendo esto le arrojó a la cara todo el tabaco de su petaca de oro.

Barba Negra llevó las manos a sus ojos cegados por el tabaco y Duval aprovechó la circunstancia para salir con la espada desenvainada fuera del camarote.

Varios piratas trataban de sujetar al tuerto Matías, quien pretendía huir dejando abandonado a su capitán.

—Como siempre, desertas antes de la batalla, perillán —dijo Dandy.

Antes de que los piratas se recobraran, Duval había saltado por la borda y caía de pie en el bote manejado por Matías. Sin embargo, el peligro no disminuía, porque toda la Bahía de los Filibusteros estaba en alarma y centenares de embarcaciones comenzaban a rodear al "Venganza".

Algunos aliados de Barba Negra y del "Ganso Amarillo" treparon a la goleta "Venganza" y allí se trabó una lucha sangrienta que terminó con la muerte de cuarenta hombres.

—Me la pagarás —vociferaba Barba Negra, mesándose los cabellos—. El "Venganza" y el "Loro de Mar" serán míos. Lo juro por Satanás.

El capitán Duval comprendió entonces que era conveniente salir de la siniestra Bahía de los Filibusteros y ordenó que levaran anclas. No pudo ser más a tiempo la orden, porque ya los cañones del puerto comenzaban a destrozar los mástiles de las dos goletas.

—Qué guarida pestilente —exclamó Dandy, cuando se vió libre de los cañones enemigos—. Y ahora nos dirigiremos a Jamaica.



El pirata cortó con el filo de su espada el cable de la bandera.

—¿Otra vez a la boca del lobo? —interrogó el tuerto Matías.
—Por cierto que sí —declaró Duval—. Es preciso dar a conocer al almirante Warden los criminales planes de Barba Negra. El rey de los piratas intenta bombardear ese puerto y pedir 20 mil libras por su rescate. No puedo admitir que destruyan una ciudad entera.

—Por los rediablos —protestó Matías—, ¿somos o no somos piratas? Ese gobernador de Jamaica nos ahorcará a todos. Deja que Barba Negra los bombardee... Nosotros nada tenemos que ver en el asunto. ¿A qué arriesgarnos? ¿Por qué nos quieres llevar a una trampa segura?

—Porque yo lo mando. Matías —decidió el pirata Dandy—. Transformaré mis barcos; entraré a Jamaica enarbolando la bandera inglesa y estoy cierto de que el gobernador Dane no nos reconocerá.

* * *

Días después el gobernador de Jamaica recibía la visita de un emisario de Barba Negra.

—Habla, rufián —dijo Dane a Ike Greb—. ¿Me traes botín?

—Traigo una importante información —replicó el pirata—. Mi jefe, Barba Negra, debe a usted importantes servicios y en pago de ellos me ha enviado a decirle que Dandy Duval va en camino a Jamaica con la intención de bombardear el puerto.

—¿Dandy? —exclamó Sir Dane—. No creo que se atreva...

—Sí, Excelencia —respondió el vil detractor—, y para congraciarse con usted le dirá que Barba Negra piensa bombardear la ciudad y exigirle 20 mil libras oro por su rescate. Es una mentira, Excelencia... Barba Negra es su aliado y nunca le hará daño.

—No creo que Dandy Duval se atreva a volver a Jamaica...

—Lo hará, Excelencia —afirmó Ike Greb—, y es probable que, sirviéndose de una estratagema, transforme sus barcos... Señor gobernador, esta información vale doscientas libras.

Carlos Dane entregó las doscientas libras a Ike Greb.

Entretanto Dandy Duval había pintado sus goletas de color azul gris, como los barcos de guerra ingleses, colocando la cruz de San Jorge en la nueva bandera y vestido a la tripulación con el uniforme británico.

El mismo vestía una casaca de seda azul galoneada y pantalón a



A pesar de todos los esfuerzos, el barco no se movió.

la usanza de los marinos ingleses de alta graduación y tricorno emplumado.

El pirata Dandy estaba orgulloso de sus goletas y de su indumentaria. También cambió el título del "Venganza" por el de "Pato Salvaje", y del "Loro de Mar" por "Ricardo Corazón de León".

Estos arreglos habían ocupado varios días, y sólo una quincena después de su querrela con Barba Negra, hizo su entrada en la bahía de Jamaica.

—Es una locura —protestaba el tuerto Matías—. ¿Supongamos que los marinos ingleses nos reconozcan? Hay más de una docena de buques de la marina británica en Jamaica.

—No nos reconocerán —afirmó Dandy.

Y en seguida, dirigiéndose a sus marineros, les ordenó que hicieran las señales acostumbradas por los marinos al arribo de un barco. Las señales fueron contestadas por los fuertes y Dandy se paseó ufano por el puente de su goleta.

—Quisiera que el gobernador me viera —exclamaba el pirata Dandy—. Bajaremos a tierra y daremos parte del nefasto plan

de Barba Negra y ahora sí que tendrá que recompensarnos el Gobierno británico.

Pero Dandy Duval no contaba con la traidora celada que le tendía Ike Greb.

El gobernador de Jamaica, al saber que dos barcos llegaban a la bahía, se trasladó a uno de los buques de guerra ingleses surtos en el puerto y desde allí observó con anteojo de larga vista el arribo de las goletas.

—Es Dandy Duval —declaró Carlos Dane—. No mintió Ike Greb. Capitán Flash, coloque en pie de guerra su navío.

En un instante se propagó la noticia y los fuertes de Jamaica se dispusieron al ataque.

Dandy Duval pudo advertir inmediatamente que había sido descubierto y en vez de anclar ordenó a sus pilotos que salieran mar afuera.

—Abajo la bandera inglesa —gritó el pirata Dandy—. Si quieren pelea, la tendrán.

Momentos después flameaba en las goletas la bandera negra con calaveras y huesos cruzados.

Las goletas huirían con rumbo a Haití.

De pronto Matías declaró que no podía avanzar.

—Se ha descompuesto la rueda de comando —dijo el tuerto.

—Traidor infame —gritó Dandy—, lo has hecho a propósito.

Pero por más que quiso arreglar los desperfectos de la rueda, el barco permaneció inmóvil. Entretanto el "Loro de Mar" continuaba su ruta hacia la isla de Haití.

Los marinos ingleses estaban a pocos metros del "Venganza" y los cañones despedazaban el puente de la goleta.

—Ríndanse —gritaba el capitán Flash—, o hundimos el barco.

Los piratas, con Dandy Duval a la cabeza, respondieron con nutrido fuego.

—Ríndanse —repitió el capitán Flash—. Perdonaremos la vida a la tripulación si Dandy Duval se entrega prisionero.

Una nueva descarga contestó a esas palabras. La situación de los piratas era angustiosa. Aunque batallaran como fieras, caerían derrotados.

El capitán de los filibusteros así lo comprendía. Pero él no aceptaba la rendición. Antes que entregarse, prefería morir. . . . Antes, sin embargo, procuraría burlarse de sus enemigos con algunas estratagemas.

(CONTINUARA)

El SUPERPOLLO

El pollo Cocoró y la patita Cuacúa son contratados por el doctor Buho Drácula, que está haciendo unos experimentos misteriosos y esta vez peligrosos. No hay que fiarse. A medianoche, Cocoró se levanta y...



¡Ay! Ese loco está preparando la fórmula H.



Parece rico.



¡Glup! ¿Quién soy yo?



¡Ah! Me siento superpollo



Voy a darle una pateadura al zorro.

¡NO! ¡Por favor!



(CONTINUARA).

Los gladiadores

CAPITULO IX.— *Hacia la tierra natal.*

El ejército de los esclavos se dividió. Treinta mil siguieron a Crixo el galo y los demás permanecieron con Espartaco, el tracio. Roma, enfurecida por las victorias de los siervos, alarmada por el creciente poder que adquirirían, decidió enviar contra ellos doce legiones completas.

La ciudad de Turio, que abastecía a los esclavos, al saber que Roma traía guerreros para aniquilar a los rebeldes, no quiso negociar más con ellos y se negó a suministrarles pan y trigo.

Espartaco celebró asamblea de capitanes y se decidió que todos volvieran a su hogar. Los habitantes de la Ciudad Esclava empezaron entonces a destruirla antes de abandonarla. Y la demolicieron con la misma alegre actividad con que la habían edificado. Espartaco recorría el campamento, contemplaba la destrucción, reía, animaba a sus tracios y ellos otra vez lo amaban. La dura luz de sus ojos se había apagado. No era ya el emperador inflexible, sino el camarada alegre y despreocupado.

Una mañana partieron hacia las montañas, donde había lugar para todos. Detrás de ellos crepitaba el incendio de la Ciudad del Sol.

Las legiones del Cónsul Gelio se encontraron con el ejército de Crixo y fueron vencidas. Los romanos huyeron y el galo no les persiguió. Ese fué su error.

Comprendió que le atraería la derrota y quiso evitarlo, pero sus hombres, que habían invadido el campamento romano y



Los romanos asaltaron a medianoche el campamento de Crixo.

se hartaban con las provisiones de vino y comida, se rieron de sus órdenes.

—¿Estás tratando de hacerte el Espartaco, o qué? —le preguntaron.

Y ni siquiera colocaron guardias. Crixo, más lúgubre que nunca, se encerró en la tienda del Cónsul Gelio y bebió hasta dormirse. Tan pesado era su sueño que no despertó cuando los romanos atacaron.

Durante la noche y a la mañana siguiente cayeron veinte mil esclavos. Cinco mil murieron en la cruz, cinco mil encontraron el camino de regreso a Espartaco. Crixo murió mientras dormía, degollado por un golpe de espada.

El gladiador tracio continuó su marcha y nada lo detuvo. Ni siquiera las legiones de Gelio y de Genio, que fueron destrozadas como si un huracán las hubiese aventado. Los esclavos querían retornar a sus tierras natales, el gladiador Espartaco les guiaba. Esa era la verdad de la situación y Roma, con todo su poder, no podía cambiarla.

Pero, junto al río Pado, recibieron una noticia que abatió de un golpe todas sus esperanzas: Sadalas, rey de los Odrisos, se había arrodillado bajo el yugo romano. En las montañas no había libertad. Los esclavos se estremecieron. Aun en su tierra natal no quedaba sol para ellos.

De nuevo, el bello semblante de Espartaco se nubló. Roma, por la fuerza de sus legionarios, no le había obligado a retroceder. Pero la cobardía de un rey servil que se humillaba a Roma les bloqueaba el camino de la libertad.

—¿Qué haremos ahora? —se preguntaban los esclavos, desorientados.



Las legiones no pudieron detener la marcha de los esclavos.

(CONTINUARA)

Ponchito



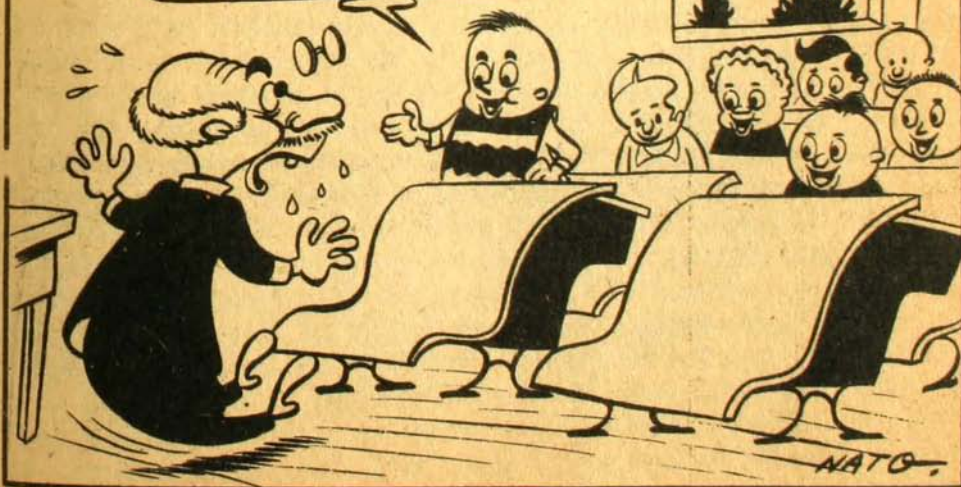
¡ MUY BIEN PONCHITO !
DIME TODO LO
QUE SEPAS...



ESTE... ESTE...
EL SAPO...



... EL SAPO JUEGA POR LA UNIVERSIDAD
CATOLICA Y ES EL MEJOR ARQUERO DEL
FUTBOL CHILENO



EL DUENDECILLO Y EL DRAGON

Una vez había un duendecillo verde llamado Caco. Y justificaba su nombre, porque era el más ladrón de todos los duendecillos del País de las Hadas. Nunca decía la verdad. Se apoderaba de las cosas pertenecientes a los demás y era el más intrigante entre los moradores de aquel país maravilloso.

Nadie le demostraba la menor simpatía, nadie le sonreía, ni nadie, tampoco, le invitaba a merendar. Caco no tenía un solo amigo, ni lo deseaba. Sólo era aliado de las brujas.

En una de las colinas que rodeaban la ciudad había una profunda gruta y en ella vivía el dragón Goloso. Era inofensivo por completo, aunque, a veces, le sobreveníá un hambre terrible. Entonces los duendecillos, los elfos y los gnomos procuraban no acercarse a él, hasta que se había comido un carro lleno de plátanos, que el señor Chambelán le enviaba en cuanto sabía que el dragón estaba nuevamente hambriento. Y se aseguraba que el Goloso era muy capaz de olvidar su afición a los plátanos, para comerse a un duendecillo si uno de ellos acertaba a pasar a corta distancia. Caco visitaba con frecuencia al Dragón. Pero Goloso le manifestaba muy mala voluntad y se negaba a conversar con él. Sabía muy bien que era un mal duendecillo y aun los mismos dragones suelen mostrarse delicados y exigentes con respecto a sus amistades.

Eso disgustaba en extremo a Caco, y continuamente se esforzaba en trabar amistad con el dragón, a fin de poder darse tono luego diciendo: "Ayer el dragón me invitó a tomar el té en su caverna", o bien: "Ayer el dragón me obsequió con una exquisita merienda". Mas el dragón le volvía la cabeza cuantas veces lo veía y bufaba así que se daba cuenta de la proximidad de Caco, negándose, con la mayor obstinación, a sostener con él siquiera las relaciones superficiales y corrientes entre vecinos.

Un día Caco asistió a una reunión, a fin de enterarse de las fiestas que se habían organizado para recibir al Rey de las Hadas en su visita anual a la ciudad. Un elfo y un duendecillo empezaron a disputar y todos los demás trataron de contenerlos.

—No te sulfures, Pituso —le dijeron los gnomos que le rodeaban—. Cuando frunces así el ceño eres casi tan feo como el dragón.

En cuanto Caco oyó estas palabras formuló su plan. Le iba a contar al dragón que los elfos y los duendecillos le llamaban feo. No había duda de que conquistaría su simpatía, pues el enojo que sintiera contra los demás le haría variar de sentimientos. Además, era muy posible que, airado por aquellas palabras, se fuese a la ciudad para devorar a todos sus habitantes. Entonces él y Goloso serían buenos amigos, y aun era posible que el dragón lo nombrase rey de la población.

"Esta es una buena idea —se dijo Caco, mientras se alejaba para reflexionar a sus anchas—. Fingiré estar muy enojado de que alguien haya tenido el atrevimiento de llamar feo al dragón, y yo, en cambio, le diré que es lindísimo y que le asiste el derecho de matar a los que le han insultado. Después de eso no hay duda de que será mi amigo."

Al día siguiente, Caco se encaminó a la caverna del dragón. Goloso estaba tendido ante la entrada, a fin de tomar un baño de sol. No era bonito, y hasta merecía el calificativo de feo, porque tenía unas escamas que



El dragón Goloso se encontraba tomando un baño de sol.

le cubrían el cuerpo, una cola larga y erizada de pinchos y al respirar le salía humo por las narices.

—Buenos días, Goloso —dijo Caco, con voz cordial y alegre.

El dragón fingió no verle ni oírle.

—¡Hola, Goloso! —repitió Caco, gritando—. Vengo a decirte algo muy interesante. Y te sorprenderá mucho cuando lo sepas. Goloso no dijo nada. Dió un bostezo, abriendo mucho la boca y cerrando al mismo tiempo los ojos. Luego, repentinamente, sintió un hambre espantosa. Cada cincuenta días le sucedía lo mismo. Preguntóse si el señor Chambelán le habría enviado ya la carretada de plátanos, y abrió los ojos para mirar al llano, a fin de descubrir lo antes posible el deseado alimento.

Pero no lo vió. El señor Chambelán se había equivocado en la cuenta y había ordenado preparar los plátanos para el día siguiente.

El duendecillo Caco ignoraba que era el día quincuagésimo. Acercóse al dragón y volvió a dirigirle la palabra.

—Escúchame, Goloso —dijo—. ¿No sabes que todo el mundo te llama feo? ¿Qué te parece?

Goloso se llevó una de sus patas delanteras al oído, como para entender mejor, aunque era capaz de oír perfectamente todas las palabras del duendecillo, por más que las hubiese pronunciado en voz baja.

—Acércate más —invitó—. Estoy sordo de un oído y apenas oigo con el otro. Acércate, Caco.

Este se aproximó.

—Siéntate en el extremo de mi cola, Caco —añadió el dragón—. Esta mañana estoy peor que nunca del oído. Siéntate en el extremo de mi cola.

El chismoso sentóse en el extremo de la cola del dragón, llena de pinchos, y empezó a hablar de nuevo.

—La gente de la ciudad dice que eres muy feo —repitió—. Me parece que deberías devorar a quienes dicen esas cosas tan injustas acerca de ti. Por mi parte te encuentro lindísimo.

Goloso fingió no oírle.

—Siéntate en mi lomo —sugirió—. Uno de mis oídos me zumba de tal manera que no me deja oír cosa alguna. Y en el otro resuena un silbido muy agudo. Siéntate en mi lomo, Caco.

Este obedeció y reanudó el relato de su chisme, aunque a grito pelado. Pero Goloso meneó la cabeza.

—Tengo un oído sordo del todo y el otro no anda bien tampoco —dijo—. Siéntate en mi cabeza, Caco.

Hízolo así Caco, y reanudó sus gritos. Mas, al parecer, tampoco el dragón consiguió oírle:

—Siéntate en mi colmillo inferior, Caco —insinuó—. Así podré oírte tal vez.

Sin sospechar el peligro, Caco obedeció. Entonces Góloso abrió las fauces, echó hacia atrás la cabeza y luego cerró ruidosamente los dientes.

¿Dónde estaba Caco? ¡Había desaparecido! El Dragón sonrió satisfecho y se dijo que ya podría aguardar pacientemente la llegada de los plátanos. A lo lejos vió a dos o tres duendecillos y los llamó.

—¡Eh, pequeños! —gritó—. Venid un momento. Aquí ha estado Caco diciéndome que me llamáis feo. Creo que es verdad. ¿Os parezco realmente feo?

—Sí —contestaron sorprendidos los duendecillos—. Siempre te



El chismoso se sentó en el lomo del dragón.



Los duendecillos se marcharon presurosos.

lo hemos dicho, Goloso. Ya sabes que no existe ningún dragón hermoso, y tú estás convencido de ello. Por otra parte, no tiene nada de particular que seas feo.

—Ya me figuraba que me contestaríais así —replicó el dragón, dando un suspiro de satisfacción—. Ese estúpido Caco me llamó lindísimo, y eso me enojó. ¡No habría podido consolarme de ser un dragón lindísimo! Todo el mundo se hubiese reído de mí.

—¿Dónde está Caco ahora? —preguntaron los gnomos, mirando a su alrededor—. Vamos a armarle un escándalo por haber venido a contar chismes. Es el duendecillo más antipático de cuantos ha habido.

El dragón se ruborizó e inclinó la cabeza.

—Bueno —empezó diciendo con la mayor indecisión—, el caso fué que Caco vino a sentarse en uno de mis colmillos... y cuando abrí la boca se cayó a mi gargaña. Temo que no volveréis a verle.


—¡Oh! —exclamaron asustados los duendecillos—. ¡Hoy deben

cumplirse los cincuenta días! ¡Vamos a hacer de manera que te traigan cuanto antes los plátanos!

Marcháronse presurosos y mandaron un aviso al señor Chambelán, rogándole que hiciese enviar cuanto antes los plátanos. Luego fueron a difundir por la ciudad la noticia de la muerte de Caco.

Hubo gran revuelo en todas partes. Los duendes se reunían a comentar el extraño suceso. Las ninfas abandonaron el bosque para oír también las noticias. Los trasgos, que viven en los subterráneos con sus cabezas enterradas en montañas de oro y piedras preciosas, abandonaron sus tesoros y se asomaron a la tierra. Las brujas vinieron a gran velocidad en sus escobas voladoras y, al comprobar que eran ciertos los rumores, sufrían un ataque de ira. ¿Quién les ayudaría ahora a buscar víctimas para sus maleficios? Y las brujas se alejaban renegando con sus rostros verdes de rabia.

Nadie lo sintió, aunque tampoco se alegró nadie. Pero era innegable que la ciudad tenía un aspecto más agradable sin la presencia de Caco. En cuanto a Goloso, el dragón, se comió todos sus plátanos y luego, muy satisfecho, se entregó al sueño.



A nuestros lectores

Hugo Mpuharzel.—Lamento comunicarle que el N. 1 de "Simbad" está totalmente agotado.

Eliana Muñoz.—Nos dice con la sencillez de la verdad: "Nunca pensé que una revista tan chica pudiera tener todo lo que a mí me gusta." Gracias, Eliana.

Elsa Fuentes Sánhuesa, Gastón Josephson.—Elena Poirier agradece cordialmente sus elogios.

Rene Cuevas.—Dirijase a la Sección Subscripciones para solicitar los ejemplares que le faltan. El número 1 está agotado. Por cierto que si empasta las revistas tendrá una linda biblioteca infantil.

Fernando Contreras Rosales, Sergio Hurtado, Rolando Meléndez, Ana Luisa Rojas, Leoncio Inostroza, Luis Alfredo Palma, Laura Morales Vera.—Les agradecemos sus gentiles elogios.

Pedro Sánchez.—Agradezco tus gentiles felicitaciones. Dices que te agrada especialmente el estilo alegre de la revista.

Ana Ayala, Raquel Pérez Labarca.—Sus palabras nos animan a proseguir y a dar cada día a "Simbad" lo mejor de nuestro espíritu. Nos alegra saber. Raquel, que todas las niñas de tu curso compran nuestra revista y le profesan gran cariño.

ROXANE.

¡OH! ESO NO SE
HACE, JUANITO



UNA PERSONA BIEN EDU-
CADA NO MIRA POR EL OJO
DE LA CERRADURA



¡NO LO HAGAS
NUNCA MAS!



?



INFIMO EL MOSQUITO



CAPITULO VI.— *Infimo, rey de las abejas.*

La amistad con el sanguinario zancudo no agradó al poeta Infimo, quien volvió a sumirse en el dolor pensando en su idilio roto.

—Nunca más volveré a ver a mi Blanquita —suspiraba el enamorado Infimo.

Pero de improviso vió posarse una abeja en el cáliz de un nenúfar.

—¡Qué linda rubia! —murmuró Infimo—. ¡Qué dulce ha de ser su miel!

Rapidamente voló hacia la abeja.

—Soy Infimo el mosquito —dijo el fanfarrón—. La belleza arroba mi alma. Déjame contemplarte un momento y dime tu nombre, ¡oh diosa mía!

—Te conozco bien —respondió la abeja—. Eres el mosquito ocioso e inconstante. Yo soy Bébé, la abeja laboriosa y que sólo conoce el trabajo.

—Eres injusta, Bébé —protestó Infimo—. Tú sabes que en ti resplandece toda belleza; la luz irradia en tus alas y si me aceptas por compañero te ayudaré en tu trabajo.

—Soy muy incrédula y no me preocupo de mi belleza —musitó

RESUMEN: Intimo, el mosquito, se enamora de Blanquita, la hormiga negra, y para no separarse de ella, decide trabajar. En el hormiguero, se afana y vive sofocado por las tareas que le impone su amiguita. Un día le nombran general en jefe del ejército de hormigas rojas, pero sufre una derrota y no se atreve a volver.

Bebé—, pero si quieres trabajar podría buscarte un empleo en nuestra colmena.

—¿Qué es una colmena?

—Es nuestra morada —explicó Bebé—; allí la ves en la oquedad de un viejo sauce. Allí reside nuestra soberana. Del polen de las flores fabricamos la miel con que se nutren nuestras ninfas.

—¿Ninfas también como entre las hormigas? —preguntó Infimo.

—Las hormigas... —exclamó Bebé con desdén—. ¿Cómo vas a comparar a las abejas, que son criaturas nobles, con esos insectos tan feos? Ellas se arrastran por el suelo. Ignoran la gracia y la sutileza. En cuanto a las hormigas rojas son simplemente repugnantes.

—Repugnantes —asintió Infimo.

—Y aun más atroces son las hormigas negras —insistió Bebé—. Esas creen que todo se lo merecen. Forman parlamentos y repúblicas... ¿Cómo se pueden comparar con las abejas que tenemos reinas?

—Bebé, ¿te acompaño a tu colmena? —suplicó Infimo.

—Vamos.

“Petulante pero bonita —iba pensando el mosquito—. Y siempre el trabajo... No tengo suerte... Bebé es una criatura deliciosa y espero que aceptará casarse conmigo.”

Volaron juntos hasta la colmena y Bebé dijo a su compañero:

—Mira esos panales desbordantes de miel. Son obra nuestra. Pruébala; es exquisita.

Después de saborearse con la miel, Infimo observó a un grupo de abejas que iban depositando en los alvéolos de cera el polen que traían y que mezclaban con su propio jugo. La miel dorada corría.

Bebé presentó a Infimo, y las abejas le dieron la bienvenida.

Infimo, encantado con la finura de las abejas, se manifestó muy interesado por su trabajo.

—Infimo, vuelvo en busca de polen. ¿Vienes conmigo? —dijo Bebé.

—Ciertamente. ¡Qué hermosa eres, mi Bebé! Rubia como un reflejo del sol.

—Sé que soy hermosa, pero no me preocupo —respondió Bebé.

“Qué suficiencia”, pensó el mosquito, y dijo en seguida:

—Mi divina Bebé, posando sobre ese cáliz semejas una gota de



—Las hormigas son insectos feos —dijo con desprecio la abeja Bebé.

oro en un vaso de alabastro. Querría ser pintor para retener tu imagen, pero soy solamente un poeta...

—Recoge ese polen —ordenó la hacendosa abeja—. Yo no puedo cargar más.

Ambos regresaron a la colmena y todo el día estuvieron trabajando.

Bebé estaba encantada con la cooperación de Infimo.

A la caída del sol Bebé dijo al mosquito:

—Basta ya. Es la hora de comer. Voy a presentarte a nuestra reina.

—La **REINA** —exclamó Infimo, henchido de orgullo.

Sobre un trono de cera esculpida sentábase la reina de las abejas. Sus alas eran más grandes y más bellas que las de Bebé.

Infimo se prosternó ante la reina.

—Bienvenido seas, gentil mosquito —expresó la reina—. Tu actividad ha entusiasmado a todos mis súbditos. Dígnate aceptar nuestra hospitalidad.

—Digna soberana —respondió Infimo—, estoy profundamente emocionado de vuestra bondad. Prometo ayudar a Bebé a recoger el polen de las flores y servir a vuestra majestad en todo lo que me ordene.

La reina invitó a Infimo y a Bebé a comer con ella un dulce panal de miel

Transcurrieron días felices para el mosquito más y más enamorado de la rubia abeja.

Pero una mañana fatal se oyó un grito de alarma en la puerta de la colmena:

—Las avispas, las avispas...

En efecto, una nube de avispas rodeaba el viejo sauce y algunas ya penetraban a la colmena. Los dardos mortales de esos insectos facinerosos traspasaron las entrañas de las abejas que luchaban por defender sus tesoros.

Infimo se arrojó valientemente a la pelea, volando de un lado a otro, y empujando a las avispas con sus patas fuera del hogar. Pero de súbito una de las avispas mató a la reina y hubo gran desesperación y anonadamiento.

Las avispas, repletas del botín mieloso, emprendieron el vuelo. Entonces Infimo, recordando que había sido *general*, agrupó a todas las abejas y las exhortó a tener valor en la desgracia.

—Volveremos a formar nuestros panales —decía el mosquito—, y ahondaremos más la cavidad del árbol. Ahora todas a trabajar. No más lamentaciones.

Las abejas comenzaron a admirar a Infimo por su fortaleza y autoridad.

Bebé, después de una larga entrevista con sus compañeras, se acercó a Infimo y le dijo:

—Mi querido Infimo, mis hermanas y yo venimos a proponerte que seas nuestro rey.

Infimo no cabía en sí de vanidad, pero tardó un momento en responder:

—Hermanas, a pesar del peso de esta corona, la acepto con ciertas condiciones. Primero: Bebé será mi dama de honor y no se apartará de mi lado.

Bebé cayó de hinojos a los pies de su majestad.

—Segundo: tendré diez pajes para que me lean poesías, veinte para la música, treinta para que me confeccionen miel especial, cien para que me escolten cuando quiera salir y dos mil para entonar himnos a las bellezas del universo. Las otras...

—No hay más hermanas —indicó Bebé.

—¿Cómo? —exclamó Infimo, frunciendo el ceño—. Digo que las demás trabajarán en la fabricación de miel, etc.

—Los efectivos actuales son de dos mil abejas solamente —repitió Bebé.



—¿Quién perturba mis ensueños? —preguntó el rey Infimo.

—Bien —expresó entonces Infimo—. Bebé será mi dama de honor, mi lectora, mi cantatriz, formará mi escolta y cantará himnos al universo.

—Me siento muy feliz, Majestad —declaró Bebé.

—Las otras pueden retirarse —ordenó Infimo, con ademán protector.

El mosquito alzaba la cabeza con gesto soberano y murmuraba para sí:

—Si me viera ahora Blanquita, la hormiga negra, que me quería para mozo de cuadra. Ahora soy rey... Un rey alado que se posará en la corola de las flores.

—¿Qué dices? —preguntó Bebé.

—¿Quién perturba mis ensueños? —preguntó agríamente Infimo.

—Mi señor y mi rey —se atrevió a murmurar Bebé—. Venía a decirte que ha nacido una reina. Su belleza es ideal, sus alas son como hilos de oro, su cuerpo sutil y lleno de gracia.

Infimo apretaba los puños y estaba visiblemente molesto.

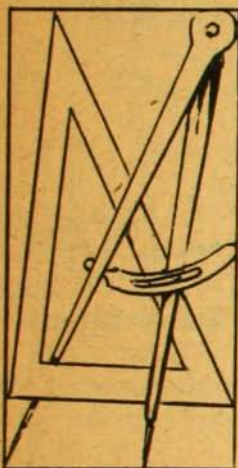
De pronto zumbidos inusitados resonaron en la colmena.

—Majestad —balbuceó Bebé—, se prepara un gran movimiento en el departamento de la cera. Todas las abejas desean venir al pie de tu trono a presentarte a la joven reina.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos lados tiene el hexágono? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 16 premios de 3 forros para cuadernos; 16 premios de 5 secantes cada uno; 16 tinteros para colegiales, y 10 paquetes de Vitalmín.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 29

El número de masa del uranio natural es 238.

PREMIADOS CON: 3 forros para cuadernos, 5 secantes, 1 tintero y 1 paquete de Vitalmín: Francisco Núñez, San Felipe; Alfredo Vergara, Quillota; Claudio Valdenegro, Rancagua; Mercedes Torrealba, Talagante.

Estos fueron los únicos concursantes que enviaron soluciones correctas. En consecuencia, les dimos, no sólo el

premio que les correspondía, sino además un premio de cada uno de los designados para ser repartidos en este concurso.

Como nuestros lectores no han respondido a la pregunta planteada en el concurso de "SIMBAD" N.º 29, y considerando que este conocimiento, tan difundido en estos días, es de interés para ellos, damos una explicación al respecto: Cada átomo de metal o metaloide está formado de protones (con carga eléctrica positiva) y neutrones, que no llevan carga eléctrica. La suma de éstos constituyentes que forman el núcleo del átomo, forma el número de masa.

Por ejemplo: el número de masa del uranio natural es 238, es decir, que está compuesto de 92 protones y 146 neutrones. Este número de masa puede ser alterado por métodos electromagnéticos. El uranio empleado en la fabricación de la bomba atómica es el 235.

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL. \$ 90.—

SEMESTRAL. \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A. Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

EL PLANETA ERRANTE

CAPITULO I.—*El viaje suicida.*

Corría el año 50 de la Era Atómica. El mundo, bordeando las guerras superdestructivas, había alcanzado enorme progreso en el campo de la química y la física. La radioactividad de los metales era la principal fuente de esta civilización. Adquirieron tal importancia, que los seres humanos llevaban nombres derivados del reino mineral.



Aura señaló una estrella roja que brillaba intensamente.



Vieron un planeta que emanaba rojiza claridad.

Cierta noche asistían a una fiesta un grupo de exploradores: el gallardo Ferrio, que era moreno y alto; su hermano Cobalto, rubio, de ojos intensamente azules; la exploradora Aura, también rubia y tan temeraria como sus compañeros; el sabio Estroncio y su hija, la exótica Amida.

De pronto, Aura señaló hacia el espacio, diciendo:

—¡Miren! Parece una estrella mayor que las demás.

—Y está rodeada por un halo rojo.

—Yo diría que es un mundo en combustión —añadió Cobalto, y sus pupilas claras se contrajeron en el esfuerzo de la mirada penetrante.

—¡Qué extraño! —añadió el profesor Estroncio—. Diría que es un mundo en fusión. Vamos a mi observatorio. Esto es muy importante.

Se trasladaron de inmediato a la torre. Luego de observar largamente por el telescopio, Estroncio murmuró:

—Mi pronóstico no estaba muy errado. Es realmente un mundo, una nueva tierra.

Su voz temblaba de excitación. Los jóvenes se inclinaron sobre el gigantesco lente, el más poderoso de aquellos días. En la visual se reflejaba una esfera que emanaba rojiza claridad. A través de ese resplandor se distinguía una confusa masa.

—Papá, tiene una superficie accidentada... ¿Montañas, quizás? —preguntó Amida.

—Sí, hija... o volcanes. Tal vez surtidores de lava o pantanos ardientes. En ese planeta se está desarrollando una vida seme-



—Contemplaríamos el prodigioso nacimiento de un mundo.

que se construye en su laboratorio, profesor —insinuó Cobalto—. Usted lo creó para ir a la Luna, pero el satélite ya está muy conocido. Más prodigioso es ese mundo que nos ofrecerá una reproducción de escenas prehistóricas, una visión real de todo aquello que sólo conocemos por estudios y deducciones. Por fósiles y jeroglíficos antiguos. Profesor Estroncio, ¿llegaría el cohete a ese cuerpo celeste?

—Sí.

La breve contestación estremeció a los audaces. El sabio añadió:

—Pero debemos apresurarnos. Ese planeta no pertenece al sistema solar; no tiene una órbita propia. Es errante y desaparecerá tan sorpresivamente como

jante a la que hubo sobre la Tierra en los tiempos primitivos. Sería grandioso contemplar esa Tierra que nace.

Ferrio añadió, entusiasmado:

—Volveríamos a nuestra propia Edad de Piedra..., o tal vez a tiempos más remotos aún, a trescientos siglos antes de la Era Moderna.

Por un instante reinó el silencio. Todos tenían el mismo pensamiento: ir hacia ese planeta.

—Nos serviría el cohete



Como un bólido, el cohete cruzó el espacio.



—La temperatura aumenta. Nos acercamos al planeta.

a fin de sacar cálculos. Mientras tanto, mediten, y mañana me dicen qué han decidido.

—Tú irás de todos modos, ¿verdad, papá? —inquirió Amida, suavemente—. Y yo te acompañaré.

Estroncio no respondió. Con ternura, apoyó su mano sobre la oscura cabellera de Amida y en seguida guió a sus amigos hasta la puerta. Durante toda la noche trabajó, llenando una gran pizarra de signos algebraicos y fórmulas.

Cuando la luz del alba se filtró por los amplics ventanales, el profesor Estroncio sabía cuanto deseaba saber.

Por cierto que Ferrio, Cobalto, Aura y Amida acordaron partir. La construcción del cohete estratosférico se apresuró y al mediodía siguiente estaba dispuesto para cruzar el cielo.

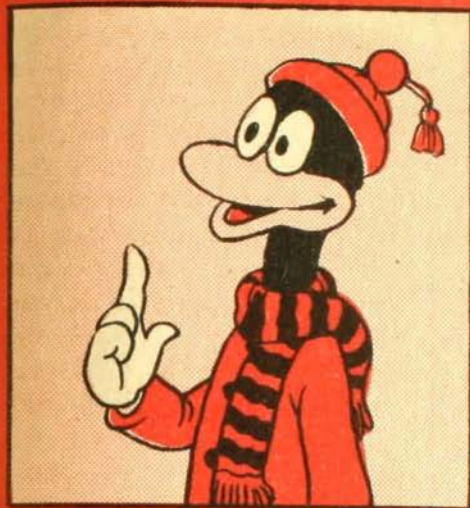
Al caer la noche, los habitantes de la Tierra se agitaron asombrados al ver que una especie de bólido atravesaba el aire, dejando tras sí una estela de

(Continúa en la última página)

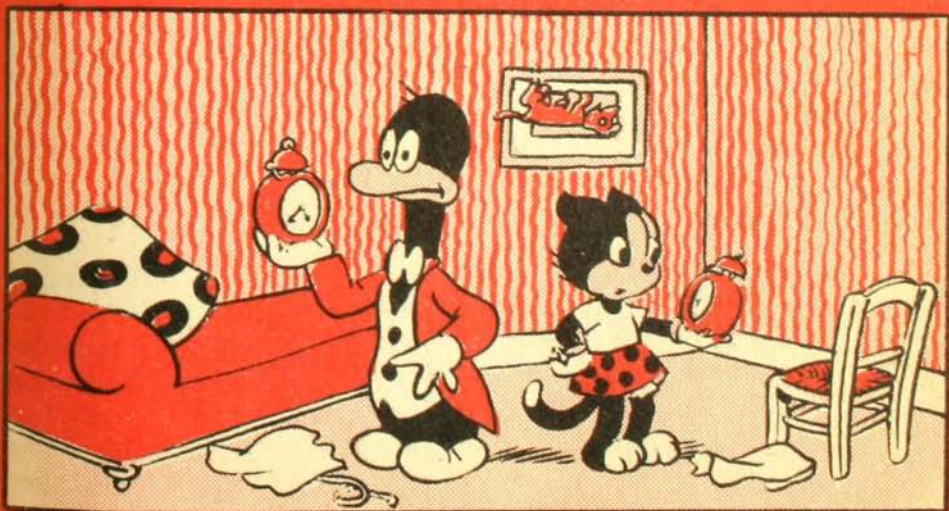
**COUPON DEL
CONCURSO
Semanal**
SIMBAD N.º 32

Un hexágono tiene
lados.

MUCHI X POCO



3. Cuando los dos amigos se encontraron, Muchi dijo: "—Que seas muy feliz y que nunca te pesque una cocinera para echarte al horno". Poco respondió: "—Y qué tú vivas más de siete vidas".



4. Abrieron sus respectivos paquetes, y en cada uno había un despertador. Al principio no les gustó, pero después dijeron: "—Nos servirá para despertar los miércoles y comprar temprano el "Simbad".

EL PLANETA ERRANTE

(CONTINUACION) fuego. Las estaciones de radio funcionaron febrilmente, los observatorios enfocaron sus aparatos para escuchar el aire, los sabios relacionaron ese fenómeno con la aparición de un planeta, que, según todos los cálculos, se alejaría antes que los hombres pudieran estudiarlo.



Dentro del cohete, los viajeros sentían el corazón anheloso. ¿Qué fin tendría su aventura? Iban a una velocidad que no imprimía a la nave la menor oscilación. Por instantes, podría

pensarse que estaban inmóviles en el vacío más absoluto.

Por fin un día Estroncio anunció:

—La temperatura aumenta. Nos acercamos.

Atravesando la zona de depresión, el cohete cruzó un torbellino de nubes densas y rojas y después, guiado por la mano inmovible de Estroncio, se depositó suavemente, como un insecto cauteloso que pisa una superficie bañada de veneno.

(CONTINUARA)

Simbad

N.º 33

\$ 2.-



ELENA POIRIER

EL SUPERPOLLO

Pimpin

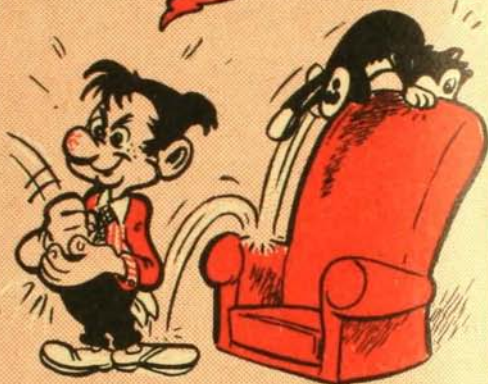
EL AVENTURERO



Por

Themístocles
obos A.

ESTA DECIDIDO! SERE UN
VALIENTE EXPLORADOR A QUIEN
NO LE IMPORTEN LOS PELIGROS
MA'S GRANDES DEL MUNDO!



1

YA ME VEO
EN PLENA SELVA
FRENTE A
LAS FIERAS!..

PURRR!



BAH! ES
SOLO UN
TIGRE!

GRRR!



(SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA)

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxana)

AÑO I - N.º 33

Precio: \$ 2.—

18-V-1950



GIL BLAS de SANTILLANA

CAPITULO VI.—De gentilhomme a mendigo.

Gil Blas de Santillana y la bella Mencía de Mosquera fueron reclusos en celdas separadas. El estudiante asturiano estaba acusado de ser ladrón, pues llevaba los magníficos atavíos de un gentilhomme asaltado por la banda de Rolando. Como sabemos, Gil Blas no era un cómplice del bandolero, sino su cautivo. Logró huir, salvando al mismo tiempo a Mencía, también prisionera. Ninguna explicación pudo dar el adolescente a sus feroces carce-



—¿Conque eras inocente?— preguntaron entre risas burlescas.

leros. Meditaba tristemente, cuando se abrió la puerta del calabozo y entraron el corregidor y dos alguaciles.

—Debemos registrar-te —declaró el corregidor, y uno de sus subalternos empezó a palpar los bolsillos del joven. Los tenía llenos de doblones, que había cogido en la caverna de los saltadores antes de su fuga.



Gil Blas pensaba que moriría en aquella prisión oscura y sórdida.

agua y un mendrugo duro constituían su comida.

—¿Por qué salí de Oviedo? —suspiró—. Mejor hubiera permanecido con mi tío, el canónigo, en la santa paz de su casa.

Transcurrieron los días y las semanas. Gil Blas pensaba ya que moriría en la prisión, cuando el corregidor se presentó nuevamente y le dijo:

—No soy un juez inflexible. Has tenido tiempo de reflexionar y te devolveré la libertad. Procura no apartarte de la buena senda.

Minutos después acudió un carcelero. Quitó a Gil Blas la hermosa vestimenta y le dió en cambio una casaca harapienta y otros andrajos. Con ellos, el apuesto gentilhomme se convirtió en un pordiosero.

—Y ahora, ¡afuera! —barbotó el palurdo

—¿Conque eras inocente? —preguntó el oficial de justicia. Riendo burlescamente, se guardó las monedas y abandonó la celda.

Gil Blas quedó solo otra vez, en aquella mazmorra húmeda y fría por donde las ratas se paseaban jubilosamente. Un jergón de paja le servía de lecho. Una jarra de



—Procura no apartarte de la buena senda— aconsejó el corregidor.

y propinó al asturiano unos vigorosos puntapiés que le lanzaron al medio de la calle.

Con gran paciencia, Gil Blas indagó noticias sobre Mencía de Mosquera y supo que, al probar que pertenecía a una noble familia, los toscos alguaciles le presentaron sus disculpas y la dejaron ir. Ella se había trasladado a Burgos.

Estos datos se los proporcionó un so-



El carcelero le lanzó brutalmente a la calle.

chantre (el que dirige el coro en los oficios divinos). Gil Blas lo había conocido en su viaje a Peñafior. Era un jover tan bondadoso, que se compadeció de las desventuras del muchacho y sugirió: —No os aflijáis. Os daré unas monedas y mi mula, para que hagáis el viaje hasta Burgos. La noble Mencía está refugiada en un convento.

—No comprendo cómo pudo abandonarme a mi suerte, cuando yo no vacilé en salvarla —musitó Gil Blas, pensativo.

—Abogó por vos, pero las pruebas en contra vuestra eran concluyentes y nada pudo lograr de los severos jueces —declaró el sochantre—. Ella misma os convencerá de que no fué ingrata. Id con Dios.

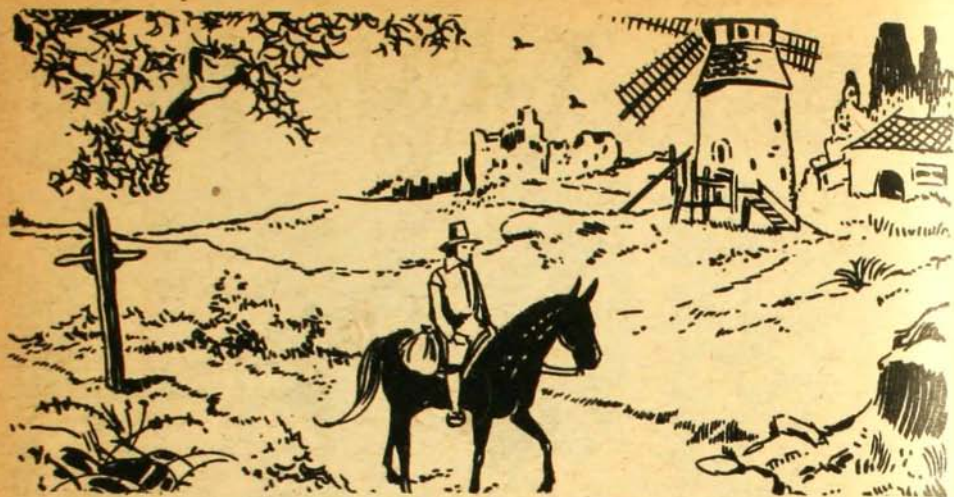
No tardó Gil Blas en emprender la marcha. La mula, de tardo paso, avanzaba sin demostrar impaciencia por llegar a ninguna parte. En vano su jinete la animaba.

Por fin avistó las primeras casas de Burgos, los molinos, las antiguas iglesias.

Mencía de Mosquera le recibió con alegría.

—Tomad cien ducados para que os vistáis como conviene a vuestro rango —le dijo, entregándole una bolsa—. Cuando hayáis desechado esos harapos, regresad, que debo hablaros.

Gil Blas de Santillana se inclinó en una profunda reverencia y se



Por fin el ansioso viajero avistó la ciudad de Burgos.

apresuró a obedecer. Estaba decidido a presentarse ante la doncella como el más galano doncel. En verdad aquellos andrajos le daban una apariencia desastrosa.

Invirtió los ducados en un traje digno de un príncipe. Jubón de terciopelo, cuello y puños de encaje, calzas finas, espada, tahalí brillante. El mendigo se transformó en un gentilhomme capaz de hacer suspirar a las damiselas románticas.



—Tomad cien ducados para que os vistáis como conviene a vuestro rango.

—Ahora puedo acudir sin humillación a presencia de Mencía —se dijo el feliz mancebo—. Hablaré con ella de igual a igual. Como un noble charla con una duquesa.

Olvidó sus malhadadas aventuras en los mesones donde robaban a los huéspedes, y en los caminos donde los viajeros eran desvalijados. Ahora, la suerte le sonreía.

(CONTINUARA)



EL PIRATA DANDY

CAPITULO VII.— *Otra hazaña de Dandy Duval.*

Los marinos ingleses sitiaban a la goleta "Venganza", intimando rendición. De pronto cesaron de disparar los cañones de la goleta y los marinos abordaron el "Venganza".

En el puente se veía la gallarda silueta del pirata Dandy con su tricornio emplumado.

—Al fin en mi poder —exclamó el gobernador de Jamaica, corriendo hacia su mortal enemigo.

Pero grande fué el estupor de los marineros al ver que se encontraban en presencia de un maniquí ataviado con el vistoso traje del pirata.

—Duval se ha burlado de nosotros —gritó furibundo Carlos Dane.

—Se encontrará entre los muertos o heridos —sugirió el capitán Flash.

Fué imposible descubrir al pirata Dandy. El tuerto Matías y los demás sobrevivientes fueron conducidos prisioneros a la cárcel de Jamaica y el "Venganza" entró a la bahía en triste estado.

—Seguramente Dandy Duval ha muerto en la batalla —dijo el gobernador Dane—, y su cadáver cayó al mar.

RESUMEN: Dandy Duval es desterrado con un grupo de revolucionarios. La goleta donde viaja es asediada por los piratas. Duval dirige la defensa y se apodera del navío enemigo. Más tarde captura también el velero de Nico Bonete. Ofrece a Carlos Dane, el gobernador de Jamaica, sus barcos y su tripulación para servir al rey de Inglaterra. Dane, que es cómplice de los filibusteros, se niega a aceptar, y entonces Dandy Duval se convierte en bucanero. En la Bahía de los Filibusteros se entrevista con el pirata Barba Negra. Duval escucha indignado los criminales proyectos del rey de los piratas, y se dirige con sus barcos a Jamaica para evitar la destrucción de la ciudad. Barba Negra le traiciona, y Duval es recibido a sangre y fuego en Jamaica.

* * *

Dandy Duval no había muerto. Viendo perdida la batalla, el intrépido pirata se arrojó al mar y mientras los buques de guerra cañoneaban al "Venganza", y hacían prisionera a la tripulación,

él nadaba hacia la costa y se refugiaba tras los grandes peñascos de una ensenada.

—Otra vez en Jamaica —murmuraba Dandy, sin perder su buen humor—. Pero no en la forma de un gentilhomme pirata. Mi traje está deteriorado con el agua. No puedo presentarme ante Su Excelencia el Gobernador como pollo mojado.

Se recordará que Duval vestía un traje completo de almirante inglés cuando se arrojó al mar y, como de costumbre, su principal preocupación era vestir con elegancia.

Recogiendo algas secas encendió una fogata, secó su ropa, lavó sus medias blancas, enceró sus botas y volvió a vestirse correctamente.

Nadie, al verle tan garboso, habría sospechado que acababa de nadar tres millas por un agitado mar, después de luchar como un león en sangrienta batalla.

—El “Venganza” en poder de las autoridades —se dijo Dandy Duval—, y la tripulación prisionera. Nuestros tesoros perdidos. Antes que se oculte la luna amiga, todo lo habré recobrado.”

¿En qué forma podría Dandy Duval sacar de la cárcel a sus compañeros y apoderarse del “Venganza”? Seguramente el gobernador tendría encadenados a todos los tripulantes y custodiados por severos guardianes.

Dandy Duval se encaminó hacia el puerto. Al llegar junto a un lujoso cabaret, el pirata divisó una calesa, de la cual descendía un grupo de jovencuelos.

El cochero dejó atados los caballos del carruaje y penetró al cabaret tras sus amos.

En el acto el pirata Dandy desató los caballos, subió a la calesa y emprendió la carrera. Algunas cuadras más lejos llamó a un transeúnte negro y le dijo:

—¿Quieres guiar mi calesa? Te doy dos libras oro.

El negro saltó al pescante y preguntó:

—¿Dónde vamos, Excelencia?

—A la cárcel —respondió Duval—. Soy el almirante Warden, comandante general de la flota británica en Jamaica.

A poco llegaba la calesa frente al portón de la cárcel y el cochero bajaba del pescante y golpeaba reciamente la puerta.

—¿Quién llama? —preguntó el centinela.

—Su Excelencia el almirante Warden.

Los centinelas presentaron armas y el carcelero se inclinó humil-



Poirier.

Dandy Duval se dirigió hacia el puerto.

carcelero que abriera las puertas y los hiciera pasar a la galería. —Tengo que hacerles confesar dónde guardan el botín —explicó Dandy al carcelero.

Por cierto que los prisioneros reconocieron al punto a Duval.

—Quítales esas cadenas —dijo Dandy al carcelero.

Ya estaban todos sin grillos cuando llegó un soldado anunciando la visita del gobernador.

demente para dar paso al falso almirante.

—Mi amigo Sir Charles Dane —dijo Dandy al carcelero—, me ha dado malos informes sobre ti y dice que debes ser reemplazado por otro guardián más vivo y diligente. ¿Dónde están los piratas? Supongo que los tendrás encarcelados y bajo llave...

—Sí, Excelencia —replicó temblando el carcelero—; están cargados de cadenas y en celdas separadas.

—Vamos a verlos —ordenó Dandy.

—Qué inmundicia, qué desaseo —iba murmurando Dandy mientras atravesaba las galerías de la cárcel—. Comprendo que los reos se quejen. Aquí debe propagarse el tifus exantemático con tanto desaseo.

—Nadie se ha quejado, Excelencia —insinuó el carcelero—, salvo un pirata tuerto que es muy sublevado.

—¿Conque sublevado? —exclamó Dandy—. Vamos a visitarle.

Al llegar a las celdas donde se hallaban los tripulantes del "Venganza", Dandy ordenó al

En efecto, Carlos Dane se acercaba y al ver a Dandy Duval su sorpresa fué tan inmensa que por un instante quedó paralogizado.

—¿Quién es este hombre? —preguntó al carcelero.

—El almirante Warden, comandante de la flota británica.

—Imbécil —vociferó el gobernador—. Es Dandy Duval en persona. Prendedlo... Que no se escape... ¿Cómo pudo entrar aquí?

—Modérese, Excelencia —respondió con su habitual calma el pirata Dandy—. Usted me confunde tal vez con algún criminal. Sería fácil entendernos. Déjeme explicarle su error.

—¡Qué error, ni qué niño muerto! —gritó Dane—. Soldados, éste es el pirata Dandy Duval. Doy mil libras a quien le aprisione. Duval desenvainó su espada dispuesto a defenderse.

Pero en ese instante sucedió algo extraordinario. El proyectil de un grueso cañón entró por la ventana destrozando el muro y llenando de escombros la galería.

—Lo decía yo —exclamó Dandy Duval—. Es el pirata Barba Negra que cumple su proyecto de bombardear Jamaica.



A poco llegaba la calesa frente a las puertas de la cárcel.

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! —resonaban las balas.

Carlos Dane, los soldados y el carcelero se arrojaron al suelo. Entretanto, Dandy corría a los calabozos y daba libertad a toda la tripulación del "Venganza".

Hecho esto, Dandy cogió por la cintura al cobarde Dane y lo encerró en un calabozo.

—Aquí estará usted en seguridad —dijo Dandy al gobernador—; salvo que una bala de su aliado Barba Negra le destape los sesos. El bombardeo había destrozado los muros de la cárcel, de manera que Duval pudo salir de allí con sus piratas.

—Déjalos que destruyan el puerto —decía el tuerto Matías a Duval—. ¿Qué nos importa a nosotros?

—Por cierto que no le dejaré —respondió Duval—. Barba Negra ha disparado contra la cárcel porque suponía que yo estaba allí. Vamos a los fuertes. Tenemos que ayudar a los marinos. Los cañones resonaban atronadores y las granadas partían en diversas direcciones.

Los marinos de los fuertes vieron llegar a los piratas del "Venganza", con profundo terror.

—Son aliados de Barba Negra —gritó un sargento—. A ellos... —No somos aliados, sargento —respondió Dandy—. Doy a usted mi palabra de honor.

Era sabido que el pirata Dandy nunca faltaba a su palabra y los marinos, confiando en él, le abrieron la puerta del fuerte. Duval inició el fuego contra Barba Negra en forma admirable. Los cañones disparaban con certera puntería hacia el barco del rey de los piratas.

Una bala pasó rozando el cuerpo de Barba Negra y Dandy murmuró:

—Le disparé para que ese perillán Barba Negra sepa que yo estoy aquí. Si hubiera querido le habría hecho volar en mil pedazos.

Barba Negra alcanzó a divisar la esbelta silueta de Dandy Duval en el fuerte y su furia no tuvo límites.

—Ahorcaré a Dandy Duval y al traidor Dane —gritaba enfurecido el pirata.

Advirtiendo que el fuego recrudecía, Barba Negra ordenó a sus huestes que huyeran en los botes. Pero ya Duval había observado la maniobra de retirada y con sus cañones fué destrozando cada embarcación y arrojando al mar a sus tripulantes.



De pronto un proyectil entró por la ventana, destrozando el muro. La batalla estaba perdida para los piratas de Barba Negra. Sin embargo, Dandy Duval comprendió que después de la victoria, el gobernador Dane volvería a apoderarse de él como lo intentó en similares ocasiones.

—Muchachos —ordenó Duval a sus compañeros—, el “Venganza” nos aguarda. Vamos a salir del fuerte en pleno orden. En medio del infernal tiroteo y de los incendios producidos por las balas, Dandy Duval llegó a la goleta “Venganza”. Los marinos ingleses les dejaron partir sin atacarles y muy agradecidos por la ayuda que habían prestado durante la batalla. Dandy se había cubierto de gloria; algún día el almirante Warden y el capitán Flash reconocerían sus servicios y abogarían por su causa ante la corte de Inglaterra.

Dos horas después, el “Venganza” se unía al “Loro de Mar”, que les esperaba en la isla de la Calavera. Juntos iniciarían otra aventura por el mar de las Antillas.

—Quiero castigar al traidor Timoteo Bone —dijo al día siguiente Duval—. Iremos a la posada del Ancla y obligaremos a Timoteo a darnos referencias sobre los buques mercantes que surcan esos mares.

—Ya nos hemos enemistado con Barba Negra —protestó el tuerco Matías—, ¿y ahora quieres que nos indispongamos también con el posadero del Ancla? ¿Somos a no somos piratas?

(CONTINUARA)

El SUPERPOLLO

RESUMEN: El pollo Cocoró bebe el preparado H, invento del doctor Buho Drácula, y se siente superpollo. Parte a arreglar cuentas con su mortal enemigo, el zorro, mientras su amigo Cuacúa tiembla por él.



(CONTINUARA)

Los gladiadores

CAPITULO X.—La primera derrota.

El ejército de esclavos, guiado por el tracio Espartaco, había cruzado en vano toda la Italia. Se dirigía a las montañas de Lucania, en busca de libertad, pero allí también reinaba Roma.

—Sólo nos resta volver —declaró Espartaco—, y luchar.

El Estado del Sol yacía en ruinas. La ciudad libre que el gladiador soñó, no pudo prosperar, y ahora su hueste era sólo una manada de lobos hambrientos, que saqueaba las ciudades y luego se daba a la fuga. Inspiraban terror, porque sus filas habían aumentado de nuevo, hasta formar un ejército de cincuenta mil almas. Espartaco sabía que los días de la revuelta estaban contados. Antes de abandonar el río Pado, rumbo al Sur, honró a su camarada Crixo con una celebración fúnebre igual a las que se tributaban a los emperadores romanos. Forzó a trescientos cautivos romanos a luchar como gladiadores y matarse unos a otros. Los trescientos sacrificados en el rito sepulcral eran todos ciudadanos libres y algunos de ellos pertenecían a familias patricias.



Roma enloquecía de terror al solo nombre de Espartaco.

Esa humillación infligida a Roma era la venganza de los esclavos sobre sus torturadores.

El terror crecía en la orgullosa ciudad y se mantenía la creencia de que el fiero jefe de gladiadores era ya el amo de sus puertas.

—Roma está a nuestros pies.

Este rumor se difundió en la horda de siervos y una vez más encendió la es-



El ejército de esclavos se retiró hacia el sur, deprimido por la derrota

peranza en sus corazones.

Pero un hombre se les interpuso, y ese hombre no era general ni guerrero.

Marco Craso, banquero, dueño de una riqueza tan grande que era odiado por todos y amado por pocos, vió la posibilidad de ganar gloria y más oro. Declaró ante el pueblo reunido que estaba dispuesto a aceptar el título de Pretor. Equipó a ocho legiones completas y se lanzó a la guerra. Cuando su vanguardia, después del primer encuentro con los gladiadores, huyó como era su costumbre, Craso rugió:

—¡Que uno de cada diez hombres de los regimientos culpables sea azotado hasta morir a la vista de sus camaradas!

La orden se cumplió y las legiones supieron que una mano de hierro les dominaba ahora. Y vencieron a Espartaco en Apulia.

Era la primera derrota sufrida por los esclavos bajo el mando del gladiador tracio y les deprimió enormemente. El mismo Espartaco no deseaba luchar en combate abierto con un adversario tan superior y se retiró hacia el Sur. Tras sus huellas, a marchas forzadas, avanzaba el ejército de Marco Craso.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡CHITAS QUE ESTOY BUENO PARA EL FUTBOL!



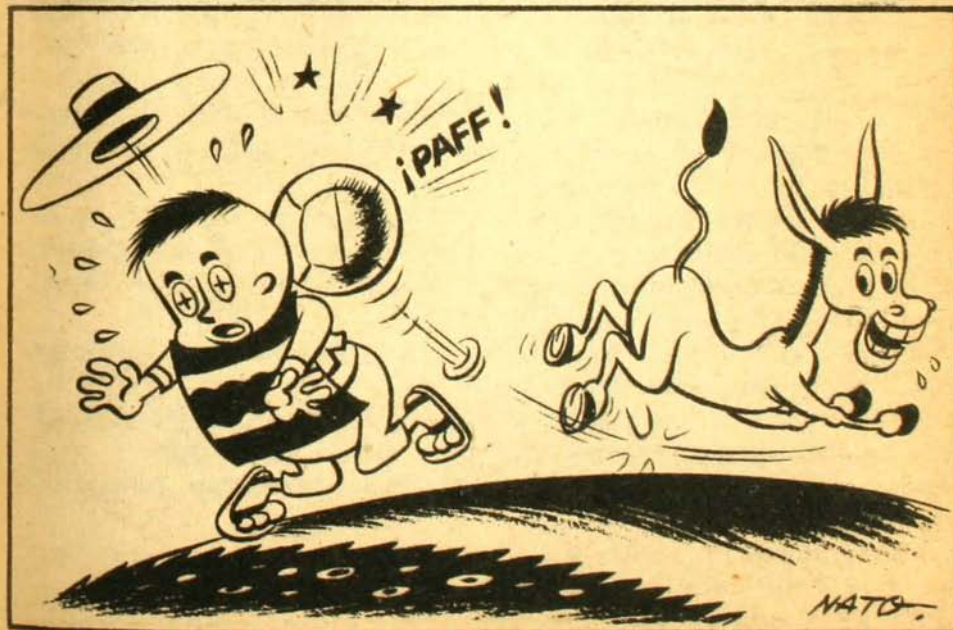
¡PUM! AHI VA UN CAÑONAZO!



¡JA, JA, JA! TOMA POR BURRO!

¡PAFF!





La segunda Cenicienta

Una viuda tenía dos hijas. Una, hermosa, buena y trabajadora. La otra, fea, floja y envidiosa. La madre quería mucho a la fea, porque era su hija y, en cambio, odiaba a la otra, pues era su hijastra.

La niña hermosa tenía que hacer todas las faenas de la casa, y era una verdadera Cenicienta, como la que ustedes ya conocen. En los momentos que le quedaban libres, debía ir a un camino, donde, a todo rayo de sol, se ponía a hilar. Se sentaba todos los días a la orilla de un pozo, hila que hila, hasta que llegaban a sangrar sus dedos.

Un día que estaba muy afanada haciendo una labor que su madrina le había encargado, se dió cuenta de que sus dedos sangraban en tal forma, que había manchado todo el huso. Se inclinó para lavar sus dedos y limpiar el huso, con tal mala suerte, que éste se deslizó de sus manos y cayó al fondo del pozo.

Desesperada, se puso a llorar y fué corriendo a casa a decir lo que le había sucedido. Pero la madrastra se enojó mucho y después de maltratarla, le ordenó que debía ir a buscar el huso perdido.

Afligida ante la crueldad de su madrastra, la pobre niña volvió al pozo, y después de mucho pensar decidió arrojarle al fondo de él, para tratar, así, de recuperar el huso.

Perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí, se encontró en un hermoso valle. Brillaba el sol y había miles de flores. Caminó por la pradera adelante y llegó a un horno en que se estaba cociendo el pan, y los panes le gritaron:

—Sácanos del horno, sácanos del horno, que hace rato estamos listos. Si no nos sacas, nos quemaremos.

La buena niña sacó los panes y siguió su camino. A poco de andar, se encontró con un manzano que le dijo, suplicante:

—Sacúdeme, sacúdeme, que el peso de las manzanas juntas me agobia.

Sacudió entonces el árbol, y las manzanas cayeron como lluvia al suelo, hasta que no quedó ninguna.

Siguió caminando y llegó, por fin, a una pequeña casita, delante



Quando volvió en sí se encontró en un hermoso valle sembrado de flores.

de la cual había una mujer vieja. La niña sintió miedo de la vieja y quiso huir. Pero la anciana le gritó:

—¿Por qué huyes, querida niña? Quédate conmigo y te irá bien, si trabajas con voluntad. Deberás tener cuidado de hacer mi cama diariamente y sacudir bien los plumones para que las plumas vuelen y se conviertan en copos de nieve al caer sobre la tierra. Como la vieja hablaba bondadosamente, la niña aceptó servirla. Todos los días, muy de madrugada, hacía diligentemente sus obligaciones y sacudía los plumones haciendo volar las plumas como hermosos copos de nieve. En esta forma, pasaba una vida feliz, por el buen trato que le daba la anciana.

Después de un tiempo, empezó a sentir nostalgia por su hogar, aunque no comprendía en un principio qué le sucedía. Pero, como cada día sentía más tristeza, decidió, al fin, decirle a la viejecita que, aunque en su nueva casa lo pasaba mucho mejor que en la que antes tenía, sentía pena por su hogar y deseaba volver.

—Lamento mucho que me dejes —le respondió la viejecita—; y como me has servido bien, te daré un regalo y te conduciré fuera. Al abrir la puerta, cayó sobre la niña una lluvia de monedas de oro que quedaron adheridas a sus vestidos.

—Esa es tu recompensa por tu buen servicio —siguió diciendo la anciana—, y , además, voy a devolverte el huso que has perdido.



Tiró el huso al fondo del pozo, y en seguida saltó dentro.

Sonriendo entonces cariñosamente, la viejecita se despidió y cerró la puerta. No bien lo hubo hecho, la niña se encontró en la superficie de la tierra, cerca de su casa.

Frente al patio de la que fuera su casa se encontró con el gallo, el que al verla cantó alegremente:

“Quiquiriquí, quiquiriquí”.
¡Nuestra rubia Cinderela está aquí!

Al oír el canto del gallo, salió a recibirla la madrastra, que, al ver que la niña regresaba cubierta de oro, le preguntó la causa de tanta riqueza. Al oír la historia que refirió la niña, mandó a su hija para que obtuviera, a su vez, el mismo don de su hijastra.

La hija se fué al pozo encantado con un huso y, sin esperar de herirse por su labor, se clavó con la espina de un rosal; en seguida, tiró el huso al fondo del pozo y a su vez saltó ella adentro.

Se despertó, igual que su hermana, en el valle. Caminó, y al pasar frente al horno, oyó los mismos gritos que su hermana. Pero la floja niña respondió que no estaba para quemarse las manos. Llegó al árbol, y también éste le gritó que le sacudiera las ramas. Pero la niña respondió, en tono altanero, que le podía caer una manzana en



Al abrir la puerta, cayó sobre la niña una lluvia de monedas de oro.



Cinderela se casó con el príncipe y fué muy feliz.

la cabeza, y siguió adelante. Llegó poco después a la casita, y al ver a la vieja, no se asustó, e inmediatamente aceptó trabajar en esa casa.

Al primer día se portó diligente, pero al segundo trabajó con

flojera, y al tercero no quiso levantarse de la cama ni sacudir los plumones. Cuando se acercó la viejecita, le explicó que estaba cansada de tanto trabajar y que quería regresar a su casa. En su interior pensaba en la recompensa. La anciana la condujo entonces hasta la puerta, pero, apenas la abrió, cayó sobre la perezosa una lluvia de lodo que la cubrió completamente. En ese estado llegó a su casa, y el gallo, al divisarla, gritó:

“Quiquiriquí, quiquiriquí”. ¡La enlodada Onina está aquí!

El lodo le quedó adherido por toda su vida, por ser floja y altanera.

En vano la madrastra lavaba y lavaba a su hija.

Pronto se esparció por la comarca la noticia de que en casa de la viuda había una niña de lodo y una niña de oro.

Hasta el rey lo supo y llamó a su hijo, el príncipe, que era un bello doncel.

—¿Has oído hablar de una aldeana que tiene dos hijas, una de ellas. . .

—Sí, Majestad —contestó el heredero—. Parece increíble.

—Las haré venir al palacio, para cerciorarme de la verdad —continuó el monarca.

El día de la audiencia, toda la corte se reunió en el palacio. El pueblo se aglomeró ante las rejas, para ver a las hermanastras. Todos los caminos estaban invadidos y no quedó nadie sin acudir. Cinderela, turbada, marchaba entre dos filas de soldados. Detrás de ella venía Onina, y más atrás, la madrastra, tan asustada, que tropezaba a cada paso.

Onina dejó marcadas las alfombras con sus pies enlodados y los reyes la detuvieron con un gesto cuando quiso subir las gradas del trono. Entonces Cinderela se puso a sollozar.

—¡Es demasiado castigo para mi hermana!

Nadie supo de dónde surgió una viejecita que se acercó a Onina, y le dijo:

—¿Quieres volver a mi casa y sacudir mis plumones?

—Sí, —respondió Onina—. Nunca más seré perezosa ni tendré mala voluntad.

La viejecita salió con ella y todos vieron que Onina ya no marcaba el piso con huellas oscuras.

¿Cumplió Onina su promesa y fué una doncella hacendosa? Creemos que sí. Lo único que sabemos seguro, es que Cinderela se casó con el príncipe y fué muy feliz.

¿QUE HACER CON ESTE GATO?
TODO LO DEJA LLENO DE
PELOS



¡YA TENGO LA
SOLUCION!



QUIETECITO MININO,
QUIETECITO...



MAMY, MIRA LO QUE HICE CON
EL MININO, PARA QUE NO DEJE
LOS MUEBLES LLENOS DE PELOS



INFIMO EL MOSQUITO



CAPITULO VII.—Derrota de Infimo.

—No tengo prisa por conocer a esa nueva reina —respondió Infimo, con desdén.

—Majestad —insistió Bebé—, la nueva reina desea rendiros homenaje.

—No me interesan los homenajes —declaró el rey Infimo—. Buenas noches.

—¿Ya se recoge a dormir, su majestad?

—Sí, sí —dijo fastidiado Infimo—. Esta noche dormiré sobre mi trono.

—¿De manera que su Majestad no quiere ver a la nueva reina?

—No quiero. Yo mando aquí —gritó, furioso, Infimo—. Bebé, déjame en paz.

Bebé se retiró con el alma plena de inquietud. ¡Cuánta razón tenía para temer por la paz del reino de las abejas!

La joven reina, ofendida por el rechazo de Infimo, volvió a su alvéolo para pasar la noche.

RESUMEN: *Infimo, el mosquito, se enamora de Blanquita, la hormiga negra, y para no separarse de ella, decide trabajar. En el hormiguero, se afana y vive sotocado por las tareas que le impone su amiguita. Un día le nombran general en jefe del ejército de hormigas rojas, pero sufre una derrota y no se atreve a volver. El mosquito traba amistad con la abeja Bebé y es muy bien acogido en la colmena. Por su valentía en un combate con las avispas, Infimo es nombrado rey, pero Bebé le comunica que ha nacido una nueva reina.*

Antes de que rayara el alba, Bebé acudió al pie del trono.

—Majestad —dijo al porfiado mosquito—, hay gran revuelo y agitación. La joven reina ha hecho prestar juramento a un buen número de abejas que se preparan para el combate.

—¿Verdad? —preguntó Infimo—. Yo aniquilaré a las rebeldes. ¿Dónde están tus amigas, Bebé? Que acudan al instante.

—Este tranquilo colmenar va a convertirse en un campo de batalla —gimió Bebé.

—Déjame tranquilo con tus quejas —gritó Infimo—. Defenderé mi trono hasta la muerte. ¿Olvidas que yo era el favorito de la anciana reina?

—Estaba muy vieja la pobre. . .

—Bebé —aconsejó Infimo—, ten cuidado con tus palabras, porque mi indignación es inmensa. Forma a tus amigas en un batallón compacto. Que se apresten al sacrificio supremo. Y que yo pueda salir sin que nadie me ataque.

Bebé se apresuró a reunir algunas abejas, pero legiones enteras se habían enrolado al servicio de la joven reina.

El rey Infimo quiso descender de su trono y pasar revista a su ejército. La pequeñez de sus huestes le infundió temor.

“Ciertamente —pensó Infimo—, mis abejas sabrán defen-



La abeja Bebé y sus amigas siguieron a Infimo.

derme. Son valientes. Las vi luchar con las avispas, ¿pero sabrán defenderme a mí con el mismo calor con que defendieron sus panales de miel?

Se inició la lucha y más de la mitad de las combatientes cayeron muertas. Infimo dió la orden de retirada y, predicando con el ejemplo, huyó fuera del colmenar. Bebé y sus amigas le siguieron. Ebro de luz y de espacio, el mosquito poeta voló por el aire olvidando el motivo de su fuga.

Las abejas, desconcertadas, se aglomeraban a su rededor.

—¡Oh mis amores! —exclamaba Infimo—. Oh rayos del sol, ¿cómo he podido vivir sin vosotros?

Nadie habría podido creer que esa danza era una fuga. Las abejas le seguían en el espacio hasta que Infimo las interpeló así:

—Déjenme tranquilo, pegajosas... No quiero verlas más. Son muy rubias. Rubios los cuerpos, rubias las alas, rubia vuestra miel, rubia la cera que producís. No, no y no...

—Infimo —balbuceó la fiel Bebé—, por ti hemos combatido a la joven reina, por ti salimos del colmenar. ¿Vas a abandonarnos ahora?

—Ciertamente.

Una protesta feroz se escuchó en el enjambre de abejas.

—A muerte el traidor...

Todas las abejas quisieron arrojarse contra el mosquito infiel.

Pero su agilidad era extrema. Voló rectamente hasta un álamo y se posó junto a la tela de una araña, de manera que las abejas, a pesar de su furor, no se atrevieron a aproximarse.

Desde su escondite escuchaba los zumbidos de las enconadas abejas.

Después de cerciorarse de que las abejas se habían ido, voló a la copa de un cerezo para pasar allí la noche.

Durante el primer día, Infimo, el mosquito, disfrutó en paz su reconquistada libertad. El enjambre *pegajoso* no apareció.

“Buen viaje —pensó Infimo—. Bebé era una persona llena de pretensiones; su actividad frisaba en lo ridículo y su abnegación crispaba mis nervios.”

Sin embargo, pasados algunos días, surgió en Infimo una terrible nostalgia del colmenar.

—Todo era una maravilla —suspiraba—. La miel de esos insectos tenía un sabor incomparable. Yo gustaba a mis anchas de ese divino néctar.



—Tuve en mis manos el cetro de los reyes— suspiraba el mosquito.

Una noche sus quejas fueron aún más vehementes:

—Tuve en mis manos el cetro de los reyes. . . Viví en un palacio feérico. Esclavos alados me servían humildemente ese brebaje rubio y delicioso. Bebé, mi adorada rubia, mi blondina, mi arrulladora diosa. El destino la ha llevado lejos de mí. . .

Embriagado con el perfume de las acacias, Infimo continuaba:

—Oh luna, tu luz es rubia como las alas de Bebé. Después de tantas pruebas me veo abandonado de todos.

Otro suspiro, otra mirada al astro de la noche y en seguida una nueva queja:

—Era yo un rey, un rey sobre un trono dorado. . .

—¿Fuiste rey alguna vez? —preguntó una voz.

Infimo, sobresaltado, divisó una mariposa sobre otra rama de acacia.

—Me asustó usted, querida amiga —dijo Infimo, examinando a su vecina, y admirando sus grandes y multicolores alas.

—Soy —dijo la mariposa— Azul de Ensueño. Sólo vuelo de noche. Mucho me han interesado sus discursos. Uno de mis antepasados fué rey de un colmenar y mi padre era poeta. . . Por esto escuchaba sus doloridos lamentos.

—¿Rey de un colmenar? —interrogó Infimo—. Debí conocer tantas delicias... ¿Cómo pudo introducirse en un colmenar?

—Por la fuerza —refirió Azul de Ensueño—, y el relato de al hazaña se ha transmitido de generación en generación hasta nosotros. Poco tiempo después de llegar de su país...

—¿Su antepasado era extranjero?

—Sí; venía de lejanas tierras en un velero que transportaba frutas tropicales. Aquí se aclimataron las mariposas forasteras y se multiplicaron. Pero en su país natal esas mariposas atacaban sin piedad los colmenares. Cuando mi abuelo descubrió un colmenar entró a él como un pirata y las abejas, llenas de terror y de admiración, le declararon rey.

—¿Y tú, Azul de Ensueño —preguntó Infimo—, nunca has acalado un colmenar?

—Aún no he tenido ocasión, pero me gustaría hacerlo —dijo la mariposa.

—Cerca de aquí hay un colmenar maravilloso —musitó Infimo.

—¿Ese donde tú reinaste?

—Precisamente. Una joven reina me arrebató el trono y me agradaría verla humillada por ti, ¡oh bella Azul de Ensueño! —dijo el galante Infimo.

—Muéstrame el camino e iremos juntos.

—Con mucho placer.

Mientras volaban la mariposa preguntó a Infimo si él era poeta.

—Un poco.

—Tus improvisaciones son emocionantes —dijo Azul de Ensueño.

—Ya nos acercamos al colmenar. Es ahí en ese sauce junto al estanque. Allí reside la intrigante que se atrevió a desafiarme. Obtuvo la victoria esa joven reina y Bebé anda ahora vagando con mis aliadas sin techo ni hogar.

—Yo la vengaré —declaró la mariposa.

—¿Puedo entrar contigo, divina mía?

—Sí —replicó Azul de Ensueño—, trepa sobre mi espalda.

Infimo montó sobre las alas de la mariposa.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal** ⌘
SÍMBAD N.º 33
El ajedrez tiene
piezas.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas piezas tiene el ajedrez?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 paquetes de Vitalmín, 10 tubos de pasta dentífrica Baycol, 10 libros de cuentos infantiles, 3 autos de baquelita, 2 juegos de lotería, 6 pares de soquetes, 6 libretas de apuntes y 6 carpetas esquelas.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 30

Las musas son 9.

PREMIADOS CON UN LIBRO DE CUENTOS INFANTILES: María Belloni, Santiago; Irene Mazú, Santiago; Adriana García, Concepción; Fresia Sepúlveda, Los Angeles; Reinaldo Rojas, Santiago; Eduardo Herlt, Santiago; Waldo Silva, Santiago; Marcelino Vásquez, Tomé; Rafael Garrido, Rucapequén; Oscar Novoa, Concepción. **CON \$ 10:** Arnoldo Baeza, Molina; Carmen Gómez, Temuco; Sonia Carrasco, Santiago; Gabriel Gálvez, La Serena; Fernando Moreno, Coronel; María Contreras, Victoria; George Neumann, Santiago; Manuel Vásquez, Santiago; Inés Espinoza, Viña del Mar; Jaime Abarzúa, Santiago. **UN PAQUETE VITALMIN:** Juana Soto, Quillota; Eugenia Moya, Curicó; Harold Nagel, Valparaíso; Luis Montenegro, El Belloto; Adriana Sepúlveda, Temuco; Nolfra Aravena, Traiguén; Misael Cancino, Los Andes; Eduardo Vicent, Quillota; Manuel Mayorga, Santiago. **UN TUBO PASTA BAYCOL:** Lino Santander, Santiago; Julio Toro, Santiago; Jaime Sepúlveda, Santiago; Alberto Sotelo, Santiago; Isabel Vargas, Santiago; Alejandro Dibsi, Quillota; Z. Vinet, Quillota; Teresa Olivos, Los Andes; Luis Durán, Santiago; Leonor Tortosa, Santiago. **UN JUEGO LOTERIA:** Silvia Lagos, Santiago; Graciela Gutiérrez, Puente Alto; Nibaldo Urrutia, Victoria; Hilda Rivera, Valparaíso; Pilar Cáceres, Santiago. **UNA PALETA ACUARELAS:** Arturo Muñoz, Santiago; Rosa Lampert, Viña del Mar; Milán Trsiel, Santiago; María de la Luz Leweld, Santiago, y Grichi Wiersma, Llo-Lleo.

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL. \$ 90.—

SEMESTRAL. \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque. Letra Bancaria. Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

EL PLANETA ERRANTE

CAPITULO II.—*Monstruos y hombres salvajes.*

Los exploradores Ferrio, Cobalto, Aura, Amida y el profesor Es-troncio habían llegado al Planeta Errante. Con audacia desafia-ban el riesgo de morir calcinados, porque tal vez aquel mundo aún estaba en estado de fusión. Por otra parte, se arriesgaban a perder para siempre la posibilidad de regresar a la Tierra, pues ese cuerpo celeste vagaba por el espacio y podía alejarse defini-tivamente del sistema solar.

Al desembarcar, advirtieron con un suspiro de alivio que la tie-rra era sólida. Una vegetación gigantesca se alzaba a gran altu-ra. Los helechos se entrelazaban como descomunales encajes ver-des. Una niebla grá-cil envolvía la flores-ta, dándole una apa-riencia de irrealidad. Un hondo silencio, un silencio de siglos, reinaba en esos do-minios. Los viajeros avanzaron cautelosamente y se detuvie-ron al borde de un pantano verdoso, que hervía a alta tempe-ratura. Observa r o n fascinados el burbu-jeante limo:

—Por nada del mun-do quisiera atravesar esa ciénaga —sonrió Ferrio—. Continue-mos.

Avanzaban por la sel-va, cuando un enor-



A pesar de su valentía natural, se sintie-ron aterrorizadas.



Sobre Aura pasó la enorme asta.

gigante era un ser fabuloso que las aterrorizaba. Aura reprimió un grito. Los almendrados ojos de Amida se cerraron y las largas pestañas dibujaron su sombra en el rostro pálido y desfalleciente. —¡Dios! —gritó Cobalto, y su voz vibraba de desesperación.

Al retroceder, Aura tropezó en unas raíces salientes y cayó de espaldas. Sobre ella pasó la enorme asta. Antes que el animal embistiera de nuevo un hacha de piedra surcó el aire y lo golpeó en mitad de la frente. El ciervo se derrumbó, fulminado.

—¿Quién...?

Los jóvenes miraron hacia la jungla, mientras Estroncio examinaba al animal.

—Es un megacero. Un ciervo semejante a éste habitó nuestro planeta en el período mezozoico o terciario. Veremos cosas extraordinarias...

No se equivocaba. Emergiendo del bosque de helechos, apareció una turba de hombres que llevaban armas líticas, es decir, de piedra. No hablaban, sino que emitían sonidos guturales y se

me ciervo embistió contra ellos. Sus cascos resonaban sordamente sobre el pastizal. Sus cuernos ramudos se alargaban a ambos lados de la cabeza.

—¡Huyan! —gritó Ferrio—. Yo me encargaré de abatirlo. Pero su arma resultó inútil. El monstruo parecía invulnerable. Su carga iba dirigida contra Aura y Amida. Las muchachas, a pesar de su natural valentía, sintieron que el valor las abandonaba. Estaban habituadas al peligro, pero aquel ciervo gi-

comprendían por medio de toscos gestos. Rodearon el ciervo gigante, en actitud agresiva. En sus ojos huraños y desconfiados se leía el recelo de que los extranjeros les arrebataran la presa. Después, lentamente, empuñando las hachas y los burdos cuchillos, avanzaron:

—¡No se muevan! —indicó Ferrio—. No quieren nuestra vida, sino sólo defender su comida.

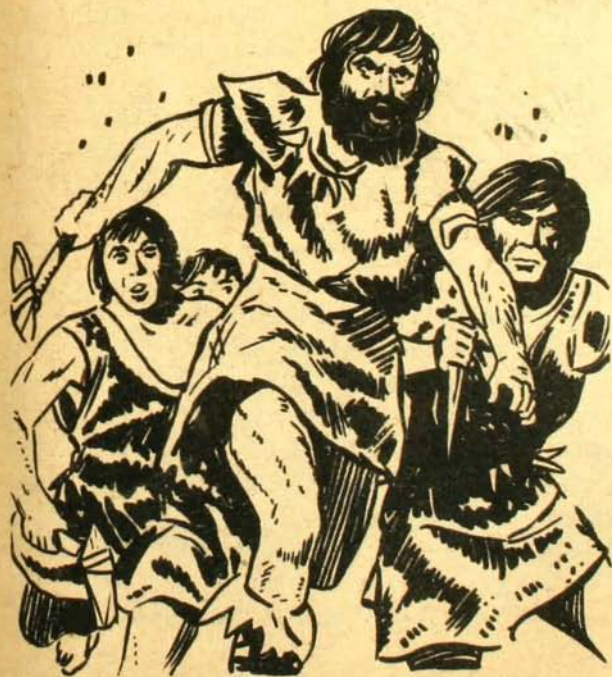
Estroncio, fascinado, contemplaba a aquellos hombres que parecían venir de la noche de los tiempos, de las tinieblas seculares que ningún sabio moderno había escudriñado con sus propios ojos sino sólo con la mente.

Explorando el Planeta Errante, él descubriría huellas de las primeras criaturas humanas, del fabuloso pitecántropo (hombremono).

Tal como supuso Ferrio, los habitantes de las cavernas no atacaron. Al observar que aquellos desconocidos no se mostraban hostiles ni peligrosos, uno de los trogloditas les guió hasta el borde del bosque y les

señaló un extenso llano. El ciervo, atado a una estaca, fué transportado en hombros y la caravana se puso en marcha. Borearon un río, de aguas rugientes, que arrastraba árboles arrancados de cuajo. Después de varias horas, llegaron hasta un sitio donde grandes troncos se extendían de una ribera a otra.

—Puentes —murmuró el profesor Estroncio—. No hay duda de que son inteligentes, tanto como lo fueron nuestros más



Apareció una turba de hombres prehistóricos.



Un gigantesco pterodáctilo cruzó el espacio, batiendo pesadamente sus alas.

con el pesado cuerpo del megacero. Las descomunales astas sobrepasaban la superficie del agua, pero de los dos hombres no se veía rastro. Sin vacilar, Ferrio se lanzó al río y, luchando con denuedo, logró rescatarlos. Los demás hombres, que se preocuparon de coger por los cuernos al animal y hacerlo flotar hasta la margen, miraron con estupor a aquel ser alto, delgado, de centelleante mirada, que podía vencer a la muerte.

Aura, estremecida por el peligro que había desafiado el joven, murmuró:

—Ferrio, créi que esta espantosa riada te llevaría. Hay remolinos y...

—Pero logré salir a flote —sonrió él a la rubia exploradora.

(CONTINUA EN LA ÚLTIMA PAGINA)

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, abril, 1950.

lejanos antepasados. ¡Qué prodigio es observar cómo se desarrolla el talento en la caja craneana, cómo dejan de ser bestias para convertirse en hombres! Llevan una vida terrícola, no trepan a los árboles y tienen una posición erecta.

Perdido en estas reflexiones, el sabio casi no advirtió los riesgos de la travesía del río. Ferrio debió vigilarlo como a un niño abstraído. De pronto, uno de los troncos, desplazado por la poderosa corriente, se hundió en una vorágine de agua. Dos cazadores se sumergieron junto



EL PLANETA ERRANTE

(CONTINUACION) Continuó el avance, por terrenos inundados donde crecían plantas acuáticas y densos cañaverales. Un gigantesco pterodáctilo, de alas membranosas y cabeza prolongada en un hocico córneo, cruzó el espacio. Los habitantes del planeta no se inquietaron por la presencia del ave monstruosa. En cambio, los terrestres lo contemplaron ávidamente, hasta que desapareció en la lejanía.

Al atardecer, arribaron a una aldea lacustre. El agudo son de un cuerno de caza anunció el regreso de los cazadores. Los miembros de la tribu acudieron para observar a los forasteros. Estos les examinaban también.

—Nos encontramos fenómenos los unos a los otros —sonrió Cobalto, mientras sus pupilas azules brillaban con ironía. De pronto vieron que un hombre que parecía ser el jefe, lanzaba al lago un ave. Estaba atada a una liana y llevaba como lastre, en sus patas, una piedra.

Cuando izó de nuevo la liana, el pájaro era sólo un cadáver espantosamente despedazado.

—Los hombres no son tan inofensivos como tú suponías —murmuro Cobalto.

(CONTINUARA)



Simbad

LOS 6 BRUJOS

N.º 34



\$ 2.-

Pimpin

EL AVENTURERO



Por

Themístocles
obos F.



AHORA ME LARGO
A CORRER AVENTURAS!

2.

SI, SEÑOR: EL PASAJE A
LA INDIA MILENARIA Y
MISTERIOSA, VALE \$ 50000.

CINCUENTA MIL?!



Y YO SIN
UN COBRE...

SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO I - N.º 34

Precio: \$ 2.—

26-IV-1950



GIL BLAS de SANTILLANA

CAPITULO VII.— *Un engaño tras otro.*

Con los cien ducados que le dió Mencía de Mosquera, Gil Blas de Santillana se vistió como un gentilhomme y se presentó de nuevo ante la doncella.

Sonriendo, Mencía observó:

—Ya no parecéis un mendigo. Antes de separarnos, señor Gil Blas, deseo que aceptéis esta sortija en señal de gratitud porque me salvasteis de los bandidos.

Además de la joya, le dió una bolsa con mil ducados.

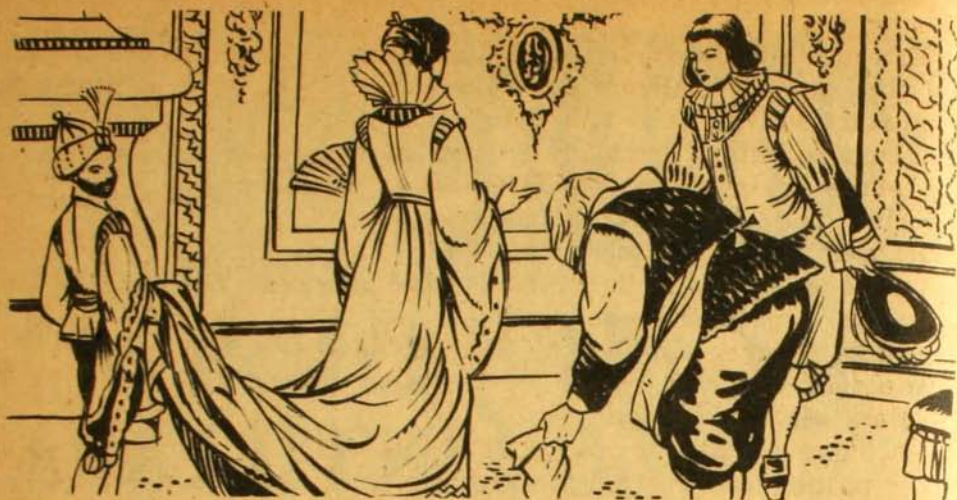
Dueño de semejantes riquezas, el asturiano se dirigió al mesón donde se hospedaba.

—¿Qué traéis en el saco? —le preguntó el mesonero.

Su ingrata aventura en Peñafior debió enseñar a Gil Blas a ser cauteloso. Pero estaba mareado por el oro y no dudó en



—Aceptad esta sortija en señal de gratitud, porque me salvasteis de los bandidos.



—¿Sois el señor Gil Blas de Santillana? —preguntó la dama.

mostrar su caudal. Los ojos del hotelero bisquearon de codicia ante las rutilantes monedas.

—Monseñor —sugirió—, debéis comprar cabalgaduras para continuar vuestro viaje y contratar un criado. Puedo recomendaros a uno que es honesto a carta cabal. Se llama Antonio

Lamela y os cuidará muy bien, sin exigir gran salario.

No tardó en acudir el criado, que se demostró muy adicto a su nuevo amo.

Gil Blas se pavoneaba al oírse llamar “monseñor” y al tener un lacayo.

Se pusieron en camino hacia Valladolid. Gil Blas cabalgaba un brioso corcel, mientras Antonio le seguía jinete en una mula. Si el amo hubiera podido leer los pensamientos de su criado, habría sufrido una desilusión.

Antonio discurría:



—Soy prima hermana de Mencia —declaró la bella Camila.

“Este necio anda muy cargado de riquezas por el pícaro mundo y creo que debo aligerarlo de sus ducados. Ya veré el modo de embaucarlo. En Valladolid tengo cómplices.”

Apenas se habían instalado en una hostería, cuando el dueño se presentó en la habitación de Gil Blas para anunciar:

—Una dama desea veros, monseñor.

Después, quitándose el bonete, saludó profundamente, cediendo el paso a una doncella ataviada con lujo real. Un negrillo sostenía la larga cola de su vestido.

—¿Sois el señor Gil Blas de Santillana? —preguntó con una encantadora sonrisa.

—Para serviros, señora.

—¡Cuánto me alegra conoceros! Sé de vuestro valor y gallardía. Soy prima hermana de Mencía y ella me escribió, pidiéndome que os brindara hospedaje en mi casa durante vuestra estada en Valladolid. ¿Queréis concederme ese honor?

El muchacho creyó que iba a estallar de orgullo. Pisando sobre nubes, siguió a la dama hasta su carroza y minutos después se hallaba en una regia mansión. Una bandada de domésticos acudió a atenderlo. Lustraban su calzado, le componían la gorguera, le traían espejos para que observara su magnífica figura.

Más tarde acudió a ofrecerle sus respetos el dueño de casa, don Rafael.

—Espero que vendréis a pasar una temporada en mi castillo, que está a dos leguas de aquí —sugirió después que ambos terminaron de prodigarse reverencias y saludos.



Don Rafael acudió a presentar sus respetos al joven huésped.



En vano agitó la campanilla. Todos los moradores de la casa habían desaparecido.

—¡Oh, acepto deleitado! —contestó Gil Blas, sintiéndose cada vez más importante.

Cenó en compañía de la bella Camila, que así se llamaba la hija de don Rafael, y era ya muy tarde cuando se retiró a descansar. Al día siguiente, nadie se presentó a saber cómo había amanecido su señoría. Aguardó con paciencia, pero después se levantó para llamar a los domésticos. En vano agitó la campanilla. Habían desaparecido todos los moradores de la casa, el criado Antonio y... el cofrecillo con los ducados del cándido huésped.

Sin más bienes que su traje y su espada, abandonó la mansión saltando por una ventana, pues las puertas estaban cerradas con siete llaves.

—Esa banda de pícaros la usó para engañarme y después emprendieron el vuelo. Si yo no me voy pronto, me sorprenderán los verdaderos dueños e iré a dar con mis huesos en la cárcel. Con esta prudente reflexión, se alejó rápidamente. En los días que siguieron, comprendió que debía buscar trabajo o moriría de hambre.

Una tarde se encontró en las calles con Fabricio, un antiguo compañero de estudios.

—Empléate de criado —le sugirió—. Es un buen modo de escapar a la miseria.

(CONTINUARA)



EL PIRATA DANDY

CAPITULO VIII.— Barba negra aprisiona a Dandy.

Mientras Dandy Duval se alejaba de Jamaica, el gobernador Carlos Dane permanecía encerrado en el calabozo de la cárcel. Sólo cuando terminó la batalla, el carcelero que recorría las galerías le encontró rabian-do y pateando como un loco.

—¡Animal! —gritó el gobernador al carcelero—. ¿Dónde te has metido?

—Los piratas me dejaron atado, Excelencia —balbuceó el carcelero.

Sin detenerse a escuchar las excusas de aquel individuo, Carlos Dane se dirigió a su palacio y al entrar a su escritorio vió surgir de un armario al pirata Barba Negra.

—Traidor —exclamó el pirata apuntando con su pistola a Dane—, por tu culpa he perdido mis naves. Tú dejaste escapar a Dandy Duval.

—Dandy Duval nunca estuvo prisionero —replicó el gobernador—. El traidor eres tú, Barba Negra, porque pretendías bombardear el puerto de Jamaica. Eres un villano y jamás volveré a ser tu aliado.

—Eso está por verse —dijo Barba Negra—, pero lo esencial es vengarse del pirata Dandy.

Los dos facinerosos terminaron por ponerse de acuerdo y resolvieron obrar en conjunto para apoderarse del odiado Duval.

RESUMEN: Dandy Duval es desterrado con un grupo de revolucionarios. La goleta donde viaja es atacada por los piratas. Duval dirige la defensa y se apodera del navío enemigo. Más tarde captura también el velero de Nico Bonete. Ofrece a Carlos Dane, el gobernador de Jamaica, sus barcos y su tripulación para servir al rey de Inglaterra, Dane, que es cómplice de los filibusteros, se niega a aceptar, y entonces Dandy Duval se convierte en bucanero. En la Bahía de los Filibusteros se entrevista con el pirata Barba Negra. Duval escucha indignado los criminales proyectos del rey de los piratas y se dirige con sus barcos a Jamaica para evitar la destrucción de la ciudad. Barba Negra le traiciona, y Duval es recibido a sangre y fuego en Jamaica. Sin embargo, Dandy Duval logra libertar a sus compañeros y ayuda a los marinos ingleses en la batalla contra el pirata Barba Negra. Dueño otra vez de sus dos goletas, el pirata Dandy se dirige a las Antillas.

El gobernador de Jamaica arregló tan bien las cosas, que esa misma noche el pirata huía de Jamaica con todos sus barcos.

En tanto que el gobernador de Jamaica y Barba Negra urdían un nuevo y siniestro plan para apoderarse del pirata Dandy, éste llegaba con sus goletas "Venganza" y "Loro de Mar" a la isla de las Especies. Dandy Duval estaba de excelente humor, porque el día anterior habían capturado una goleta española que les dió magnífico botín.

—Después de cancelar nuestra cuenta con el posadero Timoteo Bone —decía el pirata Dandy a sus compañeros Matías y Gullet—, iremos a la isla de la Calavera.

—Yo creo que ésta es nuestra última aventura— refunfuñó el tuerto Matías—. Tú abusas de tu buena estrella, capitán Duval. ¿Cómo sabemos si ya el gobernador de Jamaica ha dado aviso al posadero Timoteo de nuestro rumbo?

—Eso lo veremos y tú sólo tienes que obedecer —replicó Dandy.

El capitán del "Loro de Mar" callaba, pero en su interior participaba de los temores del tuerto Matías. Los piratas ataron el bote entre dos altos peñascos y en seguida se dirigieron a la posada del "Ancla". Dandy Duval avanzó



Dandy avanzó hasta la puerta y golpeó con el puño de su espada.

hasta la puerta y golpeó con el puño de su espada.

—¿Quién busca? —preguntó el posadero Timoteo Bone descorriendo los cerrojos.

—Supongo que no te habrás olvidado de mí —dijo Dandy al posadero, colocando el pie en el umbral de la puerta que Bone entreabría con cautela.

Timoteo quedó petrificado de espanto al ver a Duval y, convencido de que era inútil luchar con el pirata, huyó precipitadamente al interior de la posada.

Duval ordenó al capitán Gullet que cuidara de la puerta mientras él y Matías seguían al posadero.

Matías le apuntó con su pistola y Duval, observándole con su habitual calma, dijo al traidor:

—Tienes la conciencia intranquila, Bone. No te agites tanto. Venimos a charlar un rato contigo.

—¿Qué quieren de mí? —interrogó Timoteo.

—Dos o tres cartas de la correspondencia sostenida por ti con el gobernador de Jamaica sobre su alianza contigo y con los piratas...

—No tengo relación ni con el gobernador ni con los piratas —protestó Timoteo Bone.

—¿Entonces por qué me denunciaste a los navíos ingleses? Anda, dame las cartitas del gobernador que prueban su alianza con Barba Negra y otros filibusteros.

—No tengo cartas —repitió Timoteo.

—Está bien —indicó Dandy Duval—. Matías, dale diez azotes al posadero.

Timoteo era cobarde.

—Aquí tiene las cartas— dijo el posadero, levantando un ladrillo del pavimento.

Dandy las revisó, ocultándolas en su bolsillo.

—Con estas cartas tiene el gobernador Carlos Dane para que le ahorquen diez veces —declaró Duval—. Y ahora otra preguntita... ¿Dónde guarda su tesoro el pirata Barba Negra?

—Lo ignoro —murmuró desesperado Timoteo.

Enemistarse con el gobernador parecía a Timoteo cosa de nada, comparado con la venganza de Barba Negra. Estaba, pues, decidido a negar.

—Vamos a llevar a nuestro amigo a la playa —dijo Dandy—. A ver, Matías, ayúdame...



—¿Qué quieren de mi? —dijo el posadero, temblando.

Timoteo, atado de pies y manos fué conducido a la orilla del mar y los piratas le enterraron en la arena hasta dejar fuera sólo la cabeza.

—Cuando suba la marea vendrán las famosas tortugas y se regalarán con tus ojos —decíale el pirata Dandy.

Timoteo se asfixiaba.

—En la isla del “Caimán”, al pie de una palma que está en línea recta entre una roca roja y los despojos de una galera española —confesó por fin el posadero Timoteo.

—Bien —exclamó Dandy Duval.

—Requetebien —replicó una voz tras del pirata Dandy.

Duval volvió la cara y divisó el rostro patibulario del pirata Barba Negra, seguido de varios filibusteros.

—Encantado de verle por aquí, compañero —expresó Dandy Duval, saludando al pirata con su tricornio emplumado—. ¿Han tenido un viaje feliz?

—Magnífico viaje y encantado de verte —repuso Barba Negra—.

Hemos escuchado la declaración de Timoteo Bone y por todos los demonios allí se quedará para siempre ese traidor. Me han evitado el trabajo de matarle como a un perro sarnoso. Y ahora te toca a ti la hora fatal, Dandy Duval —prosiguió el rey de los piratas—. Te ahorcaré en un árbol.

—¿En cuál árbol? —preguntó con toda calma Duval—. ¿Cuál te parece más indicado para el suplicio? Yo propondría ese ciprés. Involuntariamente Barba Negra miró hacia el árbol y Dandy aprovechó para desenvainar su espada. Matías también aprovechó la momentánea distracción de Barba Negra para huir; Gullet imitó al tuerto y el pirata Dandy quedó abandonado a sus propias fuerzas.

—Detengan a esos bandidos que huyen —ordenó Barba Negra a sus secuaces.

Sonaron varias detonaciones y un grupo de piratas corrió tras los fugitivos.

Entretanto Dandy Duval se batía como un león contra cuatro



Duval fué sorprendido por el pirata Barba Negra.

individuos. Su espada derribaba a todo el que se le acercaba. Pero de improviso un pirata le asestó un feroz golpe en la cabeza con una barra de hierro y el valiente Dandy cayó derribado.

—Atenlo bien —ordenó Barba Negra—. No vale la pena perseguir a los otros piratas. Ya tenemos a Dandy Duval y el gobernador nos recompensará.

Matías y Gullet llegaron al bote.

—Pronto, Matías —dijo Gullet—, tú llevarás el ancla del “Venganza” y yo alistaré el “Loro de Mar”. Es preciso ir en auxilio de nuestro capitán.

—¿En auxilio de Dandy Duval? —protestó el tuerto Matías—. No lo pienso. Nuestras goletas no pueden pelear con la flota de Barba Negra, que es muy superior. Yo conduciré al “Venganza” a la isla de la Calavera y recogeré el botín.

—Traidor —vociferó Gullet—, si yo dejé sólo al capitán Duval fué porque pensé que podríamos auxiliárle mejor desde nuestras goletas.

Fué inútil convencer a Matías, quien subió a bordo del “Venganza” y engañó a la tripulación asegurándoles que el capitán Duval ordenaba el zarpe con rumbo a la isla de la Calavera.

En cambio, Gullet dijo la verdad a los tripulantes del “Loro de Mar” y todos juraron que lucharían por Dandy hasta la muerte. Entretanto Dandy Duval, trasladado inconsciente a la goleta de Barba Negra, recobraba los sentidos para verse prisionero de su mortal enemigo.

—Conoces nuestro secreto —dijo el pirata a Dandy—, y ahora vas a revelárselo a los tiburones. He decidido congradarme con el gobierno inglés y hacerme un hombre honrado, después que tú mueras. Con el botín tuyo y el mío puedo comprarme un condado o un marquesado en Inglaterra. Ya podrás imaginarte cómo me vestiré... Desde el infierno, si me ves, rabiars... de envidia.

El pirata Dandy fué atado a un viejo mástil que los piratas deslizaron hasta el mar.

Un cable unía el mástil a la goleta.

Después de una corta zambullida, Duval volvió a flote y a pesar de su horrible situación no perdió la calma. Moriría sonriente como había vivido.

(CONTINUARA)

El SUPERPOLLO

El pollo Cocoró se siente superpollo cuando prueba el elixir del doctor Buho. En su prisa bebe la mitad solamente, y parte a vengarse del zorro. No sabe que el preparado H le ha dado audacia, pero no fuerza. El doctor Buho hace beber la otra mitad a la patita Cuacuá, y ella adquiere la fuerza que le falta a Cocoró.

—Hasta lue...



Tengo que alcanzar a Cocoró.



Pollito, no seas loco..
No me detengas.



Haré ver estrellas
al zorro malvado.

¡Hola, cazuelita!



Te voy a
convertir en
fiambre.



—Pero parece
que el fiambre no
va a ser de zorro, sino
de pollo.



Los gladiadores

CAPITULO XI. —La última batalla.

Marco Craso derrotó al ejército de esclavos y Espartaco ordenó la retirada. Perseguidos por el enemigo, invadieron la ruda tierra de Brucio, en cuyas fronteras Craso suspendió la persecución. A fin de impedir que los rebeldes volvieran, hizo cavar una trinchera a través de toda la península, entre los golfos de Sylacia y de Hipomio.

Acorralada, la horda se vió diezmada por el hambre, las lluvias, las fiebres.

—¿Cómo saldremos de aquí? Moriremos todos, como ratas en una trampa.

Espartaco oía las quejas. Meditó, la mirada sombría, la faz rígida, y decidió pedir una entrevista al enemigo. Sabía que esto era el fin. Su mesnada estaba comenzando a dispersarse por los montes. Un mes más y los romanos podrían cazarlos uno a uno.

Cruzó la frontera. Los guardias lo estaban esperando y lo escoltaron hasta la tienda de Craso. Este dijo:



La tercera cohorte romana fué atacada por sorpresa.

—Queréis negociar la paz. Debéis rendiros sin condiciones.

Espartaco murmuró:

—Conocéis nuestra situación. A nadie conviene que veinte mil hombres vayan a la ruina. Por eso vengo.

—En otras palabras, os rendís incondicionalmente —repitió el romano.

—Eso depende de lo que le ocurra a mi gente —repuso el príncipe tráico, cuya voz era lenta y cansada. Los hombros abatidos disminuían su alta es-



Batallaban impulsados por la desesperación.

tatura. Mantenía la cabeza inclinada, aunque él, por orgullo, hubiera querido alzarla. Pero estaba demasiado fatigado y deprimido.

—Nuestras condiciones —añadió— son que los siervos puedan volver a sus antiguos lugares de trabajo, sin temor al castigo. El resto se enrolará en vuestras legiones.

Craso se encogió de hombros.

—No conocéis la ley marcial romana. La decisión depende del Senado. Todo lo que yo puedo hacer es recomendar clemencia. La audiencia había sido inútil. Espartaco se retiró y descruzó la trinchera. Una semana después, los esclavos, impulsados por la desesperación, por un valor nacido del aliento de la muerte que los perseguía, quebraron la línea en Brucio, arrasando los baluartes colocados para detenerlos. Craso perdió la cabeza al recibir esta noticia y envió un mensajero al Senado, pidiendo auxilio.

Los esclavos atacaron por sorpresa la tercera cohorte. Para dar paso a los carros de bueyes con los enfermos, heridos y niños, llenaron la trinchera con troncos, arbustos, nieve, caballos y los prisioneros tomados en el asalto. Sin desfallecimientos, se lanzaban contra un enemigo abrumadoramente superior. Iban a encontrar la muerte y lo sabían.

(CONCLUIRA)

Ponchito



¡POBRE ABUELITA! YO LE
TRAERE LO QUE NECESITA
Y ADEMÁS UN POCO DE
PLATA



¡BUENOS DIAS
DON SERAFIN!



DEME CUATRO PESOS DE ARROZ, CUATRO
DE PAPAS, CUATRO DE POROTOS, OCHO
PESOS VUELTO Y MAÑANA LE TRAIGO
LOS VEINTE PESOS



LOS BRUJOS

Eráanse que se erán seis brujos, que vivían juntos en un castillo. Tenían el rostro verde, el cuerpo huesudo, los ojos fosforescentes como las pupilas de un gato en la obscuridad y el alma negra. Aterrorizaban continuamente la comarca donde habitaban y ya no había paz ni felicidad para nadie. Los niños jugaban lo más lejos posible del castillo para que sus gritos no molestaran a los brujos. Las doncellas y los mancebos alegres no bailaban en el prado, temiendo que vinieran los seis brujos y los dispersaran con maleficios y cábalas. Todos hubieran dado cualquier cosa porque aquellos desagradables personajes desaparecieran para siempre. Pero los brujos no querían marcharse. Estaban muy bien en su castillo, donde ensayaban su magia de todos colores. Tenían un criado llamado Fin, hombre muy feo, pequeño y de muy mal carácter. Les había servido por espacio de muchos años, pero un día en que les hizo un pastel, y por error le puso sal en vez de azúcar, los seis brujos se encolerizaron contra él.

—Démosle un buen tirón de orejas —dijo uno.

—También le conviene una buena zurra —exclamó otro.

—Ahora unos cuantos puntapiés —exclamó el tercero.

Y, en efecto, le dieron algunos tirones de orejas, dos o tres zurras y cierto número de puntapiés. Fin se puso rabioso, y, cogiendo el pastel que fué causa de su castigo, lo arrojó a la cara de los brujos. Quiso la suerte que los tocase a todos, y que, por un momento, se quedaran cegados por la crema. Y mientras se limpiaban los ojos, Fin echó a correr y desapareció de la estancia y del castillo.

Los brujos recorrieron todo el edificio buscándolo, pero ya no estaba. El sabía muy bien que si lo encontraban veríase convertido en una sabandija o un sapo, de modo que no perdió tiempo y, yendo en busca de su escaso equipaje, emprendió la fuga.

Odiaba con toda su alma a aquellos seis crueles amos. Dirigióse a la capital del reino y solicitó ver al rey.

—Su Majestad te recibirá dentro de diez minutos —dijo el chambelán.

Fin fué conducido a la sala del trono y, cuando estuvo en presencia del soberano, le reveló todos los secretos de los brujos.

El vendedor de
bujías subió
una escalera.

E. F. O. I. G. S.



Luego los brujos se transformaron en arañas, y empezaron a tejer en torno del joven.

—Están haciendo ahora un encantamiento asombroso —añadió el criado—. Casi lo tienen terminado. Cuando lo empleen surgirán de la nada un millón de soldados a las órdenes de los brujos, asolarán el reino, destruyendo todas las poblaciones. Y será imposible detenerles, porque no hay nadie capaz de dar muerte a uno solo de ellos. Os destronarán y convertirán a todos vuestros súbditos en esclavos. Los brujos se sentarán en seis tronos y en adelante gobernarán el país.

—¡Eso es espantoso! —exclamó el rey, palideciendo—. ¿Estás seguro, Fin?

—Por completo, Majestad. Si queréis, conduciré a tres cortesanos de vuestra confianza por un camino secreto hasta el castillo. Allí podrán mirar por un agujero de la pared y verán a los seis brujos ocupados en su trabajo y haciendo salir soldados de la nada.

Los tres enviados del rey siguieron al criado y, tal como él lo anunció, pudieron espiar a los seis brujos. Y, sin la menor duda, vieron cómo uno de los hechiceros, que se hallaba dentro de un círculo dibujado con yeso en el suelo, entonces unas palabras mágicas y hacía aparecer soldados como si surgieran del aire.

Al día siguiente, el rey convocó a una reunión secreta para tomar decisiones sobre tan grave asunto. La asamblea no resultó tan privada, porque un escudero parlanchín escuchó las deliberaciones y, minutos después, como un rayo se esparcía por todo el país la terrible noticia.

El monarca no vaciló. Ya que desde el chambelán hasta el más humilde porquerizo, y desde la reina hasta la pastora más insignificante conocían el peligro, no tenía objeto seguir deliberando en secreto y envió mensajeros para proclamar que si existía alguien capaz de obligar a los brujos a salir del reino, sería nombrado príncipe y se casaría con la princesa Alhucema, que era la más bella hija de rey que hubo desde que el mundo es mundo.

Un vendedor ambulante de lámparas y bujías oyó el pregón y quiso probar suerte. Estaba resuelto a triunfar porque había visto una vez a la princesita y no cesaba de suspirar por ella. Era un doncel apuesto que, a pesar de su humilde vestuario, parecía un príncipe que había tenido el capricho de vagar tierras.

Decidió, pues, intentar la aventura. Pronto llegó ante el castillo de los seis brujos rojos. Miró luego por encima del foso, preguntándose qué haría.

—¡Cuidado! —le dijo una vieja que pasó por allá—. Más de un centenar de jóvenes ha intentado, esta semana, derrotar a los brujos, y ni uno solo de ellos lo ha conseguido. ¿Ves esa enorme jaula que hay en la ventana y que está llena de pájaros? Pues bien, los brujos han convertido, uno a uno, a esos muchachos en pájaros y aquí se quedarán por el resto de su vida.

—Bueno, pues yo deseo probar mi suerte —contestó el joven, que llamó atrevidamente a grandes voces.

Bajó el puente levadizo, se abrió la puerta de par en par y él entró, llevando consigo sus lámparas y sus bujías. Subió una larga y hermosa escalera, hasta llegar ante otra puerta, la cual también se abrió lentamente en cuanto él estuvo delante. Siguió andando y se vió,

de pronto, en una enorme sala, en cuyo extremo estaban sentados en fila los seis brujos. El joven se aproximó a ellos y les hizo una reverencia.

—¿Queréis comprar lámparas o bujías? Vengo desde muy lejos para venderos mis cosas.

—No necesitamos lámparas ni bujías —dijo un brujo—. En cambio, quisiéramos tener un criado. ¿Sabes algo de magia?

—He aprendido un poco —contestó el doncel.

—¿Eres buen trabajador?

—Sí, porque en toda mi vida no he hecho más que trabajar.

—Entonces, serás nuestro criado.

—Esperad —contestó él—. Yo estoy acostumbrado a servir solamente a unos amos sabios y poderosos. No trabajo para la gente de poco más o menos. Demostradme que sois sabios en magia y seré vuestro servidor.



De un soplo apagó la seis bujías.

—Muy atrevido es el mozo —observó el quinto brujo, en extremo enojado.

—Nada de eso —replicó el sexto—. Más nos conviene que esté acostumbrado a servir a hombres poderosos. De este modo nos obedecerá mucho mejor.

—Demostradme vuestro poder —añadió el audaz mancebo. Los brujos se echaron a reír, porque hasta entonces nunca habían encontrado a un joven tan atrevido.

—Bueno —dijo el primero—. Te demostraremos lo que somos capaces de hacer.

Se proponían asustar al joven para que se arrepintiese de sus temerarias palabras, pero resultó muy difícil infundirle miedo, porque poseía un corazón valeroso. Y no tembló cuando, a un mismo tiempo, los brujos se le aparecieron como rugidores leones. Ni tampoco dió un paso atrás al ver que se convertían en un torrente cuyas aguas lo rodearon.

Luego los brujos se transformaron en arañas y empezaron a tejer una red en torno del joven, pero éste se rió desdeñosamente. Después se metamorfosearon en águilas y batieron sus alas en torno de la cabeza del muchacho, quien se limitó a sonreír. Por fin se empequeñecieron de un modo extraordinario y luego, por contraste, adquirieron unas proporciones colosales. Mas, a pesar de cuanto hicieran, no les fué posible arrancar un solo estremecimiento de temblor al valeroso vendedor de bujías.

Los seis brujos frunció el ceño.

—¡Caramba! —exclamó el joven al verles en su aspecto normal—. Desde luego habéis demostrado tener buenos conocimientos de magia, pero es muy fácil llevar a cabo las cosas que ya se saben hacer. Realizad tres pruebas que yo os indicaré y si salís airosos de ellas, seré vuestro criado.

—¿Qué cosas son ésas? —preguntaron al mismo tiempo—. Ten cuidado, muchacho, de no ir demasiado lejos. Quizá antes de lo que te figuras te verás dentro de esa jaula convertido en pájaro como los demás.

—En tal caso perderéis un buen criado —dijo el joven—. Y ahora oíd las tres pruebas que se me han ocurrido. Primero deberéis haceros invisibles.

Los brujos rieron desdeñosamente. Extendieron las manos, pronunciaron una palabra mágica muy rara y, repentinamente, desaparecieron. Sus sillas estaban desocupadas.

—Muy bien —dijo el joven.

Los brujos reaparecieron instantáneamente.

—¿Cuál es la segunda prueba? —preguntaron.

—Que os multipliquéis por tres —contestó el joven.

En un abrir y cerrar de ojos los brujos fueron dieciocho, en vez de seis, y formaron un círculo para rodear al joven. Este no se impresionó y les hizo un gesto con la mano para indicar que, de nuevo, fuesen seis.

—Ahora, venga la última prueba.

—¡Oh! —exclamó el joven—. Pocos son los brujos capaces de realizarla.

Tomó seis candelabros y otras tantas bujías, y los puso en fila sobre una mesa.

—Ahora —dijo—, convertíos en seis llamas para mis bujías.

Los brujos profirieron una carcajada, desaparecieron y, en un abrir y cerrar de ojos, las seis bujías viéronse coronadas por otras tantas llamas rojizas.

—¡Caramba! —exclamó el joven en tono burlón—. Muy bien hecho.

Luego, rápidamente, apagó de un soplo las bujías, y una vez que hubo terminado, ¿dónde estaban los seis brujos? Pues habían desaparecido con las llamas de las bujías. No tuvieron tiempo de recobrar su verdadera forma y, al recibir el soplo, se apagaron y murieron definitivamente, y aún hoy día nadie ha sabido más de ellos.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó el joven, riéndose y arrojando las bujías al suelo—. Aquí han terminado su carrera los seis brujos. Ahora este castillo es mío y también me pertenece su tesoro. Mañana me nombrarán príncipe y me casaré con la hermosa princesa.

Luego observó que los pájaros que llenaban la jaula piaban desesperados, pidiéndole la libertad. Se apresuró a abrir la puerta de la jaula y todos huyeron. Mas, en cuanto hubieron recobrado la libertad, cada uno de ellos desapareció para recobrar su forma humana. Luego todos se reunieron en torno del joven y le juraron que serían siempre sus más fieles servidores.

¡Qué alegría reinó en todo el reino al conocerse lo ocurrido! La noticia iba de un lado a otro y el Rey y la Reina acudieron con toda su majestad para conocer al héroe que había logrado derrotar a los seis poderosos brujos.

Al día siguiente resonaron alegres las campanas anunciando las bodas de la princesa con el joven y gallardo vencedor.

LA POBRE EMPLEADA
TRABAAAUA, TRABAAAUA...



¡NADIE POR AQUI, NADIE POR ACÁ!

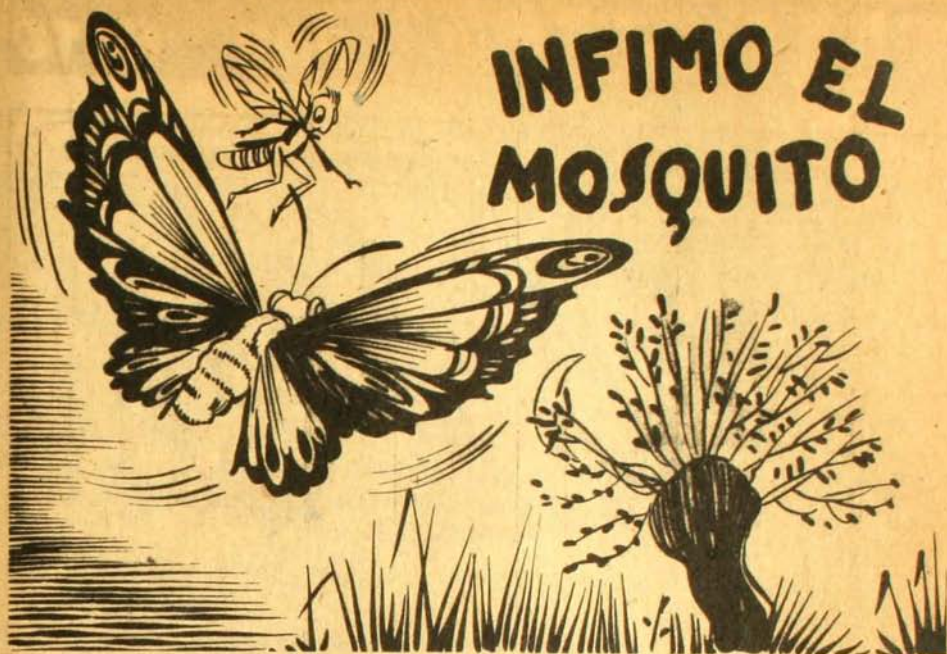


¡EL QUE SABE, SABE!



¡LISTO MAMY!
YA TERMINE
DE BARRER





INFIMO EL MOSQUITO

CAPITULO VIII.— Azul de Ensueño pierde sus alas.

Infimo viajaba montado sobre las alas de la linda mariposa "Azul de Ensueño".

—Aquí es —señaló el mosquito, mostrando el tronco hueco del sauce.

La mariposa se introdujo al colmenar. Una abeja y luego otras más despertaron y corrieron a prevenir a sus compañeras, mientras "Azul de Ensueño" se banqueteaba con la rubia miel.

—Avanza un poco —suplicó Infimo, siempre trepado entre las alas de la mariposa—. Estoy muy arriba y no alcanzo al panal.

RESUMEN: Infimo el mosquito se enamora de Blanquita, la hormiga negra, y para no separarse de ella, decide trabajar. En el hormiguero, se afana y vive sofocado por las tareas que le impone su amiguita. Un día le nombran general en jefe de ejército de hormigas rojas, pero sufre una derrota y no se atreve a volver. El mosquito traba amistad con la abeja Bebé, y es muy bien acogido en la colmena. Por su valentía en un combate con las avispa, Infimo es nombrado rey, pero Bebé le comunica que ha nacido una nueva reina. Se traba una lucha civil entre las abejas y vence la joven reina. Infimo traba amistad con la mariposa "Azul de Ensueño", y ambos proyectan asaltar el colmenar.

—Baja entonces —expresó “Azul de Ensueño”.

—No, no —murmuró Infimo—. Las conozco bien. Clavan su aguijón y me destripan.

Entretanto las abejas acudían en son de guerra y trataban de atravesar con sus dardos a la mariposa; pero, estupefactas, advertían que sus lancetas no entraban en la epidermis acolchada del extraño insecto.

—¡Atrás, “Azul de Ensueño”! —gritó el mosquito—. Van a clavarte los ojos.

La mariposa, ante los gritos de Infimo, retrocedió y voló hasta una rama de acacia. Infimo estaba muy descontento.

—Tú te has hartado de miel y yo ni pude lamer una gota.

—En cambio, yo saboreé el más delicioso néctar —dijo “Azul de Ensueño”—. Comprendo que mi abuelo pirateara en los colmenares. Por desgracia, las abejas modernas son muy combativas.

—Carecen de educación —insinuó Infimo.

—Las obligaremos a ser corteses... Volveremos. ¿Qué piensas tú, Infimo?

—No les temes porque sus dardos no te traspasan —musitó el mosquito.

—Ya conozco el camino —declaró la mariposa—, y volveré.

—Te acompaño —replicó Infimo—, porque deseo castigar a la joven reina.

Fué así cómo “Azul de Ensueño” y el mosquito Infimo convinieron volver a la noche siguiente al carcomido sauce para apoderarse definitivamente del colmenar.

A la hora prefijada se pusieron en marcha. Como la víspera, Infimo montó sobre las alas azules del bello insecto.

“Esta posición es cómoda para evitar peligros —pensaba el mosquito—, pero no me permite inclinarme hasta la miel. Apenas entre al colmenar desmontaré y trabajaré por mi cuenta.”

Les aguardaba una dolorosa sorpresa. Las abejas, listas para la defensa, habían colocado barricadas para impedir la entrada de la mariposa pirata.

“Azul de Ensueño”, ignorante del peligro, se encontró entre dos obstáculos y en vano pugnaba por desprender sus alas medio plegadas.

—Derriba el obstáculo —urgía Infimo—. Valor, compañera... La miel está muy cerca.



Las abejas apuñalaron a la pobre "Azul de Ensueño", mientras Infimo permanecía, a salvo.

—No puedo —jadeaba la mariposa—. Mis alas se destrozan y esas hijas del demonio me golpean.

En efecto, las abejas, provistas de pequeños bastones, golpeaban las alitas doradas de "Azul de Ensueño" como si estuvieran sacudiendo el polvo.

Tanto batalló la mariposa, que por fin pudo zafarse de una barricada.

—¡Hurra! —exclamó Infimo—; la miel está a dos pasos,

—No puedo más —gimió la mariposa.

Las abejas continuaban hostilizando a la pobre "Azul de Ensueño".

—¡Atrás, abejas pérfidas! —gritó Infimo—. Ustedes no pueden herirnos. Entreguen el colmenar a mi compañera "Azul de Ensueño".

—Miserable Infimo —gritó una abeja, al reconocer al ex rey de la colmena—. Traidor...

Y una abeja, saltando sobre la mariposa, quiso apuñalarle, pero el cobarde mosquito voló fuera.

—Infimo —gemía la mariposa—, no me abandones. Auxilio.

Temblando de miedo el mosquito se detenía en la puerta del colmenar.



—Si me encuentran aquí las abejas, me destrozarán —gimió la mariposa.

—Retrocede, compañera —insinuó Infimo—. Te doy un excelente consejo.

—Ayúdame —suplicó “Azul de Ensueño”.

—Trata de robar un poco de miel —susurró el egoísta Infimo.

—Hablas de miel cuando mi vida está en peligro —protestó furiosa “Azul de Ensueño”.

Su indignación provocó en la mariposa un movimiento tan brusco que pudo zafar sus alas y retroceder hasta el umbral de la colmena.

Allí la mariposa se tendió exhausta y dolorida.

—Reposa un poco, compañera —murmuró Infimo—, y cuando te sientas mejor renovaremos el asalto. En seguida arrojaremos a la joven reina y ocuparemos el trono.

Sólo el silencio de la noche respondió a las palabras de Infimo.

El mosquito se inclinó sobre la mariposa y oyó un débil gemido.

—Estoy extenuada —decía “Azul de Ensueño”—; mis alas parecen hilachas y todo mi cuerpo está magullado.

—¿Cómo diablos hacía tu abuelo para ser rey de los colmenares?

—preguntó fastidiado Infimo—. Tú asegurabas que era cosa tan fácil piratear la miel.

—Estas no son abejas sino bestias feroces —musitó “Azul de Ensueño”.

—Reposa, mi pobre amiga —balbuceó Infimo—. Puedes estar

tranquila hasta la aurora, porque esas arpias no salen de noche. Mientras tanto yo, que soporté con valor inaudito sus ataques, cantaré para ti un poema a la noche estrellada.

—Si me encuentran aquí las abejas me destrozarán —gimió “Azul de Ensueño”—. Infimo, ayúdame a arrastrarme un poco más lejos.

—Con gusto —asintió Infimo—, pero será difícil llevarte sobre mis alas porque tú eres a lo menos diez veces más pesada que yo.

—Daré algunos pasos apoyada en ti —dijo “Azul de Ensueño”—, pero no podré volar. Mira cómo han quedado mis alas.

—En verdad —expresó el cruel y egoísta Infimo—, tus alas forman ahora un encaje muy agujereado. Y todo por nada... Me quedé con la miel en los labios.

“Azul de Ensueño” se arrastró sobre sus doloridas patas y siguió al mosquito que muy pronto se detuvo.

—Mira, hermana —exclamó en tono declamatorio—, la noche envuelve todas las cosas en una serenidad maravillosa. Cada estrella trae una ilusión...

—Me duele la cabeza —gimió “Azul de Ensueño”—. Para mí ya no hay ilusiones.

Infimo continuó su marcha seguido penosamente por la mariposa. Así llegaron a un frondoso arbusto.

—¿Puedes subir a esta rama? —preguntó el mosquito.

—No, Infimo, pero al abrigo de esta piedra puedo reposar. Mis alas...

—¡Oh nuestras alas! —peroró el poeta mosquito—. Son las filigranas del espacio... Leves como un velo sutil, poderosas para cernirse en el aire y planear al viento..., brillantes como partículas de sol...

—Calla, Infimo, me duele la cabeza —murmuró “Azul de Ensueño”—. Buenas noches, amigo.

—Buenas noches —dijo secamente el mosquito, mientras pensaba: “Esta llorona no sabe apreciar mi talento poético. Lo único que hace es quejarse porque las abejas le dieron una zorra. Pueda ser que mañana amanezca bien para que vaya a buscarme miel”.

(CONTINUARA)

SCUDON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 34

La bandera de Estados
Unidos de Norteamérica
tiene estrellas.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas estrellas tiene la bandera de Estados Unidos?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 premios de dos cuadernos cada uno, 10 premios de dos lápices y una goma, 10 libros de cuentos infantiles, 10 cajas de lápices de colores, 10 libretas para apuntes y 10 paquetes de Vitalmin.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 31

Chile tiene 25 provincias.

PREMIADOS CON: UNA CAJA DE LAPICES DE COLORES: Neftalí Fuenzalida, Talca; Alicia Silva, Valparaíso; Chito Arturo González, Santiago; Santiago Quevedo, Vilcún; Urbano Cortés, Chillán; Fernando Eduardo Moreno, Coronel; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Enriqueta González,ERCILLA; Nelson Zagal, Victoria; Karin Kauak, Osorno. **UN TINTERO:** Sergio Cheviakof, Santiago; Miguel Meyer, Santiago; Zulema Hidalgo, Santiago; Alberto Sotelo, Santiago; Roberto Berríos, Santiago; Grecia Pino, Santiago; Elisa Mujica, Santiago; Marta Valenzuela, Santiago; Yolanda Moya, Santiago; Lucía Bossola, Santiago. **UNA CARPETA ESQUELAS:** Silvia Rivas, Rancagua; Arnaldo Cornú, Putaendo; Elba Julia Calderón, Requínoa; Roberto Mascareño, Valparaíso; Hugo Soldano, Talcahuano; Víctor Edgardo Morales, Loncoche; Augusto Figueroa, Rancagua; Alberto Cerrutti, Valparaíso; Héctor Narciso López, Valparaíso; Victoria Arriagada, Purén. **UNA REGLA COLEGIAL:** Eduardo Herl, Santiago; Carlos Gómez, Valparaíso; Angel Menéndez, Los Andes; Gabriela Urrutia, Chiguayante; Iris Mardones, Viña del Mar; José Parra, Chiguayante; Ernesto Sánchez, Graneros; Alejandro Flores, Curicó; Juan Apablaza, Viña del Mar; Jorge Narváez, Puente Alto. **UN PAQUETE VITALMIN:** Aristides Vergara, Cartagena; Ema Sepúlveda, Angol; Juan Cid, Los Angeles; Lautaro Venegas, Valparaíso, Jorge Eduardo Lira, Santiago; Sebastián Ramírez, Santiago; Ismael Matamala, Concepción; René Saravia, Santiago; Gastón Acuña, Angol; Oscar Novoa, Concepción. **UNA LIBRETA DE APUNTES:** María Guercinda Iribarra, Lota; Rosa Blondina Lampert, Viña del Mar; Sonia Kimura, Santiago; Luisa Uribe, Los Lagos, y Elizondo Vega, Paillaco.

EL PLANETA ERRANTE

CAPITULO III. —El gigante.

Cruzando la estratósfera en un cohete atómico, un grupo de exploradores, capitaneados por el profesor Estroncio, aterrizó en el planeta Errante, habitado por hombres primitivos. Estos no tenían un lenguaje articulado. Emitían sonidos guturales y se comprendían por medio de gestos. El jefe de la tribu lanzó al lago un ave que, al ser izada de nuevo, apareció convertida en un haz de huesos y plumas ensangrentadas.

—¿Qué ha querido demostrarnos con esa prueba de salvajismo? —exclamó Aura, pálida, apoyándose en el firme hombro de Ferrio.

—Que el lago está infestado de peces carnívoros y que la fuga a través de él sería peligrosa —contestó el joven con perfecta calma.

Aquel tambor primitivo resonó frágorosamente.



Pero tanto él como sus compañeros pensaban también que esa demostración no sólo podía ser una simple advertencia, sino, tal vez, una amenaza. Quizás en su obscuro cerebro aquel bárbaro maquinaba el sacrificio de los prisioneros. La noche cayó bruscamente y de pronto se empurpuró con las llamaradas de un volcán. El surtidor de fuego se elevó con inesperada violencia y las nubes encendi-



El dinosaurio se acercó, haciendo temblar la tierra con su paso.



El monstruo cayó en el foso y murió atravesado por las estacas.

das cubrieron el cielo. Ferrio, deseando sondear las intenciones de sus captores, se reunió con ellos. El jefe habló largamente, señalando hacia la floresta.

—Quisiera comprenderlo —susurró el joven, perplejo.

Al amanecer, cuando aun las últimas nieblas de la noche flotaban sobre el lago, tres cazadores abandonaron la villa lacustre, para conducir a Ferrio hasta el bosque. El explorador no se resistió a acompañarlos. Estaba ansioso de saber el objeto de aquella excursión. Marchó entre los tres salvajes, que oprimían con fuerza en su diestra el hacha de piedra.

Por fin se detuvieron al borde de un ancho foso cubierto de ramaje. Ataron al joven a un árbol y después uno de los hombres, armado de un formidable garrote, golpeó un tronco, del cual pendían dos calaveras. La madera

vibró, transmitiendo al aire un sonido poderoso. Aquel tambor primitivo resonaba fragorosamente.

“Están llamando a alguien”, dedujo el prisionero, intentando cortar las ligaduras.

De pronto, la tierra se estremeció. De la selva emergió una cabeza de reptil y luego un cuerpo descomunal. El dinosaurio (este nombre significa lagarto terrible), se acercó, balanceando pesadamente su desmesurado cuello. Sus ojos pequeños, sin vida, se fijaban en el joven, que luchaba desesperadamente por huir.

De súbito, con un estrepitoso chasquear de ramas quebradas, el monstruo cayó en el foso. Las filudas estacas situadas en la trampa atravesaron de parte a parte aquel cuerpo que medía dieciocho metros de largo.

Los tres cazadores abandonaron su escondite en las rocas y lanzaron salvajes gritos para expresar su alegría por el éxito de la caza.

“Me usaron como cebo para atrapar al dinosaurio”, dedujo Ferrio, que aun sentía su corazón estremecido por el peligro.

Esperaba que sus captores lo desataran, pero ellos se alejaron, dejando al gran reptil en agonía y al prisionero que les había servido de carnada.

—Volverán a la tarde con más hombres para transportar la presa —murmuró Ferrio.

Continuó batallando en vano por cortar las lianas. Después, agotado por la fatiga y el calor que parecía inflamar el aire, perdió el conocimiento.



Ferrio se vió atacado por un terodáctilo.



Prosiguieron la marcha por roquedales formidables, en cuyas grietas vivían lagartos feroces.

Incredulidad y asombro, Ferrio vió surgir de la selva a un hombre de estatura gigantesca. Provisto de una larga rama, espantó a las aves rapaces. Cuando el campo quedó libre, salvó de un salto el foso y, con un simple movimiento de sus dedos, destruyó las lianas que ataban a Ferrio. El joven, delante de él, parecía un niño. Lo alzó como si se tratara de una criatura y, sosteniéndolo sobre su hombro, cruzó de nuevo el foso, luego de recuperar su lanza. Ferrio, atónito, permanecía inmóvil sobre aquel hombro de gigante. En silencio, cruzaron las selvas, eludiendo el encuentro con animales fabulosos.

El coloso avanzaba incansable y sin emitir sonido alguno.

“Tal vez no sepa hablar —pensó Ferrio—. ¿Cómo puedo entenderme con este ser cavernario?”

Prosiguieron la marcha por roquedales, entre cuyas grietas vivían lagartos feroces. El hombre los apartaba con el pie o de un poderoso revés de su mano.

(CONTINUA EN LA ÚLTIMA PAGINA)

Transcurrieron largas horas. El cielo se oscureció repentinamente, con nubes de pájaros negros y enormes. Los terodáctilos olfateaban la muerte y, como los actuales buitres, acudían a un banquete macabro.

A pesar de su tamaño, podían sostenerse en el espacio, porque sus huesos estaban llenos de aire.

Planearon sobre el cadáver del dinosaurio. El rumor de las alas despertó a Ferrio. Un pico armado de dientes se abrió junto a él, pero antes que lo atacara, una lanza de piedra surcó el aire y dejó al terodáctilo clavado a la tierra.

Con una expresión de in-



EL PLANETA ERRANTE

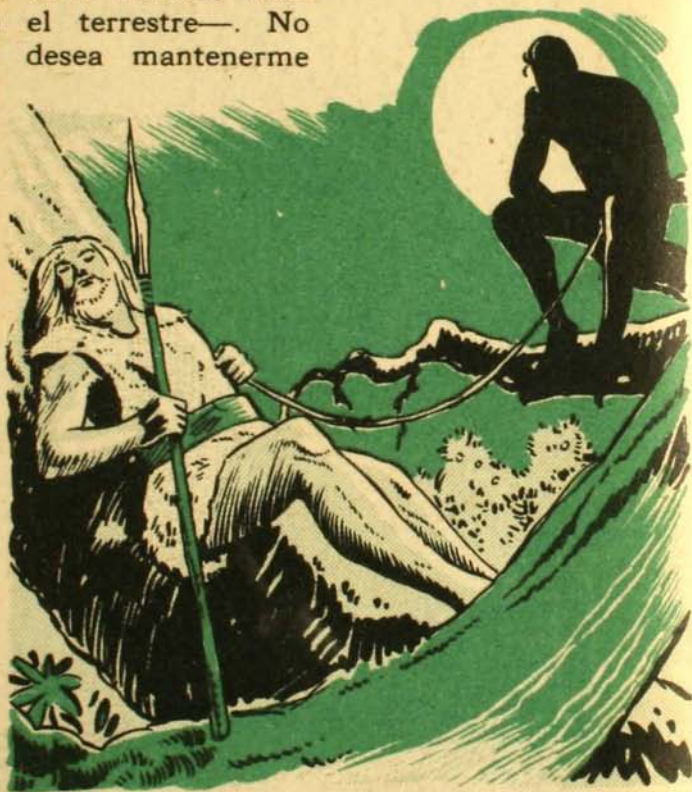
(CONTINUACION) —Nunca he estado mejor protegido —exclamó Ferrio—. Aunque tal vez sea demasiado ingenuo al creer en la amistad de mi secuestrador.

Cuando se internaron en otra floresta, el gigante bajó a Ferrio. Se ató una liana a la muñeca y anudó el otro extremo al cinturón del joven.

—No habla pero sabe hacerse comprender —susurró el terrestre—. No hay duda de que desea mantenerme cerca de él.

Al caer la noche, el cavernícola buscó refugio en un árbol muy alto. Las ramas eran lo suficientemente amplias para proporcionarle un lecho. El hombre, manteniendo su lanza en la mano, se sumió en el sueño, mientras Ferrio, desvelado, reflexionaba sobre su extraño rapto. ¿Qué pensarían sus amigos? ¿Estaban también ellos en peligro?

Un leve rumor, un vago aliento le avisó que una amenaza se ocultaba en las sombras. Al escudriñar las tinieblas, distinguió dos pupilas verdes que fulguraban intensamente.



(CONTINUARA)